



Marian Keyes

La estrella más brillante

Marian Keyes

La estrella más brillante

Para Dylan Martin

OceanofPDF.com

Hace un tiempo
yo fui tú
en la oscuridad
siendo real.
¿Qué ocurrió, niña
de los cabellos dorados?
¿Qué ocurrió entonces?
Yo no estaba allí.
Corriendo libre,
riendo sin freno,
rebotante de sol
me tendiste una mano.
Pero ese día
otro conquistó tu corazón.
Una mentira sonriente
en tu sendero danzó.
Hasta un bosque
lo seguiste.
Nadie vio
al lobo encapuchado.
Y ahora aquí estás
mirándome
con el vestido manchado,
las rodillas verdes.
¿Cómo puedo quedarme,
sostener tu mano?
¿Cómo puedo sanar
esta muerte
de mayo?
Este día,
esta noche,
esta hora
tan esperada.
Esta tinta,
esta página,
esta oración
es para ti...

CHRISTINA REIHILL, «Caperucita Roja»,
de la obra *Soul Burgers*

*There is a crack, a crack in
everything.
That's how the light gets in.*

[Hay una grieta en cada cosa,
así es como nos llega la luz.]

LEONARD COHEN, *Anthem*

OceanofPDF.com

Día 61

Primer día de junio, una tarde soleada, lunes. Tras sobrevolar las calles y casas de Dublín, llego al fin. Entro a través del tejado. Me cuelo por un tragaluz en una sala de estar y al instante me percato de que la persona que aquí vive es una mujer. La decoración tiene un toque femenino, con echarpes de colores pastel sobre el sofá y cosas así. Dos plantas. Las dos vivas. Un televisor de modestas proporciones.

Parece que he llegado en mitad de algo. Hay varias personas de pie en un círculo incómodo, bebiendo champán y haciendo ver que encuentran gracioso lo que los demás dicen. Por la variedad de edades deduzco que se trata de un acontecimiento familiar.

Abundan las tarjetas de cumpleaños. Los envoltorios de papel desgarrados. Regalos. Hablan de ir tirando hacia el restaurante. Ávido de información, leo las tarjetas. Van dirigidas a alguien que se llama Katie y que, según parece, está celebrando su cuarenta cumpleaños. Jamás habría imaginado que algo así mereciera mucha celebración, pero hay de todo en la viña del Señor, según me han contado.

Localizo a Katie. Parece mucho más joven, pero los cuarenta de ahora son los nuevos veinte de acuerdo con la información que poseo. Es morena, tirando a alta, con un busto generoso, y se esfuerza por mantenerse derecha sobre los tacones de aguja de sus botas de caña alta. Posee un campo de fuerza agradable; sus vibraciones son cálidas y equilibradas, como una maestra de primaria ligeramente sexy. (Aunque ese no es su trabajo. Lo sé porque sé un montón de cosas.)

El hombre que está a su lado con cara de satisfacción —satisfacción que se debe, en gran medida, al nuevo reloj de platino que Katie luce en la muñeca— es su novio, su pareja, su amado, como quieras llamarlo.

Un hombre interesante, con una fuerza vital cautivadora; sus vibraciones son tan fuertes que casi resultan visibles. Te seré franco: me tiene intrigado.

Conall, le llaman. Por lo menos los miembros más educados del grupo. Otros nombres flotan en el éter —fantasma, capullo ostentoso— pero impronunciados. Los hombres no lo tragan. He identificado al padre, al hermano y al cuñado de Katie y ninguno le profesa simpatía. En cambio a

las mujeres —la madre, la hermana y la mejor amiga de Katie— no parece disgustarles.

Te contaré algo más: este Conall no vive aquí. Un hombre con una frecuencia tan intensa como la suya no toleraría un televisor tan pequeño. O tener que regar las plantas.

Paso flotando muy cerca de Katie, que se lleva una mano a la nuca, presa de un escalofrío.

—¿Qué? —Conall parece dispuesto a batallar.

—Nada. Alguien acaba de caminar sobre mi tumba.

¡Será exagerada!

—¡Eh! —Naomi, la hermana mayor de Katie, está señalando un espejo que descansa en el suelo, apoyado contra un armario—. ¿Todavía no has colgado el espejo nuevo?

—Todavía no —dice Katie apretando los dientes.

—Hace siglos que deberías haberlo hecho. Creía que Conall se encargaría de ello.

—Conall me lo colgará mañana por la mañana —responde Katie con contundencia—, antes de marcharse a Helsinki. ¿Verdad, Conall?

¡Tensión! Silbando por toda la estancia, rebotando en las paredes. Conall, Katie y Naomi se disparan ondas de alto voltaje en un tirante triángulo, el efecto se expande hasta envolver a todos los demás. *Entre nous*, estoy impaciente por averiguar qué está pasando, pero, por desgracia, siento que una extraña fuerza se apodera de mí. Algo más grande o mejor que yo tira de mí hacia abajo. Atravieso la alfombra de pura lana virgen y unas vigas con muy mala pinta —invadidas por la carcoma, alguien debería saberlo— y aterrizo en otro lugar: el piso que hay justo debajo del de Katie. Estoy en una cocina. Una cocina sorprendentemente sucia. En el fregadero hay una caótica pila de cazos, sartenes y platos impregnados de pegotes de comida rancia, como si un grupo de artistas de Action painting hubiera hecho recientemente una visita. Hay dos hombres jóvenes y musculosos inclinados sobre la mesa de la cocina, hablando en polaco. Tienen las caras muy juntas y el tono de la conversación es apremiante, rayano al pánico. Ambos tiemblan de angustia, hasta tal punto que sus vibraciones se mezclan y no logro diferenciarlos. Por suerte, descubro que entiendo el polaco, de modo que ahí va una traducción aproximada de lo que están diciendo.

—Díselo tú, Jan.

—No, Andrei. Díselo tú.

—Yo lo intenté la última vez.

—Andrei, a ti te respeta más.

—No, Jan. Por mucho que me cueste entenderlo, como hombre polaco que soy, no nos respeta a ninguno de los dos. Las irlandesas son un misterio para mí.

—Andrei, si se lo dices tú te daré tres repollos rellenos.

—Que sean cuatro.

(Me temo que las dos últimas frases me las he inventado.)

Entra en la cocina el motivo de su agitada discusión y no entiendo de qué tienen miedo semejantes grandullones con sus tatuajes y ese corte de pelo moderno ligeramente intimidatorio. Esta pequeña criatura —irlandesa, a diferencia de los dos muchachos— es un bombón. Una muñeca de mirada pícara, pestañas largas y una cabeza de encantadores rizos que descienden en cascada por debajo de los hombros. Apareta unos veinticinco y las vibraciones que emana son tan brías que atraviesan el aire en zigzag.

En la mano lleva un paquete de comida precocinada. Tiene un aspecto horrible. (Rosbif grisáceo, para tu información.)

—Adelante —le susurra Jan a Andrei.

—Lydia. —Andrei señala la, francamente, asquerosa cocina. En inglés, le dice—: Limpia alguna vez.

—Alguna vez —acepta ella, cogiendo un tenedor del escurrerplatos—. Pero, lamentablemente, no en esta vida. Ahora, aparta.

Prestamente, Andrei se hace a un lado para despejarle el camino hasta el microondas. Ella clava con violencia el tenedor en el celofán que cubre su cena. Cuatro veces. Cada punción suena como una pequeña explosión, lo bastante fuerte para que el párpado izquierdo de Jan tiemble. Hecho esto, introduce la caja en el microondas. Aprovecho para deslizarme detrás de ella a fin de presentarme pero, para mi sorpresa, me ahuyenta de un manotazo, como si fuera una mosca fastidiosa.

¡A mí!

¿Es que no sabes quién soy?

Andrei prueba de nuevo.

—Lydia, por favor... Jan y yo limpiamos muchas, muchas veces.

—Me alegro por vosotros. —Despreocupada respuesta de Lydia mientras localiza en las profundidades del fregadero el cuchillo menos sucio y lo coloca debajo del grifo medio segundo.

—Hemos hecho una lista de turnos. —Andrei agita débilmente una hoja de papel.

—Me alegro doblemente por vosotros. —¡Oh, qué dientes tan blancos, qué sonrisa tan radiante!

—Llevas tres semanas viviendo aquí. No has limpiado. Tienes que limpiar.

Una repentina emoción negra y amarga emana de Lydia. Por lo visto, sí limpia. Pero no aquí. ¿Dónde, entonces?

—Andrei, pichoncito, y también tú, Jan, mi otro pichoncito, imaginaos que la situación fuera al revés. —Agita el (todavía sucio) cuchillo para dar énfasis a su observación. De hecho, sé que hay 273 bacterias diferentes prosperando en ese cuchillo. Sin embargo, a estas alturas también sé que harían falta bacterias de enorme valor y heroísmo para ganarle la batalla a esta Lydia.

—¿Al revés? —pregunta, nervioso, Andrei.

—Supongamos que en este piso viviéramos dos mujeres y un hombre. El hombre nunca haría nada. Las mujeres lo harían todo. ¿Me equivoco?

El microondas pita. Lydia extrae su nada apetitosa cena y, con una sonrisa adorable, sale de la cocina para mirar algo en internet.

¡Caray con la señorita! ¡Una activista ciertamente fascinante!

—Nos ha llamado pichoncitos —dice fríamente Jan—. Detesto que nos llame pichoncitos.

Aunque estoy deseando ver qué ocurrirá a continuación —¿lágrimas por parte de Jan, quizá?— estoy siendo nuevamente desplazado. Hacia delante, hacia abajo, cruzo el insalubre linóleo, más maderamen poroso, y aparezco en otro piso. Más oscuro. Repleto de pesados muebles demasiado grandes y marrones para la habitación. Hay varias alfombras de estampados chocantes y visillos tan densos que parecen de ganchillo. Sentada en un macizo sillón hay una anciana de aspecto adusto. Las rodillas separadas, las zapatillas firmemente plantadas en el suelo. Debe de tener ciento dieciséis años por lo menos. Está viendo un programa de jardinería y, a juzgar por el ceño, se diría que no ha oído nada más estúpido en su vida. ¿Plantas perennes? ¡Eso es imposible, imbécil! ¡Todo muere!

Paso flotando por su lado y entro en un dormitorio pequeño y sombrío, luego me cuelo en otro algo más espacioso pero igual de sombrío donde tropiezo con un perro de largas orejas, tan grande y gris que al principio lo confundo con un asno. Está despatarrado en un rincón con la cabeza sobre

las pezuñas y el humor enfurruñado. Percibe mi presencia y al instante se pone en guardia. No puedes engañar a los animales. Diferente frecuencia. Todo es una cuestión de frecuencia.

Paralizado por el miedo, con sus largas orejas de asno en alto, gruñe bajito, luego, desconcertado, se retracta. ¿Soy amigo o enemigo? No tiene ni idea, el pobrecillo.

¿Y el nombre de esta criatura? Aunque suena extraño, parece que se llama «Rencor». Pero tiene que tratarse de un error, *rencor* no es un nombre. El problema es que en este piso hay demasiadas cosas y eso ralentiza las vibraciones, que se mezclan con los estampados.

Dejo solo al perro-asno y regreso a la sala de estar, donde hay un buró de caoba tan compacto y pesado como un elefante adulto. Un modesto montoncito de correspondencia abierta me informa de que la vieja bruja se llama Jemima.

Al lado del correo hay un marco de plata con la foto de un joven, y una intuición repentina me dice que se llama Fionn. Significa «El Justo». ¿Quién es? ¿El prometido de Jemima que cayó muerto en la guerra de los Boers? ¿O acaso se lo llevó la epidemia de gripe de 1918? Pero esta foto no encaja con el estilo de la Primera Guerra Mundial. Aquellos hombres, con sus uniformes ajustados, aparecen siempre tan firmes y tiesos ante la cámara que cualquiera diría que les han metido el rifle por el recto. Invariablemente, todos lucen bigote y, por la mirada vidriosa y apagada que dirigen al observador, parece que estén muertos y disecados. Fionn, en cambio, parece un príncipe de un cuento infantil. Sobre todo por el pelo —rubio, largo y ondulado— y la mandíbula cuadrada. Viste cazadora de cuero y tejanos gastados, y está inclinado sobre lo que parece un arriate de flores, con un puñado de tierra en la mano que me tiende con una sonrisa osada, casi insolente, como si estuviera ofreciendo mucho más que... ¡Dios Todopoderoso! ¡Acaba de guiñarme un ojo! ¡Es cierto, me ha hecho un guiño! ¡Su fotografía me ha hecho un guiño! ¡Y una estrella de plata ha titilado en sus labios! Casi no puedo creerlo.

—¡Puedo sentir tu presencia! —ladra de repente Jemima, dándome un susto de muerte. Tan hechizado me tenía Fionn el Príncipe, su guiño y su brillo, que me había olvidado de ella.

—Sé que estás aquí. ¡Y no te tengo miedo!

¡Me ha descubierto! Y ni siquiera me he acercado a ella. Esta mujer es más sensible de lo que parece.

—Muéstrate —me ordena.

Lo haré, señora, no se preocupe. Pero todavía no. Tendrá que esperar. Siento que vuelven a tirar de mí, que sigo bajando. Ahora estoy en el piso de la planta baja. Puedo ver la calle desde la ventana de la sala. Detecto mucho amor aquí. Y algo más...

En un sofá, bañados por la luz parpadeante del televisor (32 pulgadas) hay... hay... bueno, hay un hombre y una mujer, pero están tan pegados que por un momento pienso que son un solo ente, un extraño ser mitológico de dos cabezas y tres piernas, justo lo que me faltaba. (La cuarta pierna está ahí, solo que escondida debajo de sus cuerpos.)

En el suelo hay dos platos donde distingo restos de una cena contundente: patatas, carne roja, salsa, zanahorias; me parece una pizca pesada para el mes de junio, pero ¿qué puedo saber yo?

Maeve, la mujer, ahora que ya he logrado distinguirla, tiene el pelo rubio y las mejillas rosadas, como un ángel de un cuadro. Su lozanía querúbrica se debe a que en otros tiempos vivió en una granja. Vivirá en Dublín, pero todavía lleva dentro el aire limpio del campo. A esta mujer no le da miedo el fango. Ni las ubres de las vacas. Ni que las gallinas se pongan de parto. (Sospecho que tengo un poco de lío con eso.) Pero esta mujer teme otras cosas...

Me cuesta hacerme una idea del hombre —Matt— por lo enredados que están. Tiene la cara prácticamente oculta. Curiosamente, están viendo el mismo programa de jardinería que Jemima un piso más arriba. Pero, a diferencia de Jemima, parecen pensar que es una maravillosa pieza de entretenimiento televisivo.

Inopinadamente, siento la presencia de otro hombre en el piso. Es débil pero basta para que salga pitando a comprobarlo. Como los otros tres pisos del edificio, este tiene dos dormitorios, pero solo hay uno que funcione como tal. El otro, el más pequeño, ha sido convertido en estudio-contenedor: una mesa, un ordenador y artículos deportivos abandonados (palos para caminar, raquetas de bádminton, botas de montar, cosas así), pero nada sobre lo que una persona podría dormir.

Curioseó un poco más. Dos tazas a juego de Podge y Rodge en la cocina, dos cuencos de cereales de Tigger, dos objetos iguales de todo. Sea cual sea esta presencia masculina extra, no vive aquí. Y a juzgar por el estado abandonado del jardín trasero que se ve desde la ventana del dormitorio, tampoco corta el césped. De vuelta a la sala de estar, me acerco

a la angelical Maeve para presentarme —ser amable— pero se pone a agitar los brazos como si estuviera nadando fuera del agua, desenredándose de Matt. Se incorpora bruscamente. Está blanca y tiene la boca abierta de par en par, formando una silenciosa O.

Igualmente consternado, Matt se libera con dificultad del combado abrazo del sofá.

—¡Maeve! Es solo un programa de jardinería. ¿Es que han dicho algo? —Todo su cuerpo expresa inquietud. Ahora que puedo verlo mejor, tiene una cara joven, simpática, segura, y sospecho que cuando no está preocupado sonríe mucho.

—No, nada... —dice Maeve—. Lo siento, Matt, he tenido la sensación de que... No, no pasa nada. Estoy bien.

Vuelven, algo intranquilos, a enredar sus cuerpos. Pero la he alterado. Los he alterados a los dos y no quiero hacer eso. Me caen bien; me conmueve la peculiar ternura que comparten.

—Está bien —les digo (aunque, naturalmente, no pueden oírme)—. Me voy.

Me siento fuera, en el escalón del portal, algo desconsolado. Vuelvo a comprobar la dirección: calle Star, número 66, Dublín 8. Una casa georgiana de ladrillo rojo con una puerta azul y una aldaba con forma de plátano. (Uno de los anteriores inquilinos era un metalista vividor. Todo el mundo lo detestaba.) Sí, la casa es de ladrillo rojo. Y georgiana. Y tiene una puerta azul. Y una aldaba con forma de plátano. Estoy en el lugar correcto. Pero nadie me había avisado de que aquí vive tanta gente.

Espera lo inesperado, me aconsejaron. Pero esta no es la clase de inesperado que estaba esperando. Este es el inesperado equivocado.

Y no tengo a quien preguntar. Me han dejado suelto, como un agente de incógnito. No tendré más remedio que apañármelas solo.

OceanofPDF.com

Día 61...

Pasé mi primera noche en el número 66 de la calle Star saltando de un piso a otro, preguntándome, inquieto, cuál era el mío. El piso de Katie estaba vacío. Al rato de mi llegada, su gente, envuelta en una nube de tensión, había partido hacia un restaurante caro. En el piso inferior, mientras Andrei y Jan limpiaban la cocina, Lydia se instaló frente a un pequeño escritorio encajado en un rincón de la sala, donde pasó largos e intensos minutos navegando por la red. Cuando se fue a su cuarto a dormir y Jan y Andrei se retiraron a su habitación de dos camas individuales para estudiar sus libros de gestión de empresas —qué buenos chicos—, bajé al piso de Jemima. Me cuidé mucho de acercarme a ella, no quería que volviera a increparme. Pero debo confesar que lo pasé en grande jugando con el perro Rencor, si es que la criatura realmente se llama así. Titilaba delante de su cara y él me miraba inmóvil, presa del pánico. En un momento dado me dio por bailar y debo reconocer que su gran cabeza gris se movió al mismo ritmo que yo. Contoneándome cada vez más deprisa, giraba sobre su testa mientras el pobre infeliz se esforzaba por imitarme, hasta que quedó tan hipnotizado que cayó desplomado al suelo, muerto de la risa. Llegados a este punto, lamentablemente, tuve que parar. No quería que vomitara.

Finalmente, regresé junto a Maeve y Matt, que era donde quería estar desde el principio pero, siendo como era un profesional, había juzgado conveniente explorar todas las posibilidades. Bien, exploradas estaban, al menos por el momento, así que con la conciencia tranquila podía reincorporarme a la pareja de tortolitos del sofá.

Fuera cual fuese el programa que habían estado viendo, acababa de terminar y Maeve abrió automáticamente los brazos para liberar a Matt de su abrazo. Matt rodó hasta el suelo y se levantó de un salto, cual geo irrumpiendo en una embajada enemiga. Una pirueta muy lograda, fluida, sin duda practicada con frecuencia, y suerte que los platos de la cena habían sido retirados o la preciosa camiseta de Matt se habría manchado de salsa.

—¿Té? —preguntó Matt.

—Té —confirmó Maeve.

En la pequeña cocina, Matt puso agua a hervir, abrió un armario y una avalancha de galletas y bollos casi le partió la crisma. Eligió dos paquetes —minirrosquillas de chocolate y galletas de chocolate con jengibre, las

minirrosquillas eran las favoritas de Maeve, las galletas de jengibre las de Matt— y utilizando ambas manos devolvió el resto de los paquetes al armario y cerró velozmente la puerta antes de que pudieran volver a escapar.

Mientras aguardaba a que el agua rompiera a hervir abrió las galletas de jengibre y se zampó dos distraídamente, sin apenas saborearlas. Esa despreocupada actitud con las grasas trans y el azúcar refinado me llevó a sospechar que Matt consumía ambas cosas en generosas cantidades, y tras un detenido examen percibí un atisbo, un ligerísimo indicio... oh, sí... de un principio de rechonchez. Todo su cuerpo se hallaba revestido de un excedente de, francamente, no más de un milímetro de grasa. Debo insistir en que esto no es un intento pusilánime de desvelar la noticia de que Matt estaba gordo. Su barriga no tiraba de la camiseta y su mentón no tenía doble papada. Tal vez podría perder algo de peso, pero el que tenía le sentaba bien. Si pesara cinco kilos menos probablemente resultaría menos encantador; parecería demasiado ambicioso, demasiado eficiente, su corte de pelo demasiado duro.

Tras echar dos cucharadas de azúcar en cada taza regresó junto a Maeve. Había empezado otro programa, otro de los favoritos a juzgar por la expresión de sus caras. De cocina esta vez, presentado por un hombre joven y afable llamado Neven Maguire. Acurrucados en el sofá, le vieron saltar vieiras mientras bebían su té y hacían serias incursiones en las galletas. Llevados por un espíritu inclusivo, Maeve se comió una galleta de jengibre de Matt, a pesar de que el chocolate era negro y no le gustaba, y Matt se comió una minirrosquilla de Maeve, a pesar de que eran tan dulces que los dientes le aullaron. Eran muy, muy atentos el uno con el otro, y en mi estado de desazón eso me relajaba.

Tal vez un cínico habría dicho que era todo demasiado perfecto. Pero estaría equivocado. Matt y Maeve solo estaban actuando como dos personas Muy Enamoradas. Lo suyo era real, porque las vibraciones de sus corazones estaban en perfecta armonía.

No todo el mundo lo sabe, pero el corazón humano desprende una corriente eléctrica que alcanza una distancia de tres metros. Las personas se preguntan por qué alguien cae instantáneamente bien o mal. Creen que es una cuestión de asociaciones: si conocen a una mujer baja y cejijunta, se acuerdan del día en que otra mujer baja y cejijunta les ayudó a rescatar su secador atrapado en un seto y no pueden evitar sentir afecto por esta nueva

mujer baja, cejijunta y completamente desconocida. O el primer hombre que les dio mal el cambio se llamaba Carl y desde ese día miran a todos los Carl con desconfianza. Pero las atracciones y aversiones instantáneas también son el resultado de una armonía (o falta de armonía) entre las corrientes cardíacas, y los corazones de Matt y Maeve Laten Al Unísono.

El momento en que Matt se enamoró de Maeve...

En realidad, ese momento se veía venir desde hacía tiempo, y finalmente llegó una gélida mañana de marzo, unos cuatro años y tres meses atrás, cuando Maeve tenía veintiséis y Matt veintiocho. Se encontraban en el Dart, el tren de cercanías de Dublín, y no estaban solos; iban acompañados de otras tres personas, dos chicas y un chico, y se dirigían a un curso de formación de un día. Los cinco trabajaban en Goliath, una multinacional de software donde Matt dirigía uno de los equipos de ventas. En realidad era el jefe de Maeve (de hecho, también era el jefe de los otros tres), pero nunca mostraba un comportamiento autoritario; su estilo de dirección consistía en alentar y elogiar, y obtenía lo mejor de los miembros de su equipo porque todos, tanto hombres como mujeres, lo adoraban.

En realidad Matt ni siquiera debería haber estado allí. Tenía un coche de la empresa y solía utilizarlo para acudir a sus citas (siempre se ofrecía a acompañar a los menos afortunados que él), pero ese día en concreto el coche se negó a arrancar, así que tuvo que abrigarse contra los elementos y viajar en el Dart con los demás. Muchas veces, en los difíciles tiempos que siguieron, se preguntaba si, en el caso de que su coche no se hubiera estropeado, habría cruzado la línea de estar encariñado con Maeve a estar enamorado de ella. Pero la respuesta era, naturalmente, sí. Algo habría sucedido, porque él y Maeve estaban destinados a estar juntos.

Matt era un chico de ciudad, nacido y criado en Dublín. Jamás había estado a menos de cien metros de una vaca. Maeve, por el contrario, había vivido en una granja de Galway los primeros dieciocho años de su vida; de hecho, sus compañeros de trabajo la llamaban la Chica Granjera. No hacía mucho había ido a casa para ayudar con los partos y estaba relatando la terrible lucha entre la vida y la muerte de una ternera llamada Bessie que nació prematuramente y luego su madre la rechazó. Aunque a Matt le traían absolutamente sin cuidado las cosas del campo, la historia de la lucha de

Bessie por sobrevivir atrajo su interés. Cuando Maeve llegó al final del relato y contó que Bessie estaba ahora como una rosa, le sorprendió lo aliviado que se sintió.

—¿Es un error encariñarse demasiado con los animales? —le preguntó.

—Lo es. —Maeve suspiró—. Durante un tiempo tuve de mascota una cerda. Pobre Winifred. Se la llevaron para hacer lonchas con ella. No volveré a cometer ese error. Ahora tengo un curro y por lo menos sé que morirá únicamente por causas naturales.

—¿Un curro? —preguntó Matt.

—Un pato.

—Ya lo sabía. —O, por lo menos, ahora lo sabía.

Maeve soltó una carcajada.

—¡Eres un fanfarrón!

Los otros tres miembros del equipo se tensaron ligeramente. Aunque de trato fácil, Matt seguía siendo su jefe. ¿Era correcto llamarle fanfarrón? Pero la risa de Maeve estaba llena de ternura y Matt no parecía ofendido en lo más mínimo. Él y Maeve estaban mirándose y sonriendo. De hecho, se miraban y sonreían mucho...

—Llevo su foto en la cartera —dijo Maeve—. Roger. Es precioso.

—¿La foto de un pato? —Matt no sabía qué pensar; se le antojaba muy extraño y al mismo tiempo muy gracioso—. Esto se pone cada vez mejor. ¿Y se llama Roger? ¿Por qué Roger?

—Porque tiene cara de Roger. En serio. Te lo enseñaré. —Maeve sacó la cartera del macuto para buscar la foto pero, en su entusiasmo, abrió sin querer el portamonedas y un alud de monedas cayó al suelo con un estruendo metálico y echó a rodar por todo el vagón del Dart.

Los demás pasajeros actuaron como si nada hubiera ocurrido. Quienes notaban un golpecito en el pie apartaban la moneda de una patada o bajaban brevemente la vista para asegurarse de que no era un ratón royéndoles el zapato y, a renglón seguido, volvían a su mensaje de texto o revista o a su malhumorada introspección.

—¡Ostras! —Maeve se levantó de un salto y rompió a reír—. Adiós a mi calderilla para la lavandería.

Como si poseyera un imán, los trece pasajeros levantaron inopinadamente la vista y en ese momento Matt se dio cuenta del poder que tenía Maeve. No era un poder arrogante, ese poder que otorga la ropa cara o el maquillaje vistoso, porque los tejanos, las Uggs y los rizos enmarañados

de Maeve difícilmente tendrían a los gorilas de las discotecas apartando raudamente el cordón rojo para invitarla a pasar. Lo que hacía tan poderosa a Maeve era que siempre esperaba lo mejor de la gente.

Nunca se le pasaba por la cabeza que los desconocidos que la rodeaban no quisieran ayudar y veía su fe recompensada. Matt observó, atónito, cómo casi todos los pasajeros del vagón se arrodillaban automáticamente, como si se hallaran en presencia de una imponente deidad, y se ponían a recoger monedas. Matt y los otros estaban ahí, ayudando, pero también naturópatas lituanos, camareros sirios, enfermeros filipinos y colegiales irlandeses. Estaban todos en el suelo, juntando monedas y caminando en cuclillas cual cosacos en cámara lenta.

—Gracias —decía Maeve a medida que recibía las monedas—. Gracias, muchísimas gracias, sois todos muy amables, bien por vosotros, impresionante, que Dios os bendiga, gracias.

Esta es la persona con quien quiero estar, se descubrió pensando Matt. Luego lo reconsideró. No, pensó, esta es la persona que quiero ser.

Dos paradas más tarde, cuando Matt y su equipo bajaron, Maeve gritó:

—Gracias otra vez, habéis sido muy amables. —Y habrías podido asar patatas en el calor de la oleada de cariño que dejó a su paso.

A Matt no le cabía duda de que todo el mundo contaría lo sucedido cuando llegara esa noche a su casa. «Una moneda de dos euros chocó con mi pie y pensé, a la mierda, nena, si se te han caído las monedas recógetelas tú, que yo no he parado en toda la semana, pero parecía una persona tan dulce que al final la ayudé a recoger el dinero, ¿y sabes una cosa?, me alegro de haberlo hecho, me siento bien conmigo mismo...»

Una actividad repentina dos plantas más arriba interrumpe mi viaje por el pasado de Matt y Maeve. Subo disparado para ver qué pasa.

OceanofPDF.com

Día 61...

Andrei y Jan habían guardado sus libros de texto y estaban saliendo al pasillo, buscando temerosamente a Lydia con la mirada. Todavía me costaba diferenciarlos; vivían tan afectados por su pánico a Lydia que sus vibraciones estaban bastante viciadas. Sí advertí, no obstante, lo siguiente: que Andrei tenía unos ojos sorprendentemente azules que brillaban con la intensidad de un fanático religioso, pero no era un fanático religioso. Jan también tenía los ojos azules, pero los suyos no brillaban con la intensidad de un fanático religioso. Aun así... ajá, aun así tenía un devocionario que leía asiduamente con cierto —¡sí!— fervor.

Cuán cierto es eso que dicen de que no puedes fiarte de las apariencias.

Tras pertrecharse con cerveza y Pringles, se instalaron en la sala de estar para ver *Entourage*. Les encantaba *Entourage*. Era su programa favorito, uno de los momentos culminantes de la semana. Soñaban con ir a Estados Unidos y vivir una vida de *Entourage*, con sol, coches y, por supuesto, mujeres bonitas, pero, por encima de todo, con los muros inviolables de la solidaridad masculina.

Estaban mirando la tele con tal devoción que no oyeron a Lydia entrar en la sala. Solo repararon en su presencia cuando rompió el hechizo de *Entourage* diciendo:

—Chicos, chicos, ¿qué hacéis tan mustios?

—¿Qué quiere decir mustio? —preguntó, inquieto, Jan. Enseguida lamentó haber hablado. El consejo constante de Andrei era: no le des conversación.

—¿Qué quiere decir mustio? —reflexionó Lydia—. Quiere decir triste, alicaído, apesadumbrado, falto de alegría. —Miró a uno y otro con fingida ternura—. El diagnóstico de la doctora Lydia es que añoráis vuestra tierra. —En un tono que rezumaba falsa empatía, preguntó—: ¿Echáis de menos Minsk, mis ceporritos?

No contestaron. Durante esas tres insufribles semanas se habían acostumbrado a que a Lydia le diese de repente por soltar nombres que terminaban en «insk».

—¡Minnnssskkkk! —se recreó Lydia—. ¿Sssskkk? ¿Lo echáis de menos?

Como no recibía respuesta, dijo, fingiendo sorpresa:

—¿No? Qué poco patriotas.

Aquello fue demasiado para Jan, quien cada instante que pasaba despierto en Irlanda ansiaba desesperadamente volver a su país.

—¡Irlandesa, nosotros no somos de Minsk! ¡Somos de Gdansk! ¡Polacos, no bielorrusos!

En cuanto las palabras salieron de su boca quiso rebanarse la lengua. ¡Lydia había conseguido pincharle! Una vez más, Jan había traicionado a la resistencia.

Profundamente avergonzado, miró a Andrei. «Lo siento, no soy tan fuerte como tú.»

«No te preocupes», le respondió Andrei en silencio. «No es culpa tuya. Esa podría destruir al más valiente.»

(Bien, sus identidades empiezan a salir a la superficie. Andrei, más mayor, más inteligente, más fuerte. Jan, más joven, más cándido, más tonto.)

Lydia se marchó y, tras un largo silencio, Jan confesó:

—Estoy mustio.

Pasaron varios segundos antes de que Andrei hablara.

—Yo también.

OceanofPDF.com

Día 61...

De nuevo en la planta baja, parecía que Matt y Maeve se estaban preparando para salir a correr. En su dormitorio —un paraíso ikeano, con las mesitas de noche ligeramente inclinadas porque las instrucciones de montaje de las cajas estaban en checo y Matt dijo que si tenía que volver a Ikea a buscar las instrucciones en inglés se estamparía a doscientos por hora contra un muro— se desvistieron, Maeve dándole la espalda a Matt para quitarse el sujetador. Una vez desvestidos procedieron a vestirse de nuevo, se diría que con más ropa de la que acababan de quitarse. Maeve estaba ahora tapada desde el cuello hasta los tobillos con un chándal gris y Matt vestía calzoncillos, pantalón de chándal y una camiseta de manga larga. A continuación... sorprendentemente... ¡se metieron en la cama! ¿Por qué tan abrigados? Fuera hacía una temperatura agradable.

Entonces se me ocurrió que a lo mejor querían jugar a desvestirse el uno al otro. Pero ¿por qué no habían podido hacerlo con la ropa anterior?

Aunque no me hacía ninguna gracia presenciar sus jueguecitos eróticos, me obligué a no moverme de donde estaba. ¡No tenía opción! Era importante familiarizarse con el terreno. Reclinado sobre su almohada, Matt se puso a hojear una revista de coches, pasando las páginas con presteza, impaciente por ver qué contenía la siguiente, mientras Maeve, en su lado de la cama, leía *Orgullo y prejuicio*... y eso fue todo. Me quedé un rato más, reparando en la pila de novelas de Jane Austen que descansaba sobre la mesita de noche de Maeve; una admiradora, sin duda. Y otro rato, hasta que comprendí que nadie iba a desvestir a nadie.

He de confesar que con cierto alivio.

El único problema de que Matt se enamorara de Maeve cuatro años y tres meses atrás era que en aquel entonces Matt tenía novia...

Sí, la adorable Natalie. Porque era ciertamente adorable. De todas las chicas guapas e inteligentes de Goliath —y había más de doscientas empleadas jóvenes entre las que elegir— Natalie era la más guapa y la más inteligente de todas: piel suave y morena, piernas largas y delgadas, mirada desafiante e inquisitiva, muy competente en su trabajo. (Nacida en Bélgica, constituía una maravillosa propaganda para su país con fama de soso.)

Y Matt —el sonriente y encantador Matt, del que nadie dudaba que llegaría lejos— era un compañero digno de la adorable Natalie.

Matt y Nat dirigían sendos equipos de ventas y, además de amantes, eran rivales. Competían entre sí y se refocilaban (con gran sentido del humor, naturalmente) cada vez que cerraban una venta de un paquete de software de Goliath. «Uno menos para ti, colega.»

Por lo tanto, cuando Maeve entró en Goliath como aprendiz, no fue ninguna sorpresa que Matt, con su espléndida novia y su exigente trabajo, apenas reparara en ella. También es cierto que en Goliath, una empresa que disfrutaba de un crecimiento exponencial, siempre estaba entrando gente nueva —Maeve había empezado a trabajar el mismo día que Tarik, de Pakistán, y Yen-way, de Taiwán—, por lo que siempre había caras nuevas jugando a ping-pong en la sala de ocio o haciendo cola para compartir los cereales gratis del desayuno. Era difícil mantenerse al día sobre la identidad de todos.

Simpática y positiva, con un acento melodioso, Maeve era popular entre sus compañeros, pero el radar de Matt no la registró como presencia significativa hasta una noche en que Matt y Nat salían del trabajo. Cual soldados de asalto del departamento de Ventas, cruzaron con paso presto el lustroso vestíbulo de mármol con sus flamantes zapatos de cuero negro y sus trajes oscuros ondeando al viento. Atravesaron al unísono las enormes puertas de Goliath, empujando una hoja cada uno, y pasaron junto a Maeve, que estaba agachada abriendo el candado de su bici.

—Adiós, chicos —dijo.

Perfectamente sincronizados, Matt y Nat giraron sus suaves y perfectas cabezas para ver quién había hablado y, al unísono, estallaron en carcajadas.

—¿Qué? —preguntó Maeve. Luego su rostro se iluminó con una sonrisa—. ¿Es por el gorro?

—¡Sí!

El gorro de Maeve era de lana, con un diseño inca en tonos naranjas y rosas. Sendos triángulos de punto le cubrían las orejas y por el pecho le caían trenzas de lana, y arriba terminaba en un afilado pico del que colgaba un pompón naranja.

—¿Tan feo es? —Maeve seguía sonriendo.

—Feísimo —aseguró Nat.

—Pues en la senda del Machu Pichu hace furor y me mantiene calientes las orejas. —Eso hizo que los tres rieran aún más. Luego, con un

tintineo de metal, Maeve retiró la cadena de la bici, se subió al sillín y, pedaleando suavemente, se sumergió en el tráfico.

—Es un encanto —dijo Nat—. ¿Qué piensas de lo de ella con David? ¿Crees que van en serio?

Matt no tenía ni la más remota idea. Apenas había reparado en Maeve hasta unos minutos atrás, y aún menos en el hecho de que saliera con David.

—Tienen mucho en común. —Nat sonrió con ternura—. Los dos son galwayanos.

(En realidad, David era de Manchester. No hacía falta haber nacido en Galway para adquirir la categoría de galwayano. Era un término general que implicaba afición por los falafels, los jerséis de rizos y los festivales, de música, naturalmente, pero también de teatro, de poesía, de cerveza... de lo que fuera. Si comprendía barro y jarras de cerveza, perfecto. Si podía combinarse con una manifestación, tanto mejor. En realidad, el fin de semana ideal, la verdadera utopía de un galwayano era que te pillaran en un disturbio antiglobalización, te golpearan el cráneo con una porra y te metieran en los calabozos de la policía durante veinticuatro horas con un trío de manifestantes de línea dura de Génova. Los galwayanos eran resistentes; dormían como bebés en el suelo frío y duro de las casas de sus amigos. Los galwayanos estaban orgullosos de ser irlandeses —incluso los que no eran irlandeses— y dejaban caer muchas palabras irlandesas en la conversación. Casi todo el personal multicultural de Goliath hablaba un galwayano básico. Una frase popular era «*Egg choct egg oal?*», que significa «¿Vienes a tomar algo?»)

Curiosamente, en aquel entonces Matt codiciaba a David mucho más que a Maeve.

—Me encantaría tener a David en mi equipo —dijo.

—Y a mí —contestó Natalie.

David estaba en el equipo de Godric y era su miembro más valioso. Era superinteligente, un as de las matemáticas, capaz de resolver los problemas de ejecución más complejos. Insistía en probar de esta manera y de esta otra hasta que deshacía el enredo y ordenaba las cosas de una manera que funcionaba.

—David podría dirigir un equipo si quisiera —dijo Matt.

Probablemente David era mayor que la mayoría de los empleados de Goliath, por pocos años, pero los suficientes para hacer de él un líder nato.

Sin embargo, se resistía a todos los esfuerzos por llevarlo hacia el terreno de la dirección.

—¿A qué crees que se debe? —le preguntó Matt a Nat.

—Según él, no quiere que lo encasillen.

David había hecho un montón de cosas en sus treinta años de vida. Había viajado por todo el mundo y desempeñado una impresionante variedad de trabajos, desde enseñar física en Guayana a hacer de canguro de tres niños de una familia progresista de Vancouver.

—No quiere una «trayectoria profesional», me dijo. —Nat meneó la cabeza y rió. No podía entender a la gente que no tenía el mismo espíritu ambicioso que ella.

—Me parece muy noble por su parte.

—¿Quizá una pizca demasiado noble?

—Mmm.

Ambos estaban rememorando el incidente acaecido una semana atrás, cuando David —a quien enfurecían las injusticias— se indignó tanto por la cobertura pro rusa de la guerra en Chechenia que imprimió el ofensivo artículo del sitio de Reuters y reunió a varios de sus acólitos alrededor de su mesa para quemar ceremoniosamente la hoja. Las alarmas de humo saltaron.

—Menos mal que no se dispararon los rociadores —dijo Matt.

—Eso podría haber destruido todas nuestras máquinas —sentenció Nat.

—David dijo que eso daba igual, que los principios eran más importantes.

—Principios. —Nat puso los ojos en blanco—. Por Dios.

Tras el gracioso incidente del gorro Matt ya sabía quién era Maeve y, aproximadamente una semana más tarde, cuando se dirigía en coche al trabajo y vio un pompón naranja cabeceando por encima del tráfico, pudo decir para sí: es Maeve, la muchacha del gorro.

Maeve zigzagueó con su bici entre los coches hasta desaparecer de su vista. Cuando el semáforo se puso verde, Matt arrancó y le dio alcance. Mientras volvía a quedar atrapado en un mar de coches, ella siguió sorteando diligentemente el tráfico, alejándose de él, hasta que el disco cambió y Matt apretó el acelerador, acortando distancias. Se convirtió en un

patrón. Maeve se adelantaba, él iba tras ella, buscando el pompón naranja, entonces ella ponía algo de distancia entre los dos mientras él apretaba el volante con las dos manos, esperando la oportunidad de proseguir.

Aunque ella lo ignoraba, él tenía la sensación de estar en una carrera. Nunca se había divertido tanto en el trayecto hasta el trabajo.

Matt iba primero cuando se acercaba al concurrido cruce de Hanlon's Corner. El disco estaba verde, pero temiendo dejar demasiado atrás a Maeve, redujo la velocidad y el semáforo le hizo el favor de ponerse ámbar. Justo en el momento en que cambiaba a rojo, Maeve pasó como una flecha por el carril de la izquierda hasta colocarse a la cabeza del tráfico y se detuvo un segundo para hacer unos cálculos rápidos. Matt podía, de hecho, sentir cómo Maeve calculaba su velocidad, el tiempo disponible y la distancia de los conductores que ya estaban pisando el acelerador, pendientes de que el disco cambiara a verde ahora que el semáforo contrario se había puesto rojo. Entonces penetró como una bala en el espacio vacío, pequeña y sorprendentemente valiente, como una estudiante plantándole cara a un tanque del ejército. Todos los ojos se posaron en el pompón naranja que atravesaba la zona de riesgo, y cuando Maeve llegó sana y salva al otro lado, Matt sintió una oleada de alivio y admiración.

El episodio le impactó de tal manera que cuando llegó al trabajo hizo una visita a la concurrida sala que Maeve compartía con los demás empleados en prácticas.

—Buenos días, señorita Maeve. ¿Alguna vez te han dicho que eres única saltándote semáforos en rojo? Tan serena, tan audaz.

Ella levantó la vista de la pantalla con la mirada divertida.

—¿Alguna vez te han dicho que solo dices paparruchas?

—¿Paparruchas?

—Ya sabes, chorradas, paridas, tonterías.

—Entiendo. —Una palabra galwayana, seguro—. Te he visto cuando venía hacia el trabajo. Cruzando Hanlon's Corner con el semáforo en rojo. Nervios de acero.

—Me gusta correr riesgos.

—Has tenido suerte de que no te mataran.

—La suerte favorece a los audaces.

—A mí no me pillarás pedaleando en la ciudad.

—Deberías probarlo. Ennoblece el alma.

—Ya tengo un alma noble.

—¿En serio? —preguntó Maeve, mirándolo con sorna.

—¡Deja de hacer eso!

—¿El qué?

—Mirarme como si supieras algo de mí que yo no sé.

—¿Yo? —rió Maeve—. Yo no sé nada.

Matt no le relató a Natalie su carrera con Maeve camino del trabajo. No era necesario, no era importante. Curiosamente, Natalie se había encariñado con Maeve tanto como él y ambos se habían erigido, en cierto modo, en sus amos, como si Maeve fuera un adorable e inofensivo cachorrillo. Los viernes por la noche, en el pub, procuraban sentarse cerca de ella para escuchar su melodioso acento y las extrañas palabras que utilizaba. «Tricota», cuando quería decir jersey; esa clase de cosas.

Un viernes por la noche, en la oficina, Nat pasó junto a la mesa de Matt.

—¿Estás listo?

—Diez minutos.

—Te veo en el pub. Asegúrate de que vaya Maeve. —Y se marchó.

Matt sabía que de nada serviría pedirle a Nat que lo esperara. Nat nunca malgastaba su tiempo.

Cuando hubo terminado, se acercó a la sala de Maeve.

—¿Vienes a tomar algo?

—¿A tomar algo? —Maeve contempló el vacío mientras lo rumiaba. Pareció desaparecer dentro de su cabeza. Tras una breve pausa, sonrió y dijo—: Esta noche no, Matt.

—¿Por qué no, Chica Granjera? —Se sentía, diantre, se sentía... rechazado—. ¿Has quedado con tu novio?

—¿Y si así fuera? —El tono de Maeve era desenfadado.

—Nada. —Matt experimentó una súbita antipatía por David, tan progresivo y considerado, siempre apoyando causas y organizando actos benéficos e interesándose por todo.

—He de coger la bici —dijo Maeve.

Matt la miró sin comprender.

—Solo puedo beber una copa si he de coger la bici —explicó—. Prefiero no beber a beber solo una.

La antipatía de Matt saltó instantáneamente de David a la bici de Maeve, como si fuera una carabina que lo mantenía a raya.

—Pues yo sí voy a tomarme algo —replicó en un tono desafiante que él mismo no alcanzaba a comprender.

—Bien por ti.

—Sí, bien por mí.

En el pub, Nat le preguntó:

—¿Dónde está Maeve?

—No viene.

—¿No?

La decepción de Nat se le antojó desproporcionada. Matt la miró con recelo.

—¿Qué ocurre?

—Maeve terminará su formación la próxima semana.

—¿Ya?

—Dos semanas antes de lo previsto. Es un secreto. Lo ha hecho muy bien y la quiero en mi equipo.

«Pero yo también la quiero.»

—¿Y ella quiere estar en el equipo, Nat?

—No se lo he preguntado. Pensaba insinuárselo esta noche.

—Entonces, ¿no sabe nada?

—No.

«Llegaré a ella primero.»

Cuando Matt convenció a Pong, de Tailandia, de que dejara su equipo para ir al de Nat y se adjudicó a Maeve, Nat pareció algo afectada por la traición. Así y todo, levantó la copa y lo declaró «un digno adversario».

Durante las semanas siguientes Matt empezó a decir «paparruchas» y «bien por ti».

—¿Bien por ti? —reía Nat—. Mi muchachito galwayano.

Era su broma particular. Como si ella, la adorable Natalie, fuera a salir alguna vez con un galwayano.

OceanofPDF.com

Día 61...

A las once y media de la noche el silencio reinaba ya en la calle Star. Me quedé esperando a que Katie volviera a casa, hasta que comprendí que no iba a volver. La localicé en la otra punta de la ciudad, entrando en una gran casa victoriana, a punto de recibir su dosis de sensualidad de cumpleaños del potente Conall.

Estaba muy parlanchina. Fruto de una generosa ingestión de champán. Con admirable buen humor, Conall estaba intentando abrir la puerta de su casa y mantener derecha a Katie al mismo tiempo.

—¿Quién ganaría en una pelea? —estaba preguntando Katie—. ¿El director del Fondo de Inversión o tú?

—Yo. —Por el tono de voz de Conall, comprendí que llevaba un rato sometido a ese tipo de interrogatorio.

La sujetó por el brazo mientras entraban y desactivaba la alarma.

Katie se apoyó en un interruptor y, cuando media casa se iluminó, exclamó con ebrio placer:

—¿Lo he hecho yo? ¡Que se haga la luz! No hace falta que me cojas, no voy a caerme.

—Cáete si quieres. Es tu cumpleaños.

—He bebido mucho champán. —Asintió seriamente con la cabeza—. Estoy un poco pedo. Podría ocurrir.

Conall la condujo hasta la escalera y juntos, muy despacio, subieron, Katie deteniéndose a menudo para reír sin motivo alguno.

Al llegar al cuarto escalón se negó a continuar.

—¡Tengo una genial! Conall, ¿quién ganaría en una pelea, el presidente del Banco Mundial o tú?

—Yo.

—Me gusta apoyarme, ¿sabes? Así. —Dejó caer todo su peso en el brazo que Conall tenía alrededor de su cintura—. No me dejarás caer. En el colegio lo hacíamos, para ver cuánto confiábamos en alguien.

—¡Upa, en marcha!

En el noveno escalón, Katie se detuvo de nuevo.

—¿Quién ganaría en una pelea, el presidente de Jasmine Foods o tú?

—Yo. Con las manos atadas a la espalda.

Katie estalló en una larga y entrecortada carcajada y todo progreso se detuvo.

—No puedo caminar y reír al mismo tiempo.

Finalmente, llegaron al rellano y Conall abrió la puerta del dormitorio. Katie entró a trompicones, llegó hasta la cama, se tumbó boca arriba y levantó una pierna.

—Quítame las botas.

—No, déjatelas.

—¿Eh? Oooh, vale. ¿Quién ganaría en una...?

Conall le tapó la boca con la suya y ella dejó de preguntar. Nunca sabría si en una pelea ganaría el director del Fondo Monetario Internacional o Conall, pero de pronto ya no le importaba. Su dosis de sensualidad de cumpleaños había empezado.

Metido en el ropero de Katie de la calle Star, me comprimí en un zapato de suela roja, abierto en la punta, y accedí a algunos de sus recuerdos.

Cómo Katie conoció a Conall...

Bueno, como la historia de Matt y Maeve, esta también comenzó en el trabajo. Katie era jefa de relaciones públicas de Apex Entertainment Ireland. Se hacían llamar Apex Entertainment porque querían dar una imagen de siglo XXI y multimedia, pero básicamente eran una compañía de discos, la sede irlandesa de una multinacional mucho más grande. Katie llevaba cinco años en ella, recibiendo en Irlanda a estrellas del rock, organizando sus entrevistas, esperando entre bastidores con un pase laminado y —en su opinión la parte más importante de su trabajo— llevándoselos de juerga. Era más difícil de lo que parecía, porque ella era la que tenía que permanecer lo bastante sobria y coherente para firmar el recibo de todas las botellas de Cristal, devolver a los artistas al hotel y presentarse en su mesa a las diez de la mañana del día siguiente después de cuatro horas de sueño.

Si la conocieras en un bautizo probablemente nunca dirías que trabajaba para una compañía de discos. Es cierto que siempre llevaba tacones altos y a veces tejanos ceñidos, pero no consumía cocaína y sus

muslos eran más anchos que sus rodillas. Pese a tales defectos, les caía bien a las estrellas de rock, que la llamaban «tía Katie», lo que no le molestaba en exceso. O «mamá», que sí le molestaba. Los artistas que repetían en Irlanda la saludaban como a una vieja amiga y a veces, entrada la noche, intentaban forcejear con ella y meterla en la cama, pero Katie sabía que no tenían el corazón en ello, que solo era una reacción instintiva, algo para lo que habían sido programados para hacer en presencia de cualquier mujer. Casi siempre los rechazaba.

Así que de eso estaba trabajando Katie, no exactamente contenta pero tampoco descontenta, cuando empezó a correr el rumor de que el brazo europeo de Apex iba a desligarse de sus propietarios estadounidenses para ser vendida al mejor postor, quien de inmediato echaría a la calle a todo el mundo. No obstante, era un rumor que corría con regularidad, de modo que Katie decidió no hacerle caso. Ya no tenía la energía de antes y a lo largo de los años había malgastado demasiada angustia y adrenalina en desastres que nunca tuvieron la decencia de producirse.

Entonces ocurrió de verdad. Un comunicado de prensa anunció que los había comprado Sony, quien pretendía mantener Apex como un sello aparte. El alivio duró poco, porque la siguiente frase decía que Apex sería «racionalizada» por Morehampton Green.

—¿Quiénes son? —preguntó Tamsin. (Frecuencia baja. Pocas luces. Carmín blanco. Piernas largas. Pecho voluminoso. Popular entre artistas invitados al país.)

—¿Qué importa eso? —dijo Katie. Su frecuencia se había descontrolado, temblaba de pánico. No es que adorara su trabajo, pero ahora que existía la posibilidad de perderlo...

—Buitres —dijo Danno con desdén. (Danno, veintitrés años. Frecuencia frenética. Necesitaba dormir muy poco. Siempre vestía de negro. Podía consumir generosas cantidades de cocaína sin efectos secundarios visibles. También popular entre los artistas invitados.)

—Morehampton Green se lanza sobre compañías con un rendimiento bajo —explicó Danno—. Les quita los activos, echa a la mayoría del personal y no deja nada a su paso salvo conmoción e intimidación.

—¿Y qué tiene eso de bueno? —preguntó Katie.

—Hacen que la compañía sea mucho más rentable, ahorran un montón de dinero, lo de siempre. Por lo general, Morehampton Green realiza sus

repugnantes actividades en el sudeste asiático, pero están dispuestos a hacer una excepción con nosotros.

—Qué detalle.

—¿Qué será de nosotros, Katie? —preguntó Tamsin.

—No lo sé.

Debido a un extraño error jerárquico, Katie no tenía lo que se dice un jefe. Oficialmente, su director era Howard Cookman, presidente de la publicidad europea, pero estaba destinado en Londres y le traía sin cuidado lo que pasaba en Irlanda, y a Katie ya le estaba bien, porque el hombre tenía la manía de hablar por los codos, con un acento atroz, mitad Los Ángeles, mitad *Eastenders*, de cuando conoció a a) Mark Knopfler, b) Simon Le Bon y c) Debbie Gibson.

Katie se había encargado de proteger su pequeña porción de autonomía, cosa que ahora lamentaba. No le hacía gracia ser la única adulta del departamento y ansiaba que alguien con más poder que ella llegara y prometiera que todo iría bien.

Alertadas por un ruido sibilante, todas las personas de la sala (las seis de Relaciones Públicas y las catorce de Marketing) se volvieron hacia las puertas de cristal automáticas estilo *Star Trek*. Era Graham, de Recursos Humanos. En circunstancias normales irradiaba petulantes vibraciones de confianza, pero ese día su fuerza vital era bajísima.

En silencio, distribuyó una nota a los presentes en la sala: dos breves líneas que decían que un tal señor Conall Hathaway se pondría en contacto «en breve».

—¿Quién es? —preguntó Katie.

—El asesino en serie enviado por nuestros propietarios —dijo Graham—. Él es Morehampton Green.

—¿Qué quieres decir con que él es Morehampton Green? —preguntó Danno, molesto porque alguien supiera más que él.

—Quiero decir que Morehampton Green es una especie de hombre-orquesta. Seguro que viene con un autobús lleno de contables, pero las decisiones las toma Conall Hathaway.

—Un controlador —dijo Danno con sumo desprecio.

—¿Por qué quiere ponerse en contacto conmigo? —aulló Tamsin.

Graham inclinó la cabeza y no contestó.

—Para comunicarte si todavía tienes trabajo o no —dedujo Katie—. ¿Verdad, Graham?

Graham asintió con resignación.

—¿Conall Hathaway? Querrás decir Conall el Bárbaro —comentó Danno. A Danno le encantaban los apodos. (Suele ocurrir entre los de su frecuencia.)

Nada sucedió durante dos días. Todo el mundo siguió trabajando como si tal cosa, porque hasta que algo sucedía siempre existía la posibilidad de que no sucediera. Pero la tarde del tercer día Danno se hallaba en posesión de una noticia tan importante que comunicar a sus colegas que las puertas de cristal no se abrieron lo bastante deprisa y se estampó contra ellas, recibiendo un desagradable golpe en la sien derecha.

—Abríos, malditas hijas de... —aulló mientras pateaba el suelo tratando de activar lo que fuera que debía activarse. A esas alturas gozaba ya de la atención de todos los de dentro. Finalmente, las puertas cedieron y Danno irrumpió en la oficina como escupido por una máquina—. ¡Tiene la mirada gélida de un asesino! —declaró—. Acabo de subir con él en el ascensor y os juro que casi me cago encima.

—¿Quién?

—Verdugo Hathaway. Conall el Bárbaro. ¡Ha venido a despedirnos a todos!

—¿Tan pronto? —Katie estaba alarmada—. Es casi una indecencia.

—Le acompañan varios orcos, unos mocosos con acné aprendiendo su sucio oficio, pero es un tipo práctico. Estará al acecho —advirtió Danno—. No bajéis la guardia. Habrá acabado con nosotros antes de que termine el día.

Katie lo miró con suspicacia. Danno era un catastrofista, le encantaban los dramas. En más de una ocasión se había preguntado si era adicto a la adrenalina, la cocaína de los pobres.

Llamó a Audrey. (Una vibración tan discreta que casi resultaba contrita. Responsable, digna de confianza, meticulosa. No tan popular entre los artistas invitados como Tamsin o Danno.)

—Ve a ver qué pinta tiene ese Conall. Actúa con disimulo.

Minutos después, Audrey reapareció con cara de quien está a punto de ser ahorcado.

—Es cierto. Está con Graham. Están revisando los contratos del personal.

Katie se mordió el nudillo.

—¿Qué aspecto tiene?

Tras meditarlo, dijo:

—Cruel.

—¡Jesús!

—Delgado y hambriento.

—Eso no es tan horrible.

—Delgado, hambriento y cruel. —Entonces añadió—: Está comiendo chocolate.

—¿Qué?

—Tiene una tableta enorme de Mint Crisp en la mesa y se la está comiendo mientras habla con Graham. Tiras enteras de un bocado. Sin partirlas en onzas.

—¿De cuánto? ¿Cien gramos? ¿Doscientos gramos?

—Una de esas tabletas gigantes que solo venden en los dutyfree. Quinientos gramos, creo. ¿Sabes una cosa, Katie? En realidad es muy guapo. Creo que me gusta. Siempre me gustan los hombres que tienen poder sobre mí.

—Olvídate de él —dijo Katie—. Crees que un hombre de aspecto cruel solo necesita el amor de una buena mujer para dejar de ser cruel, pero seguirá siendo cruel y te destrozará el corazón. —Le hacía sentirse vieja dar esa clase de consejos.

—Puede que a ti también te guste —insinuó Audrey.

—Seguro que no.

—Digas lo que digas, no tenemos control sobre esas cosas —advirtió misteriosamente Audrey.

Sonó el teléfono: los coches habían llegado.

Durante un instante, un breve y delicioso instante, Katie consideró la posibilidad de dejarlo todo y ahorrarse la terrible experiencia de esa noche con los Knight Ryders y su mal humor. Si la iban a despedir de todos modos...

Pero ¿y si se hallaba entre los pocos que iban a conservar su empleo?

—Bien —dijo—. Danno, Audrey, en marcha, ya están aquí los coches.

Se marcharon al Four Seasons a recoger a los Knight Ryders para el concierto de esa noche. Los Knight Ryders era un grupo de rock duro, un cuarteto de rockeros antediluvianos que habían sobrevivido a adicciones, divorcios, quiebras, fallos cardíacos, accidentes de moto, conflictos internos, chismorreos de sus hijos adoptados y mucho, mucho más. Gran parte de su público, dispuesto a pagar el alto precio de las entradas, iba no

para escuchar sus éxitos de principios de los setenta, sino, sencillamente, para maravillarse de que los cuatro siguieran vivos.

Los muchachos se hallaban en el octavo mes de una gira mundial de nueve meses y llevaban en Irlanda dos larguísimos días. La principal preocupación de Katie era Elijah Knight, solista, leyenda viva y orgulloso propietario de un hígado de segunda mano (de un dueño anterior prudente). Llevaba casi un año limpio y sobrio pero a Katie le habían llegado rumores de que estaba harto de todo. Era cierto que cada palabra que le dirigía a Katie era una queja: el hotel irlandés era una cursilada; la prensa irlandesa era demasiado aduladora; a las reuniones de Alcohólicos Anónimos irlandesas les faltaba chispa.

Katie o alguien de su equipo tenía como misión acompañarlos a todas horas —Tamsin estaba ahora allí— y un «guardaespaldas» (esto es, un vigilante) hacía guardia de noche frente a su habitación.

Mientras Katie subía al asiento trasero de una limusina de cristales ahumados, recibió una llamada de Tamsin.

—Es Elijah.

—¿Qué le pasa?

—Es hora de cardarle el pelo pero está sentado con los brazos cruzados, como un niño pequeño.

—Voy para allá.

Katie cruzó los dedos y suplicó en silencio que esa noche no fuera la noche que Elijah Knight eligiera para poner fin a su abstinencia. No durante su guardia. Si pudiera esperar a mañana, cuando él y sus tres compadres melenudos de rostro curtido e hígado destrozado hubieran puesto rumbo a Alemania, se lo agradecería de corazón.

El problema, no obstante, fue que todo salió rodado. Amablemente persuadido por Katie, Elijah se dejó cardar obedientemente el cabello hasta elevarlo veinticinco centímetros sobre su cabeza; los Knight Ryders completaron la actuación y a ninguno le dio una embolia; incluso rechazaron una visita gratuita al burdel más elegante de Dublín.

Eso significaba que cuando Katie llegó a casa a la hora inesperadamente temprana de las dos de la madrugada en su cabeza todavía quedaba lugar para dar vueltas a su situación laboral. Era el final, comprendió de pronto. Más le valía reconocerlo: dejar a Elijah Knight sano

y salvo en su habitación del hotel probablemente había sido su última actuación como relaciones públicas adjunta de Apex Entertainment.

Era lógico que se deshicieran de ella: de los seis empleados de RRPP, ella era la mejor pagada. Además, dolorosa admisión, era la mayor de todas y el negocio de la música era un juego para mujeres jóvenes. «Tengo treinta y nueve años. ¡Treinta y nueve! Es un milagro que haya sobrevivido hasta ahora», pensó maravillada.

Tenía que dormir, pero ¿cómo iba a dormir? Por la mañana iban a echarla y ya no tendría dinero, y en estos tiempos de recesión no encontraría otro empleo porque solo estaba cualificada para llevar a estrellas de rock a las discotecas.

«Estoy acabada», pensó.

Perdería el piso, el coche, las mechas y la entrenadora personal. Aunque solo tuviera una sesión a la semana, su rato con la mole de Florence era vital; sin ella no sería capaz de hacer ejercicio alguno.

Y, oh, su adorable piso. No podría conservarlo. El pago de la hipoteca era de infarto incluso con su sueldo actual. Lo había comprado en el punto álgido del boom inmobiliario, cuando las cajas de cartón cambiaban de manos por un millón de euros. Había pagado mucho por cada metro cuadrado de su casa. Pero le encantaba. Era pequeña —al tratarse de un desván convertido, la mayoría de las habitaciones tenían las esquinas recortadas— pero acogedora, y tenía mucha luz y estaba a un paseo del centro. Detalle que no había comprobado personalmente.

Lo peor de todo era que nunca había sido su intención trabajar en el negocio de la música. Oh, ¿por qué lo hizo? ¿Por qué? Porque se sintió tremendamente halagada cuando le ofrecieron el trabajo, por eso, tanto que no quiso ver que el sueldo no era todo lo bueno que cabía esperar. Lo único que le importó fue que si deseaban contratarla debían de pensar que era fabulosa. Pero tendría que haber aceptado el trabajo en la oficina de prensa del gobierno. En esa industria la gente mayor era valorada, respetada por sus conocimientos. A nadie le importaba que tuvieras los muslos gruesos. A nadie le importaba que tuvieras vello en la cara (y fueras mujer) (no porque ella tuviera). De hecho, en política les encantaban los portavoces gordos y feos porque gozaban de mayor credibilidad.

«Acabada. Sí, acabada», pensó.

Mientras la noche avanzaba su cabeza no cesaba de hacer calibraciones y cálculos: si alquilase su piso, ¿tendría suficiente para cubrir la hipoteca y

las facturas de la peluquería? Si consiguiese un empleo en Blockbusters, ¿cómo se las apañaría para comprar comida? Había leído algo en el periódico sobre las personas que cobraban el salario mínimo: aunque comieran los productos a punto de caducar y a mitad de precio de Tesco, seguirían pasando hambre. Si convivir con su apetito ya le resultaba difícil con un salario decente, cuando al ingerir el primer bocado de algo ya se estaba preocupando por el último, ¿cómo haría frente a la auténtica sensación de hambre?

Ni siquiera podría permitirse el suicidio. Durante los últimos dos años, probablemente desde Jason, había elaborado un fantasioso plan en el caso de que la vida llegara a tornarse verdaderamente insoportable, como las píldoras de cianuro que los espías llevaban en los dientes por si eran capturados. Su astuta idea consistía en matarse a fuerza de comer; esas cosas ocurrían, la gente lo hacía, los médicos advertían constantemente a los obesos de que si continuaban con sus malos hábitos, la diñarían. Siempre le había parecido una forma agradable de dejar este mundo, atiborrada de tarta de queso con chocolate. Pero las tartas de queso con chocolate costaban dinero y necesitaría cantidades ingentes para que la dosis fuera mortal. Atrapada en el terror de la hora más oscura de la noche, se dio cuenta de lo estúpida que había sido todos esos años. Tendría que haberse puesto a almacenar tartas hace mucho tiempo. Pero ella no almacenaba nunca. Lo que había en su piso se lo comía. Así de simple. Nada le duraba más de un día.

De repente, sus pensamientos tomaron un rumbo inesperado y empezó a culpar a Jason. (Entre los treinta y dos y los treinta y siete Jason había sido su novio. Cuando llevaban seis años juntos, justo cuando habían empezado a buscar un bebé, sufrieron el tremendo impacto de descubrir que ya no estaban enamorados. Fingieron durante casi un año con la esperanza de reavivar la llama, pero no salió bien. La cosa no tenía remedio.)

Si ella y Jason se hubieran casado y tenido un bebé, y si Jason no fuera a casarse ahora con Donanda, la despampanante portuguesa, ahora no tendría estas preocupaciones.

Pero no. Él tuvo que decidir que ya no la amaba y tuvieron que separarse y Katie tuvo que comprarse un piso. Bueno, a decir verdad, ella también había dejado de quererle, pero hasta de eso tenía Jason la culpa, porque si no se hubiera vuelto imposible de querer ahora todo sería diferente.

La rabia se apoderó de su estómago, luego de su pecho, hasta que empezó a tener problemas para respirar, y como eran las seis y cinco de la mañana y demasiado tarde para tomarse un somnífero —¡mierda, no había pegado ojo!—, tuvo que sentarse, encender la luz y agarrar sus libros antiamargura de la librería a fin de evitar ahogarse en su propia bilis.

Respirando entrecortadamente, leyó algunas frases de *Mi felicidad, mi responsabilidad*, pero eso no le alivió. Lo arrojó a un lado y echó una ávida ojeada a *Las leyes espirituales del éxito*; tonterías, chorradas. Estaba empezando a pensar que lo mejor sería pedir una ambulancia cuando abrió otro libro y una frase atrajo su atención: «La palabra china para "crisis" significa también "oportunidad"».

Eso sí funcionó.

Sintió como si hubiera estado atravesando una densa selva a machetazos y, de repente, hubiera aparecido en lo alto de una montaña donde la luz era nítida y el aire liviano. Sintió que se quitaba un peso de encima. ¡Sí, su vida había terminado! Sí, era mujer muerta. Desempleada —de hecho, posiblemente *inempleable*— pero su crisis podría convertirse en su oportunidad. Seguro que podía hacer algo más con su vida. Como vivir en Tailandia y aprender submarinismo. Mejor aún, ir a la India e iluminarse, y a su regreso —si es que regresaba, jo, jo— no le importaría no tener casa y verse obligada a llevar zapatos horribles y tener que motivarse sola para salir a correr.

Todo iría bien.

OceanofPDF.com

Día 60

El 66 de la calle Star permaneció en silencio hasta las cinco y media de la mañana, cuando Lydia se levantó. Entró tambaleándose en el cuarto de baño, donde se duchó con —solo hay una palabra que lo pueda describir— resentimiento. Le disgustaba mojarse. Tenía terror al agua. (Ella lo ignoraba, pero en una vida anterior había sido una suricata, una criatura del desierto que no conocía la humedad. Hay rasgos que permanecen en vidas posteriores.)

Echó un brazo hacia atrás para coger del estante su crema suavizante y su codo derribó el gel de ducha de Andrei. ¡No! Hizo malabarismos para atraparlo pero al final el frasco escapó de sus jabonosas manos y cayó al suelo con tres estruendosos botes. ¡Irkutsk! No quería despertar a Andrei y Jan. Ese par de malditos depresivos ya eran lo bastante insoportables cuando dormían sus horas; si los despertaba antes de tiempo tendría que aguantar, encima, su cara de palo y su mal humor.

Jesús, mira que eran difíciles. No los había visto reír ni una sola vez en tres semanas. Y nadie podía decir de ella que no se hubiera esforzado por animarles con bromas bienintencionadas, las que solía utilizar con los hombres. Pero en lugar de aceptar el reto y poner algo de su parte, se aturullaban.

Y no le quedaba más remedio que aguantarlos; el contrato de alquiler estaba a nombre de ellos. De hecho, no entendía por qué no le pedían sencillamente que se largara, porque era obvio que la detestaban.

Tal vez fuera porque su cuarto era absurdamente pequeño, poco más grande que un armario. (Por lo visto, había sido una cocina estrecha y alargada antes de que algún misterioso propietario decidiera convertir el segundo dormitorio en una cocina lo bastante espaciosa para que cupiese una mesa. Genial, pero eso significaba que el espacio que quedó libre a duras penas merecía el calificativo de «habitación».)

Lydia sospechaba —acertadamente— que la ex cocina había sido rechazada por muchos candidatos anteriores a ella. La cama era estrecha y corta, no había un tocador con espejo (porque no había tocador) donde colgar su ristra de luces naranjas con forma de flores y tampoco había un armario, de modo que casi toda su ropa estaba guardada en cajas debajo de la cama. También sospechaba —de nuevo acertadamente, Lydia raras veces

se equivocaba— que Andrei y Jan habían confiado en que diera un toque femenino al piso. Naturalmente, no podían ir peor desencaminados. No había sido fácil oponerse a Andrei y sus listas de turnos, porque era un tipo insistente y Lydia había tenido que recurrir a toda su determinación, que no era poca, pero era importante establecer desde el principio quién mandaba allí. En cuanto tuviera la certeza de que los muchachos no esperaban de ella que limpiara, aceptaría las condiciones.

Tal vez...

Entretanto, el alquiler era sorprendentemente razonable, cien euros menos a la semana que su anterior alojamiento, y la casa estaba cerca del centro. Y cuando se enteró de que los muchachos eran de Gdansk, cayó en la cuenta —inadvertidamente para ellos— de lo maravillosas que eran las palabras terminadas en «sk». ¡Gdansk! Le gustaba tanto pronunciarla que se conectó a la red para buscar nombres de ciudades similares. ¡Y había la tira! Tomsk y Omsk, Minsk y Murmansk. Las usaba constantemente. No podía decir exactamente por qué, simplemente le gustaban. Gdansk era una palabra positiva, porque sonaba un poco como «thanks», pero el resto, sobre todo Minsk y Irkutsk, sonaban a palabrota, solo que más sibilantes que las que ella acostumbraba a decir. ¡Irkutsk! Sonaba a verdadero cabreo. Era genial. Si la pronunciabas bien, podías dejar temblando a tu interlocutor. Qué sensación de mosqueo podías transmitir si te esforzabas un poco en la entonación. Eran palabrotas de calidad que no le habían costado un céntimo y, dada su precaria situación, agradecía los placeres gratuitos.

Así y todo, pese al regalo de las palabrotas, echaba mucho de menos a Sissy y el bonito y espacioso piso que habían compartido. Difícil de creer ahora aquellos lujos, porque ella y Sissy tenían una mujer de la limpieza. A decir verdad, solo iba una vez por semana, pero era más que suficiente. Cuando la cocina se hallaba en un estado lamentable, lo bastante sucia para que hubiera ratones bailando en el escurrreplatos, Lydia podía literalmente hacer la vista gorda porque sabía que en un día o dos volvería a estar limpia.

Y Sissy era exactamente como ella. A Sissy no le importaba. Ella jamás le habría salido con una lista de turnos de limpieza. Los días libres estaban hechos para pasártelos en pijama, acurrucada bajo una manta delante de la tele, comiendo doce cuencos de Coco Pops, no para remangarte, enchufarte unos guantes de goma y dejar correr el agua caliente.

Pero los días de las limpiadoras y los roperos y una compañera de piso normal eran historia... Lydia se detuvo delante del espejo del cuarto de baño y vertió en su pelo ingentes cantidades de sérum para combatir el encrespamiento. Porque por muy apurada que fuera su situación, nunca renunciaría a cuidar su cabello. Prefería pasar hambre antes que pasar sin su sérum. Ella y sus alocados y elásticos rizos lidiaban una batalla constante. El simple hecho de que anduviera corta de dinero no era excusa para rendirse, como habrían hecho muchas mujeres. Aquí quien mandaba no era su pelo, no. Aquí mandaba ella.

Entró en la cocina, donde vertió ocho cucharadas de café instantáneo en una taza gigante llamada Taza de Lydia, que llenó hasta la mitad con agua hirviendo y el resto con agua del grifo. Se lo bebió como si fuera un jarabe, con una pequeña arcada en el último sorbo, dejó la taza en la mesa, se puso de prisa y corriendo unos tejanos, unas deportivas y una sudadera y se marchó.

Hacía una mañana soleada pero fría y Lydia se acercó a un taxi. ¿Un taxi? ¿Qué muchacha insolente y ostentosa desdeñaba del transporte público?

¡Menuda sorpresa cuando se subió al asiento del conductor! No habría sido ningún disparate pensar que se disponía a hacer un puente, pero cuando introdujo una llave en el contacto se hizo evidente que era la dueña del coche y taxista de oficio.

No era un buen coche, una especie de Toyota genérico. Pero tampoco un mal coche. Simplemente uno de esos automóviles insulsos tan comunes entre los taxistas. Pero curiosamente, dada la actitud de Lydia con respecto a la higiene doméstica, su coche estaba limpio y perfumado. Era obvio que estaba orgullosa de él.

En medio de un gran barullo estático, conectó la radio y recibió el aviso de una carrera: recoger a un hombre en Shelbourne y llevarlo al aeropuerto.

Hizo un giro chirriante de ciento ochenta grados y puso rumbo a la ciudad, pillando el primer semáforo en verde.

—Gdansk —dijo con satisfacción, casi relamiéndose los labios del placer que le producía pronunciar esa palabra.

El segundo semáforo también estaba verde.

—Gdansk. —Asintió con la cabeza, agradecida.

Pero cuando se detuvo en Shelbourne y el pasajero subió al asiento trasero de su coche, advirtió que abría la boca de par en par. «¡Irkutsk!», pensó.

—¡Eres una chica! —exclamó, atónito.

—Lo era la última vez que lo comprobé —repuso fríamente Lydia. ¡Irkutsk! ¡Irkutsk! ¡Irkutsk!

¿Por qué un parlanchín? ¿Por qué? ¿Tan temprano y con tan solo ocho cucharadas de café en el estómago?

—¿Y cómo es? —preguntó animadamente el hombre—. ¿Lo de ser mujer taxista?

Lydia apretó la mandíbula. ¿Cómo creía que era? Era exactamente lo mismo que ser hombre taxista, solo que con gilipollas como él haciendo preguntas imposibles de responder a infames horas de la mañana.

—¿Cómo te las arreglas cuando surgen problemas? —añadió. La pregunta que todos hacían—. Por ejemplo, cuando alguien se niega a pagarte.

—¿Puedo preguntarte algo?

—¡Por supuesto! —El hombre estaba encantado de poder charlar con esa preciosa muñeca con los rizos todavía húmedos y fragantes de su ducha matutina.

—¿Has aceptado a Cristo en tu vida como tu señor y salvador?

Eso le cerró la boca. Hicieron el resto del trayecto en silencio.

OceanofPDF.com

Día 60...

En el 66 de la calle Star el resto de la gente empezaba a desperezarse. Andrei llevaba despierto desde las 5:35, cuando Lydia había dejado caer deliberadamente algo en el suelo del cuarto de baño. Desde que se había mudado a este piso, él y Jan vivían en estado de shock. Nunca habían conocido a una chica como ella y su única cualidad era que era pequeña. Lo bastante pequeña para caber en la diminuta cama de la diminuta habitación.

Andrei contempló el vacío, rememorando con nostalgia aquellos idílicos tiempos con su anterior inquilino, un electricista-acordeonista ucraniano llamado Oleksander. La convivencia con él había sido increíblemente fluida porque nunca estaba en casa. Se pasaba las noches en la pija habitación de su novia, Viktoriya, y su cuarto del 66 de la calle Star funcionaba básicamente como ropero. Hasta que Viktoriya se prendó de un irlandés, un funcionario con un alto cargo en el Ministerio de Agricultura, y Oleksander tuvo que depender nuevamente de sus propios recursos. Soportó varias noches en vela con las piernas asomando quince centímetros por un extremo de la cama. Cuando intentó remediar el déficit colocando una silla para apoyar los talones, la madera de los pies de la cama le cortó las pantorrillas, dejándole dos verdugones que han persistido hasta hoy. Finalmente consiguió desmontar los pies, con el único inconveniente de que el bastidor de la cama se vino abajo. Entonces optó por dormir con el colchón directamente en el suelo, pero su región lumbar protestó clamorosamente y después de treinta y cuatro días de terribles dolores, le comunicó a Andrei que no aguantaba más.

Muchas personas, en su mayoría hombres polacos, vieron la habitación, pero todas, sin excepción, se declararon demasiado grandes para el tamaño de esa cama. Además, se partían de risa al imaginarse a Oleksander Shevchenko (personaje célebre; sus actuaciones frente a Trinity se habían convertido casi en una atracción turística) tratando de echar un sueñecito en ese cuarto de muñecas. Así pues, cuando la irlandesa Lydia llegó, Andrei y Jan quedaron tan deslumbrados por sus diminutas proporciones que se les pasó totalmente por alto el hecho de que fuera un malvado elfo.

Ahora estaban pagando el precio.

Tenían conversaciones interminables cuando se preguntaban: ¿Por qué? ¿Por qué era tan desagradable? ¿Tan perezosa? ¿Tan cruel?

Andrei le advertía a Jan que tal vez nunca llegaran a averiguarlo. Tal vez lo mejor fuera, aconsejaba, aceptar que su agrio carácter era un hecho tan inevitable como la lluvia, como todo lo demás de este húmedo y desagradable país.

Una vez aseados y vestidos, los muchachos bajaron a la calle, donde abrieron las manos y, con sumo sarcasmo, expresaron su asombro por el hecho de que no estuviera diluviando antes de caminar los diez minutos hasta la parada de Luas. Allí tomaron direcciones diferentes, Andrei hacia un polígono industrial del este, Jan hacia un centro comercial del norte.

A Jan le gustaba decir que trabajaba en informática, lo cual, en cierto modo, era verdad. Estaba empleado en un supermercado gigantesco, donde atendía los pedidos *online*. Se pasaba el día recorriendo los pasillos y empujando una especie de supercarro del que colgaban doce cestas, que representaban doce clientes diferentes, cada una con su lista particular de artículos. Tras localizar los artículos de las doce listas y colocarlos en las cestas correspondientes, dejaba la mercancía en la zona de carga para que el camión la repartiera por todo Dublín. Hecho esto, caminaba penosamente hasta la impresora para reunir otras doce listas, colgar otras doce cestas en su supercarro y repetir el proceso. Había perdido la cuenta de cuántas veces realizaba ese ejercicio al día.

Andrei también trabajaba en informática, con la diferencia de que en su caso era verdad. Se paseaba por la ciudad con una furgoneta blanca, reparando ordenadores de oficinistas. La furgoneta ocupaba una gran parte de sus pensamientos. Él era un hombre pragmático y le fastidiaba terriblemente tener que devolverla cada noche al aparcamiento de la sede central, donde permanecía ociosa durante catorce inútiles horas cuando podría estar utilizándola para fines propios, concretamente para ir a recoger a Rosie. Se imaginaba aparcando delante de la casa que Rosie compartía con otras cuatro enfermeras, tocando la bocina y viéndola bajar aprisa y corriendo los escalones con la admiración reflejada en su rostro con forma de corazón. Salía con Rosie (una chica irlandesa, pero, exceptuando ese detalle, completamente diferente de la diabólica Lydia) desde hacía dos meses y ocho días y hasta la fecha ella se había negado a entregarle su

virginidad. Andrei, con sus músculos y sus cautivadores ojos azules, estaba acostumbrado a que las chicas se rindieran al acto a sus encantos, pero el recato de Rosie lo tenía ciertamente impresionado y su lujuria inicial había evolucionado hacia algo mucho más complejo.

OceanofPDF.com

Día 60...

En la planta baja del 66 de la calle Star, un despertador zen que sonaba como la campana de una cabra tibetana despertó suavemente a Matt y Maeve de un profundo sueño y les dio la bienvenida al nuevo día. El artilugio comenzaba con suaves y aislados plincs, como golpecitos en un xilofón, y a lo largo de diez minutos avanzaba hacia una cacofonía de deliciosas campanillas. No iba nada con Matt. Él tenía pinta de preferir una alarma que actuara como un desfibrilador emitiendo un cruel y discordante RIIIIING para que cada nervio de su cuerpo se tensara y lo expulsara al instante de la cama, incitándolo a golpearse el pecho como Tarzán y bramar «¡Aaahhh, voy a comerme el mundo!».

Pero Maeve quería las campanillas, así que Maeve consiguió las campanillas. También consiguió un desayuno pausado. Sospecho que a Matt no le habría importado zamparse un Snickers camino del trabajo, pero en lugar de eso le preparaba el té a Maeve. Maeve, por su parte, le hacía gachas, tras lo cual se sentaban a la barra de la cocina, frente a frente, pendientes de que al otro no le faltara miel, zumo de naranja y demás.

Sobre el alféizar de la cocina descansaba un elaborado marco de plata con una foto del día de su boda. Debo decir que los dos estaban muy elegantes. Sobre todo Maeve. A juzgar por la foto, habían elegido una boda tradicional, con vestido blanco y toda la parafernalia. El de Maeve era uno de esos vestidos engañosamente sencillos: un corpiño imperio con un vuelo recto y sin adornos de grueso satén. El escote caído dejaba al descubierto unos bellos hombros cremosos, y un tocado de perlas recogía su abundante melena rubia en un moño del que escapaban algunos tirabuzones. Parecía una muchacha sacada de una de esas novelas de Jane Austen que parecían gustarle tanto. Matt, abrazado a Maeve y mirando a la cámara con la expresión de un hombre que acaba de ganar la lotería pero intenta contener su dicha, luce un traje serio y oscuro. La clase de traje que la gente se pone para firmar tratados de paz. Estaba claro que había buscado el atuendo más distinguido que fue capaz de encontrar a fin de transmitir cuán importante era para él ese enlace. (Sin ánimo de parecer cruel, tres años atrás, cuando les hicieron esta foto, los dos ocupaban un espacio notablemente inferior. Eran mucho más... estrechos. Seguro que en aquel entonces las grasas trans no tenían un papel tan grande —perdón por el chiste— en sus vidas.)

Maeve apuró su zumo de naranja, Matt dejó caer ruidosamente la cuchara en el cuenco, se tragaron su comprimido vitamínico con un vaso de agua compartido y —finalmente— se marcharon a trabajar. Matt llevaba coche, zapatos elegantes, un traje serio y un corte de pelo serio. Maeve llevaba bicicleta, manteca de cacao y pantalones de pana tan antiestéticos (demasiado grandes y de un color verde aceituna completamente insulso) que parecía que los hubiera elegido especialmente por su fealdad.

Se despidieron con un beso.

—Ten cuidado —dijo Matt.

«¿De qué?», me pregunté. Cualquiera persona lo bastante insensata para pedalear en el tráfico de hora punta podía esperar advertencias de sus seres queridos, pero yo sabía que lo que Maeve temía no era pegársela con un conductor negligente. Desde luego estaba asustada, no me malinterpretes, pero no sabía de qué; Maeve no me dejaba entrar. Cuanto podía decir de ella a primera vista era que no le daba miedo que se burlaran de su horrible indumentaria. Fascinante.

Matt la siguió con la mirada hasta que se perdió en el tráfico, luego pensó en su coche. Lo tenía aparcado tan lejos que se preguntó si debería ir a buscarlo en autobús.

OceanofPDF.com

Día 60...

En el piso de Jemima el perro no mostraba secuelas por el mareo sufrido la noche previa. Jemima estaba intentando atraerlo hacia la cocina pero él se estaba haciendo de rogar.

—Rencor, Rencor, mi pequeño Rencor.

De modo que la bestia se llamaba realmente Rencor. Qué... qué original.

Jemima llevaba aseada y vestida desde las seis y cuarto de la mañana. No soportaba levantarse tarde. Se agachó hasta que sus rodillas crujieron como disparos de pistola y tuvo el rostro a la altura de la cara enfurruñada de Rencor.

—Que Fionn venga no significa que a ti te quiera menos —dijo.

Entonces lo entendí: Rencor estaba enfurruñado porque había descubierto que «El Justo» se disponía a hacerles una visita.

—Ven a comer.

Segundos después Rencor estaba bailando la Danza del Desayuno. Una criatura susceptible a la que le costaba perdonar excepto cuando había comida de por medio.

Yo me mantenía alejado de Jemima. No quería asustarla salvo en caso necesario. No obstante, me llegaban sus pensamientos. Emitía unas vibraciones fuertes y regulares que se abrían paso a codazos por el abarrotado piso, reclamando atención.

Estaba rumiando afectuosamente sobre la palabra «rencor». «Qué magnífico nombre», pensó. Tan práctico, además: era imposible pronunciarlo sin retorcer la cara como una pasa amarga. «Krompir» era otra palabra que le gustaba; significaba patata en serbio y tenía un sonido crujiente. O «bizarre», probablemente su palabra favorita, un sonido festivo, alegre, que siempre traía a la mente el tintineo de panderetas.

Muchas personas consideraban Rencor un nombre extraño para un perro, pero a quienes tenían el descaro de comentarlo Jemima les contestaba que lo había elegido él. En la perrera le habían dicho que se llamaba Declan, pero aquel perro tenía tanto de Declan como ella. Jemima se dijo que debía darle la oportunidad de elegir su propio nombre, de modo que cuando llegó a casa y se hizo un ovillo en un rincón, triste y deprimido, le recitó una larga lista de nombres de perro muy populares. ¿Campeón?

¿Héroe? ¿Rebelde? ¿Príncipe? Mientras hacía eso lo observaba con detenimiento, buscando una reacción positiva, pero tras cada sugerencia Declan gruñía, «Rrrr», a lo que seguía un breve ladrido que sonaba como «cor». Al final lo oyó: Rencor.

En la perrera le advirtieron que el perro estaba muy traumatizado. Había un montón de cosas que no toleraba. Hombres con peluca. Cantantes de folk. El color amarillo. El olor a laca.

Pero lo tranquilizaba el crujido de los envoltorios de Crunchie. Las chicas pelirrojas. Los acentos de Yorkshire. La música de George Michael, aunque solo la de los comienzos (y no Wham!, detestaba Wham!).

Era una criatura excitable y voluble que habría que tratar con delicadeza, pero Jemima no se arredró. Su filosofía, que transmitió al hombre de la perrera, era que un perro estable nunca tendría problemas para encontrar un hogar, pero que eran las criaturas traumatizadas las que más lo necesitaban.

Entre nous, me pregunto si me precipité al juzgar a Jemima de vieja bruja.

Terminado el desayuno, Rencor miró a Jemima con sus enternecedores ojos Malteser y lanzó miradas de desasosiego por la estancia. «Qué maravilla de perro», pensó Jemima con orgullo. Más intuitivo que la mayoría de los humanos. Algo no demasiado difícil teniendo en cuenta que la mayor parte de la gente iba por la vida absorta en sus pensamientos.

—Yo también lo noto —le dijo Jemima—. Pero no nos dejaremos intimidar. —Hizo un raudo giro de ciento ochenta grados y plantó los pies firmemente en el suelo, con las piernas bien abiertas, como una guerrera—. ¿Me oyes? —dijo... mejor dicho exigió... echando fuego por los ojos (pero hacia el rincón equivocado, la criatura). En un tono agudo, repitió—: ¡No nos dejaremos intimidar!

Tranqui, Jemima. No todo tiene que ver contigo.

OceanofPDF.com

Día 60...

A Matt le gustaba quitarse pronto de encima su Acto Amable del día. Estaba en el coche, camino del trabajo, escudriñando las calles en busca de una oportunidad para hacer su buena obra. Se estaba aproximando a una parada de autobús donde había una mujer sola. Estaba claro que había perdido el autobús, pues a esa hora del día solía haber docenas de personas, observándose como tiburones, decididas a no quedarse en tierra cuando el autobús apareciera.

Matt abrió la ventanilla del pasajero y gritó:

—¿Adónde va?

Sobresaltada, la mujer levantó la vista de su mensaje de texto. Metidita en carnes y embutida en una chaqueta naranja, aparentaba entre treinta y siete y sesenta y seis años.

—¿Y a ti qué te importa?

—¿Quiere que la lleve?

—¿Tú? ¡No puedo subirme al coche de un extraño! ¿No lees los periódicos, hijo?

¡Uf!

—Yo no soy un extraño, soy un buen hombre.

—Como que ibas a reconocer que eres el asesino del hacha.

—Estoy casado. Amo a mi mujer. Y no tengo hacha.

—¿Hijos?

—Todavía no.

—Yo tengo cuatro.

—Suba y hableme de ellos.

—Claro, para que puedas enseñarme tu hacha.

—Me gano la vida vendiendo software.

—También Jack el Destripador.

—¡No es cierto!

—Oye —suspiró la mujer—, puede que seas un muchacho encantador, de hecho, pareces un muchacho encantador, pero no puedo arriesgarme. Mis hijos no serían capaces ni de recordar qué llevaba puesto para poder comunicárselo a la policía. Y en todas las fotografías recientes que tengo de mí salgo con papada. No puedo permitir que las vayan pegando por las farolas de la ciudad. Así que arreando, hijo.

Mierda.

Abatido, Matt se alejó. Su Acto Amable del día era para él una cruz. Se pasaba el día pinchándole como una pestaña atrapada en el ojo. Y los días transcurrían tan deprisa que tenía la sensación de que en cuanto había conseguido hacer su AA del día, ya había amanecido y era hora de hacer otro. Y pobre de él que llegara por la noche a casa sin haber Actuado Amablemente Al Menos Una Vez Durante El Día. Era incapaz de mentirle a Maeve, y el sentimiento de culpa le obligaba a salir nuevamente al mundo, impidiéndole regresar hasta haber cumplido con su deber.

Ser amable era más difícil de lo que parecía. Estaban todas esas malditas normas (de Maeve). Comprar la revista social *Big Issues* no contaba: era demasiado fácil. Echar dinero a un músico callejero tampoco, a menos que le dieras conversación, elogiaras su actuación, pidieras una canción y te quedaras a escucharla mientras dabas muestras de aprobación (llevar el ritmo con el pie o la cabeza era aceptable; si te obligabas a bailar te estabas pasando, y los excesos no te eximían de tu Acto Amable del día siguiente).

El AA debía tener un coste emocional. Tenía que ser algo que realmente no desearas hacer.

Sin embargo, acudir al trabajo no contaba. Curiosamente, a Matt le gustaba su trabajo en Edios (Easy Does It Office Systems). (Había dejado Goliath hacía ya un tiempo.) Pero ese asunto con el Bank of British Columbia lo llevaba de cabeza. Reconoció que la culpa, en cierto modo, era suya. El banco se había mostrado plenamente satisfecho con su viejo sistema de software. Plenamente satisfecho hasta que Matt había empezado a acosarlos para que cambiaran a Edios. ¿Qué otra cosa podía hacer? Su trabajo era conseguir clientes. Había telefoneado a la oficina irlandesa del banco y cuando rechazaron su propuesta, se sacudió el polvo y siguió llamando, hasta que la gente de adquisiciones, harta de oírlo, aceptó reunirse con él. Matt sonrió triunfante. Un encuentro cara a cara podría parecer tan solo el comienzo de un proceso pero, en lo que a él respectaba, era como un acuerdo firmado. Eso no significaba que fuera pan comido. El esfuerzo que Matt tenía que echarle era enorme, como hacer virar un crucero gigantesco sin ayuda de nadie. Las cantidades de simpatía que había derrochado a lo largo de los años vendiendo software habrían llevado la paz a Oriente Próximo. Además, estaba acostumbrado a salirse con la suya.

Pero el Bank of British Columbia le estaba dando muchos quebraderos de cabeza. A lo largo de los últimos ocho meses habían coqueteado y bromeado y disfrutado de innumerables salidas a costa de Edios: una cena de siete horas en uno de los restaurantes más caros de Dublín, el estreno de una película, un día en las carreras. Ahora estaban hablando de obtener entradas para Wimbledon —las entradas de Wimbledon eran prácticamente imposibles de conseguir— y todavía no habían mostrado indicios de que fueran a comprar el sistema. Matt conocía los nombres de todas las esposas, novias, hijos y perros de todo el mundo pero, algo inusual en él, seguía sin intuir hacia dónde pensaban decantarse.

El banco había solicitado otra reunión para esa mañana y Matt no alcanzaba a entender por qué. Él y su equipo habían realizado cinco presentaciones brillantes: cada duda y cada pregunta habían sido aclaradas satisfactoriamente. Matt había devuelto personalmente llamadas, a todas horas del día y de la noche, para prometer la luna en cuanto a modificaciones, seguridad y rapidez en la aplicación. ¿Qué más podían querer?

Entradas para la pista central, seguro.

Pensó amargamente en el asunto durante cuatro segundos hasta que la radio atrajo su atención. (Pensar amargamente no formaba parte de su naturaleza y no podía hacerlo durante mucho tiempo.) Trozos de hielo habían empezado a caer misteriosamente del cielo por toda Europa. Uno, del tamaño de un sillón, había reventado el parabrisas de un coche aparcado en Madrid. Una semana más tarde, otro igual de grande había atravesado el tejado de una casa en Ámsterdam, y tan solo un día después había caído otro en Berlín, derribando de su pedestal la estatua de un militar. Varios expertos se habían reunido para estudiar el fenómeno pero, hasta la fecha, nadie podía decir con exactitud qué estaba generando esos pedazos de hielo. O dónde podría aterrizar el siguiente.

Matt escuchaba con regocijo. Le gustaban esa clase de noticias. Como cuando hablaban de aterrizajes de alienígenas.

Estaba tan absorto en la historia que no se percató de que había pillado dos semáforos en verde seguidos. Tres. No se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo hasta que el cuarto disco se puso verde. ¡Cuatro semáforos verdes seguidos! ¡En hora punta! ¿Podía contar eso como una de las Tres

Bendiciones del día? No creía que Maeve fuera a aceptarlo; si no aceptaba como bendición un hueco para aparcar justo delante de casa, difícilmente aprobaría cuatro semáforos verdes seguidos. Él, no obstante, lo sentía como una bendición.

Por un momento pensó en el inesperado giro que había dado su vida, con Actos Amables, Tríos de Bendiciones y demás. Todo debido a Maeve, a que su calderilla saliera rodando por el suelo del Dart cuatro años y tres meses atrás y pensara: «Diantre, estoy enamorado. Y no de mi novia.»

Se esforzaba por hacer ver que no estaba ocurriendo. No podía estar enamorado de Maeve porque él y Natalie formaban una pareja perfecta. Natalie, con su cuello elegante, sus bellos ojos castaños y su ingenio. Llevaban saliendo casi un año, pero Maeve ocupaba cada vez más espacio en su cabeza. Era su primer pensamiento de la mañana, y cada día, a todas horas, lo atormentaban voces espectrales que le decían: «Estás llevando la vida equivocada.»

Estaba tan asustado que perdió por completo el apetito. Nunca había tenido que tomar una decisión tan adulta, una decisión que inevitablemente haría daño a Natalie, que causaría trastorno y angustia.

Y de pronto fue consciente de la historia de amor entre Maeve y David. Una vigilancia estrecha le dijo que estaban juntos. ¿Quería Maeve a David? Matt llegó a la conclusión de que probablemente sí, porque no era la clase de persona que jugaba con los sentimientos de la gente. Pero aunque Maeve no quisiera a David, seguro que no había un solo hombre en la tierra que no deseara estar con ella. Tendría que competir con todos ellos y estaba dispuesto a hacerlo. No obstante, una chica tan maravillosa como Maeve probablemente miraba con desprecio sus trajes, su coche y su estilo de vida nada galwayano. ¡Ni siquiera le habían echado gases lacrimógenos!

¿Y si no conseguía ganarse su corazón? ¿Cómo podría vivir?

Entonces su optimismo innato se impuso. Tenía tantas posibilidades de enamorar a Maeve como cualquier otro hombre. Era un buen tipo, nunca le había hecho daño a nadie a sabiendas y aunque nunca había sentido pasión por ninguna causa, probablemente era porque aún no había dado con la adecuada. ¡Delfines! Le gustaban los delfines. Quizá debería comprarse una camiseta de Salvemos a los Delfines y ponérsela para ir a trabajar. A menos que... estuviera en un error y los delfines no se hallaran en peligro de

extinción. Bueno, seguro que algo lo estaba. Las tortugas, quizá... He ahí la clase de problema a la que te enfrentabas cuando intentabas ser quien no eras. Él era Matt Geary, un buen tipo. Tal vez a Maeve le bastara con eso. Además, siempre podría cambiar un poco, encontrar un término medio. Como... como el caso de Brad Pitt, que de un día para otro pasó de chico guapo y superficial que hacía ridículas dietas con Jennifer Aniston a hombre encomiable que adoptaba niños a diestro y siniestro con la adorable Angelina del brazo.

Matt procedió con suma discreción a reunir información sobre Maeve. Era hija única, descubrió. Llegó a este mundo tarde, cuando sus padres pensaban que ya no les caería esa bendición. Tenía un aprobado justo en Económicas por la Universidad de Galway. Después de la universidad se fue a Australia —con un novio— y vivió en Melbourne dos años, hasta que le expiró el visado. Luego pasó un año viajando por Asia y Sudamérica —sin el novio; estaba claro que habían roto— antes de regresar a Irlanda y entrar a trabajar en Goliath.

Matt fue juntando esas pequeñas gemas de información sobre Maeve, siempre ávido de más, hasta que recuperó el juicio. ¿Qué demonios estaba haciendo?

Intentó convencerse de que debía volver a ser el que había sido antes del fatídico trayecto en el Dart. Vivía atormentado, tan obsesionado y angustiado que le sorprendía que nadie lo hubiera notado.

Había momentos en que sabía con certeza que él y Natalie ya no tenían nada que hacer y otros en que estaba convencido de que su relación era sólida y que irse a vivir juntos era solo cuestión de tiempo.

A fin de hacer menos doloroso el distanciamiento, Matt trató de encontrarle defectos a Natalie, pero solo se le ocurría que se depilaba las cejas en exceso. A veces tenía gotitas de sangre en el hueso de la cuenca. ¿Qué clase de mujer era capaz de hacerse algo así? ¿Qué clase de mujer era capaz de automutilarse?

Diez días después de su primer presentimiento, estaba tumbado en la cama de Natalie, viéndola prepararse para salir.

Natalie se puso unos tejanos y se observó en el espejo, pero lo que vio, al parecer, no le gustó, porque se los quitó y se puso otros. Tampoco estos obtuvieron su aprobación, de modo que probó con otros. Al rato también estos descansaban en el suelo, hasta que finalmente Matt preguntó:

—¿Cuántos tejanos tienes?

—No lo sé.

Si no lo sabía significaba que eran demasiados.

—Más o menos —le insistió—. ¿Cinco?

—Más.

—¿Diez?

—Más.

—¿Más?

Natalie se detuvo para hacer un cálculo mental.

—Unos dieciséis —concluyó—. Pero, como es lógico, no me los pongo todos.

—¿Lógico?

—Porque el acampanado ya no se lleva. No volveré a ponérmelos. Debería regalárselos a Oxfam.

—Pensaba que el acampanado había vuelto.

—Es un acampanado diferente.

—¿Cuántos tejanos crees que tiene Maeve? —preguntó Matt. Era una pregunta osada. ¿Se preguntaría Natalie a qué venía que le hablara de Maeve?

Pero Nat también se había enamorado de Maeve, le parecía una cucada, y Matt tuvo un momento de delirio en que se preguntó si los tres podrían vivir juntos.

—¿Maeve? No sé. ¿Dos?

Dos. Sí, el número idóneo de tejanos para un ser humano. Te pones unos mientras los otros se lavan. Todo lo que pasara de dos era grotesco, un consumo desenfrenado. Entonces Matt recordó que él tenía por lo menos seis. Pero todo eso cambiaría, se juró en silencio, todo eso cambiaría cuando... ¡No! No, no podía pensar eso. No iba a ocurrir. Nada iba a cambiar. Él y Natalie estarían siempre juntos.

Natalie estaba lista. Se detuvo delante de Matt con sus piernas de kilómetro y su exquisito cuello, luciendo uno de sus dieciséis tejanos.

—Estás preciosa —dijo Matt.

Pero con una punzada de temor, comprendió que no era suficiente.

OceanofPDF.com

Día 60...

Katie se despertó a las 5:35 en la cama escandalosamente confortable de Conall cuando Conall se inclinó para darle un beso de despedida. Iba afeitado, trajeado y perfumado con algo penetrante y cítrico.

—Te llamaré —dijo.

—Vale —farfulló ella, sumergiéndose de nuevo en un profundo sueño.

Se había tomado el día libre. No por enfermedad, como cuando llamaba poniendo voz rasposa y decía, «Creo que tengo una intoxicación», sino uno de sus días para asuntos propios que se había reservado con antelación porque quería poder beber cuanto quisiera en su cena de cumpleaños sin tener que preocuparse de que al día siguiente tenía que ir a trabajar hecha polvo y combatiendo el deseo de vomitar. Naturalmente, en un mundo ideal nadie celebraría su cumpleaños un lunes por la noche —para más inri, no cumplía años hasta el viernes— pero había tenido que ser el lunes porque Conall se marchaba a Helsinki esa misma mañana para recortar empleos y sembrar el pánico en los corazones de algunos desafortunados fineses, como había hecho en Apex Entertainment Ireland diez meses antes...

Al día siguiente de que Katie vislumbrara que su crisis representaba una oportunidad para ir a la India, Danno la recibió en la oficina diciendo:

—La noche de los cuchillos largos. La mitad de Ventas ha sido despedida. He oído que Verdugo Hathaway ha vendido las mesas en eBay durante la noche.

—¿Cuánto de eso es verdad? —preguntó Katie. Estaba más preocupada por sacar a los Knight Ryders de Irlanda. Una vez que cruzaran al espacio aéreo alemán ya no serían su responsabilidad.

—Ha despedido a cinco de Ventas —respondió Danno, algo enfurruñado.

Katie consultó su correo electrónico: el avión que debía trasladar al grupo a Alemania ya había aterrizado en el aeropuerto de Dublín...

—¿De cuántos?

—Treinta y siete.

... Lila-May estaba en el Four Seasons recogiendo a Elijah y los chicos...

—¿A eso lo llamas la mitad? —No obstante, Katie sintió un escalofrío. Estaban despidiendo a gente. Estaba ocurriendo—. ¿De verdad que ha vendido las mesas?

—Lo que oyes. —Danno opinaba que si te pillaban mintiendo, nunca debías dar marcha atrás—. Le dieron quince euros por el lote. Las compró una empresa española que fabrica trenes de madera. De juguete. Y casas de muñecas. Y...

El teléfono sonó y Katie tuvo un mal presentimiento. No debería atender esa llamada. Le arruinaría la vida.

Era Lila-May.

—Elijah Knight está *missing*.

Lo primero que pensó Katie fue: «¿Me echarán la culpa a mí?» Luego pensó: «Qué más da, me van a despedir de todos modos.»

Puede que Elijah hubiera salido a comprar calcetines, pero lo dudaba. Y más lo dudó cuando Lila-May le dijo:

—Golpeó al vigilante en la cabeza con el tacón de su bota de cowboy y echó a correr. El hombre necesitará puntos.

Katie se frotó los ojos. Las leyendas vivientes daban mucho trabajo.

—Bien, haz que registren todo el hotel. Busca en todos los bares. —Colgó y anunció—: Que todo el mundo deje lo que esté haciendo. Elijah se ha fugado.

Gritos de consternación inundaron el aire, algunos procedentes del personal de Marketing, lo cual era todo un detalle, pues era un problema de RRPP.

Danno agarró un rotulador negro y empezó a inhalarlo discretamente, preparándose para el drama que se avecinaba.

—¡George! —dijo Katie—. Telefonea a todos los periodistas que conozcas, a todos los contactos que tengas en las secciones de chismorreos y comprueba si ha llamado alguien comunicando que lo ha visto.

(La vibración de George era banal e insustancial; tan solo un acerado filón de mala uva impedía que se disolviera en la nada. Era muy popular entre los periodistas, que lo tenían por un auténtico sabueso del chismorreos.)

—¿No deberíamos ser discretos? —preguntó, nerviosa, Audrey.

—No hay tiempo. —Pese a su estado de pánico, Katie advirtió que un hombre, por fuerza el magro y ávido Bárbaro, había irrumpido en la oficina —. Dad la voz, así lo encontraremos antes.

Se había acercado a su mesa.

—Soy Conall Hathaway —dijo—. ¿Y usted?

—Katie Richmond.

Asintió con la cabeza como si estuviera archivando el dato para cuando necesitara despedirla, no pudo evitar pensar Katie.

—¿Qué sucede? —Barrió la habitación con el brazo. El pánico casi podía palparse.

—Hemos perdido a un solista. Elijah Knight. —Con un sarcasmo impropio de ella, añadió—: Está con los Knight Ryders, un grupo de rock que ha firmado con Apex...

—Sé quiénes son.

El teléfono de Katie sonó, interrumpiendo la conversación. Era el mánager de la gira, que quería saber cuánto tiempo debía retener el avión. Katie se estrujó la frente con fuerza, buscando la decisión más acertada. ¿Quedarse o marcharse? ¿Marcharse o quedarse? El equipo necesitaba al menos cinco horas para montar el escenario. Pero ¿de qué servía un escenario sin un cantante? Por otro lado, ¿de qué servía un cantante sin un escenario?

—¿Katie...?

—Marchaos. —El temor a estar tomando la decisión equivocada le encogió el estómago—. Lleva el equipo a Berlín. Necesitan tiempo para montar el escenario para esta noche. Si no puedo conseguirle a Elijah un vuelo para más tarde, le buscaré un avión privado.

«Yo he dado la orden de que el avión de Elijah despegue sin él. ¿Y si no puedo conseguirle otro vuelo? La situación será lo bastante embarazosa para que aparezca en la prensa.»

Conall Hathaway seguía allí, con la mirada fría. Estaba contemplando la taza de Katie, planeando venderla a eBay, seguro. Katie la rodeó con un brazo protector.

«Odio mi trabajo. Odio esta angustia. Odio que las consecuencias de mis decisiones afecten a tanta gente.»

—Si ha venido para despedirme —le dijo a Conall, demasiado asustada para ser prudente—, tendrá que esperar. —Como si fuera un chucho fiel,

llamó a Danno con un silbido—. Tú. Aquí. Conmigo. Y tú también, Audrey.
—A Conall Hathaway le dijo—: Porque me marcho a buscar a Elijah.

—¿Qué ocurrirá si no aparece?

—Tiene que aparecer. El grupo ha de tocar esta noche en Berlín ante ochenta mil personas. —¡Señor, solo de pensarlo!

—¿Dónde pensáis buscar?

—Empezaremos por los pubs.

—¿Y si no está allí?

—Siempre nos quedarán las damas de la noche...

—¿Y si no está con ellas?

—Supongo que... supongo que... —Katie miró al vacío y empezó a sentir el peso de su noche en vela, su agotamiento, su conexión crisis/oportunidad, y se oyó decir—: Supongo que esta noche Berlín tendrá que conformarse con una versión instrumental. Los admiradores probablemente la armarán, ochenta mil sueños se harán añicos, se perderán millones de euros...

—¿Y?

—Y... —Se encogió de hombros y sonrió aliviada, porque por un momento lo vio todo clarísimo—. Y supongo que un día todos estaremos muertos y nada de esto importará.

Al final todo salió bien. Siguiendo el chivatazo de un servicial miembro del público, encontraron a Elijah, beodo y nostálgico, en un reservado de Neary's. Katie y Danno lo metieron en un avión, volaron con él hasta Berlín, lo dejaron con la relaciones públicas alemana y regresaron a Dublín. Elijah cantó como siempre y nadie salió perjudicado. Pero un día después, réplicas del descalabro seguían sacudiendo a Katie. ¿Y si no hubieran encontrado a Elijah? O, ¿y si hubiera estado demasiado borracho para actuar? Aunque si iban a despedirla de todos modos, ¿qué importaba? A la hora de comer, buscando consuelo, decidió entrar en la papelería del barrio. Le gustaba mirar los bolígrafos y las libretas, sentía que sus bellos colores tenían un efecto sanador en su magullada alma. Tropezó con un diario que tenía mariquitas secas pegadas en las hojas. Precioso. Debía reconocer que las hojas tenían demasiados bultos para resultar útiles, pero no le importó, le gustaba, iba a comprárselo y... ¡Ostras! Merodeando por los Post-its de colores mientras, desganadamente, se llevaba una onza tras

otra de chocolate con pasas a la boca, estaba nada menos que Verdugo Hathaway.

¿Por qué había tenido que ir a su santuario?

Instintivamente, empezó a retroceder. Se metería en una farmacia; le gustaban tanto como las papelerías. Podía pasarse horas mirando las tiritas, los remedios homeopáticos y las gomas de pelo. Las farmacias eran una cornucopia de placeres, una influencia beneficosa, un faro de luz en un mundo generalmente oscuro... ¡Demasiado tarde! ¡Conall Hathaway la había visto! Sus miradas se cruzaron, él hizo una pelota con el envoltorio de la chocolatina y se limpió rápidamente la boca con el dorso de la mano.

—Hola, Katie. —La nuez le saltó al forzar el último trozo de chocolatina por el esófago—. ¿Cómo estás?

—Bien. —Se hizo el silencio y con la diplomacia innata de quien trabaja de relaciones públicas, Katie preguntó—: ¿Cómo va todo?

Conall se encogió de hombros.

—Digamos que no soy el hombre más popular de Apex.

«¡Menudo sinvergüenza!» Pero qué... ¿cuál era la palabra? Sí, la tenía. Falso.

Katie lo miró impasible y pensó para sí: «Eres un falso. Aquí estoy, mirándote y pensando que eres un falso, pero no puedes saberlo. Probablemente me pondrás de patitas en la calle pero puedo seguir pensando que eres un falso y no hay nada, jo, jo, nada que puedas hacer al respecto.»

Era una sensación muy agradable. Tanto que dijo:

—Tal vez deberías haberte dedicado a otra cosa. —Se explicó con mayor detalle—. Si es amor lo que buscas. —«¿Realmente he dicho eso?» Para su mayor asombro, añadió—: Al sacerdocio, quizá.

La India, pensó, contemplando el rostro estupefacto de Conall. La India. Nada de lo que él pudiera hacer podía perjudicarla. Lo peor que podía hacerle era despedirla, y entonces se largaría a la India. Donde alcanzaría la iluminación. Y donde, con suerte, pillaría una infección de tracto intestinal debido al agua que le haría perder un montón de kilos. No tenía que ser un montón, montón. Con cuatro se daría por satisfecha; de hecho, estaría encantada. Su gran problema era la comida; ojalá no le gustara tanto comer. Pero la India se encargaría de solucionar eso. La India, pensó. La India.

—¿El sacerdocio? —preguntó Conall.

—O quizá un médico que cura la ceguera —sugirió Katie—. Seguro que reciben mucho amor.

Conall observó a Katie salir de la papelería admirablemente erguida sobre sus tacones de diez centímetros. Una chica sorprendente. Bueno, en realidad ya no era una chica, se dijo. Era mayor que las mujeres con las que habitualmente salía; lo había leído todo sobre Katie en su historial, de modo que estaba al tanto de su salario, su dirección y su edad: treinta y nueve. Pero él tenía cuarenta y dos y quizá le había llegado la hora de tener una novia que no fuera una década más joven que él, alguien que compartiera sus referencias culturales, que recordara a David Bowie en su primera época. Y en la segunda.

Conall Hathaway estaba profundamente cautivado. Fue ese comentario que había hecho Katie el día anterior: «Un día todos estaremos muertos y nada de esto importará.» Por un momento había abierto una brecha a una forma de pensar completamente diferente. Él vivía concentrado en su trabajo, en las brutales decisiones que tenía que tomar, pero de repente esa angustia había disminuido y veía su vida como algo intrascendente, sus decisiones como algo absurdo, y le sorprendía lo libre que se sentía. Le intrigaba la originalidad de Katie, su coraje y, sobre todo, su sabiduría. Más impresionado aún lo tenía el hecho de que se hubiera reído de él, de su patente trastorno.

Conall ignoraba que la verdad era mucho, pero que mucho más compleja. Para empezar, las vibraciones del corazón de Conall y del de Katie estaban en sintonía. Además, la forma del rostro de Katie —la amplia separación de los ojos y su encantador mentón afilado— despertaban en el subconsciente de Conall el vago recuerdo de la maestra de la que se había prendado a la tierna edad de cinco años. A esta mezcla incendiaria se sumaba un cautivador olor a petróleo —del rotulador negro de Danno— que remontaba a Conall a sus ilícitos y emocionantes años de adolescencia. Y Conall, cómo no, había reparado en el generoso busto de Katie, contenido bajo una ceñida rebeca de cachemir abotonada hasta arriba que, en una deliciosa, delirante

contradicción, le daba un aire maternal y, al mismo tiempo, nada, nada maternal.

¿Qué podía hacer?, se preguntó, mirando una caja de chinchetas de colores torvamente, como si acabaran de pedorrearse. No podía invitarla a salir y luego despedirla. O despedirla y luego invitarla a salir. Otra opción, lógicamente, sería no despedirla, pero no estaba seguro de poder justificar algo así.

Se hallaba en una situación tremendamente delicada. Generalmente, cuando quería algo, lo obtenía. «Soy Conall Hathaway y siempre consigo lo que quiero», pensó.

Desconsolado, cogió un taco de Post-its rojos con forma de corazón y se dirigió a la caja.

OceanofPDF.com

Día 60...

En el parque, Rencor soñaba con ser saltador de obstáculos. Pegaba brincos largos y elevados, salvando obstáculos invisibles, mientras Jemima, sentada en un banco, inhalaba el aire oxigenado y vigorizante de la mañana. Rencor saltaba y planeaba con sus largas orejas de asno pegadas a la cabeza y el largo pelaje gris ondeando al viento... Un hombre tomó asiento junto a Jemima y observó las piruetas de Rencor con un interés rayano en la fascinación.

—Mire qué perro —dijo.

—Es mío, y lo quiero mucho —se apresuró a replicar Jemima para evitar que el hombre los abochornara a los dos diciendo: «¿No es la cosa más delirante que ha visto en su vida?»

—Tiene una energía inagotable, de eso no hay duda... Esto... ¿de qué raza es?

—En la perrera me dijeron que era un cocker spaniel.

—¿Un spaniel? ¿No es un poco alto para un spaniel?

—... Cruzado con un pastor escocés...

—Me encantan los pastores escoceses. Tienen un temperamento estable.

—... con una pizca de fox terrier...

—¿Fox terrier? Ahora que lo dice... —El hombre afiló la mirada—... sí tiene algo de...

—... y me contaron que uno de sus abuelos era un perro lobo irlandés.

—Perros patrióticos.

Jemima se levantó y silbó.

—Debemos irnos —le dijo al hombre—. Mi hijo Fionn viene a pasar unos días con nosotros y me gustaría poner un poco de orden en la casa.

En realidad no necesitaba volver a casa, únicamente deseaba un pretexto para poder decir esas deliciosas palabras: «Mi hijo viene a pasar unos días con nosotros».

—Es jardinero. —No podía evitarlo, sencillamente rezumaba orgullo—. Y acaban de darle un programa en la tele. En principio seis semanas, pero si despeg... —Sí, pensó para sí, casi seguro que Fionn habría utilizado la palabra «despegar»—. Si despeg, tal vez lo alarguen.

—Qué bien.

—Vive en Monaghan, pero se quedará en mi casa durante la grabación. Le ofrecieron alojarse en un hotel, pero dijo que prefería quedarse conmigo.

—Qué bien. —El hombre se removió ligeramente.

—En el mercado faltan... de hecho, debería decir que apenas hay, buenos programas de jardinería. He llevado a cabo un estudio y cuesta creer lo mucho que escasean. Anoche tuve la desgracia de ver algo presentado por un tal Monty Don y, francamente, no decía más que tonterías...

—¿Monty Don? ¡Pero si es fantástico!

—Apenas profundiza, ¿no le parece?

—Es un jardinero que hace programas de jardinería sobre jardines. ¿Cuán profundo debería ser?

—El programa de mi hijo ofrecerá mucho más. «Un sistema completo de apoyo para nuestro estilo de vida del siglo XXI» —citó directamente de la presentación que Fionn le había enviado—. «Cada vez vivimos más deprisa, pero sentimos la necesidad de volver a la tierra. Las palabras del momento son: "¡Fresco! ¡Ecológico! ¡Cultiva tu propio huerto!".»

—Me rindo. —El hombre se levantó.

—Se titula *Tu edén privado* —gritó Jemima mientras el tipo se alejaba con paso presto—. Consulte el Canal 8, saldrá muy pronto.

OceanofPDF.com

Día 60...

El trayecto de Maeve hasta el trabajo estaba tan plagado de peligros que se podrían vender entradas para verlo. Era más temeraria y osada, si cabía, que cuatro años y medio atrás, cuando Matt reparó por primera vez en el pompón naranja de su gorro sorteando el tráfico. Ahora pasaba como un rayo por estrechos cañones formados por autobuses y camiones, trazaba complicados zigzags entre coches con los morros prácticamente pegados y —lo más impresionante de todo— se saltaba los semáforos en rojo a toda velocidad y se abría milagrosamente paso entre los conductores sobresaltados que avanzaban hacia ella a izquierda y derecha. Un ejercicio cargado de adrenalina que parecía contradecirse con su dulce y relajante despertador.

Ya no trabajaba en una compañía de software sino en el departamento de Reservas de Emerald, una pequeña cadena hotelera. El personal administrativo de Emerald estaba ubicado en el sótano del hotel insignia, el Isle. Maeve cruzó la larga oficina sonriendo y saludando con la cabeza y llegó a su mesa, que estaba justo al fondo.

Encendió su ordenador, cogió la bandeja de asuntos pendientes y se puso a trabajar de inmediato. A su alrededor, sus numerosos colegas hablaban de lo que habían cenado la noche anterior, pero Maeve mantenía los ojos fijos en la pantalla y tecleaba diligentemente.

Daba la impresión no solo de trabajar en el departamento de Reservas, sino de ser el departamento de Reservas. Ella y solo ella. Sus compañeros, unos veinte aproximadamente, estaban en Nóminas, Adquisiciones y Entrada y salida de mercancías, de modo que Maeve raras veces necesitaba detenerse en la mesa de otro para decirle cosas como: «¿Ves esta reserva? ¿Puedes conseguir las cuatro motos de nieve que piden?» Pero tampoco se prestaba a charlar demasiado con los compañeros. Era siempre muy amable, no se malinterpretaba, pero se mostraba reservada, lo que no dejaba de sorprender. Como también sorprendía la simplicidad de su trabajo; francamente, hasta un mono bien entrenado habría podido hacerlo, y no era en absoluto la clase de trabajo que se esperaría de una mujer con su encanto y talento. ¿Qué había sido de aquellos días gloriosos en Goliath, cuando se mostró tan competente que su período de formación terminó dos semanas antes de lo previsto? A lo mejor el ambiente después de que Matt dejara a la

adorable Natalie por Maeve se había enrarecido tanto que prefirieron irse a trabajar a otro lado, y dado el actual clima económico esto era lo mejor que había encontrado.

Maeve estuvo toda la mañana asignando suites de no fumadores y habitaciones dobles con camas separadas. Su tarea le producía cierto orgullo: la gente visitaba ciudades desconocidas y encontraba una cama aguardándole porque Maeve hacía eso posible.

A la una en punto dejó su cubículo y entró en una cafetería cercana, donde fue recibida cariñosamente por la mujer maternal que atendía la barra.

—Hola, Maeve. ¿Qué te pongo?

—Hola, Doreen. Bocado de ensalada...

—... de jamón, pan integral, sin mostaza. Bolsa de patatas fritas naturales y una lata de Fanta. No sé por qué me molestó en preguntar.

—Un día te sorprenderé —dijo Maeve.

—No lo hagas, podría darme un infarto. Ya hay suficiente incertidumbre en la vida. Me gusta así.

Cargada con su almuerzo, Maeve se sentó en los escalones del Central Bank, al sol, y procedió a escudriñar el enjambre de turistas y compradores en busca de una oportunidad para llevar a cabo su Acto Amable del día. ¿Tenía razón al pensar que en los meses más fríos resultaba más fácil?, se preguntó. Había comenzado en marzo, un mes en que la gente aún arrastraba complementos fáciles de perder como guantes, bufandas y gorros, y cuanto Maeve tenía que hacer era recoger la prenda extraviada, correr tras la persona y recibir sus palabras de agradecimiento. Por otro lado, el verano había llevado turistas, pobres extranjeros desconcertados con el ilógico sistema de calles dublinés, y en las últimas semanas su buena obra diaria le había caído muchas veces como llovizna del cielo cuando algún italiano o estadounidense perplejo se le acercaba pidiendo indicaciones. Maeve se esforzaba por que los visitantes supieran exactamente adónde iban y a veces hasta los acompañaba parte del camino. Pero ese día la cosa estaba floja. No había nadie consultando mapas con cara de no entender nada, nadie necesitaba ayuda para subir un cochecito por los escalones, nadie necesitaba que le dejaran urgentemente un teléfono. Eran las dos menos diez, casi la hora de regresar al trabajo, y todavía no había encontrado una persona con la que ser amable cuando —¡ajá!— vislumbró una oportunidad. Una pareja joven, sin duda turistas. La chica

estaba junto a un buzón verde de estilo muy irlandés y el chico le estaba haciendo una foto.

Maeve se levantó de un salto. No quería hacer algo así, nunca había querido hacerlo, pero seguro que después se sentiría mejor. Se interpuso en su línea de visión y se obligó a sonreír.

—¿Queréis que os haga una foto juntos al lado del buzón?

La pareja la miró atónita. A lo mejor no entendían el inglés.

—¿Franceses? —preguntó—. *Voulez-vous...*

—Somos americanos —dijo la chica.

—Entonces, ¿os gustaría una foto juntos al lado... hum... del buzón?

—Eh... —dijo el muchacho, sujetando su cámara con gesto protector.

Maeve captó el problema.

—Oye, que no voy a robarte la cámara. Toma. —Tendió su bolso a la chica—. Cógelo como prenda. —La chica se negó—. Por favor —dijo Maeve—. Solo quiero ayudar.

—¿Se trata de eso de los actos amables hechos al azar? —preguntó la chica.

—¡Exacto! —El rostro de Maeve se iluminó.

—No pasa nada —dijo la chica al chico—. Dale la cámara.

Maeve hizo varias fotos y la pareja se mostró encantadora y agradecida y dijo que Maeve era «muy sólida» y «Si alguna vez visitas Seattle...».

—¿Me haréis una foto a mí y a mi marido?

—¡Claro!

En general, se sentía bastante mejor. El problema era que el libro que recomendaba esta práctica diaria —uno de esos libros de autoayuda— no tenía en cuenta el hecho de que los receptores del acto amable de Maeve no siempre se mostraban agradecidos. Muchas veces la trataban con desconcierto, desconfianza o incluso displicencia. La semana anterior, sin ir más lejos, se había pasado veinte minutos de su hora del almuerzo transportando una papelería Brabantia —no muy pesada pero incómoda de llevar— entre la multitud, nada menos que desde la calle Abbey hasta la estación del Dart de la calle Tara, y la mujer, la desconocida elegida al azar y dueña de la papelería, se molestó porque Maeve se negó a subirse al Dart con ella para ayudarla a transportar la papelería hasta su casa.

Pero hoy era un buen día. Se preguntó cómo le iría a Matt con su AA. Seguro que tenía que ver con el coche, cosas como ceder el paso a un conductor que salía de una calle secundaria. Siempre era esa clase de actos.

En muchos aspectos, ella y Matt eran tan diferentes que le costaba creer que hubieran terminado juntos. Pero siempre había sentido por él una enorme ternura y todavía podía señalar el momento exacto en que empezó a enamorarse de él...

Ocurrió algo más de cuatro años atrás, una noche de sábado del mes de abril. Maeve estaba hecha un ovillo en la cama de David, medio adormilada, cuando de repente pegó un salto. Agarró la muñeca de David para mirar la hora.

—Ostras, David, son las ocho y media. ¡Arriba! ¿Quién se ducha primero?

—Espera. —David restó importancia a su agitación—. Relájate.

—¡Pero los demás nos estarán esperando! Si no nos ponemos en marcha ya, nos perderemos la actuación.

—Tranqui —dijo él, mirándola fijamente a los ojos, y Maeve sintió que recuperaba la calma—. Tranqui —repitió él—. No pasará nada por cinco o diez minutos.

—Vale —dijo Maeve, dejando ir su inquietud en un largo suspiro.

—Vale.

David y Maeve. Maeve y David. En cierto modo, Goliath era como una gran agencia de citas. Tenía más de doscientos empleados, la mayoría menores de treinta años, y solían moverse en grupos grandes, haciendo cosas galwayanas como ir a conciertos, festivales y actos solidarios. Si te gustaba alguien te asegurabas de acabar en su grupo. Pasabas de las citas formales, como cenas para dos, al menos entre los subordinados. Naturalmente, era diferente para los de dirección; los jefes de equipo como Matt y Nat eran otra especie, les iban las minivacaciones en hoteles rurales, masajes en pareja, servicio de habitaciones, todas esas historias. Pero nadie juzgaba a nadie; cada cual se dedicaba a lo suyo.

Al poco tiempo de iniciar su formación en Goliath, Maeve se dio cuenta de que sus colegas tenían un espíritu muy solidario. Casi antes de saber dónde estaba la máquina del café ya era miembro de un comité para organizar una comedia en beneficio de los sin techo. David era el impulsor del proyecto. Junto con los demás voluntarios, convenció a varios humoristas de renombre de que hicieran un número —renunciando a toda remuneración, naturalmente— para el personal de Goliath. Todo lo

recaudado tendría un fin benéfico. A lo largo del mes que siguió, Maeve dedicó muchas de sus noches a ayudar a montar el evento y reparó en la atención que le prestaba David, la cual fue creciendo a medida que se acercaba el gran día. También advirtió que algunas de las chicas del comité estaban celosas del interés que David mostraba por ella, y no pudo evitar sentirse halagada. David era un hombre inteligente y con mucho mundo que no toleraba las injusticias y era un poco mayor que el resto, pero se había fijado en Maeve. El ex novio de Maeve, Harry, a quien había conocido en la Universidad de Galway y con quien había viajado a Australia, era simpático y todo eso, pero no impresionaba como David.

Finalmente llegó la gran noche y todo salió a pedir de boca gracias a la eficiente organización. Recaudaron miles de euros y después, cuando la juerga del comité hubo terminado, Maeve hizo lo que durante semanas supo que haría esa noche: irse a casa con David.

Y así empezaron a salir. Tenían mucho en común. Bicicletas. Cerveza. Grupos de música tuareg. *Boogie-boarding* en Clare. Hummus en la nevera. Novelas de Barbara Kingsolver. Tendencias altruistas. David era la persona más bondadosa y con más principios que Maeve había conocido en su vida.

—Me voy a la ducha —dijo Maeve.

Pero David la atrajo hacia sí y enredó un dedo en uno de sus rizos.

—No vayamos.

—¿Qué? ¿Adónde?

—Al concierto.

Maeve lo miró atónita.

—¿Qué haríamos entonces?

—Se me ocurren muchas cosas.

Habían pasado la tarde en la cama. Ella había tenido suficiente por el momento.

—Nunca he visto tocar a Fanfare Ciocarlia —repuso—. Quiero ir.

—Y yo quiero quedarme aquí contigo.

—Ya hemos pagado las entradas. —Seguro que eso funcionaba, pensó. David no era nada derrochador.

—Es solo dinero.

—Sí, pero...

—De acuerdo —suspiró David—. Prefieres estar con la gente con la que trabajas a estar conmigo.

—David... —Pero él ya se había levantado y puesto rumbo al cuarto de baño.

Y en el concierto —un grupo de músicos gitanos que interpretaban frenéticamente temas de James Bond con tubas— ¿a quién se encontró? ¡A Matt, nada menos! ¡Bailando como un loco con todos los demás! Fue toda una sorpresa, porque exceptuando las copas de los viernes al salir del trabajo, los jefes de equipo no acostumbraban a relacionarse con sus subordinados. Pero fue una sorpresa agradable, porque todo el mundo adoraba a Matt. Su equipo era el mejor. El trabajo era duro, sin duda, y muchas veces frustrante y estresante, pero como Matt estaba siempre contento y de buen humor, te reías.

—¡Matt! —gritó Maeve por encima del barullo—. No sabía que te gustara esta clase de música.

—Yo tampoco, pero es la bomba.

«¿La bomba?»

—¿Dónde está Nat?

—No ha venido. No le van estas cosas.

Bien hecho por haberse atrevido a ir sin ella, y lo que lo hacía aún más adorable era el hecho de que fuera... en fin, de que fuera tan pésimo bailarín. Se movía como un pato mareado y no temía que la gente se riera de él. Era enternecedor. Conmovida, Maeve pensó: «Matt...».

Esto de entrar y salir en sus baúles de los recuerdos... vaya, que lo hago pero en realidad no está bien. No puedo irrumpir sin más en sus pasados, buscar lo que quiero y luego salir, dejándolo todo como estaba. Ya he empezado a provocar reacciones, desasosiego, trastornos. Estoy penetrando en sus vidas, apareciendo en sus sueños, rondando en los márgenes de sus pensamientos. Durante los días y semanas siguientes, todos reconocerán que sentían que algo pasaba. Que lo sabían.

OceanofPDF.com

Día 60...

Fionn se hallaba a ciento cincuenta kilómetros de Dublín, en el territorio gris y pedregoso del condado de Monaghan, pero entre Jemima y él existía un cable conector tan fuerte que lo único que tenías que hacer era colgarte del cable como si fuera un teleférico y cruzar el éter. Vivía en una casita blanca, sobre un pequeño terreno pedregoso, a tres kilómetros de un pueblo llamado Pokey. Un lugar de una belleza desgarradora, extenuante. Una neblina baja envolvía la casa, pero el sol también brillaba con furia, tratando de contrarrestar la neblina, de modo que parecía que la casa tuviera una aureola.

¡Y hay que ver las vibraciones que desprendía ese hombre! Tan poderosas que tenían hasta colores: vetas doradas de encanto, una llaneza marrón chocolate y algo más... un filón mercurio, plateado, solo visible si no lo mirabas directamente.

Lo reconozco. No podía hacerle una lectura como es debido. Todavía no.

Pero sí puedo decirte esto: a su pelo no le iría mal un lavado. Y a los tejanos. Y a las encimeras de la cocina. No era un hombre sucio, no hasta ese punto, solo un tanto dejado. Por lo visto, Fionn desconfiaba de la higiene. En su subconsciente sospechaba que era un concepto artificial, un invento de Proctor & Gamble para empujar a la gente a comprar productos químicos innecesarios como Shake n'Vac. Unos cuantos gérmenes no hacían daño, solía decir. (Salvo, naturalmente, cuando lo hacían.)

Se estaba metiendo cucharadas de muesli en la boca mientras se ponía los calcetines y daba sorbos a una taza de té. Las dos y cinco y llegaba tarde al trabajo. Fionn tenía más clientes de los que podía atender; la mayoría eran mujeres desperdigadas por el municipio de Pokey como lucecitas rojas en un mapa.

Fionn vivía solo, no tenía más que echar un vistazo a su casa. Las sábanas eran de poliéster, las almohadas tan viejas que estaban prácticamente planas, y el sofá estaba hundido. Todo el mobiliario era funcional, pelado, casi triste.

Engulló la última cucharada de muesli, sostuvo el cuenco sobre su cara y lo volcó para apurar las últimas gotas de leche. Como broche de oro se limpió la leche de la barbilla con la manga. A renglón seguido se puso la

cazadora y unas botas Chelsea —elección muy poco práctica para un jardinero— y salió.

Una vez en el jardín avanzó por un surco enfangado, agarró un manojo de hojas verdes alargado y desenterró cinco orondas zanahorias. Todo el terreno que rodeaba la casa estaba dedicado al cultivo de hortalizas. Había tomates de invernadero, frambuesas en estacas y una extensa parcela de patatas. Sacudió la tierra, arrojó las zanahorias en el asiento del pasajero de su viejo coche (trece años) y puso rumbo al pueblo.

OceanofPDF.com

Día 60...

Katie durmió hasta el mediodía y se despertó sola en la magnífica cama de Conall del precioso dormitorio de Conall de la enorme casa de Conall. El mágico edredón, que parecía relleno de suavísimas nubes de azúcar, la envolvía con verdadero amor. «Todo va bien —le susurraba—, todo va bien.» La pared de enfrente, de un suave tono llamado gris ciruela, le sonrió. El techo la miraba benévolo desde las alturas, diciéndole: «Es un honor para mí hacerte de techo». Las cortinas de seda, largas y pesadas, crujían y le preguntaban en susurros si estaba preparada para recibir la brillante luz del día. Era una delicia de dormitorio. Cuando ella y Conall rompieran —como todo el mundo vaticinaba que ocurriría— sería una de las cosas que más echaría de menos.

Eso y las «dosis de sensualidad».

Todas las mujeres que Katie conocía (con excepción de su madre) ansiaban obtener una descripción detallada de la actuación de Conall entre sus sábanas increíblemente suaves.

—Buena —decía siempre Katie—. Agradable.

—¿Buena? ¿Agradable? ¿No fuera-de-este-mundo?

—Buena, agradable.

—Pero es tan guapo, tan poderoso, tan taciturno... Pensaba que sería alucinante.

—Al fin y al cabo... —Katie había ensayado un encogimiento de hombros maravillosamente despreocupado para acompañar su frase—... no es más que un hombre.

A nadie le gustaba oír eso. No obstante, en opinión de Katie, si todas las personas de su entorno le aconsejaban, con la mejor intención, que se protegiera de Conall, no tenían derecho a poner objeciones cuando lo hacía. (O por lo menos fingía hacerlo. Procuraba no dejarse arrollar por la fuerte personalidad y el enorme colchón de Conall, pero el sensualismo era el terreno donde se entregaba por completo. Tenía treinta y nueve años —vale, casi cuarenta— y estaba en su mejor momento sexual.)

En el rellano sus pies descalzos notaron la rugosidad del parquet sin pulir, y las polvorientas paredes parecían heridas abiertas. Un fin de semana

que estaba aburrido, Conall había decidido arrancar el papel de las paredes, pero cuando descubrió que había siete u ocho capas diferentes, abandonó la tarea. En el suelo del pasillo había cuadros apilados de cualquier manera y varias cajas de embalaje todavía por abrir. Con excepción del dormitorio y el cuarto de baño, la casa estaba exactamente como el día que Conall entró a vivir en ella, casi tres años atrás. El bello dormitorio era gentileza de la predecesora de Katie, una chica llamada Saffron que, sin duda, tenía un gusto exquisito; por desgracia, Conall rompió con ella antes de que pudiera meter mano en las demás estancias. (El cuarto de baño era obra de Kym, la chica anterior a Saffron, pero, en opinión de Katie, Kym no tenía tan buen gusto.)

La cocina era lo peor, un derroche de linóleo con un dibujo geométrico en naranjas y amarillos y módulos de color mostaza que se caían a pedazos. La mesa sin estrenar estaba cubierta de folletos de fabricantes alemanes de cocinas preciosas y elegantes, y muestras de mármoles, piedras y maderas que Conall había solicitado pero por las que aún no se había decidido. A veces la mirada de Katie se paseaba por ellas —sobre todo por el roble claro de lama ancha— y casi se retorció de anhelo y frustración. ¿Podría hacer maravillas con ese lugar! Bueno, en realidad cualquier persona con acceso al dinero de Conall podría.

Desvió la mirada de la bella madera porque estaba buscando comida. En los armarios de Conall nunca había nada decente que comer, pero siempre había chocolate, tabletas y tabletas de chocolate, y golosinas, bolsas y bolsas de golosinas, y siempre podía contar con encontrar un apabullante surtido de helados en el congelador. A Katie le gustaba abrir la puerta del congelador y admirar la selección: tarrinas de litro de Ben & Jerry's, dos o puede que incluso tres, cada una de un sabor diferente, y un imaginativo surtido de seis o siete helados individuales: Galaxy Swirls, Icebergers, Maltesers, Cornettos y el helado ganador, doble chocolate de Green & Black's. Todos en tamaño maxi, naturalmente. Nada de miniaturas para Conall Hathaway. Katie estaba de acuerdo: un helado que desaparecía en dos bocados no tenía ninguna gracia.

Pero la próxima vez que entrara en esa cocina —probablemente no tardaría mucho, puede que menos de una semana— todo ese helado habría desaparecido y habría sido reemplazado por un surtido completamente distinto pero igual de imponente.

Katie tenía la sensación de que Conall solo se alimentaba de azúcar. Era el único hombre que conocía que comía postre. Pero gracias a su metabolismo, el azúcar no ejercía el mismo efecto en él que en ella. Los muslos de Conall, a diferencia de los de Katie, eran fuertes y musculosos y no temblaban ni un milímetro. Dios, cómo lo envidaba.

Pero ese día Katie no llegó hasta el congelador. Sobre la fea y arañada encimera descansaba una colección de regalos para ella. Una botella de champán con una nota que decía «Bébeme»; una caja de kilo de bombones Godiva que decía «Cómeme»; un enorme ramo de rosas que decía «Huéleme»; y una elegante caja de ropa interior escasa que decía «Lúceme».

Abrazó los regalos y se los llevó a la cama, lamentando que Conall no estuviera allí para compartirlos con ella. Se preguntó cómo les estaría yendo a los fineses, si Conall ya se habría cargado a la mitad de ellos.

Todavía recordaba el día que los despidos en Apex empezaron en serio...

Conall había empezado por la planta baja, eliminando una quinta parte de Ventas, y luego fue subiendo. En la primera planta se deshizo de una cuarta parte de Contabilidad. Luego le tocaría el turno al Área Legal, situada en la segunda planta. Entretanto, en la tercera y última planta, los empleados de Relaciones Públicas y Marketing aguardaban agazapados y pálidos la llegada del verdugo.

El edificio había sido invadido por lo que Danno llamaba «orcos» — subordinados proporcionados por Sony— que se hacían con una mesa allí donde podían, examinaban contratos y hacían estudios de viabilidad para Conall Hathaway, que era quien tenía la última palabra.

—Es Shiva, el destructor de mundos —dijo Danno, y por una vez Katie no pensó que exageraba. Conall no solo estaba ejecutando a empleados; también estaba cancelando actuaciones de los grupos de menos éxito del sello. Incontables vidas estaban siendo destruidas por las decisiones de un solo hombre.

—Me pregunto de qué modo puede afectar ese trabajo al alma de una persona —dijo Katie.

—¿Alma? —se burló Danno—. Conall Hathaway no tiene alma.

—Se la vendió al diablo —añadió Lila-May.

—¡Ja! —exclamó Danno—. Querrás decir que el diablo le vendió su alma a Conall. Luego Conall la racionalizó y la revendió con pingües

beneficios. De todos modos, Katie Richmond, ¿por qué te preocupas? Tú serás la única que todavía tenga un trabajo cuando todo esto haya terminado.

Por extraño que pareciera, Conall daba la impresión de estar fascinado con Katie. Al principio la gente no se lo creía, luego se lo creyó pero no lo entendía. ¿Por qué Katie cuando había tantas chicas más jóvenes y sexys que ella en el edificio?

Pero Conall no mostraba el más mínimo interés por ellas. Aunque tenía como misión racionalizar todas las operaciones europeas de Apex, pasaba una cantidad de tiempo desproporcionada en la oficina de Dublín y siempre aparecía de forma imprevista e inquietante antes de dirigirse a Katie con alguna pregunta que podría haberle contestado cualquiera de sus orcos. Las compañeras de Katie tenían celos de ese efecto magnético que ejercía en Conall.

—Estaba al teléfono hablando con mi amiga de Calgary —dijo Lila-May— cuando de repente levanté la vista y me encontré a Verdugo Hathaway a mi lado. Se suponía que estaba en Ámsterdam. ¡Casi me da un infarto! Y todo porque era la hora de echarle un vistazo a los melones de Katie.

A Lila-May, una belleza tipo Vixen, no le hacía ninguna gracia que Katie le hiciera sombra. Tampoco a Tamsin. A Audrey, en cambio, le daba igual.

—¡Soy Conall Hathaway y siempre consigo lo que quiero! —Danno se levantó de un salto y empezó a pasearse con arrogancia por la oficina. Agarró a Katie, la inclinó hacia atrás con un brazo, acercó sus labios a los de ella y se atrevió a posar la otra mano sobre su seno izquierdo—. Tienes que ser mía —gruñó—. Vas a ser mía.

—¡Ya basta, Danno! —Katie se soltó bruscamente—. Por lo que más quieras, deja de hacer eso.

—¿Por qué tú? —se preguntó Lila-May mientras examinaba a Katie como una máquina de rayos X—. ¿Por qué tú?

Katie estaba tan sorprendida como los demás. Los hombres como Conall, con sus ostentosos trajes y sus ostentosos relojes y su ostentoso aire de poder tenían novias ostentosas. Ella era demasiado mayor, demasiado golpeada por la vida, demasiado *muslona*, para el gusto de Conall.

—No lo sé, pero cuando has vivido lo suficiente ya nada te sorprende —respondió.

—No eres tan mayor —dijo Danno.

—¿Entonces por qué os comportáis todos como si lo fuera?

—¿Te acostarás con él para salvar nuestros empleos? —preguntó George.

—Eso no salvará vuestros empleos —repuso Katie.

—¡Ajá, eso significa que estás pensando en acostarte con él!

Por supuesto que sí. ¿Acaso creían que además de anciana era idiota?

Pero Conall Hathaway estaba echando a la gente a manadas. Dentro de un par de días le tocaría a sus compañeros y probablemente también a ella. Sería colaboracionismo.

—¡Lo está pensando! ¡Lo está pensando! —cacareó Danno—. Pero tú le desprecias.

Sí, despreciaba a Conall, y también su trabajo, pero, curiosamente, desde que había dejado claro lo atractiva que la encontraba, lo despreciaba menos. No porque fuera una superficial, una de esas mujeres a las que automáticamente les gustaba un hombre porque el hombre mostraba interés por ellas, sino porque le había sorprendido. Como sus compañeros no se cansaban de señalar, Conall podría haber elegido a la joven y exuberante Lila-May, o a la joven y casi-igual-de-exuberante Tamsin, o a la joven y nada-exuberante-pero-aun-así-más-exuberante que Katie Audrey. Sin embargo, las había rechazado a todas y había gravitado directamente hacia la mujer de más edad. ¿Quién no se dejaría impresionar por algo así?

Y dijera lo que dijese Danno, Conall Hathaway no tenía la mirada gélida de un asesino. Por lo menos, no siempre. Había momentos en que su mirada le hacía...

—Vete con cuidado —le advirtió Danno—. Eres un bosque reseco que no ha visto una gota de lluvia en un año. Si dejas que Conall Hathaway encienda tu fuego podría provocar un incendio lo bastante grande para destruirnos a todos.

Por irritante que resultara, Danno decía la verdad. Katie llevaba un año sin probar el sexo. (Cerogamia, lo llamaba su amiga Sinead.) Era importante, no, fundamental, que no se comportara como una solterona madura desesperada por que un hombre la tocara.

Porque no lo era.

OceanofPDF.com

Día 60...

Fionn conducía con una sola mano y demasiado deprisa. En menos de diez minutos aparcó su coche en el camino de entrada de una casa enorme —una espantosa residencia estilo Southfork— y la rodeó a pie columpiando despreocupadamente el manojito de zanahorias.

—Jill —llamó martilleando con los nudillos el cristal de la puerta de atrás—. Soy yo, Fionn.

(Jill, una mujer preocupada, tan entregada a los demás —sus cuatro hijos, su marido, su madre anciana— que apenas le quedaba energía que dedicarse a sí misma. Con excepción de una fina línea de palpitante temor, su fuerza vital era tan baja que por un momento pensé que estaba muerta.)

Al oír la voz de Fionn sintió una inyección de vitalidad. Fionn era un regalo para ella, parte de un acuerdo secreto al que había llegado consigo misma para no volverse loca. Antes su único placer había sido su somnífero de la noche, el cual le proporcionaba siete horas de clemente inexistencia, hasta que Tandy, su hija de quince años, le robó la receta y se tomó una sobredosis. Tandy contó inmediatamente lo que había hecho, por lo que tuvieron tiempo de sobra para hacerle un lavado de estómago, pero eso marcó el final de los somníferos para Jill. No podías tener nada en casa con una hija adolescente, ni rímel, ni botines, ni cuchillos para el pan, ni sedantes; las zorras egoístas lo cogían todo. En cuanto regresó del hospital, Tandy se llevó el cuchillo del pan a su dormitorio y ensayó un par de rasguños en el antebrazo —había leído algo sobre autolesión en *Take a Break* y la idea le atrajo— pero, para su sorpresa, resultó terriblemente doloroso. La chica de la revista decía que no había notado nada, que estaba completamente anestesiada. Mientras Tandy se dedicaba a mirar a su alrededor, buscando otra forma dramática de obtener atención, pensando que quizá debería quedarse embarazada, Jill tenía que seguir adelante con una vida sin somníferos, sin esa promesa de inconsciencia al final del día.

Entonces conoció a Fionn, y eso nadie podía arrebatarárselo. Salvo, quizá, el propio Fionn. Estaba tan solicitado que en cualquier momento podría abandonarla por otra.

Ese día llegaba cuarenta minutos tarde —nunca era puntual y Jill había pensado que quizá a partir de entonces él dejara de venir—. Fue tal su alegría al verlo que todos sus temores se disiparon.

—Entra. —Jill hizo la vista gorda a los terrones de barro que repartió por su impecable suelo de madera.

Fionn arrojó las zanahorias sobre la mesa de la cocina.

—Extraídas de la tierra no hace ni diez minutos.

—¡Zanahorias! —Jill aceptó el regalo con el mismo entusiasmo que si fueran diamantes—. ¡Con trocitos de tu jardín todavía pegados!

—Bonitas y dulces como tú —dijo él con una sonrisa pícara—. Y ahora, tengo una noticia. Me voy a Dublín una temporada.

—¿Por... por esa cosa de la tele? —Jill contuvo la respiración.

Todos los habitantes de Pokey se habían enterado de lo que había sucedido cuando Grainne, la hermana de Carmine Butcher, la que «trabaja en la tele», fue al bautizo del hijo de Carmine; cómo conoció a Fionn y decidió que poseía suficiente gancho para tener su propio programa de jardinería; cómo un BMW plateado se detuvo unos días más tarde frente a la casita blanca de Fionn para llevárselo a Dublín, donde fue sometido a pruebas de fotogenia, dominio del teleprompter, entrevistas con la productora y un sinnúmero de cosas más.

—Por esa cosa de la tele —confirmó Fionn—. Es un mal momento para irme, la época de mayor crecimiento para los jardines, pero creo que debo tirarme a la piscina y ver qué pasa.

—Oh... —Jill estaba desconsolada, pero había un prestigio innegable en el hecho de que tu jardinero tuviera su propio programa de televisión—. Todo el mundo piensa que lo harás muy bien.

—No sigas. —Fionn se revolvió incómodo.

—Espero que te acuerdes de mí cuando seas una gran estrella.

—No seré una gran estrella. Es solo un programa de jardinería. Y solo estaré fuera alrededor de un mes.

—Tendrán que alojarte en un hotel.

—Ah, no, viviré en casa de Jemima.

—¿No están dispuestos a pagarte un hotel? —La admiración de Jill empezó a decaer.

—Sí, pero prefiero quedarme con Jemima.

—¿En serio? —Jill estaba decepcionada. No tenía nada contra Jemima, no estaba mal para ser una caritativa protestante, pero Jill estaba obsesionada con los hoteles. Su fantasía favorita era que su casa estilo Southfork se venía abajo y la culpa era del constructor, de modo que el seguro le daba dinero y mientras reconstruían la casa tenía que vivir en un

hotel. Adoraba los hoteles. Podías dejar la habitación hecha una porquería, una verdadera porquería —tirar las toallas al suelo, manchar las sábanas de maquillaje, derramar ketchup en la alfombra, incluso romper copas de vino — que el problema era de otro. (A veces, en un mal día, la fantasía incluía una trama secundaria en la que sus cuatro hijos, su marido y su madre quedaban atrapados bajo los escombros. No sentía animadversión por ellos, era solo que no los quería en el hotel con ella, de modo que estaban vivos e ilesos, jugando al Monopoly y subsistiendo con comida enlatada.)

—Voy a ponerme a trabajar. —Fionn señaló el jardín que se extendía al otro lado de la ventana—. Ha crecido mucho desde la última vez que estuve aquí.

—No te ausentes mucho tiempo, el jardín te echará de menos —dijo Jill—. Y yo también —se atrevió a añadir.

—Yo también te echaré de menos —dijo Fionn, obsequiándola con otra dosis de sonrisa pícara. Un tipo coqueto, muy, muy coqueto.

Por un momento Jill se preguntó si algún día Fionn...

Pero no.

Fionn coqueteaba con todo el mundo —hasta su fotografía coqueteaba — pero no se liaba con mujeres casadas. No estaba bien. Y tampoco le merecía la pena. No quería maridos airados apareciendo por sorpresa en su casa para destrozarle el huerto. (Ya le había sucedido una vez por un malentendido. La esposa de Francy Higgins había estado viéndose por las tardes con Carmine Butcher, pero Francy decidió que el amante era Fionn basándose en que Fionn parecía un actor de cine y Carmine era un monstruo. Fionn consiguió calmar a Francy pero después de que este le atravesara el cristal del invernadero de tomates con la bota y arrojara varias patatas contra el coche de Fionn. Los daños no fueron serios, pero el incidente disgustó a las plantas y Fionn no podía tolerar eso. Una patata no pedía ser una patata; no pedía que la arrancaran prematuramente del suelo y la arrojaran al parabrisas de un coche.)

Ahora entiendo que me costara tanto hacerme un retrato de Fionn: era un hombre de increíbles contradicciones. Quería que el mundo entero lo quisiera, pero no era un mujeriego, por lo menos no en el sentido estricto de la palabra. Creía en la monogamia, aunque no siempre fuera capaz de practicarla.

Las chicas se empeñaban en aparecer en su vida y expresar su deseo de ser su media naranja, y si eran lo bastante agradables y atractivas, Fionn aceptaba. Sin embargo, había ocasiones en que una chica agradable y atractiva aparecía en su vida y expresaba su deseo de ser su media naranja pero, tras examinar los hechos, salía a la luz que Fionn ya tenía una media naranja. Cuando eso ocurría, Fionn optaba por dejar que las chicas se arreglaran entre ellas. A veces intentaban implicarlo con escenas melodramáticas, exigiéndole que escogiera entre las dos, pero él siempre se mantenía al margen. Si elegía a una, la rechazada se enfadaría con él, y a Fionn no le gustaba que la gente se enfadara con él. Lo cierto era que le daba igual cómo acabara la historia: la chica nueva, la chica antigua, fuera cual fuese el resultado, terminara con quien terminase, le estaría bien.

A veces, no obstante, la chica ganadora se montaba la película de que ella y Fionn iban a casarse y dejar atrás su casa de soltero con sábanas de poliéster para mudarse a una calle sin salida en Pokey donde los sofás tenían prestancia y las viviendas, calefacción central. Invariablemente, la chica se imaginaba convirtiendo a Fionn en un empresario próspero con facturas oficiales y una furgoneta nueva y limpia con su número de móvil pintado en el costado. Llegados a este punto era cuando, por lo general, la chica descubría que Fionn era de trato fácil hasta cierto punto. Cuando algo le importaba de verdad, se negaba a ceder.

OceanofPDF.com

Día 60...

En el ático del 66 de la calle Star he observado que Potente Conall no ha venido esta mañana para colgar el espejo de Katie antes de partir para Helsinki. Sigue apoyado en el suelo. No sé por qué, pero eso me inquieta. Si el espejo no está colgado cuando Katie llegue a casa, estoy seguro de que habrá problemas.

Cielos, ahí viene...

Soltó el bolso y se quitó las botas. Una aterrizó en el suelo y la otra rebotó en el zócalo. Luego fue directa a la sala de estar, buscando su espejo.

Primero —¿ingenuamente quizá?— lo buscó en la pared y al no verlo dirigió la vista al suelo. Ahí estaba, exactamente donde había estado la última vez que lo vio, apoyado contra el armario y con aspecto, si eso era posible, contrito por su condición de haragán.

Lo contempló un largo, largo rato. Sus labios eran una línea fina, como si estuviera chupando algo desagradable.

Katie no se enfadaba con facilidad, pero ahora estaba enfadada.

Yo no quería un reloj de platino, estaba pensando. El reloj hizo que los regalos de los demás parecieran menudencias (su madre le había regalado una panera). No había querido que Conall pagara la cena de la noche anterior a los diez invitados porque todos los varones de su familia llevaban muy mal eso de que Conall fuera rico. (Había oído murmurar a su padre algo sobre los «capullos ostentosos», por mucho que él lo negara.) Lo único que había deseado como regalo de cumpleaños era que Conall cumpliera su promesa hecha diecisiete días atrás y pusiera una cosa en la pared para que ella pudiera colgar su espejo nuevo. Le había enseñado dónde lo quería, había marcado el lugar con un boli, y él le había asegurado que se pasaría un momento por la mañana, antes de ir a Helsinki, para hacer el trabajo. No serían más de cinco minutos, le prometió.

Había hecho que sonara tan sencillo que Katie hasta se preguntó si debería intentarlo ella misma, pero no tenía taladro y no quería un taladro y no iba a darle ahora por las cajas de herramientas rosas y los tacos de vivos colores.

Conall habría llamado a un carpintero o a un albañil —cuando Katie compró el espejo, eso fue lo que le ofreció— pero ella se opuso rotundamente. El esfuerzo de Conall, y solo de Conall, pondría ese espejo en la pared. Quería un gesto de su parte, un regalo de su tiempo y energía, algo que el dinero no pudiera comprar.

Agarró su móvil y disparó un mensaje:

Espejo, espejo en la pared. Oh, no. Espejo, espejo todavía en el suelo.

Estaba indignada, realmente indignada. Conall es un embustero egoísta, estaba pensando, Conall es un cabrón irresponsable. Solo que tales pensamientos eran mucho más rápidos y acalorados. Todas las promesas que Conall no había cumplido giraban como platos voladores multicolores, pero era con ella con quien estaba más enfadada. Nunca debería haber aceptado aquella primera cita. Después de todo, siempre había sabido que esto iba a pasar...

Ocho días laborables después de su llegada a Apex, Conall solicitó reunirse con Katie, que había tenido tiempo de sobra para preparar una negativa. Pero no la había preparado.

Él arrancó hablando de trabajo.

—Tengo noticias —dijo.

—¿Vas a venderme en eBay?

—No. Tengo informes de los artistas. Te tienen cariño. Dicen que los mimas. Puedes conservar tu trabajo.

—¿Y mi equipo?

—También.

—¿Todos?

—Todos.

—¿Mismo sueldo?

—Mismo sueldo.

Katie lo miró con suspicacia.

—Sin trampas, sin tapujos —dijo él—. Están redactando los nuevos contratos. Los tendrás en menos de una hora. Y ahora, ¿quieres salir conmigo?

Ella bajó la mirada y no contestó. Ese era el momento en que su interés personal chocaba con su lealtad hacia los colegas que Conall había despedido.

—¿Puedo invitarte al ballet? —le oyó preguntar.

Ella levantó bruscamente la cabeza.

—Dios, no. Lo encuentro tan aburrido que me entran ganas de llorar, y cuando se ponen de puntillas siento unas punzadas atroces en los pulgares de los pies de pura empatía.

En la cara de Conall se dibujó una sonrisa, quizá la primera que le veía.

—¿Punzadas en los pulgares de los pies? —La miró como si fuera un ser extraño y cautivador—. Entiendo. ¿Qué me dices de la ópera? ¿Te gustaría eso?

—No, no. No la soporto. Ya escucho suficiente música debido a mi trabajo. Odio toda la música.

—¿Toda? —Parecía estupefacto—. ¿Incluido Leonard Cohen?

—Incluido Leonard Cohen.

—Caray, qué lástima. Para ti, me refiero... Yo adoro la música.

—Porque eres hombre.

Eso le hizo reír. Por dentro, pero no dejaba de ser una risa.

—¿Y qué clase de música te gusta? —preguntó Katie.

—Ópera, por supuesto, pero en realidad toda. Salvo, quizá, las baladas.

—Pues a mí me gusta el silencio.

—¿El silencio? —Maravillado, Conall meneó la cabeza. Katie se hallaba en esa posición insólita en que cada palabra que salía de su boca era calificada de fascinante. Saboréalo, se dijo. El recuerdo te hará compañía en la vejez.

—No te gusta el ballet, no te gusta la ópera, no te gusta la música. ¿Qué te gusta entonces?

Katie lo meditó.

—Comer. Dormir. Beber vino con mis amigos y hablar de las rupturas de los famosos. —Los días de mentir a un hombre para parecer fascinante habían quedado atrás.

—¿Comer...? —preguntó él—. ¿Dormir...? —La admiración se reflejó nuevamente en su cara.

Ella había ignorado hasta ese momento que fuera tan interesante.

—Sobre todo comer —dijo.

—No tienes pinta de comilona.

Si supiera la batalla que lidiaba con su apetito... Semejaba un rottweiler luchando por soltarse de la correa para zamparse cuanto encontraba a su paso.

—Tengo una entrenadora personal —confesó.

—Yo también —dijo él.

—La mía se llama Florence. Me saca a correr bajo la lluvia y me hace pegar saltos en el aparcamiento de Tesco. Solo la veo una vez por semana pero confía en que yo entrene por mi cuenta y me siento culpable si no lo hago.

—El mío se llama Igor. Vamos al gimnasio.

—Nunca quise ser la clase de persona que tiene un entrenador personal —confesó Katie.

Pero tampoco quería ser la clase de persona que vestía tejanos de la talla 46, y si la dejaran sola eso sería exactamente lo que ocurriría.

—¿Qué me dices del próximo sábado? —preguntó Conall.

—¿Por qué quieres salir conmigo? Seguro que no soy tu tipo.

—No lo eres, pero... —Meneó la cabeza—. Esto, no puedo dejar de pensar en ti.

Ella le clavó una mirada suplicante. Se lo estaba poniendo muy difícil.

—Solo una cita —dijo él.

Una cita. No le estaba pidiendo que se casara con él. No porque Katie quisiera casarse. Ciertamente en otros tiempos había deseado el anillo y el vestido y los hijos. Eran muchas las cosas que había querido en otros tiempos: tener la talla 36, hablar italiano, oír que Brad había vuelto con Jennifer. Nada de eso había ocurrido y, sin embargo, aquí estaba.

Y aunque quisiera casarse, tenía claro que no sería con Conall. Eran muy pocos los hombres que llegaban a los cuarenta y dos (como Conall) sin haberse casado alguna vez. Hasta los más hábiles huyendo del compromiso, como George Clooney, tenían un fracaso matrimonial en algún rincón de su pasado.

—¿Qué hacías en la papelería? —le preguntó de repente Katie—. ¿Recuerdas que un día nos vimos...?

—Lo recuerdo. Solo estaba... mirando...

—¿Quieres decir que no entraste para comprar algo en concreto? ¿Que solo estabas... curioseando?

—¿Curioseando? Supongo que podría decirse así. El caso es que... me gustan las papelerías.

A Katie se le aceleró el corazón: tenían un interés común.

—¿Qué me dices de las farmacias? ¿Alguna vez curioseas en las farmacias?

—Me gustan —respondió él con cautela.

—A mí me encantan. Son una influencia muy beneficiosa. Pueden ayudarte a dormir mejor, aliviar una indigestión, broncearte la piel...

—Estoy de acuerdo. Pero donde más disfruto es en las ferreterías. ¿Tú?

—Bueno, son prácticas —reconoció con la misma cautela que él. No soportaba las ferreterías, las encontraba frías. Pero estaba dispuesta a darles una oportunidad.

—¿El sábado? —dijo él, captando que ella empezaba a ablandarse.

¿Qué había de la gente a la que había echado? Por otro lado, solo se tenía una vida y una oportunidad para ser feliz...

—¿Tienes chocolate? —le preguntó.

Él la miró sorprendido.

—Sí.

—Quiero decir encima.

Se palpó el bolsillo.

—Sí.

—¿Siempre llevas chocolate encima?

—Esto... sí.

¿Un hombre que siempre llevaba chocolate encima? Eso significaría el beso de la muerte en su batalla contra la comida. Pero ¿cómo no iba a dejarse cautivar —aunque solo fuera una pizca— por un hombre que tenía los mismos gustos que ella?

—Vale —dijo—. El sábado.

Conall suspiró.

—Gracias.

Eso causó consternación entre los familiares y amigos de Katie. Todo el mundo tenía una opinión.

Su amiga Sinead estaba eufórica.

—¡Todavía hay esperanza para todas nosotras! —Sinead y Katie habían servido en las trincheras de las chicas solteras—. Katie, prométeme que le darás al sexo todo el tiempo. Hazlo por mí y por el resto de las solteronas en sequía.

Su amiga MaryRose se mostró algo más cauta.

—Chinga todo lo que puedas, por supuesto, pero no pienses que por ser una anciana no te puede pasar. —MaryRose, a sus cuarenta años y medio, acababa de convertirse en madre soltera primeriza—. Que tu mantra sea: precauciones, precauciones, precauciones.

Penny, la madre de Katie, dijo:

—No sé por qué pierdes el tiempo con él. Si tiene cuarenta y dos años y aún no se ha casado, dudo mucho que vaya a casarse ahora.

La hermana de Katie, Naomi, fue la más agorera.

—Te hará picadillo.

—En absoluto —replicó Katie—. No pienso enamorarme de él.

—Entonces, ¿por qué te molestas?

—Solo estoy matando el tiempo hasta morirme.

OceanofPDF.com

Día 59

Cosas que Lydia detesta (sin un orden concreto):

Músicos callejeros

Ciclistas

Repollo

Gente que dice «Sé cómo te sientes», cuando no tienen ni idea

Su hermano Murdy

Conductores de autobús

Gente que está aprendiendo a conducir

Conductores de furgoneta

Acentos de Cavan

Día de San Valentín

Su hermano Ronnie

El proceso de envejecimiento

Nota: no es una lista completa.

OceanofPDF.com

Día 59...

Maeve acababa de sentarse a su mesa cuando Matt le telefoneó.

—¡Ya he hecho mi acto amable del día!

—No se trata de una carrera, Matt. —Pero estaba sonriendo.

—Para mí sí. ¿Quieres oírlo?

—Claro.

—Camino del trabajo le he cedido el paso a un coche que giraba en rojo.

—¡Matt, siempre están relacionados con el tráfico!

—¡Pero ha sido muy difícil, Maeve! ¡Se ha formado una cola larguísima de coches detrás de mí! ¡Se han puesto a pitar como locos! Pensaba que iban a lincharme.

Maeve no tuvo más remedio que reír. Era tan gracioso.

Cuatro años y pico atrás...

David y Maeve estaban en la cama leyendo el *Observer* cuando, en mitad de un artículo sobre la ayuda a África, Maeve tuvo un pensamiento repentino.

—Oye, David, ¿no te pareció curioso que Matt fuera al concierto de anoche?

—Matt Geary —dijo pensativamente David—. Un Joven Que Llegará Lejos. —Lo dijo como si fuera algo de lo que avergonzarse.

—A mí me parece una buena persona —dijo Maeve—. Es un jefe excepcional.

—¿En serio?

—Mantiene alta la moral del grupo y te fomenta la confianza en ti mismo.

—Para poder explotarte un poco más.

—Invita a las cañas de los viernes por la noche, nunca olvida un cumpleaños... —Siempre era el primero en hablar pestes de un cliente difícil, y si Maeve tuviera que resumir a Matt en una palabra, sería *mono*. Eso no significaba que ella y el resto del equipo se dedicaran a comentar lo mono que era Matt. Se tomaban su trabajo muy en serio; no molaría.

Y no tenía intención de decírselo a David.

—Siempre está riendo y bromeando —señaló desdeñosamente David.

«¿Qué tiene eso de malo?», se preguntó Maeve.

—Por cierto —dijo David—, quería comentarte algo. El viernes que viene tienes la fiesta de despedida de Mahmoud, pero Marta y Holly estarán fuera todo el fin de semana. —Marta y Holly eran sus compañeras de piso—. Tendremos toda la casa para nosotros. ¿Qué me dices si pasas de las copas?

Maeve negó con la cabeza.

—No puedo.

—Sí puedes.

—Quiero decir que no puedo hacer una cosa ni otra. Este fin de semana he de ir a casa. Tengo el examen de conducir dentro de una semana y no puedo permitirme más clases y necesito un vehículo para practicar.

—Ya.

Tras una pausa extraña, David preguntó:

—¿Puedo ir contigo? ¿A tu casa?

—Claro. —Maeve no entendía cómo no se le había ocurrido—. Estaría bien. —Quizá—. Pero ya sabes que mis padres son granjeros, gente de campo, no unos sabihondos como tú. No te reirás de ellos, ¿verdad?

—¿Reírme de ellos? —David estaba indignado—. ¿Por qué iba a reírme de ellos?

¿Cómo explicarlo? David era un erudito y sabía mucho de todo, mientras que sus padres... en fin, sus padres vivían en un mundo pequeño y sin complicaciones. Las ubres de las vacas ocupaban una gran parte de su vida cotidiana y probablemente nunca habían oído hablar de Darfur, por lo que no sabrían qué decir cuando David sacara el tema.

—Ya va siendo hora de que conozca a tus padres. He estado pensando que...

—¿Mmm?

—¿Por qué no nos vamos a vivir juntos? —David le clavó una de sus miradas penetrantes y Maeve no supo qué contestar.

—Eh... ¿Te refieres a nosotros dos? ¿Los dos solos?

No sería la primera vez que Maeve vivía con alguien. Cuatro años atrás, cuando se marchó a Australia con Harry, su novio de entonces, habían compartido piso, aunque por razones prácticas más que románticas. Habían llegado juntos desde Galway, vivían de sus ahorros, se sentían algo desorientados en un país extraño y necesitaban el apoyo emocional del otro.

Además, no era la vida real. Tenían un visado de dos años y Maeve sabía que al llegar el momento de abandonar Australia, todo cambiaría. Su historia tenía una vida limitada y, efectivamente, cuando su tiempo allí tocó a su fin, a ella y a Harry ya no les unía nada. Seguían siendo amigos — cuando se veían, que era nunca— pero ya no sentían nada el uno por el otro.

Lo que David estaba proponiendo sonaba diferente. Serio. Casi aterrador.

—¿Entonces? —Él seguía mirándola, esperando una respuesta, pinchándola con sus negras pupilas.

—Esto... creo que necesito pensarlo, David.

—¿Pensarlo? —Parecía desconcertado, luego herido.

—Es un paso muy importante.

—No exageres. Llevamos cinco meses juntos.

—Cuatro.

—Cuatro y medio.

—David, creo que estamos yendo demasiado rápido.

—¿Rápido?

—Sí, rápido.

Él la miró en silencio.

—De acuerdo. —Agitó las manos en señal de derrota—. Tómame el tiempo que necesites. Cuando deje de parecerte... demasiado rápido, ya me lo comunicarás.

OceanofPDF.com

Día 59...

—¿Apareció el Verdugo? —gritó Danno a Katie cuando la vio entrar en la oficina.

—¿Qué? —Dios, aún no había cruzado ni la puerta.

—Pregunto —repitió Danno con fingida paciencia— que si el Verdugo se presentó en tu cena de cumpleaños.

—Sí.

—¿En serio? ¡Mierda!

En la otra punta de la oficina George cacareó:

—¡Te lo dije! ¿Dónde están esos diez?

Katie observó cómo Danno abría un billetero de extraña textura —él aseguraba que era de piel humana— y le pasaba un billete de diez euros a George.

—¿Hacéis apuestas? —¿Sobre si Conall se presentará o cancelará?

—Estaba seguro de que no aparecería —dijo Danno. Señaló su pantalla, donde mantenía un gráfico de todas las veces que Conall había cancelado una cita con Katie. Al principio el promedio era una de cada cuatro, luego pasó a una de cada tres.

—Calculé que no iría basándome en el hecho de que canceló tres veces seguidas, de que tu relación estaba prácticamente muerta. Cualquier matemático habría hecho lo mismo.

—Yo, en cambio, me baso en mi intuición —dijo George—. Sentía que tres cancelaciones seguidas eran un fenómeno aislado. Por otro lado, era tu cumpleaños, no podía fallarte. Por último, dado que la cena se adelantó porque él no podía estar el día de tu cumpleaños, no tenía más remedio que asistir.

—Tonterías. —Danno levantó un dedo—. Podría haber llamado al restaurante desde Mogadiscio o dondequiera que estuviera cargándose puestos de trabajo y facilitado su número de tarjeta. La familia y los amigos de Katie podrían haber disfrutado de su cena y su vino caro sin necesidad de que él estuviera presente. Es probable que todos los demás lo hubieran preferido así, ¿verdad, Katie?

—Es probable —reconoció.

—¿Mucha tensión? —preguntó George, fingiendo compasión.

—Mucha —contestó Katie—. Apareció en mi casa con champán.

—¡Ja! —se mofó Danno—. ¡Menudo hortera! Ya nadie bebe champán. Hoy día se bebe Prosecco.

George miró su pantalla con exagerada concentración; George adoraba el champán. Si juntara todas sus fantasías, se pasaría la vida bebiendo Veuve de unos zapatos con plataformas de charol negro de Christian Louboutin que hubiera calzado Nicole Kidman.

—Charlie... —dijo Katie.

—Su hermano —le explicó Danno a George.

—Lo sé.

—Charlie rechazó la copa porque el champán le hace tirarse pedos.

George hizo una mueca de dolor.

—Y Ralph...

—Su cuñado —le explicó Danno a George.

—Lo sé.

—... lo rechazó porque es bebida de chicas.

—¡Por favor! —George puso los ojos en blanco—. ¿Y tu madre le preguntó a Conall si tiene intención de casarse contigo?

—No en alto, pero así y todo podías oírlo.

—¿Y Conall le contestó?

—No en alto, pero así y todo podías oírlo. Será mejor que me ponga a trabajar. —Katie se dirigió a su mesa. De pronto, cambió de parecer—. Enséñame el gráfico —le dijo a Danno—. Imprímelo.

—¿Qué ganas con torturarte? —preguntó George.

—¡Deja que se torture si quiere! Deja que disfrute de los pocos placeres que le quedan en la vida. Dentro de dos días tendrá cuarenta.

Danno le colocó el gráfico delante y Katie observó la pauta de los últimos dos meses. Tenía que reconocer que era un buen gráfico, fácil de leer.

—¿Ves estas áreas negras? —dijo Danno—. Indican cuándo te ha dado plantón. Como puedes ver, se perdió el bautizo del bebé de MaryRose, el setenta cumpleaños de tu madre y la cena para compensarte por perderse el aniversario de vuestros nueve meses de relación.

—Gracias, Danno —murmuró Katie—. Lo has plasmado de forma muy clara.

—Si retrocedemos... —Danno dio unos golpecitos con su bolígrafo— llegamos a otra zona negra. Sería la noche que no acudió al baile benéfico, seguido del día que intentaste sorprenderle con las bragas de Coco de Mer.

Aquella ocasión fue especialmente humillante, reconoció Katie. Se había colado en casa de Conall y esparcido pétalos de rosa por el suelo, se había puesto una ropa interior absurdamente incómoda y había esperado a que Conall regresara a casa. Y esperado... y esperado... hasta que finalmente descubrió que no estaba atrapado en el tráfico sino en el aeropuerto de Schipol, esperando una conexión a Singapur. Una emergencia, al parecer.

—¿Qué son esos espacios dorados? —preguntó George.

—Representan las veces que Conall sí se ha presentado.

Katie examinó el gráfico. Había espacios dorados de proporciones considerables, pero también partes negras de proporciones considerables. Pensó en el espejo que seguía en el suelo, el mensaje de texto que le había enviado y del que todavía no había obtenido respuesta...

—¿Te regaló algo por tu cumpleaños? —preguntó George, sacándola de su ensimismamiento.

Katie levantó la mano y la manga le rodó hasta el codo.

Al ver el reloj, George palideció.

—¿Platino? ¿Brillantes? ¿Tiffany? Oh, amiga mía, ese tipo está enamoraaaaaado.

—Qué va —repuso enérgicamente Danno—. Verdugo Hathaway marca su territorio gastando dinero. Es lo mismo que si le hubiera meado encima. No significa nada.

OceanofPDF.com

Día 59...

Más cosas que Lydia detesta:

Golfistas

Calcetines con agujeros en el dedo gordo

Gente que dice: «Gracias mil»

Su hermano Raymond

Enfermedades mentales

El olor de la orina de los demás

Gente que dice: «Gracias de corazón»

Gente que dice: «Gracias, cielo»

Gente que dice: «Mersi bo cu» (A menos que sean franceses, pero nunca lo son)

Clientes que piden un recibo

Gente que dice: «La cuestión es»

Gente cuyo apellido es un nombre propio (p. ej., señor Miguel Miguel)

Escolares, sobre todo los más pequeños

Semáforos en rojo

Pasos de peatones

Su padre

Nota: no es una lista completa.

OceanofPDF.com

Día 59...

Jemima estaba en el turno de tarde.

—Hola, aquí Línea de Videncia Celta, ¿en qué puedo ayudarte? ¿Cartas? Muy bien, querida. ¿Tu nombre? Laurie. ¿Y qué problema tienes?

Jemima escuchó. Y escuchó. Cuando el acongojado relato terminó, dijo con rotundidad:

—No, cielo, no se casará contigo.

—¿Sale en las cartas? —aulló la voz de Laurie.

En realidad Jemima no las había consultado aún. Se apresuró a cortar la baraja. La Jota de corazones, un joven soltero al que le gustaba divertirse. Ninguna sorpresa. Cortó de nuevo. El diez de espadas: dolor, pesar, pérdida de libertad.

—Cielo, deja que sea franca contigo: no hace falta ser vidente para saber que tu muchacho es un gandul y un sinvergüenza. Un tarambana, si me permites la expresión. ¡Mándalo a paseo! —Cogió otra carta. La Reina de diamantes. ¡Cielo santo!—. Y no te extrañe que después se insinúe a tu hermana.

—Está embarazada de siete meses.

—Veo una mujer rubia y ordinaria a la que le gusta el cotilleo. Una coqueta despreciable.

—¡Esa es mi madre! No puedo creer que él vaya a insinuarse a mi madre.

—La perfidia de este joven no tiene límites —replicó Jemima—. Es un canalla, seguro.

—Pero yo le quiero.

—Crees que le quieres, pero hay alguien mucho mejor que él en camino. —Pensó que no hacía ningún daño por decir eso. Probablemente había alguien en camino para Laurie, pero nunca lo conocería si seguía enganchada a ese mequetrefe. Cogió otra carta. El As de copas—. Estarás tranquila y contenta.

—No quiero estar tranquila y contenta. ¡Tengo diecinueve años!

—Te entiendo. —Cogió otra carta. El diez de tréboles—. Veo un viaje por mar.

—Los paseos en zódiac por la bahía de Dublín. —Laurie sonaba abatida.

Jemima cogió la última carta. El As de tréboles. Era una carta muy buena, aunque tuviera que fingir que no había cartas «buenas» o «malas» y que todo era una cuestión de interpretación—: Ajá, buenas noticias. Va a llegarte dinero.

—Vaya, eso ya está mejor.

—Te deseo lo mejor, querida, y te ruego que no vuelvas a llamar. El coste por minuto es carísimo. Me temo que no puedo influir en lo que cargan y la respuesta no cambiará. Gástate el dinero en otras cosas. Cómprate un... —¿qué se ponían las jóvenes?—... un tanga bonito y sal... —¿qué hacían las mujeres?—... a emborracharte.

—¿A emborracharme?

—No hasta el punto de perder el conocimiento, pero tómate unas cuantas... ¿cómo se llaman esos cócteles tan bonitos de color rojo rubí? ¿Brisas marinas? Eso. Ve a bailar. Sonríe. Diviértete. Olvida a ese canalla. Adiós.

Colgó. Era su deber mantener a los clientes al teléfono todo el tiempo posible mientras en su tarjeta de crédito se iban sumando cargos astronómicos. Era un tinglado vergonzoso, una de las muchas formas en que el mundo moderno se aprovechaba de las personas que se sentían tristes y solas, y Jemima, a su manera, era el elemento subversivo. Tarde o temprano los dueños de esta bochornosa Línea de Videncia Celta descubrirían lo que hacía, pero entretanto, había tanta gente a la que ayudar y tan poco tiempo...

Mientras esperaba la siguiente llamada, que no tardaría en llegar —el torrente de jóvenes perdidamente enamoradas buscando el consejo de una vidente era inagotable—, contempló su oscura y recargada sala de estar. Eso siempre conseguía levantarle el ánimo.

Jemima llevaba cinco años en su pequeño piso y lo adoraba. Su difunto y muy añorado marido, un tal Giles, había sido en vida arquitecto, y había diseñado una premiada muestra de «alto modernismo» que acabó construyéndose (debido a las objeciones de los habitantes de todas las demás regiones de Irlanda) en el condado de Monaghan. «Alto modernismo» significaba cristal, mucho, mucho cristal. Acres enteros de cristal. Jemima solía tener pesadillas en las que le encomendaban la tarea de limpiar todas las ventanas del planeta y solo disponía de una pequeña botella de limpiacristales y un periódico viejo. Luego descubría que, en realidad, no estaba soñando.

Además de tener que limpiar diariamente las ventanas, Jemima nunca se había sentido del todo cómoda atendiendo sus necesidades íntimas. Por ejemplo, si estaba releendo *Madame Bovary* y le asaltaba una necesidad irresistible —como puede ocurrirle a cualquier ser humano, independientemente de su rectitud moral o clase social— de, por ejemplo, rascarse el culo, tenía que asegurarse primero de que no tenía a tres o cuatro ociosos lugareños con los ojos clavados en ella. He ahí el problema con Pokey, que no había absolutamente nada que hacer, y espiar a la excéntrica protestante en su cubo de cristal estaba aceptado como afición por los empleadores del lugar en las solicitudes de empleo, junto con el juego compulsivo y los intentos de suicidio.

Cuando Giles estiró la pata, Jemima sintió profundamente su pérdida, pero enseguida puso la Casa de Cristal en venta. Para placer, casi orgásmico, del agente, se mostró dispuesta a dejar dentro todos los muebles de titanio ligero, los cuales habían sido especialmente diseñados para la casa. «Que hagan lo que quieran con ellos», pensó. Ella se largaba a Dublín con la idea de patearse las salas de subastas en busca de muebles oscuros y pesados.

Estaba harta de Pokey. No había suficiente gente necesitada para que pudiera dar rienda suelta a sus ansias de ayudar. Además, para ser del todo franca, tenía atragantada tanta campiña. A ella le iba el bullicio de Dublín, cuanto más cerca del centro mejor. Quería sentir la vida palpitando a su alrededor. Afortunadamente, dados los precios de las viviendas en Dublín cinco años atrás, no necesitaba mucha cosa. Dos dormitorios, para que Fionn pudiera quedarse cuando quisiera, y poco más. Quería un piso que le diera poco trabajo, con pocas ventanas que limpiar y, lo más liberador de todo, sin un condenado jardín que atender constantemente.

La mudanza no estuvo exenta de trastornos. El problema era Fionn. Lo echaría mucho de menos, y él a ella, desde luego. Pero Jemima no iba a vivir eternamente. Había llegado la hora de despegarlo de sus faldas.

OceanofPDF.com

Día 59...

Lydia estaba teniendo un día de lo más Irkutskioso. La ciudad estaba llena de turistas y un músico callejero —un maldito chiflado con un acordeón— había conseguido reunir tal multitud en la calle Westmoreland que había gente bailando hasta en la calzada, lo que le obligó a virar bruscamente y casi chocó con un ciclista, que la increpó enfurecido con esa autoridad moral del que no emite dióxido de carbono. Detestaba a los músicos callejeros, con esa actitud pasivo-agresiva de quien está ofreciendo un servicio. Hasta cuando eran atroces te veías obligada a darles un par de monedas por el esfuerzo. La gente que se limitaba a sentarse en la acera para pedir dinero, eso sí podía tolerarlo. Era una transacción mucho más honesta porque sabías lo que recibías a cambio, que era exactamente nada.

Y detestaba a los ciclistas, otra pandilla de gazmoños, con sus remilgadas afirmaciones de que hacían lo mejor para el entorno por lo que podían permitirse circular por las calles como lunáticos mientras los taxistas, buena gente como ella, tenían que velar por su seguridad. Si ella dirigiese el mundo, fusilaría a todos los ciclistas en el acto.

Luego desenvolvió su *bagel* y descubrió que el chico de la sandwichería había añadido, de *motu proprio*, repollo troceado a su crema de queso. Aunque no hubiera odiado el repollo —algo que cualquier persona cuerda odiaba— ¿en qué mundo vivía ese tipo para pensar que el repollo y la crema de queso encajaban?

Abrumada por semejante atrocidad, se puso a pensar en otras atrocidades hasta que tuvo que aparcar y llamar a su hermano Murdy, quien murmuró:

—Sé cómo te sientes —cuando en realidad no lo sabía, porque de lo contrario haría algo—. Baja este fin de semana —dijo—. Lo hablaremos mientras cenamos. Ahora tengo que dejarte.

Con lágrimas de frustración Murmanskiosa nublándole la vista, se sumergió de nuevo en el tráfico y en rápida sucesión casi chocó con un autobús, casi se empotró contra un timorato alumno de autoescuela y casi rayó el costado de una furgoneta blanca cuyo conductor le obsequió con una retahíla de insultos con un fuerte acento de Cavan. Los insultos podía tolerarlos, estaba acostumbrada a ellos, pero insultos con acento de Cavan, eso era pedir demasiado. «Los taxistas somos los chivos expiatorios del

mundo de la conducción. Somos la cabeza de turco de todo el mundo», pensó tristemente.

Sea como fuere, quizá debería calmarse antes de continuar con su jornada. En cuanto encontró otro hueco para aparcar, estacionó y telefoneó a su hermano Ronnie, luego lo lamentó. ¡Novosibirsk!

OceanofPDF.com

Día 59...

Por brutal que fuera la evaluación de Danno sobre su relación con Conall, Katie tenía que reconocer que llevaba razón. «La culpa es mía», se dijo. La señal de alarma había saltado el primer día que salió con Conall. Después de ese desastre debería haber puesto fin al asunto.

Su primera cita fue rocambolesca. Conall le había puesto por delante un billete de avión.

—Mañana un coche te recogerá en casa a las doce. Volarás a Heathrow a las dos.

—¿Y luego?

—Lo irás descubriendo sobre la marcha.

—¿No podríamos hacer algo sencillo y normal, como comer algo en el restaurante de la esquina?

Conall se había echado a reír, pensaba que Katie bromeaba.

—¿Qué debería ponerme para esta misteriosa ruta? Porque si me dices que botas de montaña y gorro con orejeras, no voy.

Volvió a reír. Conall seguía encontrando cada uno de sus comentarios absolutamente encantador.

—Un vestido. Elegante.

Algo desesperada, Katie dijo:

—Necesito más información.

—Estarás preciosa te pongas lo que te pongas.

—Hablo en serio. Si no me dices algo más, no iré.

—Esto... de acuerdo... Vestido negro. Tacón alto. Un bolsito absurdo.

Katie corrió hasta su casa y vació el ropero sobre la cama. El vestido negro no era un problema; tenía docenas, casi indistinguibles salvo para ella. Y por suerte Conall no le había dicho que tenía que ir a la última (aunque, ¿diría algo así un hombre hetero?). Nunca le había convencido eso de seguir la moda a pie juntillas, ni siquiera cuando tenía la edad idónea (dieciséis a veintidós). Algo relacionado con el tamaño de su pecho hacía que pareciera absolutamente ridícula con los artículos de moda: si se ponía diademas brillantes, por ejemplo, parecía una bobalicona que seguía viviendo con sus padres a los cuarenta y nueve.

Ahora que tenía todo su ropero delante, le alarmó la cantidad de prendas clásicas que poseía. ¡Parecía una maldita francesa! ¡Diantre! No

quería ser francesa. No pensaba como una francesa. Preferiría ser una de esas Esclavas de Nueva York de principios de los noventa, con mallas de rayas negras y rojas, Doc Martens de dieciocho agujeros y vaqueros cortos, pero para eso tenías que estar flaca, flaca, flaca.

Los zapatos y los bolsos la salvaban. Aunque tuviera que ir a lo seguro en lo básico, sus zapatos y sus bolsos estaban decididamente en la onda. Y por lo menos podía ponerse otra vez tejanos. En el punto álgido de su relación con Jason, cuando todo lo que hacían era acurrucarse en su nido de amor y comer tartas de manzana, estaba demasiado rolliza para llevar tejanos. Luego la relación terminó y lo pasó fatal, pero por lo menos perdió quince kilos.

Para la cita misteriosa con Conall eligió finalmente un vestido entallado (negro, naturalmente) con un astuto corte que le estrechaba las caderas y alisaba la barriga. Para el vuelo se tapó con una chaqueta holgada y cierta dosis de resentimiento: era embarazoso tener que subirse a un avión —sola— luciendo un vestido y unos zapatos sexys en pleno día. La gente podría pensar que deliraba, como esas viejas duquesas que iban a la tintorería con salto de cama y diadema.

Cuando bajó del avión en Heathrow había un hombre esperando con una pizarra blanca donde aparecía su nombre. Se la llevó por una escalera secreta y las miradas acusadoras y envidiosas de sus compañeros de vuelo le achicharraron la espalda.

—¿Adónde va esa? —le oyó decir a alguien—. Zorra estirada.

El hombre la subió a un coche enorme y condujo una corta distancia hasta —¿qué era eso?— un helicóptero.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó.

—Ha de subir al helicóptero.

—¿Para ir adónde?

—No lo sé. Puede preguntárselo al piloto, supongo.

Pero el piloto estaba demasiado ocupado asegurándose de que Katie se pusiera los auriculares y el arnés de seguridad.

—¿Adónde vamos? —le preguntó.

—Ajústese un poco más.

—Ya está ajustado. ¿Adónde vamos?

—A Glyndebourne.

¿Glyndebourne? ¿Qué sabía ella de Glyndebourne?, pensó Katie. Ópera, eso sabía. Pero tal vez ocurrieran otras cosas en Glyndebourne

además de ópera. Porque detestaba la ópera y Conall sabía que ella detestaba la ópera, por lo que difícilmente iba a citarla para algo que detestaba.

Cuando el helicóptero aterrizó, Conall la estaba esperando embutido en un traje oscuro. Parecía el atractivo director de una funeraria.

Con la mano en la cabeza, Katie corrió por el asfalto y dijo:

—¿Qué demonios...?

Conall, que parecía muy feliz, sonrió y dijo:

—Solo te pido un favor: no hagas preguntas aún. Confía en mí. Estás preciosa, por cierto.

Confía en él. Pero estaban en el recinto de la ópera. Todo el mundo vestía de etiqueta y se paseaba por los hermosos jardines sosteniendo programas y hablando de —¡sí!— ópera. Conall se la llevó a una pequeña pérgola apartada, donde bebieron champán y él se negó a responder a sus preguntas. Entonces dijo:

—Hora de entrar.

Todo el mundo echó a andar en la misma dirección. Entraron en un auditorio mientras Katie pensaba: «No puede ser ópera porque le conté lo mucho que la odiaba.» Le lanzó una mirada inquisitiva y Conall la miró fijamente a los ojos y repitió:

—Confía en mí.

Y aunque Katie no lo tenía nada claro, dijo:

—Vaaaale.

Se apagaron las luces, se alzó el telón y en el escenario apareció un montón de gente gorda desgañitándose por sus gordas gargantas. Era ópera. Estaba tan estupefacta que no sabía qué pensar. Decidió que estaba muy enfadada. Luego cambió de parecer y decidió que estaba muy triste: ¿por qué nadie la escuchaba? Durante un emocionante instante consideró la posibilidad de levantarse y abrirse paso hasta la salida, pero le vino a la cabeza la imagen de un francotirador con gafas de visión nocturna matándola de un tiro en la cabeza. Las interrupciones no estaban bien vistas en la ópera; no te dejaban ni toser.

Cuando los interminables alaridos cesaron, llegó el intermedio.

—¿Qué me dices? —preguntó Conall cuando encendieron las luces.

—¿Se trata de una broma? —preguntó Katie poniéndose de pie.

—¿Qué? —La miró atónito.

—¿Una broma cara y elaborada?

—¿Qué? —Corrió tras ella hasta darle alcance.

Katie se volvió mientras la gente pasaba por su lado.

—Es ópera, ¿verdad? Te dije que no soportaba la ópera, ¿verdad?

—Pero ¿por qué no te gusta?

Furiosa, Katie espetó:

—Sencillamente porque no. Aunque no tengo por qué darte explicaciones, te diré que los hombres cantan como si estuvieran estreñidos.

—Pensaba que si oías algo bueno cambiarías de opinión.

La disculpa de Conall la encendió aún más.

—¿Qué? ¿Pensabas que era demasiado... inculta para tener una opinión fundada?

—No, yo...

—Tú no me escuchaste.

Estaba pálido y parecía arrepentido.

—Me he equivocado, lo siento. Como a mí me gusta tanto la ópera, quería compartirla contigo. Quería sorprenderte.

—Y lo has conseguido. —Aunque Katie trabajaba en el negocio de la música y cada día se enfrentaba a egos colosales, jamás había conocido a un megalómano más egoísta y obstinado—. No pude ser más clara.

—Lo siento mucho.

—En realidad creo... —Katie arrugó la frente y sacudió la cabeza—... en realidad creo que estás un poco pirado. Y ahora quiero irme a casa.

—Avisaré al helicóptero.

Pero el helicóptero tardaría dos horas en llegar.

—¿Qué te gustaría hacer mientras esperas? —preguntó Conall.

—Sentarme en el bar, beberme una botella de tinto y enviar mensajes a mi hermana y a mi amiga contándoles lo cabrón que eres.

Conall tragó saliva.

—¿Quieres que te haga compañía?

—No.

OceanofPDF.com

Día 59...

Cosas que Lydia adora (sin un orden concreto):

Patatas fritas

Nombres de ciudades terminados en «sk» (p. ej., Gdansk y Murmansk)

Su madre

Gilbert. Tal vez.

Nota: es una lista completa.

El día de Lydia no había mejorado. Cada nuevo pasajero era más pelmazo que el anterior. En rápida sucesión había tenido un «Gracias mil», un «Gracias de corazón», un «Gracias, cielo» y un «Mersi bo cu», ¡y los cuatro querían recibo! ¿Es que sus sufrimientos no iban a tener fin? Pero esos gilipollas no eran nada comparados con Buchanan, el turista americano que le explicó el sistema electoral estadounidense comenzando cada frase con un «La cuestión es». Intentó cerrarle la boca haciéndole su infalible pregunta sobre Cristo (había notado que a la gente le asustaba mucho más cuando decía «Cristo» a secas que «Jesucristo»), pero el tipo ya había aceptado a Cristo como su señor y salvador y había estado encantado de hablar del tema. ¡El tiro de Cristo le había salido por la culata!

El tráfico era tremendo. No paraba de tropezar con discos en rojo, obras, pasos de peatones y, lo peor de todo, damas que detenían el tráfico para dejar pasar colas de niños. Cuando finalmente decidió dar por zanjada su jornada, rezó para que los muchachos no estuvieran en casa.

Pero los muchachos estaban en casa. Jan también había tenido un mal día. Una mujer de Enniskerry recibió vinagre al estragón cuando había pedido vinagre de vino blanco, mientras que una mujer de Terenure, cuya vida dependía del vinagre al estragón, había recibido el vinagre de vino blanco. Fue un drama y la culpa era toda de Jan.

Jan estaba relatando con congoja la regañina que había recibido cuando Lydia entró en casa, malhumorada y exhausta. Al verlos sentados en la sala

de estar se detuvo en seco.

—¡Santo Dios! —exclamó—. En mi vida había visto unas caras tan desgraciadas. ¿Qué ocurre?

—Estamos mustios —dijo Jan, casi con alegría. Qué palabra tan útil. Mustio, mustio, mustio.

—¿Por qué?

—Mesclo pedidos. Doy vinagres equivocados a mujeres. Mi jefa se pone hecha una fiera. Me cae bronca.

Lydia lo miró sorprendida.

—Caray, Jan, tu dominio del idioma es cada día mejor.

—Gracias. —Sonrió con timidez.

—Y tú, Andrei, ¿por qué estás mustio?

Andrei no le dijo la verdad, que era: estoy mustio porque tengo que vivir contigo.

Se encogió de hombros.

—No vine a este país para estar contento. Vine para ganar dinero para mi familia. No espero estar contento.

—Esa no es manera de vivir. —Francamente, no era la más idónea para hablar. Había cambiado el precioso piso que compartía con Sissy por aquel agujero. Estaba trabajando setenta horas a la semana pero le asustaba demasiado comprarse ropa de verano; el derroche de la semana pasada en Primark, cuando había comprado un paquete de tres camisetas de tirantes por siete míseros euros, le había hecho sentirse tan mal que casi las había devuelto.

—Soy fuerte —dijo Andrei—. Resistiré.

—Yo también. —Lydia soltó un largo suspiro. Luego el gusanillo le asaltó sin previo aviso: tenía que consultar la red. Tenía que mirar de nuevo. Quizá esta vez fuera diferente. Arrastró el taburete hasta la mesita de plástico encajada en el recodo junto a la ventana y empezó a maltratar el ratón.

A su espalda, Andrei preguntó:

—¿Sales esta noche?

Lydia aporreó las teclas y miró la pantalla echando humo. «Vamos, vamos. ¿Por qué tardas tanto?»

—¿Lydia? ¿Sales esta noche?

—... Te alegrará saber que sí.

Los muchachos, efectivamente, se alegraron. Tenían planeado plantificarse delante de *The Apprentice* y tomar notas. Algún día también ellos serían como Donald Trump. Sin su extraño pelo.

—¿Vas a salir con Pobre Infeliz?

Cuando Lydia entró a vivir en ese piso y mencionó que tenía novio, Andrei fue incapaz de ocultar su sorpresa.

—¿Tú tienes novio?

—¡Pues claro que tengo novio! —¿Qué se había creído?

Andrei pensó que el corazón iba a estallarle, tal era la compasión que había sentido por ese desconocido. No había una expresión polaca para expresar con precisión el alcance de su desgracia, de modo que Andrei no tuvo más remedio que recurrir al idioma de Lydia. «Pobre Infeliz.»

—Sí, voy a salir con Pobre Infeliz. Y no le llames así. Se llama Gilbert.

OceanofPDF.com

Día 59...

¿Y Gilbert? ¿Qué clase de hombre era Gilbert? Sin duda tenía que ser alguien bastante especial para batallar con Lydia. (¿Y era esa la persona misteriosa para la que limpiaba? ¿La razón de que se negara a fregar sus propias cacerolas en su propio piso?)

Gilbert estaba en un pub pequeño y oscuro, casi ilegal, en una calle estrecha del norte de la ciudad, sentado a una mesa con otros cuatro hombres y hablando acaloradamente en yoruba. Nacido en Lagos, Nigeria, había hecho de Dublín su hogar durante los últimos seis años.

Cuando Lydia cruzó la puerta, la discusión era tan intensa y acalorada que los hombres no la vieron llegar. Lydia no hablaba yoruba —con excepción de algunas expresiones vulgares que Gilbert le había enseñado para que las dijera en las fiestas nigerianas e hiciera reír a la gente— pero sonaba como si estuvieran preparando un golpe.

—Suelo Forestal —oyó.

Luego:

—Delicias de Fresa.

Hum.

De repente repararon en Lydia. La conversación cesó en seco y los cuatro hombres se esfumaron, dejando a Gilbert solo en la mesa.

—Nena —dijo. Su voz era como un Valrhona. Extendió hacia ella sus largos dedos (tenía unas manos bellas y elegantes, manos de músico) (que no lo era). Era, como Lydia, taxista, y se habían conocido en un café frecuentado solo por taxistas y solo en mitad de la noche. Era un refugio seguro donde los taxistas podían tomar una taza de té y despotricar contra el comportamiento odioso de sus clientes.

La noche en cuestión, Lydia estaba comiendo tranquilamente su sándwich de jamón mientras contemplaba el pelo rapado de Gilbert, el bello perfil de su cabeza, las largas, larguísimas pestañas, y pensó: «Caramba». Sabía que ella no era el tipo de muchos hombres —su lengua mordaz asustaba a los débiles de carácter— pero se dijo que Gilbert sería suficiente hombre para ella.

Yo, a diferencia de los simples mortales, no me guío por las apariencias, sino por las vibraciones, y la punzante fuerza vital de Gilbert me alerta de una tendencia a tener secretos. Le gusta demasiado compartimentalizar su vida, evitar que unas áreas se mezclen con otras. No me inspira excesiva confianza, pero no puedo evitar que me caiga bien.

Un hombre con debilidad por la ropa extravagante, este Gilbert. Esta noche lucía unos zapatos en punta, de color negro azulado, que —sinceramente— eran un pelín femeninos. Más preocupante era la chaqueta. Había algo muy raro a la altura de la cintura: se estrechaba como si fuera un corsé.

Lydia parecía de esas personas que se burlan de quienes se toman su aspecto demasiado en serio, sin embargo, se arrimó a Gilbert como un gatito y no se metió con él.

—Hola, chicos —clamó hacia los cuatro hombres que se habían dispersado a su llegada. Los conocía bien, eran todos taxistas—. ¿Qué ocurre? ¿Por qué gritáis?

Se acercaron lentamente, atraídos de nuevo hacia los asientos que acababan de abandonar.

—Largaos —dijo Gilbert.

—No, deja que se sienten. Quiero saber qué pasa.

Los cuatro hombres tomaron asiento.

—¿Y bien? —preguntó Lydia—. ¿A qué venía tanto alboroto?

Finalmente Abiola habló:

—Es por Odenigbo. —Al oír eso, Odenigbo se puso a parlotear acaloradamente en yoruba y los demás se engancharon.

Lydia pilló alguna que otra palabra —merengue de limón, temporal de lluvias— y levantó una mano para silenciarlos. Irritada, dijo:

—¿Otra vez los pinitos? Estoy harta de esta conversación.

A diferencia de Lydia, que tenía su propio coche, los nigerianos compartían tres taxis entre siete conductores. Si uno de ellos decidía colgar un pinito ambientador, eso tenía consecuencias para todos los demás.

—A mí me gusta Delicias de Fresa —dijo Odenigbo con un desafío en la mirada que indicaba que estaba solo.

Sus palabras generaron un estallido de protestas.

—Delicias de Fresa es asqueroso —dijo Gilbert.

—Peor que el olor del mal olor —dijo Modupe.

—¡Peor que el olor de los pasajeros!

—¡Ya lo hemos hablado un millón de veces! —espetó Lydia—. Suelo Forestal está bien, y también Mercado de Especias. Los demás son infumables. Tema zanjado. Y ahora, ¿quién me invita a una copa?

Pronto se hizo evidente que Gilbert trataba a Lydia como a una reina. Después de invitarla a dos copas en el pub, se la llevó a su casa, un edificio grande y destartado que compartía con otros seis. En una cocina donde retumbaba la música le preparó la cena: una humilde pizza. No porque no diera la talla como cocinero, sino por respeto a su limitado paladar irlandés. En la atmósfera aún se percibían restos de experimentos anteriores en que le había servido delicias nigerianas: ostras picantes, sopa de cabra, arroz jollof. Ninguna tuvo éxito. Las palabras «repugnante» e «incomible» todavía flotaban en el aire. Al parecer, el gusto de Lydia por lo exótico se limitaba solo a los hombres.

Lydia se comió la pizza con silenciosa concentración. Gilbert intentó darle conversación pero ella le cortó con un seco «Chitón». No toleraba que la distrajeran mientras comía. Tras zamparse los seis triángulos y lamerse la grasa de los dedos, deslizó el plato hacia Gilbert, que lo trasladó al fregadero.

—Gracias —se acordó de decir.

Según las normas de la casa, Gilbert hizo un esfuerzo por limpiar. Usó un trapo empapado para repasar la superficie de la mesa con gestos amplios y deslucidos, dejando visibles semicírculos de gotitas detrás, y enjuagó los platos con un chorro de agua tibia.

Lydia, entretanto, lo miraba. No movió un dedo. Quienquiera que fuera la persona para la que —con tanto resentimiento— limpiaba, estaba claro que no era Gilbert.

—Bien —dijo, levantándose en cuanto los platos descansaron en el escurridor—. Vamos.

Fueron a una fiesta en una discoteca cavernosa que tenía la música muy alta y la luz muy baja. El resto eran en su mayoría nigerianos, muchos de los cuales interrumpían los besuqueos de Gilbert y Lydia a fin de chocar puños con él. Cuando Lydia se cansó de los golpecitos en el hombro y de

gritar por encima de la música «¿Soy invisible o qué?», insistió en que se marcharan y regresaron a casa, a la cama de él.

Existía una fuerte conexión entre ellos y físicamente estaban sintonizados, pero —escucha bien esto— sus corazones NO latían al unísono. Eso no significaba, con todo, que no fueran a hacerlo algún día. No existía un impedimento obvio... excepto las elevadas sumas que Gilbert gastaba en sus extravagantes trapos.

Pero a Lydia no parecía importarle. Estaba tumbada en la cama, observando cómo Gilbert guardaba cuidadosamente su chaqueta-corsé dentro de una funda.

—Eres un dandi —dijo.

Eso le gustó.

—Dilo otra vez.

—Gilbert Okuma, eres un dandi.

—Dandi. —Gilbert rió y sus blancos dientes brillaron en su oscuro rostro—. ¿Sabes más palabras?

A ella le encantaba su acento, la deliberada parsimonia y la pequeña pausa entre palabra y palabra.

—Pavo real —dijo—. Víctima de la moda. Lechuguino. Chulo. Gallito. —En realidad, los jóvenes nacidos en Dublín utilizaban otra palabra. «Payaso.» Como en «¡Mira a ese payaso! ¡Fíjate en los zapatos! ¡Y en el abrigo!».

Pero a Gilbert le daba igual. Esos chicos eran campesinos sin educación, patanes ignorantes.

Gilbert, un hombre interesante, vivía el momento.

«El momento...»

Pero puede que todo eso estuviera a punto de cambiar.

OceanofPDF.com

Día 59...

Matt y Maeve disfrutaron de una noche tranquila durante la cual consumieron una copiosa cena a base de carne seguida de productos de confitería diversos mientras, enredados en el sofá, veían programas de reformas de casas. Era una bella imagen de dos personas muy enamoradas, pero de tanto en tanto asomaba ese vago atisbo de una tercera persona, de la presencia de otro hombre deslizándose por el piso como el humo de un cigarrillo.

A las once de la noche Matt y Maeve se retiraron a su dormitorio. Estaba ansioso por ver qué ocurriría esta vez. Al igual que en la primera noche, se desvistieron y se volvieron a vestir, como si fueran a salir a correr. Pero en lugar de salir a correr se metieron en la cama. Después de leer un rato Maeve abrió el cajón de su mesita de noche y me preparé para ver esposas, vendas para los ojos y demás artilugios eróticos. Pero en lugar de artilugios eróticos, Maeve sacó dos libretas, una con una lustrosa fotografía de un Lamborghini rojo en la tapa, la otra con una reproducción de un cuadro de Chagall en la que un hombre tiene cogida de la mano a una mujer que flota sobre su cabeza como un globo.

Con cierto aire sombrío, Matt aceptó la libreta del Lamborghini y un bolígrafo. En la parte superior de una hoja en blanco escribió: las tres bendiciones de hoy. Después de eso pareció acabársele la inspiración. Contempló la hoja vacía y chupó la punta del boli como si estuviera en un examen e ignorara las respuestas.

Necesitaba encontrar tres cosas buenas que le hubieran sucedido durante el día, pero no se le ocurría nada. Dios, cómo odiaba ese ejercicio.

Con un bolígrafo dorado, Maeve escribió: «Vi un globo verde junto a un semáforo en verde».

En la línea siguiente puso: «Una niña me sonrió sin razón aparente».

¿Y su tercera bendición? «Matt», escribió, y cerró la libreta sintiéndose satisfecha y en paz.

Matt seguía chupando su bolígrafo; no había escrito una sola letra. Entonces, asaltado por una repentina inspiración, garabateó:

Un misterioso trozo de hielo no se ha estrellado contra mi coche.

Un misterioso trozo de hielo no se ha estrellado contra mi casa.

Un misterioso trozo de hielo no se ha estrellado contra mi...

... contra mi...

Atascado, miró en derredor. ¿De qué otra cosa se alegraba que no le hubiera caído un misterioso trozo de hielo? ¿Qué tenía valor para él? Claro, Maeve. Cogió de nuevo el boli.

Un misterioso trozo de hielo no se ha estrellado contra mi coche.

Un misterioso trozo de hielo no se ha estrellado contra mi casa.

Un misterioso trozo de hielo no se ha estrellado contra mi esposa.

¡Ya está! Trazó una feliz línea a lo ancho de la página y, sumamente satisfecho consigo mismo, le pasó la libreta a Maeve. Era una buena lista. A veces Maeve inspeccionaba su lista de bendiciones para comprobar que lo hacía bien, pero hoy estaba totalmente seguro de lo que había escrito.

OceanofPDF.com

Día 58

A Fionn no le gustaba Dublín. Aunque había vivido allí hasta los doce años y podía llamarlo hogar, le traía demasiados malos recuerdos. Esperó a que todo el mundo se hubiera apeado del autobús —el Monaghan Meteorite — antes de levantarse y descender al caos de la estación de autobuses.

Tenía que encontrar un taxi. Excellent Little Productions lo esperaba para una reunión y no tenía ni la menor idea de cómo llegar. Buscando letreros que indicaran la parada de taxis, se abrió paso a empujones entre el gentío y durante un instante de espantosa vulnerabilidad pensó que tendría que regresar al Meteorite y suplicar que lo devolvieran a Pokey.

La decepción que se llevaría Jemima fue lo único que lo impulsó a continuar.

Enderezó la espalda, endureció su mandíbula ya de por sí dura, se echó la bolsa al hombro y caminó despacio hasta la parada de taxis. Ya llegaba veinte minutos tarde.

A cinco kilómetros de allí, en una caballeriza convertida en casa, Grainne Butcher se paseaba por la luminosa recepción de doble altura, atenta a la llegada del taxi. Con el móvil en la mano, pulsó rellamada por séptima vez y le salió de nuevo el buzón de voz de Fionn.

—¿A quién se le ocurre apagar el móvil? —preguntó, incrédula. Se volvió hacia Alina, que estaba encogida detrás del mostrador curvo de madera clara de la recepción.

—No sé —farfulló. Como último eslabón de la jerarquía, todas las broncas acababan cayéndole a ella. Varias personas de la compañía padecían de enfado crónico, desde Mervyn Fossil, propietario y productor de la firma, y Grainne, su directora (y esposa de Mervyn), hasta la estilista. Operaba una cuidada cadena de acusaciones, de tal manera que Mervyn descargaba sobre Grainne, que a su vez descargaba sobre el editor, que descargaba sobre el investigador jefe, que descargaba sobre su ayudante, que descargaba sobre el mensajero, que descargaba sobre Alina. La única persona que no participaba en la feroz cadena era la estilista, pero solo porque era autónoma.

—¿Y no ha telefoneado? —volvió a preguntar Grainne Butcher.

—Si hubiera telefonado te lo habría dicho.

—¡No seas insolente! Responde solo sí o no.

—No —susurró Alina—. No ha llamado.

Mervyn Fossil irrumpió en el vestíbulo.

—¿Dónde? ¿Demonios? ¿Está?

—En camino —masculló Grainne—. Hala, vete y sigue haciendo llamadas. Te avisaré en cuanto llegue.

Mervyn, un tirano bajito con bronceado falso, miró a Grainne con una mueca de desdén.

—Vete —insistió ella.

Clavándole una mirada silenciosa pero mortal, Mervyn regresó a su despacho. En cuanto la puerta se hubo cerrado, Grainne empezó a pasearse otra vez.

—¡Aquí está! ¡Gracias a Dios! —Un taxi se había detenido fuera. Grainne salió, plantó un billete de diez euros en la mano del taxista—. ¡Quédese el cambio! —Y sacó a Fionn del coche. Abrió el maletero y contempló desconcertada el espacio vacío—. ¿Y tu equipaje?

Fionn señaló la bolsa mediana que le colgaba del hombro.

—¿Solo te has traído eso? ¿Para todo un mes?

—¿Qué más necesito?

Entonces Grainne recordó por qué había caído bajo su hechizo.

¿Quién hubiera imaginado que en un pueblo de mala muerte como Pokey iba a tropezar con alguien como Fionn? Grainne ni siquiera sabía por qué había decidido asistir al bautizo del hijo de Carmine: detestaba a su hermano, detestaba a la esposa de su hermano, odiaba hasta el aire de Pokey.

Estaba sentada a la mesa de la cocina de su cuñada, agobiada y contando los minutos que faltaban para su partida, cuando Fionn asomó por la puerta para atender el jardín de Loretta. Grainne contempló el pelo, la mandíbula, las grandes manos, y experimentó ese cosquilleo tan infrecuente y tanpreciado.

—¿De qué planeta ha caído? —le preguntó a Loretta.

—Es del pueblo.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace años.

—No recuerdo haberlo conocido cuando vivía aquí. —De haberlo conocido, tal vez se habría dado menos prisa en marcharse.

—Es probable que sí. Vino a vivir aquí con su madre cuando tenía doce años aproximadamente. La pobre mujer no podía con él. Era un niño salvaje, un gamberro en plena adolescencia, hasta que los Churchill lo adoptaron. No, lo acogieron.

—¿Quién? Ah, el matrimonio pijo de la enorme casa de cristal en el valle.

—Exacto. Giles falleció hace unos años y Jemima se trasladó a Dublín.

Como caído del cielo, a Grainne le asaltó el recuerdo de una mujer bella y desconcertada que no podía pagar su cesta de comida en el supermercado. Angeline, la madre de Fionn.

—Ostras, sí, recuerdo a la madre.

Y, a renglón seguido, se acordó de Fionn. Él y Grainne habían coincidido únicamente un año en Pokey, antes de que ella, con diecisiete, se largara a Dublín. Ya entonces, cualquiera que fuera su edad —doce o trece, probablemente—, Fionn era guapo, pero demasiado pequeño y salvaje para Grainne.

¿Quién iba a imaginar que acabaría convertido en alguien así?

Observada por Loretta, que no daba crédito a su descaro, Grainne caminó hasta el cobertizo del jardín y le dijo a Fionn:

—¿Podrías darme una clase rápida de jardinería?

Fionn se detuvo en el acto de levantar una bolsa de tierra.

—¿Y tú eres?

—Grainne, la hermana de Carmine.

—¿Y quieres una clase rápida de jardinería?

—Sí.

No parecía demasiado sorprendido. Seguramente estaba acostumbrado a que las mujeres se le tiraran encima, pensó Grainne.

—No tengo tiempo para clases, pero puedes acompañarme —dijo Fionn—. Puedes mirar lo que hago.

De trato fácil, se dijo Grainne. Bien. Lo siguió hasta el jardín, donde una hilera de plantas metidas en tiestos esperaba junto a una parcela de tierra fresca.

Fionn se puso en cuclillas y sacó delicadamente una planta de un tiesto. ¡Sus manos!

—¿Quieres ayudarme a trasplantar estos lirios?

—Vale.

—Arrodíllate —ordenó pausadamente. Sorprendida, Grainne afiló la mirada, tratando de dilucidar si Fionn había querido sonar insinuante. Ella ya lo había declarado físicamente devastador pero tonto de remate basándose en que Dios daba una cantidad limitada de buena fortuna a cada persona. ¿Estaba, sin embargo, equivocada?—. No podrás hacer mucho si te quedas ahí de pie —añadió en un tono ahora completamente inocente.

Las cosas que tenía que hacer por su trabajo, pensó Grainne, clavando a regañadientes las rodillas en una parcela de tierra húmeda y dejando que él le depositara la planta en las manos.

—Abre el agujero —dijo él, sonando una vez más como si estuviera hablando de sexo; no eran imaginaciones suyas, estaba segura. Casi segura...

—¿Tienes guantes? —No quería trozos de naturaleza pegados debajo de las uñas.

—No —respondió él—. Hunde bien las manos. No tengas miedo de ensuciarte.

Esta vez Grainne no dudó de su tono provocativo. Levantó la vista y se miraron durante un largo rato, leyendo la sonrisita en los ojos del otro.

Fionn se estaba burlando de sí mismo, de esa persona que Loretta y las demás esposas de Pokey adoraban, esa persona que sabía que Grainne podía trascender. Y a ella le gustó aún más por eso. Aunque su admiración era puramente profesional, se alegró de que Fionn no fuera estúpido. Por lo menos sería capaz de recordar el guión.

—¿Te gusta trabajar de jardinero? —le preguntó. Él no lo sabía, pero estaba siendo entrevistado para un trabajo.

—¡Me encanta!

—En serio. —Grainne era consciente de que lo había subestimado, ambos estaban de acuerdo en eso. Pero ahora necesitaban tener una charla como era debido.

—¿En serio? ¿Quieres que hable en serio? Muy bien. —Fionn suspiró. También podía hablar en serio. Podía ser lo que cualquier mujer le pidiera. Durante un rato, al menos—. No puedo imaginarme haciendo otra cosa.

—¿Por qué?

—Las flores, las plantas... son como milagros. Plantas un bulbo nudoso en la tierra, todo muere a su alrededor y de repente, dos o tres o cinco meses más tarde, un brote empieza a asomar, regresando de los muertos.

—Sigue... —¡Cómo se le iluminaba la cara! Grainne podía ver cómo la captaría la cámara. ¡Oro televisivo!

—No se trata solo de embellecer el mundo. También puedes plantar tus propias hortalizas.

—Yo no. Mi jardín tiene el tamaño de una caja de cerillas.

—No necesitas mucha tierra. Esto de aquí —Fionn abarcó con la mano el cuarto de acre de Carmine y Loretta— podría ser tu jardín del edén privado.

La dolorosa perfección de sus palabras casi la dobló en dos: ¡Tu edén privado! ¡Ya tenía el nombre del programa! O puede que «Tu jardín secreto», que tenía deliciosas connotaciones sexuales, tan práctico dado el sorprendente atractivo de Fionn.

La mente de Grainne empezó a generar ideas y cuando regresó con ellas a Excellent Little Productions, dedicaron largo tiempo a debatirlas. ¿Tu edén privado? ¿Tu jardín secreto? ¿El jardín del edén? Se pasaron varios días buscando el título ideal, pero no fueron días desperdiciados, porque en televisión, una vez que das con el nombre, lo demás es pan comido.

—En marcha —dijo Mervyn Fossil, empujando a la gente hacia la sala de reuniones—. Ya hemos perdido suficiente tiempo esperando a... —Captó la mirada de advertencia de Grainne: no ofendas abiertamente al talento. De mala gana, se tragó las palabras «ese idiota»—. Vamos —dijo en su lugar—. Es hora de trabajar.

Pero Fionn se quedó donde estaba, introdujo la mano en un bolsillo de su cazadora y sacó una ramita de algo.

—¿Qué es esto? Está un poco aplastada pero parece... ¿valeriana? —Se la tendió a Mervyn Fossil—. ¿Te parece valeriana?

Mervyn Fossil retrocedió.

—No reconocería una valeriana aunque se me echara encima y me mordiera las pelotas.

Fionn parecía un poco perplejo; estaba claro que no tenía mucho trato con gente tan desagradable como Mervyn Fossil. Pero no parecía molesto. Tomándose su tiempo, introdujo la mano en otro bolsillo y sacó un librito sobado y sucio. Era una enciclopedia de hierbas con ilustraciones y

descripciones. Despacio, pasó las finas hojas hasta dar con la valeriana y la comparó con la ramita que sostenía.

—Ajá, justo lo que pensaba, valeriana. Aporta calma, serenidad y esperanza, alivia el sufrimiento... —Pasó una mirada evaluadora por Grainne, Mervyn, la estilista y demás, pero no encontró lo que buscaba. Luego giró sobre sus talones hacia el mostrador que tenía detrás, donde Alina lo miraba muerta de curiosidad.

—Tú —dijo—. ¿Cómo te llamas?

—Alina.

—Alina, puede que la necesites.

Tras un silencio atónito, Alina aceptó la ramita de valeriana y por sus mejillas empezaron a rodar gruesas lágrimas.

—¿Qué? —espetó Mervyn.

—Ayer se me murió el gato.

—Oh, no —murmuró Grainne, que amaba los gatos.

Rebosando gratitud, Alina le preguntó a Fionn:

—¿Cómo lo sabías?

—No lo sabía —respondió él con modestia.

—Sí lo sabías.

Mervyn Fossil miró con desconfianza a Fionn y preguntó:

—¿A qué juegas, hijo?

—Cierra el pico —le espetó secamente Grainne, y Mervyn obedeció.

OceanofPDF.com

Día 58...

Camino del trabajo, un coche estuvo a punto de rozar la rueda trasera de la bici de Maeve, pero logró virar justo a tiempo. Maeve pensó entonces en una frase que recordaba vagamente de *El gran Gatsby*, la cual venía a decir que uno podía permitirse conducir temerariamente porque todos los demás conducían con cuidado. Claro que ella no estaba conduciendo. Porque no sabía conducir.

Había suspendido el examen de conducir cuatro años atrás y a menudo se preguntaba si, de haber aprobado, habría sucedido lo que sucedió.

Cuatro años atrás...

—¿Y? —Un mínimo de diez rostros expectantes estaban esperando en la mesa de Maeve, que intuyó la presencia en algún lugar de una tarjeta de felicitación, un pastel, puede que hasta una botella de algo espumoso. Solo tenía que decir la palabra mágica para que salieran de su escondite.

Maeve bajó la cabeza.

—He suspendido.

—¡Oooh!

Nadie lo esperaba. Todo el mundo, desde luego, tenía historias aterradoras que contar sobre el examen de conducir, sobre las cosas inesperadas que podían ocurrirle incluso al mejor preparado, pero Maeve, a su manera tranquila y apacible, siempre conseguía lo que se proponía.

David se apresuró a animarla.

—Todo el mundo suspende la primera vez. Es un rito de iniciación. Te habríamos considerado un bicho raro si hubieras aprobado.

—¡Exacto!

—Te hemos comprado un pastel —dijo David, y Roja lo sacó de detrás de su espalda. El pastel tenía escrito «Felicidades» con azúcar glas.

—Naturalmente, significa «Felicidades por no aprobar» —explicó David—. Renzo, ¿puedes cortarlo?

—También te hemos comprado una botella de champán.

Maeve meneó la cabeza.

—Sois los mejores compañeros del mundo.

No obstante, le dedicó una sonrisa especial a David para transmitirle que sabía que él había sido el impulsor de todo ese amor.

—¿Nos la bebemos ahora o esperamos a terminar el trabajo? —preguntó David.

—¡Ahora, qué demonios!

La abrieron y pasaron vasos de plástico.

—¡Por el suspenso!

Mientras repartía porciones de pastel, Fatima preguntó:

—¿Quieres hablar de ello?

—Sí, claro. —Maeve ya se sentía mejor. La primera punzada de humillación había pasado—. Bien, el mejor consejo que puedo dar a quien aspire a aprobar su examen de conducir es: ¡no practiques con el tractor de tu padre! No me preparó para el examen real. Me sentía muy rara, muy cerca del suelo.

No necesitaba explicar a los demás lo caras que salían las clases de conducir, todos estaban al corriente.

—Pero ¿sabéis lo más irritante de todo? Que mi padre tiene coche.

—¿Y por qué no te dejó practicar con él? —preguntó Franz—. ¿Tenía miedo de que se lo abollaras?

—Qué va —respondió, apesadumbrada, Maeve—. Todo lo contrario. Me dijo que cualquiera es capaz de conducir un coche, pero que se necesita mucha habilidad para conducir un tractor. Cree que soy brillante, cree que puedo hacer cualquier cosa. Vaya, un palo.

—Se va a llevar un disgusto cuando se entere. —David había visto, de primera mano, lo mucho que sus padres la adoraban.

—Ya lo sabe —dijo Maeve—. Y está que arde. Una injusticia, lo llama. Quiere averiguar el nombre del examinador para poder hacer una reclamación oficial.

En medio de las risas, interrumpiendo lo que Maeve estaba diciendo:

—Por lo menos sé hacer surcos rectos y pulidos...

... llegó la voz de Matt:

—¡Acabo de enterarme! —dijo—. ¡Estaba en una reunión y acabo de enterarme!

Avanzó con determinación hacia Maeve y el resto se apartó instintivamente para hacerle sitio.

—¡Cabrones! ¡Tiranos de pacotilla! —Matt envolvió a Maeve en un abrazo reconfortante y le colocó la cabeza sobre el hombro de su traje

oscuro. Su humanidad los conmovió a todos. Una cosa era que ellos, sus compañeros, se preocuparan por Maeve, pero Matt, por muy accesible que fuera, era su jefe. Y no fue un abrazo fugaz, de entrar y salir, no; duró más del medio segundo obligatorio. Se notaba que Matt lamentaba sinceramente la humillación de Maeve. Qué bueno era, pensaron todos. Qué gran tío. Algunos compañeros estaban sonriendo con un brillo sospechoso en los ojos. Entonces se produjeron los primeros indicios de alarma. A esas alturas el abrazo ya debería haberse deshecho. Había durado un segundo más de lo que se consideraba aceptable. Hora de ponerle fin. «Terminadlo. ¡Terminadlo ahora!» Pero Matt y Maeve seguían enganchados. Para desconcierto de todos, Matt incluso la estrechó un poco más y Maeve apretó un poco más la cara contra su cuello.

«Separaos ahora y nadie saldrá perjudicado.» Las sonrisas de los observadores se estaban congelando y desvaneciendo. Quietos como estatuas alrededor de las dos siluetas convertidas en una, cruzaban miradas asustadas, inquisitivas, pero nadie se atrevía a mirar directamente a David.

Una emoción candente emanaba de Matt y Maeve, una emoción que traspasó su círculo inmediato y llegó hasta todos los rincones de la oficina, alcanzando a Natalie. «Algo va mal.» Se levantó y echó a andar hacia el grupo que rodeaba la mesa de Maeve.

Finalmente, para alivio de todos, Maeve levantó la cabeza. «Separaos —les instó el pensamiento colectivo—. Matt, vuelve a tu despacho. Maeve, siéntate a tu mesa. Y todos haremos lo posible por fingir que esta extraña escena nunca ha ocurrido.»

Pero, para su horror, la cosa solo hizo que empeorar. Matt también alzó la cabeza, y cuando sus ojos encontraron los ojos de Maeve, una descarga de energía pasó entre ellos con un chisporroteo casi audible. Se miraron maravillados, intercambiando sus almas. Maeve levantó una mano para tocar la cara de Matt, como si quisiera comprobar que era real, que lo que fuera que estuviera sucediendo estaba sucediendo de verdad. Todos los espectadores sabían que no estaba bien presenciar ese momento de extrema intimidad, pero eran incapaces de apartar la vista.

No era la forma en que Matt había planeado decirle a Nat que ya no la quería, pero ella captó el mensaje de todos modos. Digna como siempre, abandonó la escena, salió de la oficina, condujo con el coche hasta el

centro, estacionó en un aparcamiento de varias plantas y lloró. Luego se compró un gel de ducha, se hizo cortar quince centímetros de cabello, comió once macarrones, bastante grandes, y se sintió lista para seguir con su vida.

La cara blanca de David fue lo primero que vio Maeve cuando emergió de su trance. Era la cara de alguien que había conocido hacía una eternidad. En el transcurso de cuarenta y siete segundos su mundo había dado un vuelco.

Necesitaba decir algo para enderezarlo pero no le salían las palabras. Miró suplicantemente a David.

«¿Qué ha ocurrido?», le preguntó él con la mirada.

No lo sé.

«Te quiero.»

Lo sé.

«Y pensaba que tú me querías.»

Yo también.

«Me has humillado.»

No sabía que esto iba a ocurrir...

Todos sus compañeros, salvo Matt, se habían esfumado.

—David, yo... —Pero a Maeve no se le ocurrió nada que decir. David la estaba mirando, esperando que arreglara las cosas—. Lo siento —susurró. No soportaba su mirada, el espanto, el dolor, la rabia—. Lo siento mucho.

—No le llegas ni a la suela del zapato —le dijo David a Matt con la voz temblorosa—. Solo eres... un traje. —Devolvió su feroz mirada a Maeve—. En cuanto a ti, no sé qué estás haciendo y me parece que tú tampoco. No creas ni por un segundo que esto termina aquí.

OceanofPDF.com

Día 58...

Katie había tenido un día difícil intentando despertar el interés de los medios por un cantautor poco conocido que iba a «causar sensación». Finalmente llegó a casa, y estaba medio dormida en el sofá, viendo *The Gilmore Girls*, preguntándose si no debería simplemente irse a la cama, cuando sonó su teléfono fijo. Comprobó el número con recelo. Nadie llamaba ya a los teléfonos fijos. Nadie salvo su madre. Efectivamente, era ella. Barajó la posibilidad de no contestar, pero sabía, por experiencia, que su madre no pararía hasta que descolgara.

—¿Mamá?

—¿Cómo sabes...? Te rogaría que dejaras de hacer eso, me saca de quicio.

—¿Cómo estás, mamá?

—Te llamo para desearte feliz cumpleaños porque mañana tengo un día muy atareado.

—Gracias. Y gracias por la panera.

—No tan glamurosa, ni mucho menos, como un reloj de platino pero útil.

—Me gusta que sea útil.

—Cuarenta, Katie. ¿No te parece increíble? Los años vuelan. Y ahora que te tengo al teléfono, deberías empezar a pensar en tu pelo.

—¿Qué le pasa a mi pelo?

—Lo llevas demasiado largo.

—Lo llevo justo por debajo de los hombros.

—Pero ahora tienes cuarenta años. Tendrás que empezar a parecerlo.

Penny Richmond vivía su vida de acuerdo con un rígido código basado en el miedo. Tenía un montón de reglas y Katie nunca sabía muy bien de dónde las sacaba. (Ejemplos: si no pintabas la fachada de tu casa cada cuatro años, la asociación de vecinos podía autorizar una flagelación pública; si oías a tu vecino propinar una paliza de mil demonios a su esposa cada noche, debías clavarte la lengua a la pared antes que contarle; tenías que asistir a todos los actos a los que te invitaban aunque detestaras a los demás invitados porque la mala educación podía matarte.)

—Y el color, Katie. Tienes que dejar de teñírtelo tan oscuro.

—Es mi color natural. Solo me cubro las raíces.

—Se sabe que a medida que nos hacemos mayores la piel pierde luminosidad y...

Katie estalló.

—¡Oye, sé que hay que ir aclarándose el pelo con la edad, pero a mí me gusta así!

Un alarido ahogado cubrió la línea, seguido de un largo silencio de indignación. La propia Katie estaba sorprendida de su audacia; quien discutía con Penny Richmond, mártir por antonomasia, debía hacerlo por su cuenta y riesgo.

—Lo siento, mamá —dijo, incómoda—. No sé qué me ha pasado.

Con la voz temblorosa, Penny respondió:

—Yo tampoco lo sé. No voy a fingir que no me ha dolido, Katie, pero dado que es tu cumpleaños, trataré de olvidarlo.

En cuanto Penny colgó, Katie llamó a MaryRose.

—Contesta, contesta —suplicó, pero saltó el buzón de voz. Eso era lo que sucedía cuando tu mejor amiga tenía un hijo con un hombre casado. Su disponibilidad para escuchar las quejas de Katie sobre su madre había disminuido drásticamente porque estaba yendo de aquí para allá esterilizando cosas, haciendo purés y paseándose con una niña a la que le estaban saliendo los dientes.

Katie no entendía cómo se las apañaba MaryRose, y la propia MaryRose había amenazado con arrojarle a la calzada desde el puente Stillorgan cuando se enteró de que estaba embarazada a los treinta y nueve. Era demasiado vieja, dijo, cuando diera a luz tendría cuarenta y medio. ¿Y cómo había sucedido? Se habría dicho que todas las mujeres del mundo estaban recurriendo a la inseminación in vitro y aquí estaba ella, prácticamente menopáusica, habiéndolo hecho una vez, una sola vez sin condón, y va y se queda embarazada. ¡Increíble!

Pero unos días después de que la aterradora línea azul apareciera en la varilla, MaryRose cambió de parecer. Hinchida de orgullo, le contó a Katie que acababa de leer en *Vogue* que las madres solteras primerizas de cuarenta años estaban de moda.

—No pretendo alardear, pero quizá sea la primera en Irlanda —dijo—. ¿Qué te parece? Formo parte del *zeitgeist*. Creo que es la primera vez que

me sucede. Y no he tenido que pasar por inseminaciones in vitro ni donantes de espermia ni adopciones en China. Estoy entre las afortunadas.

Katie la miró alucinada.

—Ni siquiera sabía que quisieras tener un hijo —dijo.

A lo que MaryRose respondió:

—Antes no, pero ahora sí.

Las hormonas del embarazo, habían concluido las dos.

Katie le dejó un breve mensaje y se preguntó a quién podía llamar. No podía telefonar a Conall. Él la había llamado esa misma tarde, antes de regresar a su despacho, y no quería interrumpir la carnicería. Probaría con Sinead. Pero Sinead estaba en un bar y apenas podía oírla, y se negó a moverse porque «hay un muchacho que no me quita ojo». Al final solo le quedaba Naomi. No se solidarizaría con ella, pero al menos entendía a su madre.

—Acabo de tener una agarrada con mamá.

—¿Por qué?

—Por una tontería.

—Vete acostumbrando —dijo Naomi—. En cuanto cumplas cuarenta te estarás peleando con ella a cada rato.

—¡Qué palo, por Dios! Y ni siquiera he cumplido todavía los cuarenta.

—Eso es porque has sido una buena chica y has hecho los deberes. — Naomi le había aconsejado que empezara a mentalizarse a los treinta y ocho —. Sigue diciéndote: tengo cuarenta, tengo cuarenta, tengo cuarenta. Así, cuando ocurra de verdad, no te deprimirás tanto.

Pero Sinead le había aconsejado todo lo contrario.

—Niégalo, es lo mejor. Incluso cuando ocurra, finge que todavía tienes treinta y nueve. Finge que tienes treinta y nueve el resto de tu vida, hasta que te mueras. Lógicamente, la gente descubrirá entonces que mentías y se llevará una decepción, pero a ti te dará igual porque estarás muerta.

—Me alegro de que me hayas llamado —dijo Naomi—. ¿Puede venir Dawn a tu cena de cumpleaños del sábado? Resulta que desde que tuvo el bebé hace siete meses no ha salido una sola noche.

Dawn era amiga de Naomi, no de Katie, pero era simpática.

—Eh... supongo que sí, por qué no.

—¿Quién más habrá? —preguntó Naomi.

—MaryRose, Sinead y Tania.

—¡Tania! —Naomi parecía complacida—. Así tendré algo en común con alguien. —Tania estaba casada y tenía dos hijos—. Las demás son unas solteras amargadas.

—¡No están amargadas! No más que vosotras, las mujeres casadas, siempre hablando de lo mucho que aborrecéis a vuestros maridos. Y MaryRose no está exactamente soltera.

—Su novio, el padre de su niña de diez meses, vive con su esposa y dos hijos, le pasa manutenciones esporádicas y hace casi cuatro meses que no ve a Vivienne. Créeme, Katie, MaryRose está soltera.

Siguió un silencio durante el cual Katie lamentó no ser capaz de ocultarle nada, nada, a Naomi. (Salvo un secreto espectacular sobre su hermano Charlie que conocía por gentileza de Conall y que se estaba guardando para cuando realmente necesitara desvelarlo.) Luego dijo:

—Ten cuidado, Naomi, cada día te pareces más a mamá.

OceanofPDF.com

Día 58...

Conocieron al grupo de sijs que celebraba una despedida de soltero en la cola para entrar en el Samara y fue uno de ellos quien propuso secuestrar el Viking Splash. Lydia estuvo de acuerdo porque detestaba hacer cola; era degradante.

—Eres demasiado impaciente —le había dicho Shoane cuando se sumaron a la cola. Shoane quería entrar en el Samara; lucía unos zapatos nuevos de color rojo, que casi todo Dublín había visto ya, y quería añadir a la gente del Samara—. Es la despedida de soltera de Poppy. Tienes que hacer lo que ella quiera.

—Detesto perder el tiempo —le había contestado Lydia con frustración. Últimamente tenía tan pocas noches libres...

—La cola va deprisa —la tranquilizó Poppy—. Estaremos dentro en menos de diez minutos.

—¡Diez minutos! —exclamó Lydia—. Este pobre hombre —señaló al bisabuelo del grupo de sijs, un caballero robusto pero anciano con una imponente barba estilo Viejo Testamento y un turbante del tamaño de un coche pequeño— podría morir en los próximos diez minutos. Sin ánimo de ofender —añadió, dirigiéndose al hombre.

El hombre respondió que no lo ofendía, que estaba de acuerdo con ella, que a esas alturas de su vida, con ochenta y un años, le gustaba sacar el máximo rendimiento a cada segundo.

—Siempre he confiado en morir dignamente —dijo—. Morir de madrugada esperando a que me nieguen la entrada en un superbar de Dublín no sería digno. La necrológica tendría que ser deliberadamente vaga.

—Podría decir que murió rodeado de familiares y amigos —contestó Lydia—. Por lo menos esa parte sería cierta. —Señaló a los muchos hombres presentes con turbante. El grupo, que había venido de Birmingham, constaba de diecisiete miembros y contenía cuatro generaciones: el novio, su padre, su abuelo y su bisabuelo, además de primos, hermanos y tíos varios.

—Pareces una joven de recursos —dijo el bisabuelo sij—. Si pudieras sacarme de esta cola, te estaría muy agradecido.

—Vale. —Siempre dispuesta a aceptar un desafío, Lydia levantó la voz y gritó—: ¡Eh, papaíto tiene pinta de estar a punto de palmarla!

Algunas personas parecieron tomárselo en serio, luego alguien —al día siguiente intentaron determinar quién, pero ninguna guardaba un recuerdo lo bastante fiable— había gritado:

—¡Secuestremos el Viking Splash! —Y la propuesta había obtenido la aprobación de todos, incluso de Shoane.

Los sijs, Lydia, sus tres amigas y algunos añadidos abandonaron rápidamente la cola y subieron por la calle Dawson, abriéndose paso entre la marabunta de juerguistas, hasta donde les esperaba el Viking Splash.

Se trataba de un vehículo anfibia muy popular entre los turistas. La ruta recorría numerosos lugares destacados de Dublín y, como electrizante apoteosis final, se sumergía en el Gran Canal y navegaba apaciblemente durante un rato antes de regresar a tierra. Solo operaba durante el día pero —los detalles volvían a ser vagos— los sijs habían hecho nuevos amigos, tres tipos, los tres llamados Kevin, uno de los cuales era guía turístico de Viking Splash, había birlado la llave de la oficina y estaba dispuesto a darles una vuelta nocturna por un precio reducido y estrictamente extraoficial.

Alarmada ante la perspectiva de no tener alcohol durante el tiempo que durara el paseo (cuarenta y cinco minutos), Poppy le compró diez latas de «psicosidra» a un grupo de vagabundos y las repartió entre Lydia, Shoane, Sissy, los tres Kevin, la tronchante depiladora búlgara, su tronchante amiga y la mujer alta y callada que, haciendo memoria, no pertenecía a nadie. («Pensaba que estaba con las búlgaras.» «Los Kevin pensaban que era de nuestro grupo.») Los sijs, por increíble que pareciera, no bebían.

Subieron al vehículo —los chalecos salvavidas naranjas no entraron por los turbantes de los sijs pero tampoco importaba porque ya estaban infringiendo tantas normas que daba igual una más— y se sumergieron en la noche.

Esto ya le gustaba más, pensó contenta Lydia mientras los edificios pasaban volando por su lado. Ya que había tenido que renunciar a sus ingresos del jueves, una de las noches más lucrativas de la semana —y había tenido que hacerlo, ella y Poppy eran íntimas amigas desde su primer día de colegio, no podía perderse su despedida de soltera—, quería que fuera una gran noche.

Las noches de los jueves eran muy animadas, puede que incluso más que las de los viernes, y Lydia estaba acostumbrada a pasarlas trasladando de un lado a otro a pandillas de chicas borrachas que inundaban la parte trasera de su taxi en una maraña de piernas desnudas, uñas brillantes y cabellos de secador, cantando, llorando y murmurando para sí. Su plan para esa noche era ser una de ellas.

Había salido de casa muy maquillada, con tacones altos y un vestido muy corto. Tan corto que Jan, al verla, se había tapado los ojos con un paño de cocina al tiempo que se santiguaba. Andrei se la quedó mirando pero no dijo nada.

—Vamos —dijo ella.

—¿Vamos?

—Di lo que estás pensando. Sé que te mueres de ganas por decírmelo.

Andrei se encogió de hombros.

—Estás bien.

Lydia aguardó. Tenía que haber más.

—Zorrón pero bien.

Se miraron con resentimiento.

—Mejor eso que dar la impresión de que guardo mi jardín en el congelador —replicó.

Andrei pareció aumentar de tamaño.

—¿Estás hablando de mi Rosie?

—¿A quién más conocemos que mantenga su jardín privado en el congelador? —Lydia, no había otra palabra para ello, odiaba a Rosie. Su recato pueblerino, sus faldas modestas y sus *spritzers* de vino blanco y sus fantásticas botas de piel compradas en las rebajas. Lydia solo encontraba porquerías en las rebajas, y si encontrabas botas, para cuando refrescaba lo suficiente para ponértelas ya eran las botas de la temporada anterior y nadie con un mínimo de cabeza saldría con unas botas de la temporada anterior.

Lydia chasqueó sus labios brillantes, le lanzó a Andrei una mirada de desprecio que tuvo un efecto especialmente brujesco por el delineador verde oscuro, y se marchó.

Comenzaron la noche siendo once, y las probabilidades de que fuera tranquila no eran muy altas.

—Ponme cuatro dosis de alcohol —le dijo Lydia al camarero—. En lo que tú quieras. Sorpréndeme.

Cuando su bebida sorpresa llegó (un daiquiri de grosella negra), dijo:

—Esto es consumo concentrado de alcohol. Sé que estamos de juerga, pero aunque no lo estuviéramos, lo sería. Hoy día dos botellas de Magners cuentan como consumo concentrado de alcohol.

—No me extraña que la pillemos de verdad si son tan mezquinos en cuanto al consumo normal —dijo Shoane, y todas estuvieron de acuerdo en que dado que iban a acusarlas de consumo concentrado de alcohol, mejor sacarle el máximo partido y pillarla de verdad.

—Somos la clase de chicas de las que hablan en los artículos de los periódicos.

—Por lo menos nosotras llevamos bragas —dijo Poppy.

Aunque algunas tenían sus dudas con respecto a Shoane.

—¿Pedimos otra aquí o vamos a otro lugar?

Shoane decidió que probarían otro local para que la gente pudiera ver sus zapatos rojos. La noche transcurrió animadamente de pub en pub mientras ganaban y perdían gente por el camino. Para cuando conocieron a los sijs, eran algo más de las dos de la madrugada y ya solo quedaban Poppy, Lydia, Shoane y Sissy. Al paseo ilegal a bordo del Viking Splash siguió una fiesta improvisada en la habitación de hotel del padrino del novio sij. Luego, una vez consumidos todos los botellines del minibar, todo el mundo se fue a casa.

Sissy besuqueó a su taxista. Shoane apareció a las cinco de la mañana en casa de sus padres, a pesar de que hacía siete años que ya no vivía allí, llorando y diciendo incoherencias y sin sus zapatos rojos. Poppy llegó a casa con pegotes de materia en el pelo, que luego identificó como vómito, el cual, insistió con gran dignidad, no era suyo. («Seré muchas cosas, pero no soy una vomitadora.») Y Lydia se despertó en la cama de Gilbert, donde él le exploró el cuerpo con sus bellas manos y descubrió tres misteriosos moretones en la espinilla izquierda.

Todas coincidieron en que fue una gran noche.

OceanofPDF.com

Día 57

—Por lo general no me gustan los perros, pero tú eres diferente. Estás hecho de una pasta especial. Creo que confío en ti, y a mí no me resulta fácil confiar. ¿Quieres algo? ¿Qué es esto? Galletas caninas. Toma un par. Insisto. Te las mereces. Si quieres, me comeré una para acompañarte.

Desde su dormitorio, Jemima podía oír a Fionn en la cocina tratando de ganarse a Rencor. Poderoso enfrentamiento de voluntades. Rencor, criatura paranoica y vengativa que se sentía tremendamente amenazada, odiaba a Fionn. Pero Fionn tenía que conseguir que todo el mundo, perros inclusive, lo quisiera. Si no ocurría desde el principio, nada lo detenía, iba abriéndose paso con sonrisas y cumplidos hasta que la persona, de puro hartazgo, accedía a quererlo con todo su corazón. No obstante, teniendo en cuenta por lo que había pasado el pobrecillo, no había salido nada mal. Quizá algo propenso a preferir la compañía de las hortalizas a la de los seres humanos, pero si Jemima pensaba en el abanico de potenciales conductas disfuncionales —drogadicción, decoración compulsiva y demás—, no podía quejarse.

Jemima todavía se acordaba de cuando Fionn, con doce años, llegó a Pokey con Angeline, su madre. Su llegada generó un verdadero alboroto en el pueblo. Sus habitantes solo habían visto por la tele a gente como Angeline, con su belleza sofisticada, ojerosa, cautivadora, y su hija, una preciosa Angeline en miniatura. (Debido a sus rizos rubios y su carita mohína, la gente tardó seis meses en darse cuenta de que Fionn no era una chica.)

La historia era que se habían ido de Dublín «por el clima». La gente, naturalmente, lo interpretó como un eufemismo. ¿Estaba Angeline huyendo de la ley? ¿De un asunto de drogas que salió rana? Porque, ¿quién con dos dedos de frente se iría a vivir a Pokey por el clima? De hecho, como opinaban muchos de los lugareños más inquietos, ¿podía haber alguna razón para querer vivir en Pokey?

Madre e hija se instalaron en un piso de un dormitorio situado detrás de una casa de apuestas y casi tan pronto como cruzaron el umbral ya iban retrasadas con el pago del alquiler. Angeline consiguió un trabajo en el pub y lo perdió casi de inmediato. Encontró otro empleo en el *fish and chips* pero la despidieron antes de que terminara la semana. Su faceta de

limpiadora tampoco duró mucho. El problema era que Angeline «enfermaba» a menudo.

«Holgazana», era la opinión general. «O borracha. Una dublinesa holgazana y borracha. Que se maquilla demasiado. Y hace ojitos a nuestros hombres.»

«Y tiene una hija falsa, no os olvidéis de la hija falsa.» (Angeline nunca había intentado hacer pasar a Fionn por una niña, pero el error de los lugareños les hizo sentirse idiotas y, luego, ofendidos.)

«Drogas», susurró alguien con una mano en la boca. «Y ese niño-niña no tiene padre.» Les encantaba hablar de Angeline. Inagotables, implacables, observaban y hablaban, hablaban y observaban, y perdieron todo su interés en espiar a los excéntricos protestantes de la ridícula casa de cristal. La belleza de Angeline, sus ojos perfilados con kohl, su pasado turbio... era mejor que un culebrón.

Cuando murió, nadie podía creerlo.

Al parecer, tenía un enfisema. La historia de que había venido a Pokey por el clima era completamente cierta. Había llegado en busca de aire fresco para reparar sus dañados pulmones cuando lo que en realidad necesitaba era medicación. Pero como era una mujer frágil y falta de sentido práctico que ansiaba obtener resultados positivos sin la más mínima comprensión de cómo hacer que ocurrieran, no había pedido ayuda.

Naturalmente, nadie en el pueblo le había ofrecido ayuda. No podían. Aunque se habían percatado de que llevaba una vida caótica —Fionn no iba al colegio y Angeline solía dar la nota en el supermercado porque no tenía dinero suficiente— la familia de Angeline tendría que haber llevado cuatro generaciones viviendo en el pueblo para poder aceptarla como uno de ellos. Duro, quizá, pero las reglas eran las reglas.

Todo el mundo dio por sentado que Angeline había sido una mujer ligera de cascos que ignoraba quién era el padre de su hijo, pero Fionn facilitó algunos detalles y una llamada telefónica a la policía de Pokey bastó para localizar a Pearse Purdue. Un hombre bello, en opinión de Jemima. Tanto como Angeline y, como ella, un espíritu libre. (O, si querías ser poco piadoso, que no era la intención de Jemima, patológicamente irresponsable.) Pescador de oficio, Pearse se había pasado la vida faenando con pesqueros a lo largo de la costa occidental. Fionn había sido el resultado de un breve pero apasionado matrimonio, y aunque se separaron —Pearse pasaba en el mar once meses al año y Angeline hablaba un pelín demasiado lento para su

gusto— mantenían una relación cordial. Pearse quería a Fionn pero reconocía que era incapaz de hacerle de padre.

Había que buscarle una familia de acogida.

Fue entonces cuando Jemima y Giles intervinieron. La muerte de Angeline los había dejado horrorizados.

—¿Cómo hemos podido permitir que ocurriera? —le preguntó Jemima a Giles.

—Le llevabas sopa.

—Pero no era consciente de lo enferma que estaba. Fionn le daba Lemsip. Pensaba que no era más que un fuerte catarro.

—No podíamos saberlo —dijo Giles, masajeándole los hombros—. No podíamos saberlo. Pero ahora podemos darle un hogar a Fionn.

—Les dará mucho trabajo —le advirtió el hombre de Servicios Sociales a Jemima—. Ha heredado la tendencia irresponsable de ambos lados de la familia. Por duplicado. Es un caso perdido. Y parece una niña.

—A Giles y a mí no nos asusta —replicó Jemima—. Los niños equilibrados siempre encuentran un hogar, pero son los niños con problemas los que de verdad lo necesitan.

OceanofPDF.com

Día 57...

Finalmente, hoy es el cumpleaños de Katie.

—Cuarenta —dijo Danno cuando la vio entrar en la oficina—. Siguiendo parada, la muerte.

Una pequeña delegación de compañeros se acercó a su mesa.

—Feliz cumpleaños, señora Richmond —dijo Danno. Le tendieron una tarjeta y un paquete—. Es una tontería, nunca podríamos competir con el Verdugo, pero le hemos puesto mucha imaginación.

Era una agenda de cuarenta cumpleaños. En la tapa decía: «La vida empieza... Una guía de lo que te queda por vivir.» En la parte superior de cada hoja había un pensamiento alentador.

—Es divina. —Katie la hojeó—. Leeré el mensaje de hoy. «Baila jubilosamente cada día de tu vida. Pero no permitas que nadie te vea. A tu edad, no.» Es precioso. No teníais que haberos molestado, chicos.

—¡Verdugo Hathaway está aquí!

Estupefacta, Katie miró a Danno.

—¿No habías dicho que estaba en Helsinki? —preguntó Danno acusadoramente.

—Y estaba.

—Ha vuelto para llevarte a comer —dijo George.

Probablemente tenía razón, pensó Katie. Conall era el hombre idóneo para los gestos espléndidos.

—En un avión privado con tapicería de cuero beis y moqueta azul real hasta el tobillo —añadió George en tono soñador—. Bebiendo Krug y comiendo caviar Beluga a pesar de que el caviar sea raro y asqueroso. Con esa textura que te revienta en la boca... es el Space Dust de los gourmets.

—Cierra la boca, pirado —espetó Danno. Luego, a Katie—: Está esperando abajo. Comiendo chocolate, como siempre, para digerir toda la culpa acumulada. Está deseando verte.

Katie se tomó su tiempo. Tenía otros planes para la hora de la comida del día de su cumpleaños y le molestaba el atrevimiento de Conall. Vale, solo tenía planeada una visita a la sección de protección podal de Boots, pero, para una mujer que vivía sobre tacones, era el lugar donde coincidían

dos de sus principales intereses. Estaba ligeramente obsesionada con los protectores de plantas, unos cojines de gel invisibles que prevenían la desagradable sensación de ardor en la bola del pie. Todavía no había encontrado una marca que le funcionara, que no se despegara del zapato para pegarse al pie, pero no había perdido la esperanza. También había visto un anuncio de un producto nuevo, un maravilloso gel transparente que protegía el dedo meñique en las sandalias abiertas, y quería echarle un vistazo. Y se le habían terminado los protectores de talón, sin los cuales no podía vivir. No solo evitaban que los talones sin medias sufrieran rozaduras, sino que ayudaban a fijar el pie al zapato, impidiendo que se saliera en momento críticos de la vida, por ejemplo cruzando un escenario para aceptar un premio frente de centenares de personas, como le sucedió a ella años atrás, cuando fue premiada como Relaciones Públicas del Año. La estatua, que descansaba sobre la repisa de la chimenea, había perdido lustre, pero no podía decir lo mismo de ese recuerdo particularmente humillante. Jamás iba a permitir que se repitiera.

Hizo las cuatro llamadas que tenía previstas desde antes de que Danno anunciara a Conall y, acto seguido, se dirigió pausadamente al servicio de mujeres y se puso todo el maquillaje que pudo encontrar en su bolso. Solo entonces cogió el ascensor para bajar. Y allí, tal como había dicho Danno, estaba Conall, tecleando en su BlackBerry, absorto y con la expresión sombría.

Cuando ella se acercó, Conall alzó la cabeza y todo su cuerpo se relajó. Se levantó de un salto. Katie se dejó besar. No fue un beso superapasionado, después de todo estaban en su lugar de trabajo y él no le había colgado el espejo ni había contestado a su mensaje de texto. Katie se apartó.

—Feliz cumpleaños —dijo Conall con la mirada chispeante.

—¿Qué ha ocurrido en Helsinki?

Conall se encogió de hombros sin dejar de sonreír.

—Es tu cumpleaños.

—¿Quieres decir que hubo una interrupción en las negociaciones pero tienes que volver mañana?

—Ajá. —Conall suspiró—. No puedo ocultarte nada. Ni siquiera sé por qué lo intento. ¿Puedo invitarte a comer?

Katie hizo una pausa. Pensó en su espejo.

—Puede.

—¿Te tomarás la tarde libre y la pasarás conmigo en la cama?

—Tengo una rueda de prensa.

—Te he echado de menos —dijo él dulcemente.

—Tengo una rueda de prensa. —Katie apretó la mandíbula. No se permitiría decir otra palabra.

Conall tenía un poder de persuasión inhumano. Ni siquiera necesitaba hablar para imponer su voluntad, solo tenía que mirarla con esos ojos acongojados, unos ojos que decían que era un hombre infeliz y que lo único que hacía que esta vida resultara soportable era Katie.

El hecho de que Katie volviera a salir con él tras la desastrosa primera cita en Glyndebourne daba una idea de su poder de persuasión. Había decidido que no quería saber nada de él, pero Conall consiguió convencerla de que le diera otra oportunidad. En la segunda cita, que fue completamente distinta del viaje a la ópera pero probablemente igual de arriesgada, Conall la llevó a conocer a su familia. Era el cumpleaños de sus sobrinos Laddie y Hector, gemelos idénticos de catorce años con idéntico corte de pelo hostil sobre los ojos e idéntica falta absoluta de interés por Katie cuando fue invitada a pasar a la pequeña sala de estar. Solo a instancias de Conall farfullaron un «hola», pero permanecieron inmóviles, uno repantigado en el sofá, el otro en el suelo.

Katie se quería morir. Solo un chiflado podía pensar que aquello era una buena idea. Pero el hermano de Conall, Joe, un hombre de ralo pelo rojizo, era simpático, y también Pat, su esposa. Al rato una niñita entró como un terremoto en la sala y declaró:

—Me gustan tus zapatos.

—¿Te refieres a mí? —preguntó Katie.

—¿Quién más de aquí lleva unos zapatos tan fabulosos?

Era Bronagh, la sobrina de siete años de Conall. Guardaba un parecido tan asombroso con él que a Katie se le escapó la risa.

—Lo sé —dijo Joe—. Estás pensando que mi señora estuvo tonteando con mi hermano a mis espaldas, pero ella jura que no.

Pat puso los ojos en blanco.

—Estoy loca, pero no tanto. —Demasiado tarde, se dio cuenta de lo que acababa de decir.

—Gracias, Pat —dijo Conall—. Como si no tuviera suficientes problemas ya intentando convencer a Katie de que soy normal.

—¡Enséñanos tu coche nuevo! —exclamó Joe, provocando una estampida hacia la puerta. Hasta los hoscos gemelos emergieron de su letargo para probar el nuevo Lexus de Conall. Salieron en tropel y Pat se marchó a la cocina, dejando a Katie a solas con Bronagh, que soltó un suspiro melodramático.

—Los chicos y los coches. Si me dejas probar tus zapatos, te pinto las uñas de color plata.

Para cuando los hombres regresaron de dar una vuelta alrededor de la manzana, Katie había sido trasladada al cuarto de Bronagh, quien le confesó que le caía bien.

El riesgo corrido por Conall tuvo su compensación: la amabilidad de su familia había convencido a Katie de que quizá estuviera semicuerdo.

—Puedes llevarme a comer —le dijo a Conall—, pero luego te largas. No puedes...

—Lo sé, no puedo presentarme así como así y esperar que cambies todos tus planes cuando hace semanas que los hiciste y en cualquier caso todo es culpa mía por aceptar una adquisición imprevisible que coincidía con la semana de tu cumpleaños, y por si fuera poco no te colgué el espejo.

Katie abrió la boca pero volvió a cerrarla. No se había dejado nada.

—Exacto.

—Exacto —convino él—. Pero no puedes culpar a un hombre de intentarlo.

Camino del restaurante, un ciclista pasó zumbando cerca de ellos, obligándolos a apartarse cada uno hacia un lado de la acera.

—¡Maldita sea! —dijo Conall—. Están por todas partes.

—Me hacen sentirme culpable. Siempre me digo que debería empezar a ir en bici al trabajo.

—¿Por el medio ambiente? —Conall abrió la puerta del restaurante.

—Ajá... —Por eso y por sus muslos—. Pero soy demasiado perezosa. Qué extraño, porque de niña me encantaba ir en bici.

Un tipo con pinta de gerente había reconocido a Conall y los llevó directamente a su mesa.

Mientras tomaban asiento, Katie preguntó:

—¿Tú tenías bici de niño?

Una sombra pasó por los ojos de Conall.

—¿Qué? —preguntó ella—. Te ha temblado el párpado.

—Tenía.

—Entonces, ¿por qué te ha temblado el párpado? Cuéntamelo. Haz que sea mi regalo de cumpleaños.

—¡Ya te he regalado un reloj!

—Cuéntamelo.

Conall hizo una pausa.

—Ya conoces mi infancia.

Conall había crecido en una familia con pocos recursos. No fue una pobreza a lo *Las cenizas de Ángela*, con padre alcohólico y madre prostituta, pero sí bastante precaria. Su padre era fontanero y su madre modista. Durante toda su infancia la sala de estar hizo de taller de la señora Hathaway, llena de rollos de tela, extraños recortes y vestidos de novia a medio terminar. Conall crecía muy deprisa y a su madre siempre le preocupaba que necesitara zapatos nuevos.

—No había dinero para bicicletas.

Katie se llevó una mano a la boca.

—Lo siento, no he debido preguntártelo.

Él hizo un gesto despreocupado con la mano.

—Tranquila, no pasa nada. Un día Spudz lanzó una oferta. Si reunías cinco mil bolsas de patatas fritas, te regalaba una bici.

—¿Quién sería capaz de reunir cinco mil bolsas de patatas fritas?

Tras un silencio extraño, Conall contestó:

—Yo.

—¿Cómo?

—Necesitaba encontrar un lugar donde se comieran muchas patatas fritas, así que me fui al pub del barrio y les planteé el caso.

—¿Cuántos años tenías?

—Nueve. No, diez. No, nueve.

—¿Y qué ocurrió?

—Los camareros se rieron a gusto de mí, pero me prometieron que me guardarían las bolsas.

—¿Y lo hicieron?

—Ajá. Y también otros tres pubs.

—¡Otros tres pubs! —A los nueve años ya había dado muestras de ser un emprendedor. ¿Qué hacía con este hombre?

—Tardé casi cuatro meses, pero conseguí las cinco mil bolsas y me gané la bici.

—¿Qué estás intentando decirme?

Katie observó que daba marcha atrás.

—Que a los nueve conseguí una bicicleta gratis.

¿Que nunca se rendía? ¿Que si quería algo, lo conseguía? ¿Que se dejaba llevar por instintos que ella nunca comprendería?

—Mi espejo... —dijo.

—Está colgado.

—¿Desde cuándo?

—Desde... —Conall miró su reloj—. Desde hace una hora y cuarenta y cuatro minutos.

—¿La boda de Jason?

—Volveré a tiempo, te lo juro por mi vida.

—¿Por tu vida?

—Por mi vida. La gente de Helsinki ya está al corriente.

Katie espiró lentamente, preguntándose si podía relajarse.

—Lo siento —dijo de repente Conall—. Por lo del espejo. Por cómo soy. Sé que vas con pies de plomo conmigo...

Estaba atónita. Efectivamente, se había cuidado de entregar por entero su corazón, sus esperanzas y su futuro a un hombre que a lo mejor no era capaz de cuidar de ellos. Pero ignoraba que él se hubiera dado cuenta.

—Quién sabe qué pasará con nosotros —dijo Conall—, pero sea lo que sea, no funcionará si solo uno de nosotros se implica.

Nunca le había hablado con tanta franqueza y Katie no supo qué contestar.

—Conall, eres adicto al trabajo. Eso te convierte en un hombre poco fiable.

Conall tuvo un escalofrío.

—Cambiaré. Lo estoy intentando. Apago el móvil cuando estamos juntos. ¿No lo has notado?

Lo había notado, pero... Katie decidió correr el riesgo y adentrarse en territorio virgen.

—Ya me han roto antes el corazón. No sé si me queda energía para una segunda vez.

—¿Cómo sabes que será así? —replicó él, muy serio—. Tienes tantas probabilidades de hartarte tú de mí como yo de ti.

—Puede —reconoció ella.

—No lo hagas, te lo ruego.

Conall parecía extrañamente angustiado y de repente la palabra AMOR flotó en el aire, uniéndolos, enlazándolos con guirnaldas de flores y corazones y tortolitos y una neblina rosa. «Te quiero.» Estaba ahí, cuanto necesitaban hacer para volverlo real era que uno de los dos lo dijera. «Te quiero.» Pero Katie no quería decirlo.

Pese a haberse enamorado un poco de él. Era imposible no enamorarse. Conall era sexy, sexy, sexy.

Le correspondía a él.

Conall la miró inquisitivamente, arqueando una ceja. Ella le ofreció un semblante inexpresivo y él la observó durante un rato una pizca demasiado largo.

—Bien —suspiró—. Pidamos.

OceanofPDF.com

Día 57...

—Hola, Maeve.

—Hola, Doreen.

—¿Qué te pongo?

—Lo de siempre.

—¿Ensalada de jamón con pan integral, sin mostaza? ¿Pese a la amplia variedad de sándwiches que puedes elegir en la Irlanda moderna?

—Me gusta el jamón.

—Una bolsa de patatas fritas naturales. —Doreen la dejó sobre el mostrador—. Y una lata de Fanta. —Pero en el estante no había Fanta—. ¿Dónde está la Fanta? —le preguntó a una persona invisible que había al otro lado de una puerta.

—Se ha terminado —dijo la persona invisible.

Maeve se percató de que la chica que iba detrás de ella estaba igual de desolada.

—Maeve, no sé qué decir, pero no nos queda Fanta —dijo Doreen.

—¡Mierda! —gruñó la chica que iba detrás de Maeve—. ¡No puedo pasar sin mi Fanta!

—Hola, Samantha. Lo siento, chicas. —Doreen parecía verdaderamente afectada—. Rodarán cabezas, es cuanto puedo deciros. Haré lo posible para tenerla aquí el lunes.

De repente, en el almacén se produjo un alboroto y, a renglón seguido, una mano asomó por la puerta sosteniendo una lata de Fanta.

—La última —dijo la voz unida a la mano.

—Hoy es tu día de suerte, Maeve —dijo Doreen—. Lo siento, Samantha.

Era la oportunidad de Maeve. Un acto amable, delante de sus narices. Le cedió la lata a Samantha y le costó casi tanto como sonreírles amablemente a personas desconocidas elegidas al azar. Pero Samantha se lo agradeció efusivamente y Doreen le regaló una lata de Lilt, y Maeve se esforzó por saborear la sensación de bienestar fruto de su generosidad. El caso es que detestaba los cambios. Cualquier alteración en su rutina, por pequeña que fuera, la descolocaba. Y aunque el Lilt era refrescante, se sintió descolocada el resto del día.

OceanofPDF.com

Día 57...

Lydia, resacosa y exhausta, había aparcado para comerse su almuerzo —un yogur y un plátano, todo lo que su estómago podía tolerar después de la cantidad de alcohol que había consumido la noche anterior— cuando sonó el móvil: un número del condado de Meath que no reconocía. ¡Hasta que lo reconoció! Mierda.

—¿Lydia? Soy Flan Ramble...

—Hola, Flan. —Habló deprisa, invadida por una leve sensación de temor. Flan solo llamaba para dar malas noticias. De hecho, se diría que disfrutaba con ello.

—No me llames Flan. Para ti soy el señor Ramble.

—¿Qué ocurre?

—Ha habido un pequeño... incidente.

—¿Qué? —«Habla de una vez.»

—Si te dijera las palabras «un pequeño incendio en casa», ¿captarías lo que quiero decir?

—¿Un incendio? ¿En casa? ¿Pequeño?

—¡Lo has entendido a la primera! Se dejó una cacerola en el fuego, las cortinas se incendiaron y las ventanas estallaron. No hay daños grandes que lamentar, pero te dará mucho trabajo deshacerte de las manchas de tizne. — Flan rió entre dientes—. Será mejor que bajes ahora mismo con tus brochas.

—Estoy en Dublín, señor Ramble. —«Flan, Flan, Flan.»

—He intentado localizar a Murdy y Ronnie, pero no he podido dar con ellos.

Qué sorpresa.

—Estoy en Dublín —repitió Lydia—. Nos separan setenta kilómetros de carretera con mucho tráfico.

—Alguien tiene que venir —insistió Flan, sonando incómodo.

«Irkutsk, Irkutsk, Irkutsk.»

Por mucho que detestara a Flan Ramble, y lo detestaba profundamente, el hombre se limitaba a pasar información.

—Da acuerdo, gracias. Voy para allá.

No tenía tiempo de almorzar. Apagó la luz de Libre, lamentando terriblemente perder los ingresos de medio día, y se dirigió a casa. Mientras conducía llamó a Murdy, quien, para su sorpresa, contestó.

—Pensaba que eras el banco —aulló—. ¡Estoy en medio de una crisis! Me han cortado la línea de crédito. Tendré que cerrar si no consigo treinta de los grandes antes de que termine el día.

¡Y le colgó! ¡Le colgó! Estaba acostumbrada a que le colgara, pero ¿no se daba cuenta de que esto era diferente? Peor. Un incendio. Llamas. Cortinas ardiendo. Algo serio.

Seguidamente llamó a Ronnie, quien —para gran asombro de Lydia— se negó a intervenir.

—Estás haciendo un drama de una simple crisis —dijo con una tranquilidad exasperante—. Otra vez.

—¡La casa se ha incendiado!

—Si estás tan preocupada, ¿qué haces que no estás ya aquí?

Y le colgó. ¡Ssskkkk! Esto era una locura. ¿Por qué era ella la única que...? Con dedos temblorosos, llamó a Raymond, pero tenía el teléfono apagado. ¿Por qué tenía el teléfono apagado? Porque lo sabía. Le habían dado el chivatazo.

A la mierda con él. A la mierda con todos, maldita pandilla de cabrones inútiles y egoístas. Ojalá se pudran en Archangelsk. Ojalá se encuentren un día en Murmansk en pleno invierno sin guantes. Ojalá se caigan por la borda de un barco en un dique seco de Gdansk. No le quedaba más remedio que ir a Boyne, al condado de Meath, y tenía que hacerlo ya si quería ahorrarse el éxodo de Dublín de los viernes. Veinte minutos más tarde supondrían tres horas más de viaje atascada en la N3, inhalando humo, apuntando al oeste, con un sol deslumbrante y abrasador en plena cara en un coche sin aire acondicionado.

Deprimida, elaboró un plan. Cuando llegara a Boyne iría a ver a ese imbécil de Buddy Scutt y no se marcharía hasta conseguir lo que quería, lo que deberían haber recibido hace meses.

Su última llamada fue a Gilbert. El teléfono sonó durante un buen rato y finalmente saltó el buzón de voz.

—Esta noche no estaré en Dublín. Puede que mañana tampoco. Llámame —dijo. Pero presentía que no lo haría. Probablemente se enfadaría e intentaría castigarla por haberlo abandonado sin apenas previo aviso.

A veces tenía sus dudas con respecto a Gilbert.

Como decía Poppy: «Nunca te fíes de un hombre que tiene dos móviles.»

Y Gilbert tenía tres.

Que ella supiera.

Al llegar al 66 de la calle Star, subió corriendo las escaleras y entró como una bala en la cocina para guardar el yogur en la nevera, pero se la encontró llena a reventar de latas de cerveza, una extraña pócima que compraban en la tienda polaca. Jan tenía previsto ir a ver a su novia el fin de semana, de modo que Andrei estaba planeando una juerga con sus colegas. No quedaba literalmente un solo hueco para su yogur de fresa. ¡Un simple yogur de fresa! Con la de chicas que necesitaban espacio para la leche de soja y el brócoli y las semillas de lino y todos esos productos voluminosos. No se imaginaban lo afortunados que eran de tenerla a ella.

Extrajo una lata del anillo de plástico, colocó su pequeño yogur rosa en medio de esa masa marrón y dejó cuidadosamente la lata de cerveza en el suelo de la cocina con la esperanza de que Andrei tropezara con ella.

Luego empezó a tirar cosas —ropa interior, unos tejanos, el iPod— en una bolsa. ¿Qué más necesitaba para estas improvisadas minivacaciones? Desodorante, cepillo de dientes, toallitas desmaquillantes... Sonó el telefonillo; probablemente alguien de otro piso que había olvidado la llave. Abrió.

A través del umbral de la sala vio el ordenador. ¿Debería conectarse? ¿Echar un vistazo rápido? De pronto sintió un impulso casi irresistible. No, no hay tiempo. Una última mirada de águila en el cuarto de baño por si se había dejado algo; en Boyne había tiendas, desde luego, pero quizá no tuviera tiempo para... ¿Qué era eso? Estaban llamando a la puerta del piso. ¡Irkutsk! No debería haber abierto la puerta de abajo sin preguntar primero. Pero no importaba, tenía las pilas puestas y quienquiera que fueran esos intrusos —mormones, políticos— se los quitaría de encima en un santiamén. Los tendría saliendo por la puerta en... ¿en cuánto tiempo podría hacerlo?, se preguntó. Quince segundos, se dijo.

Abrió la puerta bruscamente.

—Soy una cristiana piadosa, no voto y no tengo dinero para comprar nada.

Frente a ella había una chica que no tenía pinta ni de mormona ni de política. La pista era la ausencia de una gran sonrisa falsa pegada al careto. Pero tal vez quisiera venderle algo. Maquillaje barato, supuso.

—Busco a Oleksander —dijo la chica.

—¿Quieres decir que buscas la iluminación? —La chica no era irlandesa; quizá se hacía un lío con las palabras.

—No. Busco a Oleksander. Un hombre.

—Tendrás que buscarlo en otro lado. Aquí no vive nadie con ese nombre.

—Un hombre ucraniano.

—Puedo ofrecerte a un par de polacos, si quieres.

—¡Pero este es el piso de Oleksander!

—Aquí no hay ningún Oleksander y tengo prisa.

Escurridiza como una anguila, la chica se coló en el piso y entró en la diminuta habitación.

—Vive aquí.

—Esta es mi habitación. Ah, seguramente te refieres al inquilino anterior. —Ahora que lo pensaba, había visto algunos sobres dirigidos a Oleksander no sé qué. Andrei los amontonaba en la cocina—. Me tenías preocupada. Pensaba que eras una pirada.

—¿Oleksander se ha ido? —aulló la chica—. ¿Adónde?

—No tengo ni idea.

—¡Tengo que hablar con él! Oleksander es hombre sexy, hermoso.

—Llámale.

—¡Borré número!

Lydia la miró impotente mientras se devanaba los sesos en busca de una solución, algo que le permitiera deshacerse de esa chica para poder seguir haciendo la bolsa.

—Seguro que vuelve algún día para recoger su correo. Escribe una nota y yo se la daré.

La chica ya estaba garabateando en una hoja de papel.

—Soy Viktoriya. Por favor, dile que tiene que llamarme.

—Se lo diré, se lo diré, ahora debo...

—Y dile también que cometí gran error. Hombre de Ministerio de Agricultura era estúpido y olía a vaca.

—Olía a vaca. Entendido.

—¿Me prometes que se lo dirás?

—Sí, sí, te lo prometo.

Pero Viktoriya seguía sin moverse, como si creyera que si esperaba el tiempo necesario, ese Oleksander saldría de debajo de la cama cubierto de bolas de pelusa.

—No está aquí, en serio. Tienes que irte. Tengo mis propios problemas que resolver.

OceanofPDF.com

Día 57...

—¿Te apuntas, Maeve?

Era un detalle que sus colegas siguieran preguntando aun cuando jamás los acompañara en sus borracheras del viernes.

—No, gracias. —Sonrió—. Pasadlo bien. Nos vemos el lunes.

Maeve tenía una cita regular los viernes por la noche. Era una buena noche porque Matt también estaba de juerga con su equipo.

A las seis en punto salió del trabajo y se puso a pedalear en dirección sur. Cuando llevaba ocho minutos sobre la bici, cayó en la cuenta de qué día era. Le costaba creer que no lo hubiera recordado hasta ese momento teniendo en cuenta que se había pasado la jornada trabajando con fechas. Presa del pánico, circuló algunos segundos pegada a la acera y luego sorprendió a varias personas —cuatro conductores, siete peatones y sobre todo a sí misma— haciendo un brusco giro de ciento ochenta grados, y empezó a pedalear con determinación en otra dirección. No la del trabajo —por tanto, no acababa de recordar que se había dejado algo, como el móvil o la cartera, y estaba volviendo para recogerlo— sino hacia el río, a la zona portuaria. Las calles se estrecharon pero ella seguía zigzagueando y rebotando sobre los adoquines como una mujer que sabía exactamente adónde se dirigía. Luego aminoró la velocidad y frenó. Apoyó la bici en un muro de una calle secundaria y escribió a toda prisa un mensaje de texto.

Lo siento. Enferma. Nos vemos semana ke viene.

Semio-culta por un edificio, Maeve observó un complejo de oficinas situado al otro lado de la calle. No Brainer Technology, una compañía de informática. Otra más. Esa ciudad estaba plagada. Había un montón de gente saliendo en tropel, la mayoría joven y vestida de manera informal.

Maeve observaba sin que su semblante mostrara emoción alguna, aun cuando había girado el tobillo derecho hasta tenerlo mirando en la otra dirección, como si le hubieran colocado la pierna al revés. Parecía una maniobra muy difícil, pero aunque prácticamente había dejado de respirar, no sentía dolor. De pronto la asaltó un cóctel de emociones. Levantó el pie y el tobillo recuperó su correcto alineamiento. Un tipo acababa de salir del

edificio. Alto, delgado y guapo, de aspecto desarreglado, tenía pinta de poeta.

Echó a andar en dirección contraria a Maeve pero algo lo detuvo en seco y le hizo girar la cabeza y mirar por encima del hombro. Sus miradas se cruzaron y un cable de energía candente serpenteó hasta unirlos. La energía palpitó durante unos segundos, echando chispas y estrellas. Luego los ojos de él se apagaron y su rostro se tornó inexpresivo, como si lo hubieran desenchufado. Bajó la cabeza y se alejó.

Ese era el hombre que estaba presente en el piso de Maeve y Matt. Esa era la persona que se había colado dentro, alterando la perfecta duplicidad de las cosas.

Inopinadamente, Maeve sintió un deseo desesperado por estar en otro lugar, el que fuera, pero las piernas le temblaban con tal vehemencia que no podía pedalear. Despacio, colocando los pies con cuidado sobre la irregular acera, empujó la bici y empujó la bici y empujó la bici hasta que dejó de temblar.

OceanofPDF.com

Día 57...

Andrei y Jan caminaban por Eden Quay sosteniendo a un hombre corpulento que parecía incapaz de andar e incluso de sostenerse derecho. Aperitivo un viernes al mediodía con demasiado alcohol, probablemente.

Formando un muro inquebrantable, avanzaban por la acera generando bastante trastorno. Los peatones se veían obligados a apartarse y luego se volvían para lanzarles miradas hostiles. Pero después de observarlo minuciosamente, advertí que la persona del medio no era un hombre obeso con un aturdimiento etílico que lo hacía aún más pesado, sino un oso de peluche enorme. Más grande incluso que Andrei y Jan.

El trío continuó por Eden Quay hasta llegar a la terminal de autobuses. Jan se disponía a subir al autobús de Limerick, donde Magdalena, su enamorada, vivía actualmente, trabajando en la recepción de un gran hotel. El domingo era su cumpleaños y Magdalena adoraba los osos de peluche.

—¿Limerick? —preguntó el hombre que vendía los billetes—. ¿Una persona?

—Una persona.

El hombre, un tal Mick Larkin, se inclinó hacia delante sobre su silla giratoria.

—¿Él también va?

—¿Quién? —preguntó Andrei—. ¿Bobo?

—¿Bobo es el oso?

—Sí.

—Pues Bobo precisa billete. Es demasiado grande, necesitará un asiento para él solo.

—Va a ver a su novia —repuso Andrei.

—¿Quién? ¿Bobo? —El señor Larkin era un burócrata al que le gustaba saber exactamente con qué estaba tratando.

—No. Jan. Este hombre. Es el cumpleaños de Magdalena, una chica de gustos caros. —(En realidad, Magdalena era una chica dulce y fácil de complacer, pero a Andrei le encantaba esa expresión y la usaba siempre que podía.)—. Jan tiene cuidadosamente calculado su presupuesto y necesita todo el dinero que lleva encima.

El señor Larkin se encogió de hombros.

—Bobo necesita billete.

—Qué poco romántico es usted —protestó Andrei.

—Como vosotros. Sois polacos, no italianos.

La ira creció en Andrei. Todo el mundo tenía una idea equivocada de ellos. Pensaban que los polacos eran albañiles que trabajaban a sol y a sombra y carecían de sentimientos. No tenían ni idea de cómo eran realmente.

Jan estaba haciendo un cálculo rápido de sus fondos y el resultado lo impulsó a decir:

—Andrei, estoy mustio.

—¿Lo ve? —Andrei señaló el apenado rostro de Jan—. ¡Mire lo mustio que lo ha puesto!

—Mustio —oyó decir Andrei a alguien de la cola—. Una palabra que apenas se escucha hoy día.

—Sí, y es buena —dijo otra voz.

—Expresa muy bien el sentimiento. ¡Mustio!

—¡Mustio! Me pregunto por qué cayó en desuso. —Una voz nueva. Varias personas se sumaron a la conversación—. Mustio, mustio, mustio, mustio. ¿Qué decimos en lugar de eso?

—Cabreado.

—Pachucho.

—Bajo. Gris. Depre. Hecho polvo.

—¡No me extraña que «mustio» desapareciera del mercado! Ha sido invadido por todas esas palabras nuevas. Las leyes de la oferta y la demanda siempre te acaban pillando.

—¿Qué problema tienen con el oso? Voy a perder mi autobús —dijo un hombre seis puestos más atrás—. Aunque casi lo preferiría. Un fin de semana con mi familia me deja... en fin.

—Le entiendo —dijo la chica que tenía delante—. Bajo. Gris. Depre. Hecho polvo.

—¡Mustio! —añadió él, y la cola entera rompió en carcajadas.

—Yo no quiero perder mi autobús —se quejó otra mujer. Caminó hasta el frente de la cola y dijo—: Podría ponerse el oso en la falda.

El señor Larkin meneó la cabeza con pesar.

—Bobo es demasiado grande.

—¿Bobo es el oso? Muy bien, entonces el hombre podría sentarse en la falda de Bobo.

—Ahora que lo dice...

Mientras Andrei les decía adiós con la mano, Jan se encaramó a la falda de Bobo y pronunció con los labios a través de la ventanilla del autobús:

—Eres un héroe.

En cuanto hubieron desaparecido de su vista, Andrei se dirigió al gimnasio, donde pasó sesenta y siete minutos levantando pesas. Luego se marchó a casa a admirar su cerveza. Se frotó las manos, feliz con su nueva libertad. Andrei tenía muchas responsabilidades sobre los hombros: era la principal fuente de ingresos de sus padres y sus hermanas menores, que vivían en Gdansk; sentía el impulso de proteger a Jan, que parecía encontrar la vida en este país aún más dura que él; y había empezado a preocuparle que Rosie llegara sana y salva a casa de sus turnos de noche a pesar de que seguía negándose a acostarse con él. A veces Andrei sentía que era el responsable de que el mundo siguiera girando. Pero hoy todas sus liberaciones habían llegado a la vez: había enviado un fajo de dinero a casa, por lo que se había deshecho de la sensación de agobio que siempre lo perseguía; durante todo el fin de semana Jan sería responsabilidad de Magdalena; Rosie estaba en Cork en una despedida de soltera y, por tanto, fuera de su jurisdicción; tenía una nevera llena de cerveza y un grupo de amigos que vendría más tarde; pero, he aquí lo mejor de todo, el malvado elfo había salido de viaje. Lo sabía porque su bolsa de fin de semana había desaparecido. Y también su desodorante.

Solía ausentarse los fines de semana, que pasaba atormentando al Pobre Infeliz. No obstante, Andrei abrigaba la secreta y vaga esperanza de que la bolsa desaparecida fuera señal de una ausencia más larga.

Nada, ni siquiera tropezar con la lata de cerveza que el elfo había dejado en medio del suelo de la cocina, podía estropear su felicidad.

OceanofPDF.com

Día 57...

Más cosas que Lydia detesta:

- Revistas con más de ocho años de antigüedad
- Cacerolas con el culo quemado
- Las salas de espera de los médicos
- El olor a comida podrida
- Las recepcionistas de los médicos
- Casas sin banda ancha
- El olor de los guantes de goma
- Médicos
- Su hermano Murdy
- Su hermano Ronnie
- Su hermano Raymond
- Doctor Buddy Scutt
- Casas sin conexión a internet, aunque sea a través del teléfono

Nota: no es una lista completa.

OceanofPDF.com

Día 56

Matt y Maeve trataban de avanzar con su carro por el atasco del pasillo de la carne.

—Domingo noche, pizza. Lunes noche, cordero —iba murmurando Maeve mientras descontaba los días con los dedos—. Martes y miércoles, pescado. Jueves, ternera, viernes, comida para llevar. ¿Qué cenaremos esta noche?

—Maeve...

—¿Qué?

—Esta noche cenamos fuera.

—Oh.

—El cumpleaños de mamá. Sesenta y cinco. Maeve... —Matt meneó la cabeza. Casi lo encontraba divertido—. No puede ser que lo hayas olvidado.

—No lo he olvidado —repuso Maeve—. Lo he intentado, pero cómo iba a olvidarlo si llevas un mes recordándomelo cada día. Solo intentaba negarlo con la esperanza de que si hacía ver que no iba a ocurrir, no ocurriría.

—Va a ocurrir.

—Entonces, ¿no necesitamos comprar cena para esta noche?

—No. Cenaremos como reyes en l'Ecrivain.

—¿A qué hora tenemos que estar?

—A las siete y media.

—En ese caso no tiene sentido que hagamos nuestra caminata de la tarde. Tendríamos que acortarla para llegar a tiempo.

—Tienes razón. Aunque es una pena. —Matt disimuló su alivio.

Él y Maeve salían a caminar por Wicklow Hills cada sábado por la tarde. Aunque llevaban semanas sin ir. Varias semanas. Hoy Matt podría tumbarse en el sofá y ver el rugby.

Irlanda iba camino de sufrir una humillante derrota frente a Inglaterra cuando Maeve entró sigilosamente en la sala.

—¿Maaaaatt?

—¿Hum? —No podía despegar los ojos de la pantalla.

—Matt, me encuentro mal.

Eso captó su atención. Se volvió para mirarla.

—¿Qué te pasa?

—Es la barriga. Tengo náuseas. No creo que pueda ir a cenar.

Matt la miró detenidamente. De repente le entraron ganas de llorar.

—Por favor, Maeve, ¿no puedes hacer un esfuerzo? Hace siglos que no te ven. Pensarán que te he descuartizado y enterrado en el jardín.

Maeveladeó la cabeza.

—No estará tan mal —le animó Matt—. Solo seremos seis. Podría ser peor. Podrían haber dado una fiesta.

Pero las fiestas eran preferibles. En las fiestas podías perderte entre la gente y, si jugabas bien tus cartas, pasar sin hablar apenas con nadie.

—Vale —dijo—. Iré.

—Gracias.

—¿Cuán pijo es el restaurante al que vamos?

—Ya conoces a mamá. Le gustan muy pijos.

—¿Puedo ir con tejanos?

—Por lo que a mí respecta, puedes ponerte lo que quieras. Pero si tuvieras un vestido...

Cuando Matt y Maeve llegaron a l'Ecrivain, Hilary y Walter Geary estaban en la barra a medio camino ya de su primera copa. Hilary, una mujer menuda y elegante con un vestido sastre de color rosa pálido y un carmín de idéntico color, estaba charlando con Walter, un hombre grande y taciturno que lucía un polo amarillo. Hilary estaba con la ginebra y Walter con el whisky, advirtió, desazonado, Matt.

—Feliz cumpleaños, mamá. Sentimos llegar tarde —dijo Matt. Maeve había tenido que probarse todo su ropero antes de dar con un vestido con el que se sintiera cómoda.

Hilary se levantó de un salto para repartir algunos perfumados abrazos.

—¡No llegáis tarde! —aseguró—. Nosotros hemos llegado pronto.

—Llegan tarde —le dijo Walter a su copa—. Pero no tan tarde como su hermano.

—No le hagáis caso. —Hilary envolvió a Maeve en un fragante abrazo.

—Me alegro de verte, Maeve.

—Estábamos empezando a pensar que Matt te había eliminado —dijo Walter antes de apurar su copa.

—Chisss. —Hilary le propinó un cachete juguetón con el dorso de la mano—. No le hagas caso, sabemos que Maeve está muy ocupada. Y uno no puede evitar enfermarse. Todos enfermamos de vez en cuando.

Walter le mostró su vaso al camarero.

—Otro.

—Por ahí vienen Alex y Jenna —dijo Hilary.

Una pareja atractiva: Alex era una versión de Matt más alta, más esbelta y algo mayor, y Jenna una chica fresca y ligera, con una melena rubia larga y brillante y ojos azul claro. Esa noche lucía un vestido de tirantes de color coral y unas sandalias de tacón muy sexys.

—¡Al final te compraste el vestido! —exclamó Hilary, señalando a Jenna.

Jenna meneó la cabeza, contrita.

—Debí hacerte caso, Hilary. No podía dejar de pensar en él y al final volví.

—¡Te lo dije! —Hilary rió—. Si de algo sé es de ropa, y ese vestido estaba hecho para ti.

—Ya lo sé para la próxima vez.

—¿Dónde está mi abrazo? —protestó Walter.

—No hay abrazo para ti. —Jenna rió—. Eres demasiado gruñón. —Luego se ablandó y le dio un beso en la frente.

—Hola, Matt. —Jenna le dio un beso rápido y se acercó a Maeve.

A Matt no le pasó inadvertido el fugaz repaso que le hizo a Maeve, absorbiendo su vestido suelto y arrugado, sus Birkenstocks y sus enmarañados rizos. No fue una mirada malvada, Jenna no era malvada; su expresión era más bien de... de lástima.

—Ahora que ya estamos todos, ¿podemos pasar a la mesa? —preguntó Walter—. Tengo hambre.

—¿Y los regalos de cumpleaños de Hilary? —Jenna portaba una caja de topos con cintas y estrellas colgando.

—Después de pedir —respondió Walter caminando pesadamente hacia las mesas.

—¡Cuánto tiempo sin verte! —le dijo Alex deliberadamente a Matt.

Matt soltó una risa forzada.

—Ya sabes, con el trabajo y todo lo demás.

—¿Tienes mucho trabajo?

—¡Ni lo imaginas! —Matt no tenía intención de mencionar que dos miembros de su equipo habían sido despedidos en el último mes. Alex era su hermano mayor e intentar impresionarle era un acto tan reflejo como respirar.

—¿Pese al CEA?

—¿Qué? Ah, el Clima Económico Actual. Sí, las cosas nos van bien.

—Una venta voluminosa sería genial, pero estaban aguantando.

—He oído que han despedido a dos miembros de tu equipo.

Mierda. ¿Cómo se había enterado? Ese era el problema con Irlanda, que todo el mundo se enteraba de todo.

—Sí, pero al resto nos va bien. —Paradójicamente, los puestos de sus otros cuatro empleados parecían más seguros desde los despidos. Lo peor había sido la espera hasta ver a quién le enseñarían la salida.

—¿No hay riesgo de que te pongan de patitas en la calle?

Matt negó con la cabeza.

—Soy jefe de Ventas, sin mí se quedarían sin personal de ventas. ¿Cómo te va a ti? ¿Mucho trabajo?

—Como nunca. Ni restricción de créditos ni leches. —Alex era representante de una compañía farmacéutica—. Las recesiones no frenan las enfermedades. De hecho, las aumentan. Todo el mundo está con antidepresivos.

—¿Alguna novedad sobre los planes de boda? —le preguntó Hilary a Jenna. Alex y Jenna iban a casarse en octubre.

—No desde la última vez que nos vimos.

—Supongo que de eso solo hace un par de días —repuso Hilary, decepcionada.

—Pero la organización de la despedida de soltero va sobre ruedas —dijo Alex—. ¿Se ha puesto Russ en contacto contigo?

Russ era el mejor amigo de Alex y padrino de bodas junto con Matt.

—No.

—¿No? Dijo que te enviaría un correo. En cualquier caso, ya está decidido. Nos vamos a Las Vegas.

—¿Las Vegas? ¿Qué ha pasado con Ámsterdam?

—Todo el mundo va a Ámsterdam.

—Es imposible hacer Las Vegas en un fin de semana.

—Tú lo has dicho, tío, por eso nos vamos una semana.

«¿Una semana?» Matt y Maeve se miraron.

—La última semana de agosto —dijo Alex—. Asegúrate de pedírtela en el trabajo.

—Oye... Alex... soy tu padrino. Soy yo quien se encarga de tu despedida de soltero, no tú.

—Eres mi copadrino. No pudiste asistir a las últimas dos reuniones para organizarla, así que tiramos adelante y decidimos Las Vegas. A todos los demás nos parece una gran idea.

—Pero ¿qué haremos en Las Vegas una semana entera?

—Se me ocurren un montón de cosas —dijo Walter.

—¿Tú vienes? —le preguntó Matt a su padre.

—¡Naturalmente! Es la despedida de soltero de mi hijo mayor. Creo que en Las Vegas hay excelentes campos de golf. Eso nos mantendrá ocupados.

—Yo no juego al golf —dijo Matt.

—Pues ponte las pilas —replicó Alex—. Tienes dos meses antes de que vayamos. Además, ya es hora de que aprendas a jugar, es una de las pocas cosas que tú y Maeve no habéis probado. Equitación, esquí, bicicleta de montaña, senderismo... Hablando de senderismo, ¿cómo van vuestras caminatas?

—Bien, muy bien.

—¿Habéis ido hoy? Era un día perfecto para eso.

—No. Pensamos que estaría lleno de colegiales y teníamos que llegar a tiempo para la cena.

—¿Y la semana pasada?

—Creo que la semana pasada sí fuimos. ¿Fuimos, Maeve?

—Creo que sí —contestó Maeve.

Alex los miró fijamente: sabía que mentían.

De pronto Hilary se llevó una mano a la boca y le dijo a Maeve:

—Dios mío, acabo de acordarme. Nos olvidamos de vuestro aniversario.

—¿Aniversario? —preguntó Maeve.

—De bodas. Hace dos semanas. No sabes cuánto lo siento, pero con el trajín de Jenna y Alex... ¿Estás bien, Maeve? Estás un poco pálida.

—Estoy bien.

Hilary la examinó detenidamente.

—Estás pálida. —De repente se le encendió una luz—. ¡Dios mío! ¿Hay algo que os gustaría decirnos?

—¿Qué?

—¿Alguna noticia especial? —La cara de Hilary se iluminó, consecuencia de la esperanza y la ginebra.

—Mamááá. —Matt enterró la cabeza en las manos. He ahí lo que pasaba cuando Hilary no se ceñía al vino—. Maeve no está embarazada. Cuando ocurra, si ocurre, te lo diremos. No hace falta que lo preguntes continuamente.

—¡No puedo evitarlo! —Hilary arrastraba ligeramente las palabras—. Lleváis casados más de tres años y soy la única mujer del club de tenis que no tiene un nieto. ¡Es bochornoso!

—Lo siento, mamá —dijo Matt con voz queda.

Maeve se miró los muslos. La cara le ardía.

—Porque hay cosas que podríais hacer —prosiguió Hilary—, en el caso de que os esté «costando».

—Señor —gimió Alex—. ¿Quién le ha dejado beber ginebra?

—Pruebas y esas cosas. Empezarían contigo, Matt. Tendrías que meterte en un cubículo y...

—¡Para! ¡Para ahora mismo! —dijo Alex.

—Ningún hijo mío va a meterse en ningún cubículo —bramó Walter—. A ninguno de mis hijos le fallan los bichitos.

—¿Una semana en Las Vegas? —dijo Maeve en el taxi, camino de casa.

—No pienso ir.

—Es tu hermano, eres su padrino, tienes que ir.

OceanofPDF.com

Día 56...

A menos de treinta metros de l'Ecrivain, Katie se hallaba en otro restaurante celebrando su cuarenta cumpleaños con otras cinco mujeres.

—Pobre Katie —suspiró Dawn, arrastrando las palabras—. Ya nunca tendrás hijos.

—Todavía no estoy muerta.

—Como si lo estuvieras —replicó Dawn—. Ya no hay esperanza para ti. Ese Conall no quiere hijos, ¿verdad?

Katie miró a Naomi. Era evidente que había estado hablando más de la cuenta.

—¿De dónde has sacado que no quiere hijos?

Naomi enrojeció.

—Solo dije que no estaba domesticado.

—¿Por qué?

—No te colgó el espejo.

—Está colgado.

—Le llevó su tiempo.

—Más le vale volver de Helsinki para la boda de Jason —bramó Naomi.

—Volverá.

—¿Y si no vuelve?

«¿Y si no vuelve...?»

—Adora a su sobrina Bronagh. —Katie no tendría por qué defender a Conall delante de Dawn—. Es su ahijada y se llevan muy bien. Y es una niña, solo tiene siete años.

—¿En serio? No parece propio de él.

—¡Pero si no le conoces!

—¡Aquí llegan los martinis! —exclamó nerviosamente Sinead—. Qué maravilla de bebida, justo lo que necesitamos.

Estaba siendo una velada tensa. Normalmente se llevaban de fábula pese a sus diferentes circunstancias: Naomi, casada con dos hijos; MaryRose, madre soltera; Sinead, soltera y sin hijos; Tania, casada con dos hijos; Katie, novia de Conall y, por tanto, en una nebulosa tierra de nadie donde no estaba soltera pero tampoco en una relación estable.

Era Dawn. Dawn era la fuente del problema y ni siquiera era amiga de Katie. La había dejado venir como un favor.

—Apuesto a que no has conocido a sus padres —dijo Dawn.

—¿Los padres de Conall? Sí.

—¿Te odiaron? ¿Pensaron que ibas detrás de su dinero?

—Eh... no. —Había visto a Ivor e Ita en varias ocasiones y ambos se habían mostrado amables, pero sin excederse. No trataban a Katie como la salvadora, como la mujer que finalmente obligaría a su hijo mayor a sentar la cabeza—. Y he visto a su hermano y sus hijos un montón de veces. —Bueno, puede que lo del montón fuera una exageración—. El mes pasado estuve en la primera comunión de Bronagh.

Dawn bebió un sorbo de su martini de granada.

—¿Cómo lo llevarás cuando te deje?

Se hizo un silencio tenso. Dawn únicamente estaba articulando lo que todas las demás pensaban. Katie, sin embargo, había empezado a molestarse.

—Dawn... —dijo Naomi, nerviosa.

—Acabarás en el manicomio —aseguró Dawn.

—¡Ya está bien! —espetó bruscamente Katie—. Hablas sin tener ni idea de nada.

—Pero... —Dawn la miró horrorizada. Katie era generalmente tan... tan amable, tan dulce.

Katie estaba igual de horrorizada. Era la segunda vez que saltaba en los últimos días. La primera fue con su madre, acerca de su color de pelo. Señor, Naomi tenía razón: ahora que tenía cuarenta años iba a ponerse superborde y no podría evitarlo. Se ganaría enemigos por todas partes.

—Perdona, Dawn. —No podía reprochárselo. Dawn tenía un bebé, llevaba siete meses sin salir de noche y había perdido la capacidad de relacionarse socialmente y su tolerancia con las bebidas fuertes.

—¡Llevo dos años sin sexo! —exclamó Sinead en un esfuerzo por cambiar de conversación—. La última vez fue en el treinta y ocho cumpleaños de Katie. Qué gran noche. ¿Os acordáis del grupo de investigadores eslovacos que conocimos?

—Yo llevo once meses sin sexo —dijo Naomi.

—¡Pero tú estás casada! Daría lo que fuera por una relación sexual regular —dijo Sinead.

Naomi frunció el entrecejo.

—A mí no me importaría no volver a hacerlo nunca.

Katie suspiró para sus adentros. Sabía hacia dónde se dirigía la conversación. El chocolate. Todas las mujeres presentes que tenían una pareja estable desde hacía tiempo (Naomi, Dawn y Tania) empezarían a quejarse de que sus hombres estaban siempre pidiendo sexo cuando ellas podrían pasar de él el resto de sus vidas si pudieran comerse una chocolatina cada noche.

Efectivamente, se pusieron a hablar largo y tendido sobre sus chocolatinas preferidas: Mars, Twirls, Twixes (el menos popular), Bounties.

—¿Sexo con Ralph una vez al mes o un Twix cada noche? —desafió Tania a Naomi.

—¡El Twix, por supuesto! ¡Y ni siquiera me gusta!

—A mí tampoco. ¿Por qué será?

—Por la galleta —aseguró Naomi.

—¡Claro, por la galleta!

Entonces Dawn mencionó Green & Black's y el tono de la discusión subió tanto que un camarero tuvo que pedirles que bajaran la voz.

OceanofPDF.com

Día 55

Andrei estaba en la cama llorando quedamente. La añoranza de su casa, el bajón después de un fin de semana etílico y el hecho de que fuera domingo por la noche, la peor noche de la semana, era más de lo que podía soportar.

Al oír la llave en la puerta se sobresaltó porque no esperaba que Jan regresara de Limerick hasta el lunes. Pero tampoco esperaba al malvado elfo. Siempre pasaba la noche del domingo con el Pobre Infeliz. Pero era ella, podía oírla moverse sigilosamente, esparciendo su sello exclusivo de crueldad por la casa.

Hundió la cara en la almohada para ahogar sus sollozos. El elfo no debía oírle.

Lydia tampoco estaba en su mejor forma. Exhausta y deprimida por el fin de semana, tenía que levantarse a las cinco y media de la mañana y se enfrentaba a una semana de setenta horas. Y por el malhumor que flotaba en el aire, por lo menos uno de los polacos estaba en casa. Andrei, probablemente.

Gilbert la animaría. La había echado de menos este fin de semana. Buscó su móvil, pulsó rellamada y su irritación se acrecentó cuando saltó el buzón de voz, una vez más. La evitaba desde el viernes, obviamente cabreado por su repentina desaparición. El fin de semana era el único momento que tenían para estar juntos. Los dos trabajaban los viernes y sábados por la noche, generalmente hasta las tres de la madrugada, y pasaban el sábado y el domingo juntos, retozando en la enorme cama de Gilbert.

—Deja de lloriquear, niño grande —dijo al teléfono—. Estoy en casa y quiero verte.

Por un momento se preguntó, se lo preguntó seriamente, dónde estaría Gilbert en ese mismo instante y cómo habría pasado su fin de semana. No tenía pruebas de que fuera con otras chicas, pero la asaltó una sensación de desasosiego desagradable, muy desagradable.

Debería comer algo. O irse a dormir.

Poppy siempre decía que Gilbert seguramente tenía una esposa y seis hijos en Lagos. Era una broma constante entre las amigas de Lydia, lo de la otra vida de Gilbert. Lydia siempre se reía. Una persona que tuviera que mantener siete bocas no se gastaría tanto dinero en ropa como Gilbert.

Pero podría ser, se dijo. No era imposible.

Gilbert era reservado.

Deshonesto, si lo prefieres.

Cuando se conocieron le dijo que tenía treinta años, pero unas semanas después dejó escapar que solo tenía veintisiete. Había cosas que sabía de él —por ejemplo, que era copropietario de un pequeño restaurante en la calle North Great Georges— porque se las había contado Odenigbo. Gilbert nunca se lo había mencionado. Claro que, ¿por qué debería hacerlo? No era su dueña y había muchas cosas que él no sabía de ella.

Pero tenía que reconocer que algunas afirmaciones de Gilbert eran del todo gratuitas. Le había dicho que era alérgico a los huevos. Había insistido en ello. Un mero trocito de merengue podía matarlo, decía. Sin embargo, le había visto comerse tranquilamente una tortilla sin que luego se hinchara como un globo y cayera redondo al suelo, jadeando y suplicando una inyección de adrenalina.

Se daba cuenta de que Gilbert mentía para enredar las cosas, para impedir que ella supiera quién era exactamente. Era un hombre muy reservado y necesitaba mantener oculta una parte de su persona. Él era así y preferible, en opinión de Lydia, a un pánfilo que se empecinara en contárselo todo con pelos y señales y luego insistiera en que ella hiciera lo propio.

Sin embargo, esa noche le habría gustado que su novio fuera algo menos misterioso. Hacía una noche preciosa y le deprimía la idea de pasarla encerrada en ese piso. Presa de la desesperación, envió mensajes de texto a sus amigas, pero ninguna quiso salir. Shoane estaba todavía en la cama, reponiéndose de la resaca de la noche previa. ¡Y Sissy tenía una cita! Un hombre al que había conocido en la cola de billetes de BusAras. Poppy estaba sentada delante de una hoja de cálculo, organizando las mesas para su boda. Al parecer no era tarea fácil, pues había miembros de la familia que no se hablaban y era importante mantenerlos bien separados.

—Deja que se organicen ellos —le aconsejó Lydia.

—No puedo. —Después de una pausa, Poppy dijo, llorosa—: A veces me dan ganas de salir corriendo.

Lydia la entendía muy bien. Si ella tuviera que casarse a los veintiséis años estaría aterrorizada. No comprendía por qué Poppy quería dar ese paso. Era muy joven, le quedaban un montón de años por delante e iba a tener que pasar cada uno de ellos con Bryan, quien, no lo negaba, era agradable pero ¿podría Poppy mantener vivo su interés por él durante los próximos cincuenta años? La idea de que ella tuviera que hacer algo así le ponía los pelos de punta.

—Salgamos a tomar algo. Unas copas te relajarán.

—Lids, no puedo. —La voz de Poppy sonaba casi histérica.

—Puedo ir a tu casa y ayudarte con la organización.

—No me ayudarías. Me meterías ideas en la cabeza, como que estoy chalada por casarme a los veintiséis, y me dirías que Bryan es aburrido...

—Nunca he dicho que Bryan fuera aburrido...

—¡Formal! Dijiste que era formal. Eso es lo mismo que decir que es aburrido.

—¡Bryan me gusta!

—Pero no quieres casarte con él.

—Porque eres tú la que va a casarse con él.

—Tampoco quieres que yo me case con él.

—Yo solo quiero para ti lo que te haga feliz. —Una de las frases más útiles que había aprendido en su vida, pensó Lydia. Diplomática sin llegar a ser insincera. No estaba bien mentir descaradamente. Una chica necesita vivir según un código.

—Pero no crees que casarme con Bryan me hará feliz.

—Sí lo creo, Poppy. En serio.

—Pero...

—De veras que lo creo. Oye, te dejo trabajar. Buena suerte.

Colgó, contenta de haber salido airosa del trance. Las bodas volvían loca a la gente.

Alicaída, Lydia sopesó sus opciones para esa noche. Podría trabajar; de hecho, debería trabajar para recuperar parte de los ingresos que se había perdido durante el fin de semana. Se imaginó bajando a la calle, entrando en el coche y encendiendo el piloto y hasta la última célula de su cuerpo se rebeló. Sencillamente, no estaba de humor para soportar una ronda de «Gracias mil» y «Mersi bo cu». Esa noche no.

Podía conectarse a la red y navegar, pero hasta trabajar le pareció mejor que eso. Paralizada por el despliegue de desagradables opciones, se

quedó absorta en sus pensamientos, tratando de decidir a cuál de sus hermanos odiaba más. Se sintió afortunada, teniendo tanto donde elegir. Murdy era, sin lugar a dudas, un completo gilipollas. No había más que verlo. Se había quitado de encima sus raíces taxistas y ahora dirigía un imperio de accesorios de baño que ya contaba con dos salones de exposición en el condado de Meath. Vivía como un hombre con recursos en un chalet con columnas que acababa de construirse a las afueras del pueblo, con una esposa rubia al volante de un todoterreno y dos niños rollizos descontentos. Conducía un BMW, tomaba sesiones de bronceado, tenían invitados a cenar en casa y cada día estaba al borde de la bancarrota. La noche anterior, sin ir más lejos, había tenido que renunciar a sus palos de golf. Pascal Cooper, de Cooper Sports («Para todas tus necesidades deportivas»), se había presentado en su casa y había mantenido una discusión breve y queda con él en la enorme puerta de entrada. Lydia escuchó un par de frases secas de Pascal: «Fue un pedido especial de Jackson Hole», luego, «Lo hacemos discretamente o llamo al sheriff... ¡Ah, hola, Lydia! Tienes buen aspecto. Llevas un pelo muy bonito. ¿Cómo te trata la ciudad?» «Hola, señor Cooper.» «¡Pascal, Pascal! El señor me hace sentir viejo. Bien, Murdy, ¡los palos!» Los palos pasaron del maletero del BMW de Murdy al maletero del viejo Civic de Pascal, quien se marchó con un par de ruidosas detonaciones que Murdy interpretó como un gesto de bravuconería.

Ronnie era diferente. Vivía con lo justo, era reservado y misterioso y estaba por lo menos con dos mujeres desconocidas a la vez. («Su huevo derecho no sabe lo que hace el izquierdo», por citar a Raymond.) Desaparecía con frecuencia, podía ser desde dos días hasta una semana, con el móvil apagado, y cuando reaparecía no daba explicaciones. Tenía el pelo negro, barba negra y un aspecto algo satánico. También su personalidad tenía un punto satánico, caviló Lydia. Era tenaz hasta la exageración. Nunca se enfadaba, podía defender su postura durante diez años sin elevar la voz una sola vez, pero Lydia estaba convencida de que cantidades ingentes de rabia hervían bajo la superficie. Poppy siempre decía que Ronnie era espeluznante y sexy a la vez. Antes de que Steady Bryan apareciera en su vida, solía decir que le intrigaba saber cómo sería el sexo con Ronnie, aunque sospechaba que después se sentiría sucia.

Luego estaba Raymond, que huyó a Stuttgart en cuanto tuvo edad suficiente. De niños, Raymond había sido el hermano favorito de Lydia, el

más divertido. Pero en el último año y medio había acabado por detestar su carácter bromista. Cada vez que intentaba hablar de algo serio con él, Raymond desviaba el tema con otra anécdota «divertida».

Lydia se levantó de un salto. Quería emborracharse, y si no le quedaba más remedio que hacerlo sola, que así fuera. Beber en solitario todavía no era ilegal. Salió a comprar algo para picar y una botella de vino y lo colocó todo ordenadamente sobre la encimera de la cocina.

De primero tomaría Pringles de Crema Agria y Cebollino, decidió, y de segundo Pringles a la Barbacoa... ¿Qué era eso?

Ruidos extraños. Aguzó el oído. Venían del cuarto de los polacos. Unos gemidos quedos. Se acercó a la puerta.

¿Había alguien chingando dentro? Pero ¿quién? Jan estaba fuera y Rosie no se bajaría las bragas para Andrei sin un anillo en el dedo. Lydia se detuvo un momento para saborear su odio por Rosie. No la soportaba y tampoco soportaba su ropa impecablemente planchada —solo tenía veintiún años, ¿qué joven de veintiún años se planchaba la ropa?— y su perfecta coleta y su falso aire de inocencia herida y la forma tan poco inocente con que utilizaba el sexo como instrumento negociador... A lo mejor Andrei se había hartado finalmente de ella y estaba en el cuarto retozando con otra. Pero eso era casi tan difícil de creer como que retozara con Rosie; era tan estricto con todo... Finalmente distinguió el sonido: ¡sollozos! Andrei (o tal vez Jan, pero por alguna razón, pese a su carácter estoico, sospechaba que era Andrei) estaba llorando. ¡Qué fuerte! Esto era algo digno de verse.

Llamó a la puerta y entró antes de que Andrei (o quizá Jan) pudiera gritarle que se largara.

Era Andrei, quien, horrorizado, se dio rápidamente la vuelta hacia la pared mientras se secaba las lágrimas con vehemencia.

—Ah, hola, Andrei. ¿Tienes un gato en el cuarto? —preguntó Lydia—. He oído unos ruidos extraños.

—No —farfulló.

—Estás llorando.

—No.

—Ya lo creo que sí. Te he oído. ¿Qué te ocurre? ¿Te ha dejado Rosie?

—No. —Eso sí sería una buena razón para llorar.

—Levántate. Sal. Estoy aburrida.

—No.

—Mejor que lloriquear aquí solo como una chica. Vamos, tengo vino y patatas.

No le dejaría tranquilo. No pararía de darle la tabarra hasta convencerlo. De mala gana, plantó los pies en el suelo.

—¿Por qué llorabas? —preguntó Lydia.

Andrei lo meditó. Era difícil explicar la pesadumbre que a veces lo asaltaba, pero el hecho de extrañar su casa probablemente tenía mucho que ver. En realidad, había experimentado rachas de desesperación similares cuando vivía en Polonia, pero no iba a pensar en eso ahora.

Se encogió de hombros.

—Desearía poder vivir en mi país.

—Yo también desearía que pudieras vivir en tu país.

Andrei levantó la cabeza. ¿Estaba siendo amable?

No.

—Era una broma —dijo ella, casi con asombro. Demasiado tiempo con la misma cantinela—. ¿No tenéis bromas en Polonia?

—¡Por supuesto que sí! —En Polonia tenían de todo, y era mucho mejor que lo que podías encontrar en este país de ignorantes—. Pero cuando lo dices tú... no tiene gracia.

—Lo mismo te digo, llorica.

Con suma dignidad, Andrei renunció a las cuatro Pringles que sostenía en la mano y se levantó.

—Me vuelvo a la cama.

—Quédate donde estás. Esto te animará. Voy a relatarte mi fin de semana.

Y Andrei lloró de nuevo. Tenía un día sensible y era una historia muy triste. Tan triste que estaba deseando contársela a Jan.

Y vio a Lydia con otros ojos.

—¡Por eso eres una persona tan odiosa!

—Eh, sí... supongo que sí. —¿Tan odiosa era?—. ¿Y cuál es tu excusa?

OceanofPDF.com

Día 54

El padre de Lydia solía decir, en broma, que su hija había aprendido a conducir antes que a caminar. Eso no significa que fuera dado a las bromas. Demasiado ocupado montando negocios desastrosos, inventando nuevas escuelas de pensamiento político y sufriendo infartos.

«Pobre papá», pensó Lydia. En realidad no le odiaba. Lo había hecho lo mejor posible, había trabajado muy, muy duro e intentado mantener la cosa a flote, pero tenía el síndrome contrario al del rey Midas y, para más inri, se murió a la temprana edad de cincuenta y nueve años, dejando tras de sí una situación caótica.

Lydia tenía quince años la primera vez que llevó a un pasajero. No tenía seguro, ni permiso de conducir, pero en aquel momento no había nadie más a quien recurrir y Peggy Routhy se había puesto de parto y necesitaba ir al hospital y había un coche aparcado frente a la casa de los Duffy perdiendo dinero cada segundo que no estaba en la carretera y su padre estaba en la radio gritándole que se sentara frente al volante y arrancara el condenado vehículo, que no era tan difícil, y que se asegurara de cargar un suplemento si Peggy Routhy rompía aguas sobre la flamante tapicería.

Los Duffy eran una dinastía de taxistas. Auggie había sido el taxista del pueblo junto con otros tres o cuatro autónomos conectados con él y, lo que es más importante, con su radio. La radio del poder. Quien controla la radio controla las carreteras. Y quien controla las carreteras controla el mundo. La radio estaba instalada en la sala de estar de los Duffy emitiendo interferencias y manteniendo a los Duffy en alerta constante. Nunca conseguían liberarse de su intrusión pero a veces captaban la frecuencia de la policía local e invitaban a los vecinos a escucharla y desternillarse.

Dirigir un servicio de taxis desde casa era caótico. A cualquier hora del día y de la noche podía entrar una llamada o una mano podía aporrear la ventana de la sala de estar. (Respetando la frontera entre la vida pública y la vida privada de los Duffy, los que querían un taxi llamaban a la ventana, mientras que las visitas normales llamaban a la puerta.)

Pagar los impuestos, pagar el seguro, pagar cualquier cosa constituía siempre una lucha, y los ingresos de Auggie Duffy nunca eran lo bastante altos para poder acceder a una hipoteca.

Pero aunque a los Duffy no les iban demasiado bien las cosas, tampoco les iban demasiado mal hasta que Auggie Duffy leyó *El manifiesto comunista*, el cual tuvo un profundo impacto en él. La clave para hacer dinero, si había entendido bien a Karl Marx, era poseer los medios de producción. Pero él, Auggie Duffy, subvertiría las enseñanzas básicas del comunismo y las emplearía para triunfar dentro del sistema capitalista. ¡Jo, jo, aún no había nacido quien le ganara en astucia!

Armado con su nueva teoría, convenció a un banco de que le prestara el dinero necesario para comprar cuatro coches y luego informó a sus conductores de que a partir de entonces tendrían que alquilarle un coche a él. Pero ¿por qué deberían alquilarle un coche a Auggie Duffy cuando ellos tenían su propio coche?, se preguntaron esos hombres. Auggie les recordó el pequeño detalle de la radio. Quien controla la radio controla las carreteras, ¿recuerdas? Pero —a Karl Max le habría encantado esto— los trabajadores se rebelaron. Todos tenían móvil y a uno de ellos se le ocurrió la gran idea de imprimir unas tarjetas con sus números de teléfono (la librería de Corinne les haría mil por diez euros). Repartieron las tarjetas por el pueblo, por los pubs y las farmacias, y las colgaron en el tablón de anuncios de la iglesia. Ofreciendo tarifas más bajas que Auggie Duffy, el negocio empezó a prosperar.

De repente, Auggie se encontró con que tenía una enorme deuda con el banco, cinco coches (los cuatro nuevos más el original) y nadie para conducir cuatro de ellos. Entonces obligó a sus hijos —Murdy, Ronnie y Raymond— y a su esposa Ellen a ponerse al volante. Cada segundo que uno de sus coches permanecía parado Auggie lo sentía como una cuchillada. No rechazaban ningún servicio.

Así pues, cuando Peggy Routhy apareció en casa de los Duffy y Auggie, Ellen, Murdy y Ronnie estaban todos de servicio (para entonces Raymond se había marchado a Alemania para escapar de la tortura de la radio), la idea de perder una carrera casi acaba con Auggie. Lydia solo tenía quince años pero era una gran conductora. Estaba más que preparada.

—Hazlo —le ordenó su padre.

—No tengo permiso de conducir.

—Buena observación. Asegúrate de que no te pare la urbana.

—No tengo seguro.

—Pues no mates a nadie. Y recuerda lo que te he dicho: vigila la tapicería.

Peggy estaba a cuatro patas delante de la casa de los Duffy, aullando de dolor, mientras Billy Routhy aporreaba la ventana y gritaba:

—¡Lydia, sal de una vez o Peggy tendrá el bebé aquí mismo!

Sintiendo que era su destino, Lydia descolgó las llaves del Corolla y, armándose de valor, subió al coche y condujo diecisiete kilómetros hasta el hospital por encima del límite de velocidad, mientras Peggy gruñía y gritaba en el asiento trasero. Al llegar a su destino, los Routhy se apearon y corrieron hacia las puertas del hospital, pero Lydia los detuvo y exigió que pagaran la tarifa y veinte euros de suplemento porque, efectivamente, Peggy había roto aguas en el asiento de atrás. Billy le tendió hostilmente el dinero y Peggy, con el rostro crispado y retorciéndose de dolor, gritó:

—¡Eres cruel! Pensaba que estábamos juntas en esto, como en una película. Iba a ponerle Lydia al bebé.

Lydia se encogió de hombros. Los negocios eran los negocios. El asiento de atrás estaba hecho una pena. Además, ¿y si era niño? Así fue como empezó. Cuando cumplió los dieciséis se sacó el permiso de conducir y empezó a trabajar a jornada completa para su padre. Solo dos años, pero bastaron para volverla inadecuada para cualquier otro trabajo. Cuando se mudó a Dublín, consiguió empleo en una oficina, hasta que se dio cuenta de que si alguien le resultaba fastidioso no podía abrir la puerta y pedirle que bajara.

Inevitablemente, la echaron; le dijeron que tenía un problema de actitud. Para poder llegar a fin de mes, Lydia regresó al taxi. Solo temporalmente, hasta que su actitud cambiara. Pero el cambio de actitud estaba tardando más de lo previsto y hasta entonces estaba destinada a conducir un taxi.

OceanofPDF.com

Día 53

—¿Jemima, qué pasa? —gritó Fionn—. Ha llegado el coche.

—Ya voy.

Jemima estaba luchando con el botón de la falda. Era exasperante. Inexplicablemente, la falda se había encogido. Pero no pensaba comprarse otra, no a esas alturas de su vida. No le gustaba despilfarrar: tenía ochenta y ocho años, y aunque provenía de una excelente estirpe, dudaba mucho que pudiera sacarle a una falda nueva cuarenta años de uso antes de morir. Lo cual, por cierto, no tenía intención de hacer en un futuro próximo, aunque esa condenada presencia no parara de rondarla.

Tampoco tenía intención de ponerse a régimen. Esas cosas eran para otra clase de mujeres, para esas pobres criaturas que no podían controlar sus impulsos físicos y se zampaban una caja entera de helado de golpe. La comida, en su opinión, no era algo para disfrutar. Su función no era otra que alimentar el cuerpo a fin de tener la energía necesaria para poder ayudar. Desde los diecisiete años pesaba sesenta y dos kilos —exceptuando un breve período de cuatro años en que bajó a cincuenta y ocho, durante una batalla contra un cáncer, el cual salió como claro perdedor y tuvo que marcharse con el rabo entre las piernas— y no tenía intención de cambiar ahora, por mucho que se empeñara el recalcitrante botón...

—Jemima, ¿estás bien? —preguntó Fionn—. El chófer no para de llamarme.

Tenía gracia. Fionn, la criatura más informal del mundo, metiéndole prisa a Jemima Churchill, que tenía La Puntualidad Es Sagrada corriendo por la médula ósea.

Con las manos resbalosas a causa del esfuerzo, forzó el botón dentro del ojal e inspiró triunfalmente. El enérgico gesto, no obstante, resultó excesivo para la cinturilla y el botón se liberó de sus amarras y salió disparado como una flecha, aterrizando en el ojo derecho de Rencor. Secretamente encantado, Rencor soltó un fuerte alarido. El impacto no le había dolido —parecía mucho más serio de lo que era en realidad— pero ahora tendría un agravio que explotar durante algunos días.

—¡Jemima! —bramó Fionn—. ¡Grainne no para de llamar! ¡Tenemos que irnos!

Jemima no pudo evitar una sonrisa. Grainne Butcher era una mujer de armas tomar. Solo era el segundo día de la carrera televisiva de Fionn y los madrugones y las largas jornadas de trabajo ya habían empezado a hacer mella en él. No estaba acostumbrado a tener que presentarse en un lugar a una hora concreta y a tener que quedarse una vez pasaba la novedad. Pero seguro que llevar una rutina rigurosa le haría bien.

Jemima volvió a besar a Rencor, se alisó la chaqueta para tapar el hueco de la cinturilla y cogió su viejo bolso marrón. Fionn estaba en el vestíbulo, caminando de un lado a otro, malhumorado pero tan guapo que con solo mirarlo se le alegró el corazón. La estilista de Grainne Butcher se había empeñado en que se lavara el pelo, los tejanos y la cazadora de múltiples bolsillos. Era un príncipe, pensó Jemima, un príncipe bello y aseado.

Hoy es un día muy especial para Fionn. Él, sin embargo, no lo sabe. Conscientemente por lo menos. En las profundidades de su subconsciente varias capas continentales están empezando a desplazarse, crujiendo, chocando, anunciando una temporada de mucha agitación.

Hoy Fionn lleva 36 años y 128 días vivo. Es un día mayor que su madre cuando falleció. La ha superado en edad. Hasta el día de hoy Fionn ha tenido que esforzarse para permanecer vivo. Se le iba tanta energía en protegerse que no le quedaba nada para dar a los demás.

Pero el día de hoy marca un nuevo comienzo.

Hoy, por primera vez en su vida, Fionn puede permitirse enamorarse.

Francamente, estoy impaciente por ver qué pasa...

Fionn parecía un galgo al que acabaran de soltar. No había un segundo que desperdiciar en esta nueva y excitante fase de su vida. Bajó corriendo las escaleras, seguido de Jemima y Rencor, que iban a acompañarle a la grabación de ese día. Abrió la puerta y... a unos metros de él, envuelta por un halo de luz amarilla, estaba la mujer más adorable que había visto en su vida. Anonadado, se detuvo en seco y Jemima y Rencor tropezaron con su espalda. Fionn contempló su boca de piñón, su piel blanca y rosada, sus rizos rubios, su frescura, su inocencia, su bicicleta, su...

Alertada por la intensidad de su mirada, la mujer levantó bruscamente la cabeza y se quedó petrificada.

Fionn bajó los últimos peldaños hasta la calle con sus cabellos dorados brillando bajo el sol de la mañana.

—Soy Fionn Purdue. —Le tendió una mano.

La mujer la ignoró. Estaba muda, inmóvil, y siguió mirando a Fionn como si se hubiera convertido en piedra.

De pronto, como caído del cielo, apareció un hombre. Un hombre joven, trajeado. Fionn no había reparado en él hasta ese momento.

—Matt Geary —dijo.

Una vez más Fionn alargó una mano y una vez más fue ignorada.

—Y... —Matt acercó su cara a la de Fionn— ella es MI ESPOSA —bramó.

—¿Cómo te llamas? —le susurró Fionn a la preciosa mujer, pero ella no respondió.

Fionn se volvió hacia Matt, impaciente por descubrirlo.

Pasaron unos segundos. Luego, de mala gana, Matt contestó:

—Maeve.

—Maeve —dijo Fionn, maravillado. «Maeve.» Qué nombre tan bonito, probablemente el nombre más bonito que había oído en su vida, y era perfecto porque pertenecía a la mujer más bonita del planeta—. Maeve, la reina guerrera. Yo soy tu nuevo vecino. Vivo en el primer piso con Jemima Churchill. ¿Conoces a Jemima? —Agitó frenéticamente una mano hacia Jemima—. Acércate —susurró— y saluda a Maeve.

—Ya conozco a Matthew, y también a Maeve —dijo educadamente Jemima.

—Voy a vivir aquí una temporada. —Fionn se dirigía exclusivamente a Maeve—. Un par de meses más o menos.

El pitido de una bocina lo sacó de su trance.

—¡Fionn, vámonos de una vez! —Era Odgen, el chófer—. ¡Grainne está histérica!

De pronto, Fionn se alegró de estar haciendo aquel programa de televisión. Los horribles madrugones, el absurdo suavizante de pelo y esas camisetas afeminadas súbitamente le merecieron la pena. Eso podría impresionar a Maeve.

—Estoy haciendo un programa de jardinería —soltó con entusiasmo—. Se titula *Tu edén privado*. Canal 8. —Se había percatado vagamente de que

Jemima lo tenía agarrado por el codo y estaba empujándolo hacia el coche —. Los jueves por la noche —gritó por encima de su hombro a la visión, que seguía paralizada y muda—. ¡Muy pronto! ¡Búscalos!

Las portezuelas del coche se cerraron, Odgen apretó el acelerador hasta el fondo y Fionn miró embelesado por la ventanilla de atrás hasta que doblaron una esquina y la perdió de vista.

—¿Quién es? —le preguntó a Jemima.

—Déjala tranquila —contestó Jemima con una severidad impropia de ella.

Fionn rió alegremente.

—¡No tienes motivos para ponerte celosa! Tú siempre serás la primera. ¿Qué puedes contarme?

Jemima apretó los labios. Ella nunca cotilleaba. Aunque le encantaría hacerlo. A lo largo de su vida había disfrutado de numerosos placeres mundanos: se había bebido sesenta y siete copas de jerez dulce (una cada Navidad, desde los veintiuno hasta el día de hoy); le había dado dos caladas a un purito que un cliente le había regalado a Giles; a instancias de Fionn había probado un delicioso dulce llamado Chocolate Mortal en un lugar encantador llamado TGI Friday; y, naturalmente, había disfrutado del sexo con su difunto marido. Pero nada le había enganchado tanto como especular sobre las vidas ajenas. Anhelaba hacer eso que las revistas femeninas llamaban «contar chismes». Enterarse de un secreto le producía un placer de una intensidad casi alarmante y pasarlo le producía un goce aún mayor. Pero no podía permitirse cotillear. La gente de buen corazón no cotilleaba. Sin embargo, había veces, pensó, en que desearía haber sido educada de otra manera, en que desearía no ser tan buena.

Matt observó cómo el coche se llevaba a Fionn. Casi vomitó de rabia.

—¿Quién cojones se cree ese capullo que es?

Maeve lo miró inquieta.

—Será mejor que me vaya.

—¿Pero no lo has visto? —La voz de Matt era unas octavas más alta de lo normal—. ¿No has visto el descaro con que...? —Calló. Naturalmente que lo había visto.

—Llegaré a casa a la hora de siempre —dijo Maeve.

—Vale. —Él la besó, pero estaba tan enfadado que apenas soportaba tocarla.

La vio alejarse en la bici, luego buscó su coche y pasó frente a varias paradas de autobús ignorando a toda la gente a la que podría haberse ofrecido a llevar. ¿Para qué? Seguro que le acusaban de asesino.

En el pasillo de Edios tropezó con Niamh, uno de los miembros más brillantes de su equipo. Parecía disgustada. Y cambiada. Para mal.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó.

—¿No salta a la vista? Mi pelo. Me lo fui a cortar ayer, después del trabajo.

Por eso la veía cambiada.

—Parezco un transexual —dijo.

Eso era exactamente lo que parecía, advirtió Matt. El agresivo corte le daba un aspecto muy masculino, como si se hallara en mitad de un tratamiento de hormonas y cirugía. He aquí una oportunidad para quitarse de encima su acto amable antes de las nueve de la mañana. Eso lo eximiría de la gente que había abandonado en las paradas de autobús.

—Como siempre, Niamh, has dado en el clavo. —Niamh tenía el don de llamar a las cosas por su nombre en cualquier situación—. Vuelve a la peluquería y que te lo arreglen. No sé qué aconsejarte, el pelo no es lo mío. Pero no puedes ir por ahí con esa pinta...

... La cara de Niamh. Estaba mirando a Matt como un cachorrillo al que acabaran de propinar una patada. Estaba horrorizada. «Pensaba que eras encantador», decían sus ojos desconcertados y húmedos. «Pensaba que eras uno de los hombres más agradables que conozco. ¿Cómo puedes ser tan cruel?»

Matt hizo un asentimiento seco de cabeza. Estaba deseando largarse. Algo había ido mal, terriblemente mal.

No había dado ni diez pasos cuando cayó en la cuenta de su error. Su acto amable consistía en mentir, no en decir la verdad. Cuanto Niamh necesitaba era un poco de consuelo.

—Niamh —la llamó.

Ella se volvió.

—Niamh, lo siento —dijo humildemente—. He tenido tiempo de reflexionar. Tu corte de pelo está bien. Es solo que hay que acostumbrarse.

Ella asintió con el mentón tembloroso.

—Gracias. —Sus labios temblaban.

—Siento mucho haberte disgustado.

—No pasa nada.

Pero sí pasaba. Había perdido su fe en él. Jamás volvería a confiar en Matt.

Profundamente deprimido, Matt llegó a su despacho. Malditos Actos Amables y Tríos de Bendiciones y todo lo demás. Nada funcionaba. Nada ayudaba.

Hoy podía ser el día que cerrara la venta del Bank of British Columbia. Habían pedido otra reunión y no quedaba ningún asunto por tratar. ¡Ninguno! Ni siquiera las entradas para Wimbledon. Iban a quedarse sin ellas, porque Matt no podía seguir poniendo dinero en aquello sin un resultado. En una ocasión —solo en una ocasión— había llegado hasta ese punto con un cliente que luego se echó para atrás. Fue un golpe que casi acabó con él. Había puesto tanta energía en el cortejo y gastado tanto del presupuesto de entretenimiento de Edios que cuando recibió la llamada con la mala noticia, un ruido atronador inundó sus oídos y empezó a ver borroso y luego oscuridad. Los colegas de las mesas cercanas le contaron que se había desmayado, pero no se había desmayado. ¡Desde luego que no se había desmayado! Se le había caído el teléfono, las piernas dejaron de sostenerlo unos instantes y había perdido temporalmente la vista, ¡pero no se había desmayado!

Existía la posibilidad de que el Bank of British Columbia hubiera convocado la reunión de esa mañana para decirle que no iban a comprar el sistema. Tal vez querían tener la deferencia de comunicárselo en persona en lugar de hacerlo mediante un correo de dos líneas. Pero también existía la posibilidad de que quisieran comprar. Y si compraban, si esto le salía bien...

Significaría una comisión. Significaría prestigio. Y significaría algo más. No sabía muy bien cómo expresarlo, pero le recordaría quién era realmente.

Pero, primero de todo, tenía que ofrecer una imagen entusiasta, optimista. Mientras cruzaban la ciudad en coche, con Salvatore, Cleo y Niamh apretados en el asiento trasero del coche y Jackson en el de delante, se dijo: «Eres un vendedor, compórtate como un vendedor.»

No obstante, una vez en el banco, cuando conducía a su equipo a la sala de reuniones donde se decidiría el destino del acuerdo, la confianza volvió a fallarle y se detuvo.

—¿Un abrazo colectivo? —preguntó maliciosamente Salvatore.

—... No. Buena suerte a todos. Vamos allá.

Poniendo la mejor sonrisa que era capaz de esbozar —no recordaba haber tenido que forzar jamás una sonrisa, las sonrisas siempre le salían de forma automática— irrumpió en la sala donde los hombres aguardaban y lanzó un alegre gruñido.

—¡Uauuu! ¿Cómo estáis?

—De primera, Matt, ¿y tú?

—Genial. ¡Uauuuu! —Estaba estrechando hombros, dando cordiales zarandeos y suaves empujones. Así era como Matt hacía negocios. Colegas, todos eran colegas. Amigos íntimos, mucho contacto corporal, nada de esa tontería de las distancias. Hablando de resacas. Hablando de coches. Hablando de deporte. A Irlanda no le iba muy bien en rugby—. ¡Uf! Hemos tenido tiempos mejores.

—¡Uf, y que lo digas!

—¡Pero volveremos a la carga!

—¡Puedes jurarlo!

OceanofPDF.com

Día 53...

—El edén está en todas partes. —Fionn le sonrió cálidamente a la cámara—. Incluso en un pequeño piso del centro urbano como este. — Señaló con el brazo el espacio y la cámara giró para mostrar una minicocina atestada.

—Bien, Fionn —dijo Grainne—. Solo que con un poco más de entusiasmo. El edén está EN TODAS PARTES. Como queriendo decir, ¿no es asombroso?

—El edén está EN TODAS PARTES. —Fionn le sonrió cálidamente a la cámara—. Incluso en un pequeño piso del centro urbano como este. — Abarcó el espacio con el brazo y la cámara giró para mostrar una minicocina atestada.

—Bien, Fionn. Solo que con un poco más de asombro. INCLUSO en... espera, diminuto, diminuto me gusta más. —Grainne corrigió su guión—. Incluso en un diminuto piso del centro urbano como este.

—El edén está EN TODAS PARTES. —Fionn le sonrió cálidamente a la cámara—. INCLUSO en un DIMINUTO piso del centro urbano como este. —Abarcó el espacio con el brazo y la cámara giró para mostrar una minicocina atestada.

—Un poco mejor. Repítelo.

«Caray, caray», pensó Rencor sonriendo maliciosamente para sí. A Fionn no se le daba muy bien que digamos. ¿Cuántas veces había repetido ya esta pantomima? Sinceramente, tantas que había perdido la cuenta.

—Fionn, solo quiero que sepas que no tiene nada de raro hacer tantas tomas —dijo Grainne—. No significa que lo estés haciendo mal.

«Caray, caray», pensó Rencor mirándose las uñas y ocultando otra sonrisita. Ahora lo trataban con condescendencia, de hecho, lo trataban con lástima. Excellent Little Productions no tardaría en darse cuenta del terrible error que había cometido y Fionn Purdue sería devuelto en el Monaghan Meteorite a su casa de Pokey, avergonzado y humillado, para no volver jamás.

El muy idiota no parecía darse cuenta de lo mal que lo hacía. Decía sus frases y movía los brazos cuando se lo pedían, pero estaba pensando en esa chica, Maeve. «Está extático», pensó Rencor con desdén. Entre toma y toma, Fionn caía en un profundo estado de idiotez, con una lánguida media

sonrisa en la cara, mientras en su cabeza repetía una y otra vez la palabra «Maeve. Maeve. Maeve. Maeve. Maeve. Maeve. Maeve. Maeve. Maeve. Maeve. Maeve. Maeve. Maeve. Maeve. Maeve. Maeve.» Los demás no, pero Rencor podía oírla perfectamente.

—Bien, Fionn, vamos allá —dijo Grainne.

—El edén está EN TODAS PARTES. —Fionn le sonrió cálidamente a la cámara—. INCLUSO en un DIMINUTO piso del centro urbano como este. —Abarcó el espacio con un brazo y la cámara giró para mostrar una minicocina atestada.

Grainne meneó la cabeza.

—Lo siento, Fionn. En esta ocasión no has sido tú.

«Por una vez...», pensó Rencor con despiadado placer.

—El sonido está recogiendo algo. —A esto siguió una conversación queda entre Grainne y el hombre del sonido, que llevaba unos auriculares supersensibles—. Un autobús en la calle pasando por encima de una alcantarilla.

—¿No podemos pedirles que paren?

—Podemos intentarlo.

La mensajera, una joven llena de *piercings* llamada Darleen, fue enviada a la calle con instrucciones de desviar todos los autobuses hasta nuevo aviso.

—Eso es imposible —dijo.

—En tu entrevista dijiste que querías trabajar en televisión —espetó Grainne—. Dijiste que estabas dispuesta a hacer lo que hiciera falta. —Se encogió de hombros—. Pues esto es lo que hace falta.

«Una tía dura esa Grainne», pensó Rencor con secreta admiración.

Darleen debió de conseguir algo en la calle porque después de dos tomas más Grainne estuvo satisfecha con la actuación de Fionn, el sonido, la luz y todo lo demás.

En la siguiente escena, la cámara acompañaba a Fionn hasta la pared del fondo de la cocina, donde abría una ventana y le sonreía a la cámara.

—Damas y caballeros, entren conmigo en el edén. —Con delicadeza, posó su sucia mano en el saliente—. También conocido como alféizar. —Sonrió de nuevo, como si estuviera compartiendo un secreto con los espectadores, y Rencor tragó saliva. Por un instante Fionn había parecido una estrella. Se volvió rápidamente hacia Jemima. ¿Lo había notado?

Pero Jemima se había pasado la mañana mirando a Fionn como si fuera Daniel Day Lewis ofreciendo una actuación merecedora de un Oscar. No podía ocultarlo cuando se trataba de Fionn, advirtió Rencor. Pensaba que todo lo que hacía, hasta la tontería más grande, era absolutamente maravilloso. Aunque Rencor tenía que reconocer que mostraba la misma generosidad con él. Pero lo de Fionn era diferente.

Al final del día Grainne Butcher estaba bastante satisfecha. Para alguien que nunca había hecho esto, Fionn Purdue no lo hacía nada mal. Y salía genial: la cara, el cuerpo, el pelo, las manos. Esas sucias, encantadoras manos. Le harían muchos primeros planos mientras apretaba la tierra en las jardineras y replantaba delicadamente ramitas y frotaba dulcemente las hojas con el índice y el pulgar.

Grainne, que no era dada a los halagos a menos que no le quedara más remedio, debía reconocer que Fionn tenía tanto de paciente como de guapo. No creía haber trabajado nunca con alguien capaz de soportar con tan buen talante la repetición de tantas tomas. Estaba claro que Fionn Purdue no iba sobrado de ego.

Se preguntó cuánto duraría eso. Empezaban a comportarse como divos la primera vez que veían su foto en el periódico. Y Fionn iba a recibir mucha atención; a Grainne ya le habían pedido cuatro entrevistas con él y solo hacía un día que habían enviado el comunicado de prensa.

Existía, naturalmente, una pequeña posibilidad de que Fionn conservara la humildad. Pero a su ego aún le quedaba mucho por experimentar, habiendo vivido recluido en un pueblo de mala muerte como Pokey, sin otra ambición que quitarles los hierbajos a unas cuantas amas de casa desesperadas.

—Hemos terminado por hoy —dijo Grainne—. Buen trabajo, Fionn. Nos veremos mañana por la mañana. Esto... ¿vendrán otra vez Jemima y Rencor? —Por extraño que pareciera, sentía que ese perro tenía un problema de actitud.

—Todavía no lo sé —dijo Fionn—. ¿Y si invitara a otra persona en su lugar? ¿Es posible?

—Claro. ¿Quién?

Pero Fionn no parecía estar escuchándola. Se había replegado en sí mismo. ¡Artistas! ¡Unos colgados! Era la característica que más le

exasperaba. Podía soportar a la gente poseída por toda clase de demonios, desde la rabia hasta la tacañería y los celos patológicos, pero, como mujer pragmática que era, los cuelgues (si esa era la palabra) la sacaban de quicio. Los ojos de Fionn se centraron de nuevo cuando emergió de dondequiera que hubiera estado.

—Grainne —dijo—, ¿cómo se llama esa emoción en la que no puedes dejar de pensar en una persona?

—Eh... ¿Obsesión?

Fionn chasqueó los dedos, agradecido.

—¡Obsesión! ¡Exacto!

OceanofPDF.com

Día 53...

Matt se marchó del trabajo diez minutos antes de la hora. La reunión de la mañana con el Bank of British Columbia no había aportado conclusiones. Se mostraron cordiales, hicieron más preguntas y dijeron que estarían en contacto, y Matt salió de allí agotado. De nuevo en la oficina, durante un frenético instante pensó en agarrar el teléfono y llamarles para decirles que no iba a venderles el sistema, simplemente para acabar con la angustiada espera.

Pasó la hora de la comida a solas en la oficina, leyendo *Top Gear*. Cuando lo terminó —y le pareció que terminaba demasiado pronto— cogió el periódico de Cleo y, presa de un arrebató, hizo los tres sudokus, uno detrás de otro. Nada más anotar el último número y soltar el bolígrafo lo asaltó el sentimiento de culpa. Hacer los sudokus de otra persona no estaba bien, era como robar. Como comerse un trozo de pastel que alguien tiene guardado en la nevera.

Tendría que dar la cara y ofrecerse a comprar otro periódico. Dobló las páginas para no ver su crimen y mientras lo hacía reparó en una breve reseña sobre los trozos de hielo que caían del cielo. Solo un resumen de lo que ya sabía, pero todavía le gustaba leer sobre ello. Aguzando la mirada, se percató de que los lugares donde habían aterrizado los trozos de hielo eran todos capitales. ¿Se habían dado cuenta los expertos? ¿Qué significaba eso? ¿El comienzo de una debacle apocalíptica que apuntaba a las capitales del planeta? Ya podía oír la CNN: «Piedras de granizo gigantes atacan Sidney... noticia de última hora en Nueva York... pánico en las calles de Tokio...» Como en una película.

¿Qué posibilidades había de que uno de esos trozos de hielo aterrizara en Dublín? ¿Y dónde lo haría? ¿Qué coche aplastaría o qué tejado atravesaría o —temeraria ocurrencia— qué vida humana se cargaría? Durante un instante, la imagen le pareció tan deliciosa que cerró los ojos para saborearla.

Pero el resentimiento le interrumpió. No ocurriría. No había justicia. Ninguna. Ninguna en absoluto.

Era incapaz de salir de su bajón. Nada, ni siquiera el hecho de que Cleo lo eximiera con una sonrisa del robo del sudoku conseguiría sacarlo del pozo y devolverlo a su estado normal. No podía trabajar. Debería estar

buscando nuevos clientes, acosando a otras compañías para que compraran el software de Edios, pero en esos momentos no se veía con ánimos.

Tenía un mal día. Todo el mundo tenía un mal día de vez en cuando. Tal vez mañana fuera diferente, pero mejor lo dejaba por hoy.

—Me marchó, tengo hora con el dentista —anunció desenfadadamente.

Ruiditos de solidaridad y asombro lo siguieron hasta la puerta. El valiente de Matt, todo el día sabiendo que lo esperaba un encuentro con el dentista y ni lo había mencionado. Qué gran tío. Hasta Niamh (que había salido a comer y se había hecho otro corte de pelo sanador) se preguntó si debería reconsiderar la opinión que tenía de él.

Matt salió como una bala del aparcamiento pero no puso rumbo a casa. Lo seguí, tratando de comprender adónde iba. Por un momento me pregunté si la historia del dentista era cierta y no un pretexto para salir antes de la oficina. Entonces vi que se dirigía a la zona portuaria. ¿Significaba lo que creía que significaba?

... Sí.

En la misma calle secundaria donde Maeve había aparcado su bici cuatro días antes estacionó Matt su coche. Puso dinero en el parquímetro para dos horas, se instaló frente a las puertas de No Brainer Technology —abiertamente, sin esconderse como Maeve— y vio salir a la gente, tal como había hecho Maeve.

Y el tipo apareció al fin. Llevaba los faldones de la camisa colgando por fuera, con algunos botones ausentes, el pelo largo y despeinado y una cartera con la correa deshilachada cruzada sobre el pecho. Cuando vio a Matt el miedo se dibujó en su rostro cetrino, pero enseguida recuperó la compostura y se rió —se rió— de Matt. La risa cruzó flotando la calle y la rabia estalló dentro de Matt, invadiendo cada célula de su cuerpo. El chico larguirucho se alejó con exagerada indiferencia y a Matt le entraron ganas de golpear la pared.

Regresó a su coche, se propinó cinco puñetazos en la barriga y se sintió un poco mejor: la rabia había amainado y se había hecho daño. Lo cual le estaba bien, porque todo aquello era culpa suya.

... No me preguntes, estoy tan perdido como tú.

OceanofPDF.com

Día 53...

—¿Qué me pongo? —preguntó Conall cuando llamó desde Helsinki. Llamaba casi todas las noches, antes de que Katie se fuera a la cama.

—El traje de Tom Ford y la camisa que te regalé.

—¿La rosa?

—No es rosa, es lavanda. Un lavanda muy pálido, casi blanco. —En realidad era un lavanda fuerte, muy femenino, que paradójicamente le daba un aire aún más masculino. Pero de nada le serviría intentar explicárselo; a veces lo mejor era simplemente insistir y punto—. Te he sacado la corbata que quiero que te pongas. La tienes encima de la cama.

—¿Y debo recogerte a la una?

—Exacto, a las trece horas en mi casa. ¿Tienes limpio el coche?

Detectó una leve vacilación.

—Lo tendré. Aunque podríamos ir en el tuyo.

No, no podían. Su coche estaba bien pero no impresionaba. No como el Lexus de Conall. Ya podían llamarla frívola, pero iban a la boda de su ex novio. Se alegraba mucho de que Jason fuera feliz y bla, bla, bla, pero no obstante... no quería dar la impresión de estar dolida.

—¿Y tu vuelo? —preguntó—. Finnair, ¿verdad? ¿Llegará a las diez y cuarto de la mañana del sábado? —Ya lo sabía. Se sabía hasta el último detalle, pero no quería dejar lugar a malentendidos. Esto era muy, muy importante para ella.

—Las diez y cuarto.

—¿No podrías venir el viernes por la noche, solo para asegurarnos de que estarás aquí? —Ya se lo había preguntado antes, varias veces, pero estaba tan nerviosa que no pudo evitar preguntárselo de nuevo.

—Estaré allí.

—Vale.

—Te lo prometo.

Una pausa.

—Te lo prometo. No te fallaré en esto.

«No te fallaré en esto.» ¿Qué más podía hacer Conall para convencerla?, se preguntó Katie. Y por lo menos no estaba en Manila o Saigón, como otras veces, con muchas más probabilidades de que los

vuelos llevaran retraso y se perdieran las conexiones. Helsinki era un vuelo directo de apenas dos horas. Nada del otro mundo.

En un intento obvio por cambiar de tema, Conall preguntó:

—¿Cuál es el pensamiento de hoy?

—Espera. —Katie fue a buscar la agenda que Danno y los demás le habían regalado por su cumpleaños. Buscó la página—. La de hoy es una frase optimista: «Ama tu cuerpo tal como es. Crees que es imperfecto y tienes razón, pero no hará otra cosa que empeorar.»

—Tú tienes un cuerpo perfecto —susurró Conall.

Katie soltó un bufido, pero le gustó oírlo...

Nada más colgar se preguntó si Conall sabría qué zapatos ponerse. ¿Debería llamarle otra vez? Probablemente no. Conall no era de fiar pero sabía vestirse, y ya lo había atosigado lo suficiente con esta boda.

En su lugar, decidió sacar la basura.

OceanofPDF.com

Día 53...

Fionn se levantó.

—¿Adónde vas? —le preguntó secamente Jemima.

—... A... a ningún lado. —Volvió a sentarse en el sillón con fundas protectoras y fingió concentrarse en el viejo televisor.

Bebieron su té en silencio, luego Fionn dejó la taza en el platito ruidosamente para señalar un cambio de actividad. Poniéndose en pie, dijo como si tal cosa:

—Creo que voy a estirar las piernas.

—Ya las tienes lo bastante largas. Siéntate.

—Necesito salir, Jemima. Un chico de campo como yo no puede permanecer encerrado en un piso tan pequeño. Necesito dar una vuelta.

—Son las diez de la noche. Las calles estarán llenas de gamberros y matones.

—¿Y qué?

—Podrías salir mal parado —replicó maliciosamente Jemima—. Un simple chico de campo como tú.

—Solo unos minutos... —Fionn ya estaba en la puerta.

—Está casada —dijo Jemima en un tono categórico.

—¿Quién?

—Ya sabes quién. Maeve.

Pero no se sentía casada, pensó Fionn.

—Creía que siempre te mantenías alejado de las mujeres casadas.

Y así era, por supuesto, cualquier persona decente lo haría. Pero Maeve era diferente. No sabía decir por qué, en qué sentido, solo sabía que era diferente.

—Fuiste educado en el respeto a las mujeres casadas.

Jemima estaba intentando avergonzarlo para que se olvidara de Maeve, pero era en vano. ¡No podía! Fionn no daba crédito a la intensidad de sus sentimientos. La había tenido en la cabeza todo el día, como un zumbido de fondo. Era la primera vez que una mujer le afectaba de ese modo y, francamente, le traía sin cuidado que tuviera marido. La quería e iba a conseguirla.

—Siento... ¿cómo expresarlo? Siento que en realidad no está casada.

—Fionn meneó la cabeza y afiló la mirada—. Ese Matt...

—¿Se llama Matthew!

—... me da mala espina. Sospecho que la tiene prisionera.

—¿Has perdido el juicio? —le preguntó Jemima con los ojillos brillantes como los de un pájaro—. ¿Te das cuenta de lo que estás diciendo?

—Créeme, Jemima, en esa casa pasa algo raro.

—¡Tonterías! Simplemente estás intentando justificarte de un acto horrible. Pero no voy a permitir que lo hagas.

—¿Y cómo piensas detenerme? —De repente volvía a ser el gallito de los quince años.

—Te prohíbo que salgas.

Jemima lo fulminó con los ojos. Fionn había olvidado el poder de esa mirada. La fuerza irresistible, solían llamarla él y Giles. Penetrándolo como un rayo láser, lo obligó a cruzar la sala de estar y lo empujó de nuevo contra el sillón, donde se derrumbó, agotado y alicaído.

Jemima esbozó una sonrisa amable.

—¿Más té, querido?

«Métete el té por tu escuálido culo protestante.»

—Sí —farfulló Fionn.

—Y ahora dime —prosiguió secamente Jemima mientras levantaba la tetera—, ¿qué pensabas hacer? ¿Llamar a su puerta e invitarla a salir con su marido sentado a un metro de ella?

—Había pensado invitarlos a los dos a la grabación —dijo Fionn con frialdad—. A los dos. A la gente le gustan esas cosas.

—Gracias, pero creo que no les hace ninguna falta visitar un estudio de televisión.

OceanofPDF.com

Día 53...

A menos de tres metros por debajo de Fionn, Matt y Maeve estaban enredados en el sofá, viendo un programa de bricolaje. Estos dos eran criaturas realmente rutinarias. Cada día se levantaban a las siete y media y se sentaban a desayunar gachas, miel y un comprimido vitamínico. A las ocho y media se iban a trabajar y regresaban a las seis y media. Cada noche preparaban una cena contundente, acompañada de patatas y siempre seguida de algo dulce; adoraban el azúcar refinado, la bollería, los Cornettos y las empanadas de manzana. Una vez satisfechos, se acurrucaban juntos en el sofá y veían la tele, independientemente de lo que dieran, y seguían picando alguna chuchería. Cuando el reloj anunciaba las once, se ponían varias capas de ropa, se metían en la cama y escribían sus Tres Bendiciones del día en sus respectivas libretas.

Estaban hechos el uno para el otro, Matt y Maeve.

Por extraño que pareciera, aunque David era —como Maeve— galwayano, y Matt era, por citar a David, solo un «traje», Maeve tenía muchas más cosas en común con Matt que con David. Con Matt reía, reía mucho. Algo que no había hecho demasiado con David, quien encontraba el mundo tan escandalosamente injusto que la risa le parecía un acto propio de personas insensibles y frívolas.

Pero aunque ella y Matt estuvieran hechos el uno para el otro, el sentimiento de culpa la atenazaba. David no había hecho otra cosa que amarla y cuidarla, y Maeve estaba horrorizada y avergonzada por la forma en que lo había humillado delante de todos. Visto desde su nueva relación, se daba cuenta de lo que había fallado entre ella y David, que era mucho más de lo que había estado dispuesta a reconocer mientras salió con él. Le había halagado tanto que de todas las chicas de Goliath David la hubiera elegido a ella —David, tan inteligente y apasionado y carismático— que nunca se detuvo a pensar si David era la persona que quería a su lado.

Estaba deseando darle una explicación, mitigar de algún modo su sufrimiento, pero David se negaba a que le «explicara» nada. Aunque tampoco le habría resultado fácil, se decía Maeve. No tenía ni idea de cómo había ocurrido. En un instante había pasado de ser la novia de David y tener

cierto cariño a Matt a amar apasionadamente a Matt y relegar a David a un segundo plano.

Intentó varias veces quedar con David para tener una charla, pero fue en vano. David no respondía a sus llamadas, rechazaba sus correos y cruzaba melodramáticamente la calle cuando la veía venir por la acera. En las reuniones entre equipos soltaba indirectas sobre lo difícil que era confiar en el personal y en una ocasión en que Maeve le rozó sin querer en la sala de descanso susurró:

—No me toques.

Matt, con su innato optimismo, insistía en que David no tardaría en olvidar a Maeve y encontraría a otra persona, pero Maeve no las tenía todas consigo. David era extremadamente sensible y los rasgos que en su día había admirado tanto en él, como sus fervientes protestas contra las injusticias de todo tipo, de repente le parecieron defectos. David todavía guardaba rencor a Henry Kissinger por haber orquestado el golpe de estado en Chile que derrocó a Allende, a pesar de que en aquel entonces David ni había nacido.

Natalie era otra historia. Con admirable pragmatismo aceptó la nueva configuración Matt & Maeve casi de la noche a la mañana.

—Caray, chicos —agitó una tersa mano marrón—, no hay más que veros para comprender que estáis hechos el uno para el otro. Al principio no me hizo gracia, pero ¿qué podía hacer?

—¿Qué deberíamos hacer con respecto a David? —le preguntó Maeve.

Pero Natalie pertenecía a la misma escuela optimista que Matt. Restando importancia al asunto, dijo:

—Dadle tiempo.

Pasó un mes, y otro, pero David seguía de morros y Maeve seguía sintiéndose culpable, y eso provocaba tirantez en el trabajo. Y también en los momentos de ocio. Matt deseaba estar con Maeve a todas horas, no le habría importado compartir sus aficiones, comer falafels bajo la lluvia, que le dieran empujones y le echaran cerveza encima en Gogol Bordello y caerse continuamente de una tabla de surf en el gélido Atlántico. Pero Maeve no podía hacerle eso a David. Le había hecho tanto daño que le parecía justo que él se quedara con sus amigos y su vida social.

Con suerte no sería para siempre y entretanto ella y Matt forjaron un nuevo camino, encontrando el punto intermedio entre sus dos estilos de vida diferentes. Ella le hizo leer un libro de Barbara Kingsolver y él la convenció

para pasar un fin de semana en un balneario y hasta compartir un masaje en pareja. Y aunque Maeve estaba segura de que se sentiría culpable por el degradante trabajo del pobre masajista, se dio cuenta de que las propinas generosas lograban apaciguar su conciencia.

De hecho, tuvo que admitir que el fin de semana le había encantado. Como a Matt el libro de Barbara Kingsolver. Claro que les encantaba todo lo del otro, de modo que era difícil estar seguro.

OceanofPDF.com

Día 53...

Fionn se revolvió en el sillón y pensó: «¡Ajá! ¡Sí, ajá! Tarde o temprano Jemima tendrá que acostarse.» Esperaría. Jemima era una mujer fuerte y en ocasiones aterradora, pero todo el mundo necesitaba dormir. Así que se bebió su té y contempló la estúpida tele, y a las once, cuando Jemima anunció que se retiraba, se desperezó y fingió un largo bostezo y estuvo de acuerdo en que era hora de irse a dormir. Le dio un beso de buenas noches en la puerta de su dormitorio y luego esperó, y esperó, y esperó, hasta que oyó los silbidos que salían del cuarto, y aunque se obligó a esperar otros quince minutos, cuando abrió la puerta del piso temió literalmente que Jemima apareciera frente a él, como un ángel vengador, y le ordenara que regresara a la cama. Pero logró salir sin percances. Jemima estaba perdiendo facultades.

Bajó las escaleras de puntillas y deslizó una nota por debajo de la puerta de Maeve. Nada comprometedor, nada comprometedor en absoluto. En absoluto. Dirigida a los dos, invitándolos a la grabación. «Cuando os vaya bien.» Su número de móvil. El móvil de Jemima. El fijo de Jemima. Todo muy desenfadado.

Katie regresó a casa de tirar la basura en pijama y tacones. La habilidad de hacerlo todo en la vida encaramada a unos tacones de diez centímetros constituía un don comparable a poseer una buena voz para el canto, un don que debía respetarse, que había que mantener lubricado y tonificado. Igual que los cantantes entrenaban a diario la voz haciendo escalas y otras cosas, también Katie se tomaba muy en serio su práctica. Si perdiera su don, si empezara a ladearse y a doblar los tobillos y a quejarse de que las plantas de los pies la mataban, sentiría que había perdido una parte de su ser.

Estaba subiendo las escaleras corriendo y casi había llegado al rellano de Lydia cuando oyó que la puerta de Jemima se abría a su espalda.

¡Maldición! Como cualquier persona normal, vivía con el temor de verse obligada a hablar con los vecinos, pero estaba demasiado cerca del piso de Jemima para poder escapar. Recelosa, se dio la vuelta, preparándose para unos minutos de educada charla nocturna con la anciana pero, para su gran sorpresa, quien salió al rellano no fue Jemima sino el hombre más

atractivo que había visto en su vida. Un dios dorado de pelo largo, facciones perfectas y mandíbula cuadrada y firme. Le vino a la mente una expresión de su madre: Tan bello que quitaba la respiración.

¿Quién era?

Aunque se había quedado petrificada en el sitio y jadeaba con fuerza, él no la vio, señal de que se había vuelto invisible ahora que tenía cuarenta. Fascinada, se inclinó sobre el pasamanos y lo vio bajar de puntillas y deslizar una nota por debajo de la puerta de Matt y Maeve.

¿Qué estaba pasando aquí?

Presas de un leve vahído —los tacones, los tacones— se dio cuenta de que corría el riesgo de caer barandilla abajo si no tenía cuidado. Recuperó la posición vertical y siguió su camino.

OceanofPDF.com

Día 52

Matt estaba dando tumbos y bostezando por el pasillo camino de preparar café —siempre se levantaba antes que Maeve— y haciendo un rápido reconocimiento solo para comprobar que era seguro estar vivo, cuando reparó en el papel que descansaba en el suelo. Enseguida supo que no se trataba de un folleto, sino de una nota escrita a mano y que tenía que ser de alguno de sus vecinos. La observó ligeramente intrigado. ¿Qué habían hecho? ¿Poner la tele demasiado alta? Procedió a leerla y, consciente de que una rabia incandescente inundaba cada una de sus células, entró en la cocina y cerró la puerta para proteger a Maeve de la intensidad de sus sentimientos.

La deslumbrante luz de la mañana que entraba por la ventana le dañó los ojos. La sangre le corría tan deprisa que tenía las orejas calientes y doloridas. Apoyó las manos en la encimera y dejó caer la cabeza. ¡Menuda falta de respeto!

¿Iba a contárselo a Maeve? ¡Ni de coña! Arrojó la nota al cubo orgánico para que se pudriera con las peladuras y las sobras de comida.

Cuando le llevó el café, Maeve seguía en la cama, tumbada boca arriba, con una expresión especialmente alicaída.

—¿Matt...?

—¿Mmm?

—Siento... como si alguien me estuviera observando.

Por segunda vez en los últimos diez minutos Matt fue asaltado por una emoción. Una poderosa sensación de fatalidad lo invadió y tiró fuertemente de él hacia el centro de la tierra. Se sorprendió de su propia imprudencia: el desvío que hizo ayer, ¿en qué demonios estaba pensando? Debió quedarse donde estaba. Había removido las cosas; había acercado a ese hombre. A menos que se tratase de ese Fionn...

—¿Observándote cómo? —logró preguntar—. ¿Por la ventana?

—No.

—¿Observándote en el trabajo?

—Puede.

—¿Esperándote fuera del trabajo?

—No. Aunque te parezca una locura... siento como si me observara a través de las paredes.

—¿A través de las paredes? —«¿A través de las paredes?»

—No sé, Matt. Perdona. Es lo que siento.

Se ducharon y prepararon sus gachas con miel, pero Matt no podía comer. Tenía la garganta tan cerrada que apenas pudo tragarse el comprimido vitamínico.

Finalmente se marchan a trabajar, pero yo me quedo en el piso. Estoy buscando algo. Pero ¿qué? Nada extraño en las bolsitas de té; el cajón de la ropa interior no guarda secretos, solo bragas y calzoncillos algo gastados ya; y en el cuarto de baño, una caja de leche corporal de Coco Chanel, todavía con el celofán y cubierta por una fina capa de polvo, lo cual me parece triste pero poco revelador. Regreso a los armarios de la cocina y veo lo que tenía que ver y, entre nous, me siento avergonzado. Llevo más de una semana observando a Maeve y Matt y hasta ahora no me he percatado de que el comprimido vitamínico no es, en realidad, un comprimido vitamínico. Es un antidepresivo.

OceanofPDF.com

Día 51

Hacia arriba, hacia arriba, debía extenderse hacia arriba. Se la había puesto hacia abajo, de modo que, en un intento de reparar el daño, Katie se echó más crema en la cara y esta vez la extendió en la dirección correcta, en contra de la gravedad. Yo estaba en su cuarto matando el tiempo, pero cometí el error de acercarme demasiado a ella. Sintió mi presencia y el miedo la paralizó. Se le erizaron los pelos de la nuca y se le puso la carne de gallina.

—¿Quién eres? —susurró. Había cerrado los ojos con fuerza porque temía que si miraba en el espejo del tocador vería una figura sentada a su lado.

Soy bueno en esto. Soy tan bueno que a veces hasta me asusto a mí mismo.

—¿Quién eres? —repitió.

¿Yo? Soy el viento en los árboles, el rocío en los pétalos, la lluvia en el aire.

Solo bromeaba.

—¿Abuela? —dijo—. ¿Eres tú?

No, Katie, no soy tu difunta abuela.

Katie adoraba a su abuela Spade, la madre de su madre. En cierto modo, la abuela Spade había sido su salvación después de que rompiera con Jason. La ruptura se había producido de una forma serena, sin terceras personas involucradas, ni demasiadas peleas por las colecciones de CD. Katie estaba triste pero no había perdido su fe en la felicidad y en el triunfo del espíritu humano.

Hasta... efectivamente, hasta que cuatro meses después de su emotiva separación le llegó el rumor de que Jason tenía otra novia (portuguesa) y que, para más inri, estaba embarazada. En un abrir y cerrar de ojos el resentimiento la embargó. De hecho, tan preocupante llegó a ser su estado que tuvo que asistir a un curso de sanación. (Llamado «Mas allá del resentimiento: abandonar el reproche y aprender a amar de nuevo».) La abuela Spade se lo había aconsejado en su lecho de muerte. «Estás muy

amargada, Katie —le dijo—. Apúntate a este curso.» Y le plantificó un folleto en la mano para, segundos después, palmarla. Una petición en el lecho de muerte era una petición en el lecho de muerte y Katie no quería arriesgarse a que su espíritu intranquilo la rondara. Bastante difícil le resultaba ya mantener el piso ordenado sin tener a su abuela lanzando huevos, reventando espejos y poniéndolo todo patas arriba.

A lo largo de cuatro semanas Katie tuvo que asistir todos los viernes por la noche al dicho curso, y lo que aprendió podría resumirse en una frase: solo existe una forma de superar el resentimiento y esta no consiste, como ella pensaba, en prenderle fuego a la casa de Jason y Donanda sino en —agárrate— desearles que todo les vaya bien. Durante las cuatro semanas la animaron a hacer cosas imposibles como imaginar a Jason y Donanda con todo lo que ella, Katie, había deseado: tres hijos, una barriga plana, una persona que les planchara. La primera vez que lo intentó tuvo arcadas.

Era un ejercicio muy, muy difícil. Pero alentada, en gran parte, por su miedo al fantasma de la abuela Spade, siguió adelante y cuando el curso tocó a su fin ella ya no era la misma persona.

Como es lógico, todavía había momentos en que se deleitaba manteniendo animadas conversaciones en su cabeza con todas las personas que le habían perjudicado, en las cuales ganaba todos los asaltos y las hacía llorar de arrepentimiento, pero la mayor parte del tiempo era libre.

OceanofPDF.com

Día 50

—Jolín. —Lydia entró disparada en el cuarto de baño en pijama (en realidad una camiseta vieja que Gilbert iba a donar a una casa de beneficencia y ella rescató) y chocó con Andrei, que se estaba lavando los dientes.

Se había dormido. ¿Cómo, con la de horas de trabajo que había perdido últimamente, había podido dormirse? Cada segundo que no pasaba en la carretera perdía dinero. Tenía que ducharse y ponerse en marcha ya, pero en su cuarto de baño había un polaco medio en cueros. Ahí estaba con su torso desnudo y sus brazos musculosos y una toallita minúscula atada a su estrecha cintura. Menudo... menudo sinvergüenza.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, agitando impacientemente los brazos.

Andrei arqueó mordazmente una ceja: ¿qué creía que hacía?

—Da igual —continuó Lydia—. Largo de aquí, llego tarde y tengo que ducharme. —Era muy breve el intervalo de tiempo en que podía soportar lavarse. Tenía que aprovecharlo.

¿Por qué tenía que largarse?, se preguntó Andrei. Él también trabajaba. Él también tenía que hacer sus abluciones. Y —aunque no quería ponerse infantil— él estaba primero.

—Largo —repitió Lydia en un tono amenazador—. Larrrgo. ¡Y haz el favor de vestirme! —espetó irritada.

Andrei había dado por sentado que Lydia se había marchado a trabajar; generalmente empezaba a una hora infame. Se había creído en su derecho de estar en su cuarto de baño cubierto únicamente con una toalla.

Sorprendiendo a ambos, alargó su brazo derecho, moviendo el hombro como si tuviera cuerdas debajo de la piel, y atrajo a Lydia hacia sí. Los pies de Lydia se resistieron, pero él era demasiado fuerte y ella sintió cómo la apretaba contra su torso desnudo. Notaba el brazo de Andrei, duro como una roca, en su espalda, tan duro que no parecía humano.

«Como la barra de metal que te impide salir disparada en la montaña rusa.»

Muda ante su audacia, ante el hecho de que se atreviera a tocarla, levantó la vista de los tersos pectorales de Andrei para mirarlo a los ojos. Él la miró a su vez, inmóvil. Su aliento mentolado acariciaba la cara de Lydia

y sus ojos brillaban con un azul intenso. Lydia estaba lo bastante cerca para ver que aún no se había afeitado.

El fuego brotó entre ellos y los dos notaron el creciente endurecimiento bajo la toalla. Luego Lydia se soltó y Andrei le clavó una última mirada de pasmo antes de darse la vuelta.

OceanofPDF.com

Día 50...

Maeve estaba doblada hacia delante con una mano sobre la boca.

—No dejo de pensar que... —dijo al fin, antes de sumergirse en otro silencio.

La doctora Shrigley la observaba con calma.

La doctora Shrigley era psicoterapeuta. Alta, delgada y con un bello rostro anguloso, vestía unos mocasines sencillos, una chaqueta de cachemir azul marino que podría haber robado a su marido y unos chinos del comercio justo de color beis que también podría haberle robado a su marido. Una rojilla tranquila e intelectual que no llevaba maquillaje, que no tenía tiempo para chorradas. Solo había que mirarla para saber que leía biografías en tapa dura de mujeres honorables y se quedaba hasta tarde por las noches bebiendo tinto y hablando sobre el deconstruccionismo. También existía una probabilidad de que fuera aficionada a navegar en velero.

Ejercía su amable oficio en una clínica de Eglinton Road, dentro de una habitación pequeña y sencilla con dos sillas cómodas-pero-no-demasiado-cómodas. Una práctica caja de pañuelos de papel descansaba en una modesta mesita.

Mientras Maeve se retorció en su silla como un pretzel desconsolado, la expresión de la doctora Shrigley era fantástica: preocupada pero sin resultar condescendiente; paciente pero no martirizada; interesada pero no curiosa. Daba la impresión de que podría pasarse así el día entero, o por lo menos hasta el final de la hora, y que daba igual que nadie abriera la boca, pero que si Maeve decidía abrirla, estaría encantada de escuchar lo que tuviera que decir.

Con razón la gente tenía que estudiar tanto tiempo para ser terapeuta; podías tardar años en dominar esa expresión.

La doctora Shrigley era una buena mujer. Detrás de su máscara de desapego profesional existía una frecuencia afectuosa, bondadosa. Pese a saber que estaba traspasando los límites, no podía evitar estar preocupada por Maeve. Durante la semana, entre sesión y sesión, pensaba a menudo en ella. Podía ver la persona que Maeve había sido en otros tiempos y a veces entreveía la persona que Maeve podría ser si perseveraba, pero le daba miedo que perdiera la esperanza y abandonara el proceso antes de estar completamente curada.

Pasado un rato, Maeve dijo:

—Siempre he pensado bien de la gente. Creía que el mundo era un buen lugar. Pero ahora...

—Han violado tu confianza y ahora necesitas tiempo para recuperarla.

—¿Cuánto tiempo? ¡Está tardando mucho!

La doctora Shrigley se esforzó por esbozar una sonrisa tranquilizadora pero la boca le tembló ligeramente.

—Es el viaje que te toca hacer, Maeve. Es duro, pero estás ahí, avanzando, dando pequeños pasos.

—¿Volveré a estar bien algún día?

—Sí, pero no existe una fecha para eso.

—Sigo haciendo mi Acto Amable del día y escribo mis Tres Bendiciones cada noche. Ya llevo varios meses haciéndolo. Debería servirme de algo? ¿no?

La doctora Shrigley asintió. Abrigaba la sospecha de que Maeve depositaba demasiada confianza en esas prácticas, pero probablemente no le hacían ningún daño.

—No hay duda de que es una forma de intentar recuperar la fe en la bondad del mundo.

Maeve asintió.

—Se nos ha terminado el tiempo —dijo la doctora Shrigley—. ¿La próxima semana a la misma hora?

Maeve asintió de nuevo.

—¿Y tu cancelación de la semana pasada? ¿Fue solo porque no te encontrabas bien? ¿No hay más?

Maeve no pudo mirarla a los ojos.

—No hay más.

Maeve necesitaba pedalear deprisa, pedalear para dejar atrás los sentimientos. Estaba haciendo una fantástica carrera por Ranelagh Road, las piernas imparables, los pulmones aspirando largas bocanadas de aire, y cuando vio que se acercaba a un semáforo en rojo, no pudo soportar la idea de frenar. Decidió arriesgarse. Entró disparada en la zona de riesgo y de repente un coche estaba ahí, a punto de llevársela por delante. Pedaleó con todas sus fuerzas y el coche viró bruscamente, y Maeve, acompañada de vehementes bocinazos, llegó al otro lado. Apenas había durado un segundo.

El corazón le latía con fuerza. Se había arriesgado mucho, demasiado, pero no había podido contenerse y ahora estaba sana y salva, ¿o no? Durante unos instantes se sintió incluso eufórica, pero la euforia fue amainando a medida que se acercaba a casa. Era por ese Fionn. No quería encontrárselo. Había vuelto a verlo esa mañana, cuando salía de casa con Matt. Estaba subiéndose a un coche y al verla se detuvo y la miró con tanta... tanta... Si el chófer no le hubiera insistido en que subiera probablemente se le habría acercado, y mientras se alejaba la miró por la ventanilla de atrás hasta que doblaron al final de la calle.

OceanofPDF.com

Día 49

Katie se había gastado una fortuna en el vestido. Y una fortuna en el calzado, unas sandalias doradas, muy elegantes, de Dolce & Gabbana. Y una fortuna en el peinado. Y ahora le estaban haciendo una pedicura de lujo. Conall debía recogerla al cabo de una hora, por lo que tenía tiempo de sobra de volver a casa y cambiarse. Su móvil pitó dos veces y enseguida lo supo: Conall no iba a venir.

Todavía en Helsinki. Emergencia. Lo siento muchísimo.

Volvió a leerlo con la esperanza de que dijera otra cosa, luego tragó saliva y la garganta se le cerró con la aparición de lágrimas de rabia. Quiso propinarle una patada a algo pero aún tenía las uñas húmedas y no quería arruinar su pedicura. Conall no lo valía. Si tenía que ir sola a la boda de su ex novio, por lo menos lo haría con la cabeza bien alta, sabedora de que sus pies eran insuperables.

Al final la pedicura resultó ser una bendición, sobre todo durante la parte de la iglesia. Distrajo su mente de la radiante belleza de Donanda, la sinceridad de las promesas de Jason y las miradas furtivas de lástima de los que habían sido amigos de Katie y Jason pero apoyaron a la parte ganadora tras la separación. De hecho, sus deslumbrantes pies fueron una auténtica cuerda de salvamento cuando la hijita de Jason y Donanda ofreció los anillos en un cojín de terciopelo blanco. «Vosotros tendréis una hijita adorable con una corona de flores en la cabeza, pero yo tengo unas uñas rosas divinas.»

Cuando llegó al restaurante su aplomo, no obstante, se vino abajo: la disposición de los comensales reveló que la habían sentado en la MM: la Mesa de Mierda.

Trató de animarse, diciéndose que no debía ser paranoica. Ella y Jason se tenían un gran cariño, ¿por qué iba a querer insultarla? Pero su mesa estaba al fondo del todo, flanqueada por dos paredes, una pegada a ella y la otra delante. Los demás invitados —todos portugueses, seguramente miembros de la extensa familia de Donanda— eran cuatro ancianas vestidas

de negro y un fornido cincuentón con un magnífico bigote y la camisa abierta hasta medio torso. No hablaban ni una palabra de inglés. Sin lugar a dudas, la mesa de mierda.

Había un asiento vacío —además del asiento que Conall no iba a ocupar— y Katie depositó en él todas sus esperanzas. Apenas podía creerlo cuando vio que un hombre con el pelo alborotado, sumamente atractivo, se acercaba a la mesa. ¿Qué había hecho él para merecer un sitio en la MM? Sin duda, una oveja negra de la familia. Problemas de drogas. Malversación de fondos, quizá. Habían decidido ponerlo en un lugar donde no pudiera hacer demasiado estropicio.

Cuando estuvo cerca, el pánico se dibujó en su cara. Cogió la tarjeta con su nombre y leyó la caligrafía dorada como si no pudiera creer que fuera cierto. Luego, con los ojos salidos, contempló uno a uno los seis rostros expectantes, se metió la tarjeta en el bolsillo y huyó.

—Nunca volvieron a verle —dijo Katie.

Bromas aparte, así fue. Nadie más se uniría a ellos. Katie estaba atrapada.

Con exagerada galantería, el hombre del bigote cambió de asiento para estar al lado de Katie.

—¡Ooooooh! —exclamaron las cuatro ancianas. Era evidente que lo adoraban.

El hombre se golpeó el pecho y dijo:

—Yo, Nobbie.

—Katie.

—Es usted una muller moito guaaaapa.

—Y usted tiene un bigote magnífico. Debe de estar muy orgulloso de él.

—Tía abuela de Donanda. —Una de las mujeres se señaló con un dedo. Luego señaló a las otras tres—. Tía abuela, tía abuela, tía abuela.

Katie señaló a Nobbie con un dedo y dijo:

—¿Tía abuela?

¡Caray, cómo rieron!

—Tío, tío —dijo Nobbie con su profunda voz varonil—. ¿Usted?

—Ex novia de Jason —respondió Katie, como si entendieran perfectamente el inglés—. Probablemente el amor de mi vida. —Los portugueses asintieron educadamente—. De los treinta y uno a los treinta y siete. Verán. —Katie cruzó las piernas y se inclinó hacia delante con gesto

confidencial—. El caso es que decidimos que había llegado el momento de tener un bebé, y fue al tener que practicar mucho el sexo cuando nos dimos cuenta de que ya no nos atraíamos. Fue horrible, como pueden imaginar. Durante un tiempo pensé que iba a perder el juicio. —Los portugueses empezaron a inquietarse. Pero eran ellos los que habían preguntado, pensó Katie—. Entonces Jason conoció a Donanda.

—Donanda. —Se miraron asintiendo con la cabeza, agradecidos de entender algo—. Donanda.

—Cuando Jason la dejó preñada, me quedé hecha polvo. Luego, uno o dos años después, conocí a Conall, que por desgracia no ha podido venir hoy porque está despidiendo a gente en Helsinki. ¡Así que aquí estoy, sola y celebrando el enlace de mi ex novio! —En cuanto hubo terminado quiso que la tierra se la tragara. Esa pobre gente solo estaba intentando darle conversación. ¿Qué demonios le pasaba? Había sido una persona mucho más agradable cuando estaba en la treintena.

Enseguida decidió mostrarse supereducada y superamable, pero la barrera idiomática hacía difícil mantener una conversación y se trataba de un banquete largo, con discursos interminables e intervalos aterradoramente pesados entre plato y plato. Y no tenía a quien recurrir. Los pocos rostros conocidos ya no contaban como aliados; después de la ruptura habían roto todo contacto con ella. En realidad, eran el único motivo que le impedía levantarse y largarse; podía oír su falsa compasión: «Pobre Katie, pobre, pobre Katie. Su novio imaginario no se lo pudo montar y tuvo que venir sola. ¿Y has visto sus zapatos? ¿Te imaginas lo que le habrán costado? Aunque si no tienes hijos, es comprensible que intentes llenar el vacío de tu corazón con sandalias doradas.»

Por extraño que pareciera, la emoción más dolorosa que estaba sintiendo era el aburrimiento. Jesús, menudo rollazo. Le habría encantado tener una revista que hojear. De tanto en tanto estiraba un pie y admiraba sus uñas: todavía fantásticas. Luego se levantaba e iba al servicio de señoras para distraerse. En una de sus excursiones se le acercó Jason.

—¿Estás a gusto en tu mesa? —le preguntó—. Como tu novio habla portugués, pensamos que sería una buena idea...

¿Conall hablaba portugués? Primera noticia. Porque Conall era un mentiroso. Un mentiroso que le había prometido que hoy estaría aquí con ella y que no la avergonzaría diciendo que tenía un trabajo urgente de último minuto.

—Sí, Jason, Conall sabe hacer muchas cosas.

Sobre todo, mentir.

—Ahora tengo que dejarte. Disfruta de estar casado con alguien que no soy yo.

Hasta ese momento se había contenido con la bebida porque a) conducía y b) no quería pillar una cogorza y empezar a llorar y abalanzarse sobre Jason y decirle con voz pastosa: «¿Te acuerdas del día que me llevaste un picnic a la cama? ¿Y recuerdas cuando...? ¿Y recuerdas aquella vez que...? Seis años, Jason, seis AÑOS. Y aquí estás, casándote con una portuguesa mientras yo salgo con un embustero.»

Pero cuando regresó a la mesa toda su determinación se vino abajo y se bebió cuatro cubatas en veintitrés minutos (curiosamente, era la primera vez que probaba esa bebida). Ya borracha quiso irse a casa pero no estaba en condiciones de conducir y tuvo que pedir un taxi.

Para su sorpresa, el taxista era una chica. ¡Y Katie la conocía! ¡Vivían en el mismo edificio!

—¡No sabía que fueras taxista!

—Ahora ya lo sabes.

Después de conducir un rato en silencio, la chica preguntó:

—¿Lo has pasado bien?

—No.

—Bien.

—Estaba en la boda de mi ex novio.

—¿Quién? ¿Ese tío con cara de palo que aparece con flores?

—¿Quién? Ah, te refieres a Conall. No, otro ex novio.

OceanofPDF.com

Día 48

Lydia cerró la puerta y bajó las escaleras sumida en sus pensamientos. Era algo bastante nuevo para ella eso de querer a su madre. No porque antes la hubiera odiado ni nada parecido; si alguna vez reparaba en ella, era con un cariño vago. Ellen siempre había sido una presencia secundaria afectuosa y competente, el pegamento que mantenía unidas las cosas; calmaba la ira desenfrenada de Auggie y proporcionaba discretamente un excelente servicio de catering y lavandería pese a ser también miembro pleno de la Operación Duffy («¡Le llevamos adonde quiera!»).

En ocasiones, como la vez que vio a Poppy hecha un mar de lágrimas porque su madre, la señora Batch, una mujer amargada, le hizo sentirse como una fracasada por no casarse a los diecinueve años con un dentista, como había hecho su perfecta prima Cecily, Lydia se daba cuenta de que, en lo que a madres se refería, había tenido suerte. Pero ella y su madre no eran íntimas ni nada por el estilo. No como Shoane y su madre, Llárame-Carmel. Pero Llárame-Carmel era una tipa rara; se vestía como Shoane — se intercambiaban la ropa— y una noche que salió de juerga con ellas se morreó con un tío que no tenía más de veintisiete años. Fue bochornoso e hizo que Lydia se sintiera profundamente agradecida de tener una madre como Ellen. Ellen jamás, jamás se comportaría como Llárame-Carmel. ¡Ellen era la mejor madre del mundo! Pero el momento pasó y las demás cosas que ocupaban la mente de Lydia —cuidado del cabello, resacas, compañeras de piso, novios, números rojos y deportivas molonas— volvieron y su madre regresó a su puesto de siempre, esto es, enterrada varias capas por debajo.

Ni siquiera cuando Auggie falleció inesperadamente y Ellen se convirtió en una viuda de cincuenta y siete años —y lo que es peor, una viuda cargada de deudas— se abandonó y lloró desconsoladamente en la mesa de la cocina. Simplemente continuó adelante con su vida. Aunque su imperio había quedado reducido a un solo coche, siguió trabajando todas las horas. Era una taxista competente y amable cuyo único defecto, si nos ponemos quisquillosos, era su excesiva prudencia al volante. «Mejor que con ella no tengas un tren que tomar», decían sus clientes leales. (Era su pequeña broma, porque normalmente empleaban a Ellen para que los llevara a la estación de Mullingar para tomar el Belfast Express.)

Las únicas veces que Ellen se permitía llorar a moco tendido era cuando Lydia se hallaba en casa en una de sus infrecuentes y breves visitas. Se turnaban para imitar a Auggie Duffy caminando frente a la chimenea y suplicando a Dios que le trajera clientela. «Pobre papá», decía Ellen, y Lydia respondía: «Pobre papá». Derramaban algunas lágrimas juntas, luego Lydia sorbía ruidosamente y decía: «Pásame un pañuelo. De todas formas era un idiota y estamos mejor sin él», y lo decía medio en serio, entonces Ellen le daba un cachete y decía: «Eres una descarada.»

Lydia estaba tan absorta en sus pensamientos que no vio al hombre en el rellano hasta que chocaron.

—Hola —dijo él con ojos brillantes y una sonrisa radiante—. Soy Fionn, tu nuevo vecino.

Un tío atractivo que quería que todo el mundo le quisiera; Lydia lo captó al instante.

—¿Ah, sí? —dijo con una dosis extra de sorna—. ¿Y esa sonrisa?

OceanofPDF.com

Día 47

Conall estaba destrozado.

—Pero Katie, yo te quiero. —Era la primera vez que lo decía.

—No es cierto.

—Sí lo es. Siento lo de Helsinki. Siento lo de la boda de Jason. Sé lo importante que era para ti. Pero no podíamos cerrar la adquisición sin perder otros doce empleados...

—No quiero saberlo.

—Trabajaré menos. —Le cogió las manos—. Te lo prometo.

—Lo has dicho otras veces, Conall.

—Pero esta vez va en serio.

—No. —Katie retiró las manos—. No eres de fiar y no quiero seguir con esto.

Lo más extraño de todo era que hablaba en serio. No estaba jugando ni se sentía dividida por un conflicto entre su cabeza y su corazón en el que su cabeza le decía que tenía que terminar con esta historia mientras su corazón daba patadas y berreaba.

Conall era sexy, era poderoso, era rico, tenía una boca hermosa, olía fantástico, tenía una piel perfecta, tenía una barba de tres días, besaba bien, y a Katie le daba igual. No podía seguir bailando su danza, un paso adelante y otro atrás. Nunca antes se había sentido así: triste pero segura de que estaba tomando la decisión correcta. Tan segura que, de hecho, no era una decisión.

¿Cumplir cuarenta años le hacía eso a las personas? ¿Hacía que ya no estuvieran dispuestas a tolerar gilipolleces? ¿Hacía que se les acabara la paciencia? ¿Era posible que solo tuvieras una dosis de paciencia dada en una vida y ella hubiera agotado la suya? De cualquier manera, todo aquello era muy violento y muy, muy perturbador.

—Hablo en serio —dijo.

A juzgar por su cara de estupefacción, Conall estaba empezando a comprender que así era.

—No puedes evitarlo —continuó Katie—. Sé que nunca quisiste hacerme daño. No eres un mal hombre.

—¡Compadeciendo! —exclamó él—. ¡Me estás compadeciendo!

—No... yo... —Cielos, quizá sí.

—¿Qué voy a hacer sin ti?

—Prueba con una mujer más joven —dijo.

La miró horrorizado.

—No quiero una mujer más joven. Te quiero a ti.

—Una chica de veintitantos —prosiguió ella como si Conall no hubiera hablado—. Por lo general no conocen la diferencia entre una relación difícil y una relación jodida.

Sabía de lo que hablaba. Se había pasado la veintena sin ser capaz de ver la diferencia.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó él—. ¿Qué ha cambiado?

Katie lo ignoraba. No era como si hubiera recibido una inyección masiva de autoestima y ahora fuera por el mundo gritando: «Soy fantástica y me merezco algo mejor. ¡R.E.S.P.E.T.O! R-E-S-P-EEEEEEE-T-O.»

—Sencillamente... ya no me apetece seguir.

—¿No te apetece?

—Conall, siempre he creído en el amor, en que el amor todo lo puede. Pero no es así. Porque aquí estoy, con cuarenta años, y el amor no ha podido con nada. Salvo con mi sentido común durante dos décadas y media.

—Pero, Katie...

—Ahora quiero que te vayas. Y recuerda, una chica de veintitantos.

Los corazones de Conall y Katie ya no vibran al unísono. Algo ha sacudido el corazón de Katie, alterándole el ritmo —podría ser ese maldito cambio de década—, y el corazón de Conall lo sabe. Está desorientado, tratando de ajustarse de nuevo en el pecho de Conall, tratando de adaptarse a ese nuevo ritmo, tratando de encontrar el camino de vuelta.

OceanofPDF.com

Día 46

El reloj de Matt y Maeve empezó su relajante tintineo y Matt se levantó y se encaminó a la cocina. No sabía muy bien por qué, pero esperaba encontrar otra nota de Fionn en el suelo del recibidor.

Él y Maeve ya lo habían visto varias mañanas, cuando el Mercedes se lo llevaba y él miraba a Maeve por la ventanilla de atrás como si quisiera comérsela. Tal vez él y Maeve deberían cambiar su hora de salir a trabajar, pensó. Entonces tuvo un pensamiento aún más desagradable: a lo mejor Fionn, en lugar de enviar otra nota, aparecía directamente en la puerta y preguntaba por qué no le habían respondido, con lo que Maeve descubriría que Fionn había enviado una nota y que Matt la había arrojado a las peladuras... Así pues, casi se llevó una alegría cuando vio el sobre blanco en el suelo, junto a la puerta.

Lo cogió y miró por encima de su hombro para asegurarse de que Maeve no había visto nada, corrió hasta la cocina y lo abrió. Igualita a la nota anterior. «Grabación de programa de jardinería. Por favor, venid. Este teléfono. Y este otro. Cuando os vaya bien.»

La rabia empezó a arder en el estómago de Matt. Menuda desfachatez. Maeve era su esposa. Tenía que hacer algo. ¿Pero qué? En teoría, Fionn no había hecho nada malo. Los había invitado a los dos a la grabación, no solo a Maeve. Si bien todo el mundo sabía que solo le interesaba Maeve. ¿Qué debía hacer? Para empezar, destruiría la nota. La rompió en mil pedacitos y los enterró en las profundidades del cubo.

OceanofPDF.com

Día 46...

A Katie le faltó tiempo para dar la noticia de la ruptura de su relación con Conall —cuanta más gente lo supiera, más real le parecería—, y teniendo en cuenta que todos pensaban que apuntaba demasiado alto con él, se mostraron inexplicablemente conmocionados. Y cuando descubrían que Katie era la que había asestado el golpe de gracia, se quedaban de una pieza.

—¿Tú? —aulló Naomi—. Pensaba que últimamente Conall había mejorado. Que apagaba el móvil cuando estaba contigo y esas cosas.

—Es cierto.

—Entonces, ¿qué demonios...?

—No sé muy bien cómo explicarlo, Naomi. Estaba harta. Conall tiene una manera de funcionar que nunca entenderé. En una ocasión me dijo que el trabajo era su motivación en la vida. Por lo visto, todos tenemos una.

—Chorradas. Yo, desde luego, no. ¿Tú?

—Lo único que se me ocurre es comida-ropa-ejercicio. La santa trinidad. ¿Cuánto puedo comer sin que la ropa me siente mal? ¿Cuánto ejercicio tengo que hacer para poder comer todo lo que quiera? Está claro que somos muy diferentes.

—Pero estaba empezando a portarse bien. ¡Con la de esfuerzo y paciencia que invertiste en él!

«No vayas por ahí.»

—Eso que tendrá ganado la próxima mujer.

Naomi casi no podía soportarlo.

—¡Pero no es justo! ¿No lo echarás de menos?

—No puedo echar de menos a un hombre al que nunca veía.

—¡Sí que lo veías!

—Caray, sí que has cambiado tu discurso.

—Sé que crees que todos lo detestábamos...

—¡Porque así era!

—... y sí, en parte es verdad. Pero si lo detestábamos era porque daba la impresión de que para él lo vuestro no era algo serio. No parecía lo bastante comprometido contigo.

—Y por jactancioso.

—Solo papá. Y solo porque le tenía envidia.

—No estoy diciendo que Conall sea un mal hombre, porque no lo es. Pero ¿sabes una cosa, Naomi? Si no fuera un adicto al trabajo, si fuera de fiar y... y... normal, no se habría fijado en mí. Estaría casado con alguien como Carla Bruni.

—Te has vuelto muy filosófica. A ver si lo entiendo, ¿no lo echas de menos ni un poquito? Claro que solo ha pasado una noche. Volveré a preguntártelo dentro de una semana.

—Naomi, te lo ruego... Estoy esforzándome mucho por no pensar en ello. La sola idea de que salga con otra chica...

—No tardará en encontrarla.

—¿Quieres parar? Ya lo sé, no hace falta que lo digas.

—Pero si tanto te duele, ¿por qué...?

¿Cómo describirlo? ¿La certeza de que era menos doloroso estar sin Conall que con él? ¿Que la soledad era preferible a la decepción crónica?

—Porque... —¡Es verdad, es eso! Dilo, adelante, dilo—... creo que me merezco algo mejor.

Naomi soltó un chillido extraño. Intentó reprimir las terribles palabras, pero llevaban demasiada fuerza.

—¿Merecer? ¡Tienes cuarenta años, Katie! No eres ninguna jovencita. Reconozco que hoy día vivimos más años, comemos mejor y todo eso, pero aun así probablemente te halles en la mitad de tu vida. No has de pensar en lo que te mereces. Has de agarrar lo que te dan y sentirte agradecida.

—A lo mejor quien debería sentirse agradecido es Conall. ¿Nunca se te ha ocurrido pensar que en realidad el afortunado es él? Le hice muy feliz. Más que él a mí.

En la línea zumbó un silencio hueco: Naomi estaba anonadada. Tras una larga pausa, preguntó:

—¿Has hecho otro curso? ¿Se te apareció otra vez la abuela Spade y te envió a uno de esos lugares para chiflados?

—No, pero es cierto que hablo de manera extraña. No parezco yo.

Naomi suspiró.

—Es una tragedia.

—Pensaba que te alegrarías de que lo dejara.

—No ahora que empezaba a comportarse. —Naomi parecía al borde de las lágrimas.

—Naomi, que piense que me merezco algo mejor no significa que vaya a conseguirlo. De hecho, estoy segura de que no lo conseguiré.

—¿No? —Naomi sonó algo más calmada.

—No.

Entonces, todo bien.

OceanofPDF.com

Día 45

—Gilbert, me he acostado... —Lydia se detuvo. Si iba a decirle la verdad, mejor hacerlo con delicadeza—. He tenido sexo con Andrei.

Esperó a que la cólera le contrajera el rostro, pero exceptuando un pequeño temblor detrás de los ojos, Gilbert permaneció impassible. Después de mirarla fijamente unos instantes, preguntó educadamente:

—¿Con Andrei? ¿Tu compañero de piso?

—Sí.

—¿El que te cae tan mal?

—... Eh... sí.

—Quizá —dijo con su voz de chocolate negro— podrías tener la gentileza de explicarme qué ocurrió.

Lydia abrió la boca y un segundo después la cerró. No era fácil.

—Todo empezó por un cazo —dijo.

—¿Un cazo?

—Ya sabes, una cacerola, una cacerola pequeña. Estábamos en la cocina. Andrei quería usarla pero yo no la había lavado. Estaba molesto. Aunque siempre está molesto.

Lydia se preguntó de qué manera podía describir lo que ocurrió después. Andrei estrelló el cazo contra la encimera y miró enfurecido a Lydia. Sus ojos azules echaban fuego y un músculo le latía en la mandíbula. Ella lo miró con igual furia y de repente —y era cierto que no sabía cómo describir de qué manera había comenzado— se estaban besando apasionadamente, salvajemente, y fue un gran alivio. Luego ella, ávida de más, le arrancó la ropa y él se la llevó a su dormitorio y ella, atrapada en su abrazo de acero, cayó sobre la cama y él le susurró ternezas en polaco y la llenó de ardientes besos en el nacimiento del pelo y ella alargó un brazo, que tenía inexplicablemente desnudo, y arrojó la foto de Rosie al suelo y él rió. Y pese a la estrechez de la cama individual, y pese a lo mucho que le desagradaba Andrei, fue el mejor sexo de su vida.

Pero no podía contarle eso a Gilbert.

—El piso es demasiado pequeño —dijo, la única explicación algo lógica que se le ocurría—. Creo que los hombres y las mujeres no están hechos para vivir tan apretados. Cuando muchas mujeres viven unas encima de otras sus menstruaciones se sincronizan. Cuando un hombre y una mujer

viven juntos acaban acostándose... —Calló. No había quien se lo tragara—. No significó nada.

Tenía que reconocer que habían sido los quince minutos más intensos de su vida; nunca había estado tan agradecida de haber nacido, de tener piel y terminaciones nerviosas y sentido del tacto y del olor y del gusto, pero no había significado nada.

—«¿No significó nada?» Hablas como un hombre. —Gilbert tenía el semblante frío. No parecía muy convencido.

—No significó nada. No volverá a ocurrir. Ni siquiera me gusta... en cambio tú me gustas mucho.

—Lydia. —Gilbert martilleó la mesa con sus largos y elegantes dedos—. Me estoy preguntando por qué me estás contando esto.

—Porque es lo correcto. Quiero ser sincera contigo. Yo te respeto, Gilbert.

—¿Me respetas? ¿Te acuestas con otro hombre y tu manera de mostrarme tu respeto es contándomelo?

—¡No! Me acuesto con otro hombre, fortuitamente debo añadir, y te respeto lo bastante como para contarte la verdad. ¿Crees que me apetecía contártelo? Habría sido mucho más fácil no decírtelo, tratarte como un estúpido infeliz que se disgustaría demasiado, pero eso no habría estado bien. La sinceridad es importante. Si no hay sinceridad, no hay nada.

Pero incluso mientras lo decía se preguntó si no estaría equivocada.

—¿Cuándo tuvo lugar ese encuentro fortuito? —preguntó Gilbert.

Lydia miró su reloj.

—Hace una hora y... treinta y siete minutos.

—¿Has venido directamente de la cama a contármelo?

—Tenía que hacerlo. —Había sentido que cada segundo que pasaba sin que Gilbert lo supiera era un mayor insulto hacia él...

—Qué considerada.

... aunque Gilbert estaba ahora tan enfadado que Lydia empezaba a tener sus dudas. Pero no habría podido vivir con ese secreto. Lo ideal habría sido que no se hubiera acostado con Andrei, pero, por desgracia, no era una opción.

—¿Crees que has sido mi única mujer? —preguntó quedamente Gilbert con un repentino rencor en la mirada.

Lydia tragó el nudo que se le había formado en la garganta.

—Sí —contestó—. Eso creo.

—Ha habido otras.

—Ya. —Soltó un largo y profundo suspiro—. Menos mal que estamos teniendo esta pequeña charla, ¿no?

—Pero esas otras mujeres no significaron nada —dijo triunfalmente Gilbert, repitiendo con sarcasmo las palabras de ella.

—¿No significaron nada? ¿Como en mi caso? Pero, curiosamente —dijo Lydia mientras se levantaba para marcharse—, a lo último que me recuerdas cuando hablas es a un hombre.

OceanofPDF.com

Día 43

Los años te han tratado bien. Son los fines de semana los que han provocado el daño.

Katie lo encontró tan sorprendente y gracioso que su garganta emitió un ruidito. ¿Podía decirse que había sido una carcajada?, se preguntó. ¿Podía describir la cita como «de carcajada»? Agarró automáticamente el móvil: a Conall le iba a encantar.

Entonces se acordó de que no podía llamarle. Ni ahora ni nunca. Su garganta emitió otro ruidito y esta vez seguro que no fue una carcajada.

Los días en que podía coger desenfadadamente el teléfono y leer en voz alta la cita aguda e implacable de la agenda de ese día eran historia.

Oh. Eso no le gustaba nada. No se sentía muy bien esa mañana. La noche del lunes, la noche de la ruptura, la pasó tranquila. La noche del martes la pasó tranquila. La noche del miércoles la pasó tranquila. La noche de ayer no la pasó tranquila.

Porque había cometido el terrible, terrible error de leer un libro de Anita Brookner —no recordaba el título, todos se parecían— que le había metido el miedo en el cuerpo. Estaba convencida de que el resto de su vida tendría que pasar sus vacaciones con alguna compañera del trabajo a la que apenas conocía, una mujer con tendencias lésbicas reprimidas, y juntas visitarían catedrales. Llevarían un calzado resistente y guías turísticas y pasarían días enteros admirando naves del siglo xv. Por las noches cenarían un menú acompañado de una copa de tinto de la casa y la lesbiana reprimida diría: «Los hombres son unas criaturas repugnantes. Nosotras, las mujeres, podemos proporcionarnos mutuamente el consuelo que necesitamos.»

He ahí lo que sucedía cuando tenías cuarenta años y estabas sola.

Lo más probable, de hecho, es que muriera sola. La encontrarían cuando ya llevara ocho días muerta, y solo los maullidos de sus veintisiete gatos famélicos alertarían a sus indiferentes e insensibles vecinos.

Pero eso no le preocupaba en exceso; después de todo, estaría muerta. Lo que realmente le preocupaba eran las vacaciones: el calzado resistente, las catedrales, la comida cutre del menú (sopa del día, melón) y todas las cosas deliciosas de la carta —langostinos, lubina— que tendría prohibido

pedir. ¿Y si le apetecía una segunda copa de vino? ¿Permitiría su compañera bollera semejante exceso?

Se frotó los ojos. Qué visión de la vida tan deprimente... Y —se le acababa de ocurrir otra cosa— tendrían una caja de bombones, una marca insulsa como Milk Tray, y cada noche, antes de trepar a sus respectivas camas individuales para leer cuatro páginas de sus libros instructivos, su compañera la invitaría a un bombón. A modo de agradecimiento, Katie se vería obligada a pasar horas leyendo la guía, y más tiempo aún saboreando el pedacito, el único pedacito de placer en su vida. Luego su compañera guardaría de nuevo la caja en su maleta —¡que cerraría con llave!— hasta la noche siguiente.

¡Oh, Dios! ¡Dios, Dios, Dios!

El problema estaba en que no había sido lo suficientemente realista desde el principio. Conall era un hombre especial, con una gran presencia; había ocupado un gran espacio. No podías expulsar de tu vida a alguien como él sin pasar por algún tipo de reajuste. Se había engañado al pensar que sería fácil. Si sumaba a eso el hecho de que era su primera ruptura en los cuarenta, ¿cómo no iba a costarle?

Así y todo, dejando a un lado este nuevo temor de pasar las vacaciones con una lesbiana reprimida, lo estaba llevando bien. Bebiendo una botella de vino todas las noches, cierto, durmiendo fatal, cierto, cogiendo el teléfono doce veces al día para llamar a Conall, cierto, pero lo estaba llevando bien.

OceanofPDF.com

Día 41

(muy temprano)

—Tres cafés dobles —dijo Lydia.

—Estás sola —dijo Eugene.

Lydia apenas podía verlo a través del vapor de la máquina del café.

—Estoy hecha polvo —explicó Lydia—. Tengo que durar hasta las nueve.

Eugene miró el mugriento reloj de la pared. Eran las cuatro y veinte de la mañana.

—Tienes muchas horas por delante. ¿Quieres comer algo?

—Algo con mucho azúcar.

—Bien. Enseguida te lo llevo.

Lydia se volvió, buscando una silla libre. El local estaba lleno de taxistas desayunando en mitad de la noche y —¡Gdansk!— vislumbró una cara conocida.

—¡Eh, Odenigbo!

Odenigbo levantó la cabeza, la miró alarmado, suavizó la expresión y le saludó fríamente con un gesto de cabeza antes de darse la vuelta muy lentamente.

¡Irkutsk! Nada de Gdansk.

—Hay demasiada gente aquí —murmuró hacia Eugene—. Estaré fuera.

Cerró la puerta al ruido y el vapor y, sintiendo el aire fresco de la noche en su rostro caliente, tragó saliva. Odenigbo ignorándola, eso sí era un palo. Pero había que ser muy ilusa para esperar que los amigos de Gilbert siguieran siendo sus amigos. Cuestión de lealtad y todo eso. Lo entendía. Lydia se la había jugado a Gilbert, era lógico que sus *compadres* se pusieran de su parte. Pero le daba pena. Echaba de menos a los demás nigerianos, eran gente divertida. Además, Gilbert también se la había jugado a ella. ¡Qué injusto!

Necesitaba hablar con alguien. Eran las cuatro y veinticinco de la madrugada. ¿Qué probabilidades había de que Poppy estuviera despierta? Muchas, en realidad. Iba a casarse al cabo de cinco semanas; hacía meses que no dormía una noche de un tirón.

¿Estás despierta?

Diez segundos más tarde Poppy llamó.

—Me has pillado en un buen momento. Acabo de tener una pesadilla sobre las flores y estoy en la cama temblando. ¿Y si son horribles?

—Son flores, no pueden ser horribles.

—Mamá estuvo en una boda la semana pasada y dijo que las flores eran horrorosas.

Sí, pero la señora Batch era una vieja amargada que veía defectos en todo. Si la admitieran en el cielo, armaría un escándalo en la recepción, pidiendo ver al director para quejarse a voz en grito de que se respiraba demasiada dicha y felicidad.

—Tus flores serán muy bonitas, Poppy, relájate. No pienso casarme nunca si así es como te hace sentirte. Odenigbo acaba de ignorarme.

—Caray, qué palo. Aunque tú no esperarías que yo, Sissy y Shoane estuviéramos amables con Gilbert si nos lo encontráramos.

Hubo un silencio. Ambas tenían sus dudas con respecto a Shoane.

—Tienes razón, me enfadaría mucho. Supongo que... me hizo pensar en lo que ha pasado. Hazme el test, Poppy.

—Solo puedes responder sí o no, ¿de acuerdo? Pregunta número uno: ¿Tu vida ha terminado?

—No.

—¿No conocerás a otro hombre en lo que te queda de vida?

—Sí, sí, claro que sí. Espero.

—Cuando te imaginas a Gilbert con otras chicas, ¿te dan ganas de arrancarte la piel?

—Sí.

—¿Lamentas todas las veces que le dijiste a tu buena amiga Poppy que cerrara el pico cuando decía que Gilbert tenía esposa y seis hijos en Lagos?

—No.

—Oh. ¿Estás segura?

—¡Sigue!

—Sigo. Estás todo el rato fantaseando con que Gilbert llama a tu puerta y te dice que haría cualquier cosa...

—... como quemar su chaqueta de Alexander McQueen, la que le costó mil euros, para demostrarme lo mucho que lo siente.

—Lo interpretaré como un sí. ¿Le dijiste que le querías?

—Sabes que no.

—¿Te dijo él que te quería?

—No. Te lo habría contado.

—¿Le querías?

—No lo sé. Esperaba que el Test de Poppy me lo dijera.

—¿Te quería?

—Es evidente que no si se lo montaba con otras.

—¿Habíais hecho planes juntos para las vacaciones? ¿Unos días en Barcelona, por ejemplo?

—No, pero no porque él no quisiera, sino porque yo no podía...

—El Test de Poppy solo acepta un sí o un no por respuesta. De modo que eso es un no. Déjame sumar los puntos. Ya lo tengo. Se trata de una relación, aunque yo no la llamaría bien bien relación, superficial. Dolerá unos días, mucho, pero la herida no es profunda. Como un corte de papel.

—¡Un corte de papel! —A Lydia le gustaba cómo sonaba eso—. Te entiendo. Muy doloroso, sorprendentemente doloroso teniendo en cuenta que no era más que un puto papelito y no una de esas espadas enormes con las que ejecutan a la gente en los vídeos de Al-Qaeda.

—Durante unos días todo lo que hagas te dolerá.

—Y después, ¿se irá el dolor?

—Y ni siquiera lo notarás. ¿Piensas que podrías volver con él? —preguntó con delicadeza Poppy.

Lydia soltó un bufido.

—En absoluto. No lo querría a mi lado. —Además, era una situación complicada. No era como otras rupturas donde solo una persona ha obrado mal y el otro puede esperar como un mártir petulante a que suplique su perdón. Los dos habían obrado mal y eso significaba que no había vuelta atrás.

—Vale. Se te pasará. Y recuerda que en el lugar del que vino, Lagos, hay muchos más —añadió Poppy.

Poppy tenía razón en una cosa: siempre había hombres yendo y viniendo, aunque Lydia todavía esperaba conocer a alguno que no la decepcionara con su ñoñería, su deslealtad o su escandalosa estupidez.

—¿Sabes una cosa, Poppy? Con los hombres no es la desesperanza lo que me mata...

Juntas, clamaron:

—... sino la esperanza.

—¿Cuándo habré superado lo de Gilbert? —preguntó Lydia.

—¿Han pasado tres días? Pon una semana. ¿Puedo volver ya a mis pesadillas?

Lydia no quería colgar. Quería hablar de lo mucho que se odiaba por pensar que Gilbert era digno de ella. Pero entonces Poppy le reñiría por tener la autoestima exageradamente alta y le diría que no caería bien a las demás chicas si iba diciendo esas cosas.

Pero había algo más.

—¿Qué me dices del... del otro... —Lydia se atragantó—... hombre?

—¿De Andrei, el compañero de piso con el que te acostaste? El Test de Poppy no cubre esa área.

—Pero ¿qué piensas?

—Pienso que cada vez que lo mires te vendrá el sentimiento de culpa, confusión...

—Asco.

—¿Asco? ¿Hasta ese punto?

—No he sido capaz de estar en el piso con él desde...

Desde el momento aquel —bueno, momentos— de demente lujuria. En cuanto terminaron, ella se largó pitando del piso y se fue a ver a Gilbert, tratando de convencerse de que si confesaba podría hacer que no hubiera ocurrido. Dios, ¿cómo podía ser tan corta? Descubrió que sí, que había ocurrido y, peor aún, que ella y Gilbert ya no estaban juntos. El simple hecho de pensar en Andrei le producía tal asco que no había sido capaz, literalmente, de respirar el mismo aire que él. Y como no tenía adónde ir —la casa de Gilbert ya no era una opción— recorría las calles de noche recogiendo un pasajero aquí y otro allá. Cuando llegaba a casa, a eso de las ocho y media de la mañana, Andrei ya se había ido a trabajar. Con los días se había amoldado a un horario de trabajo diferente, conduciendo de noche y regresando a casa para dormir únicamente cuando tenía la certeza de que Andrei se había ido. Dentro de unas semanas se iría de vacaciones a Polonia; tal vez consiguiera evitarlo hasta entonces.

—Personalmente —dijo Poppy—, creo que Andrei está como un tren. No me extraña que te lo...

—¡Calla, te lo ruego, calla! —El vello se le erizó al pensar que habían... ¡puaj!... tenido sexo. ¡Sexo! ¡Puaj, puaj, puaj!

—De acuerdo, asco. Le culpas por tu ruptura con Gilbert, pero tendrás que contenerte hasta que uno de los dos se mute. Aprende a vivir con ello.

—Probablemente no debería habérselo dicho a Gilbert.

—Eso no cambiaría el hecho de que él te estaba engañando.

—Sí, es preferible que me haya enterado. —Por enésima vez la asaltó una rabia incandescente.

—Lydia, tengo que dormir. Olvida a Gilbert. Nos vemos.

Poppy se esfumó, dejando a Lydia sola con sus pensamientos. No podía creer lo deprisa que había cambiado todo. Hacía tan solo una semana, de hecho cuatro días, su vida —casi toda su vida— era genial. Tenía un hombre caliente y sus amigos le caían bien y juntos habían formado una pequeña comunidad, casi una familia. Entonces tuvo ese rollo demencial con Andrei y de repente todo se había ido al garete. Si hubiera sabido apreciar lo que tenía...

¡Irkutsk! Propinó una patada a una lata vacía y esta rebotó varias veces en la acera con un estruendo que atravesó el sereno aire de la noche. Se sentía mal. Entre ella y Gilbert había conexión. Creía que tenían algo bastante sólido, pero solo hizo falta una breve charla para arruinarlo. Ambos habían quedado mal, como personas egoístas, infieles y superficiales, y eso bastaba para cargarse cualquier posibilidad de quemar chaquetas y volver juntos. No porque ella quisiera volver, pensó mientras su imaginación se dedicaba amablemente a lanzarle imágenes de Gilbert montándose con alguna chica misteriosa, y otra oleada de rabia la inundó. A la mierda con él.

Unos fuertes golpecitos la despertaron bruscamente. Lydia tenía la cara aplastada contra el volante, la lengua pegada al paladar y el corazón acelerado. Levantó la cabeza y vio el rostro atónito de Jan mirándola a través de la ventanilla del coche.

—¿Qué haces ahí? —le oyó preguntar.

Eso, ¿qué hacía ahí? Estaba demasiado aturdida por el brusco despertar para poder hablar. Ignoraba qué estaba pasando. Miró a su alrededor. Por lo visto estaba en su coche. Estacionada en la calle Star. Era de día. Hacía sol.

—Pensaba que habías tenido infarto. —Jan sonaba esperanzado.

Con mano torpe, Lydia bajó la ventanilla.

—¿Qué hora es? —Tenía la voz pastosa.

—Las nueve y media.

—¿De la mañana? —Desde que hacía el turno de noche el reloj de su cuerpo se había vuelto loco.

—De la mañana. Me voy a trabajar. Segundo turno.

Lydia hizo memoria. Después de los tres cafés y el donut había conseguido el pasajero de sus sueños, nada menos que hasta Skerries. Pero su suerte acabó ahí. Cuando regresó al centro de la ciudad, esperó más de una hora en una fila interminable de taxis y a las siete tiró la toalla. Regresó a casa, estacionó en la calle Star y cayó en la cuenta de que era domingo y Andrei seguiría durmiendo, de modo que decidió esperar. Debía haberse dormido en algún momento.

—¿Tengo una marca en la cara? —preguntó—. ¿Del volante?

—Sí. Eres una persona Toyota ahora y para siempre.

—¿Está...? Eh... ¿Quién hay en casa?

—Nadie. Andrei ha salido.

Era cuanto necesitaba saber.

Entró en el piso y aunque la asaltó una necesidad imperiosa de meterse en la red, primero necesitaba una ducha. Seguía sin gustarle el agua, pero los últimos días, durante los breves segundos que pasaba bajo el chorro hirviente, se frotaba la piel hasta dejarla roja y escocida, en un intento de borrar las sucias caricias de Andrei. ¡Puaj!

OceanofPDF.com

Día 40

(muy temprano)

Katie estaba ayudando a Keith Richards a ponerse los calcetines. «Ese es mi chico, así, muy bien, ahora el otro pie», cuando unos ruidos extraños en la puerta de su casa la despertaron. Tumbada de lado, se quedó muy quieta. Eran las cinco y veintinueve minutos de la mañana según los diabólicos números rojos del despertador y le estaban entrando a robar. Aguzó el oído y volvió a escuchar unos golpes sordos, como de un cuerpo cayendo contra la puerta de madera. ¿No debería hacer algo? ¿Como llamar a la policía? ¿Como ir a la cocina y agarrar algún utensilio para protegerse?

No podía creer que aquello estuviera ocurriendo. Y no podía creer que un ladrón pudiera ser tan ruidoso. No daba crédito a semejante falta de profesionalidad.

Los ruidos aumentaron. El ladrón estaba dando empujones y embestidas a su puerta. Entonces llegó el ruido más aterrador de todos: el roce metálico de una llave buscando la cerradura.

¿Le había robado alguien la llave y hecho una copia? Desvariando a causa del miedo, hizo un repaso de su vida reciente, buscando algún momento en que hubiera desatendido su bolso.

Existía otra explicación para la presencia de esa persona en la puerta de su casa.

Podría ser... Conall.

La puerta se abrió con un chasquido y la persona, quienquiera que fuese, entró en el recibidor.

—Katie —oyó susurrar a Conall—. Katie.

«Debería haber cambiado esa estúpida cerradura.»

Conall llamó suavemente a la puerta de su dormitorio.

—Katie, ¿estás dormida? Despierta.

«Debería haberte pedido que me devolvieras la llave.»

La luz del cuarto se encendió de repente y casi la dejó ciega. Conall, algo desaliñado, estaba tambaleándose junto a su cama.

—Katie, me estoy volviendo loco.

—¿Por qué?

—Porque te quiero. Perdona por esto. —Agitó una mano para señalar su persona en medio del dormitorio a las cinco y media de la mañana—.

Debería haberte telefonado pero era demasiado tarde. O puede que demasiado pronto.

—Y has decidido que era preferible venir en persona.

—¡Exacto!

Estaba, comprendió Katie, bastante borracho.

—Katie, quiero casarme contigo. —Conall apoyó una rodilla en el suelo y se tambaleó ligeramente, pero enseguida recuperó el equilibrio.

Ella lo observaba preguntándose si estaba realmente despierta o había penetrado en uno de esos sueños en que sueñas que estás despierta.

—Cásate conmigo.

—¿Es una proposición de matrimonio?

—Sí.

Katie se estremeció. Era uno de los momentos más importantes de su vida. Se casaría con Conall Hathaway, soportaría su adicción al trabajo y su informalidad porque tenía muchas cosas buenas, y toda elección positiva en la vida traía consigo una pérdida de iguales proporciones. Además, existía la posibilidad de que Conall cambiara.

Sí, pensó, segura de su decisión, sería la esposa de Conall Hathaway y viviría con todos los placeres y la infelicidad que eso entrañaría si, y solo si, había traído consigo un anillo.

—¿El anillo? —le preguntó.

Sería una prueba de que la semana de separación lo había cambiado, de que en el futuro estaría más dispuesto a hacer concesiones.

Conall se palpó un bolsillo, luego el otro, y se puso a hurgar en los bolsillos del pantalón. Finalmente aceptó la desagradable verdad.

—No he traído ningún anillo...

Entonces, no había más que hablar. La decisión estaba tomada y la imagen de su vida como la esposa de Conall Hathaway se desvaneció en el aire.

—Lo habría comprado, pero he venido con tanta prisa que...

—Si no hay anillo no es una proposición de matrimonio como Dios manda —dijo.

—Puedo conseguir uno. —Ya tenía el móvil en la mano—. Trevor, soy Conall Hathaway. ¿Te he despertado? Presenta mis disculpas a tu encantadora esposa. —Estaba decididamente borracho, pensó Katie, por lo general no hablaba como si hubiera escapado de una novela de Dickens—.

Escucha, necesito una sortija de brillantes. Ahora. Extrema importancia. Abre la tienda, te recompensaré por ello.

Conall tapó el auricular con la mano y preguntó a Katie:

—¿Brillantes está bien? —Como si estuviera encargando comida.

Ella negó con la cabeza.

—¿Esmeraldas? ¿Zafiros? Lo que tú quieras.

Katie negó de nuevo con la cabeza. Conall no podía solucionar esto con dinero.

—Trevor, te llamo dentro de un momento. —Conall estaba desconcertado—. Katie, ¿qué quieres?

—Nada.

—Pero... —Estaba pasmado. La gente siempre quería algo—. He cambiado. Contrataré a un ayudante. Empezaré a buscarlo mañana. Se acabaron los viajes largos. Se acabaron los trabajos urgentes y las jornadas de veinte horas.

Katie volvió a negar con la cabeza.

—Pero... ¿por qué? Pensaba que era lo que querías. —No entendía nada. Solo podía haber una explicación—. ¿Has conocido a alguien?

—... No... Yo... —Naturalmente que no había conocido a nadie, pero por la razón que fuera la imagen del hombre de cabellos dorados del piso de abajo afloró en su mente y Conall, astuto como era, lo captó.

—¡Sí! —exclamó, horrorizado.

—No.

Pero eso fue suficiente para Conall. Como un animal herido, necesitaba estar solo.

Se acercaba un taxi. Un regalo de los dioses, pensó, y levantó un brazo. El taxi se detuvo a su lado y Conall abrió la portezuela y se instaló en el asiento del copiloto.

—Baja —dijo la taxista—. Estoy fuera de servicio.

—Llévame a Donnybrook lo más deprisa que puedas.

—He terminado por esta noche. Tengo el piloto apagado. Baja.

—Entonces, ¿por qué has parado?

—No he parado. Iba a aparcar. —Con un eficiente chirrido hacia delante y un perfecto bucle hacia atrás, encajó el taxi en un espacio

diminuto, una de las maniobras de aparcamiento más hábiles que Conall había visto en su vida—. Ya está, ya he aparcado —dijo—. Baja.

Conall sacó su billetera. Tenía que salir de ese horrible lugar, del escenario de su humillación, cuanto antes. Por segunda vez en los últimos cinco minutos, dijo:

—Te recompensaré.

—No estoy disponible. De hecho, estoy durmiendo con los ojos abiertos. No debería conducir, soy un peligro... —Entonces lo miró detenidamente—. ¿Qué te pasa?

—Nada.

—Mentira. Tienes la corbata torcida y el cabello despeinado.

—No necesito tu compasión.

—No te estoy compadeciendo. Guárdate la pasta. Te cobraré la tarifa normal si me cuentas qué te pasa. Las desgracias de los demás siempre consiguen animarme. ¿Adónde?

—A Wellington Road.

La taxista cerró la boca y arrancó.

—Era un buen hueco, el mejor que conseguiré jamás, y ya no estará cuando vuelva. Más vale que la historia sea buena. ¿Tiene que ver con la maestra sexy?

—¿Quién?

—La mujer de los melones y los zapatos. ¿Tu novia? ¡Gdansk!

—¿Te refieres a Katie? ¿De qué la conoces?

—Vivo en el mismo edificio. Debajo de ella.

—¿En serio? ¿En el sesenta y seis? El mundo es un pañuelo. Pero no es maestra.

—¿Institutriz, entonces? Y te ha dejado, ¿sí? ¿Por qué?

—Porque trabajo demasiado.

—¿Por qué? ¿Andas mal de dinero? ¿Estás ahorrando para cuando tu madre se pire y tengas que meterla en una residencia?

—No.

—¿Un jefe exigente?

—Trabajo para mí, básicamente.

—Entonces, básicamente, ¿trabajas demasiado porque te gusta?

—Gustar, lo que se dice gustar, no...

—¿Porque necesitas demostrar constantemente lo mucho que vales?

—Supongo. Por lo menos eso es lo que dicen mis novias. ¿Cómo lo sabías?

La taxista agitó una mano.

—Siempre llevo a tipos como tú. Ambiciosos y emocionalmente tarados. Gdansk.

—Pero voy a cambiar.

—Si me dieran un euro por cada vez que oigo eso, probablemente viviría en Wellington Road, al lado de tu casa.

—¿Por qué estás siempre diciendo «Gdansk»?

—Me gusta decir «Gdansk».

Siguió un largo silencio.

Finalmente, Conall preguntó:

—¿Por qué?

—El comienzo es alegre, suena como «G'day», *good day*, pero termina con el sonido «sssskkkk». Me encanta el sonido «sssskkkk», es un sonido viperino. Puedes usarlo para ahuyentar a la gente. Así. —Desvió la vista de la carretera y le siseó con saña—: ¡Ssssskkkk!

Conall retrocedió.

—¿Lo ves? Es una gran palabra. ¡Gdansk! Si quieres incorporarla a tu vida, adelante. Acéptala como un regalo.

Conall la estaba mirando con repentino interés. Qué criatura tan curiosa, tan mordaz...

—Seguro que tú cobrarías a la gente por usarla —continuó ella—. Supongo que por eso la gente como yo vive en Dublín 8 y la gente como tú vive en Wellington Road.

... Y ahora que la miraba bien se daba cuenta de lo bonita que era, con esos ojos brillantes, esa boca sexy, esa cabellera de rizos morenos...

—Claro que —añadió pensativamente— yo no soy una ambiciosa emocionalmente tarada y tú sí.

... Y de pronto recordó el consejo de Katie... y los consejos de Katie siempre eran acertados.

Lentamente, le preguntó:

—¿Qué edad tienes?

—No es asunto tuyo.

—¿No es asunto mío?... —Cada vez le caía mejor.

—Veintiséis.

OceanofPDF.com

Día 40...

Maeve se despertó bruscamente. Ignoraba la hora, pero por el tono de la luz dedujo que era pronto, tan pronto que el despertador no había iniciado aún su dulce tintineo. ¿Qué era eso que la había sobresaltado? Fuera lo que fuese, no había despertado a Matt. Él seguía durmiendo como un tronco, pegado a ella, con la frente sobre su espalda. Entonces lo notó. Su erección. Firme y enérgica pese a las capas de ropa que ambos llevaban encima. Insistente contra sus lumbares y más grande de lo que la recordaba. Tenía que salir de la cama.

Deprisa pero sin hacer ruido, se deslizó bajo las sábanas, salió al pasillo y volvió a respirar, pero cuando vio el papel en el suelo, junto a la puerta de la calle, el miedo la invadió de nuevo. Enseguida advirtió que no era un anuncio de alguien que se ofrecía a limpiarle los canalones. Todo el correo procedente del mundo exterior se dejaba en la mesa del portal, de modo que esto había tenido que dejarlo alguien del edificio. Le daba miedo cogerlo. Pero a ella le daba miedo todo.

Queridos Maeve y Matt, estoy empezando a pensar que me evitáis. Puede que no os llegaran mis otras notas.

¿Qué otras notas?

Por tercera vez, me gustaría invitaros a la grabación de Tu edén privado. (Se emitirá en Canal 8, muy pronto.)

A esto seguía una retahíla de números de teléfono.

Decidme cuándo os va bien.

Atentamente,

FIONN

Fionn. En cuanto posó los ojos en la nota que tan inocentemente descansaba sobre el felpudo supo que era de él. ¿Y dónde estaban las otras notas que mencionaba? Matt debía de haber hecho algo con ellas. Y ella iba a hacer algo con esta. La dobló en dos, luego en cuatro, luego en ocho,

luego en dieciséis, y habría seguido doblándola si no se hubiera resistido de lo hinchada que estaba. Entró de puntillas en la sala de estar y la guardó en el portamonedas de su billetera, dentro del bolsillo interno de su macuto. La rompería cuando llegara al trabajo.

Los pensamientos sobre Fionn la persiguieron todo el día como una sombra. Fionn fue con ella a trabajar y permaneció a su lado mientras destruía la nota, y caminó junto a ella cuando realizó su acto amable del día yendo al pub a recuperar el móvil que su colega se había dejado, y no hubo un momento en todo el día que no lo tuviera presente.

Cuando entró en casa confió en poder dejarlo fuera, en el rellano, pero logró colarse dentro. La acompañó a la cocina para hablar de la cena con Matt y solo cuando estuvo estirada en el sofá de la sala de estar, hojeando ociosamente el periódico hasta llegar a las hojas de la programación televisiva, le dio un respiro.

Pero, de repente, ¡ahí estaba de nuevo! Fionn. En el periódico. Una fotografía en color, sonriéndole. Se le erizó la piel y notó un cosquilleo frío en la nuca. «Esto no es real. Mi mente ha hecho que ocurriera.»

Deslizó los dedos por la hoja pero la foto no desapareció. Era una imagen muy clara; podía ver cada veta de su pelo dorado y la barba de tres días sobre el prominente mentón. O por lo menos creía poder verlo. Habría dado cualquier cosa por que alguien le confirmara que no lo estaba imaginando, que no estaba empeorando y perdiendo del todo la cordura, pero la única persona que había en el piso era Matt, obviamente la última persona a la que podía preguntárselo. Las palabras que había junto a la foto brincaban como un circo de pulgas, por lo que era incapaz de discernir por qué ese hombre había saltado de su cabeza a la página que tenía delante. Poco a poco las pequeñas sombras negras se ordenaron en hileras y le dijeron que Fionn iba a presentar un programa de jardinería, probablemente el que mencionaba en su nota.

La respiración de Maeve se tranquilizó. Esto era normal. Una coincidencia, pero normal. La gente que se disponía a aparecer en la tele salía en el periódico. Y contaba detalles que ella desconocía, como que Fionn era de Monaghan y que el programa duraría seis semanas. No, no lo había imaginado.

Pero ver su foto cuando llevaba todo el día pensando en él...

Se preparó para hacer algo que todavía no había hecho: mirarlo directamente a los ojos. Él la miró a su vez... y, lentamente, le hizo un guiño. Maeve arrojó el periódico bien lejos y se metió las manos entre los muslos para detener el temblor.

OceanofPDF.com

Día 39

—¿Qué película has traído? —preguntó la madre de Lydia.

—*Piratas del Caribe*. —Lydia estaba sumergida hasta los codos en agua jabonosa y tenía la cara colorada por el vapor. Le arruinaría el pelo. Se parecería al personaje de *Los Simpson* el Actor secundario Bob.

—Ya la he visto. Es un musical.

Lydia dejó de frotar por un momento.

—Creo que estás pensando en otra peli, mamá. No es un musical. Sale Johnny Depp.

—Johnny Depp. Oh, sí, me encanta. Tan atormentado. Me gustan los hombres atormentados.

Lydia asintió con gravedad. Se le ocurrían un par de hombres y, por lo que a ella respectaba, cuanto más atormentados mejor. De repente se dio cuenta de que el cazo no tenía remedio; por mucho que frotara no conseguiría sacarle los pegotes. La comida había sido calentada y recalentada tantas veces que se había amalgamado con el aluminio. Agarró el cazo por el mango, retiró la mayor parte de la espuma y caminó hasta el cubo de la basura.

—Lydia, ¿qué piensas hacer con ese cazo?

—Tirarlo, mamá. No tiene remedio.

—Es un buen cazo.

—Está jodido.

—¿Besas a tu madre con esa boca?

—Ja, ja. —Lydia se acercó sacando la lengua y su madre la apartó de un manotazo.

—Quita, criatura indecente.

Lydia cogió otro cacharro y lo arrojó ruidosamente al fregadero. Durante los últimos veinte minutos había estado fregando hasta dolerle los hombros y no parecía que la pila de cacharros con pegotes de comida hubiera disminuido lo más mínimo. Parecía la fiesta del té del Sombrerero Loco: en cuanto su madre utilizaba un cazo, plato o taza, pasaba al siguiente plato limpio, sin fregar lo anterior, y una vez que arrasaba con todo volvía a utilizarlo repetidas veces, de forma aleatoria.

—¿Cómo voy a preparar la cena si sigues tirando ollas?

Por un momento Lydia consideró la posibilidad de echarlas todas a la basura. Si no había cacharros su madre no cocinaría y ella no se encontraría una montaña maloliente aguardándola cada vez que llegaba de Dublín. También reduciría el riesgo de que las cortinas volvieran a arder.

... Pero a su madre le desconcertaría demasiado quedarse de repente sin cacharros. Y Lydia seguía confiando en poder obligar a los mantas de Murdy y Ronnie a hacer su parte.

—Esta noche encargaremos comida, mamá. Comida china, que a ti te gusta.

—¿Me gusta? ¿Y luego iremos a bailar?

—Tenemos un DVD, ¿recuerdas? Vamos a ver una película.

—¿Qué película?

—Ya sabes qué película. —«Que lo sepa, por favor.»

—¿Cómo voy a saberlo?

—*Piratas del Caribe*.

—Ah, esa. —Su madre parecía decepcionada—. No me gustan los musicales.

Lydia tragó saliva.

—No es un musical. Estás pensando en otra película. Esta está bien, sale Johnny Depp.

—¡Johnny Depp! Me gusta. Conmovedor. No podría ser feliz aunque le pusieran una pistola en la cabeza. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Sí, mamá.

—¿Cuándo habrás terminado de fregar?

Lydia contempló la caótica cocina y la precaria pila de platos y cazos y restos de comida.

—Todavía tengo para un rato.

—Tengo hambre —declaró Ellen.

—Encargaré la comida muy pronto.

—¿Vamos a encargar comida? ¡Qué bien!

—Pero primero pondré una lavadora.

En el cuarto de baño, al revisar la cesta de la ropa sucia, le sorprendió tropezar con ropa interior masculina. Tras una detenida inspección dedujo que era de Ronnie. ¡Pero... pero qué morro! ¡Ninguna chica debería ver jamás los calzoncillos viejos de sus hermanos! Está mal, muy mal. Los devolvió a la cesta como si fueran radiactivos (no le extrañaría, teniendo en cuenta el estilo de vida de Ronnie).

Con cuidado, Lydia descendió por la angosta escalera con una montaña de ropa sucia que prácticamente no le dejaba ver y abrió la puerta de la cocina con el pie. Ellen estaba sentada en su silla, exactamente como la había dejado. Miró furibunda a Lydia.

—Esto no es vida para ninguna de las dos. Aquí sentadas un sábado por la noche.

—Hoy es martes.

Su madre se levantó de un salto, como si fuera una niña.

—Deberíamos hacer algo. —Se dio la vuelta con los brazos estirados—. ¿No lo sientes, Sally? Oh, Sally, ahí fuera hay un mundo lleno de cosas por descubrir. ¡Estamos dejando que la vida se nos escape de las manos!

Lydia pasaba mucho tiempo delante del ordenador introduciendo los síntomas de su madre —confusión, pérdida de memoria, abandono brusco de las tareas domésticas— y buscando una enfermedad que encajara. Pero de estos síntomas, ¿qué diagnóstico podía hacerse?

—Sally, péiname.

¿Debería? Presa de la frustración, Lydia no sabía qué era mejor, si seguirle la corriente o devolverla a la realidad. Nadie quería decírselo. Nadie quería reconocer siquiera que su madre estaba perdiendo la cabeza.

—Recógeme el cabello en la coronilla.

Ellen llevaba el pelo corto y así había sido desde que Lydia podía recordar. Eso la decidió.

—Mamá, sabes que no soy Sally, ¿verdad?

Ellen la miró detenidamente.

—Eres... ¿Lydia?

—Pero siempre me llamas Sally.

—Lo siento, cariño, es que te pareces mucho a ella.

—¡Mamá! —Lydia no pudo frenar un arrebató de exasperación—. Eso no es excusa. Mira a Ronnie. Es igualito que Satanás y no por eso le llamas Lucifer.

—Puede que en voz alta no —reconoció Ellen con un repentino brillo en los ojos—, pero por dentro sí. Belcebú.

—¿En serio? —Lydia rió—. Belcebú.

—No estoy diciendo que sea Belcebú, solo que...

—... se parece a él. Te entiendo. —Lydia le lanzó un paño de cocina.

—¡Oh, Lydia, tu propio hermano! De pequeña te adoraba, decía que eras su muñeca. Eras una cosita diminuta pero lo tenías dominado. Habría

hecho cualquier cosa por ti.

Sí, bueno, de eso hacía mucho tiempo. Ahora no haría nada.

—Come —le instó su madre.

—Voy. —Con evidente falta de entusiasmo, Lydia se llevó otro bocado de arroz frito a la boca.

—¡Está riquísimo! —exclamó su madre.

No era cierto. Aunque tampoco estaba asqueroso, solo un poco soso. No obstante, cuando el helado de chocolate doble tampoco le supo a nada, Lydia reconoció lo que ya sabía: que el problema era ella, no la comida. En su vida ya no había sabor.

Sin Gilbert nada tenía sentido. Este corte de papel estaba tardando demasiado en sanar. Sin darse cuenta, cogió el móvil.

—¿A quién llamas? —preguntó secamente su madre.

—A nadie.

—Mira a Johnny Depp.

Solo estaba comprobando si Gilbert le había dejado un mensaje pese a saber que no iba a hacerlo. Como tampoco iba a hacerlo ella. Faltaban dos días para que Poppy diera la Semana de Duelo por terminada. Después dejaría de pensar en él.

—¡Oh, mamá! —El helado de chocolate le caía por el mentón y le goteaba en la falda. Lydia cogió un paño de cocina—. Deja que te limpie la cara.

Su madre se retorció al tiempo que le pegaba en las manos.

—Deja de tratarme como a una niña. ¿Y por qué has venido a verme si no piensas ver la película conmigo?

—¡La estoy viendo!

—No es cierto. Estás pensando en otras cosas.

La cuestión era que a veces su madre hablaba con lucidez, y en esos momentos Lydia se decía que a lo mejor no tenía ningún problema.

Se quitó a Gilbert de la cabeza, estiró las piernas sobre el regazo de su madre y durante las dos horas siguientes centró en Johnny Depp toda su atención. Su madre mantuvo el interés hasta que empezaron los créditos.

—¿Te ha gustado, mamá?

Ellen tenía la expresión hosca.

—¿Qué te ocurre, mamá?

Se negó a mirar a su hija.

—¿Mamá, qué pasa?

—Dijiste que encargaríamos comida. ¿Cuándo vamos a hacerlo?

OceanofPDF.com

Día 39...

Casas de muñecas, miniestablos y diminutas máquinas de coser... todo demasiado rosa. Katie estaba buscando un regalo para Vivienne, la hija de MaryRose. MaryRose se había portado muy bien con ella durante aquella semana sin Conall y quería mostrarle su agradecimiento, pero reaccionaba de manera extraña si le regalaba algo a ella. De hecho, se aturdía, como si hubiera olvidado que era todavía una persona y no solo un apéndice de Vivienne, por lo que todos los regalos tenían que ser para la pequeña. Katie pasaba junto a los estantes levantando distraídamente objetos y devolviéndolos a su lugar.

¡Maldito Conall Hathaway!

Había llevado de maravilla aquella última semana. Bueno, de maravilla no, lógicamente. Bebiendo demasiado e incapaz de soportar su propia y terrible compañía y aterrorizada por las compañeras de vacaciones lesbianas. Pero protegida por la firme certeza de que si seguía poniendo un pie delante del otro, si avanzaba a través del dolor, llegaría un día en que ya no haría tanto daño.

Había sobrevivido una semana entera, con sus días laborales y su fin de semana y esos momentos de vacío que te caen encima cuando menos te lo esperas, y había estado bien. De hecho, y le sonrojaba reconocerlo, esa última semana se había mostrado un tanto petulante, observando con aprobación desde fuera cómo vivía su vida habiendo tomado la decisión más dura, pero la decisión correcta. Hasta se había sentido —Dios, qué bochorno— orgullosa de la persona adulta y centrada en que se había convertido. (Pasando por alto la botella de vino que la acompañaba cada noche porque eso deslustraba ligeramente las cosas.)

Pero ahora el asunto se había complicado. La noche anterior, cuando Conall había entrado tambaleándose en su casa, fue como si hubiese metido un palo en un charco y lo hubiese agitado con vehemencia, revolviendo el fango asentado en el fondo.

Después de que se marchara ebrio y enfadado no había sido capaz de conciliar el sueño, y la determinación que había experimentado durante la semana se había ido debilitando a lo largo del día. «A lo mejor estuve demasiado dura, a lo mejor no debería haber insistido en lo del anillo...»

El móvil sonó y Katie pegó un bote —la falta de sueño le estaba jugando malas pasadas— que envió al suelo una gasolinera rosa con surtidores rosas.

Era Naomi.

—Katie, ¿dónde estás?

—En una juguetería. Quiero comprarle algo a MaryRose a modo de agradecimiento. —Lentamente, recogió la gasolinera del suelo.

—¿Y yo también tendré regalo?

—Ja, ja. —Los Richmond nunca hacían regalos espontáneos. Sería caer en un exceso de amabilidad—. ¿Qué pasa?

—Solo quería saber cómo estabas. Asegurarme de que no seguías obsesionada con tu bombón de las noches. Que sepas que puedes llevarte tu propia caja de bombones en tus vacaciones bolleras. O venir conmigo, Ralph y los niños.

—Me quedo con la bollera.

—Tú te lo pierdes.

—No te lo tomes a mal, Naomi, es por lo de la soltería. No quiero hacer de vela en las vacaciones de otros, como si me tuvieran pena. Imagínate a ti y a Ralph bronceados, con vuestro pescado a la parrilla y vuestra sangría, y yo sentada delante cargándome vuestra velada romántica. Al menos la bollera me querría allí.

—Conall nunca te llevó de vacaciones.

Eso, en realidad, no era cierto.

—Y no me importaría que vinieras. Así Ralph no se pondría tan pesado con el sexo. De hecho —Naomi estaba empezando a entusiasmarse— tú y yo podríamos compartir la habitación doble y meter a Ralph en la individual.

—Me parece genial. Anularé mi viaje a la catedral de Chartres. Hortense se llevará una decepción.

—Pasa de ella.

—Ya ha comprado la guía, y es muy tacaña.

—Que vaya sola. Además, no debería ir detrás de las heteros como tú.

—Oye... —Katie estaba deseando contarle lo de la visita de Conall, pese a saber que no debía. Pero ¿cómo podía contenerse?—. Ha pasado algo.

—¿Sí?

—Conall se presentó en mi casa en mitad de la noche.

—Para echar un polvo, seguro. Será cabrón. Aunque no me sorprende, con esa libido que tiene. Dios, qué pesadilla. Aunque no me importaría tanto si lo tuviera encima a él en lugar de a Ralph.

—Me pidió que me casara con él.

—¿Qué? ¡Caramba! —Naomi parecía impresionada—. Qué artera eres. Lo tenías todo pensado. Te marcaste el farol de romper con él pero siempre con el ojo puesto en el gran premio.

—No soy artera. —Tampoco sabía qué significaba. Puede que Hortense lo supiera—. Y no me estaba marcando ningún farol.

—¿Entonces?... —Tras una larga pausa, Naomi dijo—: Por lo que más quieras, Katie, no me digas que le dijiste que no.

—No lo decía de corazón, Naomi. Estaba borracho y no había traído un anillo y...

Naomi empezó a aullar.

—No me lo puedo creer, no me lo puedo creer. ¿Se puede saber qué más quieres?

—No lo decía de corazón. Cuando se le hubiera pasado la cogorza habría cambiado de parecer.

—¿Por qué te lo pidió si no lo decía de corazón?

—Porque no le gusta perder. Ni siquiera cuando no está interesado en el premio.

—Basta, no puedo seguir hablando contigo, estoy demasiado disgustada. Piensa en esto que te voy a decir, Katie: ¿cómo esperas que te ayude si tú no te ayudas a ti misma?

Colgó violentamente y Katie lo sintió como una agresión. De repente ya no podía pensar con claridad, demasiado rosa a su alrededor.

Cerró los ojos unos segundos y cuando volvió a abrirlos se alejó de los juguetes. MaryRose, madre soltera con pocos recursos, necesitaba cosas prácticas. El siguiente pasillo ofrecía cochecitos, mantas y artículos para bebés. Katie levantó una cosa de plástico blanco y como no pudo identificar qué era lo devolvió a la estantería. Ya solo la cantidad de parafernalia infantil estaba empezando a abrumarla. Debería telefonear a MaryRose y preguntarle qué quería, pero las instrucciones a este respecto eran muy complicadas. MaryRose diría algo como: «No la que tiene el accesorio azul claro, sino rojo. Y tiene que poner MM. ¿Lo recordarás? MM. Significa talla mediana mediana. La mediana corriente no vale. Te dirán que la GM es la misma, pero no lo es...»

Regresó a la sección de juguetes y cogió otro objeto al azar. ¿Qué demonios era? Una especie de animal... Ah, sí, un erizo de texturas varias para introducir al bebé a superficies diferentes. Y esa flor de ahí emitía ocho sonidos distintos cuando la estrujabas. ¿Y qué era ese aparato? Según la explicación del envoltorio, reproducía las vibraciones del útero. Katie lo agarró y se lo llevó al pecho. Lo compraría. Para ella.

De mala gana, devolvió el aparato a su lugar. No podía ayudarla. Seguro que incluso estando en el útero su madre le decía cosas como: «Siéntate bien, deja de dar patadas, no sobresalgas tanto, no está bien visto intentar llamar la atención.»

OceanofPDF.com

Día 38

A primera hora de la mañana entré para ver qué tal les iba a Matt y Maeve y sí, tengo que reconocer que fue culpa mía. Maeve estaba en la cama esperando a que Matt le llevara el café y supongo que me acerqué más de la cuenta. Quería ver si podía penetrar en ella, sonsacarle algo, descubrir algunos de sus secretos, porque de todos los residentes de la calle Star era la que más se me resistía, y me estaba volviendo loco. Me deslicé por detrás de su cabeza y ella me sintió...

De repente, todo en Maeve iba diez veces más deprisa de lo normal. El corazón le latía a mil por hora y la sangre corría con violencia por sus arterias, atascándose en el otro extremo, ansiosa por alcanzar el corazón y seguir circulando. Tenía el cuerpo inundado de adrenalina y la piel le picaba por la necesidad de luchar o escapar. Se incorporó y apoyó la espalda en la pared mientras giraba la cabeza de un lado a otro, moviendo frenéticamente los ojos en un intento de abarcarlo todo, buscando los posibles peligros. Aterrorizada, rompió a llorar. Le estaba ocurriendo otra vez. Algo le pasaba en el pecho, un terrible peso le aplastaba los pulmones y apenas podía respirar. A través de su boca abierta corría un hilo de aire sibilante y tenía los ojos fuera de las órbitas. Tenía que llamar a Matt, no podía andar muy lejos, solo había ido a la cocina, pero estaba paralizada, atrapada en un espasmo interminable, como una de esas pesadillas en que sabes que estás durmiendo pero no puedes despertarte.

—Despierta y huele el... ¡Dios mío! —Matt plantificó las dos tazas en un estante y corrió junto a Maeve—. Respira —le dijo—. Respira. Estás bien, no te vas a morir. Es solo un ataque de pánico. Respira.

Le estrechó los hombros con el brazo para reconfortarla sin bloquearle las vías respiratorias.

—Inspira por la nariz, espira por la boca, eso es.

Maeve había intentado en el pasado describir el pavor que la asaltaba durante un ataque. «Imagínate encerrado en el maletero de un coche con un

perro, uno de esos horribles perros de pelea, al que le han dado una anfeta. Imagina lo aterrado que estarías. Así me siento yo.»

—Sigue respirando —le ordenó Matt—. Estás bien, estás a salvo, no te vas a morir. Inspira por la nariz, espira por la boca.

Después de diez o quince minutos de entrecortadas inspiraciones y espiraciones, Maeve dijo:

—Creo que ya estoy bien. —Y rompió de nuevo a llorar—. Oh, Matt, no sabes cuánto lo siento.

—No pasa nada, no lo sientas.

—Hacía siglos que no me ocurría. Pensaba que estaba mejor.

—Probablemente solo sea un caso aislado —dijo Matt.

—¿Eso crees?

—Claro.

Pero no lo creía.

OceanofPDF.com

Día 37

Lydia era consciente de que el deterioro de Ellen había comenzado de forma muy sutil. Aproximadamente un año y medio atrás, su madre la había telefoneado una noche para explicarle con todo lujo de detalles el funeral de uno del pueblo: los elegantes zapatos negros de la viuda, el espléndido ataúd y el despistado sacerdote, que durante toda la ceremonia llamó al difunto por otro nombre. Esa clase de cosas constituían el principal entretenimiento de Boyne mientras esperaban el permiso para construir una sala de cine y Lydia la dejó hablar, escuchando solo a medias. Al día siguiente su madre la telefoneó de nuevo, algo inusual en ella; normalmente no hablaban más de una vez por semana, y mientras la mujer parloteaba Lydia fue rebajando su atención y se puso a pintarse las uñas de los pies. Le estaba prestando tan poca atención que tardó un rato en darse cuenta de que ya habían tenido esa conversación.

—Antoinette O'Mara —estaba diciendo su madre—. Hasta el día más triste de su vida, porque ella y Albert se querían por mucho que dijera la gente de él y esa mujer de Trim, Antoinette apareció hecha un figurín. Unos zapatos, Lydia, unos zapatos preciosos...

—Ya lo sé...

—... negros, naturalmente, pero de una piel suavísima, y con sus buenos tacones. Lo normal es que hubiera elegido algo más práctico para el funeral, pero Antoinette es una dama de los pies a la cabeza y...

—Lo sé...

—... y aunque el padre Benedict, el viejo idiota, seguía llamando al pobre Albert por otro nombre, ella ni parpadeó. «Nuestro hermano Horace descansa ahora en paz», y toda la iglesia se miraba, diciendo: «Nos alegramos mucho por ese Horace, pero ¿qué hay del pobre Albert O'Mara? ¿También descansa en paz?»

—Lo sé, mamá, me lo contaste anoche.

—¿Anoche?

—Por teléfono.

—Anoche no hablé contigo por teléfono.

Ese fue el principio.

Pero, naturalmente, no lo era. Había empezado hacía tiempo —Lydia no sabía decir cuándo, puede que dos años atrás o incluso más— pero esa fue la primera vez que lo notó y, de repente, el recuerdo de otros detalles extraños emergió a la superficie: el día que encontró el reloj de su madre enterrado en el azucarero; la forma en que hablaba de «esa cosa que usas para lavarte la boca», porque, inexplicablemente, no podía recordar las palabras «cepillo de dientes»; las veces que la llamaba Sally. (Sally era la hermana menor de su madre, fallecida a los veintitrés años.)

Lydia solía exasperarse e incluso irritarse con esos episodios, sobre todo cuando la llamaba Sally —«Deja de llamarme Sally, mamá, me pone la piel de gallina. ¡Está muerta!»—, pero aquello era diferente. Esa vez Ellen había olvidado una conversación entera y eso la alarmó.

—Mamá, no puedes haberlo olvidado. Estuvimos una hora al teléfono.

—Lydia, no sé qué decirte... Seguro que te confundes con otro día...

—Oh, te refieres a ese otro día que Albert O'Mara la palmó y su elegante mujer de Trim llegó al cementerio luciendo un sombrero negro con un velo de topos.

—¿Cómo sabes eso?

—Porque me lo contaste. Anoche. Por teléfono.

—Eh...

En la línea silbó la incompreensión mutua.

Lydia pensó extrañamente dolida: «Yo soy la hija. Tú eres la madre. Me corresponde a mí descuidarte y olvidarme de llamarte durante semanas; a ti te corresponde alegrarte muchísimo de verme y comprarme chocolate, hacerme cosquillas en los pies y nunca, nunca preocuparme.»

Finalmente, Lydia aflojó.

—¿Bebiste en el funeral, mamá? Puede que no te acuerdes de que llamaste porque estabas piripi.

—No estaba piripi.

—¿Qué tomaste en la reunión?

—Dos Baileys.

Lydia quiso creerle. Ellen se sonrojaba y mareaba con solo dos copas. De repente tuvo una idea aterradora. Puede que Ellen estuviera dándole a los tranquilizantes.

—Mamá, ¿no habrás empezado a tomar pastillas, verdad?

—Por el amor de Dios, si ni siquiera tomo aspirina.

Cierto. Además, Ellen era una estoica que había soportado treinta años de matrimonio con Auggie Duffy y su radio y sus ambiciosos y desastrosos proyectos. Su sistema nervioso central estaba hecho de puro hierro. Un válium no habría sabido qué hacer con él; se habría tumbado y echado a llorar.

—Ya he tenido suficiente por hoy —dijo Lydia—. La próxima vez que hable contigo trata de no decir locuras.

Colgó y enseguida olvidó el asunto.

Pero volvía a recordarlo, durante breves instantes a lo largo del día, por ejemplo esperando a que un disco en rojo cambiara a verde o mientras un pasajero especialmente pelmazo le soltaba un rollo. «El reloj en el azucarero. La botella de leche en el microondas. Un hueco en su memoria donde debería estar la conversación sobre los zapatos de Antoinette O'Mara.»

¿Qué significaba?

Con cautela, Lydia les preguntó a sus hermanos:

—¿Creéis que mamá está perdiendo la cabeza?

—¿Mamá? ¿Te refieres a Ellen Duffy? ¿Nuestra madre? Tiene la cabeza más clara que el agua y vivirá más que todos nosotros.

Entonces llegó la primera llamada de Flan Ramble.

—¿Quién? ¡Ah, señor Ramble! Sí, sí, usted vive en la calle de mi madre. —A Lydia se le cayó el alma a los pies. Flan Ramble la odiaba, siempre la había odiado, desde que era una niña y se reía del pelo que le crecía en las orejas, por lo que dudaba mucho que estuviera llamando para mantener una agradable charla entre vecinos.

—Hablaré sin rodeos, Lydia. Tu madre salió anoche a dar una vuelta. La encontraron en la calle Mullingar en camisón. La policía la devolvió a casa en su coche patrulla.

—¿Caminaba dormida?

—Es una posibilidad, si no fuera porque estaba despierta.

—¿Caminaba despierta?

—Estaba confusa.

—... Yo... —Era demasiado extraño. Aunque Lydia había estado esperando, en cierto modo, una llamada como aquella, no salía de su asombro. Su madre no era, por lo general, una mujer egoísta que diera problemas.

—Lydia, ¿le da a la botella?

—No.

—Entonces está perdiendo la cabeza.

Pero su madre solo tenía sesenta y cinco años, era demasiado joven para perder la cabeza. Y Lydia era demasiado joven para tener que tratar con semejante problema. A la larga, en un futuro lejano, sabía que su madre podría encogerse y volverse frágil. En las rarísimas ocasiones en que consideraba esa posibilidad la asaltaba la imagen de un asiento abatible para ducha. Tendría que ir un hombre a instalarlo. ¡Pero aún faltaban décadas para eso!

—Si está perdiendo la cabeza —le advirtió Flan Ramble—, no debería conducir ese taxi.

—Nuestra madre es la mujer más competente que he conocido en mi vida.

—Lo era, Murdy, ya no lo es. Es lo que estoy intentando decirte. Las cosas han cambiado. No está bien. Está perdiendo la cabeza.

—Está perfectamente —insistió Murdy.

—Está perfectamente —repitió Ronnie cuando Lydia logró dar con él. Presa de la frustración, llamó a Raymond a Stuttgart, quien dijo:

—Está perfectamente.

—¡Salió a la calle en camisón!

—Como medio pueblo. Era Viernes Santo, la gente bebió mucho. —A renglón seguido adoptó un tono divertido, tipo tengo-una-anécdota-que-contarte—. ¿Te he contado alguna vez cuando me quedé fuera de mi habitación de hotel en mitad de la noche? Pensaba que iba al cuarto de baño pero en realidad salí al pasillo y la puerta se cerró detrás de mí. Una pareja italiana salió en ese momento del ascensor y me vio con la pilila colgando, y la mujer, que estaba como un cañón, va y me dice...

—Calla, por lo que más quieras.

—Lo único que digo —parecía dolido— es que es lo mismo que le pasó a mamá.

—No es lo mismo. Tiene que verla un médico.

—Adelante.

Ellen le suplicó a Lydia que no la llevara al doctor Buddy Scutt, el médico de medicina general de Boyne.

—Le ofenderás y yo tengo que seguir viviendo en este pueblo.

—No le ofenderé.

—Sí lo harás. Eres así. No puedes evitarlo.

—¡Adelante!

El doctor Buddy Scutt recibió a Lydia y Ellen con una cordialidad que a Lydia se le antojó poco profesional. (Ellen y Buddy jugaban en el mismo equipo de *table quiz* de Condemn'd Man.) Buddy acercó su silla y se sentaron formando un pequeño círculo con las rodillas casi tocándose. Demasiado íntimo para el gusto de Lydia.

Carraspeó y trató de crear una atmósfera más sombría.

—Supongo que ya sabe, doctor Scutt, que los agentes tuvieron que acompañar a mi madre a casa en plena noche.

—Iba sonámbula —dijo Ellen—. Buddy, estaba caminando dormida.

Buddy miró a Ellen y asintió con la cabeza, como diciendo: «Sigámosle la corriente a esta jovencita, luego la haré papilla.»

—Hay más cosas. Guarda la leche en el microondas, olvida conversaciones que ha tenido...

—Tú en cambio eres perfecta, ¿verdad?

—No, pero... Oye, mamá, siento mucho todo esto —dijo Lydia—. En serio. —Ignoraba si a Ellen le importaba ser humillada de este modo, pero le sorprendió comprobar que a ella la estaba matando. Emociones desconocidas para ella, como compasión, ternura, amor, le estaban robando el aire—. ¿Podría pedirle un escáner? —Las indagaciones de Lydia en internet lo recomendaban—. ¿Una resonancia magnética?

—¿Para qué? Las resonancias magnéticas cuestan una fortuna y a tu madre no le pasa nada.

—Yo la pagaré.

—No es tan fácil. No puedes ir por ahí encargando resonancias magnéticas como si tal cosa. Hay una cola larguísima. Solo las personas realmente enfermas deberían hacérselas.

—Pero ella está enferma. ¡Lo siento, mamá!

Buddy Scutt meneó la cabeza.

—Tu madre no tiene nada. La conozco de toda la vida.

¿Qué quería decir con eso?

—¿De modo que si a un paciente lo conoce de toda la vida no puede tener cáncer?

—¿Tengo cáncer, Lydia?

—No estoy diciendo eso, mamá. Solo estás un poco... senil.

—¡Tonterías! —le interrumpió Buddy—. Cuando tengo que tomar un tren, ¿a quién llamo? A Ellen Duffy.

—Hablando del taxi —dijo, incómoda, Lydia—, estoy segura de que mi madre no debería conducir.

Esto era lo más difícil que Lydia había dicho en toda su vida. Si Ellen dejaba el taxi, otra persona tendría que encargarse de su manutención. Esa opción abría un mundo nuevo de preocupaciones.

—Mejor se lo preguntamos directamente a ella. Ellen, ¿estás preocupada?

—Qué va —respondió Ellen—. Me estoy haciendo vieja, eso es todo.

Pero Lydia reparó en el pequeño temblor del párpado. Ellen sabía que algo, en algún lugar, no iba del todo bien, pero al igual que el resto —Murdy, Ronnie, Raymond, Buddy— no quería enterarse.

—Ya has oído a tu madre. Tengo una sala de espera llena de gente realmente enferma, no me hagas perder más tiempo.

—Oiga, pídale la resonancia y ya veremos qué pasa.

Buddy miró a Ellen con los ojos en blanco.

—¡Los hijos! ¡Dios nos los trae para ponernos a prueba! Te veré el jueves por la noche, Ellen.

—Por favor —insistió Lydia—. Se lo ruego, pídale una resonancia. No se la harán sin una petición.

—Que no pienso escribir porque a tu madre no le pasa nada. Buenos días.

Lydia se marchó. Un médico con décadas de experiencia aseguraba que su madre estaba bien, pero ella sabía que se equivocaba. El doctor Scutt no podía permitirse decirle a Ellen que estaba perdiendo la cabeza porque temía que lo echaran del equipo de *table quiz*. Desde el fallecimiento de su esposa se sentía muy solo. Las noches de los jueves eran muy importantes para él.

¿Qué más podía hacer Lydia? ¿Esperar a que su madre empeorara y probar de nuevo?

Y como era de esperar, su madre empeoró. Ella, que siempre había sido tan limpia y meticulosa, dejó de limpiar de la noche a la mañana. Lydia llegó una gélida tarde de domingo y encontró hasta el último cacharro, sartén, plato y taza que su madre poseía amontonados en precarias pilas. Flotaba un olor extraño, un olor maloliente. A carne rancia. ¡Dios! Y era imposible razonar con ella. Parecía *La invasión de los ladrones de cuerpos*. Su madre daba la impresión de haber sido sustituida por una mujer completamente diferente. Y Ronnie y Murdy se negaban a echar una mano. Lydia encontraba alucinante que permitieran que su madre viviera en semejante caos. Pero lo peor de todo era que a su madre no le importaba. Ni siquiera se daba cuenta.

A fin de evitar un estallido de peste bubónica, Lydia conducía cada cinco o seis días desde Dublín y limpiaba como una loca.

Sí, como una loca. Ahora entiendo por qué se niega a fregar sus cosas. Lo cual no es justo para Andrei y Jan. Claro que yo no estoy aquí para juzgar. ¿O sí?

Lo siguiente en desaparecer fue la habilidad con los números. Unos días Ellen parecía muy lúcida, otros su comprensión numérica se desmadraba y un billete de cinco euros adquiría el mismo valor que uno de cincuenta. Mal asunto si conducías un taxi y tenías que manejar dinero. Se producían discusiones acaloradas cuando Ellen cobraba de más a sus clientes. Peor era, en opinión de Lydia, cuando daba cambio de cien a quien le había entregado un billete de diez. (A Flan Ramble le hacía una gracia especial este trastorno de Ellen. «Aquella noche habría podido llegar a casa noventa euros más rico si no fuera un tipo honrado. Pero hay muchos en el pueblo invitando a rondas.»)

Ellen dejó de pagar sus facturas. Porque ya no fue capaz de escribir su firma. Porque ya no estaba segura de quién era. («¿Ese es mi nombre, Lydia? Se me hace raro.»)

Lydia agarraba cada nuevo fardo de problemas y lo dejaba a los pies de sus hermanos como un gato con un pájaro muerto, y ellos respondían a cada ofrenda con pretextos varios: que Lydia exageraba; que Ellen estaba menopáusica; que cuidar a los enfermos era cosa de mujeres.

—Deberías instalarte en su casa y cuidarla —dijo Raymond—. Eres la única sin ataduras.

—¡Tampoco las tiene Ronnie!

Pero Ronnie era hombre.

Una rabia corrosiva carcomía a Lydia durante la mayor parte de las horas que pasaba despierta. Tenía veintiséis años, no debería verse asaltada aún por esa clase de preocupaciones. Era la pequeña de la familia, la única chica; sus hermanos deberían mimarla y adorarla. Los muy cabrones.

De vez en cuando, solo por variar, pasaba de sentirse homicida de tanto resentimiento a sentirse aterrorizada. Se preguntaba cuál sería la próxima travesura de Ellen y cuándo se produciría. Lo único que impedía que el miedo no la volviera loca era la certeza de que tarde o temprano pasaría algo realmente gordo que haría reaccionar a los chicos.

Y efectivamente, dos semanas atrás las cortinas de la cocina ardieron y fue un incendio en toda regla: los cristales de las ventanas estallaron por el calor, la pintura del techo se ampolló hasta el punto de que fue necesario pintarlo de nuevo y las paredes estaban completamente negras. De no ser por Flan Ramble, que vio el fuego antes de que se extendiera por toda la casa, quién sabe lo que podría haber ocurrido. Pero Murdy, Ronnie y Raymond (y Ellen, de hecho) insistieron en que no, en que en ningún momento existió el riesgo de que la casa se incendiara, y Lydia comprendió que había llegado el momento de hacerle otra visita a Capullo Scutt.

—Una petición para una resonancia magnética —le explicó Lydia a la recepcionista (Peggy Routhy, nada menos)—. No pienso irme hasta que la redacte. Y se me da bien esperar. A todos los taxistas se nos da bien. En Dublín a veces tengo que esperar once horas para conseguir un pasajero.

Peggy Routhy entró en el santuario y, elevando el tono, le insistió a Buddy Scutt que dejara que Lydia «esperara sentada». Estaba claro que todavía le guardaba rencor por haberle cobrado por el trayecto al hospital estando de parto. Los pueblos, pensó Lydia con desprecio. Aquí no existía el desapego profesional, las relaciones personales lo empañaban todo.

Peggy regresó y le sonrió a Lydia con suficiencia.

—Nada.

Muy bien. Esperaría.

—Hola, señora Tanner —dijo Lydia en voz alta—. ¿Qué le ocurre? ¿Le duele el pecho? ¿Y qué hace viniendo a ver a ese imbécil? No tiene ni idea

de nada. Deberían expulsarlo de la profesión. EXPULSARLO, se lo digo yo. Deje que le cuente lo mal que diagnosticó a mi pobre madre...

Peggy Routhy fue llamada al despacho y tras una ausencia de varios minutos reapareció con un sobre. Se lo tendió a Lydia.

—¿Para la resonancia de mi madre?

—No.

Lydia se levantó de un salto e irrumpió en el despacho de Scutt.

—¡No puedes entrar sin una cita!

Scutt estaba sentado detrás del escritorio.

—¿Qué es esto? —Lydia agitó el sobre.

—He derivado a tu madre a otro médico para una segunda opinión —dijo—. Si él opina que tu madre necesita una resonancia, algo que dudo mucho, puede recomendarla. Yo no voy a hacerlo.

La resonancia se había convertido en una cuestión de principios, comprendió Lydia. Una lucha personal entre ella y Scutt. Él no cedería. No podía. Sería reconocer que se había equivocado.

—¿De quién se trata? Tiene que ser un especialista. —Alguien que supiera sobre pérdida de memoria, confusión... está bien, sobre Alzheimer, mejor reconocerlo de una vez, porque aunque la palabra le producía pavor, sus indagaciones en internet siempre iban a parar a ella—. Un médico que sepa de madres que pierden la cabeza. Y alguien que no conozca a mi madre personalmente. No quiero a un idiota como usted.

—Se llama William Copeland —dijo Buddy en un tono desagradable—. Especialista en neurología. Un hacha con los chiflados.

OceanofPDF.com

Día 37...

Katie giró la página del cuento y siguió leyendo mientras Vivienne suspiraba en la cuna con somnoliento placer.

... y el rey de las hadas le dijo a Killian:

—Has llevado a cabo tu misión con éxito. Tu deseo se cumplirá. Serás omnisciente...

—Ahora partiré —dijo Killian— y enseñaré al mundo entero todo lo que sé.

El rey replicó:

—No tan deprisa.

Katie calló y miró la tapa del libro con recelo. *Mitos celtas*, decía. Algo titulado *El hombre que todo lo sabía*. Era la primera vez que veía ese cuento.

Vivienne se removió en su cuna —¿por qué se había detenido la narración?— y Katie siguió leyendo:

—Solo puedes ser omnisciente como espíritu. Por lo tanto, debes renunciar a tu vida.

Killian se enfadó.

—Me has engañado —dijo—. Y si soy omnisciente, si lo sé todo, ¿cómo es posible que no supiera eso?

El rey de las hadas se compadeció.

—No leíste la letra pequeña. En ningún lado ponía que lo sabrías todo. Ponía que poseerías la capacidad de saberlo todo, pero que tendrías que luchar por ello.

Qué cuento tan raro, pensó Katie, mirando de nuevo la tapa. Era increíble la clase de porquerías que se publicaban. Pero sería mejor que lo terminara. A Vivienne parecía gustarle.

—No deseo renunciar a mi vida —dijo Killian.

—Debes hacerlo. Los seres humanos no pueden saberlo todo —dijo el rey de las hadas—. No podrían soportar una carga tan grande.

—Déjame vivir.

Apenado, el rey dijo:

—No tienes elección, tu vida ya ha sido reclamada. Puedes elegir nacer de nuevo, pero cuando te conviertas en un ser mortal toda tu sabiduría se esfumará. ¿Qué eliges? ¿Sabiduría o Vida?

Killian lo meditó, pero no le costó elegir.

—Vida.

—Puedes decidir dónde quieres nacer. Utiliza todo tu conocimiento para elegir sabiamente.

Eran muchas las personas, a lo largo y ancho de Irlanda, entre las que Killian podía elegir. Visitó el norte, el sur, el este y el oeste, observó a los afortunados, los bellos, los ricos, los inteligentes. Pero su corazón lo condujo hasta un hombre y una mujer buenos y humildes que se amaban profundamente, hasta el punto de que sus almas se habían fundido en una.

—Ese hombre y esa mujer poseen los corazones más puros de la tierra. Han soportado mucho sufrimiento en esta vida, pero yo podría hacerles felices.

—Ve.

Cuando el espíritu de Killian se alojó en el interior de su nueva madre, el rey de las hadas le dio un golpecito en la cabeza.

—Con este golpecito te despojo de tu sabiduría y te impregno de inocencia para que puedas volver a nacer.

Killian sintió un hormigueo. Como una ola borrando las huellas en la arena, se desvaneció lentamente, despejando el camino para que su alma fuera reescrita por una persona completamente nueva.

Y el hombre y la mujer, gente buena y humilde, compañeros tiernos y afectuosos que compartían una sola alma, que habían soportado numerosas penalidades, que habían vivido momentos de temor, soledad y desesperanza, recuperaron la dicha y el amor cuando descubrieron que finalmente habían sido bendecidos con un hijo. FIN

Ya está. Katie pasó algunas páginas, preguntándose si se había saltado algo, pero parecía que no. Qué cuento tan... extraño. Así y todo, Vivienne se había dormido. Su rostro descansaba dulce y sereno bajo la luz rosa de la lámpara. Katie salió de puntillas de la habitación y corrió hasta la cocina, lista para su copa de vino.

—¿El hombre que todo lo sabe? —le dijo a MaryRose—. Qué cuento tan raro.

—No lo conozco. Tiene tantos libros...

—Nada que ver con lo que nos contaban de pequeñas.

—Porque de niñas nos contaban el cuento de la adorable muchacha de pelo largo que era rescatada por un príncipe con un Lexus y un trabajo en el sector de las finanzas.

Katie arrugó la cara y se dejó caer en el sofá.

—Bebe vino. —MaryRose le tendió rápidamente una copa.

—Estoy bebiendo demasiado.

—Bien, bien. Al menos te estás cuidando.

—Lo estaba llevando bien, ¿sabes? —Katie levantó la vista con expresión angustiada—. Superbien. Los primeros días estuve muy tranquila. Estaba tan harta de que me fallara que no me cabía la más mínima duda de estaba haciendo lo correcto. Pero no lo había meditado del todo. Cada mañana, independientemente de en qué parte del mundo se encontrara, le leía el pensamiento del día de mi agenda... y ahora ya no puedo hacerlo.

—Toma mi teléfono. Llámale. Simplemente dile sí.

Katie le había contado a MaryRose lo de la proposición de matrimonio. Se lo había contado a todo el mundo porque quería que la convencieran de que debía aceptar.

—Estaba pedo. Si le hubiera dicho que sí, habría descendido directamente al puesto quinto o sexto de su lista de prioridades. ¿No crees?

—Puede que haya aprendido la lección.

¿Y si no la había aprendido?

—Tarde o temprano habría tenido que volver a pasar por esto. Ya llevo diez días sufriendo. No puedo tirarlos por la borda.

MaryRose intentó colmar la copa de Katie a pesar de que ya rebosaba.

—Tengo que seguir adelante con mi vida. —Katie consiguió esbozar una débil sonrisa—. Si lo piensas bien, tengo una vida estupenda. Tengo amigos, hermanas, trabajo...

—¡Y zapatos! Tienes zapatos preciosos.

—Sí.

—¡Y dulces! No hay nada en la vida que un dulce no pueda solucionar.

—Dulces, sí, dulces.

Pero después de una pausa intranquila, Katie se inclinó hacia delante hasta casi pegar la frente a las rodillas.

—Siempre seré la mujer sin hijos que tiene que leerles cuentos a los hijos de los demás para que se duerman.

—¡Podrías tener un hijo! Si eso es lo que quieres.

—Siento que se me acabaron las oportunidades —le dijo Katie a su regazo—. Es como si estuviera muerta.

—No tienes que estar muerta o sin hijos o en Nantes con esa Hortense. ¡Conall te ha pedido que te cases con él! Ha aprendido la lección, te ama, quiere verdaderamente tener un futuro contigo.

—Pero ¿y si eso no es así, MaryRose? ¿Y si me estoy engañando? Porque creo que me estoy engañando, ¿sabes? ¡Oh, Dios, no sé qué hacer!

OceanofPDF.com

Día 37...

Cena, tele, galletas, más galletas, cama. ¿Es que no se aburrían nunca Matt y Maeve? Con razón necesitaba Maeve jugarse la vida todos los días con la bici; era la única forma de asegurarse algo de emoción.

Estaban tumbados en el sofá viendo un programa sobre casas de veraneo, pero la mente de Maeve estaba en otra parte, pensando, por la razón que fuera, en cuando ella y Matt se prometieron.

Natalie lo había adivinado antes de que lo contaran.

—¡Sí que vais deprisa! —dijo.

—Llevamos cinco meses saliendo.

Indecentemente deprisa, quizá.

—Pero cuando lo sabes, lo sabes, ¿no crees? —dijo Maeve.

—Felicidades. —Nat sonrió—. Lanza el ramo en mi dirección.

—Eres un cielo, Nat —dijo Maeve.

—Al pobre David no le hará ninguna gracia. Todavía tiene la esperanza de que rompáis.

—Dios. —Maeve hundió la cara en las manos—. Estoy pensando en dejar Goliath y buscar trabajo en otro sitio. Es demasiado duro para David vernos a Matt y a mí todos los días.

—La verdad es que todavía no te ha perdonado. —Natalie hizo que casi sonara divertido.

—Lo sé, y el sentimiento de culpa me está matando. —David todavía se negaba a hablar con Maeve y, por supuesto, con Matt, y no parecía interesado en salir con ninguna de las otras chicas.

—Es un problema de ego —dijo Natalie—. No puede creer que una nueva como tú le haya dejado.

—No digas eso. Tiene derecho a sentir lo que siente. Pero quiero llevar el tema del compromiso con la máxima discreción posible. No quiero restregárselo por la cara.

Todo eso cambió, no obstante, cuando Hilary Geary insistió en dar una fiesta de pedida en su casa de Carrickmines.

—¡Sería un pecado no celebrar tan feliz ocasión! —exclamó Hilary—. Recibiremos a los invitados con cócteles de champán —dijo mientras hacía

anotaciones en su agenda—. Y montaremos un bar en el comedor. Tienes que invitar a todos tus compañeros de trabajo. ¡No todos los días la chica más guapa del planeta acepta casarse con tu hijo!

Maeve tenía claro que no era exactamente el tipo de chica que Hilary Geary habría elegido para su hijo (seguramente habría preferido una mujer interesada en la ropa, la manicura y los centros de mesa), pero Hilary nunca dejaba ver sus reservas con respecto a Maeve. Siempre le estaba diciendo lo adorable que era, la maravillosa piel que tenía, la buena pareja que hacía con Matt y lo bonita que estaría vestida de novia.

A Maeve le atraía mucho la idea de una fiesta, pero le preocupaba David.

—No podemos hacerlo —le dijo a Matt—. David se sentiría fatal.

—No tenemos opción —repuso Matt—. Ya no hay quien pare a mamá. Es una excusa para emborracharse. Hablo en serio, la conozco muy bien. La fiesta se hará queramos o no.

En ese caso, ¿debían invitar a David? Maeve no sabía qué hacer.

—Si no lo invitamos se lo tomará como un agravio, pero si lo invitamos parecerá que nos estamos regodeando.

—Oye, invítalo y que sea él quien decida si viene o no —dijo Matt.

—No es tan sencillo, Matt. David está muy disgustado.

—El tema es así, Maeve: él te quería, yo te quería, yo te conseguí. Asunto zanjado. Ya es hora de que cada uno siga adelante con su vida.

—Eres demasiado pragmático.

—Es cierto, soy un animal.

Matt le dio un codazo y Maeve sonrió. Luego, compungida, dijo:

—Matt, ten corazón, piensa en sus sentimientos.

—Ya lo hago. Llevo cinco meses pensando en sus sentimientos. De hecho, ocho, contando los tres meses previos. Es más que suficiente.

—De acuerdo, lo invitaré.

Llegado el día de la fiesta, en vista de que no habían recibido contestación, Matt dijo:

—Supongo que podemos interpretarlo como un no.

Maeve no estaba tan segura. Aún temía que los invitados llegaran a la hermosa casa de Hilary y Walter y encontraran la entrada bloqueada por David y un grupo de simpatizantes portando estacas y animándolos a boicotear el evento.

Pero todo fue como la seda. David no acudió y Maeve no supo si alegrarse o lamentarlo.

OceanofPDF.com

Día 37...

El problema, pensaba Lydia, era que su madre tenía la capacidad de permanecer lúcida durante breves períodos de tiempo. Cuando entró con Ellen en la consulta de William Copeland tuvo que reprimirse las ganas de decir: «Aquí tiene a mi madre, dele la petición para la resonancia y no le molestaremos más.» Pero el neurólogo insistió en «interrogar» a Ellen, que estuvo encantadora. Dijo correctamente el nombre del presidente y luego — y eso fue lo que desesperó a Lydia— fue capaz de hacer operaciones sencillas. La mujer que estaba forrando los bolsillos de medio Boyne porque no era capaz de reconocer un billete de diez podía multiplicar seis por doce. Por si eso fuera poco, se lució en un breve —y sumamente sencillo, señaló nerviosa Lydia— test de inteligencia.

—Todo parece correcto —dijo el doctor Copeland.

—El test era muy sencillo.

—Es estándar.

—Pero mi madre... está muy diferente.

—Póngame un ejemplo.

—Ya no entiende el dinero.

—Acaba de demostrar que sí.

—Solo está siendo educada porque usted es doctor...

—Neurólogo.

—Neurólogo. Cuando salgamos de aquí volverá a hacer cosas de chiflada.

—No me agrada el término chiflada.

—Pirada, entonces. —Como no parecía que el hombre tuviera intención de ablandarse, dijo—: ¿Puede pedirle una resonancia?

—No veo razón para ello.

—Cree que soy su difunta hermana.

—¿Lo cree? —le preguntó a Ellen.

—Lydia es casi idéntica a Sally cuando murió —respondió con calma Ellen—. A veces confundo los nombres.

El doctor Copeland asintió con la cabeza.

—Yo a veces llamo a mi hijo Sophie. Es el nombre de nuestra perra.

—Ha dejado de limpiar su casa —dijo Lydia—. Antes siempre la tenía como una patena.

—Tiene derecho a relajarse un poco. ¿No cree que ya hizo suficiente cuidando de usted y —consultó sus notas— sus hermanos?

Eso era exactamente lo que había dicho Ronnie.

—Pero la casa da asco. Lo siento, mamá, pero es así. No es normal. Me preocupa que haya ratas.

Ellen rió entre dientes.

—He estado en tu piso. Tú y Sissy vivíais en una pocilga.

—Pero yo tengo veintiséis años, mamá. Soy irresponsable. Me da igual la limpieza. Esas cosas solo cambian con la edad. Y —añadió angustiada— ya no vivo con Sissy. Me mudé hace dos meses. Otro detalle que has olvidado.

El doctor Copeland estaba garabateando en su cuaderno. Parecía que estuviera forcejeando con un desagradable dilema. Finalmente levantó la vista y habló.

—Deje que le diga algo, Lydia. A mi consulta llegan hijos adultos preocupados porque a sus padres les ha dado por hacer un viaje a Australia y, cito, «gastarse la herencia». Me dicen que sus padres han perdido el juicio.

Hubo una pausa.

—¡Yo no estoy intentando que encierren a mi madre para poder robarle su dinero! Para empezar, no tiene dinero. Mi madre ni siquiera es propietaria de la casa donde vive.

Copeland la miró fijamente, como si quisiera intimidarla para que confesara su crimen de falsa acusación, y de pronto Lydia recordó lo que todo el mundo sabía sobre los médicos de la cabeza: que estaban pirados, mucho más pirados que sus pacientes.

Después de una larga pausa, el doctor Copeland dijo:

—Lydia, ¿qué quiere para su madre?

—Quiero un nombre. Un nombre para lo que le pasa y que puedan darle pastillas para que se ponga bien.

—¿Y vuelva a limpiar?

—Vuelva a ser la de antes.

OceanofPDF.com

Día 37...

Naomi se equivocaba al decir que Conall nunca había ido de vacaciones con Katie. Habían pasado un fin de semana en Budapest y cuatro días en un hotel fabuloso de Ibiza (que acabaron siendo dos por un retraso en el vuelo), pero el viaje que Katie recordaba con más cariño era el primero. Llevaban saliendo juntos menos de un mes cuando Conall se presentó con dos billetes a Tallin. Todavía estaba intentando resarcirla por el desastre de Glyndebourne.

—He elegido Tallin porque tiene una farmacia de seiscientos años de antigüedad —le explicó—. Y sé que te encantan las farmacias.

Llegaron el viernes por la noche y lo primero que hicieron al día siguiente fue ir a la farmacia. Bueno, en realidad fue la tercera o la cuarta cosa que hicieron, recordó Katie. Se despertaron en la amplia cama de madera tallada, hicieron el amor lenta y sensualmente y, a renglón seguido, desayunaron con champán y fresas porque Conall, por mucho que dijeran de él, que era un fantasma y todo eso, sabía hacer las cosas bien. Finalmente se vistieron y tuvieron una charla con el conserje sobre mapas y direcciones. Bueno, Conall la tuvo. A Katie no le interesaban esas cosas. Pensaba que eran solo para hombres; les encantaban los rotuladores y señalar con una x los lugares clave. Cuando terminaron de hablar, Katie echó a andar hacia la salida y el sol de la mañana cuando Conall tiró de ella hacia las escaleras.

—Concédeme unos minutos de tu tiempo —murmuró con un brillo en los ojos.

Irrumpieron en la suite que acababan de abandonar, la atravesaron a trompicones y cayeron sobre la cama, donde echaron un polvo rápido pero muy sexy.

—Bien. —Conall levantó a Katie de la cama y le ayudó a ponerse el sujetador—. Y ahora, a la farmacia.

Era una farmacia antigua y preciosa, el Taj Majal de las reboticas. Tenía las paredes forradas de pequeños cajones de madera y estantes con tarros de cristal marrón etiquetados con símbolos químicos. La luz, reflejada en los espejos manchados, era tenue y respetuosa. Se trataba, sin

embargo, de una farmacia en funcionamiento que, para deleite de Katie, tenía expuesta una plétora de productos modernos.

—Vamos —dijo Conall—, hazme de guía. —La atrajo hacia sí—. ¿Qué te...? Oye, que no te dé vergüenza.

—Pues claro que me da vergüenza —repuso ella—. Soy la única persona que conozco que curioseas en las farmacias.

—Y yo curioseas en las ferreterías. Nuestro próximo viaje será a la ferretería más grande del mundo. Y los dos curioseamos en las papelerías.

—¿Estás seguro de que quieres hacer esto?

—Lo juro por Dios. Quiero que me enseñes las cosas que te gustan. —Levantó una caja—. ¿Qué es esto?

—Un jabón contra el acné. —Nada especial.

Katie no se entretuvo con los productos para el pelo y la piel. Por muy enérgicamente que Conall asintiera con la cabeza, sospechaba que estaba fingiendo. En cualquier caso, su sección favorita era la de primeros auxilios. Hacían cosas realmente ingeniosas.

—¿Qué es esto? —Conall cogió un cilindro de plástico.

—Oh, Conall. —Katie no pudo reprimir su entusiasmo—. Es un limpiador de heridas. Es brillante. ¿Recuerdas cuando de niño te caías y te hacías un corte en la rodilla y se te metía arenilla y piedrecitas y el daño que te hacía cuando te lo limpiaban con un trapo? Pues eso ya es historia. Ahora solo tienes que rociarte esto. Creo que tiene algo de anestesia local y, naturalmente, es antibacteriano.

Conall leyó las instrucciones.

—Entiendo. Limpia los «cuerpos extraños». O sea...

—... ¡las piedrecitas y la arenilla!

—Caray, me gustaría hacerme una herida para poder probarlo.

Katie lo miró de soslayo y los dos rompieron a reír.

—No te estoy tomando el pelo —exclamó Conall—. Es cierto que lo encuentro interesante. ¿Y esto de aquí qué es?

—Son tiritas líquidas, para esas partes incómodas donde no puedes ponerte una tirita normal. Solo tienes que rociar la zona.

Conall apretó el pitorro y una gota le cayó en el dedo.

—¡Se ha secado al instante! ¡Mira! —Agitó la mano—. ¿Y actúa como una tirita?

—Sella la herida para que no haya infección.

—Entiendo. Es genial.

—Creo que esto es nuevo. —Katie cogió algo que tradujo como gargarismos de equinácea—. A veces ves cosas en el extranjero que no ves en casa. Debe de ser fantástico para el invierno, para cuando notas que te empieza a doler la garganta.

Él insistió en comprárselo.

Katie sabía que Conall no le había pillado el punto a las farmacias, nadie se lo pillaba. Pero había tenido el detalle de intentarlo.

OceanofPDF.com

Día 37...

Cuatrocientos euros costó. Cuatrocientos euros para que prácticamente la acusaran de intentar internar a su madre a fin de poder acceder a su dinero, como si estuvieran en alguna novela del siglo XIX, quizá escrita por una de las Brontë. Lydia no era aficionada a la lectura, de modo que no podía asegurarlo, pero le habían hecho leer algo en el colegio y esto se lo recordaba.

Menudo imbécil ese William Copeland.

Sin embargo, era consciente de que este Irkustkoso trastorno tenía que ver, en parte, con el dinero. Desde el instante en que su madre había empezado a desvariar el miedo se había apoderado de Lydia: el miedo a que su madre cambiara, el miedo a que su madre desapareciera y el miedo a que su madre muriera. Pero si iba más adentro, si descendía hasta el último nivel, descubría que debajo de todos esos miedos estaba, como le había ocurrido toda su vida, el miedo a no tener suficiente dinero. ¿Y si tenían que ingresar a su madre en una residencia? Alguien tendría que pagarla y, a diferencia de otras familias, los Duffy estaban sin blanca.

Su madre no era propietaria de la casa donde vivía. Lydia no tenía dinero, Murdy no tenía dinero, Raymond no tenía dinero. Ronnie se comportaba como si no tuviera dinero si bien era la clase de persona de la que se sabría, después de que la palmara, que poseía millones en propiedades; pero, de todos modos, no era dado a compartir.

Mientras sus hermanos estaban cada vez más convencidos de que no pasaba nada, Lydia se había ido al otro extremo y había empezado a prepararse para una catástrofe. Se había puesto a trabajar de sol a sol, había dejado de comprarse deportivas de marca, se había mudado a un piso más barato y había empezado a jugar a la lotería.

Incluso había visitado un par de residencias de las que, ¡señor!, había huido horrorizada. Llenas de vejestorios. Nunca antes había visto a gente anciana, por lo menos en la vida real, y estos eran muertos vivientes. Tampoco antes había experimentado semejantes olores. Era cierto eso que decían de que las residencias apestaban a pipí. Por Dios. Cuando llegara el momento, no podría meter a su madre en una de esas residencias. Claro que tampoco podía permitírselo. Tanto en una como en otra el astronómico precio había sido la guinda podrida del agusanado pastel.

—Sube al coche, mamá.

—No.

—Sube, es hora de ir a casa.

Ellen forcejeó.

—¡Suéltame de una vez, Sally!

—¿De modo que has decidido estar loca otra vez? ¡Eh! —gritó Lydia a la segunda planta del edificio que acababan de abandonar—. Eh, listillo Copeland, mi madre vuelve a estar chiflada. Baje y hágale ahora el test de inteligencia.

—¡Chis, Sally, chis! ¡Deja de gritar!

—¡No me llamo Sally! ¡Soy Lydia, tu hija!

Ellen tenía los ojos abiertos como platos y los labios le temblaban. Parecía una niña a la que acababan de regañar y Lydia, asaltada por el sentimiento de culpa, casi se puso de rodillas.

—Lo siento, mamá, lo siento mucho. No puedes evitarlo, sé que no puedes evitarlo.

—Yo también lo siento mucho.

Llorando, se dieron un abrazo.

—No te enfades conmigo —farfulló Ellen con la boca pegada al hombro de Lydia.

—No estoy enfadada. Lo siento, mamá, lo siento mucho.

—Eres mi niña, Sally, mi mascota, haría cualquier cosa por ti.

Lydia miraba la carretera sin verla, demasiado abatida para importarle cómo conducía.

Había tenido que pelear mucho para conseguir aquella cita, convencida de que un médico de verdad vería lo que ella veía, de que recomendaría a su madre para un escáner, de que eso que le pasaba en el cerebro resultaría evidente y la curarían.

¿Qué podía hacer ahora? ¿Presentarse de nuevo en el despacho de Buddy Scutt y pedir otra solicitud? Seguro que ese viejo imbécil se negaba a dársela; como mucho la derivaría a otro de sus colegas, el cual le soltaría el mismo rollo. ¿Qué podías hacer cuando los médicos no podían, o no querían, ver que alguien estaba enfermo, o perdiendo la cabeza o como

quieras llamarlo? Tal vez debería intentar que su madre viera a otro médico, alguien que no fuera un viejo amigo, un médico al que no le preocuparan las consecuencias de dar un diagnóstico desagradable. No le resultaría fácil. A su madre le horrorizaba ofender a los del pueblo cambiando de proveedor; todavía iba al mismo carnicero que le había vendido un kilo de jamón rancio para la fiesta de confirmación de Murdy veinticinco años atrás.

Pero no pensaría en eso ahora, se dijo. Pensaría en otra cosa, en algo agradable. Pero su cabeza no podía parar. Le lanzaba panoramas cada vez más desoladores. ¿Y si la situación empeoraba? ¿Y si llegaba un día en que su madre ya no podía estar sola? La mayoría de los viejos vecinos, con excepción de Flan Ramble, habían muerto. Casi todas las casas de su calle habían sido vendidas a ejecutivos jóvenes que se pasaban todo el día fuera, trabajando en Dublín, y no tenían el más mínimo interés en cuidar de una mujer senil.

¿Y por qué debería depender su madre de la buena voluntad de sus vecinos cuando tenía cuatro hijos? Pero seguro que los chicos se negaban a hacer turnos, y ella no podía obligarles. Podía obligar a la mayoría de la gente a hacer casi cualquier cosa, pero sus hermanos estaban hechos de la misma pasta que ella.

No paraban de decirle que se instalara de nuevo en Boyne si tan preocupada estaba. Pero ella prefería Dublín; allí podía ganar más dinero... Además, no quería vivir otra vez en Boyne. Por decirlo de una manera suave. De hecho, se volvería loca. Sería como enterrarla viva. En menos de un mes acabaría tan chiflada como su madre.

Dios, cómo añoraba a la persona que había sido antes de tener que vivir con esta enorme preocupación. Antes era una chica enérgica, dura e inmune al dolor, para la que todo era posible porque no le tenía miedo a nada. Ahora se sentía vulnerable y llena de heridas.

Era demasiado joven para esto. Su madre no iba a ponerse bien pero nadie estaba dispuesto a compartir esa carga con ella, y una chica egoísta e irresponsable de veintiséis años no debería tener que soportar ese amor, ese dolor, ese miedo, esa soledad.

El móvil le pitó dos veces en el regazo y se le erizó la piel. «¡Gilbert!» Pero era un mensaje de texto de Poppy. ¡Basta! ¡Se acabó! Habían pasado ocho días y ocho días eran más que suficientes. Gilbert no iba a llamarla; ella no iba a llamarlo. Se acabó eso de estar todo el rato mirando el móvil.

Se acabó eso de alimentar esperanzas. Y aunque se le pusiera de rodillas como muestra de arrepentimiento, no volvería con él.

Detuvo el coche en la cuneta.

—¿Qué ocurre, Sally? —Ellen la miró desconcertada.

Lydia borró con vehemencia el número de Gilbert. ¡Ya está! Aunque se emborrachara no podría llamarle. Durante un delicado instante temió ponerse a llorar otra vez —el asunto de su madre le estaba afectando profundamente—, pero apoyó la cabeza en el respaldo hasta que el picor de las lágrimas pasó.

Luego dirigió la mirada a Boyne y se sumó de nuevo al tráfico.

OceanofPDF.com

Día 37...

Matt y Maeve se vistieron para acostarse y llegó el momento de anotar las Tres Bendiciones del día. Matt estaba muy inspirado últimamente. Hoy, como llevaba haciendo muchas noches, se limitó a escribir:

Un misterioso trozo de hielo no se ha estrellado contra mi coche.

Un misterioso trozo de hielo no se ha estrellado contra mi casa.

Un misterioso trozo de hielo no se ha estrellado contra mi esposa.

Tardó diez segundos en escribirlo; así, pim pam pum, sin agobios, sin comidas de coco. Maeve ni siquiera se molestaba ya en leerlo. Lanzó la libreta hacia el otro lado de la cama y regresó a su revista.

Mucho después de que Matt hubiera terminado Maeve seguía devanándose los sesos mientras garabateaba cordilleras en su libreta con su bolígrafo dorado. Había cosas buenas, había bendiciones.

Finalmente escribió: «Primera bendición de hoy: Matt no me ha dejado.»

Después de otra larga pausa, escribió: «Segunda bendición de hoy: yo no he dejado a Matt.»

¿La tercera bendición? No se le ocurría nada. Cerró la libreta para contemplar la tapa, el cuadro de Chagall. Lo único que mantenía a la mujer conectada a la tierra era el hombre, pero la sujeción de sus dedos parecía endeble. Le sería tan fácil soltarla, y si lo hacía ella saldría disparada hacia el cielo, donde se perdería para siempre.

Volvió a abrir la libreta. ¿La tercera bendición de hoy? «Vamos, tercera bendición», pensó. Finalmente, y con actitud de derrota, escribió: «No he tenido ningún ataque de pánico.» Cerró bruscamente la libreta y apagó la luz.

Solo un detalle que creo debería mencionar porque me parece de lo más curioso: cuando Maeve se ducha por la mañana, lleva puesto el bañador, como si estuviera en Gran Hermano.

OceanofPDF.com

Día 36

En camino, distráelos

Katie llegaba tarde al trabajo. Bajó trotando las escaleras mientras intentaba escribirle un mensaje a Danno. De repente, probablemente porque tenía el móvil en la mano, la asaltaron los pensamientos que llevaban tres días ocupando un espacio cada vez mayor en su mente. «Conall ha aprendido la lección, te quiere, es cierto que desea un futuro contigo.» Había sido demasiado dura al insistir en que tenía que llevar encima un anillo. Fue un acto espontáneo, Conall había actuado llevado por una emoción irresistible. Y siempre llegaba a la misma conclusión: él le había propuesto matrimonio. Y le había dicho que la quería...

Estaba alcanzando el límite de su resistencia. ¿Qué sentido tenía seguir torturándose?

Telefonaría a Conall para tener una conversación con él, a ver qué salía de eso, y... ¡Un momento! ¡Conocía esa furgoneta! La que estaba estacionada delante de su casa y que había dado por supuesto que ya no volvería a ver. Era Cesar, el repartidor de la floristería.

«Oh, Conall.»

Cesar bajó del vehículo.

—Buenos días, Katie.

Conall le había enviado tantos ramos en los últimos diez meses que ella y Cesar ya se conocían.

Rodeó la furgoneta para abrir la puerta de atrás y Katie lo siguió. Sentía el corazón cada vez más ligero. El sol asomaba al fin tras los nubarrones.

Cesar buscó en el interior del vehículo y Katie se inclinó hacia delante, tratando de ver. Se preguntó qué tamaño tendría el ramo. El tamaño le indicaría cuán serias eran las intenciones de Conall.

Con un crujido de celofán, Cesar extrajo un ramo gigantesco. Pero era un ramo extraño, compuesto de extrañas flores punzantes, afiladas, casi agresivas. ¿Eso que asomaba en el centro era un... un cactus? Conall solía enviarle lirios —orientales, tigres, de agua— elegantes y fragantes. ¿Por qué le enviaba esas cosas feas y con pinchos?

Algo recelosa, alargó los brazos para aceptar el ramo pero Cesar estaba consultando su tablilla.

—¿Has cambiado de piso?

—No.

—Pues este ramo es para el tercero.

—Debe de ser un error. Yo vivo en el cuarto.

—Pues es para el tercero. Lo pone aquí. —Le enseñó la hoja.

—Tiene que ser un error, Cesar. Lo siento, pero llego tarde al trabajo.

—Y más tarde que iba llegar ahora que tenía que subir las flores, así que si Cesar era tan amable de entregárselas...

Tuvo una ocurrencia.

—A menos que no sean de Conall.

—Son del señor Hathaway, sí.

—Entonces son para mí.

—Espera. —Cesar sacó su móvil—. Lo consultaré con las chicas.

Tras una breve conversación, cerró el móvil con un golpe seco.

—Es para la taxista que vive debajo de Katie Richmond.

—Oh. —A Katie no se le ocurrió otra cosa que decir, de modo que repitió—: Oh.

Se había quedado sin oxígeno. ¿Qué pretendía Conall? ¿De qué conocía a Lydia? ¿Cómo sabía que conducía un taxi?

—Yo... esto... tengo que... —Cesar le indicó que necesitaba llegar al portal a fin de entregarle las flores a la persona indicada. Parecía incómodo. No se atrevía a mirarla directamente a los ojos—. Eh... buena suerte, Katie, que tengas un buen día.

—Sí, claro, esto, tú también, Cesar.

OceanofPDF.com

Día 36...

Lydia entró en casa con todos los sentidos en guardia, buscando la presencia de Andrei. O, mejor dicho, confiando en no encontrarla. «Ojalá no estés, miserable polaco, ojalá estés en clase o en casa de tu repulsiva novia o de juerga, en cualquier sitio menos aquí.»

Introdujo la cabeza en la sala y ahí estaba. Mierda. La primera vez que lo veía desde... Desde nada. Desde eso que no había ocurrido.

—¿Dónde está Jan?

—Trabajando.

—¿Cuándo volverá?

—Después de las diez.

—¿Sales esta noche? —A lo mejor salía con Rosie.

—No.

«Minsk.»

—Rosie vendrá aquí —añadió Andrei.

¡Maldita sea! Rosie era lo peor de lo peor. Cada vez que Lydia estaba con ella —lo que, por fortuna, no ocurría a menudo— sentía un impulso irrefrenable de gritar que Rosie era una farsante, que se las daba de virtuosa pero en realidad era fría y calculadora y probablemente tenía un plan para dominar el mundo. A Lydia no le importaba que alguien fuera frío y calculador. Sé todo lo frío y calculador que quieras, pero no lo escondas; y si tienes un plan para dominar el mundo, por lo menos ten la decencia de vivir en una guarida subterránea y llevar un traje blanco y acariciar un gato blanco y orondo en lugar de ir por la vida hablando de flores, conejitos de peluche y demás cursiladas. Lo único que le impedía clavarle un tenedor en el ojo era que Rosie detestaba a Lydia en igual medida y no hacía el más mínimo esfuerzo por ocultarlo, y Lydia respetaba eso porque por una vez Rosie no fingía.

—Andrei, ¿cuánto falta para que te vayas de vacaciones?

—Cuatro semanas, seis días y dieciséis horas.

Más de lo que creía. Mucho más. Mierda.

—Por cierto, te cogí prestada la bolsa —dijo Lydia—. La de fin de semana.

—Ya —dijo él—. ¿Adónde fuiste? ¿A ver a tu madre?

Ella asintió secamente.

—¿Triste? —preguntó Andrei.

«A la mierda con tu "triste", destructor de amores. Gilbert todavía sería mi novio si no fuera por ti.»

Estaba dispuesta a aceptar su responsabilidad por haber provocado su ruptura con Gilbert, pero, bien mirado, estaba claro que toda la culpa era de Andrei.

Entró en la cocina y se detuvo en seco. Regresó como una bala a la sala.

—¿Qué hacen todos esos ramos de flores en la cocina? Apenas hay sitio para pasar.

—Son para ti.

—Ja, ja.

—Es cierto. Son para ti.

—¿En serio? —Lydia había supuesto que Andrei las había comprado para la cursi de Rosie—. ¿Quién las manda? —De pronto tuvo una ocurrencia aterradora—. ¿No habrás sido tú?

—Ja, ja, qué chiste tan gracioso. —No estaba mal, el sarcasmo de Andrei.

Lydia regresó a la cocina y observó los ramos con desconcierto e irritación. Había cuatro, y los cuatro eran monumentales. Uno en el fregadero, uno tumbado sobre el escurrer platos y dos muy tiesos sobre sendas sillas, como si estuvieran preparándose para cenar. Enseguida supo que no eran de Gilbert. No era esa clase de hombre, y menos mal que se había acostado con otras chicas, porque este gesto tan ñoño le habría producido un enorme rechazo.

¿Qué debía hacer con ellas? ¿Qué utilidad tenían las flores? Unos bombones podía entenderlo, pero las flores eran la cosa más inútil del mundo. ¿No recibió Poppy un ramo cuando dejó su último trabajo? Lydia tenía un recuerdo ebrio de todas ellas intentando esnifar el polvo vigorizante, pero no notaron nada. Lo que ella decía: un puto trasto.

Giró sobre sus talones y regresó a la sala.

—¿Quién las ha enviado?

—Hombre en furgoneta.

—Ya, pero ¿quién las ha enviado?

Andrei se encogió de hombros.

—Abre sobre. Hay sobre con cada colección.

—Se dice «ramo».

Lydia se acercó despacio al ramo que descansaba en el fregadero. En medio del follaje, en lo alto de una varilla, había un sobre blanco. Cuando fue a cogerlo notó un pinchazo.

—¡Ay!

¿Qué eran esas hojas verdes? ¿Ortigas? ¡Lo eran, las muy cabronas! De hecho, todas las plantas —porque no podía llamarlas realmente flores dado que en su mayoría eran cardos y espinos— pinchaban y eran agresivas y parecían peligrosas. Estaban unidas por un lazo muy mono, pero hecho de alambre de espino. Desgarró el sobre y escrito en una pequeña tarjeta encontró:

Vi estas flores y pensé en ti

Tanto le sorprendió que se echó a reír. Pero no estaba firmada, de modo que introdujo la mano en otro ramo, esta vez en el que yacía sobre el escurreplatos. Unos capullos grandes, de color carne, apretujados y de aspecto siniestro, como si en cualquier momento pudieran abrir sus fauces y atacarla ferozmente con sus dientes de sierra. Horribles. Sacó la tarjeta a toda prisa, antes de que adquirieran vida y le arrancaran la mano.

... y estas...

¡Por el amor de Dios!

Rodeó uno de los ramos que descansaban en las sillas. Unas cosas naranjas y puntiagudas, largas y afiladas como navajas, que emanaban una energía maligna.

... y estas...

El último ramo era otra cosa. Tenía flores de verdad, redondas y alegres, formando manojos de vivos colores —amarillos, rojos, rosas como el dibujo de un niño.

... y estas. Conall Hathaway. Llámame.

¿Quién? ¡Ah, sí! Don Wellington Road. El viejo ricachón. Estaba tan cansada cuando lo llevó en taxi que guardaba un recuerdo borroso. Pero

recordaba que le había pedido salir.

—¿Salir salir? —había preguntado ella, patitiesa.

—Sí. Una cita.

Luego él le preguntó si le gustaban las papelerías. Y las farmacias. Un tío de lo más raro. No creía haber estado en una papelería en toda su vida.

—No, gracias —respondió.

—¿Por qué no?

«¿Por qué no?» Se volvió para mirarlo.

—No eres mi tipo. —Luego añadió—: Por decirlo de una manera suave.

—Estoy fatal —dijo él en un tono seductor.

Perpleja, ella le preguntó:

—¿Desde cuándo eso es algo bueno?

—Me han dicho que gusta a las chicas. Por lo menos a las jóvenes.

—Oye, paga y baja del coche.

—Soy difícil de conquistar.

—¡Y una mierda! ¡Te me estás ofreciendo en bandeja! No he conocido un tío más fácil.

—Solo al principio, para hacer rodar la cosa, pero dentro de un mes no sabrás a qué atenerte conmigo. ¿Cuánto te debo?

—Ocho euros con cuarenta. Te lo dejo en ocho si te bajas ya.

Le tendió un billete de diez.

—Quédate...

—... ¿El cambio? No gracias. Aquí tienes tus dos euros. Baja, por favor. He de ir a ver a mi madre. —Lydia miró su reloj—. Pero primero necesito dormir unas horas.

—Una de mis novias, justo la anterior a Katie, se pasó sesenta y siete horas aparcada delante de mi casa cuando rompí con ella.

—Nunca saldría con alguien como tú. Eres demasiado viejo. Eres demasiado... Me moriría de aburrimiento contigo... Oye, sé que lo estás pasando mal por la sexy institutriz, pero seguro que vuelve, las de su clase siempre vuelven.

—Soy Conall Hathaway y me gustas. Confío en volver a tener noticias tuyas.

—Vete al carajo, acosador. Supongo que querrás un recibo. Los de tu clase siempre lo quieren.

—¿Quién envía flores? —preguntó Andrei.

—Un pirado.

Andrei esbozó una sonrisita.

—¿Qué? —preguntó Lydia.

—No he dicho nada.

—Ya, pero estabas pensando que un hombre tendría que estar pirado para enviarme flores.

—No he dicho nada —repitió Andrei con cara de inocente.

Lydia lo fulminó con la mirada pero no respondió.

OceanofPDF.com

Día 36...

Fionn estaba fuera, con la puerta azul del portal abierta, haciendo ver que contemplaba las estrellas cuando en realidad estaba intentando vislumbrar a Maeve a través de la rendija de las cortinas de su sala de estar. No obstante, solo alcanzaba a ver a Matt, que estaba en el suelo comiendo con parsimonia una caja de... Fionn no podía asegurarlo, estaba demasiado lejos, pero parecía de galletas de grosella. Tal vez no fuera grosella sino moras, o puede que incluso arándanos, pero decididamente era un bollo rectangular con una mermelada de color morado.

—¿Qué haces, hijo? —Dos policías que pasaban por delante en ese momento interrumpieron su escrutinio.

—Mirar las estrellas frente a mi morada.

—Las estrellas están en esa dirección. —El más grande de los agentes señaló el cielo y solo cuando Fionn levantó la vista prosiguieron su ronda.

Fionn se quedó mirando el crepúsculo azul a la espera de que los tipos desaparecieran, molesto por cada segundo que no tenía vigilada a Maeve. Además, era prácticamente imposible ver las estrellas en esa ciudad repleta de luces artificiales que eclipsaban las maravillas de la naturaleza. «Echando un pulso con la naturaleza.» Le gustaba esa expresión. Se preguntó si Grainne le dejaría usarla. Quién sabe, puede que sí. Aunque puede que no. Grainne era un hueso duro... Algo lo instó a volver la cabeza. A través de la tenue luz divisó una criatura femenina que caminaba por la calle Star, hacia él. De repente el aire se llenó de estrellas y cometas, de colores y espirales. Fionn había vuelto a enamorarse.

Como alguien que había descubierto una nueva habilidad, como hacer crepes o montar en monociclo, Fionn estaba encantado de seguir probando. Pese a haberse prendado locamente de esta nueva y deliciosa mujer, fue lo bastante considerado para acordarse de Maeve, y sabía que siempre pensaría en ella, su primer amor, con ternura. Pero, inopinadamente, Maeve se le antojaba salvaje y desaliñada —«¿cómo podían gustarle esos pantalones de pana holgados?»— y la clase de mujer de la que se enamoraría un jovencito sin experiencia en el amor. Esta nueva emoción era diferente, infinitamente más sofisticada, porque Fionn era más maduro ahora, más hombre.

Clavó su mirada de enamorado en la falda cadenciosa, la estrecha cintura, la susurrante coleta. Le asaltó una expresión que ni siquiera sabía que conocía: «toda conjuntada». Zapatos, cinturón, bolso. Blusa bordada. Era una chica recatada, como de otros tiempos, de principios de los ochenta quizá. Fionn tuvo la certeza de que sabría coser un botón a una camisa. Se la imaginó deslizándose un trozo de hilo por su carnoso labio inferior y partiéndolo hábilmente con sus blancos diente-cillos.

Caminó hasta la acera para impedir que siguiera avanzando por la calle Star. Nada podía detenerlo.

—Hola —dijo.

Ella se detuvo. ¡Se detuvo!

—Hola.

Fionn estaba lo bastante cerca para ver la cadena con una delicada cruz de oro que colgaba de su cuello blanco y esbelto.

—Estoy contemplando las estrellas —dijo.

—Todos tenemos nuestras aficiones.

—¿Ves esa de ahí? —Señaló un punto de luz intensa—. Es el planeta Venus. En realidad no es una estrella.

—¿En serio? Parece enteramente una estrella, solo que más brillante.

—La estrella más brillante del cielo. La llaman el planeta del amor. —
¿Estaba yendo demasiado rápido?—. Soy Fionn Purdue.

—Encantada de conocerle, señor Purdue.

¡Qué recato, qué dulzura!

—Fionn, Fionn, Fionn. ¿Y cómo te llamas tú?

—Rosemary Draper.

—Rosemary —murmuró Fionn. Señor, qué nombre tan bello. Rose, Rose, Rose. Mary. Mary. Mary.

—Mis amigos me llaman Rosie.

—¿Puedo yo?

—¿Eres mi amigo?

¡Estaba coqueteando! La señorita que parecía una mosquita muerta estaba coqueteando.

—Me gustaría serlo.

—Oh, ya basta, hombrecito descarado —espetó, pero con una sonrisa. Una sonrisa remilgada, algo fría, pero una sonrisa al fin y al cabo.

Fionn ya sabía muchas cosas de ella. Su casa estaría siempre bonita y ordenada, sería mucho más acogedora que las casas idénticas de sus

vecinos; haría verdaderos malabarismos con el dinero; sería una cocinera fantástica que prepararía platos succulentos con carne barata; serían los únicos de la calle que irían de vacaciones al extranjero; conservaría la silueta incluso después de incontables embarazos y siempre aparecería monísima con faldas y blusas que confeccionaría ella misma con su máquina de coser. Fionn no estaba seguro de por qué se imaginaba viviendo con ella en la década de los cincuenta, pero así era.

—¿Cómo te ganas el pan, Rosemary? —Tenía planeado soltarle que en breve sería una estrella de la pequeña pantalla.

—Soy enfermera.

¡Enfermera! Rosemary le parecía demasiado... en fin, demasiado repipi para ser enfermera. Las enfermeras que Fionn conocía eran criaturas campechanas y estentóreas que durante el día atendían con gran compasión a enfermos y moribundos y por la noche bebían grandes cantidades de alcohol y bailaban en Copperface Jacks con vigilantes y bomberos.

—Ahora, si me disculpas...

Rosemary —¿debería llamarla Rosie?— hizo ademán de rodearlo. Parecía dirigirse al portal.

—¿Vienes a esta casa? ¿Vives también aquí? ¡Yo vivo en el primer piso! —¿Qué tenía esta casa que estaba llena de bellas mujeres? ¡Sirenas! ¡Criaturas tentadoras! Entonces cayó en la cuenta de que la única razón de que se hubiera detenido a hablar con él era que estaba intentando entrar en el edificio, y su alegría se disipó ligeramente.

—Vengo a ver a mi novio, Andrei Palweski.

—¿Tienes novio? —Qué golpe inesperado.

—Tengo novio.

Pero claro, ¿cómo no iba a tener novio? Pero no importaba. Ya se encargaría de poner fin a eso.

—¿En qué hospital trabajas? —dijo mientras ella subía los escalones.

Sus pantorrillas —lo único que podía ver de ella— dudaron. Luego las mágicas palabras flotaron hasta sus oídos.

—En el St. Vincent's. —Y las piernas continuaron su ascenso.

OceanofPDF.com

Día 36...

—No tengo comida y estoy hambrienta —dijo Lydia—. ¿Te importa que te coja un poco de tu extraño pan polaco?

—Adelante, pero está viejo.

—Rancio. ¿Puedo cogerte un poco de tu extraño queso polaco?

—Claro.

Metió un trozo de queso polaco entre dos rebanadas de pan rancio y se dejó caer en el sofá. Era increíble las cosas que sabían bien cuando tenías hambre. En la tele daban un programa sobre una casa con espíritus que era exorcizada. Se dejó envolver por él, demasiado cansada para preguntar si podían ver algo soportable.

Miró a Andrei con el rabillo del ojo, solo para comprobar si estaba dando señas de largarse a su cuarto. Como si pudiera sentir sus ojos, Andrei la miró a su vez e intercambiaron un instante de clara y profunda antipatía mutua. Luego uno de ellos, probablemente Andrei, pensó Lydia después, hizo un pequeño movimiento y todo se tornó borroso. Los dos giraron ligeramente el cuerpo hacia el otro y un segundo después se estaban abalanzando el uno sobre el otro, besándose y arrancándose la ropa, atrapados en un arrebató de deseo.

Fue como la primera vez, con la diferencia de que ahora Lydia gozaba del placer de la expectativa. Sabía la fabulosa experiencia que le esperaba. Sabía cómo sentiría la piel de él —caliente y fría, suave y áspera— contra su piel. Sabía que le apretaría las caderas contra la cama con sus musculosos bíceps. Sabía que ella se arquearía hacia arriba para recibirlo. Sabía que él se movería, duro como una piedra, dentro de ella, suave y rápido como un pistón. Sabía que ella lo rodearía con sus piernas y se correría una y otra vez.

Para ella era una completa revelación descubrir que podía tener acceso a tanto placer en su propia casa. En su propio cuerpo. La espalda de él bajo las palmas de sus manos, la resistencia de los músculos cuando le apretaba las nalgas con los talones. Si pudiera pasarse el resto de su vida haciendo esto, atrapada en este momento, con la boca de Andrei en su boca, con su cuerpo entrando y saliendo de ella, no le importaría vivir eternamente.

No tenía nada que ver con Gilbert. Gilbert era lento. Si la expresión no le produjera arcadas se atrevería a decir que le hacía el amor. Con Andrei no

había refinamiento, era salvaje e intenso, el volumen de cada terminación nerviosa subido al máximo, un trayecto en la montaña rusa, una breve y emocionante explosión de descontrol.

¿Frecuencias cardíacas en sintonía? Es un estallido de lujuria tan salvaje, una cacofonía de latidos tan frenética, tan ensordecedora, que es imposible saberlo.

En teoría, Andrei y Lydia no parecen la combinación perfecta, pero a veces hay que permanecer abierto, ¿o no?

OceanofPDF.com

Día 36...

Rosie dio unos suaves golpecitos a la puerta del tercero, retrocedió, se alisó la falda y plantó una dulce sonrisa en su cara.

Los segundos pasaron y la puerta seguía cerrada, y se sorprendió. Se irritó, de hecho. Obligarla a llamar de nuevo era... en fin, era una falta de respeto. Mientras volvía a llamar, un personaje gélido empezó a suplantarla, un personaje que Andrei tendría que esforzarse mucho en derretir.

Pero, por increíble que pareciera, nadie abrió. Qué inesperado. Había quedado con Andrei en que iría a las ocho y media y ahí estaba ahora, a las nueve menos diez.

¿Iba a tener que llamar de nuevo? ¿Por tercera vez? ¿En serio?

Consideró la posibilidad de girar sobre sus talones y bajar airadamente las escaleras. Llevaba la falda idónea para eso. Pero de nada serviría bajar airadamente si no había un hombre compungido mirándola.

Llamó de nuevo, esta vez con evidente enojo, el suficiente para hacerse daño en los nudillos, pero los segundos pasaron y la puerta permaneció impasible. Esto era del todo inaceptable. Rosie Draper no era la clase de chica a la que podías dejar plantada delante de una puerta.

No era un desaire deliberado, Andrei se moría por sus huesitos. Algo había pasado con el trabajo o la furgoneta o ese cretino de Jan, que había desbaratado sus planes. Así y todo, si Andrei no era capaz de organizar su vida como era debido para poder cumplir con sus obligaciones para con ella, tendría que pagarlo caro.

Ya estaba planeando cómo castigarlo. Podía echarse a llorar, eso lo destrozaría. U optar por la frialdad. «Explícame —le diría con aterradora *froideur*—, ¿por qué no se me hizo llegar un aviso sobre el cambio de planes?»

Tomara la vía que tomase, dejaría bien claro que semejante desprecio había añadido varias semanas al período de resistencia antes de acostarse con él, si se acostaba. Andrei la deseaba desesperadamente, y apretar un poco más las tuercas sería divertido...

Señor, seguía delante de la puerta y seguían sin abrirle. Al parecer era cierto que Andrei no estaba en casa. Podía telefonearle, pero no lo haría. ¿Ella, Rosemary Draper, haciendo llamadas, tratando de dar con el paradero de un hombre? ¡Ni hablar!

Oyó a ese monumento de Fionn entrar en el piso de abajo y decir:
—He vuelto. —Luego unos ladridos frenéticos y gritos—. ¡Calla, chucho chiflado!

Por lo visto Fionn ya había tenido su dosis de estrellas.

Un bombón, sin duda, uno de los hombres más guapos que había visto en su vida. Bastante engreído, por eso.

Pero le había pedido el número de teléfono y Andrei tenía ahora una mancha en su hoja de servicios. Además, Rosie creía firmemente en las redes de protección, en los planes B y las medidas de emergencia.

Introdujo la mano en el bolso y sacó una libretita de hojas amarillas decoradas con ranúnculos. Con el bolígrafo amarillo a juego escribió:

Querido Andrei:

He llamado a tu puerta como acordamos pero no estabas. No puedo entender qué te he hecho para que me humilles de este modo.

Pensó en añadir: «Siempre me he esforzado por tratarte bien», pero temió que pudiera rayar en la exageración. Menos es más. A veces.

Arrancó la hoja y la metió por debajo de la puerta. Bajó a la siguiente planta y sacó de nuevo su libreta. Con letra pulcra, anotó su nombre y su número del trabajo, tiró cuidadosamente de la hoja, la dobló despacio y la deslizó suavemente por debajo de la puerta de Fionn.

OceanofPDF.com

Día 36...

Estaban abrazados, la cabeza de Lydia sobre el torso desnudo de Andrei, los dedos de él enredados en los rizos de ella.

—No lo entiendo —dijo pensativamente Andrei—. Con lo mal que me caes.

—Mmm, y con lo que yo te odio.

—Tienes muy malos modales.

—Y tú no tienes sentido del humor.

—Entonces, ¿puedes explicarme por qué ha ocurrido?

—Ni zorra.

—¿Qué?

Lydia suspiró.

—Probablemente porque tu novia es una virgen profesional y este piso es demasiado pequeño.

El hechizo empezaba a romperse.

Lydia se levantó, recogió su ropa de los cuatro rincones del cuarto y se detuvo en la puerta, negándose a taparse. Que mire. Para ser justos, él tampoco se había tapado. Estaba tumbado en la cama, el edredón en el suelo, con un brazo detrás de la cabeza y exhibiendo al completo su musculoso cuerpo.

—Nunca más —dijo—. ¿Me oyes? Si esto se repite me largo. Me larrrgo —recalcó Lydia—. Tendrás que buscarte otro compañero de piso y recuerda lo mucho que te costó la última vez. Tendrás que poner un anuncio en Midget Times.

Andrei se encogió de hombros.

—Estoy de acuerdo, nunca más.

OceanofPDF.com

Día 34

Katie introdujo la cabeza en la sala de estar.

—Hola, papá.

Reanimado por su visión, Robert Richmond retiró el periódico que tenía en el regazo y lo dejó sobre la alfombra de la chimenea.

—¿Cómo está Miss Havisham?

—¿Te refieres... a mí?

—Ah, Katie, Katie, ¿qué te pasa? Se presenta en mitad de la noche claramente borracho, pone una rodilla en el suelo, ¿y crees que va en serio?

Katie se maldijo en silencio por haber contado lo de la visita de Conall en plena noche. ¡En especial a la condenada Naomi! Pese a asegurar que la odiaba, Naomi se lo había contado todo a su madre. En casa de los Richmond no existían lugares privados donde lamerse las heridas.

—No me creí que fuera en serio. —Katie se esforzó por mantener la voz serena—. De hecho, no acepté.

—Tengo entendido que le ha echado el ojo a una jovencita —continuó Robert, casi con regocijo—. Naomi dijo que le envió flores y que tú estás muy disgustada.

De una manera extraña, enfermiza, la crueldad de su padre era una forma de preocupación. Robert y Penny Richmond se habían esforzado por inculcar a sus hijos un rígido sistema de valores: los delirios de grandeza solo podían acabar en lágrimas; el orgullo desmedido siempre era castigado. La clave de la felicidad estaba en tener pocas expectativas.

Penny llegó disparada desde la cocina luciendo un delantal de los Simpson. Era evidente que había estado escuchando.

—Nunca debiste acercarte a él.

—¿Por qué no?

La madre de Katie estiró el cuello diez veces su longitud normal y retrocedió horrorizada.

—¿Me estás levantando la voz?

Robert, que nunca desperdiciaba una oportunidad para ofenderse, se incorporó ligeramente.

—¿Le has levantado la voz a tu madre? ¿En su propia casa? ¿Mientras te está preparando la comida del domingo?

Siguió un tenso pulso. Katie oyó a Naomi preguntar desde la cocina:

—¿Qué ocurre?

Nita, de nueve años, respondió:

—Creo que tía Katie le ha levantado la voz a la abuela.

A renglón seguido, la voz de Ralph dijo:

—Jesús, Naomi, qué familia. ¿Dónde está el vino?

Penny fulminó a Katie con la mirada. Los labios le temblaban. Todavía tenía el cuello anormalmente estirado y el mentón pegado al pecho, por lo que parecía una oca ofendida.

—¿Por qué no debí acercarme a él? —Katie se dio cuenta de que le temblaba la voz. Luego respondió a su propia pregunta—: Porque no soy lo bastante buena.

—No sé qué mosca te ha picado. —Penny miró fijamente a Katie.

—No le hagas caso, cariño —le dijo Robert a su esposa—. Vuelve a la cocina y sigue con la comida.

La lluvia martilleaba las ventanas y el único ruido durante la comida fue el tintineo de platos y cubiertos. Penny Richmond mantuvo su actitud de mártir durante más de una hora y hasta los hijos de Naomi, Nita y Percy, guardaban silencio, afectados por la tóxica atmósfera. La única botella de vino desapareció en cuestión de segundos y cuando Katie se dio cuenta de que no había más, lágrimas quedas empezaron a rodar por sus mejillas, aterrizando en el plato.

—¿Por qué lloras, tía Katie? —preguntó Nita.

—Porque ya no queda vino.

Nita le dio unas palmaditas en la rodilla.

En cuanto la mortificante comida terminó, Naomi se la llevó al jardín.

—Te dije que no se lo contaras —protestó Katie.

Naomi puso cara contrita, pero las dos sabían que cuando Penny Richmond intuía que algo pasaba, no había nadie capaz de resistir a su interrogatorio.

—Podrías poner fin a lo de esa taxista con una sola llamada —dijo Naomi.

—¿Y por qué debería hacer eso? —¿Qué conseguiría? En el fondo de su corazón, Katie sabía que nunca debería haberse tomado en serio la proposición de matrimonio de Conall hecha a las cinco de la madrugada.

Había intentado convencerse de que iba en serio. Había manipulado a sus amigos para que la convencieran de que iba en serio. Sin embargo...

—¿Por qué ha tenido que elegir a alguien de mi edificio?

Naomi se pasó la lengua por los dientes y entornó los ojos.

—Es un vicioso cabrón. —Le tendió un cigarrillo encendido.

—Es torpe, simplemente. Pero la cosa se ha liado demasiado. Al principio fue un corte limpio, directo, pero ahora la herida se ha infectado.

—Tú y tus analogías médicas. Entonces lo que necesitas es un calmante para el dolor. —Naomi volvió a pasarle el cigarrillo—. Cógelo, ¿quieres? Lo he encendido para ti.

—Con lo inteligente que es para unas cosas, sorprende que sea tan estúpido para otras... ¿Quieres parar con eso? No fumo.

—Hoy sí.

Katie aceptó el cigarrillo. Era todo el afecto que podías esperar de los Richmond.

—Que mamá no nos vea —dijo Naomi.

—Tienes cuarenta y dos años. —Katie dio una calada. Mala idea. Si antes ya se sentía mareada, ahora estaba segura de que iba a vomitar—. ¿Qué edad has de tener para que tu madre te deje fumar?

Se sentaron en las sillas mojadas del jardín y escucharon las gotas de lluvia que caían de las ramas.

—Malditas comidas de los domingos —dijo, deprimida, Naomi.

—Una puta tortura.

—¿Cómo se las arregla Charlie para escaquearse?

Katie hizo una pausa, temiendo que el secreto de Charlie pudiera escapar de su boca. Luego siguió hablando.

—Su instinto de supervivencia es más fuerte que el nuestro. Sabe que mamá le hará sentirse como una mierda, de modo que evita darle esa oportunidad.

—Ajá.

—La odio —dijo de repente Katie—. Los odio a los dos. ¿Por qué no hemos podido tener unos padres que nos dijeran lo fantásticas que somos?

—Nosotros los elegimos.

—¿Qué?

—Estoy leyendo un libro de Louise L. Hay. Bueno, en realidad es tuyo. Me lo llevé de tu estantería la noche de tu cumpleaños. Dice que nosotros elegimos todo lo que nos sucede en la vida. Incluidos nuestros padres.

- ¿Nosotros elegimos a nuestros padres? ¿Antes de nacer?
- En realidad, antes de ser concebidos.
- Pero ¿cómo podríamos hacer eso? Es una... gilipollez.
- Lo sé. Esos libros son una porquería. Solo cuento lo que dicen.

OceanofPDF.com

Día 33

El teléfono de Maeve sonó.

—Departamento de Reservas de Emerald Hotels, le habla Maeve Geary. ¿En qué puedo ayudarle? —Tenía que soltar toda la parrafada cada vez que descolgaba. A veces le controlaban las llamadas y podían ponerse desagradables si descubrían que intentaba abreviar la presentación.

—Maeve, soy Jenna.

—Ah, hola, Jenna. —¿Qué hacía la prometida del hermano de Matt llamándola? Jenna le caía bien pero no podía decirse que fueran amigas. Seguro que estaba relacionado con su despedida de soltera, pensó Maeve. ¡Porras!

—Perdona que te llame al trabajo.

—No importa —dijo Maeve con cautela.

—Quería hablar contigo sobre un asunto algo... delicado.

—Adelante. —¡No!

—Tu luna de miel...

—¿Mi luna de miel?

—Creo recordar que Hilary y Walter os la pagaron.

—Así es. Fue su regalo de bodas.

—Como en nuestro caso. Ellos la pagarán.

—¿Adónde?

—A Antigua.

—Ah, sí, ahora lo recuerdo.

—El problema, Maeve, es que insisten en pagarnos clase preferente y no sabemos si deberíamos aceptar, nos parece... no sé, un poco exagerado. Pero si a ti y a Matt os pagaron clase preferente, entonces nosotros también deberíamos aceptar.

Maeve soltó una risita.

—Lo siento, Jenna, nosotros volamos en clase turista. Pero acepta los vuelos en clase preferente, por lo que más quieras. ¿Por qué no si os los han ofrecido?

—Ya, pero... —Jenna estaba desesperada por hacer lo correcto.

—A Matt y a mí no nos importará, si eso es lo que te preocupa.

—De acuerdo. Hablaré con Alex y lo meditaremos. Y gracias.

—No hay de qué. Hasta pronto.

Maeve colgó y durante unos instantes sintió que una luz brillante y cristalina la inundaba. Hacía mucho tiempo que no pensaba en su luna de miel, en las dos semanas más maravillosas de su vida. Catorce sibaritas días con sus noches en un hotel malasio rodeado de exuberante vegetación, con todo incluido, aire acondicionado y cubitos de hielo Evian, personal atento y cabañas privadas de madera oscura y tejado de paja. Nada que ver con las vacaciones que Maeve había hecho antes de conocer a Matt, cuando se salía de los circuitos convencionales, hacía autoestop con los lugareños, comía en los puestecillos de la calle y pillaba diarrea, el distintivo del auténtico viajero.

Cuando llegaron al hotel (que parecía todo él intrincadamente tallado en teca), experimentó cierto sentimiento de culpa, pero le duró el tiempo que tardó en limpiarse la frente, sucia por el viaje, con una servilleta deliciosamente helada con olor a limón que le tendió un hombre sonriente con un traje bordado. Se había acostumbrado a una vida de lujo con sorprendente rapidez.

Qué bello era todo: la triunfante luz amarilla del amanecer, los vivos e intensos colores de las exóticas flores, el agua azul y cristalina, los destellos plateados del sol. Ella y Matt pasaban los días estirados en tumbonas indecentemente cómodas, recibiendo masajes, llamando al servicio de habitaciones, durmiendo y nadando y, sobre todo, practicando sexo. Cada tarde, mientras Maeve se mecía suavemente en la hamaca a la sombra de sus árboles privados comiendo rodajas de mango y tarareando alegremente, Matt le leía en voz alta su nuevo libro de James Bond, algo que normalmente no le habría interesado pero que gracias a los acentos, voces y música que ponía Matt, la tenía cautivada.

Cada noche después de cenar, regresaban a su adorable casita, donde una encantadora persona invisible había encendido docenas de velas y dibujado un corazón con pétalos de rosa en su gigantesca cama.

Maravilloso.

OceanofPDF.com

Día 33...

—¿De modo que todo ese tiempo estuviste dentro? —preguntó Rosie —. ¿En tu piso? ¿Mientras yo me pasaba horas llamando?

—No llamaste a timbre. Timbre se oye. Tus golpecitos con tus manitas no se oyen.

Andrei estaba consternado. Se había olvidado por completo de su querida Rosie; la fuerza de Lydia había anulado su capacidad para pensar.

¡Cuando encontró la fragante nota amarilla en el recibidor...! La vergüenza lo atravesó como un cuchillo, horadándole la carne hasta alcanzar el hueso.

Rosie tardó varios días en dignarse hablar con él e incluso entonces lo hizo en quedos susurros.

—Es evidente que no significo nada para ti, Andrei. Habría preferido que me lo hubieras dicho. Pero quiero que seas feliz. Espero que encuentres a una buena chica que te cuide tanto como yo.

Andrei había tenido que lanzar una ofensiva de arrepentimiento en forma de incontables mensajes de texto y llamadas telefónicas. En Polonia había tenido dos o tres novias como Rosie y conocía el precio exacto a pagar por esa clase de tropiezos. Flores, por supuesto. Pero solo podían ser rosas y solo podían ser rojas y tenían que ser doce. Ni una más ni una menos. Una docena de rosas rojas, cualquier alteración de la fórmula podría empeorar la situación. Luego una joya. Pero no era el momento adecuado para una sortija de compromiso, porque la chica se echaría a llorar y diría: «Siempre que piense en el día que nos comprometimos me acordaré de cuando tuve que esperar frente a tu puerta como una... como una...». Su discurso se volvería incoherente y al final se vería interrumpido por un torrente de lágrimas.

Un colgante para su pulsera de colgantes, un corazoncito de oro y rubíes, sería lo más adecuado. Por último, la promesa de un fin de semana fuera de la ciudad, donde no se dejaría a nadie esperando en ningún rellano.

Andrei sabía que Rosie estaba explotando ligeramente la situación, pero estaba dispuesto a seguirle la corriente. Las reglas eran las reglas, y la compensación necesaria.

Pero, ¡ay, Señor! Si Rosie supiera lo que había estado haciendo mientras esperaba a tan solo unos metros de él. Andrei tenía momentos en

que la cabeza le daba vueltas y rompía a sudar como un condenado mientras recordaba su traición, o mejor dicho traiciones. Podía estar conduciendo la furgoneta, o desmontando un ordenador, cuando de repente lo asaltaba una oleada de pánico y le entraban ganas de arrodillarse y pedir perdón.

Rosie le gustaba. Pensaba que hasta era posible que la quisiera. Entonces, ¿qué demonios estaba haciendo con Lydia?

OceanofPDF.com

Día 32

(muy temprano por la mañana)

Parecían todas iguales, esas elegantes casas georgianas. Lydia estacionó delante del número once y encendió su móvil. No quería bajar del coche para llamar a la puerta porque chispeaba y tenía que pensar en su pelo. «Taxi para Eilish Hessard.» Dejó un mensaje en el teléfono de contacto. «Estoy esperando fuera.»

Con los años había descubierto que no existía un patrón lógico de adónde podían llevarla las fuerzas que gobernaban los taxis. A lo mejor no había estado jamás en una calle dada y de pronto se descubría acudiendo a ella cinco veces en una semana...

... Así pues, que ahora se encontrara recogiendo a una pasajera en Wellington Road podía ser una mera coincidencia.

Aunque lo dudaba. Sobre todo después de las malditas flores. Por lo tanto, apenas se sorprendió cuando la puerta del copiloto se abrió y el viejo ricachón, se llamara como se llamase, se sentó a su lado.

—¡Buenos días, Lydia!

—Fuera. Este coche es para Eilish Hessard.

—Mi ayudante. Un subterfugio. Te he contratado yo. ¿Recibiste las flores?

—¿Cómo has dado conmigo?

—Pensaba que por lo menos me llamarías para darme las gracias.

—No te las pedí. Debería existir una ley que prohibiera enviar cosas que la gente no quiere recibir. ¿Cómo has conseguido contratarme?

—Ha sido muy fácil. Por suerte, no hay muchas chicas taxistas. Eilish ha llamado a todas las compañías de taxis.

—¿Le has pedido a tu ayudante que llamara?

—Porque es mujer. He pensado que a tus directores no les haría mucha gracia ponerte con un hombre.

No eran tan nobles como para eso, pensó Lydia.

—Eilish ha dicho que la habías llevado antes y que le gustabas. Al tipo le ha costado creerlo pero... Tiene gracia, ¿verdad?

—Me parto de risa. ¿Adónde?

—A ningún lado. Pensaba que podríamos quedarnos aquí y charlar. ¿Por qué no entras y desayunamos?

—¿Serás caradura! Tengo que ganarme la vida. No soy tu... juguete.

—Te pagaré.

—No quiero que me pagues. —Lydia sintió un escalofrío—. Todo esto es repulsivo. Me están entrando ganas de vomitar. Baja, por favor.

Él la miró estupefacto.

—Creo que lo he hecho fatal —farfulló—. ¿Cómo puedo arreglarlo?

—Bajándote del coche y olvidándote de mí. Si lo haces, no te denunciaré.

—Dame una oportunidad.

—Baja, te lo ruego.

—¿Cuándo es tu próximo día libre? ¿Qué te gustaría hacer? Di lo que quieras, lo que sea, y lo haré contigo.

—Muy bien. Me gustaría que me llevaras a Boyne, en el condado de Meath, me ayudaras a limpiar una cocina mugrienta, le siguieras la corriente a mi madre, que está un poco pirada, visitaras conmigo una residencia de ancianos y amenazaras a uno de mis hermanos. No me importa cuál. Tengo tres, así que puedes elegir.

—¿No preferirías algo más...? Podríamos ir en coche a Powerscourt y comer en...

—No empieces a negociar. Es mi día libre y eso es lo que voy a hacer.

—¿Cuándo?

—Mañana.

—¿Mañana? Mañana he de trabajar.

—Pues trabaja. Me trae absolutamente sin cuidado.

Lydia subió desanimada las escaleras de su piso. Gracias al chalado de Conall Hathaway había ingresado treinta euros menos esa noche. No había podido aceptar su dinero, no le parecía honesto. Cuando finalmente consiguió sacarlo del coche ya no le quedaba energía para buscar otro pasajero. Eran las siete y media de la mañana y solo le apetecía regresar a su casa. Se daría una ducha para sacudirse del cuerpo el trabajo de esa noche, decidió, y se iría directamente a la cama. Cuando despertara iría al supermercado y compraría comida decente, cosas frescas con vitaminas y enzimas; se acabaron el chocolate y las patatas fritas. Tal vez entonces dejaría de sentirse exhausta todo el tiempo.

Entró en el piso y mientras cerraba la puerta oyó un ruido. Era el sonido de la puerta del cuarto de Jan y Andrei. Andrei apareció en el pasillo con el torso desnudo y un pantalón de chándal, como si hubiera estado esperándola. Lydia avanzó sin pensar y él la tomó en sus brazos y le bajó la cremallera de la chaqueta en silencio y ella le dejó. Se entregó agradecida a su cuerpo duro, a su olor, a sus caricias seguras y firmes. De repente todo el cansancio había desaparecido y se estaba arrancando la ropa y empujando a Andrei hacia el cuarto de este, y cuando tropezó con un muro de resistencia se dio cuenta de que Andrei la estaba dirigiendo hacia su cuarto. Jan. Se había olvidado por completo de él.

—¿Jan está en casa? —preguntó.

—Durmiendo. No debemos hacer ruido —le susurró Andrei.

Pero eso era imposible. Mientras él le cubría el cuerpo de besos Lydia no podía evitar que se le escaparan pequeños gemidos. Cuando entró en ella, Andrei emitió largos y fuertes gruñidos y cuando ella se corrió le tapó la boca con la mano y Lydia lo miró fijamente, con los ojos fuera de las órbitas, mientras los ojos azules de Andrei ardían en los suyos y su cuerpo estallaba en círculos de placer cada vez mayores.

—¿Qué hay del Pobre Infeliz? —preguntó Andrei, acunándola en sus brazos—. ¿Todavía...?

—No.

—¿Se lo contaste? ¿Esto?

—Sí. —Lydia notó que Andrei se ponía tenso—. ¿Te preocupa que una panda de nigerianos venga a darte una paliza?

—No.

—¿Y Rosie? —Su instinto, como siempre, le pedía añadir alguna coletilla insultante como «Rosie, la última virgen de Irlanda», pero pensó que estaría de más. «Después de todo, me estoy acostando con su novio. No puedo insultarla más de lo que ya lo hago.»

—No pronuncies su nombre.

Andrei se estaba levantando de la cama y vistiendo. Salió de la habitación y Lydia se alegró porque ahora podría dormir.

OceanofPDF.com

Día 32...

Matt entró en la oficina y Salvatore dijo:

—No sabía que te hubieran dado la mañana libre.

—Ja, ja.

Vale, eran las once y cuarto. Vale, llegaba tarde. Pero Maeve había tenido otro ataque de pánico, el segundo en menos de una semana, y había tardado mucho en calmarla y convencerla de que ya podían ir a trabajar. Parecía un regreso a los malos tiempos, y todo por culpa de Fionn Purdue.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó Salvatore.

—Una emergencia.

—¡Qué emocionante! ¿Qué clase de emergencia?

Matt se quedó mirándolo detenidamente. Salvatore siempre había ido de listillo, pero esto se pasaba de la raya.

—Una emergencia personal —respondió lentamente—. Y ya estoy aquí.

Y no podía decirse que anduviera agobiado de trabajo. Él y su equipo mantenían una entrada continua de dinero vendiendo actualizaciones a las empresas que ya tenían Edios —proeza nada desdeñable dado el clima económico actual—, pero había pocas perspectivas prometedoras en el horizonte. Lo que necesitaban en realidad era pillar un pez gordo, persuadir a una empresa, a ser posible un conglomerado gigante, de que se pasara al software de Edios. Por sorprendente que pareciera, el Bank of British Columbia no había movido ficha. No había acordado comprar pero tampoco se había retirado de las negociaciones, por lo que estaban en un punto muerto, empantanados en el fango de su hermetismo. Era una muestra más de los tiempos que corrían, pensó Matt —la gente tenía miedo de gastar dinero—, pero ese estancamiento estaba minando la moral de todos los miembros del equipo.

Se preguntó si estaba consiguiendo que su equipo dejara de creer en él. Las burlas de Salvatore le habían afectado. Aunque, bien mirado, probablemente debería considerarse afortunado por seguir teniendo un equipo.

«Bien mirado, probablemente debería considerarse afortunado por seguir teniendo un empleo», dijo una voz siniestra en su cabeza.

Apartó rápidamente ese disparate de su mente y se concentró en sus correos. Nada interesante, salvo un correo de su hermano Alex. Asunto: ¡ESTA NOCHE!

Matt, Alex y Russ, el segundo padrino, debían reunirse después del trabajo para concretar los detalles sobre la semana en Las Vegas.

18:30 The Duke. ¡No vuelvas a fallar! Alex.

Matt disparó una respuesta desenfadada:

Allí estaré. Llegaré pronto. Estaré esperando con las cervezas.

Seguro. No con Maeve estando como estaba. Por un momento sintió que su vida lo estrangulaba —Maeve, el trabajo, el estancamiento general—, ahogando toda esperanza... De pronto se le ocurrió una gran idea. ¡Tenía la solución!

Recuperados el vigor y la fe, estaba impaciente por poner manos a la obra. ¿Cuándo podría escaparse? ¿A qué hora podría anunciar que salía a comer? A las doce, sí. Faltaban menos de cuarenta minutos.

—Gracias por pasarte —dijo Salvatore cuando se iba, pero nada podía desinflar el optimismo de Matt.

Un nuevo hogar, había decidido Matt. ¡He ahí la solución! Comenzar de cero en un lugar nuevo resolvería los problemas. Se detuvo unos instantes frente a la inmobiliaria para mirar las fotos en tanto se preguntaba qué forma adquiriría su nueva vida con Maeve. Luego entró con paso firme, decidido a hacer que ocurriera.

La chica sentada a la mesa —Philippa— levantó la vista con expectación al oírlo entrar. Luego Matt advirtió que algo detrás de sus ojos se apagaba ligeramente.

—¿Puedo ayudarle? —La chica logró esbozar una sonrisa profesional.

—Eh... sí. Me gustaría cambiar de casa.

—Siéntese. ¿Ha estado antes aquí?

—Eh... sí.

—Matt, ¿verdad?

—Matt Geary.

—Sí, lo recuerdo. Lo que significa que tenemos un fichero con sus datos. ¿Cuál es su dirección?

—66 de la calle Star, planta...

—Planta baja, sí. Empiezo a hacer memoria. —Philippa se puso a teclear—. La última vez que estuvo aquí fue en marzo.

¿En serio? Matt tenía la sensación de que hacía mucho más.

—El año pasado por esta época fuimos a su casa —dijo Philippa— y la tasamos. Pero tal como está el mercado actual, es probable que la cifra haya bajado significativamente.

Matt tragó saliva.

—¿Cuánto?

—Hace poco vendimos un piso parecido al suyo, una planta baja con patio trasero, céntrica, por... —Tecleó un poco más y mencionó una suma tan baja que Matt se asustó. Más baja aún que la última vez que estuvo allí. O sea, si Philippa no se equivocaba, hacía solo tres meses.

—¿Está buscando otra casa con un precio similar? —preguntó Philippa—. ¿No le ha tocado la lotería o algo parecido?

Matt negó con la cabeza.

—¿Y cuál es su idea? ¿Un piso con una distribución parecida a la de su piso actual? ¿Un piso en otro barrio? Hay algunas ofertas muy buenas en una magnífica comunidad vallada en City West. Alto nivel. Los apartamentos son espectaculares y hay gimnasio, sauna, jacuzzi, una sala de yoga subterránea...

—¿En cada apartamento?

—Oh, no. Todo comunitario.

—Ya. Bueno, yo estaba pensando en una casa, un lugar con intimidad donde no te encuentres con otra gente en el vestíbulo.

—Con su capital no encontrará una casa tan cerca del centro.

—Ya. Bueno, muéstreme lo que tiene.

—Solo por curiosidad —dijo Philippa—, ¿qué ocurrió la última vez?

—A mi esposa no le gustaron las propiedades que elegí.

—Entiendo. A ver si esta vez podemos encontrar algo de su agrado.

OceanofPDF.com

Día 32...

Lydia no reconoció el número de teléfono pero contestó de todos modos, qué demonios. Vive un poco.

—Soy Conall Hathaway.

—Por el amor de... ¿Cómo has conseguido mi número?

—Me has telefoneado esta mañana para decirme que estabas delante de mi casa.

¡Su pelo! ¡Su delicado y maldito pelo! Debería haber bajado del coche y llamado a la puerta.

—He decidido aceptar tu invitación.

—¿Qué invitación?

—La de mañana. Me tomaré el día libre y lo pasaremos juntos. Cogemos el coche e iremos a... ¿qué has dicho? ¿A limpiar? ¿A ver a tu madre?

—Solo lo he dicho porque sabía que no te molaría.

—Pues sí me mola.

—No quiero que vengas.

—¿A qué hora te recojo?

—A ninguna. No vas a venir. Hazte a la idea. Ve a trabajar, gana otro millón de euros.

—Iré.

Sonaba firme y convincente y Lydia se alegró de haber conocido a otros de su clase en el pasado. Había llevado a unos cuantos en el taxi a lo largo de los años. Hombres —porque casi siempre eran hombres— seguros de sí mismos, empeñados en una idea y sin el más mínimo interés por lo que los demás pudieran desear. Querían lo que querían e iban a por ello sin importarles el caos que pudieran generar. Había una expresión que utilizaban los tipos del ejército cuando intentaban justificar la muerte de un montón de civiles. «Daño colateral», era. Sí, a los Conall Hathaway de este mundo les traían sin cuidado los daños colaterales que causaban.

—Calcula salir a eso de las diez —estaba diciendo—. No conviene salir antes por el tráfico, pero si salimos más tarde se nos habrá ido la mitad del día.

Si se lo estuviera haciendo a otra tal vez le habría funcionado, pero con ella no iba a funcionarle.

—Entonces, ¿nos vemos a las diez?

—Nos vemos a las diez —repitió Lydia con sarcasmo.
Saldría a las nueve.

OceanofPDF.com

Día 32...

Camino de casa, Matt pasó por delante de la mujer que le había acusado de asesino unas semanas antes. El recuerdo lo llenó de bilis, la cual solo hizo que aumentar cuando recordó que hoy no había hecho su Acto Amable del día. Joder. Entre lo tarde que había salido de casa esa mañana y lo mucho que Philippa, la agente inmobiliaria, tenía para ofrecerle, lo había olvidado por completo. Pero la idea de tener que ser amable con un extraño tropezó con una gran resistencia. No podía hacerlo. Imposible. Le mentiría a Maeve, pensó, y se sintió tan cómodo con la idea que se asustó. No, le diría la verdad y simplemente le pediría un día libre. Entonces se le ocurrió una idea aún mejor: ¿No había sido un AA ir a ver a Philippa? Al encontrar un posible nuevo hogar para Maeve, había hecho un AA para ella. Y para él, en realidad. Pero ese concepto era tan nuevo que lo pasó por alto. Sí, un Acto Amable para Maeve. Y al no haber salido esa noche con Alex había hecho otro AA para Maeve. Hablando de Alex...

En cuanto aparcó —en un sorprendente golpe de suerte, justo delante del 66 de la calle Star— le envió un mensaje rápido a Alex.

Emergencia trabajo. No puedo ir. Proceded sin mí.

Hecho esto, entró corriendo en el edificio, como si así pudiera escapar del sentimiento de culpa.

Maeve estaba en el sofá viendo *South Park*.

—Mira esto. —Matt volcó un montón de lustrosos folletos en su regazo.

—¿Otra vez? —preguntó ella.

—Hace siglos que no miramos y creo que... aquí no estamos bien. Demasiada gente entrando y saliendo. Estaríamos mejor en una casa. Échales un vistazo y mantén la mente abierta, es lo único que te pido.

Maeve asintió.

—De acuerdo, la mente abierta. —Miró la primera casa, vio la dirección y exclamó—: Ostras, Matt, ni hablar.

—¿Por qué no?

—Está a menos de cinco minutos en coche de la casa de tus padres. Los tendríamos todo el día metidos en casa. Bueno, por lo menos a Hilary. —Había muchas posibilidades de que Walter nunca los visitara—. Sé que es tu madre, Matt, y un encanto, pero nunca podríamos quitárnosla de encima. La tendríamos sentada a la mesa de nuestra cocina bebiendo vino y diciendo chorradas hasta el día del juicio final.

—No le daríamos vino.

—Se traería su propia botella.

—Vale. —Matt soltó un largo suspiro—. Descartada entonces. ¡Siguiente!

Un cubículo de dos plantas de protección oficial en Shankill.

—¿Shankill? —Maeve miró angustiada a Matt—. ¿Desde cuándo somos gente de Shankill?

—Pensaba que sería agradable, es una comunidad...

—En una zona residencial de las afueras. Nadie te oiría gritar.

—Vale, olvídala. —Estaba claro que Maeve ya había tomado una decisión—. Mira la de Drumcondra. Está lejos de mis padres, no está en las afueras, es perfecta.

Maeve observó la foto y Matt observó a Maeve.

Finalmente, ella dijo:

—Doce.

—¿Doce qué? —Pero Matt ya lo sabía.

—Cinco en la planta baja, seis en el primer piso y una claraboya en el ático. Ventanas. Ni hablar. ¿Qué más tienes? —Maeve pasó al cuarto y último folleto—. ¡Caray, Matt! ¿Una comunidad vallada? —Leyó las características—. ¿Verjas codificadas, puertas codificadas, jacuzzi comunitario?

—Ya sé que no es para nosotros. En realidad no quería coger el folleto pero la chica insistió.

—Y piensa en la gente, Matt. ¿Te imaginas el tipo de gente que querría vivir en un lugar así? —Profesionales impersonales obsesionados con la comida tailandesa, que actuaban como si la salsa de pescado acabara de inventarse—. Estarían todo el día en el trabajo.

El complejo de torres acristaladas sería como una ciudad fantasma.

—En este edificio hay mucho movimiento... —dijo Maeve, y Matt comprendió su punto de vista.

De repente, vivir en una planta baja de la calle Star le pareció más seguro, incluso con ese repulsivo Fionn merodeando, porque por lo menos siempre había gente cerca.

Maeve reunió los folletos y se los tendió.

—A la basura.

OceanofPDF.com

Día 31

Conall Hathaway tuvo que dar cuatro vueltas a la manzana antes de encontrar un hueco donde aparcar con una buena vista del portal número 66 de la calle Star. Apagó el motor y sacó, agradecido, su BlackBerry. La luz roja parpadeaba. Qué bien. Correos nuevos.

Siete en total y ninguno de interés, pero, así y todo, las comunicaciones eran como el oxígeno para él; llamadas urgentes, textos enigmáticos, correos detallados. No podía pasar mucho tiempo sin consultarlos si no quería morir.

Se bebió su café y buscó una emisora de radio y vigiló la puerta azul y se removi6 en su asiento y miró su BlackBerry y rezó para que la luz roja volviera a parpadear. Estaba tenso. No podía recordar cuándo había sido la última vez que había llamado a Eilish y pronunciado las palabras «Hoy no iré a trabajar». Se había ausentado de su despacho muchas, muchas veces, pero únicamente porque estaba sentado a otra mesa en otra empresa, adquiriéndola. O asistiendo a fiestas de empresa, días enteros remojados en champán en Mónaco o Ascot, pero esto último lo hacía para mantener el contacto con esas figuras en la sombra de los mercados financieros que sabían si una empresa iba a quebrar mucho antes que la propia compañía. Seguía siendo trabajo.

Nunca había llamado a Eilish para decirle que no iba a ir a trabajar porque... en fin, porque simplemente no iba a ir a trabajar. No se sentía bien con ello, no le parecía correcto, pero tenía que hacerlo.

Se había encariñado con Katie, se había encariñado mucho, la verdad, y que lo dejara lo había pillado completamente desprevenido. El hecho de que una mujer terminara con él suponía una mutación radical en su historial romántico. Hacía mucho, mucho tiempo que no le ocurría algo así, puede que nunca le hubiera ocurrido, y le había afectado profundamente. No hasta el fondo, eso no; el fondo estaba sellado con titanio. Pero casi.

Peor que el hecho de que Katie lo hubiera dejado era que se resistiera a ser reconquistada. Le había ofrecido el premio máximo —el matrimonio— y ella lo había rechazado. Pero en lugar de perder el tiempo lamentándolo, se había preguntado qué podía aprender. Eso siempre funcionaba cuando las cosas se torcían en su trabajo. Había elaborado su propia fórmula. «Las tres Aes y la S»:

Analizar la situación.

Admitir dónde se ha perdido el control.

Adaptarse a la siguiente dinámica con una actitud nueva, más adecuada.

Seguir adelante con su vida.

Le habría gustado que fuera un eslogan con más gancho. Las cuatro Aes habría sido ideal. Las tres primeras eran perfectas, pero no podía encontrar una A que reflejara el último punto.

Con Katie había Analizado la situación y no le daba miedo reconocer que se había equivocado —por eso era tan bueno en su trabajo— y en su opinión era lo bastante hombre para Admitir que él tenía la culpa de que le hubiera dejado.

Había llegado el momento de Adaptarse: tendría que ser más flexible en cuanto a su dedicación al trabajo. Adaptarse para sobrevivir. No creía en el destino pero sí creía en maximizar las oportunidades, de modo que cuando Lydia apareció y le retó a tomarse libre un día laborable, aceptó el reto. Haz la prueba, a ver si el mundo se acaba; y si se acababa, siempre tendría su BlackBerry.

Incluso la ropa que vestía ese día la había escogido pensando en su supervivencia. Lydia le había dicho que era «demasiado viejo», de manera que se había hecho llevar a casa unos tejanos modernos de Brown Thomas que —tras una larga deliberación— conjuntó con una camiseta de los Clash porque los Clash eran atemporales. ¿O no?

Hablando de los Clash, se puso los cascos y escuchó media estrofa de «Rock the Casbah» antes de cansarse y cambiar a Johnny Cash. Cantó «Walk the Line» mientras contemplaba el portal 66 y observaba irritado la aldaba con forma de plátano. Nunca le había gustado. Ahora que él y Katie habían terminado no tendría que volver a verla. A menos, claro está, que las cosas funcionaran con Lydia...

No podía explicar por qué, pero se sentía sumamente atraído por ella. Su belleza no era lo primero en lo que reparabas porque siempre estaba enfadada, pero en realidad era una muñeca. Le gustaba su carita angulosa y su mirada de desdén. Le gustaba verla detrás del volante de su taxi, pequeña y furiosa. Le gustaba su «¡Gdansk!» y su «¡Larrrgo!». Era una chica excepcional.

Y tenía la edad idónea. Katie había dado en el clavo: una veinteañera era justo lo que necesitaba. Sus dos novias anteriores a Katie habían tenido treinta y pocos y las dos habían mostrado una actitud... ¿cómo decirlo? Expectante. Sí, expectante. Y vigilante. Había visto ambas relaciones como una línea recta: había llegado a un nivel donde se sentía satisfecho y donde deseaba permanecer, sin que se produjeran cambios, para siempre. Bueno, puede que para siempre no. Pero sí indefinidamente.

Pero mirando atrás, se daba cuenta de que Saffron y Kym habían visualizado la relación como una cuña, como un trozo de queso cheddar. Comenzando en un punto estrecho, confiaron en que las cosas mejoraran de manera exponencial, creciendo hacia fuera y hacia arriba, tridimensionalmente, con un nuevo plus aproximadamente cada mes. Pluses como: conocer a los amigos de ella, conocer a los amigos de él (los pocos que tenía); acompañarlas a un baile benéfico y pujar ostentosamente en una subasta; escuchar sus sugerencias sobre cómo decorar su casa; acceder a que decoraran una estancia; lidiar con la montaña de productos de belleza que había aparecido de la noche a la mañana en su cuarto de baño; dejarse convencer de la conveniencia de dejar un par de camisas planchadas en el armario de ella; y, como colofón, hablar de ir a vivir juntos.

¿Y Katie? ¿Cómo había visualizado Katie su relación? No había sentido esa misma presión con ella. Un poco sí, pero en un ángulo mucho menos pronunciado. Le recordaba más a un corte fino de queso brie que a una cuña de cheddar.

¿Y Lydia? Solo Dios podía saberlo. Probablemente no tenía expectativa alguna. La suya podría ser plana, como un paquete de queso en lonchas. De hecho, y no estaba seguro de que le hiciera demasiada gracia, puede que ni siquiera fuera queso.

Eran casi las ocho y media y si Conall había captado bien sus intenciones, Lydia no tardaría en salir de casa con la esperanza de poner muchos kilómetros de por medio antes de que él apareciera a las diez. ¡Pero él ya estaba ahí!

Levantó la taza y le sorprendió descubrir que ya no le quedaba café. Tal vez tuviera una lata de cola en algún lado. Hurgó en el bolsillo lateral de la puerta pero solo encontró cuatro cuadrados de Honeycrisp y siete golosinas verdes. Se las comió con desgana; el color verde era el que menos

le gustaba y era evidente que lo había abandonado el día que se comió todos los demás colores de una bolsa entera. Lo que daría ahora por una bolsa entera de golosinas. Estaba aburrido y se había cansado de Johnny Cash. Se quitó los auriculares y avanzó por la pantalla leyendo comunicados, mirando sitios web, consultando los mercados financieros y buscando anomalías en las cotizaciones. ¿Quién estaba bajando? ¿Quién estaba subiendo? Apareció un comunicado con el rumor de que H&E Enterprise, una importante empresa de confección, se disponía a anunciar que en el último trimestre había sufrido pérdidas. Nada excesivamente dramático, y habían tenido beneficios durante once trimestres seguidos. Conall, no obstante, llevaba tiempo siguiendo el aumento del coste de las materias primas que la compañía obtenía en Extremo Oriente y alguien le había informado, discretamente, de que su cuarto cliente más importante estaba en tratos con otra empresa. Un trimestre de pérdidas no era razón para asustarse, pero Conall estaba empezando a notar el cosquilleo. Dos de los principales competidores de H&E llevaban un año merodeando en la distancia y si iba a producirse una absorción o una compra, quería hacerla él. Sobre todo porque H&E realizaba casi todas sus operaciones en el sudeste asiático, su especialidad. Podía hacer Europa del Este o Escandinavia en caso necesario, pero Filipinas, Camboya y Vietnam era donde mejores resultados obtenía.

Miró su teléfono y luego miró la puerta azul. ¿Podía hacer una llamada rápida a una de las figuras en la sombra para evaluar la situación de H&E y arriesgarse a que Lydia saliera en ese preciso momento?

Hizo la llamada. No pudo contenerse. No le quedaba café, no le quedaban golosinas ni chocolate, se había cansado de la música; necesitaba algo, de modo que tendría que conformarse con un rápido chute de adrenalina. Saffron solía decir que Conall debería fingir que era alérgico a las avispas y que sufría ataques anafilácticos cuando le picaban, porque así podría conseguir inyecciones de adrenalina de su médico que podría chutarse cuando estuviera aburrido. No lo había dicho al principio de su relación de dos años, entonces era feliz; empezó a decirlo hacia el final, cuando Conall y su dedicación al trabajo empezaron a decepcionarla.

Escuchó el tono y pisó inadvertidamente el acelerador. «Responde, por lo que más quieras.» Señor, qué aburrimiento.

Alguien contestó.

—¿Diga?

—¿Figura en la sombra?

—¿Conall?

—¿Dónde estás?

—Jugando al golf.

—¿Dónde? —Tenía ganas de cháchara.

—En Siria. ¿Qué quieres?

—Información. ¿Se hunde H&E?

—Tal vez. Estoy a la espera. Te informaré cuando lo sepa.

La figura en la sombra colgó y el hastío de Conall se disipó. Siempre estaba a la caza de su próximo proyecto. Era imprescindible que tuviera un trabajo nuevo a la vista antes de terminar el que tenía entre manos porque las lagunas entre proyecto y proyecto lo deprimían. Necesitaba nuevos retos. No obstante, cada vez que aparecía una nueva posibilidad en el horizonte su miedo era tan fuerte como su entusiasmo.

Cada absorción era diferente. La experiencia de anteriores trabajos le resultaba útil pero siempre llegaba a un punto en que no tenía ni idea de cómo continuar, en que debía construir la senda por la que tenía que caminar. La gente pensaba que lo que él hacía era fácil. Que se limitaba a llegar, despedir a saco y trasladar al personal a un edificio con un alquiler mucho más barato. Creían que le pagaban toda esa pasta para que le ayudara a soportar el sentimiento de culpa por destrozarle la vida a tantas personas.

En una cena, cuando todavía salía con Saffron, un hombre le preguntó:

—¿Cómo puedes dormir con el trabajo que haces?

Antes de que Conall pudiera defenderse expresando su sincera creencia de que si no despedía a parte del personal tarde o temprano todos los empleados perderían su trabajo, Saffron soltó:

—Creemos que un millón de euros al año ayuda mucho.

Naturalmente, eso sucedió en los tiempos en que Saffron todavía admiraba su capacidad para tomar decisiones trascendentales con frialdad.

Cuando se hallaba en mitad de un proyecto, intentando visualizar una empresa compleja en tres dimensiones a fin de tomar las decisiones adecuadas, a Conall le daban ganas de ser cartero, como su hermano. Cada medida que tomaba tenía enormes repercusiones financieras pero nunca disponía de tiempo para considerar todas las permutaciones posibles porque las decisiones debían tomarse con rapidez.

Con cada tasación que firmaba le asaltaba el pánico. ¿Había despedido a la persona equivocada? ¿Cerrado la oficina equivocada en el país equivocado? ¿Vendido los bienes equivocados? ¿Y si esta era la vez que extraía los órganos vitales y la empresa perecía?

Hasta la fecha nunca le había sucedido tal cosa, pero tenía la sensación de estar jugando al mikado. Cada vez que sacaba un palillo contenía la respiración y aguardaba un desmoronamiento masivo.

Y cuando el proyecto tocaba a su fin, la satisfacción de haberlo hecho lo mejor posible, de haber desmantelado una empresa hasta los cimientos y haberla convertido en una entidad nueva, limpia y eficiente, duraba apenas una noche antes de que su apetito se desatara de nuevo. Kym le había dicho que era como un tiburón, siempre al acecho, siempre cazando. (También le había dicho que le había robado los mejores años de su vida.)

Conall no sabía por qué trabajaba tanto. No era por el dinero. Probablemente ahora tenía más que suficiente, independientemente de lo que eso significara. Tampoco lo hacía por ganarse el respeto de sus colegas, pues ya lo tenía. Lo hacía porque lo hacía.

Estaba dispuesto a reconocer que el equilibrio entre su trabajo y su vida personal no era perfecto. Tenía muy pocos amigos. Pero la mayoría de la gente tenía pocos amigos. Y tenía a su hermano Joe, si bien el éxito de Conall era una barrera aunque no lo quisiera así. Por eso necesitaba una novia.

OceanofPDF.com

Día 31...

«Arriba —se instó Katie—. Levántate y enfréntate al mundo.»

Acababa de emerger de una de las peores noches de su vida. Podía localizar su génesis en el lanzamiento de la noche previa, cuando echó por la borda toda pretensión de profesionalismo y se arrojó a la barra libre. Bebió con denuedo y determinación hasta limar las asperezas.

Tenía un recuerdo borroso de haberse acercado demasiado a Danno y decirle: «Llevo un pedo espectacular. Seguro que duermo como un bebé.»

Llegó a casa, ignoraba cómo, y cayó en un agradable coma etílico.

Entonces, en mitad de la noche, se despertó bruscamente. Había tenido una pesadilla en la que aterrizaba en un planeta desierto, una roca árida y gris azotada por vientos gélidos y sibilantes. Estaba sola, completamente sola, y lo estaría el resto de la eternidad.

Aguardó a que la sensación de pánico pasara pero fue en vano, pues de repente comprendió que era cierto. Estaba sola, completamente sola, y lo estaría el resto de la eternidad. Nadie volvería a quererla nunca más.

Cada vez que terminaba una relación tenía el convencimiento de que no volvería a enamorarse. Pero esta sí iba a ser la última vez. Olvida eso de que los cuarenta son los nuevos dieciocho. Aunque te pusieras botox hasta en las uñas, aunque te pelearas con las quinceañeras en Topshop, cuarenta eran cuarenta.

Justo cuando pensaba que no podía sentirse peor recordó un suceso vergonzoso: había requisado una de las limusinas de los artistas para que la llevara a casa.

Había salido de la discoteca tambaleándose, había visto la limusina toda ociosa en el bordillo y la había secuestrado. El chófer no quería llevarla, estaba de guardia para Mr. Alpha, le dijo varias veces, pero ella abusó de su autoridad y le amenazó con dejarle sin empleo.

¡Oh, no! Abochornada, lloró sobre su almohada. No solo estaría atrapada en una roca árida el resto de la eternidad, sino que le había robado el coche a una superestrella, un nombre de fama internacional.

Se levantó, vomitó y regresó a la cama, ansiosa por conciliar el sueño para escapar de sus atormentados pensamientos, pero seguía despierta cuando los pájaros empezaron a cantar. Ignoraba qué hora era porque le aterraba mirar el reloj, pero seguro que una hora mala. En un momento

dado pilló un sueño ligero y cuando el despertador sonó a las siete y media, le dieron ganas de cortarse el cuello.

El maquillaje no estaba funcionando. Se aplicó ingentes cantidades de tapaojeras pero seguía pareciendo Sylvester Stallone. Finalmente, hecha un manojo de nervios, anticipándose al dolor, estuvo lista para salir pitando del edificio (le asustaba tanto encontrarse con Conall cortejando a Lydia que cada vez que tenía que salir de su casa bajaba los tres pisos como una flecha, con los ojos cerrados y conteniendo la respiración).

No obstante, habían pasado cinco días desde que Conall enviara las horribles flores; llegaron un viernes y ahora era miércoles. No lo había visto rondar por el edificio durante el fin de semana y un pequeño brote de esperanza, como una campanilla después de un duro invierno, se abrió paso en su mente: a lo mejor solo había sido esa vez.

Llegó a la calle. Ya no tenía que correr. Podía abrir los ojos, podía respirar. Entonces recordó que era absurdo que agitara las llaves de su coche porque no había coche. Después del secuestro de la limusina de Mr. Alpha la noche previa, su coche seguía en el aparcamiento del trabajo. ¡Pero un momento! ¡Ese era el coche de Conall! ¡Estaba estacionado, esperando! Sin pensarlo, caminó hasta él.

—¿Conall?

Conall levantó la vista de su BlackBerry. ¡Jesús, era Katie! ¡En la calle! Bajó del coche y la besó educadamente en la mejilla.

—¿Qué haces aquí? —preguntó ella.

—Eh... estoy esperando a alguien. —Estaba muerto de vergüenza. Tendría que haber imaginado que eso podía ocurrir. «A menos, claro está, que ya lo hubiera imaginado», le dijo una vocecita.

Con el rostro tenso, Katie empezó a retroceder sobre sus altos tacones. En ese momento la puerta del número 66 de la calle Star se abrió y un perro grande, con aspecto de asno, salió pegando brincos seguido de la anciana que vivía en la primera planta y de un... un hombre, y fue el hombre quien llamó la atención de Conall. Saffron solía acusarle de ser un autómata insensible, pero, a decir verdad, Conall estaba bastante orgulloso de su intuición. Había intuido que Arthur Andersens le había ganado en la puja por Jasmine Foods; se topó con el jefe de adquisiciones un domingo por la tarde en el pasillo de los alicates de Hardware Hut y aunque el hombre

estuvo amable, Conall enseguida lo supo. Ahora estaba experimentando la misma sensación de amenaza. Este... gilipollas rubio desmelenado y con pinta de holgazán era el tipo que lo había reemplazado en el corazón de Katie.

Katie seguía retrocediendo, hasta que chocó con él. Se volvió rápidamente y Conall le oyó decir «Lo siento» y al tipo responder «No, quien lo siente soy yo», luego escuchó unas risas, más conversación, demasiado queda para poder entender lo que decían, y más risas. Luego Ricitos de Oro cogió la mano de Katie y la besó con empalagosa dulzura. «Capullo.» El perro, la anciana y el hombre se subieron a un Mercedes, Katie se alejó caminando y Conall volvió a quedarse solo.

Con profundo desprecio, Rencor observó cómo Fionn miraba a Katie por la ventanilla de atrás.

—¿Quién es? —preguntó.

Jemima echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos.

—Fionn, cariño, te confieso que la veleidad de tus sentimientos está empezando a cansarme.

—¡Oh, Jemima!

Fionn tenía los ojos brillantes y Rencor, asqueado, sacudió su peluda cabeza. Jemima ya no era una jovencita y no le parecía apropiado —«apropiado» era su palabra favorita, la había oído en *Dr. Phil*—, no le parecía apropiado que Fionn la implicara en semejantes tonterías de adolescente.

—Primero la pobre Maeve, luego Rosie...

Rencor intentó chasquear la lengua pero la tenía demasiado gruesa. Aquel episodio había sido vergonzoso, la enfermerita deslizándole su número de teléfono por debajo de la puerta del piso y pidiéndole a Fionn que la llamara. Jemima se había quedado terriblemente afectada y le había implorado a Fionn que se mantuviera alejado de las chicas comprometidas. «Ella y Andrei hacen buena pareja.» Pero Fionn pasó por alto la angustia de Jemima y llamó a Rosie. Habían quedado para esa misma tarde, pero ¿seguiría Fionn adelante con el plan ahora que Katie había atraído su atención?

—¿Katie? ¿Está casada? —preguntó.

Jemima suspiró.

—No está casada. El inquietante hombre moreno del Lexus lleva muchos meses pendiente de ella, pero creo que rompieron hace poco.

—¡Entonces está libre! —Fionn se frotó las manos con regocijo.

—¿Acaso no hay mujeres en el lugar de donde vienes? —Ogden miró a Fionn por el retrovisor—. Nunca he conocido a nadie tan mujeriego.

«Eso —convino Rencor con sorna—, un mujeriego.»

—Ogden tiene razón, Fionn. Quizá deberías pensar en volver a Pokey. Me temo que encuentras la vida en la ciudad demasiado estimulante.

OceanofPDF.com

Día 31...

¡Exactamente lo que Conall había sospechado! Las nueve menos cinco y ahí estaba Lydia, marchándose antes de lo pactado con el solo propósito de evitarlo.

Bajó del coche y se cruzó en su camino.

—¿Vas a algún sitio?

Al principio lo miró incrédula, luego una rabia candente se apoderó de su cara.

—Se acabó —dijo—. Ahora mismo llamo a la policía.

Conall rompió a reír.

—Lydia, lo único que quiero es tener una cita contigo.

—¡Me estás acosando!

—Te estoy cortejando.

—¿Qué estúpida palabra es esa?

—Quiero decir que me gustas. Estoy intentando conseguir que salgas conmigo. ¿Desde cuándo es eso un crimen?

—Escúchame bien: si yo fuera de las que se asustan, me estarías asustando.

—La novia que tuve antes de Katie me decía que esta era su fantasía favorita, que apareciera por sorpresa.

—Lo siento por ella. —Lydia pulsó un par de botones de su móvil y asintió con cara de satisfacción—. Está sonando.

—¿Urgencias?

—La comisaría de la calle Kevin.

—¿Tienes grabado el número de la comisaría?

—Soy taxista. Yo y la poli nos conectamos con regularidad.

Conall se asustó. Lydia tenía el teléfono pegado a la oreja y la cabeza ladeada.

—¿De verdad que estás llamando a la policía? —preguntó.

—De verdad. No te preocupes, suelen tardar unos minutos en responder. Tienen mucho trabajo.

—Cuelga, Lydia. —«Cuelga, cuelga, cuelga»—. Cuelga, Lydia. —Se estaban mirando fijamente. Los ojos de ella echaban fuego, pero Conall ganaría...

«Cuelga, cuelga, cuelga.»

... sí, ganaría, aunque estaba tardando más de lo habitual...

... yyyyyy... ¡Ganó!

—¡Por el amor de Dios! —Lydia cerró el móvil—. ¿Qué quieres de mí exactamente?

—Una oportunidad. El plan que propusiste. Vamos a ese pueblo de Meath, limpiamos una cocina, hablamos con tu madre y le metemos el miedo en el cuerpo a tu hermano.

—Pero yo no quiero que vengas.

—Iremos en mi coche. Yo conduciré.

No le hacía gracia, pero la idea de que otro condujera jugó en su favor. Conall era un hacha encontrando el punto débil de las personas y había intuido, acertadamente, que Lydia estaba harta de conducir.

«Soy Conall Hathaway y siempre consigo lo que quiero.»

OceanofPDF.com

Día 31...

A Danno no se le escapaba nada. Katie no había terminado de abrir la puerta de la oficina y ya tenía sus ojos clavados en ella.

—¿Qué? —le preguntó.

—Nada.

Danno se levantó. Katie vio sus serpenteantes caderas cruzar la oficina y fue incapaz de detenerlo.

—Vuelve a tu mesa, Danno. Haz el trabajo para el que te pagan.

—No te preocupes por el coche de Mr. Alpha —dijo en voz baja—. He conseguido otro.

Katie tragó saliva. Habían ocurrido ya tantas cosas esa mañana que casi se había olvidado de su vergonzoso comportamiento de la noche anterior.

—¿Qué ha hecho Verdugo esta vez? ¿Te ha hecho daño?

La preocupación de Danno la derrumbó.

—Creo... —No debería estar contándoselo. Ella era su jefa y Danno ya hacía cuanto estaba en su mano por ignorar la jerarquía—. Creo que Conall está saliendo con la chica que vive en el piso debajo del mío.

George soltó una exclamación ahogada y se llevó la mano al pecho.

—¿No es un poco cerca? —dijo.

—¿Y por qué lo crees? —preguntó Danno.

Katie relató, en un tono uniforme, lo de las flores del viernes y su encuentro de esa mañana con Conall mientras esperaba en el coche frente a su edificio.

—Podría tratarse de una coincidencia. —Audrey se había acercado sigilosamente a la mesa de Katie. Todos se habían acercado, como pequeñas criaturas del bosque emergiendo de sus guaridas.

—En la vida de Verdugo Hathaway no existen las coincidencias —repuso Danno—. Nada ocurre de manera fortuita. ¡Tú! —Señaló a George—. Ha sufrido un shock, ve a buscarle un bollo. —Luego le preguntó a Katie—: Entonces, ¿crees que está saliendo con ella para hacerte daño?

—¿Lo crees?

—Sí —dijo Tamsin.

—No —dijo Lila-May.

—Pero ¿cómo iba a saber que se la encontraría esta mañana?

—¡Porque Katie sale a trabajar todos los días!

—Vale. ¿Y cómo sabía que se encontraría con el repartidor de flores?

—A lo mejor le dijo que las entregara a la hora que Katie se marcha a trabajar.

Discutieron con acritud durante un rato sin llegar a ninguna conclusión.

—Pero ha ocurrido algo más —dijo Danno.

Katie lo miró atónita.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque pareces tan... no sé.

—He conocido a un hombre. —Incluso a ella le sonaba vago y extraño.

—Ooooooh. —Había logrado captar la atención de todo su personal, algo que no le sucedía a menudo.

—No es lo que pensáis. —La miraron decepcionados. Con ternura, pero decepcionados—. No en el sentido de un novio en potencia.

—Claro que no, ya estás un poco mayor para eso —rió Danno. Luego la tomó con George—. ¿Todavía aquí? ¿No te he dicho que salieras a buscar un bollo?

—He tropezado con él —dijo Katie, incapaz de reprimirse el deseo de hablar de Fionn—. He tropezado literalmente con él. Yo me estaba alejando del coche de Conall cuando he chocado con él, y ha estado muy amable... —Calló. En la cara de Lila-May pudo leer la palabra «patético», por lo que decidió no contar lo que sentía realmente: que Fionn había sanado su dolor. El shock de ver a Conall esperando a otra chica, los terribles celos, la sensación de pérdida... era como si un dolor de muelas la hubiera estado torturando y de repente las palabras y la sonrisa de Fionn hubieran acabado con el dolor y la ausencia del mismo la hubiera inundado como una fuerza en sí misma.

—Si has tropezado con él significa que vive cerca de tu casa —dijo George—. Puede que hasta en la misma calle.

—¿En la misma calle? Vive en el mismo edificio. Dos pisos más abajo.

—¿Qué?

—¿Qué está pasando en esa casa? —preguntó bruscamente Lila-May.

—¿A qué te refieres?

—Algo raro está pasando. Son demasiadas coincidencias. La nueva chica de Verdugo, tu nuevo hombre.

—Lees demasiadas novelas de Stephen King —dijo Danno.

De pronto Katie recordó el pánico que había experimentado una noche, dos semanas atrás, cuando tuvo la certeza absoluta de que una persona o

presencia estaba en la habitación con ella, como una única nota sostenida en un violín. Casi podía sentir su respiración. No recordaba haber estado nunca tan aterrada. Pero ¿qué relación tenía eso con Conall o Fionn? Probablemente ninguna.

—Solo ha venido a pasar un par de meses. Dice que está haciendo un programa de jardinería.

—¿No será ese tío? —George abrió los ojos como platos—. Finn no sé qué.

—Fionn Purdue.

—¡Sí! ¡Búscalos en Google! —George se levantó de su mesa. Estaba chillando—. ¡Búscalos! ¡Búscalos! Lo vi en el periódico. ¡Vamos, búscalos!

Se arremolinaron frente a la pantalla de Katie y observaron, pasmados, cómo la foto de Fionn aparecía, píxel a píxel.

—¿Es así de hermoso en la vida real? —preguntó Tamsin—. ¿O es obra y gracia del Photoshop?

Katie tragó saliva.

—Seguramente no lo creeréis, pero la foto no le hace justicia.

—¡Dios!

—Me ha besado la mano.

—¡Qué mano tan afortunada!

Estudiaron la mandíbula cuadrada de Fionn y el brillo dorado de sus cabellos, intentando decidir de qué color eran, cuando un destello saltó de la pantalla y los cinco retrocedieron.

—¿Acaba de... guiñar un ojo? —preguntó débilmente Danno.

Nadie respondió.

—Una subida de tensión, seguro.

—Sí, una subida de tensión. —Algo nerviosos ahora, iniciaron el éxodo hacia sus mesas. Necesitaban poner cierta distancia entre ellos y las extrañas aventuras de Katie.

—Ha dicho que vendría a verme esta noche.

—¿Qué demonios...? —Lila-May arrugó la frente—. ¿Por qué siempre tú?

—Francamente, no tengo la menor idea.

OceanofPDF.com

Día 31...

Maeve estaba sentada en los escalones del Central Bank, comiéndose su sándwich y buscando una oportunidad para realizar su AA del día. La bolsa fue lo primero que atrajo su atención, una minimochila de vivos colores que le habría encantado tener. La portaba una chica morena y menuda, de pelo corto y aspecto corriente salvo por el halo de aislamiento que la rodeaba. Estaba sola, muy sola, abriéndose paso entre ríos de gente alegre que caminaba sin rumbo fijo, y Maeve reconoció la rigidez de su rostro. Aunque no estaba lo bastante cerca para verle los ojos, sabía lo que encontraría en ellos. Este era el acto amable del día y lo último que Maeve deseaba hacer. Habría preferido subir a pie veinte cochecitos veinte pisos. Pero ¿qué otra opción tenía? De pronto, percatándose de su escrutinio, la chica se volvió y cuando sus miradas se cruzaron, Maeve se obligó a sonreír. A sonreír de verdad, con el corazón. La chica parecía desconcertada. Se estaba preguntando de qué conocía a Maeve, porque ¿por qué iba a sonreírle una completa desconocida con tanta dulzura? Maeve siguió sonriendo, siguió enviando amor mientras la chica la miraba alarmada, casi asustada. «Sigue sonriendo, sigue sonriendo.» Entonces sus labios empezaron a temblar y tuvo que desviar la mirada. Cuando miró de nuevo, la chica ya no estaba y Maeve se sintió peor de lo que creía posible. En teoría, los Actos Amables debían hacerle sentirse mejor, no hundirla en la desesperación. ¿Qué sentido tenía hacerlos? Los ataques de pánico habían vuelto, había sufrido otro esa misma mañana.

Puede que abandonara los Actos Amables y el Trío de Bendiciones, se dijo. No funcionaban. Pero ¿cómo se lo diría a Matt?

OceanofPDF.com

Día 31...

Conall aparcó en un hueco justo delante del 74 de la calle Star, muy cerca del número 66. ¿Cómo lo hacía?, se preguntó Lydia. ¿Por qué la gente como él conseguía siempre lo que quería?

—El día no ha estado mal —dijo Conall.

Lydia ya se había quitado el cinturón y tenía la mano en el picaporte de la portezuela, pero se detuvo.

—Detesto que hagas eso. Siempre estás evaluando las cosas, dándoles un valor.

—¿Qué haremos en nuestra próxima cita?

—Adiós.

—Describe tu noche perfecta.

—¿Estás sordo?

—Va, tu noche perfecta.

—Eres increíble. Solo oyes lo que quieres oír.

—Descríbela. Eso que siempre has deseado hacer.

—Lo estás haciendo otra vez.

Conall se encogió de hombros.

—¡Arrrg! —Lydia hundió la cabeza en las manos—. Eres uno de estos tipos que utilizan el silencio como una...

Él permaneció callado. Finalmente, ella dijo:

—No entiendo cómo lo haces. La describiré si me juras que no tendré que hacerlo.

—¿No quieres hacer realidad tu noche perfecta?

—Contigo no.

—Entiendo.

—No, no lo entiendes. Muy bien, me gustaría ir a...

—Espera un segundo. Antes de empezar, tienes que describir una noche humanamente factible. No puedes decir que te gustaría ir a la Luna.

—No me gustaría —repuso secamente Lydia. ¿A quién podría gustarle ir a la Luna?—. Me gustaría ir a Float. Es una discoteca con una piscina en la azotea y...

—La conozco.

—Pero tienes que ser socio...

—Lo soy.

—¿En serio, señor Hathaway? ¡La leche! —El rostro de Lydia se iluminó con una sonrisa.

—Podemos entrar sin problemas. —Conall estaba contento de poder complacerla.

—Con Poppy, Shoane y Sissy.

—¿Quiénes son?

—Mis amigas.

El semblante de Conall se endureció.

—¿Y cuál es el plan? ¿Que yo también vaya y lo pague todo?

—Será un placer. Nos gusta el champán rosado.

Conall la observó en silencio.

—Oh. —Lydia frunció el entrecejo y meneó la cabeza con pesar—. ¿El señor Hathaway se ha disgustado?

Desde luego, lo parecía.

—Me has preguntado cómo sería mi noche ideal y te lo he dicho.

Conall se encogió de hombros, negándose a mirarla a los ojos.

—¿Estás enfurruñado? ¿A tu edad? Vaya, querías que mi noche perfecta fuera algo que tú también desearas hacer. Pero tú y yo somos diferentes, Hathaway. No puedes hacer que la gente quiera lo mismo que tú.

Algo en sus palabras... De pronto estaba escuchando ecos del pasado, del día que había llevado a Katie a Glyndebourne. Lo que ella le había dicho entonces. «Creo que estás un poco pirado.»

¡Adaptarse! ¡Adaptarse para sobrevivir!

—De acuerdo, trae a tus amigas. ¿Cuándo quieres ir? ¿Esta noche?

—Dios, no. Tenemos que ir a la pelu. Y necesitamos tiempo para esperar con impaciencia el momento. Para ti es normal ir a lugares fabulosos cada noche de la semana, pero para nosotras es una ocasión especial.

—Entonces, ¿el sábado?

—¡El sábado! —Cuánto desprecio—. Todos los horteras van el sábado. No, iremos el lunes, que es cuando sale la gente con clase.

El lunes no le iba demasiado bien. El martes tenía que viajar a Milán. Quizá pudiera trasladarlo al miércoles.

—Lunes, entonces.

—Y, Conall... —dijo quedamente Lydia.

Conall la miró, listo para aceptar sus palabras de agradecimiento.

—Has de saber que serás el más viejo del grupo por una diferencia de sesenta años. Espero que no te importe.

OceanofPDF.com

Tres años atrás

La boda de Matt y Maeve comprendió todo el paquete: Roll Royce blanco, banquete para ciento cincuenta personas y las discusiones habituales sobre a qué primos invitar. Ellos habrían preferido algo sencillo, pero tanto los padres de él como los de ella se empeñaron y Matt y Maeve cedieron para mantener la paz.

—Me da igual cómo nos casemos siempre y cuando nos casemos —dijo Matt.

—Si te soy sincera, podría pasar de la música y el baile —le confesó Maeve—, de los condenados fotógrafos y los vestidos de las damas de honor. Pero mis padres...

—Lo sé —convino Matt—. No te queda más remedio que resignarte. La hija única de Reenee y Stevie Deegan, o sea tú, tendrá una boda como Dios manda le guste o no.

—No me gusta —replicó, apesadumbrada, Maeve. Un segundo después su rostro se iluminó—. Qué demonios, seguro que será una gran fiesta.

Lógicamente, organizar una boda en seis meses no estuvo exento de retos. Hilary y Walter Geary aseguraban que el acento de los padres de Maeve era del todo incomprensible, mientras que Reenee y Stevie Deegan, gente de campo que llevaban ahorrando para la ocasión casi desde el día que Maeve nació, no se dejaron impresionar por la sofisticación de Hilary y Walter.

Si la situación ya era delicada cuando los consuegros no congeniaban, más delicada se tornó cuando Hilary y Reenee formaron, inesperadamente, una nefasta alianza en la que Hilary susurraba ideas en el oído de Reenee y Reenee, que tenía un montón de dinero en efectivo, las acogía con entusiasmo.

De repente, Reenee Deegan insistió en que Maeve debía tener una maquilladora, una peluquera experta en bodas, uñas acrílicas y un vestido de Harrods.

—¿Harrods? —exclamó Maeve.

—Sí, Harrods —dijo Stevie Deegan plantando firmemente los pies en el suelo—. Volaremos a Londres todos juntos. Nada es demasiado bueno para nuestra Maeve.

—Pero Harrods es... es una horterada —exclamó Maeve.

—Es la tienda más exclusiva del mundo —repuso Reenee.

—No lo es.

—Lo dice Hilary.

—Y también Walter —intervino Stevie.

—Y te harás un bronceado falso —dijo Reenee—. Todas nos lo haremos. Hilary conoce a una mujer que vendrá a rociarnos. Se trae una carpa móvil para no manchar el cuarto de baño.

—Ni hablar —dijo Maeve, cada vez más asustada—. De bronceado falso nada. No sería yo.

—No nos avergüences, Maeve —dijo Stevie—. Hilary sabe de qué habla. Dice que hoy día no hay una sola novia en Irlanda que no se haga un bronceado falso. Ella sabe de estas cosas y debemos sentirnos afortunados de tenerla.

Pero los vestidos de Harrods y que su madre se embadurnara de Sun FX no eran las únicas preocupaciones de Maeve. Estaba David. Sus muestras de dolor ya no eran tan dramáticas como al principio pero seguía sin dirigirles la palabra a ella y Matt. A veces, en el trabajo, Maeve lo pillaba mirándola con expresión triste, pero en cuanto ella se daba cuenta desviaba rápidamente la vista.

—¿Deberíamos invitar a David? —le preguntó Maeve a Matt con un bolígrafo y una lista de posibles invitados en la mano.

—Que le den —dijo alegremente Matt.

—Oh, Matt.

—No es amigo mío. Y tuyo tampoco.

—Pero le hicimos mucho daño.

—De eso hace casi un año. Ya es hora de que lo supere.

—No seas cruel. —Maeve hizo una marca junto al nombre de David—. Le invitaremos.

—No vendrá.

—Puede que sí.

Maeve no sabía qué era peor, que fuese o que no fuese, y se quedó sin saberlo porque, como ocurriera con la fiesta de pedida, David ignoró la invitación y no se molestó en contestar.

Fue una boda preciosa y Maeve la disfrutó mucho más de lo que creía que la disfrutaría, sobre todo porque se había salido con la suya en cuanto al bronceado falso y el vestido. Un pequeño temor, no obstante, zumbaba por debajo de su felicidad, tan tenue que apenas era consciente de él. A lo largo de todo ese día dichoso —porque fue realmente dichoso— estuvo esperando que pasara algo.

El miedo alcanzó su punto culminante durante la parte de la ceremonia en la que el cura preguntó si alguien tenía alguna razón para impedir el enlace. «David», pensó Maeve, y de repente se lo imaginó irrumpiendo en la iglesia, agitando pancartas y gritando que Matt había colonizado a Maeve. A lo mejor le daba por lanzar pintura o llorar o... o...

Pero el momento pasó sin incidentes y Maeve empezó a respirar de nuevo.

Pronunciaron sus votos, intercambiaron anillos y avanzaron por el pasillo entre un mar de caras sonrientes mientras el órgano entonaba acordes triunfantes. Durante un breve instante un pensamiento la arrancó del presente: cuando regresara de la luna de miel se pondría a buscar otro trabajo. No era justo para David restregarle su relación por la cara todos los días.

Tomada la decisión, la dicha de Maeve fue plena.

OceanofPDF.com

Día 31...

Katie sabía cómo eran esas cosas. En televisión se trabajaban muchas horas. Fionn no le había dicho a qué hora iría a verla, pero podría ser a las nueve o incluso más tarde, dependiendo de dónde estuvieran grabando.

Vestía ropa informal, de estar por casa. Hizo varias pruebas antes de dar con la combinación justa, pero le preocupaban los pies. No podía ponerse sus sandalias doradas porque, ¿quién llevaba tacones de diez centímetros por casa? Pero cuando se puso las chanclas tuvo que quitárselas enseguida, horrorizada por lo achaparradas que parecían sus piernas.

La fantástica pedicura que se hiciera para la boda de Jason ya era historia, las plantas de los pies volvían a tener durezas y no había hecho nada al respecto. ¡Pues que salgan, qué demonios!

«Cuando haya terminado de pasarme el quitadurezas por los pies, llegará.»

Sabía que Fionn iba a ir. Estaba segura. Entre ellos había habido algo fuerte e intenso, algo que no podía explicar.

—Puedes contar conmigo —le había dicho él esa mañana, cuando habían tenido su primera conversación—. Puedes contar conmigo el resto de tu vida. —Y aunque era un comentario francamente ridículo viniendo de un desconocido, Katie supo que era verdad.

Las plantas de sus pies estaban bastante suaves pero Fionn seguía sin llegar, de modo que frotó un poco más. Finalmente se obligó a parar. Si seguía erosionándose las plantas de ese modo, al día siguiente no podría caminar.

Estaba demasiado nerviosa para comer. Se paseó entre la sala de estar y el cuarto de baño, comprobando el maquillaje, subiéndose a la tapa del retrete y sosteniendo en alto el espejo de mano porque era donde estaba la mejor luz del piso. Satisfecha, pero también asustada, detectó en la mandíbula derecha un pegote de base de maquillaje sin extender. ¿Y si no lo hubiera visto? ¿Y si hubiera confiado en la luz del espejo de la pared. ¿Significaba eso que la mayoría de los días se paseaba por ahí con esa clase de maquillaje que provocaba codazos y risitas en la gente? ¿Debería preguntárselo a Danno? No, mejor a Lila-May: era despiadadamente sincera. Presa del pánico, corrió hasta el dormitorio y se cambió la parte de arriba. Le quedaba fatal, fatal. ¿En qué estaba pensando?

Una mirada fugaz a su reloj. Dé pronto eran las diez menos cuarto y el miedo empezó a abrirse paso dentro de ella.

Katie sabía cómo eran estas cosas. En televisión se trabajaban muchas horas, sí, pero los sindicatos tenían la sartén por el mango. En cuanto los técnicos terminaban la jornada estipulada, las tarifas de las horas extras se disparaban. Ningún director estaba dispuesto a pagarlas. Fionn debería de haber terminado de trabajar hacía mucho.

De repente le entró el hambre, un hambre voraz por productos de bollería, pero no había nada en los armarios. No podía tener dulces en casa, la atormentarían y se los comería todos solo para conseguir un poco de paz. Se comió un plátano y enseguida quiso veinte más. Tenía que salir de la cocina ya.

Vería un DVD, algo corto, de solo media hora, y para cuando terminara Fionn habría llegado.

Vio un episodio de *Star Stories*, el de Simon Cowell, su favorito, y cuando terminó vio el de Tom Cruise.

Duraría hasta las once.

No iba a ir.

Había sido una estúpida al pensar que iría. ¡Se acabó! Crema limpiadora, tónico, hidratante y a la cama. ¿O debería meterse en la cama con el maquillaje puesto? Por si llamaba en los próximos minutos... ¡No! Sin piedad, se frotó la cara hasta tenerla colorada.

Cabrón, pensó con una rabia que la sorprendió. Debía ir con cuidado. No podía ponerse como se había puesto cuando Jason conoció a Donanda. No quería hacer otro curso. Ni que la abuela Spade la rondara.

Apagó la luz y un instante después empezó a oír unos ruidos que provenían del piso de abajo. Gruñidos y el golpeteo de madera contra algo. ¿Estaban arrastrando muebles? ¿A estas horas?... ¡Oh, no! ¡Era gente practicando sexo!

Le asaltó una idea insoportable: ¿podía tratarse de Conall? ¿Con esa taxista, Lydia? Eso bastaría para rematarla. Se levantaría, bajaría en pijama a la calle, se tumbaría en medio de la calzada y esperaría a que un autobús la arrollara. Ni por todo el oro del mundo podría soportar oír a Conall haciendo el amor con otra mujer. Encendió la luz, se levantó, pegó la oreja al suelo y escuchó. No reconocía los gruñidos. Conall gruñía, pero de otra

manera. Debía de ser uno de los polacos, pensó. ¿Cómo se llamaba? No conseguía recordarlo...

—¡Andrei! ¡Oh, Andrei, Andrei!

—Gracias —gritó Katie al suelo—. No habría podido pegar ojo tratando de recordarlo. Siempre estaré en deuda contigo.

Furiosa, se metió unos tapones en los oídos con tanta vehemencia que casi se le alojaron en el cerebro y finalmente concilió un sueño agitado pero profundo.

OceanofPDF.com

Día 31...

—¿Estás rompiendo conmigo? ¿En nuestra primera cita?

—El caso, Rosemary, es que he conocido a otra persona.

—¿Cómo? Si me conociste hace solo cinco días.

Fionn se encogió de hombros. ¿Cómo podía describir lo que sentía por Katie? Con ella, a diferencia de la primera vez que vio a Rosie, no había habido espirales y colores. Con ella había tenido la sensación de entrar en un puerto seguro. De fondear. De que todo —todo— encajaba. Era una sensación que no podía evitar y su breve coqueteo con Rosie enseguida le pareció un capricho infantil.

—Lo siento —dijo, confiando en poder largarse ya. Tardaría un montón en regresar a la calle Star, junto a Katie.

Rosie había elegido para su primera cita un lugar en la otra punta de la ciudad. Un pub de Greystones con vistas a un pequeño puerto. Muy pintoresco y —sospechaba Fionn— lo bastante alejado para que las posibilidades de que Rosie se encontrara con algún conocido fueran remotas.

Fionn no quería ir. ¿Qué sentido tenía, ahora que había conocido a Katie? Pero el único número que tenía de Rosie era el del hospital (criatura cauta, no le había dado el del móvil) y ese día no trabajaba. Le había sido imposible cancelar la cita y no podía dejarla abandonada en una mesa con vistas al puerto, con su bonito vestido amarillo limón, bebiendo sola un West Coast Cooler y levantando esperanzada la vista cada vez que la puerta del pub se abría. La había querido en su momento.

Deseaba una cosa rapidita —gracias por venir, lo siento, la vida continúa— pero perdió un tiempo valiosísimo al subirse a un Dart que circulaba en dirección opuesta y llegó a la cita veinticinco minutos tarde.

—Esto es inaceptable —dijo Rosie, temblando por semejante afrenta a su dignidad—. Un caballero no deja a una señorita esperando en un local público. Siempre debería llegar quince minutos antes.

—Eh... lo siento. —De repente, a Fionn le dio miedo confesar su error con el Dart—. Se me alargó el trabajo, ya sabes cómo es la televisión...

—Sí, sí, todo eso de la televisión me parece muy bien. Lo que no me parece bien es la mala educación.

Fionn soportó un breve sermón sobre protocolo y luego se descubrió intentando quitarle el enfado a Rosie. El problema era que no sabía muy bien cómo romper con ella porque nunca había tenido que hacerlo antes. Siempre eran sus novias las que rompían. Cuando se negaba a aceptar el proyecto de la pequeña furgoneta con su número de móvil en los costados, se producían lágrimas, gritos y puede que lanzamiento de objetos. Luego la chica se marchaba y él pasaba una temporada solo con sus patatas y calabacines, hasta que aparecía la siguiente.

—Rosie, eres una chica adorable —dijo, tanteando el terreno.

Ella asintió con la cabeza. Lo sabía.

—Estoy seguro de que eres una novia fantástica.

—Un regalo del cielo, Fionn.

—Y lamento mucho haberte engañado...

—¿Engañado?

—... pero creo que lo nuestro no funciona.

Fue entonces cuando Rosie comprendió lo que estaba pasando.

—¿Estás rompiendo conmigo? ¿En nuestra primera cita?

Pero en lugar de marcharse humillada, envuelta en un mar de lágrimas, se sentó aún más tiesa, hirviendo de indignación.

—No puedes hacerme esto. No soy la clase de chica con la que se juega.

Fionn se alarmó. ¿Iba a insistir en tener una relación? ¿Iba a obligarle?

—¿Crees que tengo la costumbre de dar mi teléfono a los hombres? ¿Y de citarme con ellos en Wicklow? Me he arriesgado mucho esta noche viniendo aquí. ¡Tengo novio!

—¿Todavía?

Rosie asintió con renuencia. Demasiado astuta para dejar a uno antes de tener asegurado el otro, comprendió Fionn. Afortunadamente.

—Vuelve con tu novio, Rosie. Olvídame. —Fionn recordó una frase que le habían gritado en alguna ocasión a modo de despedida—. Soy un capullo, no valgo la pena.

Tenían que tomar el mismo Dart desde Greystones para regresar al centro; los Dart de Greystones eran bestias que se dejaban ver poco, no podías dejarlas escapar. Como es lógico, se sentaron en vagones diferentes. Cuando Fionn se bajó en la calle Pearse, Rosie siguió viaje y cuando el tren

arrancó con su habitual gemido y su vagón pasó junto a él, alzó su blanco mentón y se volvió bruscamente en una exagerada muestra de desprecio. Todo muy desagradable.

Fionn subió corriendo hasta el ático del 66 de la calle Star pero cuando llamó a la puerta no obtuvo respuesta. ¿Estaba Katie durmiendo? ¿O ignorándolo?

Tenía que verla como fuera. Ella tenía que saber que él no era un irresponsable. O un... Trató de recordar otros insultos de sus rupturas anteriores. ¿Qué más cosas le habían gritado las chicas antes de desaparecer para siempre? Que era un superficial. Un oportunista. Un liante. Un tarado inmaduro. Y, el más popular de todos, un capullo.

Pero él ya no era nada de eso; él era un hombre, un hombre con intenciones serias, y era de vital importancia que Katie lo supiera. Pero no le abría.

Una nota. Le escribiría una nota para explicárselo todo. En sus bolsillos encontró un bolígrafo que perdía tinta y unas hojas con el horario de grabación del día anterior.

Querida Katie:

Siento no haber llegado hasta ahora.

No tenía reloj, de modo no sabía qué hora era en ese momento.

Me gustaría verte. Volveré a llamarte. Cuento con ello.

Atentamente,

FIONN

Pero las palabras no bastaban. Tenía que demostrar que lo lamentaba. Hurgó en sus bolsillos y sacó una espiga de salvia. No, no servía. Tampoco unas piedrecillas grises. Ni un envoltorio de Orbit. Hurgó un poco más y desenterró una mustia ramita de color verde oscuro. ¿Qué era? Entonces la identificó. ¡Perfecto! Era ruda. La ruda era una hierba con mensaje —por Dios, estaba empezando a pensar como los guiones de Grainne Butcher— porque era amarga y venenosa. En otros tiempos la gente la lanzaba en las bodas cuando la persona amada se casaba con otra.

Por favor, acepta este regalo como muestra de mi arrepentimiento.

No estaba seguro de que fuera gramaticalmente correcto, pero le salía del corazón, y Grainne siempre decía que lo que salía del corazón funcionaba. Dobló la ramita, la colocó dentro de la nota e intentó meterla por debajo de la puerta, pero no cabía. La puerta de Katie tenía un cepillo encajado en la parte inferior. (Para frenar las corrientes de aire, pero él, siendo el animal sin domesticar que era, lo ignoraba.)

Dejó la nota en el felpudo y bajó intranquilo hasta el piso de Jemima donde Rencor llevaba varias horas esperando para morderle y fingir que había sido un error.

Fionn estaba bastante asustado. Esa noche había aprendido que no todas las mujeres eran como las de Pokey, que ahora veía como criaturas dulces y maleables que se lo aguantaban todo pese a la sarta de insultos que solía marcar el final de su relación. Tal vez Katie fuera tan dura e implacable como esa Rosie.

Puede que Katie no volviera a dirigirle la palabra.

Tienes razón, Fionn, puede.

OceanofPDF.com

Día 30

El móvil de Lydia sonó. Lo abrió y dijo:

—Hola, Poppy.

—Recibí tu mensaje. ¿Quién es ese hombre?

—Nadie. Un viejo ricachón que me tiene martirizada.

—¿Y piensa pagarlo todo? ¿Todo el champán rosado que queramos?

—Todo el que champán rosado que queramos.

—Lydia, no está bien.

—Conoce las condiciones y se niega a dejarme en paz.

—Pero es como si... como si te estuviera comprando.

—¡No me está comprando! No estoy en venta.

—¿No te da miedo?

—No es esa clase de hombres. En realidad me da pena. No sabe lo que quiere.

—Pero lo de las flores estuvo bien. Gracioso.

—Sí, estuvo bien.

—No sé, Lydia, todo esto me parece un poco ruin.

—¿Quieres ir a Float o no?

Tal como Lydia había imaginado, Conall no tenía puñetera idea de limpiar. Había volcado casi una botella entera de lavavajillas en el fregadero y Ellen, Lydia y él estuvieron a punto de ser arrastrados por un alud de espuma. La cocina parecía una fiesta de fin de curso.

Pero aparte de eso, tenía que reconocer que se había comportado. A Ellen le había caído bien.

—¿Eres el novio de Lydia? —le preguntó mientras Conall hundía sus manazas en la espuma, tratando de encontrar el fregadero.

—Todavía no, pero estoy tratando de serlo.

—¿Un hombre mayor?

—Eso parece.

—Lydia siempre ha gustado a los chicos.

—No me extraña, Ellen.

Lydia, Ellen y Conall se volvieron al oír la puerta de la calle. Era Ronnie, con los labios muy rojos bajo su satánica barba negra. Lydia no

podía recordar cuándo lo había visto por última vez.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó Ronnie en un tono bajo y amenazador.

—Lo de siempre —dijo Lydia—. Limpiando una casa asquerosa, cuidando de nuestra madre porque...

Ronnie la ignoró y se concentró en Conall.

—¿Quién eres tú?

—Conall Hathaway. —Se limpió el jabón en los tejanos, se irguió cuan alto era y estrechó la mano de Ronnie lo bastante fuerte para hacerle daño. Ninguno de los dos habló, pero fue tal la hostilidad que intercambiaron que Ellen miró nerviosa a Lydia.

El pulso se rompió cuando un ruido fuera de la casa hizo que Ellen mirara por la ventana.

—¡Ha venido Murdy!

—Parece una serie de la tele —comentó Conall.

Ellen rió encantada.

—Deberías venir más por aquí. Normalmente los chicos evitan a Lydia como a la peste.

Hubo un silencio de asombro por la astuta observación. Hasta Ronnie parecía sorprendido.

—Si te quedas un rato más —los ojos de Ellen titilaron— puede que Raymond llegue en avión desde Stuttgart.

Murdy entró corriendo y clavó los ojos en Lydia.

—Flan Ramble me ha contado lo del coche de lujo con matrícula de Dublín. —Contrajo la frente y casi chilló—: ¿Estás pensando en comprarte un Lexus?

—No, es de mi amigo.

Murdy retrocedió cuando Conall descendió sobre él.

—Conall Hathaway —dijo con una sonrisa gélida.

—Encantado, encantado. —Murdy era todo sonrisas y entusiasmo. Siempre se le iba un poco la olla cuando olfateaba dinero—. Los amigos de mi hermana son mis amigos. ¿Trabajáis juntos o es una relación personal?

Bombardeó a Conall con preguntas sagaces y empalagosos cumplidos. («¿Cuánto mides? ¿Uno ochenta y siete? ¿Ochenta y nueve? ¿Solo uno ochenta y dos? Pareces más alto.» «¿Tienes más coches aparte del Lexus?» «¿Qué conduce tu mujer? ¿No estás casado? ¡Caramba!» «¿Tienes intención de casarte con mi hermana?» «¿Qué coche le comprarías si

pasarais por la vicaría?» «Las inversiones en negocios básicos es lo mejor en los tiempos que corren.») Murdy estaba ansioso por hacerse una idea completa: ¿Cuánto valía Conall? ¿Cuánto poder tenía Lydia sobre él? ¿Qué podía él, Murdy Duffy, sacar de eso?

—¿Cómo es el hermano número tres? —le preguntó Conall a Lydia delante de Ronnie y Murdy.

—¿Raymond? Muy gracioso. Lleno de anécdotas divertidas.

—Ya me cae mal —murmuró Conall.

OceanofPDF.com

Día 30...

Katie no quería despertarse. No quería ir a trabajar. Todo era una mierda.

Si no hubiese sido por el relanzamiento de la carrera del pobre Wayne Diffney, se habría quedado donde estaba.

Cuando vio la nota en su felpudo dedujo que era de Fionn pero su corazón no se tomó la molestia de alegrarse. Su corazón no volvería a alegrarse nunca más. Desplegó la hoja e ignoró la ramita verde que cayó de ella.

Siento no haber llegado hasta ahora.

Ya.

Volveré a llamarte. Cuento con ello.

No lo creo.

Por favor, acepta este regalo.

Otro Conall que pensaba que podía comprarla. Además, ¿qué regalo? Echó un vistazo al rellano pero no vio flores ni bombones, ni una caja con ropa interior ridícula. Existía la posibilidad, claro está, de que se lo hubiera robado un vecino, pero lo dudaba. Mucho más probable, no, seguro, era que ese Fionn fuera otro excéntrico. Un nuevo Conall en su vida.

Hizo una pelota con la nota y la arrojó por encima del hombro a su sala de estar, luego cerró la puerta. Había un hierbajo en el suelo, junto a la escalera. Debería recogerlo y tirarlo a la basura, pero en lugar de eso lo hizo papilla con la suela roja de su Louboutin.

¿Por qué le había contado a la gente del trabajo lo de Fionn? Seguro que estaban impacientes por oír cómo le había ido con él. No podía soportar la idea de que le tuvieran lástima, así que decidió mentir. «Miente, muéstrate vaga y displicente.» Sí, vino, diría. Sí, era muy guapo. Pero un poco tonto. No, no se acostó con él. No, no volvería a verlo.

OceanofPDF.com

Día 30...

Nada de maquillaje esa noche. Cuanto Katie llevaba en la cara era una expresión de agria decepción.

Poco después de las nueve llamaron frenéticamente a su puerta. Podría tratarse de un hombre con pasamontañas, un arpón en la mano y el diablo en el corazón, pero abrió de todos modos. ¿Qué importaba? Que invadiera su casa, que la maltratara... ya todo le daba igual. Sin embargo, no le sorprendió del todo descubrir a Fionn, rubio y deslumbrante, lanzando una sonrisa rebotante de amor a su ofendido rostro.

—Llego tarde —dijo.

Veinticuatro horas y veinte años, pensó ella.

—¿Puedo entrar?

—No. Anoche habrías podido, pero, por desgracia, perdiste tu oportunidad.

—Anoche tenía algo que hacer y me llevó más tiempo del que pensaba —repuso él—. ¿Recibiste la ruda?

—¿La qué?

—La ruda.

Sí, eso creía que había dicho.

—Es una hierba. Anoche te dejé una ramita.

Katie recordó el hierbajo que había aplastado con el zapato esa mañana.

—No sé de dónde salió —prosiguió rápidamente Fionn—. Yo no la planto, es venenosa. Pero anoche, cuando te escribí lo mucho que lo sentía, apareció en mi bolsillo. Tienes que perdonarme. Está escrito.

Chorradas.

—Eres un irresponsable.

—¡Sí! Y un oportunista, un liante, un tarado inmaduro y, sobre todo, un capullo. Pero estoy dispuesto a cambiar. Por ti.

Katie guardó silencio. Una disculpa admirable. Mucho más angustiada y convincente que todo lo que Conall había sido capaz de improvisar.

—Me aterra la idea de que no me perdones —prosiguió Fionn—. Puedo contarte lo que me ocurrió anoche. Tenía que ir a Greystones y me subí en el Dart equivocado, en parte porque, como dices, soy un

irresponsable, y en parte porque intento hacer ver que Dublín no existe a pesar de que viví aquí hasta los doce.

Apoyó una rodilla en el suelo.

—Levántate —dijo Katie—. Hasta ahora ibas bien, pero esto empieza a parecer una pantomima.

—... convertí una habitación entera en un almacén para zapatos. ¿Recuerdas el que Big le hizo a Carrie? Te lo describiré para que...

—... Jemima me compró una cazadora. ¿Recuerdas las cazadoras Harrington? Era una cazadora corriente, pero intentaba convencerme de que cuando la llevaba puesta tenía poderes mágicos y podía hacer que mi padre regresara del mar...

Habían acabado en la cama de Katie, completamente vestidos, susurrando sus secretos en la cara del otro.

—... mi pequeña furgoneta e iba a los festivales y la gente malherida acudía a mí y yo les lavaba las heridas y tenía tiritas de todos los tamaños porque necesitas una tirita pequeña para el dedo, pero si tienes un corte en la rodilla necesitas una grande, de diez centímetros de largo...

Le sostuvo la cara con firmeza y volvió a besarla. Menos mal que estaba tumbada, pensó, de lo contrario se habría desmayado. Nunca la habían besado así, tan lentamente, tan interminablemente, como si besarse fuera su razón de existir.

—¿Qué le pasa a tu mano? —preguntó—. ¿Te has cortado?

—El perro de Jemima me mordió anoche. Hizo ver que fue un accidente. No está bien de la cabeza.

Volvieron a besarse y una eternidad después, Fionn habló.

—¿No lo sentiste también? —murmuró—. En cuanto te vi supe que eras la persona más importante que conocería en mi vida.

—¿Por qué yo?

—Porque tú no morirás.

—¿Qué quieres decir?

—No lo sé muy bien.

—Pero sí moriré. Todos morimos.

—Pero tardarás mucho. Has superado la parte delicada. Los treinta. Es en la treintena cuando mueren las mujeres.

—¿Tu esposa?

—No.

—¿Tu madre?

Fionn asintió.

—Eso era lo que trataba de conseguir cuando me ponía mi supercazadora, que volviera.

Katie tuvo que dejar pasar unos segundos para no parecer insensible. Luego preguntó:

—¿Así que aparento cuarenta?

Pensaba que lo llevaba bastante bien, la verdad. Siempre poniéndose protección solar, bebiendo mucha agua, lo típico.

—No estoy diciendo eso. Yo nunca sé qué edad ponerle a la gente. Pero contigo me sentí seguro.

—¿Seguro en qué sentido?

—Seguro frente al dolor. Seguro frente a todo.

OceanofPDF.com

Día 29

Cuando Katie despertó, el sol de la mañana inundaba su dormitorio. Estaba vestida, pero le habían quitado los zapatos. Tenía la sensación de estar envuelta en vaporosas telas tejidas por hadas. No tenía ni idea de que su viejo edredón pudiera ser tan agradable.

—Tengo que irme —dijo Fionn—. A trabajar.

—Vale.

—¿Esta noche?

Katie asintió.

—Tengo un regalo para ti. —Sacó una ramita de salvia.

—¿Más ruda? —Katie bostezó—. ¿No te dije que estabas perdonado?

—Es salvia. La planté hace meses y no sabía por qué, pero ahora sé que la planté para ti. La salvia representa la sabiduría.

—Gracias. —Dejó que le pusiera la ramita en la mano, pero Katie no quería sabiduría. Fionn era su aventura, un regalo que se hacía a sí misma, y estaba dispuesta a abrazar la estupidez de *motu proprio*.

—Vaya, vaya, parece que alguien ha tenido una noche movidita —exclamó Danno mientras Katie se acercaba a su mesa.

—Chica, estás radiante —dijo George.

—¿Estás más... delgada? —Lila-May entornó los ojos—. ¿Desde ayer, quiero decir?

—¿Ha vuelto Verdugo? —preguntó Danno.

Katie casi dio un traspié.

—No.

—¿Quién entonces? ¿El jardinero célebre?

Katie asintió.

—¡Pero si dijiste que era tonto!

—Ya, bueno...

OceanofPDF.com

Día 29...

Matt y Maeve estaban tumbados en el sofá, viendo cómo unos desconocidos reformaban un cuarto de baño. Llevaban veintiséis minutos sin pronunciar palabra cuando Matt abrió la boca y dijo:

—Es normal que la gente sospeche de un hombre que se ha comprado un hacha.

—¿Qué?

—Un hacha. Si un hombre llega a casa con un hacha nueva y reluciente, ¿no sospecharías que planea convertirse en el asesino del hacha? ¿Para qué otra cosa se utiliza un hacha?

—¿Para cortar leña?

—¿Quién corta leña hoy día? No estamos en el cuento de Caperucita Roja.

—¿De qué estás hablando?

—En la parada del autobús había una mujer...

—¿Estás pensando en matarme?

—¡Maeve!

—Tal vez tu subconsciente esté intentando decirte algo.

—¡Yo no tengo subconsciente! Esa maldita doctora Shrigley te está metiendo ideas raras en la cabeza. Solo digo que el otro día había una mujer en la parada del autobús que...

—¿Qué harías si me muriera?

Matt se esforzó por mantener la calma.

—Mi vida sería insoportable, estaría acabado.

—Conocerías a otra chica como yo.

—Eso es imposible. Nunca habrá otra como tú.

—Hay millones de chicas como yo, de hecho, mucho mejores que yo. Serías más feliz con una de ellas.

—No.

Maeve soltó una risa queda, casi desdeñosa.

—Antes solías decir que si yo me muriera te suicidarías.

—... Y lo haría. Me suicidaría. Eso es lo que quería decir.

—Pero no es lo que has dicho.

—Pero es lo que quería decir.

Se produjo un silencio tenso.

—En cualquier caso —dijo Matt—, no te vas a morir.

Yo no estaría tan seguro de eso, amigo mío...

Final mente he comprendido que Maeve no conduce temerariamente solo para contrarrestar el tedio de su vida doméstica. Estos últimos días he estado observándola detenidamente. Pese al muro que nos separa, ha tenido uno o dos pensamientos tan intensos y espantosos que me han llegado.

«Si ese camión derrapara y se me echara encima, no me importaría, no me importaría en absoluto.

»Si me salto ese disco en rojo y me atropella un coche, solo pido morir al instante.»

No tiene intención de atiborrarse de pastillas o cortarse las venas; en cualquier caso, todavía no. Pero si conduce su bici el tiempo suficiente y con la imprudencia suficiente, algo le ocurrirá.

OceanofPDF.com

Día 27

Dos días y medio de juego erótico. El fin de semana entero. Tardaron días en desvestirse. No fue hasta el domingo por la noche cuando Fionn desenvolvió a Katie como si estuviera realizando un acto sagrado.

Esbelto y fibroso, se quedó desnudo frente a ella. La besó por todo el cuerpo, en los dedos de los pies, detrás de las rodillas, en la base de la columna, en partes del cuerpo que Katie ignoraba que tenía. Cuando estaba a punto de explotar, rodó sobre él pero Fionn la detuvo.

—Por favor —dijo—. Es nuestra primera vez y no quiero que termine.

Katie gimió.

—No, tiene que ser ahora.

Resbaló suavemente sobre él y el placer fue tal que sintió que sus cuerpos se fundían. Nunca había experimentado un sexo igual, era casi místico.

En cuanto tocó a su fin comenzó de nuevo, un acto continuo, fluido. Katie se sentía tan dichosa, tan relajada, tan libre y suelta, que se durmió con él todavía dentro. Había amanecido.

No obstante, sus corazones... No puedo sentir los latidos de Fionn. Es como si se hubiera entregado por completo a Katie. Se han fundido en un solo ser.

OceanofPDF.com

Día 26

Buenos días tengas hoy. Estoy pasando por una prueba difícil y acudo a ti, mi hermano irlandés, en busca de ayuda.

Correo basura de un artista fraudulento. Conall estaba leyendo su BlackBerry y no pudo por menos que admirar lo bien que habían pillado el tono para el mercado irlandés. Recorrió distraídamente la triste historia de los activos paralizados en bancos extranjeros... cuando algo le hizo levantar la vista. Una mujer joven se acercaba a su mesa acompañada de una azafata. Tardó unos segundos en reconocer a Lydia. Parecía otra persona con esa falda corta, esos tacones y el maquillaje. Estaba sorprendentemente sexy.

Guardó la BlackBerry y se levantó.

La seguían otras tres chicas, las tres radiantes, perfumadas y sonrientes, pero ninguna tan sexy como Lydia. Cerraban la marcha dos tipos insulsos que pasaban prácticamente desapercibidos.

—Señor Hathaway, sus invitados. —La azafata sonrió y se marchó.

Conall se inclinó para besar a Lydia en la mejilla pero ella había girado la cabeza para comparar su mesa con las demás mesas de la discoteca. La observó recorrer la sala con la mirada, reparando en su posición estratégica por encima de la pista de baile y su proximidad a las escaleras que conducían a la piscina.

—Buena mesa —concluyó.

—La mejor del local —dijo Conall. Porque la había pedido expresamente. Y había pagado por ella. No tenía sentido dejar esas cosas a la suerte.

Lydia pareció acordarse entonces de las personas que la acompañaban.

—Ah, sí, Poppy, Shoane, Sissy, Conall.

Las chicas estuvieron amables pero mostraron muy poco interés por él; nada que ver con las otras ocasiones en que Conall había sido presentado al círculo de amigas de su novia de turno. Tales acontecimientos se caracterizaban por una expectación tensa y atroz. Su novia lo presentaba y exhibía como si fuera un trofeo, orgullosa y ansiosa por que cayera bien a sus amigas. Invariablemente, la conversación era demasiado rápida y en un tono de voz demasiado agudo; se producían ataques de risa rayanos en la

histeria sin venir a cuento; algunas observaciones eran mal interpretadas y cualquier intento de aclararlas empeoraba todavía más las cosas.

Esto no podía ser más diferente. Conocer a las amigas de Lydia no tenía nada que ver con pluses y cuñas de queso. Aquí él no era más que un idiota que les venía bien porque era socio de Float.

Lydia les indicó a los dos muchachos que se acercaran.

Parecían cautelosos, incluso nerviosos.

—Este es Steady Bryan.

—Encantado de conocerte, Steady Bryan.

—Y este es BusAras Jesse.

—¿Qué tal, tío? —Jesse era un joven enérgico y vivaracho. Su acento sonaba sudafricano. No, probablemente zimbabuense.

—Sentaos —dijo Lydia, y hubo una estampida hacia la mesa. Solo gracias a un hábil juego de piernas logró Conall colarse delante de Shoane y sentarse al lado de Lydia.

Una camarera alta y rubia, mostrando un metro de bronceada pierna, murmuró:

—¿Abro ya el champán, señor Hathaway?

Conall asintió con una sonrisa.

En silencio, observaron cómo el champán era extraído de la cubitera, descorchado y servido.

—Rosado —señaló Poppy.

—Te lo dije —replicó Lydia.

Después de llenar las siete copas, la botella estaba casi vacía. «¿Otra?», preguntó la camarera a Conall con la mirada.

Él asintió discretamente, pero al parecer no lo bastante, porque vio cómo Poppy agarraba el brazo de Sissy y Sissy agarraba el brazo de Poppy y se daban un fuerte apretón. «¿Te lo puedes creer?»

Alzaron las copas y las entrechocaron ruidosamente.

—Un brindis —gritó alguien.

—¡Por Lydia! ¡Por habernos traído aquí!

—No, no. ¿Cómo se llama tu amigo? —Conall le oyó preguntar a Steady Bryan.

—Conall Hathaway —respondió Lydia, como si no lo tuviera sentado al lado.

—¡Por Conall Hathaway!

—¡Eso, por Conall Hathaway!

Conall se permitió una pequeña sonrisa. Sabía reconocer una burla.

—¿Cuándo nos bañaremos? —preguntó Sissy unas botellas más tarde.

—Todavía no estoy lo bastante borracha —contestó Shoane.

—Tiene gracia —dijo Sissy—. Yo creo que estoy demasiado borracha. Podría ahogarme. Caray, no puedo creer que esté aquí.

—Yo no pienso bañarme. —Lydia detestaba el agua. Detestaba mojarse. El cabello se le encresparía y se le iría la crema bronceadora. Le gustaba la idea de una discoteca con piscina, pero en realidad no había necesidad de usarla.

—Ese Conall no es tan horrible como dijiste —susurró Shoane—. Aún se le podría hacer un favor.

—Para.

—Solo tiene cuarenta y dos —dijo Poppy—. ¿Vas a acostarte con él?

—¡Nooo! —rió Lydia—. ... Bueno, lo más seguro es que sí.

—Es lo justo.

—Es lo decente.

—Después de todo el champán que ha pagado.

—Sé amable con él.

—Haz feliz al pobre viejo.

—De acuerdo. Pero por lo que más queráis... —Lydia congregó las cuatro cabezas en un estrecho círculo—. ... no dejéis que baile.

—No, no, eso sería tremendo. Uno de nosotros podría darle conversación. ¿Qué tal Bryan?

—Hecho. Tampoco quiero que Bryan baile —dijo Poppy—. Si le veo bailar podría cancelar la boda.

Conall introdujo la mano en el bolsillo y acarició su BlackBerry. ¿Podría...? Solo un vistazo rápido ¿Por qué no? Después de todo, a nadie le importaba. Estaba solo en la mesa, el resto se había largado. Unos segundos después estaba respondiendo abiertamente a sus correos electrónicos.

Hacía una hora que no veía a Lydia. Ella y las otras chicas se habían ido a bailar y aunque él no había tenido intención de bailar —tenía su dignidad— Lydia le había plantificado una mano en el pecho y ordenado:

—Tú te quedas aquí, hablando con Steady Bryan.

Pero Steady Bryan no era un gran conversador. Parecía tan aterrado por su inminente boda que apenas podía hablar. Murmuró algo sobre un cigarrillo y esa fue la última vez que Conall lo vio.

Al principio BusAras Jesse le había parecido una mejor opción. Había obsequiado a Conall con la historia de cómo conoció a Sissy en la cola de BusAras. Algo relacionado con una conversación sobre la palabra «mustio» en la que intervinieron varios pasajeros. Luego le habló de los muchos países donde había hecho *puenting* y sobre su plan de descender en *snowboard* por alguna pista negra donde siempre se mataba gente.

—Es ilegal, pero conozco a un tipo. La Guardia Pretoriana de Gadafi entrena allí. —¿Qué le pasaba a la gente del hemisferio sur con los deportes de riesgo? ¿Y tenía Gadafi una Guardia Pretoriana?

Luego Jesse lo retó a una competición de contener la respiración en la piscina y cuando Conall rechazó la invitación, se mostró sorprendido y ofendido.

—Como quieras, tío —espetó, y se marchó, dejándolo solo con su BlackBerry.

—¿Falta algo por aquí? —La camarera había vuelto.

—Eh... otra botella, supongo —dijo Conall.

—Muy bien. ¿Algo más?

Conall se sintió fuertemente tentado. Ahí también servían comida. Pero no podía hacerlo; un hombre maduro comiendo un cuenco de helado de chocolate en una discoteca sería una imagen demasiado ridícula. Cocaína, eso era lo que se tomaba en las discotecas, no helado.

—No, gracias. Solo otra botella de esa cosa.

Cuando la camarera se hubo marchado, Conall empezó a tener serias dudas. Llevaba mucho rato sin ver a Lydia. Tal vez ella y sus amigas se hubieran marchado. Se levantó para echar un vistazo a la pista de baile y de pronto Lydia apareció justo delante de la mesa.

—Estábamos en la piscina —dijo—. Es muy pequeña. —Agitó las manos, salpicándole la cara de agua, y se marchó riendo.

Conall se secó lentamente la frente con la manga. Había tenido suficiente. Detestaba ese lugar. Era socio de todas las discotecas de Dublín por si alguna figura en la sombra que estuviera de visita en la ciudad deseaba ir, pero él no las frecuentaba y ese lugar le parecía aún peor que los demás. Había observado que no era el único hombre de Float con una pandilla de mujeres mucho más jóvenes; la única diferencia estaba en que

sus chicas no eran rusas. De pronto se sintió ridículo, explotado y explotador, y bastante deprimido. Era prácticamente incapaz de aceptar un fracaso, pero su corazón no estaba en esto. Uno elige sus batallas y a él ya no le importaba ganar esta.

Inesperadamente, pensó en Katie.

OceanofPDF.com

Día 26...

Katie se inclinó hacia delante cuando la primera secuencia de *Tu edén privado* apareció en la pantalla. Había mucha gente concentrada en la diminuta sala de edición: Jemima, Rencor, Grainne Butcher, Mervyn Fossil, Alina y varios técnicos y mensajeros. Estaban hacinados en un sofá, prácticamente unos encima de otros. No era la versión final, le faltaba la música, pero se trataba de un gran momento porque hasta la fecha solo Grainne había visto un programa entero.

¡Y hete ahí que apareció la primera toma de Fionn! En lo alto de una colina, contemplando pensativo el horizonte. Katie le estrujó la mano, empapada de sudor a causa de los nervios.

Fionn le había llamado esa mañana a la oficina.

—Grainne me ha dicho que el primer episodio está terminado. Vamos a verlo esta noche. ¿Quieres venir?

Katie estaba sorprendida y conmovida, sobre todo porque no le había dado el número de su oficina.

—Alina me lo consiguió —confesó Fionn.

Katie tenía la mirada fija en la pantalla mientras rezaba para que el programa no fuera un completo bodrio. ¿Y si lo era? ¿Qué le diría a Fionn? «Audaz» era una buena palabra. «Sorprendente» también.

Tenía que reconocer que la cámara no le hacía justicia; Fionn era mucho más bello en la realidad. Y la parte de empezar tu propio compostaje no iba con ella. No obstante, cuando pasaron a la sección en que Fionn se paseaba por un mercado hablando de los productos de temporada y la pantalla se llenaba de primeros planos suyos manipulando y acariciando verduras fálicas con sus enormes manos, Katie experimentó algunas sensaciones interesantes.

—Uau —murmuró, y Fionn le lanzó una mirada de gratitud.

De vez en cuando la cámara insertaba escenas de Fionn sacando piedrecillas, hierbas o cristales de sus bolsillos que regalaba a los transeúntes. La gente reaccionaba con asombro e interés y las más de las veces el regalo resultaba curiosamente adecuado para sus vidas. Estas pequeñas estampas humanas se convirtieron en un tema recurrente a lo largo del programa, y cada vez que Fionn se llevaba una mano al bolsillo

Katie se descubría aguardando con expectación. ¿Qué saldría esta vez? ¿Qué representaría para la persona?

—Esa cazadora debería tener su propio programa —dijo Katie, y la sala estalló en carcajadas.

Debido a su trabajo, Katie sabía ver la diferencia entre un producto genuino, de calidad, y un producto superficial, sin sustancia. Para ella, *Tu edén privado* era un buen producto. Su éxito dependería, naturalmente, de los índices de audiencia, que dependían a su vez de la franja horaria, que dependía a su vez de la publicidad, que dependía a su vez de los índices de audiencia. Vaya, un pez que se mordía la cola. Era muy difícil hacer que un programa de televisión triunfara. Había un número incontable de variables y la suerte jugaba un papel importante.

Mervyn estaba junto a la puerta, custodiando tres botellas de algo burbujeante. Si no pensara que el programa iba a funcionar, las habría devuelto al coche para llevárselas a casa.

—Ábrelas —le ladró Grainne—. Las tres.

Se descorcharon botellas, se sirvieron copas y se intercambiaron buenos deseos.

—¡Enhorabuena! —Katie alargó un brazo para brindar con Fionn, Jemima, Grainne y de nuevo Fionn.

Bebieron un largo sorbo mirándose a los ojos. No era champán. Ni siquiera era Prosecco. Era una cosa espumosa barata, pero sabía a felicidad.

OceanofPDF.com

Día 26...

Un programa de reformas del hogar. Joder, pensó luego Matt con cierta acritud, si eso no es seguro, ¿qué lo es? Ni siquiera era lo que se dice atractiva, la presentadora, Rhoda Stern. Bueno, lógicamente tampoco tenía dos cabezas, porque de haberlas tenido nunca le habrían dejado presentar un programa, pero su gancho residía en su franqueza, su forma de comentar — con lo que Matt consideraba un regocijo innecesario— todos los errores que la gente cometía a la hora de decorar sus hogares.

Matt y Maeve estaban tumbados en el sofá, viendo con cierta lástima cómo Rhoda se burlaba de la decoración del dormitorio de una pareja joven.

—No me parece tan horrible —dijo Maeve—. Las cortinas están bien.

—¡Pero! —gritó Rhoda. (Porque los presentadores siempre gritaban en estos programas.)—. ¡Hay algo que salva a este dormitorio de ser un completo desastre! —La cámara viró para mostrar una cama gigante—. Mmm. —Rhoda se pasó la lengua por los labios—. Ya sé lo que me gustaría hacer en esta cama. —Lanzó una mirada insinuante a la cámara—. Me gustaría dormir doce horas seguidas.

Pero ya era demasiado tarde. Algo en esa insinuante mirada había despertado a la bestia. De repente, Matt se dio cuenta de que algo se movía. «Ahí abajo.» En su entrepierna. Se estaba hinchando, ensanchando, como si litros de sangre se estuvieran concentrando en esa zona. «Para —se dijo—. Te ordeno que pares.» Pero la bestia seguía desplegándose, cada vez más dura, como si tuviera vida propia. Matt cambió ligeramente de postura para que Maeve no lo notara, pero con eso le dio más espacio para expandirse, hasta que empezó a hacer presión contra los calzoncillos.

«Tipos de interés —pensó desesperado—. Cirugía dental.» Cualquier cosa con tal de impedir que su cuerpo lo traicionara. «Excrementos de ratón. Gangrena...»

Advirtió que Maeve se ponía tensa. Lo había notado. Maeve se volvió y observó su rostro colorado.

—¿Matt...? —Parecía casi desconcertada.

Sin decir palabra, se levantó, procurando que ninguna parte de su cuerpo entrara en contacto con esa zona, y unos segundos después Matt escuchó el ruido del agua en el cuarto de baño.

—Voy a darme un baño —gritó Maeve en un tono falsamente despreocupado.

—Que lo disfrutes —dijo Matt, fingiendo igual despreocupación.

La puerta del cuarto de baño se cerró con un golpe seco y Matt, abatido, se hundió de nuevo en el sofá. «Soy un hombre. Soy un animal. Estoy programado para tener determinadas respuestas a determinados estímulos. No puedo evitarlo. No tengo control sobre ello», pensó.

Acabo de reparar en algo horrible: los latidos de Matt y Maeve están en perfecta sintonía, pero hace mucho, mucho tiempo que entre ellos no sucede nada de naturaleza sexual.

OceanofPDF.com

Día 26...

Sentada en el retrete, Lydia contempló su móvil. Ocho llamadas perdidas. Cuatro mensajes. Todos de Flan Ramble.

Joder. Justo cuando empezaba a divertirse.

Pero no iría, esta vez no. Que se hiciera cargo Murdy. Que se hiciera cargo Ronnie. Que se hiciera cargo mamá. Después de todo, si su madre estaba bien no había necesidad de que ella abandonara Float y condujera hasta Boyne en plena noche. Además, estaba demasiado pedo para conducir.

Lógicamente, sus hermanos esperarían que reaccionara enseguida, que se subiera corriendo al coche, pero esta vez podían irse a la mierda. Había hecho ese trayecto demasiadas veces y todo para que la acusaran de intentar robarle a su madre. Que intenten arreglárselas sin ella por una vez. Que se den cuenta de que ella, Lydia, tenía razón y ellos estaban equivocados... Absorta en su discurso autocompasivo, pegó un brinco cuando le sonó el móvil.

Flan Ramble otra vez. Pero no, no era él. Era...

—¿Mamá?

—¿Lydia?

—¿Estás bien?

—... Eh... no. —Su voz sonaba débil y lastimosa—. He hecho algo pero no recuerdo haberlo hecho y los agentes están aquí. Estoy muy asustada.

—Oh, mamá. ¿No habrás matado a alguien?

—No, no. —No sonaba muy convencida—. Flan está aquí. Que te lo cuente él.

—Se trata de un asunto muy feo —dijo Flan en un tono elevado—. Tu madre regresaba a la ciudad después de dejar a un cliente en las afueras y ha debió de calcular mal una curva porque se ha salido de la carretera y ha caído al embalse, y en lugar de correr a ponerse a salvo como cualquier persona normal, se ha quedado en el coche, riendo, mientras se hundía en el lodo. Cuando la policía ha llegado no podía creer que no estuviera borracha, que estuviera completamente sobria. Te advertí que tu madre no debía conducir ese taxi —dijo con voz repelente—. Y después de esto no volverá

a hacerlo. Si esta noche no la pasa en el calabozo se deberá únicamente a que es un personaje muy querido en el pueblo.

—Bien. Voy para allá.

Conall seguía en la mesa. Enviando correos electrónicos, al parecer. Caray con el juguete.

—Tengo que irme —dijo Lydia—. Ha ocurrido algo. Gracias por todo.

—Espera. ¿Qué ha pasado?

—Mi madre se ha caído al embalse con el coche.

—¿Está bien?

—Sí, pero muy... afectada.

—No tienes por qué ir. Dos de tus hermanos están allí.

—Ya viste cómo son.

—¿No tendrás intención de conducir?

—Cogeré un taxi. Seguro que uno de los muchachos me hace el favor.

Conall se levantó.

—Yo te llevaré.

—¿Tú? ¿No estás por encima del límite?

—El champán rosado no es lo mío. ¿Quieres despedirte de tus amigas?

Lydia lo meditó. Estaban muy borrachas y, a decir verdad, no acababan de entender la historia de su madre.

—No, vámonos.

OceanofPDF.com

Día 25

Fionn despertó a Katie temprano.

—Démonos un baño juntos —le susurró, ayudándola a levantarse.

Había encendido velas perfumadas, la bañera rebosaba de espuma y pétalos de rosa habían aparecido de la nada. Katie tenía la risa tonta y las piernas tan flojas que apenas podía mantenerse en pie. Fionn la introdujo en el agua caliente. Luego la lavó, acariciándola con la resbaladiza espuma, hasta tenerla colorada y ardiendo de deseo.

—Tengo que irme —dijo Fionn.

—Muy bonito. Déjame aquí, medio muerta. —Casi no podía hablar. Era como estar colocada.

—¿Esta noche?

—Tengo una cosa de trabajo. Una fiesta de lanzamiento. Wayne Diffney. Pobre Wayne. —Katie rió suavemente para sí.

—¿Por qué pobre Wayne?

—Oh, ya sabes —dijo, arrastrando casi las palabras—. Cuando estaba con los Laddz le obligaban a ser el del pelo estrambótico.

—¿Como la Ópera de Sidney?

—Ese.

—Sabía que el nombre me sonaba.

—Cuando empezó su carrera en solitario su esposa le dejó por Shocko O'Shaughnessy y su discográfica lo abandonó. Más tarde compuso un álbum sobre todo eso y ¿sabes qué? Que no está nada mal. He escuchado cosas peores, mucho peores. Esta noche es su gran relanzamiento. Hay mucho en juego.

—Podría ir a tu casa después.

—La cosa se alargará. No empieza hasta las diez.

—¿Puedo ir contigo?

—¿Qué?

—¿He dicho algo que no debía? Llevo tanto tiempo viviendo en el culo del mundo que no sé cómo se hacen las cosas en la gran ciudad.

—No, es solo que... —Que Conall jamás había asistido a ninguno de sus lanzamientos. Los utilizaba como excusa para trabajar él también.

OceanofPDF.com

Día 25...

Matt no reconoció el número pero respondió de todos modos. En Ventas siempre tenías que responder por si se trataba de alguien que había decidido inopinadamente comprar un sistema de software de un millón de euros y este era el único momento en que podía llamar.

—Le habla Matt Geary.

—Soy Russ.

¡Dios! El amigo de Alex, el otro padrino.

—¡Russ! —Automáticamente adoptó un tono eufórico. No sabía nada de Alex desde que le había dado plantón la semana antes, y en cierto modo su silencio era más vergonzante que si le hubiera telefoneado para echarle la bronca—. ¿Cómo va todo, Russ?

—No muy bien. ¿Qué te ocurre, Matt? Tu hermano va a casarse...

—Es el trabajo —le interrumpió—. Ya sabes, ¡corren tiempos difíciles!

—Soltó una risotada—. ¡Estoy hasta las cejas!

—He reservado los vuelos a Las Vegas.

—¿En serio? —¡Mierda!—. Buen trabajo. Un millón de gracias...

—Para doce. Volamos el 23 de agosto y regresamos el 30. Necesito que me pagues con un talón. Te enviaré los datos por correo electrónico.

—Gracias, Russ.

—Supongo que ya has pedido esa semana en el trabajo.

—¡Claro! ¡Hace siglos! —Ni lo había mencionado.

—Bien. Estábamos un poco preocupados... También he reservado el hotel.

—¿En serio? ¡Sí que has hecho cosas!

—El Metro MGM. Compartirás habitación con Walter.

—¿Mi padre? Ostras...

—Si no te gusta, te aguantas. Haber venido la semana pasada al Duke. Ahora escúchame bien, Matt. Alex ha puesto mucho de su parte en todo esto, pero hay cosas que solo tú y yo podemos organizar.

—¿Como qué?

—Sorpresas —espetó irritado Russ—. Ir en quad, esa clase de cosas. No podemos esperar que el pobre Alex reserve sus propias sorpresas. Tenemos que vernos.

—¡Claro! Oye, te llamaré dentro de uno o dos días.

—No, quedemos en algo ahora...

—¡Claro! Te llamaré. —Matt colgó de golpe. El teléfono se le resbaló de las manos. Las tenía empapadas de sudor.

—Y dígame, señor Geary, ¿cuánto falta para que cierre el trato con su Bank of British Columbia?

Las manos de Matt no se habían secado aún por la llamada de Russ cuando le avisaron de que debía presentarse en el Despacho del Terror para dar cuenta a Kevin Day, el director ejecutivo, de todo el dinero que se había gastado intentando en balde vender un sistema al Bank of British Columbia.

Los tres peces gordos de Edios —el director ejecutivo, el director financiero y el presidente— se habían reunido en el despacho de Kevin y estaban impacientes por hablar con Matt. Sin previo aviso.

—Ha aflojado una buena pasta —dijo el director financiero, dando golpecitos a una hoja y evaluando a Matt con la mirada.

—Tenía que gastarla para conseguir el acuerdo. —¿Podían ver el sudor brillando en su cara bajo las fuertes luces del techo?

—¿Y cuándo cerrará ese acuerdo? —preguntó Kevin Day.

¿Cuándo? Hacía más de diez días que el banco no respondía a sus llamadas.

—Creo que... —empezó Matt, mirando el rincón del techo—. Yo diría que lo tendremos todo listo la próxima semana.

—¿En serio? —Otra mirada perspicaz del director financiero.

Matt sintió un nudo en el estómago. Dios, estaba asustado. Debería haberse imaginado que eso iba a ocurrir. No entendía por qué no se había preparado.

—La próxima semana. Excelente —dijo el presidente—. Y cuénteme, Matt, ¿cómo anda la moral del equipo?

La moral estaba por los suelos. Matt y su equipo habían invertido un montón de energía en ese acuerdo, el banco no había respondido pero tampoco los había liberado para que pudieran lamerse las heridas y pasar a otra historia.

—¿La moral? —Matt esbozó una sonrisa de oreja a oreja y notó que un hilo de sudor le caía por la espalda—. ¡Por las nubes!

Matt tenía el candidato perfecto delante de sus narices. Un anciano atascado en la caja automática de Tesco. No conseguía registrar los códigos de barras e ignoraba que tenía que pesar las manzanas. Parecía confundido y algo intimidado por las vibraciones hostiles de la agresiva cola que había generado a su espalda. Un regalo del cielo. Matt solo tenía que acercarse, marcar las manzanas en la pantalla y mostrarle dónde estaba el código de barras de sus galletas.

Pero pasó de largo y se colocó en otra cola.

Nada de Acto Amable ese día. Y nunca más. ¿Para qué? No servían de nada. Y pensaba decírselo a Maeve. Esa noche, cuando llegara a casa y ella le preguntara, como siempre, cuál había sido su Acto Amable del día, le diría que no lo había hecho. Así, sin más. Sin explicaciones ni disculpas nerviosas. Le dejaría bien claro que había tenido una oportunidad de oro y que la había dejado pasar. A ver qué decía a eso.

—¿Qué tal tu día? —le preguntó Matt a Maeve.

—Como siempre.

«Vamos, pregunta, pregunta.»

Estaba preparado, estaba listo, estaba a punto.

«Vamos, pregunta, pregunta.»

Pero Maeve no preguntó. Tampoco le relató su AA del día, lo cual también era extraño. Pero más le extrañó que, llegada la hora de acostarse, se pusieran su ropa de dormir y Maeve no sacara de su cajón las libretas de las Tres Bendiciones.

En vista de que no le daba ninguna explicación, Matt finalmente estalló. Tenía que saber qué estaba pasando.

—Maeve... esto... ¿hoy no anotamos las Tres Bendiciones?

—No.

—¿Lo quieres dejar?

—Sí.

—... ¿Por qué?

—Porque no funciona.

Entonces Matt se asustó de verdad.

OceanofPDF.com

Día 25...

Conall entró en una gasolinera de los alrededores de Boyne.

—Compraremos algo para el viaje.

No había comido nada en todo el día, solo había bebido incontables tazas de té en la cocina de Ellen. Alguien, probablemente Sabrina, la esposa de Murdy, había hecho una visita rápida a SuperMacs pero había calculado mal la cantidad de comida necesaria. La casa se había convertido en un cuartel general y llenado de gente: Buddy Scutt, Flan Ramble y varios agentes, además de Murdy y Ronnie. Todo genial, pensó Lydia, pero se habían comido su cena y la de Conall. Menudo caradura ese Buddy Scutt, ahí sentado atacando el pollo de Lydia cuando nueve meses antes había tenido el valor de decirle que a su madre no le pasaba nada.

Lydia le había pedido a Conall que se marchara, que ya encontraría la forma de regresar a Dublín, pero él había dicho que su BlackBerry tenía tan buena señal que se quedaba. De modo que Lydia dejó que se quedara. Se daba cuenta —y le resultaba sumamente irritante— que todo el mundo la tomaba más en serio desde que Conall rondaba por la casa.

Conall cliqueaba en su BlackBerry y nadie lo llamó maleducado. Luego, cuando Ellen se marchó al cuarto de baño, declaró:

—Escuchad, lo que Ellen necesita es una resonancia magnética. Eso os dará una idea de cómo están las cosas.

—¿Una resonancia magnética?

—¿Qué hace?

—Proporciona una foto del cerebro —explicó secamente Lydia. Nadie la había escuchado cuando la solicitó, pero ahora que un hombre rico que conducía un Lexus la aconsejaba, de repente eran todo oídos—. Muestra las partes dañadas, y a partir de ahí es posible administrarle un tratamiento.

—¿Cómo se consigue?

—Ha de recomendarla su médico de cabecera.

—Pero su médico de cabecera se niega a hacer tal cosa —añadió Lydia.

—¿Puedes conseguir que le hagan una resonancia magnética? —Ronnie se volvió hacia Buddy Scutt con la mirada acerada.

—Eh... —Buddy se removió en su asiento—. Supongo que sí.

—¿Por qué no lo has hecho antes? —dijo Ronnie entre dientes.

—Eso —le secundó Murdy con desdén—. ¿Por qué?

—Pensaba que a vuestra madre no le pasaba nada. Y vosotros también.

—Yo no soy médico.

—Yo no soy su hijo.

—Podríamos demandarte —dijo Murdy.

—Chicos, chicos, un poco de calma. —Conall sacudió la cabeza—.

Todos tenéis vuestra parte de culpa. Lydia ha sido la única que ha intentado ayudar.

—Puedo defenderme sola —espetó Lydia.

Pero era evidente que no podía.

Conall se instaló en un sillón y durmió toda la tarde. Lydia no lo despertó hasta que las sombras del crepúsculo comenzaron a descender.

—Nos vamos a casa —dijo.

—Bien. —Conall se levantó algo atontado.

No habían recorrido ni dos kilómetros cuando entró en una gasolinera. Lydia, luciendo aún la minifalda de la noche anterior, atrajo muchas miradas mientras recorría los pasillos pertrechándose de batidos y bolsas de palomitas.

Se reunió en la caja con Conall, que estaba haciendo malabarismos con una pila de helados y dulces.

—Dámelos —dijo Lydia—. Pago yo. Es lo mínimo que puedo hacer.

Procedieron a comerse sus Magnum en el aparcamiento de la gasolinera. Conall se zampó el suyo en un abrir y cerrar de ojos, resquebrajando el baño de chocolate sin vacilar.

—A mí me gusta comerlo muy despaaaacio. —Lydia le lanzó una mirada lasciva por debajo de las pestañas, luego se detuvo. No era justo atormentarlo—. Gracias por todo. Por acompañarme y quedarte todo el día. ¿Cómo sabías lo de la resonancia magnética?

—Le pedí a Eilish que se informara. Fue rápida. Tu madre debería haberse hecho una hace meses. No entiendo por qué no se la hizo.

—Porque su médico es un gilipollas y mis hermanos no querían saber nada del tema.

—Ahora ya están al tanto.

—Ajá. Gracias por decirlo. Y gracias por la noche de ayer.

—¿Te gustó Float? —Conall atacó su segundo Magnum.

Lydia lo meditó.

—La verdad es que no. Me pareció un poco sórdido. Solo quería ir porque no estaba a mi alcance.

—Siempre queremos lo que no podemos tener.

—Como tú conmigo.

Conall rió pero no contestó.

—Tienes dinero, tienes una casa en Wellington Road, eres... ya sabes... —Lydia señaló su cuerpo con la mano.

—¿Qué?

—Para un tío mayor no estás mal. Podrías tener muchas chicas. ¿Por qué te empeñas en acosarme?

—Porque eres guapa. —Conall hizo una pausa—. Muy guapa. Y aunque no eres simpática, eres interesante. Como la película de David Cronenberg. *Crash*. —Enarcó una ceja pero la referencia la dejó igual.

—¿Cuándo se torcerá la cosa y de repente me volveré loca por ti?

—La verdad es que ya tendría que haber ocurrido. A la mayoría de las chicas les habría encantado que hubiera ido a ver a su madre y hubiera acudido en su auxilio acompañándolas en coche en mitad de la noche.

—Entonces, ¿cuándo te desencantarás de mí?

Ya había empezado. La noche antes, en Float —¿solo habían pasado veinticuatro horas?— se había dado cuenta de lo poco que tenían en común.

—Cuando me haya acostado contigo.

Lydia rió. Por lo menos era sincero.

—Vale.

—¿Vale qué?

—Acostémonos.

—¿Te gusto?

Lydia vaciló.

—Tal vez. Un poco. —Hizo una pausa—. Creo que siento curiosidad. —Súbitamente nerviosa, preguntó—: ¿No tendrás las carnes fofas y caídas? Estoy acostumbrada a tíos jóvenes y musculosos.

—Tengo cuarenta y dos años, no ochenta y dos. Tengo buenos genes. Y un entrenador personal.

—Pero mira las porquerías que comes.

—Poseo un metabolismo rápido.

—Vale, mientras no me recuerdes a *La noche de los muertos vivientes*.

—Olvídalo, en realidad no te apetece...

—No, quiero hacerlo —dijo Lydia. Luego añadió—: Creo.

Conall la atrajo súbitamente hacia sí y acercó su boca a la de ella. Olía diferente. A hombre adulto. Gilbert era muy dado a las lociones de afeitado penetrantes, unas lociones que lo rodeaban como una nube acre. Andrei olía a macho, a sudor y lujuria. Mientras que Conall olía a... vidas sofisticadas. Olía a cuero viejo, a humo de leña y a parquet. Olía a dinero. Y a helado, pero solo fugazmente.

Lydia prestó atención a su respuesta. Sí, estaba funcionando. El olor de su piel y el calor de su mano en la cintura.

—Has hecho esto antes —le dijo antes de separarse.

—Tú también —repuso él lentamente.

Sí, decididamente le gustaba.

Las vibraciones de sus corazones no están en sintonía. Los latidos de Lydia van un nanosegundo por detrás de las de Conall, de modo que el final del latido de ella pisa el comienzo del latido de él. Pero es un ritmo un-dos interesante, atrevido, en muchos aspectos más seductor que la armonía. Fascinante.

OceanofPDF.com

Día 25...

—Buenas noches —dijo Jemima—. Línea de Videncia Celta.

—¿Mística Maureen?

—Yo misma, querida.

—¡Ajá, por fin doy contigo! Reconozco esa voz de pija. He hablado con doce malditas Maureen tratando de dar contigo.

Sí, Jemima tenía que reconocer que a la empresa le gustaba dar la impresión de que había una sola clarividente empleada en la Línea de Videncia Celta en lugar de un montón de mujeres mal remuneradas haciendo turnos desde sus hogares.

—He llamado un millón de veces intentando dar contigo y solo me salían esas embusteras que no tienen ni idea de nada. Tenía miedo de no volver a encontrarte. Pensaba que a lo mejor te habías muerto.

Jemima había reducido drásticamente su número de turnos. Por Fionn. Entre acompañarlo a los rodajes, intentar sofocar su descontrolada obsesión por las mujeres y mantener a raya la enemistad entre él y Rencor, no daba abasto.

—Hace un mes hablé contigo y todo lo que predijiste se ha cumplido.

—Si lo que predije fueron acontecimientos felices, entonces lo celebro. Pero, como no me cabe duda de que te dije en su momento, no poseo poderes psíquicos. Los poderes psíquicos no existen.

—Me llamo Sissy. ¿Se acuerda de mí? Me dijo que conocería a un hombre en la cola de billetes de BusAras.

—Me temo que eso es imposible. Nunca concreto tanto. Si no recuerdo mal, hicimos un rápido repaso de tu vida y te dije que te cepillaras el pelo, sonrieras a la gente y te esforzaras por ver más allá de la superficie. Que a primera vista un hombre puede parecer un... primo, recuerdo que esa fue la palabra que utilizaste, y tener pelo de, sigo con tu descripción, quinquí...

—Dijiste que debajo de su chaqueta naranja latía un buen corazón.

—Dije que debajo de su espantosa chaqueta naranja tal vez latiera un buen corazón. No te garanticé nada. Simplemente te animé a tener una actitud más abierta.

—¿Cómo sabías que llevaría puesta una espantosa chaqueta naranja?

—No lo sabía. Lo has dicho tú. Tengo ochenta y ocho años. ¿Qué puedo saber yo de chaquetas?

—Dijiste que lo conocería en BusAras.

—Reconozco que hablamos de que tomaras el autobús para ir a ver a tu familia los fines de semana. Dije, y así lo creo, que las estaciones son lugares donde suele surgir el amor, donde los viajeros están menos encorsetados en su imagen cotidiana. Es de sentido común.

—Me cepillé el pelo, sonreí, vi más allá de la superficie y ¡conocí a un hombre! Todo lo que dijiste que ocurriría ocurrió.

—Estoy encantada, querida. —Jemima quería colgar ya; estaba cansada de tanta tontería. Solo había aceptado ese trabajo para evitar que las jóvenes tiraran su bien ganado dinero. Lo último que había deseado era convencerlas de que funcionaba.

—Elige una carta por mí —dijo Sissy—. ¿Es Jesse el hombre de mis sueños?

Jemima eligió una carta. Fidelidad.

—Sí.

—¿Tendremos hijos?

Jemima cogió otra carta.

—Sí.

—¿Cuántos?

—Dos. Un niño y una niña.

—¿Cómo les llamaremos? ¡Es una broma!

—Finian y Anastasia.

Sissy soltó una exclamación ahogada. En un tenso susurro dijo:

—Dios mío, ¿cómo lo has sabido? Es imposible que alguien pueda saberlo. Eres alucinante.

—No sé nada. Simplemente he elegido dos nombres al azar.

—Pues son los nombres de mis abuelos paternos. ¡Eran mis abuelos preferidos! De niña me quedaba a dormir en su casa y nunca me obligaban a comer cosas sanas. Me daban galletas María pegadas con mantequilla para desayunar. Las apretaba y la mantequilla salía por los agujeritos y... Dios mío, estoy temblando. No son nombres corrientes, como Paddy y Mary. No son nombres que uno adivina por casualidad.

—Cuestión de suerte. —Señor, qué harta estaba.

—De suerte nada. Eres un genio. Deberías tener tu propio programa.

—Cielo, ahora tienes que colgar. Ya te han cobrado un montón de dinero. Que duermas bien.

OceanofPDF.com

Día 25...

El trayecto duró algo más de una hora, no mucho —eran las diez de la noche y había poco tráfico— pero lo suficiente para que Lydia pudiera meditar sobre lo que iba a hacer. Era algo bueno, concluyó. Conall le gustaba, estaba casi segura, y la curaría de Andrei. Si se acostaba con Conall dejaría de acostarse con Andrei. Ella era así. Las multirrelaciones no le iban. A algunas mujeres, concretamente a Shoane, les encantaba la intriga de tener dos o tres hombres a la vez. A Shoane le producía un enorme placer saltar de una cama a otra y se fijaba retos personales, como acostarse con los tres en un período de veinticuatro horas. Pero a Lydia, por la razón que fuera, no le gustaban las historias complicadas. Se preguntaba si había que odiar mucho a los hombres para comportarse así.

Pero ¿cómo sería con Conall? Después de años y años de sexo convencional, ¿le habría dado ahora por las cosas raras? A lo mejor solo podía correrse si lo azotaban. O asfixiaban. Sería divertido, se dijo. En cierto modo. Interesante en cualquier caso. El único problema era que nunca había asfixiado a nadie, pero supuso que él le enseñaría.

Sin decir palabra, Conall fue directamente a Wellington Road, y aunque Lydia no lo habría metido, ni por asomo, en su armario del 66 de la calle Star, se molestó ligeramente. Podría habérselo consultado.

—Jesús, cómo tienes esto. —Lydia contempló el recibidor, las paredes con varias capas de papel desgarrado, como si fueran heridas.

—Sí... está un poco... —Parecía como si Conall reparara en ello por primera vez—. He estado demasiado ocupado.

—Increíble. —Lydia se volvió y se enganchó el vestido en un clavo que sobresalía de un cajón—. ¡Quita! ¿Y no es por un problema de dinero? ¿Tienes suficiente para arreglar esta casa?

—Un policía no me haría esa pregunta. Por aquí. —Conall condujo a Lydia por la astillada escalera hasta su dormitorio, donde dio dos palmadas y un paraíso se iluminó de repente.

Se detuvo en la puerta, alucinada. No sabía qué mirar primero. La vasta y gruesa, gruesa moqueta que se extendía ante sus ojos, de un color cuyo nombre ignoraba; no era un gris, tampoco un marrón, ni un azul, era otra

cosa, un color mucho más bello, único. Probablemente lo habían inventado para la moqueta de Conall Hathaway. Y las cortinas, como las de los hoteles caros, cuatro metros de seda pesada cayendo desde el majestuoso techo y arremolinándose en el suelo.

—¿Qué ha ocurrido aquí? —preguntó—. ¿Hemos pasado a otra dimensión?

¡Y la cama! Enorme. Anchísima. Larguíiiiiisima. Y la funda del edredón... Pese a la distancia podía intuir su delicioso tacto, su frescura, su suavidad.

—Qué cama —dijo, llena de admiración—. Esta noche dormiré como una reina.

—No si puedo evitarlo —repuso suavemente Conall.

Lydia se volvió hacia la voz. Ah, sí, él. Por un momento había olvidado qué hacía allí.

—¿Cómo quieres hacerlo?

—¿El qué?

—Eso. —Señaló la cama.

—No sé... Pensaba que lo decidiríamos sobre la marcha.

La besó y el cuerpo de Lydia empezó a reaccionar.

—¿Qué tal si empiezo por abrir esto...? —Conall jugó con los botones de su vestido y cuando su mano le rozó un pezón, libre bajo la tela, Lydia se estremeció.

Sus miradas se encontraron y ella volvió a estremecerse.

—¿Te gusta?

Lydia no estaba segura.

Conall deslizó circularmente los dedos sobre los botones, hasta que Lydia pensó que nunca se abrirían, que ella y su deseo quedarían atrapados para siempre. Entonces, con un tirón brusco, casi violento, Conall abrió los cuatros botones y, muy suavemente, le sacó el vestido por la cabeza. La tumbó en la cama y le quitó las bragas muy despacio. Lydia estaba jadeando.

—¿Quieres que te azote? —preguntó.

Conall se apartó para mirarla.

—¿O que te asfixie?

—No. —Estaba horrorizado—. ¿Es lo que quieres?

—No, pero me estaba preguntando si eso te excitaba.

—Tú me excitas.

Se llevó la mano de Lydia a la entrepierna.
—Ya lo veo.

OceanofPDF.com

Día 25...

—¿Le parece bien, jefa? —preguntó Danno.

Katie se volvió con el rostro radiante.

—¿El qué?

—Todo. —Danno señaló la discoteca, la gente, los periodistas, las modelos y los famosos que habían acudido para ayudar a Wayne Diffney a celebrar el lanzamiento de *Seven Vintage Cars, One Dart Ticket*—. ¿Qué más necesitas que haga?

—Danno, puedo decir con total sinceridad que estoy viviendo el momento más feliz de mi vida.

Danno la miró súbitamente decepcionado.

—Pensaba que no te iba el «perico».

—No me he metido nada. Simplemente estoy feliz. —Katie le obsequió con otra sonrisa de oreja a oreja.

—¿Un colocón de vida? —Danno desconfiaba de los subidones naturales.

—En realidad debería estar agotada —le confesó Katie—. Anoche apenas pegué ojo, pero me siento como si nunca más fuera a necesitar dormir. Me siento invencible.

—Eso me suena a «perico» —repuso, desconfiado, Danno—. Cuídate, Katie. No dejes que tu hombre haga idioteces.

—¡Estoy bien, Danno! Esto es como un idilio de vacaciones. Una de dos, o Fionn fracasa con su programa y regresa a Pokey o triunfa y el éxito se le sube a la cabeza. Esto no tiene futuro, pero por el momento es perfecto.

El lanzamiento de Wayne había sido un sueño. Los invitados ya habían empezado a llegar antes de las diez, de modo que Katie no tuvo que soportar largos y bochornosos minutos de espera en una discoteca vacía mientras Wayne la miraba con cara de cordero degollado, temiendo que nadie apareciera. Y la gente que acudió eran invitados como Dios manda. Los numerosos primos y tías de Wayne estaban bien, pero Katie necesitaba la presencia de los medios de comunicación para que la cosa funcionara, y para su alegría, llegaron en manadas. Hablando con ellos advirtió que todos

deseaban sinceramente que a Wayne Diffney le fueran bien las cosas. «Con lo que le hizo su mujer...» «Lo de su mujer es lo de menos; lo que de verdad me conmovía era su pelo cuando tocaba con los Laddz.» «¿Es cierto que el título del álbum hace referencia a que Shocko tenía siete coches de época y Wayne únicamente un billete para el Dart el día que Hailey lo dejó?»

Katie se estaba asegurando de que Wayne hablara amablemente con todos los periodistas y cronistas de sociedad, incluidos los que lo habían dejado verde en el pasado —que eran muchos— y de repente ahí estaba Fionn, con sus botas sucias y su cazadora de múltiples bolsillos, en medio de la discoteca, sonriendo tímidamente y siendo ignorado por todos.

—Solo quería que supieras que estoy aquí —le dijo—. Haz lo que tengas que hacer. Yo rondaré cerca por si me necesitas.

Katie agarró a George, que en ese momento pasaba como una bala por su lado.

—George, este es Fionn. Cuídalo. Preséntale a algunas personas.

George se llevó a Fionn, y de vez en cuando, mientras se paseaba por la sala con Wayne, Katie lo buscaba con la mirada. Lo veía charlando y riendo, lo cual era un alivio.

—Wayne, te presento a Catherine Daly, de *The Times*...

—Wayne, Casey Kaplan, del *Spokesman*. Sé que vosotros dos os conocéis desde...

Keith, del *Tribune*, apareció de repente.

—Katie, necesito que me prestes a Wayne un segundo. Queremos hacerle un par de fotos con alguien. —Parecía muy agitado.

—¿Con quién?

—Está allí. —Keith se abrió paso entre el gentío—. Wayne, Katie, os presento a Fionn Purdue. Recordad su nombre porque volveréis a oírlo. Presenta un nuevo programa de jardinería. Le están dando mucha publicidad.

Katie rió encantada.

—Es un placer conocerle, Fionn Purdue.

—Lo mismo digo, Katie Richmond.

Ni Wayne ni Keith podían ver dónde estaba la gracia.

—Katie —dijo Danno—, estamos listos para empezar las intervenciones.

En honor a la ocasión —porque era un honor— James «Woolfman» Woolf, el director ejecutivo de Apex Europe, había volado desde Londres con su despampanante esposa, Carolina, y sus hijas igualmente bellas, Siena y Maya. Por lo general, la oficina de Londres pasaba de los lanzamientos irlandeses.

Woolfman, hombre sumamente atractivo y carismático, habló con deliciosa sencillez de cuando conoció a iconos como Nelson Mandela, Robert Plant y, naturalmente, el Dalai Lama. Pero ¿quién no ha conocido al Dalai Lama?, pensó distraídamente Katie. La marca estaba corriendo el riesgo de desgastarse. Un poco como Louis Vuitton. *Outlets* por todas partes, hasta en los duty-free. Echó un rápido vistazo a la sala: todo el mundo miraba embelesado a Woolfman, y experimentó la primera señal de alarma. Woolfman los tenía tan cautivados que daba la impresión de que se hubieran olvidado por completo de la razón por la que estaban allí, esto es, Wayne Diffney. Pero, finalmente, Woolfman dijo:

—Ahora ya puedo añadir a Wayne Diffney a la lista de personas de las que puedo alardear de haber conocido.

¡Y salvó la situación! Katie sintió un gran alivio y se preguntó por qué había dudado de Woolfman. Era un monstruo de la seducción, una superestrella de las relaciones públicas, un héroe.

Vítores y aplausos secundaron la aparición de Wayne en el escenario. Su discurso fue breve y agradecido. Luego, con estudiada espontaneidad, alguien (Danno) le tendió una guitarra y le animó a interpretar algunas canciones, a lo que enseguida se prestó. «The Day She Left.» Después, «She's Having His Baby». Y, por supuesto, el primer single del álbum, «They Killed My Hair».

Un pelín sensiblero, quizá, pero era innegable que Wayne tenía un buen motivo.

El trabajo de Katie terminaba ahí, y el resto de la noche Fionn no se separó de ella. Despertaba un gran interés. Katie oía que le preguntaban una y otra vez:

—¿De qué conoces a Wayne?

—En realidad no le conozco —respondía siempre—. Nos han presentado esta noche. Yo he venido con Katie Richmond.

—¿Con Katie Richmond?

—Con Katie Richmond.

—La caída será dura. —George, que observaba a Katie desde las sombras, meneó la cabeza con tristeza.

—No durará —convino Lila-May.

—¿Qué demonios os pasa? —espetó Danno, exasperado—. ¿Es que os molesta verla feliz?

—Pero ¿qué ve en ella?

—¿Acaso crees que deberías ser tú la elegida, con esa melena y esos melones puntiagudos y esa...?

Presa de un repentino ataque de rabia, Danno se abalanzó sobre Lila-May y le plantó un beso sucio y caliente en la boca que la dejó estupefacta, pero más estupefacto lo dejó a él. Danno estaba prácticamente seguro de que era gay.

OceanofPDF.com

Día 25...

—¿Por qué no tienes novio? —preguntó Conall, rompiendo el silencio.

Llevaban un buen rato tumbados sin hablar, él con la pierna sobre las piernas de ella, reteniéndola contra la cama con su peso. Lydia estaba atónita y feliz, tanto por el tamaño de la cama como por el sexo.

—¿Qué te hace pensar que no tengo?

—Si tuvieras novio no estaríamos haciendo esto.

—¿Es así como funciona? —El tono le sonó despechado incluso a ella. Aunque Gilbert ya no le importara, y había descubierto que así era, su orgullo seguía algo herido: ¿quién habría imaginado que se enrollaba con otras chicas?

—¿Qué pasa? —preguntó Conall, súbitamente intrigado.

—Tuve un novio hasta hace un mes.

—¿Pero?

—Pero me acosté sin pretenderlo con mi compañero de piso.

—¿Qué? —Conall se sentó de golpe.

—Me acosté sin pretenderlo con mi compañero de piso.

—¿Cuántas veces? ¿Solo esa vez?

—Solo esa vez. Aparte de una o dos veces más. El daño ya estaba hecho, ¿entiendes? No teníamos nada que perder.

Conall parecía disgustado.

—¿Y sigues acostándote con él?

—En este momento es evidente que no.

Al ver que Conall no sonreía, Lydia dijo:

—No, ya no me acuesto con él.

Conall asintió con la cabeza. Parecía satisfecho.

—Excepto cuando ocurre. —Lydia creyó que era mejor añadir eso.

—¿A qué te refieres?

—A veces simplemente ocurre. Si me lo tropiezo en la cocina... —Se encogió de hombros—. O me lo encuentro en la sala de estar. En momentos así.

—¿Cuántas veces ha ocurrido?

—Cuatro.

—¿Cuatro?

—Creo que cuatro. Puede que alguna más.

Había perdido la cuenta al llegar a nueve.

—Es tu novio.

Lydia rió.

—Caray, hablas como... —buscó un término con la dosis de desdén justa—... una chica posesiva. No es mi novio. No conversamos. Ni siquiera nos gustamos. Se parece un poco a lo nuestro.

—Tú me gustas.

—Pues tú a mí no. —Aunque eso ya no era del todo cierto.

—Cuando hemos tenido sexo, ¿ha sido como tú y...? ¿Cómo se llama ese tío?

—Andrei. —No, nada podía compararse al sexo con Andrei—. Oye, Conall, lo mío con Andrei no es real.

—¿Te refieres a que es alucinante? —preguntó Conall.

Lydia hizo una pausa. No sabía qué contestar, pero ¿por qué debería mentir?

—Exacto, pero él ni siquiera me cae bien. No es nada, nada —insistió—. Ahora vamos a dormir. Tengo que levantarme muy temprano.

—Yo también.

—¿A qué hora?

Conall la miró de soslayo.

—A las cinco y media. He de coger un avión a Milán.

—¿Tan tarde? Dios, para entonces yo ya me habré pulido medio turno. ¿Para qué vas a Milán?

—Para absorber una empresa.

—Qué fácil es para algunos.

—Milán es solo la primera parada. De allí volaré a Vietnam.

—¿Para absorber otra empresa?

—La misma. Las oficinas centrales están en Milán, pero realiza la mayoría de sus operaciones en el sudeste asiático.

Conall se preparó para un aluvión de preguntas ansiosas: ¿Cuánto tiempo estaría fuera? ¿Cuándo regresaría? ¿Cómo iba ella a soportar su ausencia?

—¿Conall?

—Mmm. —Ahí vamos.

—¿Cómo apago tus estúpidas luces?

—Eh... Da dos palmadas.

—Ni hablar, me sentiría ridícula. Hazlo tú.

Conall dio dos palmadas y se hizo la oscuridad.

—¿Puedo decirte algo? —preguntó Lydia.

—¿Qué?

—Oh, nada, solo que estabas realmente ridículo ahí desnudo y dando palmaditas como un loco.

—Buenas noches.

«Oh, qué delicia de sábanas», pensó Lydia, acariciándolas una y otra vez. «Tan frescas, tan suaves bajo mi mano. Oh, qué cantidad de delicioso espacio para estirar todos los brazos y las piernas. Oh, qué delicia de almohadas, tantas y tan mullidas...»

—¿Qué edad tiene? —La voz de Conall la arrancó de su ensueño.

—¿Quién? Ah, Andrei. Ni idea.

—¿Veintitantos? ¿Treinta y tantos?

—Veintitantos. Puede que veintisiete. Duérmete.

—¿Qué hace?

—Repara ordenadores. Creo. Ya te he dicho que no hablamos. Duérmete.

—Entonces, ¿no tiene una empresa propia?

—No.

—¿Qué conduce?

—Una furgoneta que ni siquiera es suya.

—Una furgoneta. —Conall sonaba desdeñoso y complacido.

—Pero tiene un pene enorme.

Conall se puso rígido como una tabla.

—Es broma. —Aunque Andrei sí tenía un pene enorme—. Duérmete.

Era un sueño francamente maravilloso. Estaba dando saltos en un mar de delicadas y suavísimas plumas... hasta que de repente algo ocurría, alguien empezaba a zarandearla. De repente ya no estaba en el maravilloso sueño. Estaba en la gigantesca cama de Conall Hathaway, despierta.

—¿Cómo es? —le preguntó una voz. Conall Hathaway.

—¿Quién? ¡Por el amor de Dios! ¿Es que no tienes amor propio?

—Solo necesito saber cómo es.

—Ojos azules. Pelo muy corto, tirando a rubio.

—¿Alto?

—Sí.

—¿Musculoso?

—Muy musculoso. Que sueñes con los angelitos.

OceanofPDF.com

Día 24

—¿La pillaste buena anoche, Matt?

—... ¿Qué? —Matt se dio cuenta de que Salvatore le estaba hablando.

—¿No sonríes?

—¿Qué?

—¿A qué viene esa cara tan larga? ¿Demasiados amarettos anoche?

—No me pasa nada. ¡Yuhuuu!

Matt esperó a que Salvatore regresara a su mesa para dejar que su cara se hundiera de nuevo hasta adquirir una expresión tan lúgubre como sus pensamientos.

Hacer los AA había sido un coñazo, pero que Maeve pasara de ellos le inquietaba todavía más. Las cosas estaban tomando el rumbo equivocado. Se suponía que debían ir a mejor, pero se diría que estaban retrocediendo y empeorando. No estaba seguro de poder hacerlo otra vez; ya no tenía eso que hacía falta, fuera lo que fuese.

Cogió un periódico abandonado y se animó ligeramente al leer que otro trozo de hielo se había estrellado contra la Tierra, esta vez en Lisboa. Lisboa, ¿lo ves? Otra capital. ¿Acaso era el único que había reparado en ese detalle? Curiosamente, hasta la fecha esas enormes piedras de hielo no habían herido a nadie. Caían disparadas del cielo y destrozaban coches, tejados y monumentos públicos, pero ningún ser humano se había interpuesto en su trayectoria. Matt se preguntó esperanzado si —no, cuando —, cuando cayera en Dublín aterrizaría decididamente sobre una persona, una persona en concreto, y acabaría con su vida. Si realmente había justicia en este mundo. Pero no la había. La desesperanza lo asaltó de nuevo, y se intensificó cuando leyó que los científicos habían investigado el fenómeno (Matt se recuperó brevemente al leer la palabra fenómeno, sonaba a ciencia ficción, el tipo de cosas que a él le gustaban; no le importaría un poco más de eso en su vida) y llegado a la conclusión de que los proyectiles de hielo no eran aldabonazos de una raza alienígena hostil. Esos cerebritos se decantaban por la teoría de que los trozos de hielo provenían de aviones en pleno vuelo.

El teléfono sonó y Matt pegó un brinco. Con el corazón en la garganta, dijo:

—Edios. Le habla Matt Geary.

—¿Matt? —Era Natalie—. ¿Te marchas de Edios?

—No. ¿Por qué?

—He recibido una propuesta.

Su cerebro reptiniano, esa vieja respuesta instintiva que le alertaba del peligro, se activó repentinamente.

—De Edios —continuó—. Para dirigir el equipo de ventas, buscar nuevos clientes y guiar las negociaciones hasta que firmen.

—Ese es mi trabajo.

—Eso pensaba. Lo siento, Matt.

Iban a despedirlo, no podía haber otra explicación. No iban a contratar a Nat para que dirigiera un segundo equipo de ventas en el clima económico actual, cuando apenas había trabajo para uno. Matt cayó súbitamente en la cuenta de que la reunión del día anterior en el Despacho del Terror había servido para ayudar al siniestro trío a tomar una decisión.

El Bank of British Columbia era la causa de todos los problemas, comprendió Matt. Y la culpa la tenía él. Se había visto afectado por una desconcertante parálisis que lo dejaba sin arrestos para instar al banco a comprar, pero tampoco se atrevía a ponerles los puntos sobre las íes, y como consecuencia de ello todo su equipo estaba estancado.

Pero, Jesús, despedirlo. Una ola de pánico lo recorrió por dentro. Era la primera vez que lo despedían. Hasta ese momento siempre había sido al revés; sus empleadores lo adoraban, siempre que intentaba marcharse le suplicaban que cambiara de parecer. ¿Un Matt despedido? No conocía a esa persona.

Y el dinero. Sin unos ingresos, ¿qué harían él y Maeve? El sueldo de Maeve era irrisorio, calderilla. Tendría que buscar otro trabajo, pero, por primera vez en su vida, no se sentía capaz. Ya no era el de antes. No podía entrar en una sala, como había hecho en otros tiempos, y enfrentarse a un grupo de entrevistadores y convencerlos de que su empresa necesitaba a alguien como él, Matt Geary.

El dinero no era el único problema. También le preocupaba Maeve. Esto acabaría de hundirla. De todo hacía una catástrofe; cada golpe de mala suerte era una señal de que su vida en común estaba condenada al fracaso.

Matt tenía la terrible sensación de que había perdido el control, de que él y Maeve avanzaban hacia un terrible y oscuro final. La felicidad y la

buenaventura se habían esfumado para siempre y nada podría hacerlas volver. Esto iba a terminar, y de una forma aterradora. Se habían pasado los últimos tres años esquivando su sino y ahora el sino había decidido ir a su encuentro.

Le sonó el móvil. Respondió con la sensación de estar viviendo una pesadilla y... ja, ironías del destino... era el jefe de adquisiciones del Bank of British Columbia. Querían comprar el sistema.

Era demasiado tarde. Matt había tardado demasiado. Había gastado demasiado dinero en la caza. Pero, por el bien del equipo, tenía que cumplir con las formalidades. Gritar. Dar puñetazos en el aire. Exclamar ¡Uf! una y otra vez.

—¡Por un momento pensé que esos cabrones iban a pasar de nosotros! ¡Pero solo por un momento!

Tuvo que coger a Salvatore y dar vueltas con él. Enviar a Cleo a comprar champán. Y cuando rompió a llorar, descargando la terrible angustia atascada en su plexo solar —y durante unos segundos aterradores siendo incapaz de parar— todo el mundo pensó que eran lágrimas de alivio.

Eran casi las cinco y media cuando llegó la llamada: debía personarse en el despacho del director ejecutivo. El viejo Matt habría hecho algún comentario a los demás: «Puede que la cosa se alargue.» Pero el viejo Matt ya no existía. No dijo nada. No volvería a ver a su equipo; no le dejarían regresar a la oficina para despedirse; le acompañarían hasta la salida sin su taza especial y su foto de Maeve. Pero no importaba. Solo eran cosas; solo eran personas.

Por lo menos, gracias a Natalie sabía lo que se le venía encima. Sin su llamada habría entrado en el Despacho del Terror esperando recibir una palmadita en la espalda por haber conseguido una gran venta. Así y todo, mientras sus piernas lo llevaban sin que él interviniera, todavía le costaba creer que las cosas se hubieran torcido tanto. Tenía la impresión de estar avanzando por una espesa niebla, y no podía sentir el contacto de sus pies con el suelo.

Había llegado. Llamó a la puerta, le abrieron y entró. Rostros graves. Matt inclinó la cabeza y esperó a que el hacha del verdugo descendiera.

Pero fue peor de lo que había imaginado. Mucho, mucho peor.

No iban a despedirle. Oh, no. Iban a ascenderle.

DOS SEMANAS MÁS TARDE

OceanofPDF.com

Día 10

El teléfono de Lydia sonó. Era Conall.

—¿Dónde estás ahora?

—En Vietnam.

Lydia soltó una carcajada.

—¡No! ¿En serio? —En las dos últimas semanas había saltado de Milán a Manila y de Manila a Yakarta—. ¿Y después?

—Phnom Penh. Camboya.

—Qué suerte tienes.

—No es tan maravilloso como parece.

—Claro. Volar en primera, dormir en hoteles, usar el servicio de habitaciones. Me encanta que me sirvan en la habitación.

—Cuando vuelva podríamos ir a algún lugar con servicio de habitaciones.

—Vale.

—¿Cómo va todo?

—Mañana nos darán el resultado del escáner de mamá. El doctor Buddy Scutt nos lo explicará todo.

—Buena suerte. Mantenme informado.

—Lo haré. Por lo demás, no hay mucho más que contar. La boda de Poppy es el próximo miércoles. Se está desmoronando.

—Hace tiempo que quiero preguntarte algo. ¿Por qué no eres una de sus damas de honor?

—Su madre me odia. Y Poppy tiene a Cecily, su prima perfecta. A los diez años o así se juraron que serían sus respectivas damas de honor.

—¿Y quién será tu acompañante?

En otros tiempos habría sido Gilbert.

—Supongo que nadie. ¿Te estás ofreciendo?

—Puede.

—Te dejo venir siempre y cuando no tenga que estar pendiente de ti. ¿Significa eso que eres mi novio?

—No lo sé. ¿Tú qué crees?

Y le colgó. ¡Le colgó! Siempre le hacía lo mismo; era un maldito as en eso de tener la última palabra.

Tras contemplar furiosamente el teléfono unos segundos, llamó a Poppy.

—Conall Hathaway quiere asistir a tu boda.

—¿Significa eso que es tu novio?

—Eso mismo le he preguntado yo.

—Puede que sí. ¿Cómo van las cosas con el apetitoso Andrei?

—Estoy curada. —No se había acostado con él desde la noche que había pasado en la gigantesca cama de Hathaway. De hecho, entre llevar a su madre a hacerse la resonancia y asistir a reuniones en Boyne, hacía por lo menos una semana que no veía a Andrei. En realidad, más—. Y no lo llames apetitoso.

OceanofPDF.com

Día 10...

Jemima no paraba de dar vueltas en la cama, buscando una posición que no le doliera. Rencor se subió y descansó la cabeza en su barriga. El calor que irradiaba funcionaba como un excelente analgésico, de modo que Jemima se lo pedía a menudo. Pero siguió removiéndose, y él no se sorprendió cuando le dijo:

—Perdóname, querido Rencor, pero el peso de tu cabeza me está resultando bastante incómodo.

No se sorprendió, no. Pero cómo le dolió. Bajó de la cama y salió del cuarto con el cuello tieso para lamerse las heridas en su cesto. De pronto se puso tenso. ¡Fionn! El odio de Rencor era tan intenso que podía sentir a Fionn incluso en la distancia.

Fionn se hallaba en la calle con Katie. Estaban bajando —no, cayendo— de un taxi e intentando meter la llave en la puerta; y ahí estaban, subiendo torpemente las escaleras entre susurros y risitas ahogadas. Llegando a casa con una auténtica torrija, como decía Jemima, expresión que Rencor no entendía. Fionn y Katie no traían ninguna torrija. No traían nada, solo tristeza a su pobre y anciana dueña. Agitó su peluda cabeza con indignación.

Hasta ese momento Katie le había caído bien —bueno, todo lo bien que a él podía caerle alguien— pero sus escarceos con Fionn mostraban una auténtica falta de gusto y criterio.

Probando una mueca despectiva, Rencor escuchó las risitas y murmullos mientras los tortolitos subían con los zapatos en la mano. Mucho «¡Chis!» y mucho «Ji, ji, ji». Bochornoso.

—¡Estate quieto, tontorrón! —le ordenó Katie con la voz ronca, y Rencor se preguntó qué había hecho Fionn. ¿Meterle la mano por debajo de la falda? ¿Deslizar la mano de ella por dentro de sus pantalones? Siguieron unos tumbos sordos. Probablemente Fionn la había empujado contra la pared para morrearla. ¡Dios, qué vergüenza!

Pasaron de puntillas junto a la puerta de Jemima, detrás de la cual Rencor rezongaba quedamente. Ahora irían al piso de Katie y tendrían relaciones ruidosas.

Fionn llevaba casi tres semanas sin dormir una sola noche en el piso de Jemima. Prácticamente vivía con Katie. Rencor estaba encantado. No solo

volvía a tener a Jemima toda para él, sino que podía entregarse a largas sesiones de gazmoño desprecio. Ese Fionn era una criatura caprichosa e irresponsable. Un ingrato. Jemima había cuidado de él durante sus años vulnerables y él la había arrojado como una patata caliente cuando se juntó con la perfumada y pechugona Katie.

La pobre Jemima se hacía la fuerte.

—Katie es una chica encantadora. Muy sensible. La cuestión es, ¿cuánto tiempo durará con Fionn?

Actualmente solo lo veían cuando pasaba a recoger sus invitaciones a actos glamurosos. Las primeras veces fingió que iba a ver a Jemima, hasta que ella le vio el plumero. Ahora le amontonaba ordenadamente los sobres de colores en el buró y cuando Fionn entraba iba directo a ellos.

Lo ponían enfermo, él y sus invitaciones. Enfermo. Cada día llegaban tres o cuatro como mínimo, a veces no en el correo ordinario, sino por mensajero, y Fionn se creía condenadamente fantástico. Cuantas más recibía más insoportable se ponía, y Rencor habría dado lo que fuera por poder señalar que tales invitaciones llegaban únicamente porque Fionn estaba en la lista de *mailing* de alguna empresa de RRPP. En realidad, nadie lo quería allí. ¡Y tener que escuchar sus comentarios! «Oh, no, el lanzamiento del álbum es el mismo día que la fiesta de cumpleaños de esa celebridad!» O: «Si hacemos lo de la alfombra roja pero pasamos de la película podríamos llegar al final de la inauguración de la galería.»

Como si a alguien le importara.

Tenía que reconocer que Fionn intentaba llevarse a Jemima a algunos de los eventos, aunque sospechaba que Katie estaba detrás de ello. Pero, ¡por favor!, ¿qué gracia podían hacerle a Jemima esas fiestas? Tenía ochenta y ocho años, y aunque poseía una mentalidad abierta, ¿qué interés podía esperar Fionn que tuviera por probar el último Ferrari? ¿Eh? ¿Eh?

Rencor culpaba de la vida glamurosa de Fionn a la prepotente Grainne Butcher. Había facilitado sus datos a todas las agencias de RRPP del país y le había aconsejado que «se dejara ver» porque la cuenta atrás del primer episodio de *Tu edén privado* había empezado. Solo faltaban doce días y quería generar «expectación».

Rencor estaba impaciente. Quería que el programa se emitiera de una vez para que pudiera recibir las devastadoras críticas que se merecía. Había visto un avance del primer episodio y a todos —¡pandilla de idiotas!— les había gustado. ¡Inconcebible! Se suponía que era un programa de jardinería

pero en lugar de eso salía un imbécil paseándose con una cazadora mugrienta y sacándose hierbajos y piedras de los bolsillos.

Tu edén privado sería un fiasco. Tenía que serlo.

OceanofPDF.com

Día 9

—¿Maeve?

—¿Mmm?

«Díselo, díselo, díselo.»

—... Eh... —«Díselo de una vez, pedazo de inútil»—... nada.

Jefe de Ventas Internacionales, eso era ahora Matt. Por lo menos eso ponía en las nuevas tarjetas de visita que le habían entregado esa tarde en el Despacho del Terror, el mismo día que el Bank of British Columbia había anunciado que compraba el sistema de Edios. Los peces gordos de Edios le habían felicitado profusamente por su ascenso. El director financiero le estrechó la mano, el presidente le dio unas palmadas en la espalda, y Matt intentó evitar que la desesperación se reflejara en su cara cuando Kevin Day, el director ejecutivo, le lanzó una entusiasta lluvia de información.

—Responder al fuego con fuego, esa es la manera de afrontar la recesión. Sabes lo que «Internacional» significa, ¿verdad, hijo? ¡No parar de viajar, eso es! Todos esos fabulosos mercados de Extremo Oriente están deseando ser conquistados y quién mejor para dirigir los destacamentos de asalto que nuestro Matt Geary.

Nada de aumento de sueldo, por supuesto.

—Estamos en plena recesión, hijo, pero piensa en el prestigio y, naturalmente, en los viajes.

A Maeve iba a darle un ataque. Cuando se lo dijera.

Pero habían pasado dos semanas y aún no se lo había dicho. El tiempo pasaba volando, cada nuevo intervalo de veinticuatro horas transcurría más deprisa que el anterior. Nat estaba preparando su partida de Goliath. Solo faltaban diez días laborables para que se personara en Edios y echara a Matt de su mesa.

Cada noche se acostaba agotado por el peso de otro día transcurrido sin habérselo contado a Maeve, y cada mañana, presa de un miedo paralizador, se decía que no podía posponerlo más. Entonces pasaba un minuto, y otro, y otro, y los minutos se iban sumando hasta que, sorprendentemente, volvía a ser hora de acostarse y las palabras seguían atrapadas dentro de él.

Rechazar el nuevo puesto no era una opción —la decisión estaba tomada, su viejo trabajo era historia, se lo habían arrebatado y entregado a

otra persona— y sin embargo tampoco podía aceptarlo, y no existía una salida, ninguna salida, para ese aprieto.

Un nuevo día se desplegaba ante él y sabía que no diría nada y que esa noche se acostaría y por la mañana se levantaría y no le contaría nada a Maeve y el día pasaría y terminaría y otro llegaría y así hasta que Nat apareciera en Edios y en el aeropuerto de Dublín un avión esperara para llevárselo a China. Y entonces, ¿qué?

OceanofPDF.com

Día 9...

—¿Sales esta noche con Andrei?

Rosie forzó una sonrisa enigmática y se distrajo con el armario de las jeringas porque no, esa noche no saldría con Andrei, mas no tenía intención de reconocerlo ante su colega Evgenia. Nunca te muestres vulnerable. Hacía ocho días que Andrei no estaba disponible y Evgenia llevaba la cuenta.

Rosie no lo entendía. Justo después del episodio de la «puerta» lo había tenido justo donde lo quería tener: de rodillas. Andrei le había enviado rosas rojas. Le había regalado un colgante con forma de corazón que Rosie llevó a un joyero para que lo examinara; se lo había valorado en doscientos euros; habría preferido más pero era, así y todo, una suma respetable. Le había prometido que en el trabajo pediría prestada la furgoneta para poder tener un fin de semana romántico en Kerry.

Pero después de eso su fervor había sufrido un descenso brusco e inexplicable. En las dos últimas salidas Andrei no la había mirado embelesado, como era habitual en él, sus mensajes de texto eran cada vez más espaciados y no había vuelto a mencionar Kerry.

—Cierre el puño, señor Dewy —le dijo al anciano que yacía en la estrecha cama—. Hasta que veamos salir la sangre.

—Soy el señor Screed —dijo el hombre, mirando con nerviosismo la jeringa que sostenía Rosie.

¿En serio? Entonces, ¿quién era el señor Dewy? Ah, sí, el hombre que había muerto esa mañana en la cama de al lado, recordó. Diantre, cómo se parecían todos.

—Señor Screed. —Intentó sonreír—. Lo siento, cielo, una semana larga. —Le dio unos golpecitos en la parte interior del codo—. ¿Dónde tiene las venas?

La inesperada ruptura con el atractivo Fionn había hecho tambalear su autoestima y ahora se sentía agradecida por tener a Andrei: él jamás la dejaría esperando sola en un pub, él era un caballero. Vale, la había dejado esperando en la puerta de su casa, pero porque no había oído sus golpecitos delicados como plumas. Había tratado el incidente de gran traición, porque era lo que había que hacer, pero solo estaba interpretando un papel. Era lo que los hombres como Andrei esperaban de las chicas como Rosie: sentimientos heridos, susceptibilidad, métodos de persuasión, etcétera.

Tal vez —sería lógico pensarlo— las atenciones de Andrei habían disminuido porque había conocido a otra mujer. Pero no lo creía posible. Andrei no era como Fionn; él era estable y de fiar.

No obstante, por extraño que pareciera, había momentos en que Lydia — pese a ser tan cortante y gritona y seca que Rosie no podía imaginar que algún hombre pudiera desearla— la inquietaba. El piso era muy pequeño, y los hombres, incluso los buenos, eran, en esencia, animales...

OceanofPDF.com

Día 9...

Katie tenía la cara salpicada de restos del rímel de la noche anterior. Parecían manchas de hollín. Se miró detenidamente en el espejo del cuarto de baño para inspeccionar el destrozo. Era increíble, pensó, que no tuviera la cara hecha polvo. No estaba durmiendo más de cuatro horas diarias. Su régimen de cuidados cutáneos se había ido al garete. Comía porquerías cuando no debía: galletas de chocolate para desayunar, tostadas con queso a las cuatro de la mañana. Y no estaba haciendo nada de ejercicio. Salvo sexo, y había que reconocer que no paraban.

—¿No hay leche? —preguntó Fionn desde la cocina.

—¿Cómo quieres que haya? —Katie se apoyó en el marco de la puerta y lo vio entretenerse con una bolsa de té—. No te has separado de mí desde que terminé ayer de trabajar. Como no hubiera salido en mitad de la noche a comprarla...

—Bajaré un momento a casa de Jemima y cogeré una poca.

—No. —No estaba bien tratarla como una tienda.

—¿Por qué no? No le importará.

Probablemente sí, solo que no se lo diría.

—Bébetelo así, no te morirás.

—Tendríamos que salir a comprar. —Fionn señaló despreocupadamente la panera vacía—. Comida.

—¿Qué tal esta noche? Podríamos tener una velada tranquila.

Fionn frunció el entrecejo. ¿Hablaban en serio? Entonces los dos estallaron en carcajadas. Cada noche tenían algo. No había nada —nada— en Dublín a lo que Fionn no fuera invitado: estrenos cinematográficos, fiestas de cumpleaños, lanzamientos de coches, inauguraciones de hoteles. Tenía todas las invitaciones encajadas en el marco del espejo de Katie y solía colocarse delante para admirarlas.

—La de años que he pasado escondido en el culo del mundo —decía—. Mira todo lo que me estaba perdiendo.

—Francamente, creo que por una noche deberíamos tomárnoslo con calma —dijo Katie. Hasta Fionn estaba algo demacrado esa mañana y tenía líneas alrededor de los ojos que no le había visto antes.

—Mañana podría ser una noche tranquila —dijo él—. ¿Qué plan hay?

—El cumpleaños de mi padre. ¿Recuerdas?

—Sí. ¿A qué hora?

—¿Eh? ¿Piensas venir?

Después de una pausa, Fionn dijo:

—¿No?

Katie sintió una punzada de inquietud. Se estaban divirtiendo tanto, ellos dos solos, navegando por sus días y sus noches en una nube de adrenalina y excitación... Era como estar constantemente colocados con la deliciosa droga de la felicidad, una droga sin efectos secundarios ni bajones. Nada la devolvería tan rápidamente a la cruda realidad como presentar a Fionn a su familia.

—Verás, Fionn, puede que aún sea demasiado pronto. —Sería como lanzarlo a los leones—. Mi familia es bastante cruel.

El rostro de Fionn se tiñó de un rojo intenso.

—¿Demasiado pronto? Llevamos un siglo juntos.

Solo tres semanas, aunque Katie tenía que reconocer que parecía mucho más.

—Mi familia —dijo, incómoda— se portó muy mal con Conall.

—Yo no soy Conall.

A Katie se le escapó una risa.

—De eso puedes estar seguro. —Para aliviarle el abatimiento, dijo—: ¿Qué te parece si organizo algo con ellos el próximo fin de semana?

—De acuerdo.

—Lo siento mucho.

—No te preocupes —dijo Fionn, aunque todavía sonaba algo enfurruñado—. Seguro que me habría aburrido.

—Ojalá —repuso Katie.

—¿Saldremos después?

—Es probable que acabe tarde.

—Oh, Katie. —Malhumorado, Fionn golpeó el tacón de su bota contra la nevera—. Odio no estar contigo.

OceanofPDF.com

Día 9...

Demencia. Ahí estaba, en blanco y negro y varios tonos de gris, una foto digital del cerebro de Ellen Duffy que mostraba claramente que tenía demencia por infarto múltiple.

—Entonces, ¿no tiene Alzheimer? —preguntó Murdy.

—No. —Buddy Scutt se aferraba a la única buena noticia que tenía.

—Podría tenerlo. —Lydia lo sabía todo sobre el Alzheimer por las horas que había pasado navegando por la red—. A veces la demencia por infarto múltiple puede coexistir con el Alzheimer, e incluso desencadenarlo.

—Si no tiene Alzheimer, entonces genial —dijo animadamente Murdy.

—¡No es genial! Mamá tiene otra clase de demencia que es igual de terrible, y además podría tener Alzheimer.

—¿Y qué es eso del infarto múltiple? —le preguntó Ronnie a Buddy Scutt.

—Mamá ha sufrido un montón de miniderrames cerebrales —dijo Lydia.

—Mamá no ha tenido ningún derrame —espetó Murdy—. Nos habríamos enterado.

—¡Miniderrames, miniderrames! Son muy pequeños, el mismo nombre lo dice, pero ha dañado el riego sanguíneo en algunas partes de su cerebro.

—¿Es eso cierto? —Ronnie se volvió hacia Buddy Scutt, que estaba sentado al otro lado de la mesa. Parecía intimidado y avergonzado. «Es lo mínimo», pensó Lydia.

Buddy se aclaró la garganta.

—La demencia por infarto múltiple es el resultado de una serie de pequeños derrames que dañan el riego sanguíneo en algunas partes del cerebro.

—Es lo que acaba de decir mi hermana.

—Pues será mejor que arregle eso. —Era Ronnie. Que hablara en un tono bajo no lo hacía menos amenazador.

—Podemos asegurarnos de que no vuelva a ocurrir. Empezaremos a administrarle de inmediato una medicación para diluir la sangre y poner fin a los derrames.

—¿Y le reparará el daño hecho, doctor? —insistió Ronnie.

—Me temo que... —Buddy Scutt se retorció en su silla—... el daño ya causado es irreversible.

—¿Irreversible? —dijo Ronnie, bajando aún más la voz—. Dios mío, eso no puede ser.

—Créeme, Ronnie, si pudiera curar a tu madre lo haría.

—Mi hermana vino a verle hace casi un año pidiendo una resonancia y usted la envió a paseo. Un año entero que mi madre pasó sufriendo múltiples cosas que le fueron dañando cada vez más el cerebro.

—¡Vamos a denunciarle! —declaró Murdy—. Le sacaremos hasta el último céntimo.

—Empezaremos por el BMW. —Murdy ya estaba haciendo una lista de los bienes de Buddy Scutt en el aparcamiento—. Y no tiene esposa, por lo que no podrá poner sus propiedades a nombre de ella. Lo hacen mucho, los de su profesión, para que cuando gente honrada como nosotros gana el juicio no pueda llevarse nada.

—Cierra el pico, imbécil —dijo, harta, Lydia—. No vamos a denunciarle.

—Deberían prohibirle ejercer como médico.

—No lo conseguirías. Los médicos y las personas que deben expulsarlos de la profesión forman una piña. La gente como nosotros no tenemos nada que hacer.

—En cualquier caso, podríamos aplicarle un castigo extrajudicial —dijo Ronnie casi hablando para sí.

—Cierra el pico tú también. Olvida la idea de vengarte.

Los hermanos estaban ahora tan de acuerdo que casi daban ganas de vomitar. Toda la panda unida: Operación Madre Chiflada. Solo Raymond, protegido de los problemas en Stuttgart, seguía manteniéndose al margen.

—¿Qué vamos a hacer para cuidar de mamá?

—Eeehhh...

—¿Qué opina Hathaway de todo esto? —preguntó Ronnie.

—Debería venir para dar su opinión —dijo Murdy—. Así podríamos elaborar un plan. ¿Cuándo vuelve de Vietnam?

—Todavía tiene que ir a Camboya —espetó Lydia. ¡Por el amor de Dios! ¿Hathaway? No tenía nada que ver con mamá, nada, y sin embargo ese par se comportaba como si fuera su salvador.

—¿Camboya? —Murdy sonrió con aprobación—. Ese tío es la leche.

—¿Por qué no intentamos elaborar un plan nosotros solos? —propuso dulcemente Lydia—. Se lo explicaremos a Hathaway cuando regrese.

—Vale.

«Ya está», pensó Lydia mientras regresaba a Dublín, al fin sola para asimilar la noticia. Desde el principio supo que algo terrible le ocurría a su madre. Hacía tiempo que había dejado de esperar que fueran imaginaciones suyas, pero ahora que era oficial...

Ella tenía razón y los demás estaban equivocados, y aunque eso no iba a hacer que su madre mejorara, sentaba bien tener razón.

Pero qué pérdida de tiempo, qué tremenda pérdida de tiempo. Un año entero de constante deterioro interno. «Pobre mamá.»

Y pobre Lydia, pensó de repente. Abrió la boca y se descubrió aullando, llorando como una niña pequeña, sintiendo que se le rompía el corazón. Retiró una mano del volante y se tapó la boca para ahogar el sorprendente ruido de su propio dolor. Las lágrimas le cubrían el rostro y le empañaban la vista, pero siguió conduciendo porque ¿qué otra cosa podía hacer?

OceanofPDF.com

Día 9...

El taxi condujo agresivamente por la avenida de diez carriles, sorteando furgonetas, coches, bicicletas y motos, y se detuvo frente a las puertas de cristal del hotel. Un portero con librea se acercó al coche, abrió con elegancia la portezuela y Conall se dio de bruces con el húmedo y sofocante aire de la noche. Le entregó al taxista un puñado de billetes arrugados y, agradecido, echó a andar hacia el fresco e insulso vestíbulo cuando unos gritos le hicieron detenerse en seco. Era el taxista, un hombre bajo y flacucho que sudaba profusamente bajo su camisa de nailon. Parecía furioso y se había bajado —¡bajado!— del coche, algo que los taxistas jamás hacían, sobre todo cuando había que sacar una maleta voluminosa del maletero. Estaba agitando el puñado de billetes y hablándole acaloradamente a Conall en su idioma. Las únicas palabras que Conall entendía eran «¡Vietnam, Vietnam!».

La cabeza le funcionaba a medio gas en el denso aire. ¿Le había pagado de menos? Creía haber añadido una generosa propina a la cifra que marcaba el taxímetro.

El portero se acercó y le explicó la situación.

—Dice que le ha pagado en dongs vietnamitas.

¿Y?

—Que no estamos en Vietnam.

¿No? ¿Dónde entonces?

Conall se quedó en blanco. Miró en derredor, buscando pistas. Detrás tenía el elegante hotel acristalado; al otro lado de la bulliciosa avenida había un mercado nocturno que hervía de hombrecillos morenos y, más allá, casi imperceptible, el comienzo de un barrio de chabolas.

Dios, el hombre tenía razón, no era Vietnam. Vietnam había sido el día anterior. Ese día era el otro país. También caluroso. Lo tenía en la punta de la lengua. ¡Indonesia!

—Camboya, señor.

—¡Eso, Camboya! —Conall sacó la cartera. Seguro que tenía algo de dinero camboyano. Tenía un montón de billetes de diferentes lugares, pero...

—¿Cómo son?

—¿Me permite, señor? —El portero le cogió la cartera con delicadeza. Conall reparó en la mirada de desprecio que cruzaba con el taxista: blanco ricachón podrido de dinero.

—He tenido un día largo —dijo Conall. Era cierto. Había comenzado en otro país, en otra zona horaria.

El taxista recibió su dinero y Conall recuperó la cartera.

—Lo siento.

—Le he dado una propina —dijo el portero.

—Muchas gracias. Cójase otra usted también.

—Gracias, señor.

Lo pusieron en una suite con un salón enorme, ropero y dos cuartos de baño. Estaría en ella cinco horas. A las seis de la mañana tenía que volar a Manila. La decoración era la de un hotel de lujo impersonal: papel pintado de terciopelo en las paredes, aparadores macizos y alfombras sofocantemente profundas. Al otro lado de la ventana con cortinas con bandó la temperatura era de treinta y dos grados.

Fue a quitarse la corbata pero descubrió que ya no estaba. En algún momento del estresante día se había deshecho de ella.

El trabajo, por lo general, comenzaba en el coche que lo recogía en el aeropuerto, pero ahora la gente lo esperaba en la puerta misma, nada más bajar del avión, y lo ponía al día mientras recorrían las cintas mecánicas y hacían cola en el control de pasaportes. Esa mañana, antes de salir del aeropuerto de Phnom Penh, Conall ya había asimilado cantidades ingentes de información sobre la infraestructura local, la legislación empresarial del país y los pros y contras de la mano de obra.

Como siempre, habían puesto a su disposición un numeroso equipo de abogados, contables, traductores, transcriptores y asistentes. El equipo de Phnom Penh tenía la situación controlada y todo apuntaba a que sería un cierre fácil y fluido. Hasta que Pheakdei Thong le informó de una ley local: el gobierno había concedido generosas ayudas fiscales a la empresa camboyana para que permaneciera en funcionamiento diez años. Llevaba funcionando menos de cuatro. Si Conall la cerraba, podían enviar a sus directores a prisión.

A Conall le pagaban exactamente para lidiar con cuestiones locales peliagudas.

Abandonar a los directores a su suerte, he ahí la medida más rentable, pero...

Pheakdei Thong había esperado educadamente mientras Conall barajaba en su cabeza la miríada de configuraciones, siguiendo el hilo de cada permutación posible mientras esta se ramificaba una y otra vez, hasta quedar reducida a individuos repartidos por todo el globo que perderían o conservarían su empleo.

«Si mantengo los almacenes de Hanoi pero cierro las fábricas, llego a un acuerdo con los proveedores de Laos, traslado la red de transporte de Indonesia a... ¿adónde? Probablemente a Filipinas, sí, vale, a Filipinas. Pero entonces necesito un puerto más al norte. Ho Chi Minh es un puerto. Pero el embargo de Estados Unidos contra Vietnam...»

Bien, probemos otra vía.

«Conservo los proveedores de Laos y —¿cómo es posible que a nadie se le haya ocurrido?— fabrico en Laos, envío en barco por el Mekong a Tailandia, proveo a los almacenes de allí y reduzco sus elevados costes porque la mano de obra es más barata en Laos. Un momento, ¿no existe un tope comercial entre Tailandia y Laos...?»

Había barajado otras versiones, deseando poder dividirse en dos, tres, incluso seis y regresar a Filipinas o Vietnam o Laos para aclarar la situación local. Finalmente se hizo evidente que la solución para superar este violento punto muerto estaba en Filipinas. Tendría que volver a Manila. Mierda.

Se levantó.

—Hemos terminado.

Pheakdei Thong lo miró atónito.

—¿Qué ocurrirá?

—Nada. Os quedaréis como estáis. —Tanto trabajo para nada—. ¿Puede alguien reservarme un vuelo a Filipinas?

No habían disimulado su alegría por deshacerse de él. A veces, pensó cansinamente, podía resultar un poco deprimente ser tan odiado y temido. Los había dejado celebrando su partida y había tomado un taxi hasta su hotel, donde, debido al agotamiento, había olvidado en qué país estaba.

Tenía que comer algo; no podía recordar cuándo había comido por última vez. No necesitaba mirar el menú del servicio de habitaciones para saber qué ofrecía: ensalada César, club sándwich, pizza de champiñones.

Estaba demasiado exhausto para soportar la charla cuando la comida llegara. ¿Ha tenido un buen día, señor Hathaway? ¿Le sirvo el café ahora, señor Hathaway? ¿Quiere que se lo deje aquí, señor Hathaway?

Estos lugares siempre tenían M&M's en el minibar, un punto fijo en un mundo incierto. Efectivamente, ahí estaban. Sus pequeños amigos. Con sumo cuidado, como si tuviera el cuerpo magullado, descendió hasta tumbarse en el suelo y volcó en su boca la bolsa entera de deliciosas perlas recubiertas de azúcar.

Cuando el teléfono sonó a las seis, seguía estirado en el suelo, junto al minibar, con la boca abierta y un trozo de M&M's sobre la lengua.

OceanofPDF.com

Tres años atrás

Dos días después de regresar de su luna de miel, Maeve se topó con David en el pasillo de la oficina. Se preparó para que pasara por su lado cabizbajo, rezumando desconsuelo, como había hecho cada vez que sus caminos se cruzaban en los últimos meses, pero esta vez, para su gran sorpresa, se le acercó esbozando una agradable sonrisa.

—Bienvenida, Maeve. ¿O debería decir señora Geary? —dijo amablemente—. ¿Buena luna de miel?

—Eh... sí...

—Perdóname por no haber asistido al gran día...

—¡No! ¡Por favor! No te preocupes. Lo entiendo. ¿Te molestó que te invitara? Temíamos que te enfadaras tanto si te invitábamos como si no.

—Lo sé, lo sé.

—David, lo siento mucho —dijo Maeve con voz queda.

—No pasa nada, está bien.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por perdonarme.

—Eh, que yo no he dicho eso. —Pero sonrió y por los hombros de Maeve rodaron pedruscos de culpa, y se sintió ligera y libre. Acababa de nacer un nuevo día en la relación Maeve-David.

—No pretendía hacerte daño, David. —Con gran efusión, añadió—: Fuiste muy importante para mí. Eres un buen hombre. Lo último que deseaba era herirte.

—Lo sé. —Casi avergonzado, David dijo—: Os he comprado un regalo de bodas.

—Oh, David...

—Pero no quiero traerlo aquí. Me sentiría un poco...

—¡Te entiendo!

—Podrías venir a casa a recogerlo.

—Claro. Cuando quieras.

—¿Esta noche?

—¿Por qué no?

De hecho, esa noche era perfecta. Matt tenía una cena con clientes potenciales; recién aterrizado de su luna de miel y ya había puesto

nuevamente en marcha sus excelentes dotes de persuasión. Una vocecita en su cabeza le dijo de pronto que sería preferible no contarle nada de aquello. Ya se enteraría después, cuando Maeve llegara con el regalo de bodas. ¿Qué necesidad había de contárselo por adelantado? Probablemente le diría que no debería molestarse, que David era parte del pasado. Pero para Maeve era una oportunidad de limar asperezas con David, de aligerar su sentimiento de culpa. Matt no tenía ese problema, Natalie era tan arrogante que nada conseguía hundir su autoestima por mucho tiempo, pero Maeve había causado una profunda herida en David y eso le angustiaba.

OceanofPDF.com

Día 8

Al principio Lydia pensó que no había nadie en el piso, pero Andrei estaba sentado en la sala de estar, muy silencioso.

—Hola —dijo con fingida cordialidad—. ¿Has ido a Boyne?

—Sí. Te cogí la bolsa.

—Ya lo he visto.

Lydia entornó la mirada. ¿Era una observación irritada o una simple confirmación?

Andrei se volvió hacia ella y fue como si los lanzaran en catapulta. De repente estaban arañándose la ropa, el pelo, la piel. Avanzando como un solo cuerpo, retrocedieron por el pasillo, chocaron con la puerta del dormitorio de Andrei y cayeron violentamente sobre la cama. Él la manejó con firmeza y en unos segundos se estaba deslizando dentro de ella. Sin juego erótico ni sutilezas, algo rápido y furioso, y ella lo quería rápido y furioso. Fuera cual fuese la fuerza que los dominaba, solo podían expresarla de forma salvaje. Nada de palabras, nada de técnicas, solo sexo puro y duro.

Andrei era como un animal. Y también ella cuando estaba con él. Todo instinto y sensación.

Pero en cuanto acabaron, Lydia recuperó la cordura. Estaba... en fin, estaba sorprendida.

Pensaba que Conall Hathaway la había curado de Andrei. Pero ahora, mirando atrás, comprendió que durante las últimas dos semanas apenas había visto a Andrei, y que las pocas veces que lo había visto estaba con Jan. Era fácil no caer en la tentación de practicar sexo frenético con alguien si no lo veías.

—Ha sido la última vez —dijo Lydia—. Definitivamente. Tengo novio.

—¿Quieres una medalla? Yo también tengo... —Andrei se detuvo en seco. Se oían ruidos en el pasillo—. Jan está en casa. —Saltó de la cama y empezó a echarse ropa sobre su cuerpo sudoroso—. ¡Vístete!

—Vístete tú. —Resultaba un poco insultante lo mucho que Andrei deseaba ocultarle la situación a Jan, aunque Lydia tampoco quería que lo descubriera. No porque lo que hacía fuera ilegal o algo parecido, pero cuanta menos gente lo supiera más fácil le resultaría creer que no había ocurrido. Así y todo, era un milagro que Jan, pese a su monumental estupidez, no lo hubiera adivinado.

Estaba tarareando fuera. Dejó algo sobre la mesa de la cocina con un tintineo y, acto seguido, entró en el cuarto de baño. En cuanto corrió el pestillo Andrei dijo:

—Vete.

Lydia telefoneó a Poppy pero no la encontró.

—Pops, llámame. No estoy curada.

Luego llamó a Sissy, pero tampoco la encontró.

No le quedaba más remedio que llamar a Shoane, aunque como árbitro moral Shoane no sería su primera elección.

—He vuelto a enrollarme con Andrei.

—Yaaaaa. —La oyó encender un cigarrillo, acomodándose para parlotear.

—A finales de semana se marcha de vacaciones a Polonia, pero tendré que vivir con él hasta entonces. ¿Y si vuelve a ocurrir? Porque ahora Hathaway es, en cierto modo, mi novio. No me gusta ser infiel. —Tener un novio detrás de otro estaba bien. Tener un novio nuevo dos días después de haber dejado al anterior, estaba bien. La infidelidad, en cambio, no le parecía bien.

—Yo no me preocuparía por eso —dijo Shoane—. Estoy segura de que Hathaway contrata prostitutas cuando está en esos hoteles.

—¿Tú crees?

—Bueno, tal vez. Podría hacerlo. Le sobra el dinero y se aloja en esos hoteles de negocios y... Oye, solo hablaba por hablar, no tienes de qué preocuparte.

—Ya, entiendo. Gracias por tus palabras de apoyo. Supongo.

OceanofPDF.com

Día 8...

Maeve y la doctora Shrigley estaban calladas. Llevaban siete minutos sin abrir la boca.

—No sé... —Maeve se frotó cansinamente la cara.

—¿Todavía te molesta Fionn?

—Eh... no... Ahora tiene una novia. Katie. Vive en el mismo edificio que yo.

Pero no importaba. El daño estaba hecho. Las notas de Fionn y su descarado acoso habían empezado a desenmarañar algo, y aunque Fionn había perdido el interés por ella, eso no había bastado para detener el proceso.

—Eso es bueno —dijo la doctora Shrigley—... ¿No te parece? ¿Maeve, estás aquí?

—Perdón. Sí.

—¿Sigues haciendo tus Actos Amables?

—Sí. —Llevaba siglos sin hacerlos.

De nuevo el silencio.

—Hoy has llegado tarde —dijo inopinadamente la doctora Shrigley. Maeve se sobresaltó. La doctora Shrigley raras veces propiciaba un intercambio—. Has llegado tarde las tres últimas sesiones.

Maeve se encogió de hombros.

—La conducta es comunicación —prosiguió la doctora Shrigley—. El hecho de llegar tarde comunica que probablemente ya no te sientes comprometida con este proceso.

Maeve experimentó un profundo alivio. Se diría que la doctora Shrigley estaba buscando la forma de despacharla. Ya no tendría que ir allí y fingir. Este sería el último acto.

OceanofPDF.com

Día 8...

Algo pasaba. Antes de que Katie pudiera sacar la llave del bolso su madre ya había abierto bruscamente la puerta. Estaba temblando.

—Tu foto sale en el *Herald* —murmuró—. Con tu nuevo novio. Menudo regalo de cumpleaños para tu padre.

—¿En serio? —dijo Katie, entusiasmada. A lo largo de su carrera había salido en el periódico un número de veces decepcionantemente bajo. Teniendo en cuenta la cantidad de lanzamientos a los que asistía y la gente famosa con la que trabajaba, era de extrañar que no sucediera más a menudo—. ¿Salgo bien?

—No, no sales bien. Sales bizca. Y llegas tarde. Ya nos hemos sentado.

Katie entró en el comedor. Estaban todos: Naomi, Ralph y los niños, papá en la cabecera de la mesa. Hasta Charlie había aparecido.

—¡Dios! —Katie dio un exagerado paso atrás—. No te veo desde... —Desde su cumpleaños. Una eternidad—. Feliz cumpleaños, papá. —Le arrojó el regalo—. Bueno, a ver esa foto.

—Solo hay dos ocasiones en la vida en que una dama debería aparecer en la prensa —dijo Penny—. El día de su boda y el día de su muerte.

—¿De verdad existe esa regla? —preguntó Katie—. ¿O te la acabas de inventar? —¿Otra manera de hacerles sentirse mal?—. Vamos, ¿dónde está?

—La hemos tirado —dijo Penny.

—¿Qué? —Katie se irritó. Podía conseguir una copia en el trabajo, pero quería verla en ese momento—. ¿Y se puede saber por qué? —Vieja bruja.

Penny miró detenidamente a Katie.

—¿Te encuentras bien?

—Nunca me he encontrado mejor —dijo alegremente Katie. Gracias a Fionn, él era su analgésico. Estaba en una nube, viviendo la vida a tope, y nada podría hacerle bajar de ella, ni el trabajo ni una madre amargada, nada.

—¿Y por qué, ahora que todo el país está al corriente de este idilio, no hemos conocido aún a ese hombre?

—Es solo un pasatiempo temporal.

—¿Un pasatiempo? —Penny arrugó la frente, alarmada—. ¿Temporal? —No sabía qué le parecía peor—. Katie, te lo ruego, recuerda que lo único que la mujer posee es su buena reputación.

—No quiero parecer arrogante, pero también poseo un piso, un coche, un televisor...

—Demasiado pequeño, no cuenta —le interrumpió Charlie.

—... treinta y ocho pares de zapatos, un cuadro de Lucy Doyle y doscientos euros en el banco. —Y deudas en tarjetas de crédito que ascendían a miles de euros, pero no había necesidad, no había ninguna necesidad, de entrar en detalles en ese momento.

—Todo eso carece de valor si gozas de mala reputación. ¿Y es jardinero? ¿Un trabajador manual? ¿Mucho más joven que tú?

Por lo visto en el periódico aparecía la edad de Fionn, o alguna edad, a saber cuál.

—¡Katie, tú eres una profesional! ¿Cuánto gana?

—Una miseria —respondió Robert, pensando en lo que él y Penny pagaban a su jardinero—. Al menos Conall Hathaway tenía un trabajo como Dios manda y no era un joven gandul que estaba contigo solo por tu dinero.

—Fionn está haciendo un programa de televisión. —Aunque le pagaban muy poco (Grainne Butcher no tenía vergüenza).

—La zorra de los medios. —Estaba claro que Penny había tropezado con esa expresión no hacía mucho—. Y Naomi dice que vive con esa anciana de tu edificio pero que no es su hijo. ¿Quién es? ¿Su nieto?

—No, es adoptado...

—Ahí lo tienes —declaró Robert. Evidentemente, Fionn tenía la costumbre de juntarse con mujeres mayores que él y con dinero.

—¿Y vive con ella sin pagarle un alquiler? —preguntó Charlie.

—Eso en realidad no lo sabemos...

—Solo le da un azote de vez en cuando para que no se le rebele.

—Vigila que no intente hacerte cambiar el testamento en su favor —dijo Ralph, su primera aportación a la conversación—. Y si el té te sabe a almendras amargas, no lo bebas. —Le lanzó un guiño—. Arsénico.

—No es para tomárselo a risa —espetó Penny—. Ese hombre podría aprovecharse de Katie.

—Resumiendo, todos pensáis que Fionn me sedujo por mi dinero y yo soy tan vieja, poco atractiva y vulnerable que creo que me quiere de verdad.

—¿Sedujo? —dijo Penny, nerviosa.

—Sedujo.

La palabra quedó flotando en el aire.

—Ahora sí que la has hecho buena —murmuró Ralph.

—Mamá. —Katie sonrió—. Yo practico el sexo. Llevo muchos años practicándolo. Y Naomi se fuma veinte cigarrillos al día. Y... —Este era el momento que había estado esperando, el momento de desvelar el secreto que Conall le había facilitado unos meses atrás, el momento de dejar caer la bomba que haría saltar por los aires la respetable fachada familiar. ¿Podía hacerlo? —. Y Charlie tiene un hijo cuya existencia lleva en secreto.

OceanofPDF.com

Día 7

Lydia entró en su cuarto y se detuvo en seco. Estaba completamente cambiado. Una bandera polaca cubría su achaparrada cama, y en la pared, pegado con Blu-Tack, había un póster de ese papa polaco que normalmente vivía en la pared contigua a la cama de Jan. De las perchas colgaba ropa desconocida: tejanos y camisetas de hombre.

—¿Dónde están mis cosas? —preguntó.

Salió disparada hacia la otra habitación. Las dos camas individuales estaban juntas, formando una cama doble con edredones que no hacían juego. Encima había una gerbera medio podrida que había quedado de los ramos enviados por Conall. Parecía una especie de acusación. Un lugar sucio.

—¿Qué es todo eso? —aulló.

Jan apareció en la puerta.

—¿Has descubierto los cambios? —Hablaban con dureza, algo inusual en él.

—¿Lo has hecho tú?

—No soy tan estúpido como crees. Te lo montas con Andrei.

—No me lo monto con Andrei.

—Lo sé. No mientas.

Pensando deprisa, deprisa, deprisa, Lydia empezó a hablar.

—Oye, Jan, sé que estás disgustado.

Porque adoraba a Andrei y pensaba que Lydia no era digna de él. Lydia sabía que Jan no quería ni por asomo que ella y Andrei compartieran cuarto; solo estaba dejando claros sus sentimientos —tal vez se sintiera humillado porque lo habían mantenido en la ignorancia— pero a la porra con los sentimientos de Jan, ahora no tenía tiempo para eso.

—Jan, escúchame bien, esto es importante. Reconozco que ha ocurrido un par de veces, pero fue sin querer.

No podía compartir habitación con Andrei. La sola idea le ponía los pelos de punta. Atrapada. Atrapada. Atrapada. No, no, no.

—Rosie es chica buena. Chica dulce —dijo Jan.

—Jan, ayúdame a trasladar mis cosas. —«Antes de que Andrei llegue y decida que a lo mejor no es tan mala idea.»

—No. Os dejaré solos, como dos fosforitos.

—Ni hablar. Y se dice tortolitos.

—¿En serio? —Jan se encogió de hombros con gesto desafiante —. Entonces, ¿sois tortolitos?

—¡Oh, cierra el pico! ¡Vamos, mueve el culo, vamos, vamos! ¡Quiero todas mis cosas fuera de aquíiiiiiiii!

Había conseguido asustar a Jan y en menos de quince minutos volvía a estar en su habitación, con sus cosas. Así y todo, no se sentía bien. La cosa se había complicado demasiado. Iba a tener que mudarse.

Imposible, tengo planes para ella. No puede mudarse.

OceanofPDF.com

Tres años atrás

—¿Y el resto? —preguntó Maeve al entrar en el piso de David y percatarse del silencio.

—No han llegado aún. Entra. —Señaló la sala de estar—. Ya sabes dónde está.

Todo estaba igual: la colcha de lana tosca sobre el sofá, el tapiz tibetano en la pared, la alfombra marroquí sobre el viejo parquet, las *beanbags*, las piezas de cerámica artesanal, la lámpara de lava, la guitarra en el rincón. Trastos, polvo y tabaco suelto por todas partes.

—¿Todavía tienes las mismas...?

—¿... compañeras de piso? No. Marta regresó a Chile y Holly está viajando. Ahora vivo con dos turcos. Puede que los conozcas más tarde.

Maeve no tenía pensado quedarse más de una hora; pero no tenía sentido hablar de marcharse cuando no había hecho más que llegar. David se alegraba tanto de verla...

—¿Quieres beber algo? —preguntó él.

—Un té, gracias.

—No, no, no. Me refiero a beber de verdad. No todos los días se casa mi ex novia. Cerveza.

Trajo un par de Dos Equis y se sentó en el sofá junto a Maeve.

—Por los viejos amigos.

Entrechocaron las botellas.

—Por los viejos amigos —le secundó ella.

Bebieron en silencio.

—¿Qué tal la luna de miel? —preguntó David.

—¡Increíble! —Maeve lamentó al instante haber sonado tan entusiasta.

—Oí que ibais a Malasia. Cuéntame.

—Pues...

—¿Se ve mucha presencia militar?

—Yo no vi ninguna.

—¿En serio?

David parecía sorprendido. Decepcionado, de hecho. Maeve comprendió que le habría encantado una historia sobre tropas de asalto fascistas moliendo a palos a los musulmanes locales por alguna pequeña

demostración de fe, como pasearse con barba y sin bigote. Lamentó no poder complacerle.

David cambió de táctica.

—Entonces, ¿el islam lo controla todo?

—Caray, David, no lo sé. Algunas mujeres iban tapadas, otras no.

—Qué interesante. —David tamborileó sus dedos sobre el mentón, pensativo—. Tarde o temprano se les volverá en su contra, pero por el momento Malasia está siendo muy astuta al adoptar esa vía.

Maeve sabía a qué vía se refería, la que transcurría entre el imperialismo cultural americano y el fundamentalismo islámico. A ella le importaba la política mundial, pero de repente comprendió que David no estaba interesado en las interpretaciones positivas; parecía como si deseara que todo estuviera todo lo mal que pudiera estar.

—Te he echado de menos, Maeve. —Alargó una mano y enredó sus dedos en los rizos de su cuello. Maeve se quedó quieta. Aquello no estaba bien, pero había sido tan cruel con él que no quería aumentar su dolor pidiéndole que parara.

—Espero que podamos ser amigos, David.

—¿Como en los viejos tiempos?

—¡Exacto, como en los viejos tiempos! Y cuando conozcas bien a Matt, te encantará...

Con un movimiento inesperado, David colocó su cara justo delante de Maeve. Estupefacta, se dio cuenta de que se disponía a besarla. Giró rápidamente el rostro y la boca de David aterrizó en su oreja.

—David, lo siento, pero sabes que esto no puede ser.

Él frotó la cara contra su cuello y Maeve dijo:

—Lo siento, David. Oye, creo que será mejor que me vaya.

—Si todavía no has visto tu regalo de bodas.

Ella se levantó.

—No te preocupes. Puedes dármelo en otro momento. Lo siento, pero me voy.

—No tienes por qué asustarte. —David parecía sorprendido y dolido—. Después de lo que me hiciste, permite como mínimo que te haga un regalo de bodas.

—Lo sé, pero...

—Ven, vamos a verlo.

—¿Por qué? ¿Dónde está?

—Allí. —Señaló su habitación.

—Oh... No, David —farfulló—. Tráelo aquí.

—No puedo, es demasiado grande. Ven.

—Lo siento, David, no me parece bien...

David soltó un largo suspiro.

—¿Tienes idea de cómo me hace sentirme esto? —La miró con ojos heridos—. No voy a hacerte daño. Ven, es un regalo genial, te va a encantar.

—De acuerdo. —Así era David. David.

Mientras abría la puerta del dormitorio, dijo:

—Cierra los ojos.

Maeve sintió en los hombros el peso y el calor de sus manos, guiándola.

—Vaya numerito —rió Maeve—. Espero que merezca la pena.

OceanofPDF.com

Día 6

Rosie tenía los ojos cerrados. Oyó que se quitaba los tejanos, luego un frufrú de algodón (probablemente la camisa). Estaba tumbada en la cama, desnuda y tiesa como un palo, preguntándose qué ocurriría a continuación, y cuando la mano fría de Andrei se posó en su estómago, pegó un brinco.

—Tranquila —dijo suavemente él—. Tranquila, mi bella Rosie.

Le estaba besando en la cara, en la boca, en la garganta. Y por ahí fuera, en algún lugar, estaba su... su cosa. Dura e hinchada. Había visto antes una erección; había trabajado seis meses en la sección de geriatría, donde había un montón de ancianos con demencia que tenían la manía de tocarse.

Andrei iba a meterle su cosa e iba a dolerle, luego se pondría a gruñir y a gritar y a sudar y a blasfemar, y cuando todo terminara ella seguiría teniendo un novio.

Siempre había temido llegar a este punto en su vida, desde que tenía seis años, cuando vio *Grease* y Oliva Newton-John tenía que convertirse en chica mala para no perder a su hombre.

«Tienes que despabilar...»

Con su actitud de señorita virtuosa no había conseguido retener a Andrei, de ahí que hubiera decidido entregarle su virginidad y jugarse el todo por el todo.

Con los ojos todavía cerrados, sintió a Andrei concentrado en sí mismo. Poniéndose un condón, probablemente.

Todavía faltan seis días pero ¿y si me adelanto a los acontecimientos? Es la mejor oportunidad que he tenido hasta la fecha. El condón no es un problema, podría encargarme fácilmente de él. Podría romperlo o reventarlo, o antes de que esté colocado del todo hacer que se cuelen un par de valientes espermatozoides, a fin de cuentas solo se necesita uno. Pero, entre nous, y a riesgo de parecer quisquilloso, Rosie no me cae bien. Andrei es genial, un poco vehemente, el pobre, pero tiene buen corazón. Él no me importaría. Pero ella sí.

Rosie apretó los párpados. En unos instantes Andrei se colocaría sobre ella y se la hundiría hasta el fondo. Todo su cuerpo se puso tenso solo de pensarlo. Sería horrible, pero merecería la pena... ¿Por qué tardaba tanto? Estaba empezando a coger frío.

—¿Qué ocurre?

—No lo sé —dijo Andrei. Algo pasaba. Su voz sonaba avergonzada.

Rosie abrió los ojos.

—¿Qué?

—No sé...

Se incorporó, apoyándose en los codos, y bajó la vista. ¿Dónde estaba la enorme tranca morada? ¿Qué era ese flácido colgajo rosa?

Andrei se dio la vuelta y hundió la cara en la almohada.

—Lo siento, Rosie. —Su voz, aunque amortiguada, era claramente de angustia.

Rosie estaba horrorizada. Lo había interpretado todo mal. Esto era lo peor que podría haber hecho, presentarse en casa de Andrei, desvestirse y tumbarse en su cama como un pedazo de carne. Andrei no era esa clase de hombre.

—Te entiendo —dijo, tratando de transmitirle serenidad. Con los hombres nunca se debía mostrar miedo. Por lo menos, miedo auténtico. Miedo fingido sí, si la situación lo requería, para que se sintieran machos. Pero en momentos como ese había que tomar el control—. Me respetas demasiado.

Se levantó coquetamente de la cama y empezó a vestirse. Andrei seguía con la cara hundida en la almohada.

—Voy a poner la tetera —dijo animadamente—. Nos vemos en la sala.

OceanofPDF.com

Día 6...

Conall se dejó caer en la ancha cama del hotel y se quitó los zapatos. Mejor pedir que lo despertaran por teléfono antes de dormirse. Podría poner el despertador de su móvil pero ignoraba qué hora era allí, en Manila. Por lo menos sabía dónde estaba. De repente recordó algo y soltó un gruñido: se había olvidado de comprar una camisa y ropa interior. Llevaba más de dos semanas dando vueltas por el sudeste asiático y su bolsa de mano apenas contenía lo imprescindible. Hacía mucho que se le había terminado la ropa limpia, pero nunca pasaba en un lugar el tiempo suficiente para poder enviarla a la lavandería, de modo que desde Yakarta se había dedicado a comprar y tirar.

Tendría que llamar a recepción. Tendría que estar amable. Dios.

—Recepción. ¿En qué puedo ayudarle, señor Hathaway?

—Tengo que hacerle una petición especial.

—¡Cómo no, señor!

El recepcionista estaba pensando, «¡Chicas!», comprendió Conall. No quería una chica. Tenía una novia preciosa en casa. Una vaga impresión de pechos y fragancia femenina lo reconfortó. Katie. No, Katie no. Ahora era otra. Lydia, sí, su pequeño diamante duro y reluciente.

—Necesito un par de camisas y ropa interior.

—Cómo no, señor. ¿Algo más, señor?

—Bueno, ahora que lo dice... —Bronagh le había enviado un correo electrónico recordándole que era su cumpleaños.

Como eres mi tío, mi padrino y el único millonario de la familia, me gustaría un buen regalo.

—¿Podría conseguirme un regalo para una niña?

—¿Cuántos años tiene?

—Siete. —¿O eran ocho? Estaba entre esos dos.

Se despertó sobresaltado. ¿Dónde estaba? En una habitación de hotel. Podría ser cualquiera entre millones. Alguien estaba llamando a su puerta, por eso se había despertado. Chasqueando la lengua contra el paladar para

ahuyentar la atroz sequedad de su boca, abrió la puerta. Era un joven que traía la camisa y los calzoncillos nuevos de Conall, así como unos pendientes de zafiros para Bronagh. Conall hurgó en su bolsillo y encontró unos billetes que le entregó al muchacho.

Miró la hora. Casi las cinco de la madrugada. Ya que estaba despierto y era una hora decente en Irlanda, aprovecharía para hacer algunas llamadas.

—¡Feliz cumpleaños, Bronagh!

Bronagh suspiró con exageración.

—Llegas un día tarde, Conall, como siempre. Mi cumpleaños fue ayer.

—Estoy en Asia. Hoy es mañana.

—Entonces llegas dos días tarde.

Caray, tenía razón.

—He cumplido ocho años. Eres mi tío y mi padrino. Te lo recordé, te lo puse fácil, y has vuelto a defraudarme.

Cielo santo, cuántas llamadas recordaba como esta.

—Tengo que dejarte, cariño. Nos vemos a mi vuelta.

Nada más colgar telefoneó a Lydia.

—¿Hathaway? —dijo enérgicamente—. ¿Estás en Dublín?

—En Manila.

—¿Otra vez?

—Sí. Tuve que volver. En Camboya surgió un problema con...

—Lalalalala. No te oigo. ¡Yuuuuuuuuuu! —Dejó de aullar y preguntó con cautela—. ¿Ya está? ¿Has terminado?

—Sí.

Lydia le había pedido que no le hablara de su trabajo, era demasiado aburrido. No obstante, podía describirle la habitación del hotel siempre que quisiera. O los bufets del desayuno, sobre todo las planchas calientes donde hacían las crepes.

—¿Cuándo vuelves?

—La semana que viene.

—Dijiste este fin de semana.

—Ya te he dicho que los planes han cambiado. La situa...

—Da igual.

OceanofPDF.com

Día 6...

Andrei estaba hundido en la oscura noche del alma. Su virilidad le había fallado. Era la primera vez que era víctima de semejante humillación. Siempre había confiado plenamente en su potencia sexual.

Y había otra mala noticia.

Cuando Jan llegó a casa del trabajo le comunicó que le habían despedido y que regresaba a Polonia. Para siempre.

—Aquí ya no hay trabajo. Además, quiero volver a casa. Magdalena también.

Andrei se quedó estupefacto. Jan era su colega, prácticamente su hermano. Habían llegado a Irlanda en el mismo vuelo y durante los dos últimos años lo habían compartido todo, habitación, confidencias y cervezas.

Además, si Jan se iba se quedaría a solas con el elfo.

—Espera a volver de Polonia —dijo Andrei, presa de cierta desesperación. En menos de una semana los dos se marcharían a Gdansk para pasar las vacaciones de verano—. Ahora lo añoras, y yo también, pero el tiempo que pases con tu familia y amigos te dará fuerzas para encontrar otro trabajo y soportar Irlanda otro año.

Jan meneó la cabeza.

—No. Cuando el viernes me vaya será para no volver.

Jan no era demasiado inteligente, pero cuando tomaba una decisión, la mantenía. Nada podía hacerle cambiar de parecer. Andrei se preguntó, incómodo, si no habría descubierto lo suyo con el malvado elfo. Jan tenía un profundo sentido de la ética, más profundo incluso que Andrei, y estas conductas licenciosas podían afectarle terriblemente.

La idea de vivir en Irlanda sin Jan lo entristecía, casi lo asustaba. Y después de la ignominia sufrida ante Rosie... seguro que ella ya no querría saber nada de él.

Puede que se quedara en Polonia con Jan.

¡No, Andrei, no!

OceanofPDF.com

Día 5

(muy temprano)

Andrei le dio otra vuelta a la almohada. Durante unos dichosos segundos el fresco algodón alivió su rostro afiebrado. Estaba siendo la noche más larga de su vida. Algo le había sucedido al tiempo, tenía la sensación de que hacía una semana que era domingo por la noche. ¿Pensaba el sol salir algún día? Se revolvió en la cama, incapaz de dar reposo a sus atormentados pensamientos. El problema: ignoraba si el gatillazo era un caso aislado o iba a repetirse. Le asustaba tanto descubrir que se trataba de una situación recurrente que no sabía si podría arriesgarse a volver a tener relaciones sexuales.

Claro que tampoco creía que Rosie fuera a insistirle. Aunque lograra recuperarla, era evidente que el sexo le repelía... Qué virtuosa florecilla. Semejante recato era infrecuente, y sin embargo se le había ofrecido como un sacrificio en un altar. De pronto le pareció tan digno de admiración que una mujer buena pudiera tomar el mal camino por amor, que sollozó sobre su almohada sobrecalentada.

¡Ojalá amaneciera de una vez!

Cuando el sol empezó a salir, la vergüenza que sentía por no haber sido capaz de consumar el acto con Rosie empezó a diluirse y dio paso a una nueva e inesperada emoción: gratitud. ¡Por supuesto que no había podido cometer semejante abominación en su pequeño pétalo! No hasta que estuvieran casados.

O, por lo menos, prometidos.

Cuando la luz perlada de la mañana empezó a deslizarse bajo las cortinas, la esperanza, la hermosa esperanza, lo elevó y Andrei comprendió que debía actuar. No más Lydia. Tenía que desaparecer de su vida para siempre. A medida que la idea ganaba fuerza, el peso que sentía se hizo ligero, casi etéreo. Con sigilo para no despertar a Jan, sacó un fajo de billetes de un calcetín que guardaba en el suelo del armario. Se duchó, se vistió y bebió dos tazas de café. Estaba ya en el recibidor, casi a salvo, cuando oyó el ruido de una llave en la cerradura y el alma se le cayó a los pies. Lydia, volviendo del trabajo. Abrió la puerta y aterrizó en el recibidor. Ella lo miró, él la miró, y un relámpago de sexo crepitó entre los dos.

—No —dijo él, presa del pánico. Se abalanzó sobre el hueco de la puerta. Tenía que escapar antes de que ella lo sedujera y diera al traste con todos sus planes. Bajó las escaleras como alma que lleva el diablo, abajo, abajo, llegó a la calle y echó a andar con paso presto, hasta quedar completamente fuera de su alcance.

Caminaba con determinación. Sabía exactamente adónde se dirigía: una pequeña joyería de la calle South Anne. Él y Rosie habían contemplado el escaparate una noche, señalando los anillos que les gustaban, como en una serie de televisión de la década de los sesenta.

Tenía mucho tiempo por delante —la tienda no abría hasta las nueve y eran solo las 6:35— pero permaneció lúcido y concentrado, y para cuando el joyero levantó la persiana metálica y lo dejó entrar, estaba más seguro que nunca de lo acertado de su decisión.

Andrei sabía exactamente el anillo que deseaba Rosie, pero no podía permitírselo. Así pues, le compró otro, el segundo más barato de la tienda. Era un aro liso con un brillante: humilde y adorable, como la propia Rosie. Hecho esto, puso rumbo a su casa, llamó a la puerta y apoyó una rodilla en el suelo.

Respondiendo a sus plegarias, fue Rosie, y no una de sus compañeras, quien abrió.

—Rosie —dijo, sin percatarse del alivio que asomó en los ojos de ella cuando sacó la cajita de terciopelo—. ¿Quieres casarte conmigo?

OceanofPDF.com

Día 5...

—No te lo vas a creer. —Fionn irrumpió en el piso de Katie y arrojó un fax sobre la mesa de la cocina—. Mira esto.

Katie alisó la estrujada hoja y la leyó por encima. ¡Ostras! Network 8 había aplazado cuatro semanas el programa de Fionn. Había conseguido comprar los derechos de *DOA*, una serie policíaca estadounidense, y había decidido emitirla en la franja horaria asignada a *Tu edén privado*.

—En su lugar le ofrecieron a Grainne la noche del lunes, pero ella dijo que las noches de los lunes reciben los peores índices de audiencia de la semana. Le propusieron entonces los domingos a las nueve de la noche, pero tenemos que esperar a que *Around Ireland in a Roasting Tin* termine.

—Pobre Fionn.

—Ahora mismo hago furor —prosiguió Fionn, citando claramente a Grainne—. Estoy en el candelero. Pero tenemos que esperar otras cuatro semanas, y puede que entonces sea demasiado tarde.

Katie no sabía qué decir. Los medios de comunicación hacían cosas inexplicables. A ella le habían fallado en más ocasiones de las que podía recordar. ¿Cuántas veces había concedido una entrevista exclusiva a un periódico para que promocionara un concierto irlandés, solo para que el artículo desapareciera y luego reapareciera cuando el concierto ya había pasado y el artista se había ido? Estaba acostumbrada a eso, pero Fionn era un novato. Su decepción iba a ser dolorosa.

Cuando una cadena empezaba a modificar las fechas de emisión, por lo general era señal de falta de confianza y reorganización de prioridades. Aunque siguieran confiando plenamente en el programa, la trayectoria hacia el éxito quedaba afectada; se perdía algo irrecuperable.

—Pon tu cara sonriente —le dijo Katie—. Debemos estar en el Merrion dentro de cuarenta y cinco minutos para disfrutar del espléndido Bob Geldof.

—No quiero ir.

—Oh, Fionn...

—Presiento que todo el mundo se reirá de mí. Soy el jardinero de la televisión sin programa.

—Tienes un programa.

Pero mientras no se emitiera era como si no lo tuviese.

—¿Y qué se supone que debo hacer ahora? La grabación termina el viernes.

Katie entendía perfectamente a qué se refería: hasta que no se emitiera el programa, Excellent Little Productions no podía saber si iba a grabar más programas. ¿Debía Fionn quedarse en Dublín y ver qué ocurría, o regresar a Pokey, aunque fuera temporalmente, para conservar a sus clientes? Katie sintió un nudo en el estómago al comprender que se avecinaban tiempos inciertos. Para la cuenta bancaria de Fionn. Para el ego de Fionn. ¿Para el idilio de Fionn?

OceanofPDF.com

Día 5...

A Matt le pitó el móvil. Un mensaje de texto.

Cabrón

Era de Russ. Todavía no le había enviado el talón para pagarle el vuelo a Las Vegas que le había reservado. Matt le había jurado por su madre que se lo enviaría ese mismo día, pero no podía hacerlo. Maeve se daría cuenta de que el dinero faltaba en la cuenta conjunta y entonces se descubriría todo el pastel porque lo cierto era que Matt no podía ir a Las Vegas para la despedida de soltero de su hermano. Imposible. ¿Ausentarse una semana entera? Maeve no podía quedarse sola en el piso y no disponía de un plan B. Todos sus amigos estaban fuera de la ciudad. Solo quedaban los padres de Maeve, pero vivían en Galway, demasiado lejos.

Matt se sentía fatal por Russ, por dejarlo financieramente en la estacada, por todas las veces que le había fallado, por la única vez que fue capaz de reunirse con él para hablar de lo que podrían organizarle a Alex en Las Vegas, porque no propuso nada.

Un mes más tarde llegaría el momento en que todos tendrían que subir al avión y Matt no tenía ni idea de lo que iba a hacer.

Pero antes tenía que enfrentarse a algo aún peor: el trabajo. El día de su primera cita con un banco de Shanghái se acercaba como un meteorito y era incapaz de apartarse de su trayectoria.

Estaba atrapado en una situación terrible, sin espacio para maniobrar. Se sentía como el prisionero de guerra de uno de esos libros Boys Own que había leído en otros tiempos: al tipo le partían las piernas y lo metían en una jaula donde no podía estar de pie ni sentado. Matt sentía que, hiciera lo que hiciese, estaba jodido.

Los márgenes de su vida se estaban oscureciendo. Tenía la impresión de estar avanzando por un túnel cada vez más negro y estrecho, más asfixiante, y de que pronto ya no le quedaría aire para respirar ni espacio para moverse.

OceanofPDF.com

Día 5...

El móvil de Lydia sonó. Era Conall.

—¿Hathaway? ¿Y ahora dónde?

—Yakarta.

—Refréscame la memoria.

—Capital de Indonesia. No sé cómo decirte esto, Lids, lo siento de veras pero...

—¿Te has acostado con una puta?

—No.

—¿Me has pasado la clamidia?

—No llegaré a tiempo para la boda de Poppy del miércoles. Te juro que te compensaré.

—Tranqui, Hathaway. Eras tú el que quería ir.

OceanofPDF.com

Día 4

—*Dzien dobry*, Andrei. —A Jemima le gustaba saludar a esos pobres muchachos polacos en su idioma. Un pequeño detalle que no le suponía ningún esfuerzo y podía alegrarles el día.

—*Dzien dobry*, Jemima. *Dzien dobry*, perro. —Andrei se arrodilló y forcejeó juguetonamente con Rencor.

—Hoy pareces muy contento, querido. —«Por una vez.»

—Voy a casarme.

—¡Felicidades! ¿Con la adorable Rosemary?

Andrei asintió y enrojeció de orgullo.

—Estamos buscando una casa.

«¿En serio?»

—Puede que en eso pueda ayudaros —dijo Jemima, interesada—. Dentro de poco mi piso quedará libre.

—¿Se muda? ¿Cuándo?

—Calculo que dentro de una semana.

—Es perfecto. El viernes Jan, Rosie y yo nos vamos a Gdansk. Podríamos mudarnos a la vuelta.

—¿Te llevas a Rosie para que conozca a tu familia? Qué detalle. Bien, estoy segura de que el piso os gustará, pero hay una condición.

«¿No la hay siempre?», pensó Andrei con tristeza.

—Debéis cuidar de mi perro.

—¿Eso es todo? ¿No puede llevarse el perro a su nueva casa?

—Lamentablemente, no.

—¿Y Fionn? ¿También él se marcha?

«Sí, lo que pasa es que aún no lo sabe.»

—Fionn y Rencor no se llevan muy bien, me temo. Fionn ya es un hombre adulto. Bien mirado, estoy segura de que también él querrá marcharse.

—Me gusta este perro. —Andrei sonrió—. Y a Rosie también le gustará. A ella le gusta todo el mundo.

—Solo una cosa. ¿Estás seguro de que no os gustaría empezar vuestra nueva vida en un lugar completamente diferente? ¿Lejos de la calle Star?

Jemima alzó el mentón y miró a Andrei sin pestañear. Oh, sí, por supuesto que los había oído, a él y a Lydia, «haciéndolo». Muchas veces.

Era dura de oído, cierto, pero ni estando sorda como una tapia habría podido escapar de los apasionados gemidos.

Pero no era un juicio. Las personas de buen corazón no juzgaban. Solo quería estar segura de que Andrei sabía lo que hacía. Observó la sucesión de emociones que asomaron a su rostro: un cóctel de vergüenza, autoexamen, absolución, firmeza y, por último, algo cercano a la felicidad.

—Gracias por su interés —dijo Andrei, levantando igualmente el mentón y sosteniendo la mirada de Jemima con admirable aplomo—. Pero la calle Star me gusta. Tiene el tranvía cerca. Cuando tengamos hijos necesitaremos una casa más grande, pero por el momento es suficiente. ¿De cuánto tiempo será el contrato? ¿Seis meses? ¿Un año?

—El tiempo que queráis, querido.

OceanofPDF.com

Día 4...

¡Los polacos se iban! ¡Se iban y no pensaban volver!

El viernes se marcharían de vacaciones, lo cual ya era genial. Pero iban a producirse grandes cambios. Jan se quedaría en Polonia y Andrei se había prometido —sorprendentemente— con Rosie, la última virgen de Irlanda, y tenían planeado vivir juntos.

Jan le relató todo eso a Lydia con una generosa dosis de triunfalismo.

—Chica buena gana —dijo.

—Si el premio es Andrei, todo suyo.

—Te pagaremos dos meses de alquiler —dijo Jan, algo a lo que ni siquiera ella pudo encontrar inconveniente—. Puedes quedarte con el piso, si quieres.

Tal vez lo conservara, pensó Lydia, no estaba mal situado. O tal vez se mudara. Ya no tenía que vivir en su cuartucho porque todo había cambiado. La tragedia de su madre seguía siendo real pero, con Murdy y Ronnie allí, ya no estaba llevando ella todo el peso. Y ahora que ya no estaba tan asustada, se daba cuenta de lo ridículos que habían sido sus esfuerzos por ahorrar dinero. Ni yéndose a vivir debajo de un puente habría sido capaz de pagarle una residencia a su madre.

Andrei llegó.

—El futuro novio —dijo—. Mis más sinceras felicitaciones.

Él la miró con timidez pero henchido de orgullo.

—Tengo entendido que te arrodillaste —dijo Lydia—. El último romántico.

Se miraron con mutua antipatía y durante una milésima de segundo habrían podido estrangularse. El tiempo se detuvo, el universo permaneció inmóvil sobre la hoja de un cuchillo, nadie respiró... y luego cada uno se fue por su lado.

Ahora que la cosa se ha calmado, sus ritmos cardíacos se han separado y, madre de Dios, son tan diferentes que se diría que hablan idiomas distintos.

OceanofPDF.com

Día 3

—¿Katie? ¡Katie! —Tan angustiada sonaba la voz de Fionn que le costó reconocerla—. Me han usurpado mi identidad.

—Fionn, ¿dónde estás?

«Seguramente le han rechazado la tarjeta de crédito —pensó Katie—. Lo más probable es que se haya olvidado de pagar la factura.»

—Estoy en el trabajo. Hay otro yo.

—¿Gastándose tu dinero?

—¡No! ¿Has visto el *Irish Times* de hoy?

Katie miró a su alrededor. En la oficina tenían todos los diarios.

—Danno, tráeme el *Times*.

—Página dieciséis —dijo Fionn.

Katie pasó las páginas y... Ostras.

El titular gritaba: la jardinería, ¿el nuevo rock and roll? Iba acompañado de una foto de un cuarto de página de un tiarrón con el pelo alborotado y barba de tres días, que sonreía lascivamente mientras acariciaba un calabacín con sus grandes y sucias manos. Pero ese hombre no era Fionn.

Era un tal Barry Ragdale, la estrella de *Cava que te cava*, un nuevo programa de jardinería de RTE que empezaría a emitirse dos semanas más tarde. El gancho estaba en que Barry había sido en otros tiempos bajista de un grupo y cada semana interpretaría personalmente la música de los créditos finales.

Katie enseguida se hizo cargo de las terribles consecuencias. Para Fionn. Y para ella.

—¿Esa es la razón por la que Channel 8 pospuso mi programa? —preguntó Fionn.

Tal vez. Probablemente les habían chivado lo del programa de RTE y o bien no habían tenido el valor de competir con la cadena estatal o bien estaban esperando a ver qué tal les iba. Si fracasaba, no se molestarían en emitir su versión; si funcionaba, podrían subirse al carro del éxito de Barry Ragdale.

—Te diré una cosa, Katie. —A Fionn le temblaba la voz—. Lamento haberme metido en este proyecto de mierda. Yo era feliz en Pokey. Ahora tengo celos y me siento inseguro y odio a todo el mundo.

Katie se esforzó por calmar su voz.

—Fionn, escúchame. Siempre habrá otros artistas, otras personas que compitan contigo. Esa es la realidad, y más aún en algo tan salvaje como la televisión. Has de aguantar, esperar a ver qué pasa. Ese Barry Ragdale podría fracasar estrepitosamente y entonces tú estarás ahí, listo para ocupar su lugar.

—¿Tú crees?

—Por supuesto. —Era buena en eso. Después de todo, su trabajo consistía en tranquilizar a los artistas. Por desgracia, no era tan buena tranquilizándose a sí misma—. Y Channel 8 no ha retirado *Tu edén privado*. Tiene previsto emitirlo dentro de tres domingos.

Lo que no significaba que no pudieran retirarlo, pero el pesimismo no llevaba a ningún lado.

—¿Y si lo retiran? Ya no tendré nada que hacer aquí y me veré obligado a regresar a Pokey.

—Fionn, te estás adelantando a los acontecimientos. Míralo así: en realidad es un cumplido que otro jardinero atractivo consiga su propio programa. Significa que estás creando escuela.

—Es cierto, no había pensado en eso.

—Todo está bien.

En realidad, ¿quién podía saber si lo estaba o no?

—Tienes razón, Katie, todo está bien, sobre todo porque si no hubiera venido a Dublín no te habría conocido.

OceanofPDF.com

Día 2

Al principio daba la impresión de que Matt simplemente estaba buscando una ruta alternativa para volver a casa. Después de veintitrés frustrantes minutos avanzando en un tráfico a una velocidad un punto por encima de la inmovilidad total, hizo un repentino giro de ciento ochenta grados y se alejó como una bala en la dirección opuesta. En cualquier momento haría un brusco viraje a la derecha, seguido de otro, y pondría nuevamente rumbo a casa. Pero en lugar de eso fue poniendo cada vez más distancia entre él y la calle Star, y en cuestión de minutos estaba conduciendo paralelo al río, en dirección a la zona portuaria. Zigzagueando por calles cada vez más estrechas, al rato estaba dando tumbos sobre adoquines.

Dejó el coche en el primer hueco que encontró, sin importarle que estuviera sobre una doble línea amarilla —pónganle un cepo, hagan lo que quieran, me da igual— y ocupó su puesto de observación frente a No Brainer Technology.

Pasaron treinta y siete minutos antes de que el tipo larguirucho y desarreglado con pinta de poeta apareciera bajando las escaleras a toda prisa, con los tejanos medio caídos, el pelo sobre los ojos y una americana marrón con aspecto de haber sido rescatada de un cenagal donde llevaba 123 años sin ser molestada. Corría detrás de una chica alta y delgada, con un atractivo hueco en los dientes de delante.

—¡Espera! —dijo, colocándole una mano en el hombro—. ¡Steffi, espera!

Como si hubieran abierto un dique, la rabia explotó dentro de Matt.

Un momento, yo reconozco a ese tipo con aspecto de poeta, por los recuerdos de Maeve. Es...

—¡David!

Exacto, David El novio que Maeve tuvo antes de Matt. Es solo que ahora Maeve me está permitiendo entrar en ella y llegar a todos los detalles de su pasado.

—¡David! —La voz de la chica del hueco en los dientes llegó flotando hasta Matt—. ¡Casi me matas del susto!

David dijo algo que Matt no alcanzó a oír, luego cogió a la chica por la cintura, la atrajo hacia sí y la besó enérgicamente.

«Así que ahora tiene novia», pensó Matt. Parecía encantadora, y se los veía felices. Pero lo mejor de todo era que podría acercarse ahora mismo a ellos —siete u ocho pasos bastarían— y estropearlo todo con unas pocas frases bien escogidas. Podría contarle a la encantadora chica una o dos cosas sobre David que le harían echar a correr.

Se preparó, apretó los pies y las pantorrillas para irrumpir como una granada en sus vidas —«vamos, ahora, ahora»— y de repente estaba sucediendo, y David, con el instinto de un animal que huele el peligro, lo vio. Parpadeó ligeramente —de miedo, esperó Matt— pero Matt lo ignoró y concentró toda su atención en la chica.

—Tengo que hablar contigo.

La chica retrocedió y Matt se dio cuenta de que su vehemencia la había asustado.

—Lo siento... Eres Steffi, ¿verdad? —Asintió atemorizada y Matt tragó saliva, como si eso pudiera frenar su desesperación—. Me llamo Matt Geary.

—¿El marido de Maeve? —preguntó Steffi.

Eso era lo último que Matt esperaba oír. Sorprendido, le preguntó:

—¿Cómo lo sabes?

—David me ha hablado de ti.

Matt se volvió hacia David, que sonreía con suficiencia, y de nuevo hacia Steffi.

—Pero no te ha contado la verdad.

—Sí le he contado la verdad.

Matt ignoró a David.

—Steffi, tienes que escucharme...

—Oye —dijo David—, no tienes ningún derecho a presentarte aquí sin más y empezar a... Existen leyes contra esa clase de conducta.

Leyes. ¡Leyes! Eso bastó para hundir a Matt. De repente, hasta el último ápice de resolución lo abandonó, dejándolo más vacío de lo que jamás había creído posible.

Se marchó renqueando, como si estuviera malherido. Mientras se alejaba, David gritó:

—Contrólate. Ten un poco de amor propio, tío... y supéralo de una puta vez.

OceanofPDF.com

Día 2...

Conall miró por la ventanilla del avión, sin fijarse en las viviendas de protección oficial que circundaban Dublín. Finalmente había identificado la sensación de malestar que llevaba diez días aposentada en su estómago.

Tendría que haber cerrado la rama camboyana. Era tremendamente ineficaz, estaba llena de corrupción y aquejada de una infraestructura local atroz.

Ese único error había desencadenado otras situaciones y cada una de ellas había puesto en marcha una cadena de acontecimientos, como fichas de dominó cayendo, y lo que Conall había conseguido al final era una chapuza.

Entre sus colegas tenía fama de hábil y meticulado. Cuando descuartizaba una empresa y luego la recomponía, las cicatrices desaparecían deprisa y la nueva versión enseguida empezaba a parecer la única posible. A la gente le costaba creer que la vieja y abotargada configuración hubiera podido existir, y no digamos funcionar.

Pero esta vez era diferente. Una y otra vez, Conall se daba cuenta de que esa empresa recortada nunca acabaría de convencer del todo. Se sentía como un cirujano plástico que había hecho una reducción de pecho y se había olvidado de volver a coser los pezones.

Había dejado que lo personal se impusiera sobre lo práctico. No quería que los directores camboyanos fueran a chirona y eso había influido negativamente en su célebre capacidad para pensar y proyectar con lucidez. Finalmente encontró una solución pero, ahora que el trabajo estaba hecho y se encontraba casi en casa, se veía asaltado por una perspectiva dolorosa.

Había... intentó pronunciar la palabra; era una palabra nueva para él... había fracasado.

Fracasado. Nadie salvo él lo había advertido. Sus pagadores en Milán parecían contentos, pero Conall lo sabía. Y tarde o temprano correría la voz. Conall Hathaway ha perdido facultades. Está mayor. Quemado. Ya no es de fiar.

Se le encogió el estómago. Fracasas era tan duro como siempre había temido que sería, si bien había vivido su vida sabiendo que, tarde o temprano, su buen criterio le fallaría. Era algo de lo que había huido a lo largo de toda su carrera. Había aceptado un proyecto detrás de otro, ansioso

por acumular victorias, para que cuando finalmente se le acabara la suerte su índice de éxitos siguiera siendo el aspecto más destacado. Ahora que había sufrido su primer fracaso, intuía que habría otros. Como cuando un avión comienza a bajar y sabes que la presión ha cambiado antes de que el piloto lo diga. Su cadena ininterrumpida de éxitos se había roto y tenía el convencimiento irracional, supersticioso, de que la dirección de su vida había cambiado y tenía que ir adonde ese nuevo camino lo llevara.

¡Adaptarse! ¡Adaptarse! ¡Adaptarse! He ahí lo que debía hacer: adaptarse para sobrevivir. Entonces comprendió algo más. Necesitaba —quería— alguien que le ayudara en su trabajo. Únicamente ahora que la misión había terminado y se encontraba de nuevo en casa se atrevía a reconocer lo dura que lo había encontrado. Todos esos vuelos, los cambios de huso horario, la falta de sueño, la sobrecarga de información... Durante las últimas tres semanas había sentido demasiadas veces la certeza de que, simplemente, ya no estaba capacitado. Encontraba cada nueva adquisición aterradora, eso era lo que lo hacía tan bueno; el miedo producía enormes cantidades de adrenalina. Pero ese proyecto había sido diferente. Había cometido una locura al pretender abarcarlo solo. Una operación de semejante calibre requería varios Conall.

Un socio. Ya está, había pronunciado lo impronunciable: necesitaba un socio. Alguien con quien compartir proyectos, desarrollar ideas y asumir responsabilidades. Se dio cuenta de que hasta tenía algunos nombres en mente, gente más joven que él, puede que hasta más intrépida de lo que lo había sido él en sus mejores tiempos, y ya se estaba preguntando a cuál elegiría. Pero ¿dónde estaba escrito que solo podía tener un socio? Podría tener dos, incluso un equipo, un grupo entero de gente inteligente e innovadora. Juntos arrasarían.

Pero cuanto más competentes fueran ellos, menos lo sería Conall Hathaway, el mediador solitario. Esa persona había dejado de existir. Por muchas cosas buenas que le deparara el futuro, él seguiría siendo un fracasado.

¿Cómo iba a llevar, se preguntó, lo de ser un fracasado? ¿Tendría que conseguir su chute de adrenalina haciendo alpinismo o deportes de alto riesgo, como una persona del hemisferio sur? Dios no lo quiera. Se imaginó con Jesse haciendo concursos de resistencia bajo el agua en Float y entonces se acordó de Lydia. Por suerte, ella ya era suficiente riesgo.

Finalmente, el avión tocó suelo. Conall se desabrochó el cinturón de seguridad y conectó su móvil antes de que le dieran luz verde. Tal vez se hubiera olvidado de coser los pezones, pero jamás obedecería sus absurdas normas.

Se levantó y se desperezó con exageración, tal vez esperando que la azafata lo regañara, y marcó el número de Lydia.

—¿Hathaway?

—He llegado. En mi cama dentro de cuarenta y cinco minutos.

—Si me quieres, ven a buscarme. Llevo todo el día al volante.

Entre nous, estoy encantado de que Conall haya vuelto, sobre todo si, como todo parece indicar, Andrei se ha marchado. Tengo planes para Hathaway. Sí, sí, grandes planes.

OceanofPDF.com

Día 2...

Podía, de hecho, correr con ellos. Once centímetros —vale, con un centímetro de plataforma que hacía la bajada menos empinada, pero diez centímetros seguían siendo muchos centímetros— y no estaba caminando deprisa, no, estaba corriendo. No todas las mujeres eran capaces de eso, y menos aún las de cuarenta para arriba, y era una habilidad muy útil porque llegaba tardísimo. Había conseguido sacar a Fionn de su pesimismo, de modo que en esos momentos se dirigía a casa para cambiarse y después tenía que cruzar como una flecha la ciudad para reunirse con él a fin de asistir a una fiesta en la embajada estadounidense. Seguían yendo a todas las fiestas a las que eran invitados porque Katie se negaba rotundamente a pensar en el futuro y estaba decidida a seguir divirtiéndose hasta el último minuto, llegara cuando llegase. Pero tanta vida social llevaba mucho tiempo, y ya iba retrasada cuando salió del trabajo y después se había detenido a comprar leche y otros productos básicos y se había dejado seducir por una farmacia. Necesitaba un suplemento de hierro (no podría seguir ese ritmo mucho más tiempo sin una ayudita), pero se entretuvo en el pasillo de las uñas y entró en trance. Dios, tenían cosas geniales ahí, cosas fabulosas: una nueva marca de esmalte y limas con motivos de Marimekko... Había perdido mucho tiempo pero finalmente estaba en casa y...

—¡Conall! —Dios mío, era Conall Hathaway. Delante del 66 de la calle Star. Enorme. Hacía siglos que no lo veía.

Él parecía tan sorprendido como ella.

—¿Katie?

—Conall.

—Estás fantástica.

—Tú estás... horrible. —Lleva el traje arrugado y los pelos despeinados.

—Acabo de llegar de Filipinas.

—Veo que sigues igual. —Katie levantó su llave—. ¿Quieres entrar?

—No, estoy esperando a... eh...

—¿Lydia?

—Sí.

—¿Es tu...? —Katie prosiguió con cautela, como si estuviera cruzando un viejo puente con listones que podían partirse en cualquier momento—. ¿Es tu novia?

—Mmmm, sí.

Ya está, pensó Katie. Lo había dicho y estaba bien. No se había hundido en un terrible abismo; de hecho, no había sentido nada. Qué fabuloso analgésico, Fionn. Mejor que todo lo que ofrecían en el mercado. Debería patentarse, ganaría una fortuna.

—He oído —dijo Conall— que tú y... ¿Fionn, se llama?... estáis juntos.

—Lo estamos. En fin, tengo que irme. Llego tarde.

—¿Y te va bien con él?

Conall, siempre tan competitivo. ¿Qué esperaba que le dijera? ¿No hay nadie que pueda superarte, Conall? Porque sí lo había. Fionn lo superaba. Katie se contentó con un enigmático encogimiento de hombros y se marchó.

OceanofPDF.com

Día 2...

Zapatillas, gorros de ducha, jabones, bombones, bolígrafos, un montón de cosas bonitas que Conall se había llevado de sus habitaciones de hotel.

—Hathaway, son geniales —dijo Lydia.

—Ha sido un placer. —Conall le desabrochó hábilmente el sujetador. Había hecho un buen trabajo desvestiéndola casi por entero mientras ella permanecía concentrada en sus regalitos.

—¡Oh! —exclamó complacida: geles de Molton Brown. Mucho mejor que las cosas de marca blanca que Conall había incluido.

Conall rió y le mordisqueó suavemente el pezón derecho, luego el izquierdo.

—Te gusta el sensualismo, ¿eh?

—Mmm. —Se había pensado que su exclamación era sexual, comprendió Lydia. Sería mejor que se concentrara. Tenía delante a un Conall Hathaway en cueros con una alegre erección lista para entrar en acción. Los geles de ducha podían esperar.

—Así lo llamaba Katie —prosiguió Conall, bajándola hasta la cama.

Lydia se puso rígida.

—¿Katie llamaba qué a qué?

—Sensualismo. Era su palabra.

Rodó hacia un lado y se sentó.

—No vuelvas a mencionar a Katie. Eres un aguafiestas.

—... Oh...

—No es que me importe, pero cuando estás conmigo, estás conmigo y punto. Puede que las infelices con las que has estado hasta ahora te lo aguantaran porque tienes una casa en Wellington Road. Pero si quieres volver a verme...

—Vale... lo siento.

—Te dije que Katie y Ricitos de Oro están juntos. ¿Es que lo has olvidado?

—No.

—Están locos el uno por el otro. No paran. Toman baños en mitad de la noche y se persiguen por la casa riendo y chillando e impidiendo que currantes como yo podamos dormir.

OceanofPDF.com

Día 1

—¿A qué hora volverás a casa? —preguntó Maeve.

—Muy tarde, probablemente —dijo Matt.

—¡Oh, Matt!

—Ya sabes cómo son estas cosas. —Esbozó una sonrisa de disculpa—. Clientes potenciales, salón privado, menú degustación, vino caro. Esas cenas suelen hacerse interminables.

—Qué extraño que hagáis algo así un viernes por la noche.

—La única noche que nos iba bien a todos. Pero estarás bien. Tienes hora con Shrigley, ¿no?

—Ajá. Y en el trabajo celebran una despedida. —No sabía por qué lo había dicho. No tenía intención de ir.

—Podrías ir después de la visita con Shrigley. Así no estarás aquí sola tanto rato.

Maeve detuvo la cuchara con las gachas a medio camino de su boca. Matt nunca le insistía para que saliera con sus colegas del trabajo.

—¿Por qué no? Quédate aunque sea una hora —dijo Matt—. Seguro que te sienta bien. Si te agobias, siempre puedes irte.

Maeve lo miró con suspicacia.

—Media hora entonces —prosiguió Matt—. Nunca se sabe, puede que acabes divirtiéndote.

—Matt, ni siquiera la gente normal se divierte en las despedidas.

—Escúchame, Maeve. —Ella vio desesperación en su cara—. Tenemos que seguir intentándolo.

Maeve bajó la vista. No, ella no quería seguir intentándolo. Matt estaba solo en eso.

—¿Maeve?

Tenía que decir algo.

—¿Dónde cenaréis?

—... Eh... En el Magnolia.

—Pensaba que habían cerrado.

—... Eh... No, está abierto.

Matt sacó dos antidepresivos de la caja y le arrojó uno a Maeve a través de la mesa.

—Llegaré tarde, así que no te des prisa.

Maeve se metió el comprimido en la boca, lo bajó con un trago de agua y le pasó el vaso a Matt.

—Voy a cepillarme los dientes. Luego podemos irnos.

Salió de la cocina. Matt aguzó el oído hasta escuchar que el agua corría en el cuarto de baño. Cuando comenzó el zumbido del cepillo eléctrico, se arrojó sobre el macuto de Maeve, revolvió atropelladamente el contenido, sacó un manojo de llaves, las metió en el armario de debajo del fregadero, dejó el macuto en el suelo y se sentó de nuevo frente a la mesa del desayuno.

Acabo de notar que algo terrible está pasando. Los corazones de Matt y Maeve ya no están en sintonía... Ya no puedo sentirla. Me doy cuenta de que hace tiempo que eso ocurre, mucho tiempo. La armonía que estaba sintiendo no era auténtica, era una especie de mensaje grabado, un eco del pasado. Como la luz que nos llega de una estrella que se apagó hace mucho tiempo.

OceanofPDF.com

Día 1...

Lydia se tumbó en el suelo, boca abajo, para comprobar que no se habían dejado nada debajo de las camas. Quería eliminar hasta la última microfibra de los muchachos. Un par de bolas de pelusa rodaban por el suelo, pero aparte de eso no quedaba nada. Se lo habían llevado todo. Los últimos días habían sido una locura.

—Jan, no te olvides el póster del Papa. —Lydia saltó para bajarlo de la pared.

—Puedes quedártelo —dijo Jan—. Tal vez te ayude.

—¿A mí? —Lydia no podía dejar de sonreír—. Yo no tengo arreglo.

Se alegraba tanto de librarse de los chicos que les había ayudado a bajar algunas cajas hasta la furgoneta.

—Creo que ya está todo. —Andrei repasó por última vez su habitación.

—Si os habéis dejado algo, podéis venir a buscarlo cuando regreséis.

Ni siquiera le había importado descubrir que la nueva morada de Andrei se encontraba solo un piso más abajo. Ahora estaba prometido y eso funcionaba como un repelente. Su turbia historia era cosa del pasado, un escaqueo desconcertante que había terminado para siempre.

—Adiós, adiós. —Ahora que se marchaban casi se emocionó—. Buen viaje y todo eso.

Mientras la furgoneta se alejaba calle arriba, le sonó el móvil.

—¿Hathaway?

—¿Esta noche?

—Tengo que limpiar. Me mudo a mi nueva y enorme habitación. Sissy vendrá después del trabajo para ayudarme a borrar huellas. Te dejo venir, en vista de lo bien que limpiaste en casa de mi madre. Ja, era una ironía.

—Iré. Puedo ayudar. —Sonaba ligeramente molesto—. ¿Vendrás conmigo a casa de mi hermano Joe cuando terminemos? ¿Para darle a Bronagh su regalo de cumpleaños?

—¿Quién es Bronagh?

—Mi sobrina. Ya te hablé de ella.

—Ah, sí. —No lo recordaba—. La respuesta es no.

—¿No?

—Odio a los niños y los niños me odian a mí.

—¡Pero es muy divertida!

—Créeme, Hathaway, para mí no lo será.

—Eh... vale. Iré primero allí y luego a tu casa.

OceanofPDF.com

Día 1...

—... así que volé de nuevo a Manila y...

—¿De veras? —dijo Joe, bebiendo su té y contemplando distraídamente la cocina.

Conall se dio cuenta de que hablaba como si estuviera alardeando. Su hermano no había estado nunca en el sudeste asiático y tampoco tenía intención de ir; para él no era más que una parte extraña y remota del mundo que a veces salía en las noticias. Conall calló bruscamente.

Bebieron su té en silencio, Conall sorbiendo ruidosamente para demostrar que no había perdido el contacto con sus raíces. Consideró la posibilidad de hacer crujir los nudillos, pero temió que fuera interpretado como un gesto hostil.

—¿Dónde está mi regalo? —La aparición de Bronagh rompió la tensión.

Conall se metió una mano en el bolsillo y sacó la cajita.

—Uau —dijo Bronagh, desanudando cintas y desgarrando papel plateado—. Un regalo como es debido. —Levantó la tapa ceremoniosamente y contempló las centelleantes piedras.

—¿Qué demonios...? —exclamó Joe.

—¿Son...? ¿Qué son? —preguntó Bronagh.

—Zafiros.

—Ostras...

Bronagh tenía los ojos como platos.

—¿Son auténticos?

Conall asintió.

—Pero tío, que tiene ocho años. —Joe parecía enfadado—. Ni siquiera tiene agujeros en las orejas.

—Adóptame, Conall. —Bronagh se paseó histriónicamente por la cocina sosteniendo los pendientes a la altura de sus lóbulos—. Acéptame en tu casa como tu protegida. Rescátame de estos apestosos campesinos.

—Ja, ja, ja. —Conall se puso colorado. Diantre, había metido la pata hasta el fondo. Sudando, ansiando reparar el daño, cogió a Bronagh y, mirándola fijamente a los ojos, dijo—: Mi hermano es el mejor padre que podrías tener.

—Tú también podrías ser un buen padre si no trabajaras tanto —repuso Bronagh—. Pero entonces no tendrías dinero para comprar pendientes de zafiros. Hummm. Una elección difícil.

—¿Sabes una cosa, Conall? —dijo acaloradamente Joe—. Puede que viajes a Filipinas y a todos esos países, pero yo no necesito salir de casa. Tener hijos es la mayor aventura del mundo.

—Tienes razón. Estoy empezando pensar en esa posibilidad.

El rostro de Joe se ablandó. Luego se congeló.

—Oh, no, Conall. Tener hijos no es como comprarse una moto. No puedes devolverlos cuando te hartas de ellos.

Ya tengo hecha mi selección para mañana. Creo que voy a decantarme por Hathaway y Lydia. Ella dice que no le gustan los niños, pero cuando tenga su propio bebé será diferente. Y Hathaway está preparado. Bueno, por lo menos está empezando a pensar en esa posibilidad. Para cuando yo llegue, seguro que soy bienvenido. Y si las cosas se tuercen inesperadamente, tengo a Katie y Fionn como reserva. En cuanto a Matt y Maeve, me temo que necesitaríamos un milagro.

OceanofPDF.com

Día 1...

—¿A alguien le importa si hoy me largo un poco antes? —preguntó Matt—. Tengo que hacer la maleta.

Abucheos burlones estallaron en toda la oficina.

—¡Las cinco menos diez y ya se las pira! Qué bien viven los de Ventas Internacionales.

—Nada me queda por hacer ya en Ventas Domésticas. —El nuevo nombre que le habían dado a los departamentos de ventas dentro de Irlanda—. No tiene sentido que me quede aquí rascándome la barriga. —Matt sonrió, pálido y sudoroso—. Nos vemos.

—¿A qué hora? —preguntó Salvatore.

—¿Te parece a las siete en el mostrador de Aer Lingus?

Salvatore y Matt debían volar juntos a Shanghái el lunes por la mañana.

—Perfecto. ¡Nos vemos en el aeropuerto! —aulló Salvatore. El comienzo de una nueva operación, una experiencia emocionante.

—Eso —dijo animadamente Matt—. Nos vemos el lunes por la mañana en el aeropuerto.

¿Sabe Maeve algo de todo esto?

OceanofPDF.com

Día 1...

—¿Cómo estás, Maeve? —preguntó la doctora Shrigley.

—Bien.

Pero estaba lejos, dentro de su cabeza. No podía dejar de imaginarse que era lanzada al aire, ligera y lacia como una muñeca de trapo. Las imágenes eran cada vez más elaboradas. Lo veía una y otra vez, el momento del impacto, el coche golpeando su bicicleta y su cuerpo volando por los aires, echando sangre por la boca, el cráneo partiéndose como una cáscara de huevo al aterrizar en el asfalto, en sus ojos de repente la oscuridad. No le asustaba la idea del dolor; estaba tan insensibilizada que no podía imaginarse sintiendo dolor.

Había tenido cuatro ataques de pánico en las últimas semanas y en cada uno había sentido la presencia de la muerte. Había estado muy asustada, pero ya no lo estaba.

Estaba deseando que todo terminara.

Esa era su última visita con la doctora Shrigley. No sabía cómo decírselo, de modo que no se lo dijo. La doctora Shrigley lo deduciría cuando Maeve dejara de aparecer. No le importaba. Nada de eso le importaba.

Pedaleó hasta su casa a toda pastilla y sin la debida atención. Cuando llegó a la calle Star saltó de la bici y caminó los últimos metros hasta la portería.

Le costaba creer que siguiera viva. Señor, ¿qué tenías que hacer para que te mataran en esta ciudad?

Por una vez se alegraba de que Matt no estuviera en casa. Así no se enteraría de que no había ido al palizón de fiesta del trabajo. ¿Cómo podía pensar que existía alguna posibilidad de que fuera? Pobre Matt. Quería una prueba de que ella estaba mejorando cuando todo indicaba que iba a peor.

Lanzó una rápida mirada sobre su hombro para asegurarse de que nadie la seguía con la intención de meterla de un empujón en su piso vacío y buscó las llaves en el macuto. No daba con ellas. Su mano se abría y cerraba, se abría y cerraba como esos engañabobos de los parques de atracciones, pero no lograba pescar nada. Apoyó la espalda en la puerta para

no perder de vista a los transeúntes y vació el macuto en el escalón. Las llaves no estaban. Decididamente no estaban. Pero el monedero sí. ¿Por qué querría alguien robarle las llaves y no el monedero? Qué extraño. A menos que las llaves, sencillamente, se le hubieran caído. Pero habría oído el tintineo, ¿o no?

La noche idónea para perder las llaves.

Le envió un breve mensaje de texto a Matt pidiéndole que enviara sus llaves con un taxista. No obstante, la idea de que un taxista corpulento se presentara en su casa... Le envió rápidamente un segundo mensaje.

Ven a casa

No tenía sentido llamar a sus vecinos. Nadie tenía llaves de su piso. No se fiaba.

Cuatro hombres que pasaban por la acera la miraron. Estaba sentada en el escalón con las rodillas pegadas al pecho. No podía quedarse allí, proclamando su vulnerabilidad a todo Dios. Sería mejor que entrara en la portería.

No le hacía gracia llamar al piso de la anciana porque Hambriento Fionn vivía con ella. ¿Y si contestaba él? Tampoco podía llamar a Katie, la del ático, porque ella y Fionn estaban juntos. Su única opción era el segundo piso. Los polacos la ponían nerviosa, pero recordó que esa mañana, cuando había salido a trabajar, se estaban mudando.

Pulsó el timbre y alguien, probablemente la taxista impaciente, dijo:

—¿Hathaway?

—Soy Maeve, del...

La puerta se abrió.

—Gracias —dijo al vacío mientras entraba y apoyaba la bicicleta en su puerta.

Se sentó en el primer peldaño de la escalera sin apartar la vista de su teléfono móvil. ¿Por qué no le había contestado Matt? ¿Qué se lo impedía? Al rato le llamó y salió el buzón de voz. Matt nunca desconectaba el móvil. ¿Por qué justamente ese día? La ley de Murphy.

Un tintineo de llaves en la puerta de la calle hizo que se incorporara, esperanzada, pero era Katie. Entró a trompicones en la portería seguida de Hambriento Fionn. Ambos se estaban partiendo el pecho de risa.

—¡Oh, perdona! —rió Katie—. Casi te piso. Eres Maeve, ¿verdad?
¿Estás bien?

Maeve no quería contestar estando Fionn presente.

—¿No tienes llaves? —le preguntó Katie.

¿Por qué si no estaría sentada en la puta escalera?

—Sube a nuestra casa —le propuso Fionn.

Maeve reprimió un escalofrío.

—Claro —dijo Katie—. Nosotros nos marcharemos dentro de una hora, pero puedes quedarte el tiempo que quieras.

—Estoy bien. Mi marido no tardará en llegar.

—¿Quieres telefonarle? —Katie ya estaba rebuscando en su bolso.

—Ya está en camino. —Maeve le mostró su móvil—. Gracias, estoy bien.

Matt seguía sin contestar. Qué extraño. Había pasado un buen rato. Comprobó la hora en su teléfono: casi quince minutos...

Oyó una voz a su espalda.

—¿Qué haces todavía aquí? —Era Fionn.

Maeve se levantó de un salto mientras el corazón se le aceleraba y todo su ser le decía que corría peligro. Fionn bajó los últimos peldaños. Parecía casi divertido. Maeve estaba recordando la forma en que solía mirarla, como si quisiera comérsela. Devorarla. Matarla.

—Sube y espera en casa de Katie.

Maeve meneó la cabeza. No podía hablar. La sangre le rugía en los oídos y en su pecho se fue acumulando el miedo, llenando toda la cavidad, impidiéndole respirar.

—No tienes por qué asustarte.

«No tienes por qué asustarte.»

Fionn se acercó y extendió un brazo.

—No voy a hacerte daño.

«No voy a hacerte daño.»

—Ven. —Cerró su mano sobre el brazo de Maeve.

La última vez no gritó, ese fue su gran error, pero no volvería a cometerlo.

—¡Para, por favor!

Divisó movimiento al otro lado de la puerta. Fuera había alguien. Sonó el telefonillo.

—¡Matt! —chilló—. ¡Matt!

Pero no era Matt, era ese hombre grande y moreno. Conall, creía que se llamaba. El novio de Katie. O ex novio.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó Conall, mirando primero a Maeve, luego a Fionn y la mano de Fionn en el brazo de Maeve, y por último cómo Maeve se apartaba, tratando de soltarse.

Conall se acercó y Maeve aumentó los gritos y el forcejeo.

—¡No te acerques! ¡Te lo ruego, no te acerques!

Conall retrocedió al instante.

Maeve advirtió que otras caras habían aparecido en la escalera. Estaban asomadas a la barandilla. Katie, la cortante Lydia, otra chica y la anciana.

—Déjala en paz de una vez —le dijo Conall a Fionn—. La estás asustando.

—¿Yo? La estoy ayudando.

—Te tiene miedo. Y también a mí, ¿verdad? —le preguntó Conall a Maeve.

Se miraron y Maeve asintió.

—No puede respirar —dijo Conall—. Maeve... Es Maeve, ¿verdad?... ¿Puedes dejar que una de las chicas te ayude?

No. A lo mejor estaban compinchadas. Maeve empezó a jadear. A lo mejor todos estaban compinchados.

—Que alguien traiga una bolsa de papel. —Nadie movió un dedo. Estaban todos paralizados, como si alguien hubiera apretado el botón de pausa en una escena de mucha acción, de modo que, sin perder de vista a Maeve, Conall se introdujo la mano en el bolsillo y sacó una bolsa grande de Liquorice Allsorts. La vació en la mesa del correo y se la tendió.

—Respira aquí. —Levantó la vista hacia Katie—. ¿Pasa algo si es de plástico?

—No lo sé. Creo que no.

—¿Puede alguien explicarme qué ocurre? —preguntó Conall.

—No tiene llaves de casa —dijo Katie—. Su marido no está y nadie del edificio tiene copias.

—¿Sabes dónde está tu marido? —le preguntó Conall a Maeve—. ¿Matt?

—Viene de camino.

—¿De dónde?

—Del Magnolia.

—¿El Magnolia? —exclamaron Conall y Katie al unísono.

—Tenía entendido que habían cerrado —dijo Conall, mirando a Katie en busca de confirmación.

—Y así es, hace un mes.

—Eso mismo pensaba yo —susurró Maeve.

Se produjo un silencio tenso.

—Podríamos intentar forzar la cerradura —propuso Conall.

—¿Cómo? —Maeve lo miró aturdida.

Como propulsados por una fuerza misteriosa, todos los ojos se volvieron hacia un único punto: Lydia.

—¿Por qué me miráis a mí? —preguntó—. ... Oh, está bien.

Corrió hasta su casa y regresó con una percha de alambre. Enderezó el alambre y lo introdujo en la cerradura con mucha suavidad. De repente, se detuvo en seco. Extrajo el alambre. Estaba pálida.

—La puerta está cerrada por dentro. La llave está en la cerradura.

—¿Su marido está dentro? —susurró Sissy.

—¿Matt está dentro? —le preguntó Conall a Lydia.

—¿Qué quieres decir con que está dentro? —Maeve respiraba con dificultad.

Conall empezó a aporrear la puerta.

—¿Matt? ¿Matt? —Se volvió hacia Maeve—. ¿Has llamado al telefonillo?

Maeve negó con la cabeza. Conall abrió la puerta de la calle y llamó insistentemente al timbre de la puerta 1. Como nadie respondía y Matt no acudía a abrir, dijo:

—Llámale al fijo.

Maeve le tendió el móvil.

—Está bajo «Casa».

Conall pulsó varios botones y el timbre de un teléfono sonó al otro lado de la puerta. Todos contuvieron la respiración, y cuando saltó el mensaje del contestador comprendieron que se encontraban en medio de una tragedia.

—Que la llave esté en la puerta no significa forzosamente que Matt esté dentro —dijo Fionn.

—¿Ah, no? —preguntó Conall.

—A lo mejor cerró la puerta y salió por la ventana.

—¿Qué probabilidades hay? —Conall estaba retirando la bicicleta de Maeve—. Atrás.

Bajo la mirada horrorizada de los demás —¿cómo se habían puesto las cosas tan serias en tan poco tiempo?— Conall embistió la puerta con el hombro y rebotó violentamente. (Jemima se dio cuenta de que a Fionn se le escapaba una sonrisita.) Probó de nuevo y esta vez el rebote fue más suave.

—¿Qué pasa? —susurró Maeve—. No entiendo nada.

La tercera embestida estuvo acompañada de un crujido. Dos asaltos más y la madera se separó de la cerradura.

—Bien —resopló Conall. Contempló el mar de rostros. Nadie quería entrar. Tendría que hacerlo él. Introdujo la cabeza como si estuviera a punto de sumergirse en un río infestado de cocodrilos y entró. Durante unos segundos reinó un silencio aterrador, luego le oyeron gritar:

—¡Katie! ¡Katie!

Con la cara blanca, Katie entró en el piso, siguiendo su voz, y unos instantes después reapareció cargada de órdenes.

—Lydia, llama inmediatamente a una ambulancia. Fionn, entra, te necesita para que lo levantes. Jemima, quédese con Maeve. —Mientras hablaba se estaba subiendo la falda y quitándose las medias. Las desgarró en dos por el punto más endeble, la entrepierna—. Torniquetes, dijo.

Jemima colocó sus manos en los hombros de Maeve.

—No es un buen momento para consejos, pero puede que no tengamos otra oportunidad. Escucha bien lo que tengo que decirte, es muy, muy importante. Tu cuerpo te pertenece a ti, no a ese hombre, quienquiera que sea. Tienes que recuperarlo.

Maeve la miró atónita. Estaba aturdida, casi drogada, debido a la conmoción.

—¿Cómo lo sabe? —Su voz era un murmullo.

—Soy muy vieja. He visto muchas cosas. Viendo tu miedo a los hombres, tu ropa holgada, enseguida comprendí que...

—¡La madre que me parió! —exclamó Sissy, posando una mano en el brazo de Jemima—. Tú eres... usted es... es la vidente Maureen.

«Ahora no, querida, no es un buen momento.» De mala gana, Jemima se dio la vuelta.

—Sissy, querida.

—¡No puedo creerlo! —Sissy acercó su cara a la de Maeve—. Escúchala, tienes que escuchar a esta mujer —dijo, lanzando los brazos al

aire para dar énfasis a sus palabras—. Créete todo lo que te diga. Es clarividente.

—No soy clarividente, solo soy vieja. Pero...

—¡Ha llegado la ambulancia!

—Qué rapidez —dijo alguien.

Lydia observó cómo el cuerpo exánime de Matt, goteando agua roja y con tiras de nailon negro colgándole de los brazos, era sacado del piso en camilla e introducido en la ambulancia. Acorraló a Conall. Tenía el traje empapado y la camisa manchada de lo que parecía sangre. Estaba hablando por teléfono con Eilish Hessard, encargando una puerta nueva para el piso de Maeve. En cuanto hubo colgado, le preguntó en voz baja:

—¿Qué ha ocurrido?

Conall miró fugazmente a Maeve para asegurarse de que no podía oírle.

—En el cuarto de baño. Se cortó las venas.

¡Jesús! ¡Matt se había cortado las venas! Era espantoso, y triste, sí, sí, pero Lydia no pudo evitar pensar que era una forma un tanto femenina de quitarse la vida.

Uno de los hombres de la ambulancia, un tipo bajo y fornido, estaba de vuelta en la portería.

—¿Quién de ustedes viene con nosotros? Decídanse rápido.

—Esta es la esposa de Matt —dijo Conall.

—De acuerdo, pero solo hay sitio para ella.

Maeve retrocedió.

—No puedo ir con ellos —murmuró—. Son hombres.

—Tienes que ir, cielo —dijo Jemima—. Debes estar al lado de Matthew. No te preocupes, nosotros te seguiremos.

Katie le rodeó el hombro con el brazo y Maeve se dejó conducir hasta la ambulancia.

—Sabía que la muerte rondaba esta casa. —Jemima contempló las puertas de la ambulancia mientras se cerraban—. Llevo semanas sintiéndola. Estaba segura de que venía a por mí. Mucho mejor yo que ese pobre muchacho.

¡Por el amor de Dios! Yo no soy la muerte, soy justamente lo contrario.

—¿El hombre, Matt, está... está muerto? —Sissy tragó saliva.

Conall parecía terriblemente afectado.

—... No lo sé. No parecía muy vivo que digamos.

El sonido de la sirena les hizo dar un bote y la ambulancia se alejó.

—Alguien debería ir al hospital para acompañar a Maeve —dijo Jemima.

Lydia se miró los pies. No se le daban bien esas cosas. Ella era una mujer dura, no una repartidora de palabras reconfortantes.

—Yo iré —anunció Katie.

—Y yo, si crees que puedo ser de ayuda —propuso Conall.

—Y yo —dijo Sissy—, aunque Maeve no me conozca.

—No nos conoce a ninguno —repuso Fionn.

—Preferiría ir yo —concluyó Jemima—, si no tenéis inconveniente.

Por supuesto que no, pensó Lydia. Podía sentir el profundo alivio de todos los presentes.

—¿Me acompañas, Fionn? —preguntó Jemima.

—Maeve me tiene miedo.

Lydia sintió una oleada de indignación. Ciertamente que nadie quería ir, que se trataba de un asunto muy feo y que Maeve les tenía terror a Fionn y Conall, pero no podían dejar que esa anciana fuera sola. Tenía más años que Matusalén.

—Oiga, yo la llevaré en mi taxi.

—No hace falta —repuso Katie—. Yo lo haré, tengo el coche aquí cerca.

—Me acompañará Fionn —declaró Jemima. Fionn abrió la boca, pero finalmente pareció aceptar lo inevitable. Jemima tendría más años que Matusalén, pensó Lydia, pero poseía una voluntad de hierro—. Cogemos un taxi.

Siguió una breve discusión cuando Lydia ofreció de nuevo sus servicios de chófer y Jemima los rechazó.

—Como quiera.

Lydia no estaba fina, no estaba nada fina. Era un alivio no tener que conducir. Fionn subió a cambiarse la ropa manchada de sangre y luego se marchó con Jemima, dejando a Lydia con Conall, Sissy y Katie.

—¿Qué tal si nos tomamos algo? —propuso Sissy.

—Vale —dijo Conall. Miró a Katie con las cejas levantadas—. ¿Alguna sugerencia?

—La Botella Voladora —dijo ella—. Está cerca y no le pondrán pegas a un hombre con la camisa ensangrentada.

—Es casi una condición. —Conall esbozó una sonrisa débil.

—¿La Botella Voladora? —preguntó Lydia, notando un regusto amargo en la boca.

—El pub que hay al final de la calle, comoquiera que se llame —dijo Conall.

—Hubo una pelea una noche que estábamos allí —le explicó Katie a Lydia—, de ahí el mote. Pero aún es pronto, estaremos de fábula.

—De fábula —dijo Lydia. De fábula.

En cualquier otro local que no fuera la Botella Voladora su aparición habría generado comentarios. Lydia y Sissy lucían sendos chándales mugrientos, Katie un vestido de cóctel negro y zapatos de tacón y Conall un traje de Brioni gris oscuro salpicado de manchas de sangre que estaban empezando a ponerse negras.

—Voy a pedir —dijo Conall en tanto que Sissy buscaba cuatro taburetes que no estuvieran acuchillados y con el relleno asomando—. ¿Qué queréis?

—Vodka con Red Bull —dijo Lydia.

—Otro para mí —dijo Sissy.

—¿Katie?

—¿Eh? ¡Ah, perdona! —Estaba pálida y parecía aturdida—. Creo que tomaré un brandy. Se supone que es bueno para las conmociones.

—Bien. ¿Lydia? ¿Sissy? ¿Seguro que no preferís un brandy?

—Segurísimo —espetó Lydia.

Aguardó a que Conall llegara a la barra y estuviera de espaldas a ellas.

—¿Así que lo sabes todo sobre primeros auxilios? —le preguntó a Katie. Algo le decía que la respuesta a esa pregunta era importante.

Katie meneó la cabeza con pesar.

—Soy una simple aficionada. Me gusta comprar sprays y pomadas en la farmacia. Cada vez que Savlon saca un nuevo producto, lo compro, pero a la hora de la verdad, como en el caso de Matt, no tengo ni idea de qué hacer. —Las manos le temblaban y daba la impresión de estar al borde de las lágrimas.

—Sabes hacer torniquetes.

—Únicamente por las películas de vaqueros. ¿Y si he llegado tarde?
¿Y si Matt está...?

A Katie le pitó el móvil. Miró la pantalla.

—Es Fionn. Matt sigue vivo. Le están haciendo una transfusión.

—¿Significa eso que se pondrá bien? —preguntó Sissy.

—No lo sé, no lo dice. Tal vez sea pronto para saberlo —dijo Katie.

Conall apuró su brandy, se puso de pie y miró a Lydia.

—¿Vamos?

Necesitaba una sesión de sexo frenético para ahuyentar la presencia de la muerte.

OceanofPDF.com

Tres años atrás

Mientras abría la puerta del dormitorio, dijo:

—Cierra los ojos.

Maeve sintió el peso y el calor de sus manos en los hombros, guiándola.

—Vaya numerito —rió—. Espero que merezca la pena.

—Verás como sí.

Maeve se dobló y golpeó el suelo antes de saber qué estaba pasando. Su comprensión iba dos o tres segundos por detrás de los acontecimientos. Sintió un dolor punzante en el hueso de la cadera y un zumbido en el cerebro antes de caer en la cuenta de que David había trasladado todo su peso a los brazos y la había empujado hacia abajo, que sus rodillas habían cedido y se había estrellado contra la madera del suelo. Se hallaba todavía atando cabos cuando David se le subió encima, con las rodillas sobre sus hombros y el peso de todo el cuerpo sobre su torso.

No tenía una gota de aire dentro de ella; había estado tan ocupada cayendo y golpeándose que se había olvidado de respirar, y cuando intentó tomar aire, su pecho se negó a expandirse porque el peso de David lo aplastaba.

Al principio, en medio de la confusión, pensó que había sido un accidente. Pero tenía a David encima, con el rostro colorado, sonriendo. Estaba claro que lo había hecho a propósito. Era una broma pesada, una broma que hacía daño a la gente. Dando pequeñas boqueadas, Maeve dijo:

—Quítate de encima, David. —Estaba irritada, casi enfadada. Asustada no. Todavía no.

Con una agilidad que Maeve no le conocía, David cambió raudamente de postura. Ahora estaba arrodillado de lado sobre su cuerpo, de manera que la espinilla derecha le apretaba el torso contra el suelo y la izquierda le inmovilizaba la cadera.

Maeve nunca había experimentado la fuerza de otro ser humano utilizada contra ella. David era más alto, más pesado y mucho, mucho más fuerte. Era una experiencia completamente nueva para ella y carecía de recursos. Exceptuando las peleas inofensivas en el patio del colegio, no sabía nada sobre fuerza.

—David, deja que me levante. Quítate de encima. No puedo respirar.

Desesperada, colocó las palmas en el suelo y se revolvió con la esperanza de derribarlo, pero David la tenía tan inmovilizada que sus movimientos eran minúsculos.

Tenía una expresión extraña, desconocida. Maeve no podía leerla, no podía saber qué quería, pero una alarma había empezado a sonar dentro de ella. Estaban solos en el piso. Nadie sabía que ella estaba allí. Y David estaba resentido y enfadado. Maeve se dio cuenta de que se había equivocado al creer que la había perdonado.

—Deja que me levante y volveremos a la sala para tener una conversación. Vamos, David, tú eres un tío serio y responsable. —Todavía creía que podía salir de ese aprieto con palabras.

No podía levantar la cabeza, de modo que cuando notó que David jugueteaba con el botón de sus tejanos un pánico real se apoderó de ella.

—¿Qué haces? —Estaba intentando asustarla y lo estaba consiguiendo—. ¡David, no! Esto es una locura. Estás resentido, estás cabreado, pero esto ha ido demasiado lejos. ¡Para ya!

Pero lo había hecho, había abierto el botón. Maeve siempre había pensado que siempre había algo que podías hacer para protegerte: arañar, pegar patadas, morder. Pero había tanto peso sobre sus hombros y brazos que los nervios de las manos no le obedecían, estaban entumecidos, tenía los pies demasiado lejos de David para poder hacerle daño y la cabeza clavada en el suelo.

Le estaba bajando la cremallera.

¿Planeaba... violarla? Eso parecía, pero no podía ser, porque... ¿Por qué no? Porque a la gente como ella no le sucedían esas cosas.

—Vale, ya has conseguido asustarme —jadeó—. Ahora deja que me levante.

David se estaba revolviendo encima de ella, redistribuyendo su peso mientras le bajaba los tejanos.

—David, por favor, no. David, no.

«Debería gritar.» Tal vez hubiera gente en los demás pisos, tal vez la oyeran. Curiosamente, la idea de gritar «¡Socorro!» casi le daba vergüenza. Después de todo, se trataba de David. Pero cuando abrió la boca le sorprendió lo débil que sonó su grito. Al estar tumbada boca arriba, carecía de potencia.

Torpe pero metódicamente, David estaba consiguiendo bajarle las bragas, primero un lado, luego el otro, de pequeño tirón en pequeño tirón.

—Por favor, David, para, por favor. —Tenía los ojos inundados de lágrimas silenciosas. No había reparado en ellas hasta ese momento.

Y ahí estaba su erección, morada y furiosa.

«Dios mío, realmente va a violarme.»

Cerró los muslos y los tensó con todas sus fuerzas «Piensa —se imploró a sí misma—, piensa » Había leído en algún lado que tenías que hablarle al violador de ti, apelar a su compasión, hacerle comprender que eras un ser humano. Pero David ya sabía eso.

—Lo siento si te hice daño, David, lo siento mucho, pero no me hagas esto, por favor. —Las lágrimas le caían por las sienes.

David se desplazó, preparándose para entrar, y durante unos instantes retiró su peso de los hombros de Maeve. Esta era su oportunidad. Trabajosamente, Maeve se incorporó y esta vez lanzó un grito de verdad, un grito fuerte y agudo.

David la empujó contra el suelo, golpeándole violentamente la cabeza con la madera, le colocó el antebrazo sobre la garganta y apretó. No mucho, pero Maeve enseguida sintió que se ahogaba. Él apretó un poco más. Aterrorizada, luchando por respirar, se dio cuenta de lo fácil que le resultaría matarla. Ocurría constantemente. Mujeres que eran violadas y asesinadas. Y ahora le estaba ocurriendo a ella. Empezó a perder la visión y de repente guardó silencio y dejó el cuerpo inerte. Tenía que sobrevivir a eso. Era lo único que importaba. Lo demás... lo demás lo afrontaría después, pero no podía morir.

David empezó a empujarla, a embestirla con su pene, y de repente la asaltó un leve rayo de esperanza: puede que no ocurriera, puede que estuviera demasiado tensa para que él pudiera entrar. Pero siguió embistiendo hasta que encontró el punto de entrada, y entonces la penetró furiosamente. Empezó a empujar dentro de ella. Era una sensación áspera, terriblemente errónea.

«Me están violando. Esto es lo que se siente cuando te violan.»

Por primera vez desde que la llevara al dormitorio, David habló.

—¿Te gusta?

Maeve lo miró en silencio, luego experimentó una sensación muy extraña. Sintió que abandonaba su cuerpo, que salía, girando en espiral, por la coronilla. Permaneció fuera de su cuerpo, a la espera de que David terminara. Se veía tumbada en el suelo, rígida, con los ojos fuertemente cerrados, las lágrimas asomando bajo los párpados; podía verlo a él, tendido

sobre ella, empujando y embistiendo y, lo más extraño de todo, susurrando palabras de amor. «Eres preciosa.» «Te quiero.» «Me hiciste mucho daño.»

Parecía que no fuera a terminar nunca. David perdió la erección dos veces y tuvieron que esperar hasta que estuvo listo para recomenzar. De tanto en tanto Maeve regresaba a su cuerpo y, como David seguía violándola, tenía que volver a irse.

Después de una eternidad David se corrió y eyaculó dentro de ella. Embarazo, pensó Maeve. Clamidia, pensó. Una prueba.

Metal frío. Reconocimiento interno. Toma de muestras y fotos. La prueba de ETS. La prueba del SIDA. Todavía pronto, naturalmente, para la prueba del embarazo. Otra vez los pies en los estribos para otro reconocimiento interno. Matt cogiéndole la mano. Comprobación de desgarros, contusiones, hemorragias internas. Todo un mundo desconocido para ella hasta ese momento.

Cuando hubo terminado, David se había bajado y había permanecido estirado en el suelo del dormitorio, mirando el techo. Maeve se quedó donde estaba, rígida, preguntándose qué haría con ella a continuación. Pero al ver que los minutos pasaban y nada ocurría, se levantó deprisa y corriendo y se subió raudamente las bragas y los tejanos, todavía esperando que la detuviera, volviera a tirarla al suelo y empezara de nuevo.

Puede que otra mujer le hubiera dicho: «Me has violado y voy a contárselo a todo el mundo.» Pero ella no tuvo pensamientos vengativos. Lo único que quería era salir de allí con vida.

Una vez abajo, le quitó el candado a la bicicleta. No podía encaramarse al sillín, pero tampoco podía dejarla allí. Tenía que llevarse de allí hasta el último pedazo de su ser, no podía dejarle nada a él. Así que se alejó con paso raudo, empujando la bici durante casi tres kilómetros, y cuando quiso darse cuenta estaba delante de su casa.

No telefoneó a Matt; no quería fastidiarle la cena. En lugar de eso, se sentó a esperarlo en el sofá, aterida y hecha un ovillo. Y cuando llegó, Matt la escuchó desconcertado, por lo menos al principio, pero la creyó.

Dos agentes, un hombre y una mujer, le tomaron declaración.

—¿Extrajeron... eso? —preguntó Maeve, esforzándose por no temblar —. ¿Pueden hacer la prueba de ADN, demostrar que fue él?

No se había lavado, no había borrado ninguna prueba; se sentía orgullosa de eso. Se fue a casa y esperó a Matt, y aunque tenía la sensación de estar soñando, supo instintivamente que ni siquiera debía cambiarse de ropa.

—Me temo que nos estamos precipitando un poco —dijo el agente. Vincent, se llamaba—. Todavía no sabemos si fue un acto no consentido.

Maeve lo miró sin comprender.

—Por supuesto que lo fue. —Miró a Sandra, la agente—. Lo fue —repitió. Miró a Matt—. Lo fue.

—Lo sé —dijo Matt.

Lentamente, Sandra los miró de arriba abajo.

—Empecemos por el principio. ¿Qué llevaba puesto?

—Esa ropa. —Maeve señaló la bolsa de plástico que contenía sus tejanos y su ropa interior. Una vez más, había actuado correctamente: sabía que le quitarían la ropa y se había traído una muda.

—No muy provocativa que digamos —dijo Matt con una mirada desafiante.

—Será mejor que solo la señora Geary conteste a las preguntas —dijo Sandra—. Entonces, Maeve, ¿no llevaba un vestido?

—¿Por qué lo pregunta?

—No es fácil quitarle los tejanos a una persona y tenerla inmovilizada al mismo tiempo.

—Puede, pero... eso fue lo que hizo. —¿Cómo podía explicar la fuerza de David, el peso muerto de su cuerpo?

—Tome. —Vincent le tendió una caja de pañuelos de papel y Maeve se percató de que lágrimas silenciosas rodaban por su rostro.

—¿Cómo describiría su relación con el señor Price? —preguntó Sandra.

—¿Quién? Ah, David. Fue mi novio antes de conocer a Matt.

—Usted fue esta noche a su casa. —Sandra miró su reloj—. Aún no son las doce. Fueron los dos solos. ¿Por qué no les acompañó su marido?

—Tenía una cena de trabajo —contestó Maeve al tiempo que Matt decía:

—Tiene derecho a hacer su vida.

—¿A su marido le pareció bien que fuera?

—No lo sabía —reconoció Maeve.

—Pero no me habría importado —añadió Matt.

—¿No le contó que había quedado con el señor Price? ¿Acaso era un secreto?

—No era un secreto. Simplemente no se le dije.

—Usted y el señor Price tomaron una copa juntos. ¿Sería acertado decir que el consumo de alcohol redujo sus inhibiciones?

—Me puso una cerveza y ni siquiera llegué a bebérmela. Oiga, yo no quería ir a su casa, pero me dijo que tenía un regalo de bodas para mí.

—¿Un regalo de bodas? —Sandra enarcó una ceja y Maeve se dio cuenta de lo mal que había sonado esa frase.

—Tengo que hacerle la siguiente pregunta, señora Geary, porque si el caso llega a los tribunales, volverán a hacérsela en el juicio. Cuando usted y el señor Price eran novios, ¿mantenían relaciones sexuales?

Maeve tragó saliva.

—Sí, pero esto fue otra cosa.

—Le han hecho un reconocimiento completo y no muestra contusiones ni heridas internas.

—Tiene que haber contusiones. Me golpeó la cabeza contra el suelo y me colocó el brazo en la garganta e intentó asfixiarme.

—La ropa no está rasgada y tampoco sufre cortes. No hay pruebas de que opusiera resistencia.

—Pero opuse resistencia.

—Una contusión seria se haría visible en cuestión de minutos. Han pasado cuatro horas desde el supuesto incidente.

—Sí opuse resistencia pero él era mucho más fuerte que yo.

—Si alguien intentara violarme, me resistiría con todas mis fuerzas.

—Tenía miedo de que me matara.

Otra vez esa ceja enarcada.

—¿Matarle? —preguntó la agente mientras anotaba algo—. Uau.

—Será hija de puta —dijo Matt cuando los dos agentes abandonaron la sala de interrogatorios.

Maeve soltó una risita inesperada.

—No digas palabrotas.

—No suelo decírlas, pero estoy dispuesto a hacer una excepción con ella.

—¿Qué crees que están haciendo?

—Supongo que hablando con... él.

—¿Y qué harán luego? ¿Lo detendrán? ¿Lo meterán en la cárcel... esta misma noche? ¿Es así como funciona?

—No lo sé. Puede que lo pongan en libertad bajo fianza hasta que comience el juicio.

Juicio. Tribunales.

—¿Matt? Tengo la sensación de estar soñando.

—Yo también.

—Hace tres días, a esta hora, estábamos en nuestra luna de miel.

—Lo superaremos.

Súbitamente asustada, Maeve dijo:

—Matt, no se lo cuentes a mis padres. No lo soportarían. Son tan... cándidos.

—No te preocupes. Quedará entre tú y yo. —Meterían este horrible suceso en una cajita y lo enterrarían para siempre.

—Matt, ¿ves alguna marca en mi cuello?

—Acércate a la luz para que pueda verlo bien.

—Delante —dijo ella—. A la altura de la nuez.

—Creo que veo algo —dijo él sin demasiada convicción.

—Puede que no haya nada —aceptó Maeve con pesar—. No le hizo falta apretar mucho. —Había bastado una levísima presión para sentir que se ahogaba y podía morir—. ¿Y en la cabeza? ¿Tengo alguna marca en la cabeza? ¿Un chichón?

Suavemente, Matt le examinó con los dedos la parte trasera del cráneo.

—No puedo ver nada a causa del pelo. ¿Te duele?

Ojalá, pensó Maeve.

—Ya no, pero me dolió mucho en su momento. —Se le ocurrió lo impensable—. Matt, ¿y si no encuentran pruebas? ¿Y si piensan que me lo he inventado?

—Nadie podría pensar tal cosa.

Pasaron las horas. Apoyados el uno en el otro, esperaron a que el asunto terminara y pudieran volver a casa para recuperar la normalidad.

—Me gustaría que alguien nos contara qué está pasando —dijo Maeve, tratando de mantener la voz firme.

—Ya no tardarán. Todo va a salir bien.

Finalmente se durmieron y pasadas las cuatro de la madrugada un ruido en la puerta los despertó bruscamente. Tenían la boca seca. El agente Vincent estaba de vuelta. Se sentó en una silla y dijo:

—Esta es la situación. Hemos interrogado al señor Price. Reconoce que mantuvieron relaciones sexuales y dice que fueron consentidas.

Un miedo amargo y pegajoso inundó la boca de Maeve.

—No lo fueron.

—Es su palabra contra la del señor Price. Oiga —Vincent se inclinó hacia Maeve—, ¿está segura de que no... ya sabe... de que no se dejó llevar por el sentimiento de culpa? Quizá decidió hacerlo una última vez, por los viejos tiempos, y luego temió que llegara a oídos de su maridito.

—Estoy segura.

—¿Está segura de que quiere seguir adelante con esto?

—Estoy segura.

—Porque arruinará la vida del señor Price. Es algo que debe saber.

Ocho días después el agente Vincent se presentó en su casa.

—El fiscal general del Estado no llevará adelante la acusación.

—¿Y eso qué significa?

—Significa que cree que no existen pruebas suficientes para condenar al señor Price.

—Pero yo sé que sí las hay. —Maeve no podía notar los labios mientras hablaba.

—Pero quien dirige el caso no es usted, sino el fiscal general.

—Entonces... ¿quiere eso decir que... que no habrá juicio?

—Exacto. No habrá juicio.

Maeve había temido que pudiera ocurrir eso. Sabía que indagarían sobre su vida sexual e intentarían hacerla pasar por una mujer ligera de cascos. Pero ahora que estaba ocurriendo de verdad, la asaltó una violenta sensación de vértigo. Tenían que ir a juicio. ¿De qué otro modo podrían reparar lo sucedido?

—¿Por qué no? —Matt tenía la mandíbula apretada.

—El fiscal no está obligado a dar explicaciones.

—¿Significa eso que creen que David es inocente? —Maeve estaba tan mareada que temió que fuera a desmayarse. ¿Podías desmayarte sentada? —. ¿Creen que me lo inventé?

—Significa que el fiscal cree que no existen pruebas suficientes para condenarlo.

—Entonces... ¿no le pasará nada? —Matt tenía el rostro blanco y crispado.

—Inocente mientras no se demuestre lo contrario y todo eso.

—Pero ¿cómo pueden demostrar lo contrario si no hay juicio? Maeve y yo trabajamos en la misma empresa que ese hombre. ¿Me está diciendo que seguirá con su trabajo, como si nada hubiera ocurrido?

—A los ojos de la ley no ha hecho nada malo. —El agente se levantó para marcharse—. ¿Por qué debería perder su trabajo?

—Espere, no se vaya, espere. —Maeve no podía dejarlo ir hasta haberle hecho cambiar de parecer. Porque si se marchaba ahora, estando la situación como estaba, se quedarían atascados en ella para siempre—. ¿Podemos apelar?

El agente pensó que la pregunta tenía gracia.

—No, no pueden apelar. La decisión del fiscal general del Estado es inapelable. —Luego pareció aflojar un poco—. Le aconsejo que deje las cosas como están. En casos así se sacan a relucir muchos trapos sucios.

Nadie la creía.

Se lo contó a Yvonne, su amiga íntima del colegio.

—David me violó.

—¿Cómo pudo violarte? Fue tu novio. Ya te habías acostado con él.

Se lo contó a Natalie.

—David me violó.

—David no necesita violar a nadie. Es un tío atractivo.

Se lo contó a Jasmine, su ex compañera de piso.

—David me violó.

—¿Cómo puedes decir algo tan horrible? Podría demandarte por eso.

Dejó de contarle.

Pero tendría que volver al trabajo. En dos semanas. Tres. A principios del mes próximo. Cuando su certificado de dos meses se agotara. Después del verano.

Comenzaron los ataques de pánico. La primera vez no sabía qué le pasaba. Solo sabía, con absoluta certeza, que iba a morir. Su corazón sufría espasmos, no conseguía coger ni sacar aire y estaba segura de que no podría soportar la intensidad de su miedo. El mismo miedo que había sentido en el suelo del dormitorio de David, con su brazo estrujándole tan fácilmente la garganta. La espera de la muerte inminente.

Empezó a tener pavor a los hombres, a su altura, a su fuerza, incluso a las ocasionales miradas que le dirigían.

Empezaron a comer más de la cuenta, ella y Matt, a bajar los sentimientos con mantequilla y azúcar, con cosas dulces. Maeve engordó, pero no todo lo que le habría gustado. Quería desaparecer en un cuerpo rechoncho, volverse invisible dentro de él, para que nadie volviera a desearla.

No podía estar desnuda, ni siquiera cuando se encontraba sola. El contacto con otro ser humano, incluido Matt, le cortaba la respiración. La última vez que ella y Matt habían mantenido relaciones sexuales había sido en su luna de miel.

Dejó de menstruar. Se le cayó el pelo. Se le escamaban las manos, tenía eccemas en la piel. No podía dormir con la luz apagada. Cuando terminaba de leer una frase, ya había olvidado el principio. Apenas hablaba.

El miedo era su única emoción. Aparte de eso, no sentía nada. Era como si después de abandonar su cuerpo aquella noche, en el dormitorio de David, no hubiera vuelto a él. Veía todo lo que le había pasado allí como si se tratara de una película. Le estaba ocurriendo a otra persona, a otra Maeve, no a la auténtica.

Hacia finales del cuarto mes su estado mejoró inopinadamente y se sintió con fuerzas suficientes para intentar volver al trabajo. No obstante, cuando entró con Matt en el aparcamiento y vio la puerta, la asaltó un pavor tan intenso que las piernas le fallaron. No podía bajar del coche y Matt tuvo que devolverla a casa. Lo había intentado demasiado pronto, mejor dejarlo para el lunes siguiente. O el otro.

Un nuevo hogar, decidió Matt, he ahí la solución. Empezar de cero en un lugar sin horribles asociaciones. Con renovado optimismo, visitó una agencia inmobiliaria, pero Maeve encontró defectos a todos los lugares que le propuso y el entusiasmo de Matt se vino abajo, dejándolo nuevamente abatido y aterrado. Maeve tenía razón. Más valía malo conocido. No tomar decisiones precipitadas y esas cosas. Además, tenía que reconocer que le

habría resultado tremendamente doloroso abandonar el piso que habían comprado con tanta ilusión para comenzar su vida marital.

Existía otra razón para quedarse donde estaban. El dinero empezaba a ser un problema. Después de seis meses de baja, el sueldo de Maeve había quedado reducido a la mitad; ahora, un año después, ya no recibía un céntimo.

Y estaba el jardín. El jardín trasero del 66 de la calle Star iba con el piso. Había sido el factor determinante para comprar el piso porque Maeve estaba deseando plantar dedaleras, zanahorias y tomates. «¡Es tan fácil! Ya lo verás, Matt. Seremos autosuficientes en menos que canta un gallo.»

Ahora eran autosuficientes, desde luego que sí, pero en el mal sentido. Solo se tenían el uno al otro. Todos sus amigos —todos— se habían distanciado porque pensaban que Maeve se había vuelto muy rara, con sus extrañas acusaciones de violación, su insistencia en que ese hombre de allí la estaba mirando y ese otro también, y sus dramáticas escenas en que respiraba entrecortadamente y se balanceaba agarrándose el pecho. En público.

Matt dejó de tener vida social con sus amigos porque Maeve no podía pasar una noche entera en casa sin él. Soportaba sus cenas de trabajo porque sabía que no tenían elección: el trabajo de Matt era lo único que se interponía entre ellos y la completa miseria.

La única persona que no se apartó de ellos fue Alex, el hermano de Matt, pero al final hasta él se cansó de las ausencias crónicas de Matt. «Tiene que aprender a estar sola de vez en cuando», le decía a Matt. «No le ayudas dejando que siempre se salga con la suya.»

Aunque el rechazo de las personas con las que siempre habían contado les resultaba doloroso, también les producía un extraño alivio. Ya no tenían nada en común con ellas, sus preocupaciones les parecían triviales. Para gran consuelo de ambos, Maeve había conseguido que sus padres no se enteraran de lo sucedido. Tampoco los padres de Matt estaban al tanto. Pero fingir delante de ellos que todo iba bien resultaba tan agotador que tenían que racionar los encuentros. Maeve visitaba a sus padres con menos asiduidad y dos de cada tres ocasiones fingía estar indispuesta para no tener que ir a las reuniones de la familia Geary.

Les sublevaba la idea de que David caminara libremente por la calle mientras ellos vivían en una cárcel.

Matt quería matarlo. Matarlo de verdad. Lo veía casi todos los días en el trabajo y se imaginaba que lo seguía cuando volvía a casa, lo secuestraba en plena calle y lo metía en la parte trasera de una furgoneta, se lo llevaba, atado y amordazado, a su piso y lo torturaba durante un buen rato.

—Yo también pienso en esas cosas —dijo Maeve—. ¿Sabías que un asesino a sueldo solo cuesta dos mil euros? Lo busqué en Google.

—Yo también.

Pero ambos coincidieron en que no podían cargarse a David.

—Nos estaríamos rebajando a su nivel —opinó Maeve.

—Eso me trae sin cuidado —dijo Matt.

Y también a Maeve. Después de todo, ya estaba hundida.

—Pero nos descubrirían. Enseguida sospecharían de nosotros y acabaríamos en la cárcel. No podemos permitir que nos destruya la vida más de lo que ya lo ha hecho.

—No entiendo por qué no hay más gente que estalla y decide tomarse la justicia por su mano y matar al tipo.

Matt había averiguado cosas en las que nunca se había parado a pensar: que solo una de cada diez denuncias de violación llega a los tribunales; que de ellas solo seis de cada cien resultan en condena. ¿Y qué hay de todas las violaciones que no se denuncian porque la chica tiene miedo? De su violador. De la policía. ¿Todas esas violaciones que nadie conoce, que nadie venga? No lograba entenderlo. ¿Cómo podía el mundo ser tan normal? ¿Cómo se conseguía contener tanta rabia, tanta injusticia, dolor y miedo?

Cuando Matt comprendió que Maeve no volvería a Goliath, que no tenía que quedarse allí para protegerla, se marchó también.

Al principio se había mostrado decidido a quedarse, a no permitir que ese cabrón lo echara como había echado a Maeve, pero estaba harto de que la rabia lo consumiera en las reuniones, de temblar tanto que sus dedos no pudieran teclear cuando David rondaba cerca. Por una cuestión de orgullo jamás mostraba su vulnerabilidad ante David. En su mente lo sometía a prolongadas y terribles torturas, pero en la vida real lucía una expresión que no dejaba entrever nada. Mostrarse imperturbable era cuanto le quedaba, un consuelo débil, pero consuelo al fin y al cabo.

David, por su parte, no daba muestra alguna de remordimiento o culpa. Nunca hablaba directamente con Matt pero la sonrisita en sus ojos lo decía

todo. «Tú me la robaste y yo te jodí la vida.»

Matt dejó Goliath y entró en Edios, una empresa más grande y próspera. Por lo visto, aún era capaz de hacer bien su trabajo.

Matt y Maeve empezaron a tomar antidepresivos y, un tiempo después, a visitar semanalmente a la doctora Shrigley, hasta que la doctora Shrigley insistió en que Matt reconociera que a veces dudaba de la historia de Maeve y Matt dejó de ir.

Pero era cierto que dudaba de Maeve. A veces. ¿Cómo podía no dudar? Todo el mundo dudaba de ella, y él era humano. A veces la odiaba. Sentía contra ella una rabia irracional por haber sido violada, por habérselo cargado todo.

Maeve tardó casi dos años en conseguir un empleo, algo insulso y sencillo, que le fue concedido porque era la única candidata dispuesta a aceptar el bajísimo sueldo. Era consciente de que necesitaba una rutina. Eso la mantendría a salvo. Llevaba una vida sencilla y previsible y, de cuando en cuando, se detenía a pensar en todo lo que había perdido. ¿Realmente había sido esa persona alegre y cándida que quería a todo el mundo? ¿Que iba por la vida con el corazón abierto, como si fuera una manzana grande y jugosa a la espera de que ella le diera un bocado?

Lo había tenido todo. Dentro de los límites de su vida corriente había alcanzado el nirvana. Era amada y tenía amigos, trabajo y un alto grado de felicidad. Pero todo eso había desaparecido.

Los dos le seguían la pista a David, pero Matt no lo sabía de Maeve y Maeve no lo sabía de Matt. De tanto en tanto, cada uno por su lado, se plantaban delante de No Brainer con la esperanza de que David ofreciera alguna muestra de remordimiento, pero siempre regresaban sintiéndose peor.

En ocasiones, incluso en las peores épocas, Matt experimentaba un arrebató de optimismo y llegaba con una idea genial para su curación: se aficionarían a la equitación o al senderismo o al bádminton o —la más frecuente— se cambiarían de casa.

Nada duraba y nada funcionaba.

—El tiempo lo cura todo —decía a veces a Maeve.

No obstante, sin apenas darse cuenta, habían pasado tres años y seguían heridos y esperando.

OceanofPDF.com

Día 1...

Conall empujó a Lydia por las escaleras hasta su dormitorio. Estaba ávido de ella.

—¿Qué has pensado... —Lydia se revolvió hasta soltarse—... cuando has visto a Matt en el cuarto de baño?

Conall apretó los labios. No quería hablar de eso. Cuando había abierto la puerta de ese cuarto de baño, el terror lo había paralizado. Se le había agarrotado hasta el último músculo del cuerpo y había empezado a tener calambres en las pantorrillas.

Después de toda la sangre y las vísceras que había visto por la tele, se creía inmune a las carnicerías, pero *CSI: Miami* jamás lograría transmitir el poder de un muerto real.

No podía dejar de pensar en ello: la bañera con la sangre de Matt; los remolinos rojos girando en el agua; su cara exánime, amarillenta, flotando sobre la superficie carmesí.

—He pensado que estaba muerto —dijo.

Al detenerse en la puerta del cuarto de baño había sentido como si el mundo hubiera dejado de girar. Compitiendo con el horror había una profunda pena, una hipnotizante sensación de vacío por la vida desperdiciada de un hombre joven.

Conall había vivido al límite en otros tiempos: había conducido coches caros a velocidades vergonzosamente temerarias; había corrido riesgos en su carrera que podrían haber costado millones; había vivido rodeado de belleza: novias de revista, obras de arte inestimables, los lugares más pintorescos del planeta. Pero durante aquel momento interminable comprendió que solo conoces el verdadero valor de la vida cuando te encuentras cara a cara con la muerte. La vida le pareció tan valiosa que sintió deseos de aullar.

—¿Has pensado que estaba muerto? —dijo Lydia—. Qué horror.

—Ya ha pasado. —O por lo menos eso esperaba, pero volvía a notar calambres en las pantorrillas. Alargó los brazos hacia Lydia pero ella retrocedió por el enorme dormitorio. La siguió.

—¿Por qué le has pedido ayuda a Katie?

—Porque... era la persona idónea.

—¿Idónea en qué sentido?

—Sabe de primeros auxilios.

—Tener siete productos diferentes de Savlon no te convierte en socorrista. Se lo he preguntado en tu Botella Voladora... gracias por eso, por cierto... por restregarme vuestra broma privada... En fin, que no sabe una jota de primeros auxilios.

Conall la miró sin comprender.

—Al grano.

—Estabas muy, muy asustado, y Katie era la persona que querías a tu lado.

Conall puso los ojos en blanco.

—Ah, no —dijo Lydia—. Tú a mí no me haces eso. Yo no soy una de tus niñas.

—Sé que no eres una de mis «niñas».

—No. Yo sé que no soy una de tus niñas.

—De acuerdo —dijo él con elaborada paciencia—. Tú sabes que no eres una de mis «niñas».

—No lo pillas, ¿verdad?

Conall la miró fijamente y de repente algo cambió en sus ojos.

—¿Estas... rompiendo conmigo?

—Caray, sí que te ha costado. No puedo creer que hayas tenido la cara de traermelo aquí para acostarte conmigo cuando es a Katie a quien deseas.

—Yo no deseo a Katie. Te deseo a ti.

—Por Dios. —Lydia meneó la cabeza—. Vives en babia. Será mejor que espables o nunca serás feliz.

Desapareció en el cuarto de baño y reapareció con un montón de frascos —champú y otras cosas— que guardó en su bolso.

—¿Qué haces?

—Llevarme mis cosas.

—¿Por qué?

—Porque me voy, pedazo de zoquete. En el caso de que tengas que explicarle a la gente qué ha pasado, diles que he roto contigo. Y no, no podemos ser amigos. Tú, en realidad, no tienes amigos, ¿me equivoco? Otra cosa que quizá deberías resolver. Hablaré mal de ti siempre que pueda. Si corre el rumor por la ciudad de que eres eyaculador precoz, lo habré iniciado yo.

Abrió la mesita de noche, sacó un paquete de condones y se lo guardó en el bolsillo del tejanito.

—Míos —dijo. Lanzó una última mirada de desprecio a la habitación, comprobando que no se dejaba nada, antes de salir disparada escaleras abajo.

La casa tembló cuando cerró la puerta de la calle tras de sí. Automáticamente, Conall agarró su BlackBerry. ¿Qué problema tenía Lydia? Que era un perro de ataque, ese era su problema. ¿Cómo podías razonar con alguien así? Pedirle ayuda a Katie le había parecido lo idóneo. Katie era competente, adulta, comprendía las cosas, era... en fin, sencillamente idónea.

Tenía cuatro correos electrónicos nuevos y los leyó con avidez, pasando raudamente de uno a otro, pero ninguno tuvo el efecto deseado. No se sentía bien, todo le parecía ligeramente surrealista. Casi desagradable. Puso *Nebraska* de Bruce Springsteen, pero había tantas muertes que tuvo que cambiar a los Sex Pistols. La frenética guitarra tampoco le hizo bien. *Madame Butterfly*, quizá, pero después de dos minutos escuchando el desgarrador abandono tenía los ojos inundados de lágrimas. No podía soportarlo. Alarmado, apagó el equipo. El silencio era más seguro.

Se tendió en su enorme cama y contempló la pared de enfrente. Pasó el tiempo y tras una larga nada, se preguntó si debería llamar a Katie. Solo para averiguar cómo estaba Matt.

Entonces comprendió que era a Lydia a quien debería estar llamando, para disculparse, para explicarse. Sabía que existían ciertas normas. No debías preferir tu ex novia a tu novia. Pero él no prefería a Katie. Había sido una emergencia, por el amor de Dios: había un hombre agonizando, había que actuar, y había que actuar con rapidez. Katie le había parecido la persona adecuada.

O tal vez Lydia tuviera razón, reconoció de mala gana. A lo mejor era a ella a quien debería haberle pedido ayuda. Pero Lydia era tan dura, y lo que él había necesitado en esos momentos en que creía que la horrible escena iba a superarlo... lo que había necesitado era dulzura.

OceanofPDF.com

Día 1...

—En la almohada —dijo la enfermera—. Hágalo en la almohada o tendrá que marcharse.

Maeve levantó la vista. Tenía la cara ardiendo, irritada por la sal, y los ojos tan hinchados que apenas podía ver. Otra oleada de sentimientos incontrolables la asaltó.

—¡Almohada! —espetó la enfermera—. Hay más personas aquí. También ellas lo están pasando mal.

Maeve se inclinó hacia delante y hundió la cara en la almohada, que había aparecido como por arte de magia, y chilló:

—¿Cómo has podido hacerme esto? ¿Cómo has podido dejarme aquí sola? Nunca te lo perdonaré.

Tras haber comprendido al fin lo que Matt había hecho, había aterrizado de golpe en su cuerpo, en Maeve. Había sido una sensación repentina, superreal, como cuando se te destapan los oídos en el avión. Estaba viva y atormentada y ciega de ira.

Habían rodeado la camilla de Matt con un biombo de cortinas rojas con ruedas en un intento de darles un poco de privacidad dentro de la sección de urgencias. Maeve estaba sentada en una silla de hospital. Matt tenía las muñecas cosidas y envueltas en inmaculados vendajes blancos; le habían dado cuatro litros de sangre y dos litros de electrolitos. Estaba conectado mediante cables a un suero y varios monitores verdes que emitían pitidos. Aunque tenía aspecto de hallarse a las puertas de la muerte, iba a salir de esta.

—¡Tienes que odiarme mucho para hacerme esto!

Matt tenía los ojos cerrados. Parecía inconsciente, pero Maeve creía que fingía.

—En cuanto te den el alta, te irás derecho a casa y sacarás tus cosas. — Levantó la cara de la almohada, no pudo evitarlo—. Vete a un hotel, vete a casa de tus padres. —Notaba un regusto a sangre en el fondo de la garganta—. Me trae sin cuidado lo que hagas.

—¡Almohada!

Fionn estaba en el aparcamiento del hospital, paseando arriba y abajo. El servicio de urgencias parecía la antesala del infierno, con toda esa gente malherida llorando y soltando alaridos. Alguien le había ofrecido su silla a Jemima, pero él no tenía dónde sentarse. Aunque tampoco quería, estaba demasiado alterado. Se sentía mal. Enfadado, de hecho. En primer lugar, con Jemima por insistirle en que la acompañara al hospital, obligándole así a dejar a Katie con ese pulpo de Conall. Y, en segundo lugar, con Maeve por tratarlo como si fuera el anticristo. Durante el transcurso de los dramáticos acontecimientos de esa noche Fionn había comprendido que la emoción que iluminaba el rostro de Maeve cada vez que lo veía no era admiración, sino miedo. Un miedo paralizador. Se sentía como un auténtico idiota por haber pensado que la tenía en el bote. ¿Y por qué no? El resto de la gente lo adoraba.

Llevaban horas allí metidos. No sabía cuánto tiempo exactamente, pero ya era noche cerrada.

Había tenido suficiente.

Cruzó las puertas de plástico con paso firme. Alguien estaba aullando como un alma en pena. Era Maeve, todavía en ello. Acabaría internada en un psiquiátrico si no se controlaba.

—¿Qué me he perdido? —le preguntó a Jemima—. ¿Ha muerto?

—No. Te alegrará saber que vivirá.

—Entonces, ¿por qué sigue gritando Maeve?

—Porque está muy afectada.

—¿No pueden darle algo?

—¿A mí me lo preguntas? Yo no soy médico.

Menudo genio.

—Jemima, nos vamos.

—Maeve necesita a alguien a su lado.

—Ni siquiera te quiere aquí. —Un rato antes, Maeve había ahuyentado a Jemima a manotazos cuando había intentado consolarla.

—Lo que Maeve quiere y lo que Maeve necesita son dos cosas muy diferentes.

—¿Sabe siquiera que sigues aquí?

—Yo lo sé.

Dios, Jemima podía resultar exasperante a veces.

—Cuando la tormenta pase, que pasará, tal vez se alegre de tenerme aquí. Pero tú puedes irte a casa, Fionn. Estoy perfectamente. Gracias por

acompañarme.

—¿Qué? ¿Piensas esperar aquí a que deje de gritar? Me temo que la cosa va para largo. Jemima, ¿no podrías dejar de hacer de buena samaritana por una vez? ¿A estas alturas de tu vida?

Jemima esbozó una pequeña sonrisa.

—Tal vez no me queden muchas oportunidades.

—¿Tú? —bufó Fionn—. Tú vivirás más que todos.

—No estés tan seguro, cariño. —Hizo una pausa—. Fionn, ¿recuerdas aquel pequeño encuentro que tuve con el cáncer?

—Hace años de eso.

—Cuatro...

—Y te curaste.

—Bueno, el caso es que...

—Oye, si tan segura estás de que quieres quedarte, yo me marchó.

Fionn llegó a casa de Katie subiendo los escalones de tres en tres. En el piso de Matt y Maeve ya había unos hombres colocando una puerta nueva. Ese Conall Don Eficiente le daba ganas de vomitar.

Katie lo esperaba en la puerta.

—¿Y? —Había estado llorando.

—Vivirá.

—Gracias, Dios, gracias, gracias, gracias. ¿Y cómo está Maeve?

—Dime una cosa. —Las emociones de Fionn estallaron como un volcán en erupción—. ¿Qué le he hecho yo a Maeve? ¿Qué problema tiene conmigo?

Katie lo miró fijamente.

—Es evidente que le pasó algo, algo relacionado con un hombre, o con varios. Creemos que a lo mejor... la violaron. No debes tomártelo como algo personal.

—Supongo que tienes razón.

—También Conall le daba miedo.

Fionn tuvo que cerrar los ojos.

—¿Me estás comparando con él?

Pasaron unos segundos. Luego Katie lo cogió de la mano y lo condujo a la sala de estar.

—Han sido unas horas terribles, Fionn. Todos estamos un poco nerviosos.

—Sí, vale —farfulló—. ¿Qué me he perdido?

—Poca cosa. Me he tomado una copa rápida con los demás en la Botella Voladora.

—¿Quiénes?

—Conall, Lydia y Sissy.

—Un momento. ¿Has ido con Conall?

—Y con Lydia y con Sissy.

—¿Por qué?

—Porque estábamos muy afectados y queríamos una copa.

—¿Y pensabas que no tenía nada de malo ir con él a pesar de ser tu ex novio? ¿Y a pesar de hacer lo posible por que yo pareciera un acosador delante de todo el mundo?

—Fionn... —Katie lo rodeó con los brazos—. Ha sido una noche horrible. Todos estamos hechos polvo. Ven a sentarte. Dime, ¿cómo está Jemima?

—¿Jemima? Mejor que nunca.

Se dejó conducir hasta el sofá pero, en cuanto tomó asiento, se sintió atrapado.

—Salgamos.

—¿Esta noche?

—Sí. Ahora. En el Residence hay un lanzamiento de algo.

—No quiero salir. —Katie lo miraba estupefacta—. No podría.

—¿Por qué no?

—Porque alguien ha estado a punto de morir y nosotros lo hemos presenciado. Estoy conmocionada. No podría ponerme a sonreír y charlar como si nada. Necesito tranquilidad.

—Solo unas copas.

—Fionn... no.

—No te ha importado tomarte algo con Conall.

—Fionn.

—¿De veras que no piensas salir esta noche?

Katie ladeó la cabeza y lo miró fijamente. Fionn intentó leer lo que estaba pensando. Parecía asustada. Parecía confusa. Parecía —de repente— triste. Luego se calmó y Fionn supo que la había convencido. Pero cuando Katie habló, sus palabras no dijeron lo mismo que su semblante.

—No, Fionn —dijo—. Pero sal tú. Pásalo bien.

¡Santo Dios! Sus corrientes cardíacas están totalmente desacompasadas. Se habían fundido en una unión completamente armoniosa pero lo ocurrido con Matt los ha lanzado al aire, y han rebotado y se han partido en dos, como un cacahuete cayendo de su cáscara. Y la colisión ha alterado sus corrientes cardíacas. Se ha ido todo al traste. El corazón de Fionn se ha acelerado y ahora late a un ritmo nervioso, apremiante, dejando el de Katie atrás.

Estoy en un aprieto, en un verdadero aprieto. Las tres parejas han roto y me queda menos de un día.

OceanofPDF.com

Día cero (temprano por la mañana)

Quedan cinco horas

—Lo siento —croó Matt, despertando a Maeve.

—Ah, estás vivo. Lo siento mucho. Que te hayan salvado la vida. Pero no lo decidí yo. Yo te habría dejado morir.

—Maeve, lo siento mucho, muchísimo. —Las lágrimas le caían libremente por el rostro. Era la viva imagen de un hombre destrozado—. Pero no podía ayudarte. Nada podía ayudarte.

—No me echas la culpa.

—Con mi presencia solo conseguía recordarte lo sucedido. Y vivía constantemente con el deseo de matarle. Hervía de rabia cada minuto del día, ya no podía más.

—¿Y qué? ¿Piensas que a mí me gustaba?

—No debería haberlo hecho, pero mientras lo hacía no era consciente de ello. Estaba desesperado. Me daba cuenta de que era incapaz de ayudarte.

—Tienes razón. Te darán el alta a las siete en punto. Cuando llegues a casa ya habré empezado a empaquetar tus cosas.

—¿Adónde voy a ir?

—Me trae sin cuidado. Estabas dispuesto a morir sin pensar en mí, así que no me pidas que te busque un lugar donde vivir.

—¿Cómo llegaré a casa?

—Coge el autobús. O un taxi.

—¿No me esperarás?

—No.

Lydia se detuvo en el bordillo.

—Larrgo —ordenó.

—Pero si aún no hemos llegado —dijo el pasajero.

—Se lo advertí. Le dije que si no dejaba de cantar canciones de Neil Diamond le haría bajar. Ha seguido, así que ahora se baja.

Murmurando algo sobre zorras chaladas, el hombre obedeció y Lydia se alejó con un chirrido de neumáticos. Más le valía apagar el piloto durante un rato. No era buen momento para arriesgarse con otro pasajero. No estaba de humor para tonterías.

Menudo morro el de Hathaway. Era evidente que seguía loco por la institutriz. Buena suerte y todo eso. Tenían las edades perfectas, eran dos completos vejestorios, y a ella le traía sin cuidado, nunca se había tomado la historia en serio; solo había sido un pasatiempo. Así y todo, había que tener jeta...

Estaba hablando sola, lo cual era preocupante. Miró en derredor. ¿Dónde estaba exactamente? Se había despistado a la altura de «Sweet Carolina». Vale, estaba en la calle Parkgate, cerca de la cafetería de Eugene. Entraría a darse un chute de azúcar y despotricaría sobre sus clientes con quien quisiera escucharla.

—¿Tienes donuts? —le preguntó a Eugene—. ¿De los de crema?

—Por supuesto.

—Ponme dos por el momento. Puede que vuelva a por más.

Miró a su alrededor buscando una silla y...

Un momento, puede que no todo esté perdido, porque...

... allí, al fondo del café inundado de vapor, estaba nada menos que Pobre Infeliz, o sea, Gilbert.

Probablemente no sería mi primera elección, pero a estas alturas del juego no me quedan muchas opciones que digamos.

Se miraron y Gilbert caminó hacia ella, abriéndose paso entre la gente. Y de pronto ahí estaba. Esas pestañas. Esa ropa extravagante. Esa voz.

—Hola, Lydia.

—Hola, Gilbert.

—¿Cómo te va? —Parecía algo cohibido.

—Bien. ¿Y a ti? —Lydia se hizo también la cohibida.

—De fábula.

—Hacía mucho que no te veía. —«Desde que te fui infiel.»

—Es verdad. —«Y desde que yo te confesé que te era infiel.»

—¿Cómo están los muchachos?

—Bien.

—¿Todavía peleando por los pinitos ambientadores?

—¿Qué? Ah, últimamente un poco menos.

—¿En serio? —Caray, con lo acaloradamente que habían discutido sobre el tema, con lo importante que había sido en sus vidas. En fin, se dijo, está visto que la gente progresa—. Salúdales de mi parte.

—Lo haré. ¿Cómo te va el trabajo?

—Genial. ¿Y a ti?

—También genial. —Se produjo una pequeña pausa—. En fin, Lydia...

—Gilbert abrió mucho los ojos y extendió los brazos, como sorprendido de que no tuvieran nada más que decirse—. Cuídate.

—Tú también.

Gilbert se alejó con garbo pero antes de que desapareciera para siempre, Lydia lo llamó.

—Ven aquí, Gilbert, quiero preguntarte algo.

La miró un tanto alarmado.

—¿Qué?

—¿Tienes esposa y seis hijos en Lagos?

Soltó una carcajada, mostrando su blanca y fulgurante dentadura.

—¿Yo? ¿Esposa? ¿Hijos? ¡Nooo!

—Poppy se llevará una decepción. —Raudamente, Lydia soltó—: ¿Eres alérgico a los huevos?

Fue demasiado rápido. Gilbert no tuvo tiempo de preparar una respuesta.

—Eh... no.

—Entonces, ¿por qué dijiste que lo eras, mamón?

Gilbert entró en su cabeza para meditarlo. Se encogió de hombros.

—A veces la vida no basta por sí misma. Si la verdad no es interesante tienes que... en fin, ya sabes.

—¿No pudiste inventarte algo mejor que los huevos? Por ejemplo, que eres hijo del jefe de una tribu nigeriana, reservas de petróleo en tus tierras, tropas del gobierno, casas incendiadas, esa clase de cosas. —Lydia se dio cuenta de que estaba impresionado—. Vas a utilizarlo, ¿verdad? —«Con tu próxima novia.»

—Puede. Gracias.

En ese momento Lydia advirtió que cuatro hombres estaban levantándose de una mesa.

—¡Mía! Adiós. —Cruzó el café como una flecha y arrojó el bolso sobre una silla, la chaqueta sobre otra y su persona sobre una tercera con la esperanza de disuadir a la gente de acercarse y preguntar: «¿Puedo sentarme?»

—¡Eugene! —gritó en dirección a la barra—. Estoy aquí. Cuando te vaya bien me traes los donuts. —Y de repente se sintió en paz con el mundo: estaba sentada, con su dosis de azúcar en camino, sin nadie cantando canciones de Neil Diamond. No vio que la puerta se abría y cerraba cuando Gilbert se marchó. Un hombre atractivo con una americana algo ridícula que en otros tiempos fue su novio.

Ya lo había olvidado.

—¡Un momento, cielo! —Jemima consiguió agarrar a Maeve cuando salía de detrás del biombo y echaba a andar en dirección a la salida—. ¿Te vas ya?

—Sí.

—¿Sin Matthew?

—Matthew ha intentado suicidarse. Matthew ha dejado bien claro que no quiere estar conmigo.

El sarcasmo no era lo suyo, pensó Jemima. Maeve era demasiado dulce para poder darle la debida contundencia. Mucho soltar por esa boca, pero no acababas de creértela.

—Es necesario que hablemos, Maeve. Te sientes traicionada y la rabia te ciega, pero es de vital importancia que comprendas algunas cosas. La forma de suicidio más común entre los hombres es el ahorcamiento. En otras palabras, es prácticamente seguro que Matthew quería que lo descubrieran.

Maeve contemplaba fríamente el vacío.

—Nunca se lo perdonaré.

—Cielo, no seas melodramática. Si te paras a pensarlo, Matthew tenía que hacer algo. ¿Cuántos años más pensabais pasaros tirados en ese sofá mirando la caja tonta y comiendo bollos?

El rostro de Maeve se llenó de estupefacción.

—Sé que la verdad es dolorosa, Maeve, pero has de afrontarla. Estabais estancados, era preciso que algo ocurriera. Y no me digas que la idea de terminar con todo no pasó también por tu cabeza.

—¿Pero! ¿Cómo lo...?

—Estabas desesperada —continuó despreocupadamente Jemima—. Eso es lo que les ocurre a los seres humanos que están desesperados cuando todas las puertas se cierran y les parece imposible escapar.

Intrigada, Maeve le preguntó:

—¿Alguna vez ha sentido el deseo de suicidarse?

—¿Yo? En absoluto, querida. Por desgracia, no estoy hecha de esa pasta. Supongo que está en los genes. Y mira que me han pasado cosas tristes en la vida. Giles y yo deseábamos tanto tener hijos... pero nunca se nos concedió ese regalo. La desesperación habría sido una reacción lógica, pero simplemente seguí adelante. Hacía sopa para los pobres dignos de ayuda, esa clase de cosas. —Se abstrajo durante unos instantes antes de volver al presente y dar una palmada—. Y en cuanto a ti y a Matthew, deberíais tener un hijo.

Después de mirarla un buen rato, casi con hostilidad, Maeve preguntó:

—¿Por qué?

—Por un montón de razones. Porque así tendríais que reavivar la relación entre vosotros. Sentiríais el poder de vuestro cuerpo en lugar de su lamentable vulnerabilidad. Tendríais a alguien a quien amar, además del uno al otro. Un bebé reclamaría la inocencia que os fue robada a los dos.

Maeve tardó un rato en contestar.

—¿Y eso... borraría todo lo ocurrido?

Los jóvenes. ¿De dónde les venía la idea de que la vida funcionaba con absolutos?

En un tono más suave, Jemima contestó:

—Lo ocurrido, ocurrido está, no se puede deshacer. Tú eres diferente ahora, y también Matthew, pero debéis seguir adelante.

Maeve se detuvo a reflexionar.

—De modo que un bebé. ¿Es eso lo que ve para mí? ¿Lo ve, como dijo Sissy?

Señor, estas muchachas con tanta fe en la clarividencia y tan poca fe en su propia autonomía. En fin, si no había más remedio...

—Es lo que veo para ti. Puedes elegir, Maeve. Puedes esconderte o salir a luchar... —Una punzada de dolor en la región del hígado le hizo poner los ojos en blanco.

—¡Porras! —exclamó Maeve—. ¿Qué le ocurre? ¿Está bien?

—Estoy perfectamente. Es solo un dolor de barriga, probablemente debido a tanta agitación.

—¿Quiere sentarse?

—No, gracias, eres muy amable. Ahora debo irme a casa, pero te suplico que esperes a Matthew. Son las cuatro y media de la mañana y le dejarán marcharse dentro de dos horas y media. ¿No puedes esperar?

Maeve se mordió el labio. No quería volver a hacer nada por Matt en toda su vida, pero el dolor de Jemima en el estómago había inclinado la balanza de la autoridad moral en su favor.

—Te aseguro —dijo Jemima, resoplando al notar otra punzada de dolor—, te aseguro, Maeve, que un día volverás a ser feliz. Tu vida mejorará.

—¿Volverá a ser como antes?

Jemima suspiró.

—No se puede volver atrás, lo sabes muy bien.

—Entonces, ¿qué debo hacer?

¿Y de dónde sacaban la idea de que Jemima tenía todas las respuestas?

—... Quizá podrías... intentar avanzar.

Cuatro horas

Un río de sangre, y lo estaba vadeando. La sangre formaba remolinos alrededor de sus piernas mientras se esforzaba por abrirse paso contra la corriente, pero era muy fuerte y... Conall se despertó con un grito ahogado. Había tenido una pesadilla horrible, con toda esa sangre y... Ahora estaba despierto. Tenía el corazón en la garganta, pero estaba en su cama, estaba a salvo. El despertador marcaba las 4:45, aún podía dormir unas horas. Entonces pensó: «La bañera.»

Todavía tenía dentro la sangre de Matt. Cuando él y el gilipollas ese, Fionn, habían sacado de la bañera el cuerpo de Matt, ninguno de los dos había tenido el valor de introducir el brazo en el agua ensangrentada y tirar del tapón. Maeve no podía llegar a casa y encontrarse la bañera así. Tal vez ya hubiera llegado, pero tal vez no. Conall tenía que ir. La idea de volver a ese cuarto de baño le ponía los pelos de punta, pero tenía que hacerlo.

Cansado, casi deprimido, dio una palmada y la habitación se iluminó, e inopinadamente se juró que iba a hacer algo con esa maldita luz para volver al interruptor normal. Incluso estando completamente solo se sentía ridículo dando esas palmadas. Abrió el ropero y cogió los primeros tejanos que

encontró, luego miró en derredor, buscando una camisa o una camiseta que no le importara manchar de sangre. Pero todo lo que tenía era caro y, en cualquier caso, ¿qué importaba?

Katie se despertó sobresaltada, reproduciendo en su mente, como en una película a cámara rápida, las atrocidades del día anterior: la llave todavía en la cerradura; los golpes en la puerta hasta que cedió; Conall entrando en el recibidor; gritando su nombre y —lo más espantoso de todo— Matt flotando, exánime, en el agua teñida de rojo. Aunque apenas se había detenido en la puerta unos segundos, tenía la sensación de haber pasado allí horas, tratando de comprender la macabra escena. ¿Matt? ¿Matt? ¿El joven, alegre, sonriente Matt? ¿Ese Matt? ¿Qué hacía ahí, pálido e inerte, balanceándose en una bañera llena con su propia sangre?... «La bañera», comprendió mientras el corazón le daba un vuelco. Eso era lo que la había despertado.

¿Seguía llena la bañera? De ser así, era preciso vaciarla y limpiarla, y lavar las toallas manchadas de sangre que habían dejado en el suelo, antes de que Maeve regresara a casa. Puso los pies en el suelo y de repente cayó en la cuenta de que Fionn no estaba. Había salido y aún no había regresado. Después de que se marchara malhumorado, a Katie le había dado algo de miedo irse a la cama. Se había acurrucado en el sofá y había visto porquerías en la tele esperando su vuelta. Si Fionn llegaba a casa antes de que ella se acostara, todo iría bien. En torno a las dos se sentía tan aterida y extraña que se había metido en la cama con la promesa de que no se dormiría. Tenía el presentimiento de que algo horrible iba a suceder si se dormía. Pero al parecer había sucumbido al sueño y ahora eran las cinco y Fionn no había vuelto. Tal vez estuviera abajo, en casa de Jemima, pero hasta eso sería una sentencia de muerte; llevaba semanas sin dormir allí.

La vida real finalmente les había dado alcance, eso era lo que había ocurrido. Durante semanas habían bailado un baile desenfrenado, eufórico, riendo y girando, viviendo a tope cada minuto. No obstante, durante todo ese tiempo Katie se había estado preparando para algo así. Había pronosticado que el programa de Fionn triunfaría y el éxito se le subiría a la cabeza o sería un fracaso y tendría que regresar a Pokey. Las cosas no habían ocurrido exactamente como ella había augurado; el programa no había triunfado, pero el éxito se le había subido a la cabeza de todos modos.

Y solo había hecho falta un suceso desagradable para que ambos se dieran cuenta del poco consuelo que eran el uno para el otro.

No podía quitarse de la cabeza la indiferencia con que Fionn trataba a Jemima y su falta de empatía por Maeve, pero, así y todo, tampoco podía detestarlo, por lo menos en ese momento. Quién sabe cómo se sentiría dentro de una hora o un día o una semana. A Fionn le habían pasado demasiadas cosas demasiado deprisa. Había que tener la autoestima muy fuerte para no dejarse influir por toda la atención que él había recibido últimamente.

Y, sinceramente, no podía más. Estaba agotada de tanto trasnoche, alcohol y sexo. Tenía la piel hecha polvo, llevaba semanas sin poner una lavadora y su rendimiento en el trabajo era escandalosamente bajo.

Hablando de trabajo, tampoco le gustaba la manera en que había empezado a tratar a Fionn, como si fuera uno de sus artistas, prometiéndole que todo saldría bien, hablándole con paternalismo.

La asaltó la extraña ocurrencia —sobre todo para una mujer con una relación con la comida como la suya— de que estar con Fionn era como comer chocolate a todas horas: maravilloso en teoría, si bien de vez en cuando no te importaría una comida como Dios manda.

Había una chaqueta sobre la silla. Katie se la puso encima del pijama y se calzó unos zapatos de tacón mediano; se sentía demasiado débil para unos de doce centímetros. Cogió un limpiador, guantes de goma y un par de estropajos de debajo del armario del fregadero y descendió a la planta baja. Bajo la luz proyectada por las farolas de la calle vio que en el piso de Matt y Maeve habían colocado una puerta de DM provisional, con una cerradura nueva y flamante. Sobre la mesa de la portería descansaban dos llaves igualmente flamantes.

Solo tenía que coger una y entrar, pero de pronto ya no estaba tan segura. Entonces tuvo un impulso de lo más extraño. Decidió abrir la puerta de la calle porque Conall Hathaway estaría esperando fuera.

Giró el pomo, abrió la puerta y de pie, en el escalón, estaba...

—¿Conall?

—¿Katie?

«Cuántas cosas extrañas están sucediendo —pensó ella—. No puedo asimilarlas todas.»

—Son las cinco de la mañana —dijo.

—Las cinco y cuarto. —Conall miró su reloj y luego miró a Katie, completamente atónito—. Estaba a punto de llamar a tu piso para que me abrieras. Mira. —Señaló su mano—. Me disponía a tocar el botón con tu nombre y de pronto... te has materializado.

—He debido oír tu coche —dijo débilmente Katie—. ¿Estás buscando a Lydia?

—No. Está trabajando. —Bueno, tal vez; por lo menos su coche no estaba. No tenía intención de contarle ahora a Katie que habían roto—. Hace una media hora me he despertado sobresaltado y lo primero que he pensado ha sido: «La bañera.»

—Yo también. —Katie le mostró los avíos de limpieza—. No quería que Maeve...

—... se encontrara todo ese horror...

—... así que he decidido bajar y...

—... vaciar la bañera y...

—... limpiar un poco.

Intercambiaron una sonrisa trémula.

—Me gustan tus zapatos —dijo él.

—Hay que mantener ciertos mínimos. ¿Y qué llevas puesto tú? —Tocó su jersey negro con las yemas de los dedos—. ¿Cachemir? ¿Para limpiar sangre?

—No tengo ni idea de qué es —repuso Conall—. Necesitaba ponerme algo. Además, qué importa si se mancha de sangre.

Katie asintió con gravedad.

—Te entiendo. Hay cosas mucho más importantes. Pero Matt se pondrá bien. Fionn me ha dicho que le han puesto cuatro litros de sangre y que saldrá del hospital por la mañana.

Conall asintió.

—¿Le conocías? ¿A Matt?

—Solo de saludarlo en la escalera. ¿Y tú?

—Solo de vista.

—Pero eso no cambia las cosas.

—No... Temía que Maeve hubiera regresado —dijo Conall.

—Fionn me ha dicho que a medianoche seguía en el hospital.

—... y las llaves están aquí...

—... supongo que podemos entrar...

Entraron en el silencioso piso y recorrieron el corto pasillo hasta el cuarto de baño. Conall empujó la puerta con las puntas de los dedos y ahí estaba la bañera, llena de sangre. Más roja y espeluznante aún de lo que la recordaba.

Tragó saliva.

—Hay que quitar el tapón.

Se miraron.

—Yo lo haré —dijo Katie.

—No, déjame a mí...

Katie avanzó dos pasos, hundió un brazo, tiró con fuerza y, al instante, un ruido de desagüe.

—Ya está. —Intentó sonreír.

—... Eh... gracias. Eres asombrosa. —Conall le tendió una toalla para que se secara el brazo.

Katie se encogió de hombros, algo cohibida.

—No ha sido nada.

—Yo no quería hacerlo.

—Nadie querría hacer algo así.

—Creía que estaba muerto —dijo Conall con la voz ronca—. La primera vez al entrar ha sido horrible. Nunca lo olvidaré.

—Yo al principio, curiosamente, no sabía qué estaba mirando —dijo Katie—. No podía entenderlo.

—Sé a qué te refieres...

—No entendía por qué el agua estaba tan roja.

—Y por qué Matt estaba tan... ya sabes. Nunca se está preparado para ver algo así.

—Nunca —convino Katie con empatía—. Es lo más espantoso que he visto en mi vida. Dios... —Lágrimas silenciosas empezaron a rodar por su cara.

—¡No llores! —Conall le colocó una mano tímida en el hombro y como Katie seguía llorando, la atrajo hacia sí—. Se pondrá bien.

—Pero es tan triste. —Katie se dejó apretar contra la suavidad de su jersey. Poder soltarse era un alivio—. ¿Qué estaría pasando en sus vidas para llegar a esto?

Conall descansó el mentón en la cabeza de Katie y ella lloró en su jersey. Cuando lo peor del llanto pasó, se apartó.

—Ya estoy bien.

—¿Seguro?

—Sí. Gracias. —Pero se había sentido bien en sus brazos, y de repente se le ocurrió que ella y Conall tal vez pudieran ser amigos, después de todo —. Limpiemos.

—De acuerdo. —Conall procedió a recoger del suelo las toallas ensangrentadas—. ¿Qué hago con esto?

—Mételo en la lavadora y... Oh, probablemente no tienes ni idea de cómo se pone una lavadora.

—Naturalmente que sí.

—Veámoslo.

—¡Muy bien!

Conall avanzó con el fardo de toallas por el pasillo hasta dar con el lavadero, lo metió en la lavadora y cerró la portezuela.

—Tienes que encenderla —dijo Katie—. Y seleccionar el programa adecuado.

—Lo sé.

Conall giró la esfera un par de veces —no podía ser tan difícil— y esperó a que ocurriera algo.

—Detergente —dijo Katie, pasándole una caja.

—Ah, sí, casi lo olvido. —Abrió la portezuela y cuando se disponía a verter media caja Katie lo detuvo.

—No, ahí no. —Estaba riendo. De hecho, le había entrado la risa tonta. Probablemente una reacción retardada—. No tienes ni idea, ¿verdad?

Conall la miró. Nunca reconocía no saber algo.

—Esta máquina es diferente del modelo que yo tengo.

Katie le sostuvo la mirada hasta que Conall bajó la vista.

—De acuerdo, no tengo ni idea.

—Fabuloso —dijo Katie casi con alegría—. Era cuanto deseaba oír.

Puso el detergente, seleccionó el programa adecuado y cuando el tambor empezó a girar, regresaron al cuarto de baño y juntos procedieron a fregar la bañera y el suelo, a limpiar las salpicaduras rojas que adornaban las paredes y baldosas, borrando todas las huellas. Trabajaron en silencio hasta terminar la tarea.

—Creo que ya está todo. —Blandiendo el brazo, Katie pasó el estropajo por la última mancha y se sentó en el suelo con la espalda apoyada en la bañera.

»Dios, ha sido duro. —Se secó el sudor de la cara con la manga de la chaqueta.

—Pero gratificante. —Conall se unió a ella en el suelo, reclinándose en la pared opuesta.

—También.

Animada por el ambiente casi festivo que los envolvía, decidió arriesgarse.

—Conall, ¿puedo hacerte una pregunta? Hay algo que me tiene muy intrigada.

—Adelante.

—¿Hablas portugués?

—Bueno, digamos que me defiendo.

—¿En serio? ¿Lo juras por Dios?

—Sí.

—¿Y por qué lo sabía Jason?

—... Veamos... —Conall se tamborileó los labios con los dedos mientras pensaba—. ¡Ah, sí! Me lo encontré en un acto de la Cámara de Comercio Portuguesa. Su prometida, y ahora supongo que su esposa, es portuguesa. Pero eso ya lo sabes.

—Me gusta saber que no siempre mientes.

Conall la miró horrorizado.

—¡Venga ya! ¡No me mires así!

Rápidamente, Conall dijo:

—Katie, he cambiado.

—Qué suerte para Lydia. Siempre te dije que mi sucesora recogería los frutos de mi duro trabajo.

—Sí, pero...

—Pensaba que había oído voces.

Conall y Katie se volvieron bruscamente. Jemima, aparentando cada uno de sus ochenta y ocho años, estaba en la puerta del cuarto de baño.

—Quería borrar todas las huellas de la insensatez de Matthew antes de que Maeve lo trajera a casa, pero veo que dos ángeles protectores se me han adelantado.

Dos horas

Jemima, tras persuadir a Maeve de que esperara en el hospital hasta las siete para acompañar a Matt a casa, tenía una última buena obra que hacer, y la verdad que ese encantador escenario, con Katie y Conall trabajando codo con codo, no podía ser más idóneo. La vida era una cuestión de sincronía. Y también la muerte.

Se llevó el dorso de la mano a la frente y, doblegándose como un acordeón, se permitió un pequeño colapso.

—¡Ostras! —Conall se levantó de un salto y la cogió antes de que sus rodillas golpearan el suelo—. ¿Se encuentra bien?

«¿Tú qué crees, querido? Acabo de fingir un desvanecimiento impecable.»

—Será mejor que se estire. —Conall miró a Katie en busca de confirmación y ella asintió.

—Jemima, si Conall la sostiene, ¿cree que podría subir hasta su casa? —preguntó Katie.

—Sí —dijo débilmente Jemima. Qué criatura tan considerada, esta Katie. Qué desagradable sería para Matthew y Maeve encontrarse a una anciana enferma tirada en su sofá. Además, Jemima tenía sus propios planes, y prefería llevarlos a cabo sin interrupciones.

Conall insistió en trasladar a Jemima en brazos hasta su piso, donde sorteó hábilmente el pesado mobiliario que abarrotaba el salón y la dejó cuidadosamente en el diván. Rencor se paseaba inquieto, como una vieja maniática.

—Lamento mucho el numerito —murmuró Jemima.

—Todos estamos un poco tocados por lo ocurrido anoche —dijo Katie.

—¿Podemos darle algo? —le preguntó Conall—. ¿Un vaso de agua? ¿Una pastilla?

—Cielo santo, no —dijo Jemima—. No necesito nada. Nada salvo...

—¿Salvo? —dijo Katie—. ¿Le gustaría que Fionn estuviera aquí? —La preocupación se reflejó en su rostro. Su expresión decía «No sé dónde está».

—No necesito a Fionn. —Pese a lo mucho que lo quería, Jemima tenía cosas más importantes que hacer—. Pero ¿podríais tú y Conall quedaros un rato conmigo? No será mucho, os lo aseguro.

—Por supuesto —dijo Katie.

—Claro —añadió Conall.

Katie era una chica adorable, pensó Jemima. Desde el principio había sabido que se quedaría. Y Conall, lógicamente, haría cualquier cosa por complacer a Katie.

De modo que Fionn no había pasado la noche en casa de Jemima, pensó Katie. Eso significaba que la había pasado en otro lugar, lo que abría todo un abanico de posibilidades y ninguna de ellas agradable. Había conocido a una chica y se había acostado con ella. ¡Pero no! ¡No pensaría en eso! Ahora no. En otro momento, cuando se sintiera con fuerzas. Porque iba a dolerle, y mucho. No solo por los celos de lo que hubiera estado haciendo en su ausencia, no solo por el dolor de la ruptura —porque todo apuntaba a que la relación entre ella y Fionn estaba agotada— sino por todo el sufrimiento que Fionn había sofocado en ella. Fionn había conseguido anestesiarle la tristeza relacionada con Conall, sacar brillo a su rutina hasta convertirla en una gema fulgurante y enseñarle que había vida, mucha vida, después de los cuarenta. Todo eso se había terminado, comprendió Katie. Se había agotado.

Su mayor miedo era volver a sentir la terrible sensación de pérdida que había experimentado cuando descubrió que Conall estaba saliendo con Lydia. El dolor fue atroz y no se veía con fuerzas para volver a pasar por él. Un impulso masoquista la llevó a hacer una breve exploración, solo para comprobar cuán terrible era... pero probablemente no estaba indagando lo bastante a fondo, porque se sentía sorprendentemente bien.

¡Y a lo mejor estaba bien! ¿Había sido esa la finalidad de Fionn? ¿Entrar en su vida para sanarla y marcharse una vez que estuviera completamente curada?

Había tomado una copa con Conall y su novia. Y ella y Conall habían limpiado un cuarto de baño en un ambiente cordial. Y míralos ahora, atendiendo a una anciana.

O puede que estuviera interpretando mal la situación con Fionn. Tal vez lo único que había sucedido era que habían tenido su primera discusión seria. Tal vez Fionn estuviera pasando la noche con Grainne y Mervyn y en cualquier momento aparecería por la puerta, contrito y rebosante de amor, y se abrazarían y llorarían, diciéndose lo mucho que lo sentían, y saldrían fortalecidos de la experiencia. Podría ocurrir.

Jemima se quitó algunas horquillas del moño.

—Me estaban agujereando el cráneo —dijo—. Llevo ochenta años soportando esta incomodidad diaria y ya he tenido suficiente.

—Va a soltarse el pelo —dijo Conall.

—¡Justamente, querido!

—Nunca es demasiado tarde.

—Quédate con esa idea, Conall, como dicen en esos programas americanos. Y ahora... —Jemima se reclinó de nuevo en el diván. Estaba pálida por el esfuerzo de quitarse las horquillas.

Katie se arrodilló junto al diván, con una mesa de caoba maciza detrás y un sillón de flores al lado.

—¿Quiere que le coja la mano? —Intuía que Jemima necesitaba un poco de consuelo, pero nunca podías estar seguro con los pijos protestantes. Las muestras de afecto podían ofenderles terriblemente.

—¿No te importa, cielo? Me reconfortaría mucho. —Jemima esbozó una sonrisa de agradecimiento y alargó una mano menuda y venosa.

—Si quiere, yo puedo cogerle la otra —se ofreció Conall.

—¡Conall! —exclamó Jemima—. Eso sería maravilloso.

Katie lo miró sorprendida. ¿Cuándo había empezado a ser amable con las ancianas? Conall se encogió de hombros, como diciendo «¿Por qué no?».

Efectivamente, ¿por qué no?

Rencor se instaló en medio, entre Katie y Conall, con su peluda cabeza sobre el regazo de Jemima, y en lo único que Katie podía pensar era en lo raro, rarísimo, que era todo eso. ¡Ella! ¡Y Conall Hathaway! ¡En el apartamento de Jemima! ¡Con las manos cogidas! ¿Qué habían hecho para acabar en un triángulo tan extraño?

Nadie hablaba. Los acontecimientos de las últimas doce horas los habían dejado agotados, comprendió Katie. Transcurrido un rato, una vocecita dentro de su cabeza se preguntó, inquieta, cuánto tiempo esperaba Jemima que permanecieran así. ¿Se sentía lo bastante recuperada para quedarse sola? Pero sería poco cortés preguntárselo. Además, de un momento a otro Conall tendría que largarse para coger un avión o absorber el mundo, y entretanto no podía negar que estar sentada en la moqueta de Jemima, cogiéndole la mano, le producía una extraña paz. Tan solo podía oír sus respectivas respiraciones, la de Conall, la de Jemima y la suya propia. Y la del perro, claro.

—¿Puedo...? —preguntó Jemima con cautela—. ¿Puedo...? Hum... ¿pensaréis mal de mí si os pido un pequeño favor?

—Adelante —dijo Conall.

—¿Podrías contarme... el caso es que es algo que he deseado toda mi vida... algún chisme?

Una hora

Desconocido y pelado, un tablero de DM esperando una mano de pintura. Al ver la puerta, Maeve se indignó.

—Mira lo que has hecho —le dijo a Matt.

—Dios. —Matt contempló el tablero en tanto se preguntaba qué había sucedido. Parecía mareado.

—Supongo que esas deben de ser las llaves. —Maeve agarró un juego de la mesa del vestíbulo y Matt alargó una mano, esperando que se las pasara, pero ella ya estaba introduciendo una llave en la cerradura.

Volvía a estar furiosa. El sermón de Jemima había conseguido calmarla; durante un rato se había sentido extrañamente esperanzada, pero ahora la ira la inundaba de nuevo y dominaba todos sus sentidos: se notaba la piel densa, las manos torpes, los ojos calientes, la lengua hinchada. Llevaba tanto tiempo sin sentir nada que ahora todo se le venía encima de golpe y su cuerpo luchaba por contenerlo.

Sus dedos temblorosos tardaron un rato en pillarle el truco a la nueva cerradura.

—Joder con la llave —murmuró. Maeve raras veces decía palabrotas, y la experiencia le resultó sumamente gratificante. Cuando la cerradura cedió al fin, abrió la puerta con un fuerte y agradable empujón. Lo primero que notó fue el olor a limpio que flotaba en el aire. Seguramente alguno de sus vecinos había entrado en el piso para hacer desaparecer todas las huellas de... de... no sabía cómo describir lo que Matt había hecho.

Era todo un detalle. Probablemente había sido Katie, se dijo. Pero no pudo evitar que su ira se filtrara también en ese acto de buena vecindad. A Matt no le habría ido nada mal ver otra prueba de lo que había hecho.

—¿Te apetece un té? —le preguntó de mala gana.

—Me encantaría.

Maeve puso agua a hervir, entró en el dormitorio y sacó una enorme maleta de debajo de la cama. La habían usado por última vez en su luna de

miel; todavía llevaba colgada la etiqueta de Malaysian Air. Cogió la maleta con los dos brazos y la dejó caer con fuerza sobre la cama, donde rebotó varias veces. Luego levantó la cerradura y, con un amplio gesto de los brazos, la abrió.

Empezaría con los zapatos de Matt. Ahí estaban, colocados ordenadamente en el suelo del armario. Procedió a lanzarlos uno a uno en dirección a la cama. Los había que aterrizaban en la maleta, otros rebotaban en la cama, golpeaban el radiador o se estrellaban contra la ventana.

Era como un juego, y bastante divertido, la verdad, por lo que se llevó un disgusto cuando se le acabaron los zapatos.

En cualquier caso, seguro que el agua hervía ya. Fue a la cocina y preparó té. Matt estaba sentado en el sofá de la sala, encogido y avergonzado.

—Té. —Le pasó bruscamente la taza—. He empezado a recoger tus cosas.

Matt la miró atónito.

—¿Oh? —preguntó ella—. Creías que no hablaba en serio, pero te equivocabas. Esto es real. Está ocurriendo.

—¿Cómo te las apañarás sola?

—No pensaste en eso cuando te preparaste el baño ayer, ¿verdad?

Matt dejó caer la cabeza.

—No debí hacerlo. —Se atragantó—. Ojalá pudiera dar marcha atrás.

—Sabré arreglármelas sola. Será mejor que vivir contigo y esperar a que intentes matarte de nuevo.

Mientras estaba sentada al lado de la camilla en el servicio de urgencias, había elaborado un plan. No era su intención echar a Matt del piso, solo quería asustarlo como él la había asustado a ella, porque tenía previsto volver a casa de sus padres. Su vida estaba acabada de todas formas, había acabado tres años atrás, y vivir en el culo del mundo no podía empeorarla. Y si en la granja su desesperación se volvía insoportable, siempre podía ahorcarse en un granero o hacer equilibrios por el borde de un foso de estiércol o acercarse más de la cuenta a una cosechadora. Opciones no le faltarían. Bien mirado, era un auténtico milagro que la gente de campo lograra vivir más allá de los veintiuno.

Llevaba tanto tiempo pensando en la muerte que se sentía totalmente cómoda con la idea. Tenía que reconocer que no había llegado tan lejos como Matt, pero no quería vivir. La diferencia era que no había estado

segura de cómo quería quitarse la vida. Pero tarde o temprano lo habría hecho.

Treinta minutos

Lydia estaba tan agotada que se sentía enferma. Los trágicos sucesos de esa noche habían hecho mella y no le quedaban fuerzas para nada. Ni siquiera para dormir. ¿Era eso posible?, se preguntó. ¿Estar demasiado cansada para poder dormir? Pero estaba demasiado cansada para pensar en eso. La tele, he ahí lo que necesitaba. Se desplomó cuan larga era en el sofá y buscó el mando. Gracias a Dios que era sábado y no tenía que soportar las porquerías matinales de los días laborables: cambios de imagen, dietas y recetas. Primero encontró un programa sobre Botsuana, luego dio con otro sobre Cuba. Entre el sueño y la vigila, disfrutó de su indolencia soñando con países remotos. Caray, qué gustazo. Podía quedarse dormida allí mismo sin el temor de que los polacos la molestaran.

Cuando el timbre del telefonillo sonó, interrumpiendo bruscamente su placidez, se puso furiosa. ¡No! ¡Nooooo! No pienso contestar.

Sonó de nuevo.

No pienso contestar.

Sonó de nuevo.

Aunque llames un millón de veces, le dijo al telefonillo, no pienso contestar.

Sonó de nuevo.

¡Maldita sea! Se levantó del sofá impulsando la barriga hacia delante, como una saltadora de pértiga. Avanzó dando tumbos por el pasillo y apretó el botón del telefonillo. Diez segundos después alguien llamó a su puerta y Lydia la abrió con vehemencia.

—¿Qué?

Delante había un hombre de ojos castaños, cabellos ligeramente largos y un aire salvaje. Seguro que vende fregonas, se dijo. Pero, para su espanto, advirtió que debajo del sobaco llevaba un estuche con algún tipo de instrumento musical. ¿Un músico callejero a domicilio? ¿Cuándo había empezado esa broma? Dios todopoderoso, ¿pretenden atormentarnos hasta en nuestra propia casa?

—Te daré dinero si prometes no cantar —dijo.

Él la miró desconcertado.

—Soy Oleksander. Oleksander Shevchenko.

—¿Quién? ¡Ah! La persona que vivía aquí antes que yo. —¡No un animador errante! La cara de Lydia se iluminó.

—¿Y tú? —dijo él—. ¿Eres nueva inquilina? ¿Vives en cuartito?

—Sí, sí. ¿Vienes a recoger tu correo? Entra, entra.

—... ¿Y nadie de tu familia sabía que Charlie tenía un hijo? —Jemima no podía creerlo.

—Nadie —respondió Conall con cierta petulancia, contento de poder ofrecerle tan jugoso chisme a Jemima—. Solo Katie, y porque yo se lo conté. Me enteré por pura casualidad. —Conall tropezó con la información cuando estaba «racionalizando» una empresa y una mujer le suplicó que le conservara el empleo porque tenía un hijo que mantener y no recibía un céntimo del padre, que resultó ser Charlie Richmond, el hermano menor de Katie.

—Pero ¿por qué tu hermano se negó a contárselo a tus padres? —Jemima deseaba entenderlo—. Seguro que les habría encantado saber que tenían un nieto.

—Porque la madre de Katie es... —Conall se detuvo y miró a Katie.

—¿Qué? —repuso ella.

Eligiendo cuidadosamente las palabras, Conall dijo:

—Una mujer insatisfecha que... eh... subestima a sus hijos.

Katie bajó la mirada y sonrió para sí.

—Nunca me lo dijiste.

Los ojos de Conall ardieron de indignación.

—No habría servido de nada. He cometido muchos errores contigo, demasiados, pero no soy ningún estúpido.

—Debo decir —intervino alegremente Jemima— que es un chisme de lo más entretenido. Ha merecido la pena esperar toda una vida. —Se revolvió bajo el peso de la cabeza de Rencor—. Ahí no, querido. Me duele demasiado.

—¿Por qué? —preguntó Katie, tal como esperaba Jemima.

—Hace cuatro años tuve cáncer. —Con un gesto despreocupado de la mano, dio a entender que no fue peor que un golpe en el dedo gordo del pie—. Y el muy sinvergüenza ha vuelto.

Katie y Conall se miraron.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Katie con cautela—. ¿Se ha hecho pruebas?

—No es necesario, puedo sentir los tumores. Uno en el hígado, bastante grande. Ya no puedo abrocharme la falda. Una auténtica lata. —Sonrió—. Cuando ya no te entra la falda, significa que es hora de partir.

—... Eh... nosotros podemos comprarle una falda nueva —dijo Conall, tratando de ocultar su abatimiento bajo un tono jovial—. Un ropero completo.

—Eres muy amable, pero eso no haría desaparecer los bultos que tengo debajo del brazo izquierdo, ni los de detrás de las rodillas.

La sonrisa desapareció bruscamente de su cara. Conall miró nervioso a Katie. ¿Hablaban Jemima en serio? Katie respondió a la mirada implorante de Conall sacudiendo levemente la cabeza: no tenía la menor idea de lo que estaba pasando.

—Ya veo que os he violentado —dijo Jemima— y os pido disculpas. Y también puedo ver que dudáis de lo que os digo, pero os aseguro que hablo completamente en serio.

Como respuesta a su silencio, repitió:

—Completamente en serio.

—Entiendo... —Conall parecía perplejo—. ¿Cómo podemos ayudarla?

—No podéis.

—Siempre se puede. —Conall hurgó en su bolsillo, buscando el móvil—. Encontraré un médico.

—No hay problema que se le resista. —Jemima le sonrió a Katie, que no le veía la gracia por ningún lado—. Apuesto a que llamará a la sacrificada Eilish. ¡Consigue una puerta nueva, Eilish! ¡Consigue un oncólogo, Eilish! Pobre mujer. Conall, guarda ese maldito cacharro. Ningún médico puede ayudarme ya.

Jemima giró el cuerpo para arrebatarse la BlackBerry y la falda se le levantó, revelando unos extraños bultos y protuberancias, como minicordilleras, detrás de sendas rodillas.

Dios mío, pensó Katie, no había exagerado un ápice.

Miró a Conall y supo, por la expresión de su cara, que se había sobrepuesto al shock inicial.

—¡Se acabó! —Había tenido suficiente—. ¡Voy a pedir una ambulancia!

—¡Ni hablar! —aulló Jemima—. Te lo prohíbo terminantemente.

Conall advirtió, atónito, que le daba miedo desafiarla.

—Ya es tarde —prosiguió Jemima.

—No lo es. —Conall ya podía verla entrando en camilla en un quirófano, recibiendo inyecciones de fármacos mágicos, cientos de maneras en que los médicos podían curarla. Nervioso, se pasó la BlackBerry de una mano a otra.

—Ya es tarde, querido —repitió Jemima.

—No podemos quedarnos cruzados de brazos. —Conall creía que iba a reventar de impotencia.

—Sí podemos —dijo Jemima—. Será una buena lección para ti, Conall. A veces, cruzarse de brazos es lo mejor que uno puede hacer.

—Pero ¿por qué no ha hecho nada hasta ahora? —exclamó Katie. ¿Por qué Fionn no había insistido en que buscara ayuda? ¿Y por qué no le había contado que Jemima estaba enferma?

Jemima parecía avergonzada.

—¿Me tacharíais de cobarde si os dijera que no quería soportar otra tanda de quimio? Es terriblemente desagradable. Tengo ochenta y ocho años y he tenido una buena vida, exceptuando, claro está, la falta de chismes.

—Pero ¿y el dolor? ¿Acaso no siente dolor? —preguntó Conall.

—Ah, el dolor —dijo desdeñosamente Jemima—. La gente tiene pánico al dolor, pero ¿de qué otra manera podemos saber que estamos vivos? Conall, te lo ruego, guarda ese teléfono y vuelve a cogerme la mano. Me estaba gustando.

A regañadientes, Conall se sentó de nuevo en el suelo y Jemima le tendió una mano.

—¿Por qué nos cuenta todo esto si no quiere que la ayudemos? —preguntó.

—No has de tener miedo, Conall. Todas las cosas ocurren por algo.

—Eso no es una respuesta.

Jemima rió.

—Y eso tampoco.

—¿Hay alguna persona a la que le gustaría que telefoneáramos? —preguntó Katie, eligiendo sus palabras con cuidado. No había duda de que Jemima estaba muy enferma, mucho más de lo que habían imaginado cuando había sufrido el pequeño desvanecimiento en casa de Matt y Maeve, y por el momento no parecía que fuera a levantarse del diván. ¿Hasta qué punto era apropiado que fueran ella y Conall quienes la acompañaran?

Jemima conocía a Katie bastante bien, pero Conall era prácticamente un desconocido—. ¿Para que esté aquí con usted?

—Os quiero a vosotros dos.

«¿Por qué?»

—Sea como sea —Katie hizo acopio de valor—, Fionn debería estar aquí.

Eso significaba que tenía que intentar localizarlo, algo que no quería hacer porque podría tropezar con una situación dolorosa.

—Durante las últimas semanas he intentado contárselo varias veces, pero siempre nos interrumpían.

—¿Me está diciendo...? —Dios mío, Fionn no lo sabía—. Conall, déjame tu teléfono, deprisa, el mío está arriba.

Conall se lo pasó con mano torpe y Katie le dejó a Fionn un mensaje seco y escueto: «Vuelve a casa enseguida. Es urgente.»

—Yo también quería quitarme la vida —dijo de repente Maeve.

Matt la miró atónito.

—¿Por qué no me lo contaste?

—¿Por qué no me lo contaste tú a mí?

Matt levantó la vista. Tenía los hombros hundidos, los ojos muertos.

—Jesús, qué desastre —dijo en un tono hastiado—. Tú querías quitarte la vida y yo, de hecho, lo he intentado. Supongo que el verdadero milagro es que hayamos sobrevivido todo este tiempo.

—Ha sido... —Maeve tuvo que callar—. No puedo encontrar la palabra justa. Una pesadilla no sería lo bastante precisa, se queda demasiado corta.

—Las pesadillas terminan.

—Y esto seguía y seguía. A veces, de niña, pensaba en mi vida y me preguntaba qué iba a ocurrirme, porque siempre decían que a todo el mundo le pasaban cosas malas en algún momento. Yo intentaba prepararme pensando en cosas que podrían ocurrirme. Pero nunca se me ocurrió pensar en esto. Nunca pensé que podrían violarme. Y nunca pensé que me sentiría tan... tan... Nunca imaginé que fuera posible sentirse tan mal durante tanto tiempo.

—Cariño...

—Y te pido perdón, Matt. Sé que para ti ha sido muy duro. Te viste atrapado en mis problemas. No habías previsto algo así cuando te casaste conmigo.

—Te quería.

—Pero fue demasiado para los dos. Somos humanos. Y los dos queríamos quitarnos la vida. Eso no es una buena señal.

Matt esbozó una sonrisa débil.

—¿Cómo te sientes ahora? —preguntó Maeve—. ¿Sigues sin verte capaz de seguir adelante?

—No tanto como antes.

—Como yo. Ven, ayúdame a guardar tus cosas.

Lentamente, Matt recogió sus zapatos de todos los rincones del dormitorio e hizo una fila con ellos en el suelo.

—Será mejor que guardemos primero la ropa —dijo.

—Vale. —Maeve abrió uno de los cajones de Matt, agarró una brazada de ropa y al volcarla sobre la maleta, los recuerdos la asaltaron. Era el olor, comprendió. El impacto de la ropa había levantado una nube de olor. Podía oler su luna de miel —sal marina, sándalo, aire húmedo y fecundo— como si estuvieran ahora en ella. ¿No era increíble que el residuo hubiera sobrevivido con tanta fuerza durante tres largos años? En el fondo de la maleta todavía había pétalos de rosa secos. Cogió un par.

—¿Los recuerdas?

—Por supuesto. —Los ojos de Matt brillaron durante unos instantes—. Cada noche, después de cenar. —Regresaban a su habitación y descubrían que una persona misteriosa había dibujado con pétalos de rosa un enorme corazón rojo sobre la colcha.

—Al principio nos pareció superromántico.

—Ah, no, a mí siempre me pareció una cursilada.

—No seas mentiroso. ¡Te encantaba!

—Supongo que me parecía bonito que alguien se tomara la molestia.

—Pero poco a poco nos convertimos en unos ingratos, ¿recuerdas? Decíamos que los corazones eran cada vez más pequeños y torcidos.

—Y los pétalos se nos colaban en la cama.

—... y nos los encontrábamos en todas partes —dijo Maeve.

—En todas partes —repitió él.

—¿Te acuerdas del baño que nos preparó el mayordomo?

—No... ¡Ah, sí! Es cierto. ¡Otra vez los malditos pétalos!

—Acabamos cubiertos de pétalos y no podíamos quitárnoslos...

—... y se habían ennegrecido con el agua y parecía que tuviéramos sarcoma de Kaposi.

Pero eso no les impidió secar al otro con suma delicadeza y hacer el amor por enésima vez. Era increíble, pensó Maeve, la cantidad de sexo que practicaron durante esas dos semanas, como si hubieran sabido que todo iba a detenerse de golpe y que debían disfrutar al máximo mientras pudieran.

—Éramos tan felices en aquel entonces... —dijo Maeve—. Porque lo éramos, ¿verdad? ¿No me lo estoy inventando?

—Me sentía el hombre más afortunado del planeta. Hablo en serio. Tú eras todo lo que siempre deseé... No, mejor dicho eras todo lo que ignoraba que siempre había deseado y me aterraba la idea de no conquistarte.

—Y ya ves cómo ha terminado —dijo Maeve—. Tres años después intentas matarte.

Asaltada por el espantoso recuerdo, Maeve sintió unas ganas terribles de llorar.

—Maeve, por favor, lo hice porque pensaba que estarías mejor sin mí. Pensaba que no podía ayudarte.

—Pues estabas muy equivocado.

Maeve se acercó a Matt y se abrazó con fuerza a su cuerpo, a su firmeza, su realidad, su calor, su vida, mientras sentía los latidos de ambos corazones.

—No vuelvas a hacerme esto —susurró—. Ha sido mucho peor que todo lo que ha sucedido en los últimos tres años. Muchísimo peor.

—Entra, entra. Tus cartas están en la cocina. No tengo tiempo para cumplidos, estaba viendo un...

Suavemente, Oleksander Shevchenko le preguntó:

—¿Encuentras cómoda mi cama?

Lydia casi se había dado la vuelta, pero la impertinencia le hizo girarse de nuevo con una mueca de desprecio. Menudo sinvergüenza. Últimamente solo tropezaba con sinvergüenzas.

—¿Mi cama...? —insistió él con mirada insolente—. ¿Es de tu agrado?

—Ya que lo preguntas —Lydia le miró directamente a los ojos—, tu cama es de mi agrado. —Sabía defenderse perfectamente de los hombres

insolentes.

¡Un momento! Sus corrientes cardíacas se están descontrolando, ahí mismo, en el recibidor, con luces parpadeantes y el sonido de aplausos, como una máquina tragaperras cuando alguien ha hecho premio.

Pero ¿es eso suficiente? ¿Estamos a tiempo? ¿Pueden enamorarse y tener sexo en los próximos veintidós minutos? Porque es todo lo que me queda.

De repente —*no, por favor, no*— Lydia se acordó de la chica que había preguntado por Oleksander, recordó que le había prometido que si Oleksander iba le daría su número de teléfono. Y en opinión de Lydia, una promesa era una promesa.

—Vino alguien preguntando por ti.

El miedo se dibujó en la cara de Oleksander.

—¿Hombres grandes con pistolas?

—No, una chica.

—Bromeaba. —Oleksander suspiró con pesar—. Los ucranianos somos muy bromistas. Nos gusta mucho el cachondeo, como a los irlandeses, pero la barrera del idioma... Me paso el día gastando bromas pero no consigo que los irlandeses las pillen.

—Bueno, ¿quieres las cartas o no?

La siguió hasta la cocina, donde Lydia buscó la pila de sobres.

—¿La chica que vino era Viktoriya? —preguntó.

—No —dijo Lydia pensativamente—. No se llamaba Viktoriya. Siobhan, creo que se llamaba, una cobradora de morosos irlandesa que quería entregarte una orden judicial.

Oleksander la miró horrorizado.

—Pero yo no tengo... yo no he...

Lydia dejó pasar tres segundos. Cuatro. Cinco. Luego, dijo con dulzura:

—Era una broma.

—¡Ah! ¡Cachondeándote de mí!

—Eso, cachondeándome de ti. He oído que te encanta.

Estos dos encajan a la perfección, sencillamente a la perfección. Arqueamientos de ceja, expresiones de desafío y

miradas provocativas. Si pudiera guiarlos hacia el dormitorio... Sé que Lydia no me vendría con historias de que ella no se acostaría con un hombre al que solo hace diez minutos que conoce. Para reacciones espontáneas, para alguien que coja el toro por los cuernos, ella es mi chica.

—Sí, era Viktoriya.

¡Viktoriya da igual! ¡Olvídala, olvídala!

La cara de Oleksander se iluminó para ensombrecerse un instante después.

—No tengo su teléfono.

—No te preocupes, lo dejó anotado. Y me dio un recado para ti... —
¿Cómo era?—. Sobre un hombre. El hombre...

—¿Del Ministerio de Agricultura?

—Exacto. Me dijo que te dijera que olía a vaca.

Oleksander rió para sí.

—Qué peste, ¿no?

—A menos que te guste cómo huelen las vacas, supongo. Toma. —
Lydia había encontrado la nota de Viktoriya—. Y aquí tienes tu correo.

Veinte minutos

El único sonido en la estancia era el tic-tac de un enorme reloj de madera. Jemima tenía los ojos cerrados, serenos, y Katie, Conall y Rencor la observaban con ternura. Katie se había olvidado de la idea de escapar y, a juzgar por la tranquilidad que irradiaba, dedujo que Conall había renunciado a la demente idea del quirófano y la quimio. En la estancia reinaban un silencio y una calma tales que Katie empezó a sumirse en un estado de somnolencia, y no fue devuelta al presente hasta que Jemima habló.

—He tenido una vida buena y feliz en la tierra.

—¿Qué más se puede pedir? —dijo Conall.

—La muerte es triste solo si no has vivido plenamente.

¿Muerte? «¿Muerte?» Katie y Conall se miraron.

—Estoy lista para partir.

¿Quería decir que pensaba morir en ese momento?

—Sí, queridos.

«¿Ahora de ahora? ¿Aquí?»

—En los próximos minutos. Y quiero hacerlo en mi casa, con vosotros dos a mi lado.

Katie y Conall se miraron de nuevo.

«Creo que deberíamos darle ese gusto», decían los ojos de Conall.

Yo también.

«¿Nos olvidamos de la ambulancia y todo lo demás?»

Hagamos lo que nos pide y...

«... que sea lo que Dios quiera.»

¿Cómo se habían puesto las cosas tan serias tan deprisa?

—No es algo repentino —dijo Jemima—. La muerte lleva semanas rondándome.

Es ahora cuando comprendo que Jemima no andaba equivocada; siempre hubo otra presencia en esta casa. Aparte de la mía, quiero decir. Las veces que lo hacía tan bien que me asustaba a mí mismo, en realidad no era yo. Era nuestra amiga la Parca, la que pone fin a la vida.

Suele ser la norma: uno entra y otro sale.

En silencio y armonía, Maeve y Matt llenaron la maleta con la ropa de él. Curiosamente, cuantas más cosas guardaban menos sensación daba de que fuera a marcharse.

—Ahora vuelvo —le dijo a Maeve.

—¿Adónde vas?

—Tengo frío.

—Si piensas cortarte las venas...

—No volveré a hacerlo.

—Más te vale.

—Sé que es agosto, pero ¿te importa que encienda la calefacción?

Maeve lo meditó.

—Metámonos un rato en la cama. Seguro que ahí estaremos más calentitos.

Arrojaron la maleta al suelo y casi todas las cosas que habían guardado salieron rodando. Luego se tumbaron completamente vestidos y lanzaron el

edredón al aire, dejando que cayera y los envolviera suavemente. Maeve enredó sus piernas en las de Matt y le frotó enérgicamente la espalda, los hombros, los brazos.

—¿Mejor?

—Sí.

—Bien.

—Oye, se me ha ocurrido una idea —dijo de repente Matt.

—¿Qué?

—Podríamos adoptar un gatito. O un perro.

—¿Un perro? —dijo Maeve lentamente—. No, tendría celos.

Lydia le entregó a Oleksander un puñado de sobres.

—Dime dónde vives ahora. Dame tu dirección.

Él ladeó la cabeza y le clavó una mirada insolente.

—¿Para que puedas hacerme una visita y ver mi dormitorio nuevo?

Lydia adoptó una expresión de cortés irritación. «Me doy cuenta de tu insolencia. Pero yo puedo ser más insolente aún», decía su mirada.

—Para que pueda enviarte tus cosas —respondió— y dejes de presentarte aquí cuando estoy viendo a Michael Palin.

¡Ahora, ahora! ¡Lanzaos, poneos con ello de una vez! ¡Sexo, sexo, mucho sexo! ¡Mi vida depende de ello!

Quince minutos

—Trataos bien —murmuró Jemima, cerrando los ojos.

—¿Quiénes? —preguntó Conall. Solo quería cerciorarse.

—Vosotros dos. Tú y Katie.

—De acuerdo.

La respiración de Jemima se calmó y el movimiento de su pecho amainó hasta hacerse imperceptible. Conall se sentía... bueno, no lo sabía muy bien, solo sabía que ya no estaba asustado, no como lo había estado cuando Jemima había desvelado lo enferma que estaba. Ya no necesitaba hacer llamadas telefónicas ni organizar lo inorganizable ni huir. Estaba dispuesto a permanecer sentado en esa moqueta de violento estampado el tiempo que hiciera falta, sosteniendo la mano de una mujer moribunda.

Qué extraña coincidencia que, por segunda vez en un día, se hallara delante de la fina línea que separaba la vida de la muerte. Pero esta vez era distinto, esta vez lo sentía, curiosamente, como algo bello.

Oleksander se inclina un poco más para coger las cartas. Tiene la cara tan cerca de la de Lydia que casi no tendría que moverse para besarla.

¡Créeme, el aire rezuma sexo! Un beso y la pasión los arrastrará; hay tanta burbujeando entre ellos... Un beso es todo lo que pido, el resto vendrá solo.

Pero Oleksander ríe quedamente, cruza la puerta y desaparece escaleras abajo.

Volverá Pero no a tiempo para mí.

Porras.

—¿En serio que Conall echó la puerta abajo? —preguntó Matt.

—Y tomó el control de la situación. Empezó a lanzar órdenes a diestro y siniestro y todo el mundo obedecía. ¿Has entrado en calor?

—No. Sigue frotando.

—Deberíamos agradecerérselo con un detalle.

—Estoy de acuerdo. ¿Alguna idea?

—Sí.

—... ¿Te apetece compartirla conmigo?

—Le pondremos su nombre a nuestro bebé.

—¿Qué bebé?

—Vamos a tener un bebé.

—¿En serio? —Matt se apartó para poder mirar a Maeve directamente a los ojos.

—Lo dijo la anciana vidente de arriba.

—Pero... ¿cómo vamos a hacerlo?

—Así. —Maeve se sacó la camiseta por la cabeza y se bajó los pantalones de pana y las bragas—. ¿Te importaría...?

Matt la miró fijamente y, con una expresión casi de pánico, como si temiera que fuera a cambiar de opinión, se quitó la ropa y deslizó sus brazos alrededor de Maeve, envolviéndola con suma delicadeza. Por primera vez

en tres años sentía su suave cuerpo desnudo junto al suyo, muslo contra muslo, pecho contra pecho, el gozo de su mano sobre la dulce cadera de ella.

Maeve tenía el rostro cubierto de lágrimas. Matt las besó.

—¿Quieres que pare? —preguntó.

—No, no, no.

—¿Está bien así? —La acarició con dulzura.

Ella asintió.

—¿Y así?

—Todo, Matt, todo está bien.

Cinco minutos

Conall deslizó su mano libre sobre la de Katie. Ella lo miró y sonrió.

¡Increíble! Sus corrientes cardíacas vuelven a estar en perfecta sintonía.

Era ahora o nunca. Conall tenía que hablar. Tenía algo muy importante que decir.

—Katie, yo...

Un ruido en la puerta les hizo levantar la vista.

—¡Fionn! —exclamó Katie.

¡No! ¡No, no, no!

Fionn contempló de hito en hito a Jemima sobre el diván, a Rencor sollozando quedamente y la mano de Conall en la de Katie.

Entonces, en un tono más suave, Katie se levantó y volvió a decir:

—Fionn...

Sólo cuando Rencor echó la cabeza atrás y empezó a aullar Conall comprendió lo que había sucedido.

Lenta, suave, pacientemente, sin apartar sus ojos de los de ella, Matt se dejó guiar por Maeve y, en el instante en que sus cuerpos se fundieron, se detuvo y la mirada que compartieron fue de triunfo.

—¡Ostras, lo hemos conseguido! —exclamó Maeve. Apenas podía creerlo.

—Tienes razón, lo hemos conseguido. —Era real. Estaba ocurriendo de verdad. Con Maeve, su hermosa Maeve, quien lograba cautivar a completos desconocidos para que recogieran sus monedas del suelo del Dart—. Lo hemos conseguido los dos juntos.

—A eso se le llama trabajo en equipo.

—Un excelente trabajo en equipo.

—Matt, no llores.

—¿Estoy llorando? —Sí, estaba llorando. Pero ¿por qué si era tan feliz?—. Aunque no eres la más idónea para hablar.

Por el rabillo de los ojos de Maeve rodaban lágrimas.

—Creía que esto jamás volvería a ocurrir.

—¿No?

—¿Tú?

—¿Yo? ¡Jamás he perdido la esperanza!

Rieron, lloraron, de alegría, de alivio. Hacía mucho, mucho tiempo que se habían perdido el uno al otro, y habían creído que para siempre. Pero habían encontrado el camino de vuelta a casa, el camino del reencuentro.

Y justo a tiempo...

Ahí voy... Me han dado el empujoncito y ya está ocurriendo, me estoy disolviendo, estoy empezando a olvidar. Caray... ¡ya estoy dentro! ¡Existo! Soy el bebé de Maeve y Matt. Aunque ellos han estado siempre en mi punto de mira, tengo que reconocer que ha habido momentos en que he temido que no lo conseguiría. ¿Soy niño o niña? En realidad no importa, porque finalmente estoy dentro y... oooh... siento lo mismo que Killian en el relato... un fuerte hormigueo, y como la ola que borra las huellas en la arena, me desvanezco lentamente, despejando el camino para que mi alma sea reescrita por una persona completamente nueva.

Y el hombre y la mujer, gente buena y humilde, compañeros tiernos y afectuosos que compartían una sola alma, que habían soportado numerosas penalidades, que habían vivido momentos de temor, soledad y desesperanza, recuperaron la dicha y el amor cuando descubrieron que finalmente habían sido bendecidos con un hijo.

OceanofPDF.com

EPÍLOGO

OceanofPDF.com

Cuatro meses después...

Es un sábado por la tarde de finales de noviembre y estoy sobrevolando las calles de Dublín, buscando el número 66 de la calle Star para ser más exactos. Mi misión: encontrar a mis futuros padres. De acuerdo con la información que poseo —que, por cierto, no es todo lo detallada que me gustaría— por lo menos uno de ellos vive allí. Otro embarazo ocurrió en ese edificio cuatro meses atrás, el de una pareja llamada Matt y Maeve, por lo que parece un lugar especialmente fértil.

Pero he empezado con mal pie. Estoy tardando demasiado en encontrar la casa y el tiempo es de vital importancia. Hay —las he contado— no una, ni dos, sino tres calles Star en Dublín. La primera la encontré enseguida, pero el número 66 resultó ser el salón de exposiciones de un taxidermista. Reemprendí la búsqueda, pero el 66 de la segunda calle Star era un edificio de oficinas, todas cerradas porque era sábado.

Sea como fuere, mi compañera de viaje, que está matando el tiempo conmigo —siempre está matando algo— me dijo que sabía cómo llegar a la esquivia tercera calle Star. Se pasa el día alardeando de ser una viajera experimentada, siempre aquí abajo, dice, poniendo fin a la vida de las personas cuando menos se lo esperan. Así pues, le pasé el testigo y le dije, muy bien, llévanos a esa otra calle Star, y ella dijo, bárbaro, pero justamente ahora no puedo porque tengo una misión que cumplir y he de hacerlo en un momento concreto, así que mejor me acompaña.

Lo cierto es que estaba preocupado. Otros en mi situación disponen de días, semanas o incluso meses para identificar a sus futuros padres, pero a mí me habían dado menos de veinticuatro horas. Cuestión de suerte. Me ocurriera lo que me ocurriese, tenía que ser hoy, de ahí que deseara llegar cuanto antes al 66 de la calle Star para examinar el terreno. No obstante, finalmente pensé que me convenía quedarme con alguien que supiera llegar hasta allí. Perder tiempo para ganar tiempo, vaya. Así que me subí al carro de mi engreída colega y llegamos al centro de Dublín. Podría decirse que formamos una extraña pareja, yo a punto de crear una vida y ella a punto de arrebatarnos otra, pero en realidad no es así; la vida y la muerte trabajan a menudo codo con codo, compensándose.

Estamos en una calle ancha donde está teniendo lugar una manifestación. Leo las pancartas y escucho las consignas y deduzco que

están protestando por el reducido porcentaje de violadores irlandeses que acaban en la cárcel. Como cabría esperar, son casi todo mujeres. Nadie esperaría que los pavos se manifestaran a favor de unas Navidades extra.

Trabajadora eficiente, mi amiga; en apenas unos segundos ha localizado su objetivo: un tipo larguirucho, de aspecto desarreglado, llamado David, uno de los pocos varones presentes en la manifestación. David, como es lógico, va acompañado de una chica; no muchos hombres acudirían solos a una manifestación contra la violación. Y la chica es preciosa: alta y delgada, con una separación entre los dientes frontales que no hace que parezca que necesite aparatos, sino que la hace aún más atractiva, no sé si me entiendes. Se llama Steffi. Y parece que ese David es muy consciente de lo bonita que es, porque la tiene firmemente agarrada por la cintura, como si temiera que se le fuera a escapar.

Caray, espera a que te diga algo bien raro. Las vibraciones de David son débiles, parecen inofensivas, pero noto que Steffi está nerviosa. No quiere estar en la manifestación. Solo ha venido porque David le insistió. Y no le gusta que la coja con tanta fuerza. De repente no puede soportarlo más y se suelta. Él le lanza una mirada y ella dice, a modo de disculpa: «Me aprietas demasiado.» Él la mira con expresión dolida, le coge la mano y se la estrecha hasta hacerle daño.

Mi sabihonda compañera dirige la vista al cielo, luego a los manifestantes y de nuevo al cielo. No parece inquieta, solo atenta. Su trabajo, como no deja de repetirme, exige una gran precisión. El mío también, mira tú.

De repente esboza una gran sonrisa.

—Ah, por ahí viene.

Encima de nuestras cabezas un avión ha penetrado en el espacio aéreo irlandés y, a juzgar por su trayectoria, se dispone a sobrevolar el centro de Dublín. Esto no me gusta nada. ¿Qué ha planeado mi compañera? ¿Una bomba? ¿Una colisión? ¿Cuánta gente tendrá que morir para eliminar a ese individuo?

—No. —Mi compañera ríe misteriosamente (casi todo lo hace misteriosamente, es su estilo)—. No es nada de eso. En realidad es un plan bastante ingenioso.

Señala el cielo.

—Ahí arriba, a unos dos kilómetros del suelo, un trozo de hielo está a punto de desprenderse de la panza del avión. En cualquier momento caerá

en picado hacia la tierra y aterrizará justo encima de ese chaval.

Estoy impresionado. Miro hacia arriba y luego a David, que no tiene ni idea de que está viviendo sus últimos segundos. Siento un impulso irrefrenable de decirle que haga algo que merezca la pena con lo que le queda de vida, pero sé que no me escuchará. La gente nunca me escucha. Además, acaba de divisar, un poco más atrás, a dos personas que conoce: una mujer rubia de rostro angelical y un hombre sonriente al que no describirías como rellenito, pero del que tampoco dirías que no está rellenito, no sé si me explico... Un momento, ahora que me fijo, son Matt y Maeve, del 66 de la calle Star. David confiaba en encontrárselos aquí y ahora que los ha visto se ha iluminado como un árbol de Navidad, pero de esos que tendrían en el infierno. Maldad, oscuridad, esa clase de cosas. Ni estrellas ni ángeles. En su lugar, calaveras. Dientes podridos. Murciélagos muertos. Las vibraciones de David han comenzado a saltar con una dosis extra de veneno. Me había equivocado del todo con él.

«¡Ajá! Me acercaré a ellos y les provocaré. Les presentaré a Steffi. Les diré que es un crimen que en Irlanda haya tantos violadores andando libres por la calle. ¡Eso los matará!», está pensando David.

—Steffi, me gustaría presentarte a alguien.

—¿A quién? —Jesús, nunca has visto una cara más triste.

—A mi ex novia Maeve. Acerquémonos a saludar.

Steffi lo mira desconcertada, asustada. Dios, realmente no le gusta nada.

—¿Y por qué debería apetecerme hacer eso?

—Te vienes y punto.

—No, David.

David la agarra del brazo y tira de ella, pero Steffi mantiene los pies firmes en el suelo y él le da otro tirón, mucho más fuerte esta vez. Ella se retuerce al tiempo que retrocede y logra soltarse. La gente está empezando a mirar a David.

—Como quieras —dice. Luego añade—: Zorra.

Y un grupo de muchachas con pancartas suelta una exclamación ahogada. No puedes ir por la calle llamando zorra a tu novia. Pero a David le trae sin cuidado. Echa a andar con determinación y la gente se aparta para dejarle pasar porque sabe que es un mal bicho.

Entretanto, Matt y Maeve lo han divisado y han adoptado una expresión de desafío. Con una risita repugnante, David avanza a grandes

zancadas, ajeno al tenue silbido que ha comenzado a sonar de repente justo por encima de su cabeza y la brisa que está alborotando su pelo ya despeinado.

—Ahora observa —murmura mi compañera.

Un segundo después, un enorme trozo de hielo desciende como una flecha y aterriza en la cabeza de David, derribándolo al suelo. El trozo de hielo le cubre la cabeza, los hombros y el pecho, y a juzgar por la sangre que asoma por debajo del hielo, se diría que David está muerto.

Tras un largo silencio, la gente empieza a soltar gritos y alaridos, a correr, a tirarse del pelo, a protegerse la cabeza con los brazos. Levantan la vista al cielo, contemplan horrorizados la pelota de hielo con medio cuerpo asomando por debajo.

Debo decir, en honor a mi compañera, que pese a los chillidos nadie más ha resultado herido, ni siquiera hay rasguños por astillas de hielo.

—A eso lo llamo precisión —dice, caminando con arrogancia.

—No obstante, la gente está muy afectada —digo—. Algunos sufrirán pesadillas y tendrán que darle al válium. Mira a la pobre Steffi.

Está inmóvil, con la boca muy abierta, tratando de aspirar oxígeno. Tiene una mano en el pecho y la otra en la garganta, y está contemplando las piernas de su novio y la sangre que corre por debajo del hielo. Se halla en estado de shock. Así y todo, las densas ondas de alivio que emana son evidentes.

—Steffi estará perfectamente —dice despreocupadamente mi compañera—. Lleva mucho tiempo intentando romper con él. Todos estarán bien. Un poco de terapia y listo.

—¿Qué me dices de Matt y Maeve? Ella está embarazada. No me gustaría que perdiera al bebé por la conmoción.

Mi compañera encuentra ese comentario sumamente divertido.

—Fíjate en ellos —dice.

Matt y Maeve han conseguido abrirse paso hasta la primera fila de mirones que rodea el cuerpo de David y sus rostros brillan con una extraña emoción que no es conmoción.

—¿Está muerto? —le pregunta Maeve a Matt.

—Por lo menos lo parece. Yo he soñado con esto. Cuando leí sobre los trozos de hielo que caían del cielo, deseé que le cayera uno a él.

—¡Ostras! ¿En serio?

—Y ahora mira.

—Eso debería bastarte para recuperar la fe.

—¡Ya está! —dice mi compañera—. Misión cumplida. Debería añadir que de manera impecable. Ahora nos vamos a la calle Star. Llegaremos en cinco minutos.

Cinco horas, más bien. Mi compañera no estaba familiarizada con el trazado de Dublín, como me había hecho creer, y tardamos una eternidad en encontrar la casa. Volamos de un lado a otro de la ciudad mientras los minutos pasaban y el pánico crecía dentro de mí. Sea como fuere, aquí estoy. El número 66, una puerta azul, aldaba con forma de plátano (inconfundible) y en el piso de la planta baja una multitud —Salvadores y Fatimas y Cleos— bebiendo cerveza y ponche y comiendo hojaldres de salchicha. La fiesta de despedida de Matt y Maeve, increíble. Dejan la calle Star y se mudan a una casa más grande por el bebé que van a tener. Empiezo a flotar por el concurrido piso, tanteando el terreno. Por suerte, ni Matt ni Maeve parecen afectados por los gélidos sucesos de esta tarde. Todo lo contrario. Parecen enormemente dichosos mientras conversan animadamente con todos sus invitados. Todo el mundo pregunta por el bebé. Ya saben que es un niño y lo llamarán Conall, y aunque hay un Conall presente en la fiesta y el nombre es por él, no es el padre.

Buscando respuestas centro mi atención en Conall, un ejemplar de hombre atractivo, grande y macizo, y de repente siento un fuerte hormigueo: es él. Tiene aspecto de papá; lleva el pelo descuidado, lo cual es una buena señal, porque los padres no tienen tiempo de acicalarse con cera moldeadora y esas cosas. Y viste la ropa idónea —tejanos y un forro polar azul marino— como si pudiera colocarte sobre su hombro para ayudarte a eructar sin importarle que le vomites encima. Emana buenas vibraciones, cálidas y humildes (aunque presiento que la humildad es un añadido reciente a su paquete de características). Y, lo más importante, está preparado. Ya puede estarlo, tiene cuarenta y tres años.

Conall está mirando la puerta, atento a los invitados que van llegando. De pronto siento un torbellino de energía, algo afilado, punzante: Lydia acaba de llegar. Por lo visto hace un tiempo tuvo una breve aventura con Conall, aunque nadie lo diría. A través del gentío multinacional sus miradas se cruzan, pero no queda nada, ni la más mínima chispa.

La sigue un músico de mirada brillante y pelo alborotado, un tal Oleksander Shevchenko. Es endemoniadamente guapo, pese al espantoso fular que luce en el cuello. Y no lleva calzoncillos debajo de sus tejanos negros. Los ojos de Oleksander arden con un fuego negro y rabioso porque Lydia no le ha dejado traer su instrumento, una especie de acordeón ucraniano, a la fiesta. Acaban de tener una apasionada y sexy competición de gritos dos pisos más arriba.

¿Sabes una cosa? Debería tener en cuenta a este par. Están Muy Enamorados... Aunque, pensándolo bien, mejor no... Con semejante banco de genes saldría, sin duda, muy guapo, y la concepción no sería un problema (se pasan el día copulando), pero Lydia tiene muchas cosas que vivir aún. No está preparada para tenerme, y yo quiero ser un bebé deseado.

Está cruzando la sala, parece que en dirección a Conall, pero no, solo ha ido a servirse una copa. No obstante, está tan cerca de él que se da cuenta de que no puede ignorarlo.

—¿Qué tal, Hathaway? Te veo muy informal. ¿Es la ropa de los sábados? —Una referencia despectiva a sus tejanos.

—Hola, Lydia —dice él tranquilamente—. Tienes buen aspecto. ¿Cómo está Ellen?

—Bien. Tomándose la medicación. No tiene todos los tornillos y ya nunca los tendrá, pero por lo menos no empeora.

—¿Murdy y Ronnie están comportándose?

Lydia ríe.

—Bueno, digamos que la esposa de Murdy se comporta. Y Ronnie se ha sacado una novia de no sé dónde, una pobre infeliz llamada Shannon, que tiene mano para las tareas de la casa. Pero están pendientes de mamá y eso es lo más importante.

—¿Y Raymond?

—Todavía escondido en Stuttgart. Ronnie quería enviar un escuadrón de geos para secuestrarlo y traerlo para que apechugue, pero... —Se encogió de hombros—. No siempre puedes salirte con la tuya.

—Y que lo digas. ¿Sigues yendo tanto a Boyne?

—Voy los lunes y martes. Hacemos turnos, y por el momento funciona.

—¿Sigue viviendo Ellen en su casa?

—Sí. A veces pregunta por ti. Le diré que te he visto.

—Hazlo. Y también a tus hermanos. Salúdalos de mi parte.

—Ellos también preguntan por ti. Sintieron mucho que rompiera contigo. Mucho más que tú.

—Aaah, Lydia...

Acabo de darme cuenta de una cosa: Conall no es feliz. De hecho, desde hace tiempo lleva dentro un dolor agudo, tenaz, como una infección de oído pero en el corazón... Y algo más: no vive en el 66 de la calle Star. De modo que a menos que pueda emparejarlo con una mujer que resida aquí, no puede ser él.

Me asalta el pánico. Salgo disparado hacia el ático donde vive una mujer llamada Katie. Esta sentada delante de un bello príncipe llamado Fionn. Sus rodillas se tocan, tienen las cabezas inclinadas hacia delante, existe entre ellos una profunda conexión. Vale, Katie no me sirve para Conall, pero en última instancia podría recurrir a ella y Fionn.

En la planta inmediatamente inferior viven Lydia y Oleksander. Y una planta más abajo reside un matrimonio, Andrei y Rosie. Qué espanto de lugar. Hay un montón de muebles pesados y oscuros, pero parece que una pleamar de pulcritud brillante y amarilla le va comiendo terreno.

La mujer de la casa, Rosie, es menuda, remilgada y bonita. E inmensamente poderosa. Es la responsable de todo ese amarillo, y planea poner mucho más. Ella misma ha hecho las cortinas amarillas de la cocina. ¿Y Andrei? Francamente no puedo decirte nada de él porque ha entregado su cuerpo y alma a esta dinamo doméstica.

En un cesto colocado en un rincón descansa un perro grande con pinta de asno, herencia del anterior residente, y cuando Rosie termine de redecorar será lo único del viejo piso que sobreviva. Como Andrei, el perro adora a Rosie. La adora.

Andrei y Rosie se disponen a bajar a la fiesta y les sigo.

Justo antes de llamar a la puerta de Matt y Maeve, Rosie da unos golpecitos a su reloj y dice:

—Una hora y cuarto. Nos iremos a las cinco menos nueve, ni un segundo más tarde. Puedes beber dos cervezas. Una más y tendremos problemas.

Andrei asiente. Es muy feliz. Le gusta saber a qué atenerse. A renglón seguido, Rosie se alisa su ya liso vestido camisero de algodón —una supermujer con la plancha— y esboza una dulce sonrisa antes de tocar la puerta.

Y lo que estoy pensando es: no, ella no. Es demasiado seria. Andrei podría ser una posibilidad si pudiera rescatarlo de Doña Remilgos, pero no las tengo todas conmigo.

Maeve abre la puerta y Rosie le tiende una cesta de magdalenas caseras cubierta con una tela de cuadritos y entran. El corazón de Andrei se acelera. Se ha puesto en guardia, su cuello gira como un periscopio buscando a Lydia. Finalmente la localiza, está atravesando desdeñosamente los hojaldres de salchicha con el dedo. Probablemente ella ha sentido su mirada, porque levanta bruscamente la cabeza. Sus ojos se encuentran. Andrei está aterrorizado, tiene tanto miedo que teme que le dé un ataque al corazón. Por lo que a él se refiere, aquella locura con Lydia fue el peor error de su vida y le aterra la posibilidad de que Rosie lo descubra. Automáticamente, acepta la cerveza que le ofrece Matt —de las dos que tiene asignadas— y el pánico se mitiga lentamente hasta desaparecer. En cuanto a Lydia, sus ojos pasan por encima de Andrei, como si no estuviera allí.

Por lo tanto, tampoco ellos.

¡Y de pronto me percaté de que al piso de Matt y Maeve se mudan dos homosexuales! Han acudido a la fiesta para conocer a sus nuevos vecinos. Una pareja agradable, todo sonrisas y bromas y ropa moderna, pero ninguno de ellos me sirve para que conciba un hijo con Conall.

Lo que significa que... en esta casa no hay mujer para Conall.

¡Qué se le va a hacer! Tendrán que ser Katie y Fionn.

De nuevo en el ático, no hay duda del estrecho vínculo que los une.

No obstante, hay algo que no encaja... Están unidos, sí, pero no están juntos. Lo estuvieron durante un tiempo, pero Fionn se acostó con una mujer llamada Alina la noche que Jemima, su madre adoptiva, murió, y Katie se dio cuenta de que le daba igual, y todo se fue al garete. Pero hay que reconocer que el cariño sigue ahí. Son tantos los actos de venganza, los casos de trajes despedazados a tijeretazos y las gambas escondidas para que se pudran dentro de barras de cortina, que es agradable presenciar, por una vez, una ruptura sin resquemores.

Fionn está destrozado por la muerte de su madre adoptiva. Supongo que es lógico. Lo abruma el sentimiento de culpa por no haber estado allí para atenderla, y Katie se ha portado muy bien con él.

Lo que significa —ahora lo veo claro—, lo que significa ¡que Katie está disponible! ¡Libre para unirse a Conall! Katie se está levantando

porque Fionn se marcha. No vive aquí. Vivió aquí durante una temporada, mientras rodaba un programa de televisión que nunca llegó a emitirse, y ahora regresa a su casa, situada en un pueblo perdido y pedregoso llamado Pokey. Hoy ha venido a Dublín únicamente a recoger algunas pertenencias de su madre adoptiva.

—¿Estás seguro de que no quieres bajar conmigo? —le pregunta Katie, dirigiéndose a la puerta.

Fionn sacude la cabeza.

—Maeve me tiene manía.

Katie está intentando solidarizarse con él y caminar al mismo tiempo.

—No seas niño.

Fionn para en seco y la mira largo y tendido.

—En realidad no soy amigo de las fiestas.

Katie suelta una carcajada.

—De acuerdo —reconoce Fionn—, durante un tiempo lo fui, pero en el fondo yo no soy así. Yo soy un solitario por naturaleza.

—Lo sé. —Katie le da unas palmaditas, como haría a un niño pequeño—. Vamos.

Cierra su puerta con llave, bajan un tramo de escalera y cuando se disponen a bajar el siguiente, el perro de Rosie y Andrei se tensa y sale disparado de su cesto hacia el recibidor, ladrando y arrojándose violentamente contra la puerta.

«Déjamelos a mí —gruñe—. Deja que yo me encargue de ese capullo rubiales. Yo le daré su merecido.»

Como respuesta, Fionn propina una fuerte patada a la puerta, haciendo temblar la cerradura.

—¡Que te jodan, psicópata de mierda! —grita—. Deberían ponerte una puta camisa de fuerza.

No se pueden ver.

—Está como un cencerro —le dice a Katie.

—Puede, pero ahora es la puerta de Andrei, no deberías darle patadas.

—¿Puedes creer que Jemima le haya dejado el piso a él en su testamento?

—Estoy segura de que tenía sus razones. ¿Para qué lo quieres? Tú odias Dublín.

Katie está nerviosa. Quiere seguir bajando porque quiere llegar a la fiesta antes de que...

¡Conall se marcha! En la planta baja se ha despedido de Matt y Maeve, sale del piso y ahora se encuentra en el vestíbulo, y Fionn y Katie siguen delante de la puerta de Andrei, charlando sobre el testamento de Jemima como si tuvieran todo el tiempo del mundo. Como si yo tuviera todo el tiempo del mundo. Y no es así.

—Solo digo que me sorprendió —dice Fionn.

—La verdad es que no puedes quejarte. Te dejó todo su dinero.

Moveos. ¡Maldita sea, moveos! ¡Abajo, abajo!

—Tienes razón. ¿Y de qué me serviría a mí un piso? —dice Fionn.

—De nada. Tú eres hombre de campo.

—Ahora que lo dices... —Fionn empieza a hurgar en el bolsillo de su vieja cazadora—. Probablemente tenga algo para ti.

¡Maldita sea! ¿Queréis bajar de una vez? Otro tramo, solo otro tramo. ¡Vamos, vamos! Catorce escalones. No os moriréis por eso.

Pero Conall ha abierto la puerta de la calle.

—¿Katie?

La ha vislumbrado, desde el vestíbulo, en el rellano de arriba.

—¡Conall! —Katie empalidece. No ha visto a Conall desde el funeral de Jemima.

Seguida de Fionn, que permanece pegado a ella, desciende. De una forma lenta, extraña, porque le tiemblan las piernas.

—Fionn. —Conall asiente fríamente con la cabeza.

—Conall. —Fionn asiente con igual frialdad.

Tampoco estos dos se pueden ver. Este Fionn tiene enemigos en todas partes. Posee una vibración peculiar, de hecho. Una mezcla de autosuficiencia, dependencia y tubérculos. Concretamente, nabos.

Pero olvídate de Fionn. Las emociones de Conall se han desmadrado. El terrible dolor en el corazón late con fuerza; cada contracción de su corazón, cada inhalación, es más dolorosa que la anterior. Experimenta un profundo alivio al ver a Katie, pero cuando advierte que la acompaña Fionn siente como si le atravesaran las entrañas con una espada. Ternura, pesar, alegría, dolor: el tradicional guiso emocional.

—¿Estabas en casa de Matt y Maeve? —le pregunta Katie.

«Te quiero.»

—Sí, pero ya me iba.

—¿Te vas a trabajar? ¿A las ocho y media de un sábado? Hay cosas que nunca cambian.

«Te quiero.»

—Katie, no voy a trabajar. —Está ansioso por soltar el máximo de información porque ignora de cuánto tiempo dispone antes de que Fionn se la lleve—. Todo eso ha cambiado. Tengo dos socios y con el tiempo tendré más. Ahora las cosas son diferentes. No he salido del país en... —hace la cuenta mentalmente— casi nueve semanas.

—Caray. ¿Y qué haces con tu tiempo libre?

«Pensar en ti. Constantemente.»

—No sé. Voy mucho a casa de Joe y Pat. Bronagh me pregunta siempre por ti.

—Entonces, si no vas a trabajar, ¿por qué te marchas de la fiesta?

Conall abre la boca y vuelve a cerrarla. No sabe muy bien qué debería decir, sobre todo con Fionn pegado posesivamente al hombro de Katie, fulminándolo con la mirada, pero hoy ha venido aquí porque no soportaba la agonía de no verla, de modo que es preferible que haga lo que ha venido a hacer. Después de todo, él es un luchador. ¿O no? Ya no está tan seguro.

—Pensaba que ya no vendrías, así que había decidido dejar de esperarte.

Katie lo mira interrogativamente.

—... ¿Estabas esperándome?

Conall asiente con la mirada sombría, concentrada en el rostro de Katie.

—¿Por qué?

—... Quería verte.

Fionn, que se ha ido sintiendo cada vez más excluido, no puede más.

—Perdonad la interrupción —dice con sarcasmo—, pero tengo algo para Katie.

—Disculpa, Fionn. —Katie parece un poco desconcertada—. ¿Qué es?

—No lo sé. Me disponía a descubrirlo cuando este hombre de aquí ha empezado a gritarnos. —Fionn hurga en su bolsillo y saca una ramita de color verde oscuro. Se muerde el labio, no parece contento.

—¿Qué es? —pregunta Katie.

—... Eh... corona de novia. Es... es la hierba del amor. Tradicionalmente, la hierba más popular en las bodas.

—¿Quién se casa? —pregunta Katie.

—Tú, de acuerdo con el bolsillo mágico. Debe de ser un error. Espera, estoy seguro de que puedo encontrarte algo mejor. —Después de rebuscar con premura, extrae otra ramita. La mira fijamente—. Hiedra. —La estruja.

—¿Qué significa?

—Fidelidad. Tiene que haber algo mejor aquí dentro. —Hurga de nuevo, más hondo esta vez, y encuentra una semilla diminuta. Traga saliva—. Regaliz.

—¿Y?

—Fidelidad y pasión en una unión sexual. Probaré en otro bolsillo. ¡Ah! —De repente, Fionn es todo sonrisas—. *Vervain sinuata*. Para la sífilis. —Se la ofrece a Conall—. Seguro que es para ti. —Entonces la sonrisa desaparece de su cara—. No, no es verbena, es mirto.

—¿Qué significa?

Fionn no quiere decirlo. Pero le están mirando. Farfulla:

—Amor y pasión, la hierba de Venus, la diosa del amor. —Una vez más, sumerge la mano en el bolsillo—. Probaré una última vez.

—¿Y eso? —Katie contempla la hoja mustia que sale del bolsillo de Fionn.

—Saúco.

—¿Y?

—Bendice los matrimonios.

Se hace un silencio que no puedo ni empezar a describir. Conall parece confuso y Katie perpleja. Fionn, por su parte, se queda mirando a uno y otro.

—¡Me voy a casa! —anuncia. Sale a la calle y por encima del hombro grita—: Espero que seáis muy felices juntos.

—¡Fionn! —Katie corre tras él.

—Será mejor que os deje solos —dice Conall, incómodo.

—¡No! —Katie le planta una mano en el pecho y susurra—: Tú no te mueves de aquí. Enseguida vuelvo.

—¡Fionn! —Katie le da alcance—. ¿Qué ocurre?

—Todavía lo quieres. Todavía quieres a ese capullo de Conall Hathaway.

¿Qué puede responder? Sí, todavía lo quiere. Siempre lo ha querido. La unión que ella y Conall compartieron la mañana que Jemima murió fue muy importante para ella, como el principio de una forma diferente de amor, un amor sólido, estable. Pero durante los días que siguieron Conall no la llamó y los días se convirtieron en semanas, y transcurridos dos meses Katie se obligó a reconocer que la intimidad que habían compartido probablemente la había imaginado. El dolor había sido intenso, de hecho le sorprendió. Creía que conocía todos los sufrimientos del corazón, pero este era nuevo, una tristeza apabullante, la terrible certeza de una oportunidad perdida, de la vida que ella y Conall podrían haber tenido juntos si los dos hubieran sido un poco distintos, si él hubiera estado menos obsesionado con el trabajo, si ella hubiera estado más dispuesta a transigir.

Katie podría haberse puesto en contacto con él, escribirle un mensaje de texto simpático, un correo despreocupado —ya no estaba con Lydia, era imposible no darse cuenta del idilio que Lydia y Oleksander se traían entre manos—, pero no lo hizo, porque... Porque no estaba dispuesta a retroceder, a mendigar unas migajas de su tiempo.

Y de pronto aparece en la portería de su casa, diciendo que solo ha venido a la fiesta para poder verla. Ella a duras penas ha podido bajar las escaleras debido a la forma en que él la miraba. ¿Qué estaba pasando...?

Fionn sigue esperando una respuesta. Rápidamente, Katie contesta:

—A ti también te quise, Fionn.

—Solo fui un entretenimiento pasajero.

—Eso no tiene nada de malo. Y siempre seremos amigos.

—Lo sé. —Fionn parece algo contrito—. Lo siento. Oye, vuelve con él, estáis destinados a estar juntos.

—Anda ya, Fionn...

—Ni anda ni corre, Katie. Mira lo que decían mis bolsillos mágicos. Fidelidad, amor, unión. El bolsillo mágico nunca miente.

El bolsillo mágico es una lotería en opinión de Katie. No obstante, le parece un tanto extraño que todo lo que Fionn había sacado tuviera que ver con el amor.

—Aunque no hayan emitido *Tu edén privado*, sigues conservando tu aura de misterio.

Considerablemente animado por su brillantez, Fionn echa a andar en dirección al Luas.

—Te llamaré —le grita a Katie.

Conall está obedientemente sentado en las escaleras, justo donde ella lo había dejado. Hay algo que no encaja, en la escena falta algo. Finalmente Katie identifica qué es.

—¿Dónde está tu BlackBerry? —pregunta.

—Oh... —Conall se palpa los pantalones—. Aquí. ¿La necesitas?

—No. Solo que creo que es la primera vez que te veo sin hacer nada, simplemente mirando al vacío.

—Katie, te he dicho que he cambiado.

—¿Y qué pasa por tu cabeza ahora que ya no estás todo el día pensando en el trabajo? ¿Qué pensabas mientras estabas aquí sentado?

—Estaba rezando.

—¿Rezando? —Katie sabía que era demasiado bueno para ser verdad. Conall había sustituido su adicción al trabajo por la religión.

—Para que volvieras conmigo.

—¡Oh! —Bueno, puede que esa clase de rezo no esté tan mal.

—¿Qué está pasando, Conall? —De repente se ha puesto serio—. Llevas cuatro meses sin dar señales de vida y de repente apareces aquí y me hablas de rezar.

Conall hunde la cara en las manos, respira profundamente, parece tomar una decisión y se incorpora de nuevo.

—Muy bien, ahí voy. A estas alturas ya no tengo nada que perder. Te quiero, Katie. No puedo dejar de pensar en ti. Nunca he dejado de hacerlo, desde que te conocí. Pero aquella mañana con Jemima, estando juntos mientras ella agonizaba, sentí un inmenso amor por ti, una unión muy profunda. Pero tenías novio, de modo que no sabía qué hacer.

—Eso no es propio de ti.

—Porque ya no soy el de antes. He cambiado, Katie. El intento de suicidio de Matt, la muerte de Jemima, los problemas en el trabajo, todo ese cúmulo de cosas me ha hecho recapacitar. Y cuando oí que Maeve estaba embarazada... sentí, no sé, sentí como si se hubiera producido un milagro. ¿Y sabes una cosa? —Se encoge de hombros—. Pensaba que si te llamaba para quedar, no aceptarías, por eso confiaba en encontrarte en la fiesta.

Katie no dice nada. También ella había confiado en encontrarlo en la fiesta. Pensaba que Fionn no se iría nunca.

—No tengo —dice.

—¿No tienes qué?

—Novio.

—¿Y Fionn?

—Ya no estamos juntos. Se terminó la noche que murió Jemima.

—¿En serio? —Los hombros de Conall se desploman—. Entonces, todo este tiempo... No puedo creerlo. Pensaba que hoy tendría que pelearme con él por ti.

—Estás dando mucho por supuesto, Conall. ¿Acaso mi opinión no cuenta?

—Es lo único que cuenta, en realidad. Quiero preguntarte algo. —Conall se levanta y se aclara la garganta, como si se dispusiera a pronunciar un discurso—. Katie Richmond, te quiero con todo mi corazón y haré lo posible por hacerte feliz el resto de tu vida. ¿Quieres casarte conmigo?

—¡Conall, por lo que más quieras! ¿Es que no puedes hacer nada como una persona normal? Si tanto interés tienes, podríamos quedar para cenar, por ejemplo.

—No, nada de cenas, nada de citas. Estoy angustiado y necesito saberlo ya. ¿Estás dentro o estás fuera?

—¿Dentro o fuera? Esto no es una proposición como Dios manda.

—Katie Richmond, amor de mi vida, dueña de mi corazón, ¿quieres casarte conmigo?

—... Bueno, no sé. Ahora que has dejado tu trabajo... ¿seremos pobres?

—En absoluto. ¿No trabajas tú? Viviremos de fábula. —Recuperando la seriedad, dice—: No, no seremos pobres.

—¿Tienes un anillo?

—Sí, tengo un anillo.

Saca una cajita, la abre y una luz blanca los deslumbra.

—Brillantes —advierde Katie.

—A menos que prefieras esmeraldas... —Saca otra cajita con una gema verde sobre una montura antigua.

—No me lo puedo creer.

—O zafiros. —Y ahí que aparece otra cajita.

—Para, Conall, te lo ruego. ¡No has cambiado tanto!

—Solo quería acertar.

—Dios. —Katie se lleva las manos a los ojos. Esto es demasiado—.
Deja de hacer preguntas.

—¿Durante cuánto tiempo?

—Un rato.

Cinco segundos más tarde:

—Ya ha pasado un rato —dice Conall—. ¿Qué contestas?

—Eh... los brillantes.

—¡Dios! ¿Es eso un sí?

—Sí.

—¿Sí?

—Sí, es un sí.

Es Lydia quien los descubre. Nos descubre, supongo que podríamos decir. Está completamente indignada. Está intentando subir por su escalera pero Hathaway y la institutriz están bloqueándola mientras se dan el lote como dos adolescentes. Repugnante. ¡Y egoísta! Obstaculizando los pasos públicos.

—¡Hacedlo en otro lado! —les ordena, poniendo cara de asco ante su patente felicidad.

Se separan para hacerle sitio y cuando Lydia pasa entre los dos, la asalta un torbellino de emociones tan fuerte que casi le sangra la nariz.

Sube pisando fuerte y cuando oyen que la puerta de su piso se cierra con un fuerte golpe, Katie murmura:

—Tiene razón.

—¿Qué tal si...?

—Sí.

Y cuando quiero darme cuenta, Conall y Katie se han dado la mano y están corriendo escaleras arriba, y su mágica energía me arrastra y absorbe. Cuando llegamos al ático, los tres entramos dando tumbos en el apartamento de Katie y nos lanzamos sobre la cama y, y, y...

... estoy esperando mi momento, y... y...

... está al caer...

... y... yyyyyyyyyy... ¡allá voy! ¡Agarraos fuerte, que entro!

OceanofPDF.com

Agradecimientos

Gracias a mi editora, con gran visión de futuro, Louise Moore, a Kate Burke y a Clare Parkinson por permitirme transformar materia prima en un libro de verdad. Me siento profundamente agradecida. Gracias a Michael Joseph por mostrarme su afecto y trabajar con tanto entusiasmo y dedicación en todos mis libros. Soy muy consciente de la suerte que tengo.

Gracias al mejor agente del mundo, Jonathan Lloyd, y a toda la gente de Curtis Brown por guiar y cuidar de este libro (y también de todos los demás).

Incontables personas me ayudaron generosamente en la fase de investigación: Gwen Hollingsworth, Tom y Debra Mauro, Magdalena Rawinis, Michal Szarecki, Lukasz Wozniak, Hubert Czubaj y Piotr Taborowski; Suzanne Benson, Kevin Day y Darryll Lewis de HPD Software, Sandra Hanlon y Margaret Nugent del National Taxi Drivers Union (Sindicato Nacional de Taxistas), Karen Fitzpatrick y Gisela Boehnisch. Gracias, en especial, al Dublin Rape Crisis Centre (Centro de asistencia a víctimas de agresiones sexuales de Dublín). Creo que están todos, pero si me he dejado a alguien, le pido mis más sinceras disculpas. A todos ellos doy las gracias y asumo toda la responsabilidad de los posibles errores.

Por leer el manuscrito mientras lo escribía y por sus constantes consejos y aliento, me gustaría dar las gracias a Shirley Baines, Jenny Boland, Ailish Connolly, Siobhan Coogan, Susan Dillon, Caron Freeborn, Gai Griffin, Cathy Kelly, Caitriona Keyes, Ljiljana Keyes, mamá Keyes, Rita-Anne Keyes, Eileen Prendergast, Anne-Marie Scanlan y Kate Thompson.

Solo una breve aclaración. Me tomé cierta libertad con los encuentros de rugby; se menciona la celebración de un partido internacional en verano. Me han contado que eso jamás ocurriría en la vida real. Espero que semejante desviación de la realidad no te impida disfrutar del libro.

Gracias a James «Wolfman» Wolf, a su esposa Karolina y a sus hijas Siena y Maya por pujar tan generosamente en la subasta benéfica de ACT para que sus nombres aparecieran en el libro.

Y como siempre, gracias a ti, mi amado Tony. Nada de esto sería posible sin él.

OceanofPDF.com

RESEÑA BIBLIOGRÁFICA

Marian Keyes



Es autora de once novelas y de un volumen que recoge sus artículos periodísticos. Todas sus obras han sido publicadas en castellano por Plaza & Janes y DEBOLSILLO, y constituyen grandes éxitos editoriales en todos los países donde aparecen. Keyes está considerada la novelista irlandesa con más éxito internacional.

Marian Keyes nació en Limerick en 1963, con un mes de retraso, aunque desde entonces siempre ha sido muy puntual. A menudo se pregunta cómo habría sido su vida si hubiera nacido cuando estaba previsto y en lugar de una virgo perfeccionista fuese una dinámica leo. Creció en Cavan, Cork, Galway y Dublín, y con veinte años se trasladó a Londres. En la actualidad vive en Dún Laoghaire con su marido, Tony. Entre los hobbies de la escritora destacan la lectura, el cine, los zapatos, los bolsos y el feminismo.

Si quieres saber más sobre la autora, su pintoresca familia y las nuevas incorporaciones a su zapatero, no te pierdas su web oficial: www.mariankeyes.com.

OceanofPDF.com

La estrella más brillante

Bienvenidos al 66 de la calle Star.

En el ático vive Katie, jefa de relaciones públicas de una discográfica, que pasa sus días lidiando con estrellas del rock venidas a menos y pensando cuánta tarta de queso necesitaría comer para suicidarse.

Debajo de ella, comparten piso dos polacos musculosos y una taxista más lista que el hambre. La conductora se llama Lydia y además de una lengua afiladísima, tanto como su cerebro, también tiene sus debilidades.

El primer piso lo habita Fionn, un jardinero que prefiere la compañía de las coliflores a la de las personas. Tiene el aspecto de un príncipe de cuento y cuando le ofrecen presentar su propio programa en la televisión, siente que lo arrojan de repente al punto de mira de millones de personas.

En la planta baja residen Matt y Maeve, unos tortolitos enamoradísimos que evitan la desesperanza regalando favores a diestro y siniestro.

Un misterioso visitante acaba de aterrizar en el número 66 de la calle Star y con él llegarán muchos cambios. Secretos antiguos están abriéndose paso hacia la superficie en un camino que pasará por el amor, la tragedia y un optimismo inesperado. La vida de los vecinos de este edificio cambiará para siempre...



Título original: *The Brightest Star in the Sky*

Primera edición febrero, 2010

© 2009, Marian Keyes

© 2010, Random House Mondadori, S.A.

© 2010, Matuca Fernandez de Villavicencio

ISBN 978 84 01 33745 1

Depósito legal B 1-130-2010

OceanofPDF.com